José Vasconcelos

BREVE HISTORIA DE MÉXICO

COMPAÑÍA EDITORIAL CONTINENTAL

3 1148 00875 9599

APR 1982

MAA-CIF

~~MAIN~~

MAI MAY 25 1982

MAI JUN 16 1982

MAI APR 19 1984

MAI MAY 14 1984 R

BREVE HISTORIA DE MEXICO

JOSE VASCONCELOS

BREVE HISTORIA DE MEXICO

COMPAÑIA EDITORIAL CONTINENTAL, S. A., MEXICO

DISTRIBUIDORES:

ESPAÑA–ARGENTINA–CHILE–VENEZUELA–COLOMBIA

Bolivia — Brasil — Costa Rica — Dominicana — Ecuador — El Salvador
Estados Unidos — Guatemala — Honduras — Nicaragua — Panamá — Paraguay
Perú — Portugal — Puerto Rico — Uruguay

Primera edición: julio de 1956

Impresiones: 1956; 1957; 1959; 1959; 1960; 1960; 1962; 1963; 1965; 1966; 1968; 1969; 1971; 1971; 1973; 1974; 1975; 1975; 1976; 1977

Vigesimasegunda impresión:
marzo de 1978

Derechos Reservados © en Lengua Española–1956, Primera Publicación

COMPAÑIA EDITORIAL CONTINENTAL, S. A.
CALZ. DE TLALPAN NÚM. 4620, MÉXICO 22, D. F.

MIEMBRO DE LA CAMARA NACIONAL DE LA INDUSTRIA EDITORIAL
Registro Núm. 43

DISTRIBUIDORES PRINCIPALES EN:

AV. REP. ARGENTINA NÚM. 168, BARCELONA 6, ESPAÑA
AV. CANNING NÚMS. 96, 98 Y 100, ESQ. PADILLA 1414,
BUENOS AIRES, ARGENTINA
AMUNÁTEGUI NÚM. 458, SANTIAGO DE CHILE, CHILE
CRUZ VERDE A VELÁZQUEZ NÚM. 71, CARACAS, VENEZUELA
CALLE DEL CHORRO DE EGIPTO (ONCE) NÚM. 2-56,
BOGOTÁ, COLOMBIA

IMPRESO EN MEXICO PRINTED IN MEXICO

MAA
CUC
972
1/33 h

ADVERTENCIA DE ESTA EDICION

17.95
KANSAS CITY (MO) PUBLIC LIBRARY

Desde que aparecieron las primeras ediciones de esta obrita dedicada a la interpretación de la historia patria, la gazmoñería política se ensañó contra el autor, acusándolo de irreverencia. Nunca, sin embargo, se le pudo tildar de inexacto. Al llegar a esta edición final, el autor advierte que los males por él señalados, se han recrudecido en vez de aliviarse. Todo lo que aquí condena, está triunfante en los hechos. La realidad ha superado a los más oprobiosos pronósticos.

Es deber de la historia y función del educador, no sólo narrar, también apreciar los sucesos. Los textos de historia oficial, a semejanza de los cronistas de la época de los Faraones, se creen obligados a rendir pleitesía al Faraón por todo cuanto hizo, malo o bueno, tan sólo porque fué el Faraón quien lo hizo. Así nuestros historiadores, se empeñan en ofrecer a la niñez la figura de cada uno de nuestros representativos, juzgándolos no por lo que fueron sino por el papel que representaron. Según este criterio "burocrático", el haber sido Presidente, el llegar a Diputado, absuelve por sí solo de toda culpa y predispone a la consagración de una historia servil. Por fortuna, es lo cierto que nunca han podido los malvados engañar a las generaciones que les suceden. Nunca falta un desocupado que haga el catálogo de los crímenes que la época no pudo castigar. El futuro se encarga de condenar antes de que comience el olvido.

El desprecio de la historia es a menudo la única sanción que puede alcanzar a los que al servicio del mal han conquis-

tado la impunidad personal. Detrás del malhechor victorioso, viene a menudo el fariseo que oculta o disimula sus crímenes. Ambos duran lo que dura el poderío de sus cómplices y el interés de los que aprovecharon sus iniquidades.

Todos los pueblos, en el curso de su historia, cuentan con épocas viles, pero sólo han sobrevivido aquéllos que han logrado poner a salvo su honra y con ella el futuro. Quien no es capaz de hacer justicia por propia mano, en vano espera que se la haga el extraño. La soberanía supone capacidad para la justicia, en lo interno igual que en lo externo. Nunca un pueblo corrompido logró ponerse a salvo de las ambiciones del exterior.

Para las naciones, igual que para el individuo, la verdad está por encima de todos los fetichismos que hemos procurado exhibir en estas páginas. Si no es por la verdad, la salvación no ocurrirá jamás.

Sobre el criterio general de la presente obra, debo aclarar que al ser escrito lo que constituye las primeras catorce ediciones, el autor no tenía conocimiento de obras hoy capitales para el juicio de la historia contemporánea: los libros de Hillaire Belloc sobre la Reforma en Inglaterra, y el notable libro de Thomas Walsh sobre Felipe II y el choque de la Reforma religiosa europea y la Contra-Reforma y sus consecuencias en la historia de nuestro mundo hispánico. Tampoco había llegado a manos del autor un libro decisivo para la historia de nuestro país: "México y sus Revoluciones", del Lic. Gibaja y Patrón. Aparte de estas obras fundamentales, un sinnúmero de escritos contemporáneos, han contribuído a fortalecer las convicciones del autor, que ahora contempla las primeras ediciones de su obra como un fulgor en la noche, un atisbo en la confusión que hoy se despeja para mostrarnos el proceso histórico del liberalismo capitalista, que durante el Siglo XIX y la mitad del XX, logró apoderarse de las conciencias de nuestros pueblos y no sólo de sus riquezas. En la actualidad es fácil comprender que una obra como la presente, es porción del ilustre movimiento de revisión histórica que se está llevando a cabo en todo el Continente, lo

mismo en la Argentina que en Chile. Pocas veces ha podido una obra verse confirmada en tan pocos años, como ha ocurrido con la presente. Así como entre nosotros, Juárez y su Reforma, están condenados por nuestra historia, de igual manera Sarmiento y Alberdi en la Argentina, Peña en Venezuela, Santander en Colombia, han pasado a la categoría de agentes del Imperialismo anglo-sajón, cuya obra ha periclitado sin remedio.

Como representantes del proceso de revisión histórica que se verifica en el Continente, basta citar a los principales. En Chile ocupa lugar señalado, Héctor Sepúlveda Villanueva y su libro "EL MITO POR TALIANO", y las obras de Patricio de los Reyes, Renato Valdés Alfonso y Carlos Vicuña Fuentes. En la Argentina, Raúl Scalabrini Ortiz en sus obras sobre economía política argentina, demuestra la intervención de las casas bancarias judeo-británicas en asuntos de tanta trascendencia como la creación del Uruguay para arrancar a la Argentina la posesión del estero del Plata y dominar su economía; Armando Tonelli: "EL GRAL. SAN MARTIN Y LA MASONERIA"; Manuel Gálvez en su "VIDA DEL CORONEL ROSAS"; los hermanos Irazusta, Vicente de Sierra, Atilio García Mellid, Enrique P. Ozés, Carlos Ibarburen, Enrique Palacios y los historiadores Rosas y Amadeo.

PROLOGO

La historia de México empieza como episodio de la gran Odisea del descubrimiento y ocupación del Nuevo Mundo. Antes de la llegada de los españoles, México no existía como nación; una multitud de tribus separadas por ríos y montañas y por el más profundo abismo de sus trescientos dialectos, habitaba las regiones que hoy forman el territorio patrio. Los aztecas dominaban apenas una zona de la meseta, en constante rivalidad con los tlaxcaltecas, y al Occidente los tarascos ejercitaban soberanía independiente, lo mismo que por el Sur los zapotecas. Ninguna idea nacional emparentaba las castas; todo lo contrario, la más feroz enemistad alimentaba la guerra perpetua, que sólo la conquista española hizo terminar. Comenzaremos, pues, nuestra exposición en el punto en que México surge a la vista de la humanidad civilizada. Empezaremos a verlo tal y como lo contemplaron los soldados de la conquista, según nos lo dicen en sus amenas crónicas. Por fortuna, fueron españoles los que primero llegaron a nuestro suelo, y gracias a ello, es rica la historia de nuestra región del Nuevo Mundo, como no lo es la de la zona ocupada por los puritanos. Todavía a la fecha, cuanto se escribe de historia mexicana antigua tiene que fundarse en los relatos de los capitanes y los monjes de la conquista, guerreros y civilizadores, hombres de letras, a la par que hombres de espada, según la clara exigencia de la institución de la caballería. Pues, propiamente, fué la de América una última cruzada en que los castellanos, flor de Europa, después de rebasar sobre el moro, ganaron para la cristiandad, con las naciones de América, el dominio del planeta, la supremacía del futuro. Ima-

gine quien no quiera reconocerlo, qué es lo que sería nuestro continente de haberlo descubierto y conquistado los musulmanes. Las regiones interiores del Africa actual pueden darnos una idea de la miseria y la esclavitud, la degradación en que se hallarían nuestros territorios.

Desde que aparecemos en el panorama de la historia universal, en él figuramos como una accesión a la cultura más vieja y más sabia, más ilustre de Europa: la cultura latina. Este orgullo latino pervive a la fecha en el alma de todos los que tienen conciencia y orgullo; latinos se proclaman los negros cultos de las Antillas y latinos son por el alma, según bien dijo nuestro Altamirano, los indios de México y del Perú. Latino es el mestizo desde que se formó la raza nueva y habló por boca del Inca Garcilaso en el Sur, de Alba Ixtlixóchitl en nuestro México. Incorporados por obra de la conquista civilizadora, el indio y el negro a la rama latina de la cultura europea, nuestro patriotismo adquiere abolengo y entronca con una tradición prolongada y provechosa. De allí que todo corazón bien puesto de esta América hispana, indio, mestizo, mulato, negro o criollo, siente las glorias de la España creadora y de Italia y Roma, con predilección sobre los otros pueblos de la tierra. El mismo idioma latino es un poco nuestro, desde que en el culto católico halagó nuestros oídos a partir de la infancia. Tan superior es la tradición nuestra a la de los peregrinos del Mayflower, como grande fué la Nueva España en comparación de las humildes Colonias del Norte.

Ingresamos a las filas de la civilización bajo el estandarte de Castilla, que a su modo heredaba el romano y lo superaba por su cristiandad. Y es inútil rebatir, siquiera, la fábula maligna de una nacionalidad autóctona que hubiera sido la víctima de la conquista primero y más tarde de nuestra nacionalidad mexicana, es decir, hispanoindígena. Se llegó en cierta época a tal punto de confusión, que no faltó quien pretendiese ver en México un caso parecido al del Japón que al servirse de lo europeo, robándole la técnica, se ha mantenido autóctono, sin embargo, en el espíritu. ¿En qué espíritu nacional

podríamos recaer nosotros, si prescindiésemos del sentir castellano que nos formó la Colonia? ¿Existe acaso en lo indígena, en lo precortesiano, alguna unidad de doctrina o siquiera de sentimiento capaz de construir un alma nacional? ¿En dónde está un código parecido al de los samurais que pudiera servir de base a un resurgimiento aborigen de México o del Perú? Desde el Popol Vuh de los mayas hasta las leyendas Incaicas, no hay en la América precortesiana, ni personalidad homogénea, ni doctrina coherente. El Popol Vuh es colección de divagaciones ineptas, remozadas un tanto por los recopiladores españoles de la conquista que mejoraban la tradición verbal incoherente, incomprensible ya para las razas degeneradas que reemplazaron a las no muy capaces que crearon los monumentos. El continente entero, según advierte genialmente Keyserling, estaba dominado por las fuerzas telúricas y no había nacido nunca para el espíritu, o era ya una decadencia irremediable cuando llegaron los españoles. Los españoles advirtieron la torpeza del pensamiento aborigen y, sin embargo, lo tradujeron, lo catalogaron, lo perpetuaron en libros y crónicas, y hoy ya sólo la ignorancia puede repetir el dislate de que los conquistadores destruyeron una civilización. Desde todos los puntos de vista, y con todos sus defectos, lo que creó la Colonia fué mejor que lo que existía bajo el dominio aborigen.

Nada destruyó España, porque nada existía digno de conservarse cuando ella llegó a estos territorios, a menos de que se estime sagrada toda esa mala yerba del alma que son el canibalismo de los caribes, los sacrificios humanos de los aztecas, el despotismo embrutecedor de los Incas. Y no fué un azar que España dominase en América, en vez de Inglaterra o de Francia. España tenía que dominar en el Nuevo Mundo porque dominaba en el Viejo, en la época de la colonización. Ningún otro pueblo de Europa tenía en igual grado que el español el poder de espíritu necesario para llevar adelante una empresa que no tiene paralelo en la historia entera de la humanidad; epopeya de geógrafos y de guerreros, de sabios y de colonizadores, de héroes y de santos que, al

ensanchar el dominio del hombre sobre el planeta, ganaban también para el espíritu las almas de los conquistados. Sólo una vez en la historia humana el espíritu ha soplado en afán de conquistas que, lejos de subyugar, libertan. La india de los Asokas había visto conquistas inspiradas en el afán del proselitismo religioso; conquistas que rebasando el esfuerzo del guerrero, se establecían en el alma de poblaciones remotas sin otra coerción que la del pensamiento egregio. Superior aun fué la obra de Castilla, y en mayor escala, tanto por las extensiones de los territorios ganados para la cultura, como por el valor de la cultura que propagaba. La nobleza de Castilla poderosa en el esfuerzo, virtuosa y clara en la acción, era la primera nobleza de Europa cuando se produjo la ocupación del Nuevo Mundo. Y fortuna fué de México el haber sido creado por la primera raza del mundo civilizado de entonces, y por instrumento del primero de los capitanes de la época, el más grande de los conquistadores de todos los tiempos, Hernando Cortés, cuya figura nos envidia el anglosajón, más aun que los territorios que su conquista nos ha legado.

Y el más grave daño moral que nos han hecho los imperialistas nuevos es el habernos habituado a ver en Cortés un extraño. ¡A pesar de que Cortés es nuestro, en grado mayor de lo que puede serlo Cuauhtémoc! La figura del Conquistador cubre la patria del mexicano, desde Sonora hasta Yucatán y más allá en los territorios perdidos por nosotros, ganados por Cortés. En cambio, Cuauhtémoc es, a lo sumo, el antepasado de los otomíes de la meseta de Anáhuac, sin ninguna relación con el resto del país.

El mito Cuauhtémoc lo inventan Prescott y los historiadores norteamericanos, lo defienden los agentes indirectos del protestantismo que quieren borrar toda huella de lo español en América. Si en México prescindimos de lo español, nos quedaremos como los negros, atenidos al padrinazgo dudoso de un Lincoln que, sólo por razones políticas, abolió la esclavitud, o peor aún, un padrastro como Washington que mantuvo esclavos negros pese a sus timbres de libertador. El

sentimentalismo en torno de Cuauhtémoc es parecido al que hoy manifiestan los influenciados inconscientes del imperialismo inglés, en favor del Negus de Abisinia, que antes de ser expulsado por los italianos del reino que oprimía, ya se había hecho célebre entre sus salvajes conciudadanos por el asesinato, envenenamiento y prisión de rivales y parientes. Desventurados los pueblos que se empeñan en construir tradición con personajes semejantes; acaban por ser traicionados por ellos, tal y como el Negus abandonó el país a la hora del peligro, a estilo Antonio López de Santa Anna, llevándose los fondos de todas las aduanas que atravesó en su fuga.

Cortés, en cambio, el más humano de los conquistadores, el más abnegado, se liga espiritualmente a los conquistados al convertirlos a la fe, y su acción nos deja el legado de una patria. Sea cual fuere la raza a que pertenezca, todo el que se sienta mexicano, debe a Cortés el mapa de su patria y la primera idea de conjunto de la nacionalidad. Quienquiera que haya de construir alguna vez en grande en estos territorios que hoy imaginamos que son nuestros, tendrá que volver los ojos al plan de Cortés, porque en cuatro siglos no ha habido otro que mirara tan lejos, ni construyera tan en grande. Más aún: después de Cortés, después de Antonio de Mendoza, después de Revillagigedo que todavía intentó la defensa de Texas, después de Gálvez que estampó en ella su nombre, no ha habido en nuestra patria constructores; sólo ha habido destructores, reductores del mapa. Sin exceptuar los más grandes nombres de nuestro Calendario republicano, basta con apelar a la carta de la República para darse cuenta de dónde estuvo y dónde acabó el patriotismo en este suelo castigado de México. El mapa comienza a crecer con don Hernando, y se integra en sus manos en forma grandiosa. El mapa crece aún más y se consolida bajo ciertos virreyes, como no lo soñaron jamás las pobres mentes confusas, envilecidas, de toltecas y aztecas y mayas. Por primera y por última vez, bajo los virreyes, la ciudad de México es la capital de un reino que va de Honduras a lo que hoy es el Canadá. En esa época nuestra lengua, nuestra religión y nuestra cultura eran soberanas en el continente septentrional.

Sígase la historia del mapa y se verá que coinciden las reducciones con la aparición de los caudillos que sólo piensan en el propio beneficio, en la propia dominación, y para lograrla no vacilan en ofrecer a quien lo quiera, ya sea Texas, ya la California, ya, más tarde, el Istmo de Tehuantepec, bajo el Benemérito de las Américas, Benito Juárez.

Quien de buena fe quiera enterarse y no sea un obcecado, un enfermo de su propio veneno, abra los ojos y compare esta ecuación que señalo: A medida que los títulos del gobernante aumentan —Benemérito de las Américas, Alteza Serenísima, Jefe Máximo de la Revolución— el mapa se va estrechando. El mapa crecía cuando los jefes de México se llamaban simplemente Hernando Cortés o Antonio de Mendoza. Y hoy que ha cambiado el sistema de la conquista, que ya no es armada, sino moral y económica, hoy que ya no queda mapa que estrechar porque sobre todo el territorio domina el plan de los amos nuevos, una insulsa palabrería sustituye a la dignidad del patriotismo. Y se disfrazan los testaferros con sobrenombres tomados a la revolución rusa o al izquierdismo masónico: liberalismo, socialismo, revolucionarismo, ismos extranjeros y otras tantas máscaras de una dominación que ya no necesita ejercitarse con escuadras y ejércitos, porque le basta con el engaño que fructifica en los clubes, y luego estalla en las plazas con hedor de albañal y efectos de muerte, de desintegración de una estirpe.

No me dirijo únicamente al mexicano de ascendencia europea, también al indio puro de nuestros territorios. Al indio ilustrado del momento que hoy vivimos, le pido el esfuerzo de remontarse con la imaginación a una patria como la de Cuauhtémoc, a principios del siglo dieciséis, y, en seguida, a una patria como la de Hernando Cortés, veinte años más tarde. Ese mexicano, indio puro, si no tiene en las venas hiel, en vez de sangre, si logra expulsar de su fisiología el veneno acumulado por más de un siglo de propagandas malévolas, ese mexicano indio puro, tendrá que reconocer que era más patria la que Cortés construía que la del valiente

Cuauhtémoc o la del cobarde Moctezuma. Tendrá que reconocer que para su propia sangre, temporalmente humillada por la conquista, había más oportunidades, sin embargo, en la sociedad cristiana que organizaban los españoles que en la sombría hecatombe periódica de las tribus anteriores a la conquista.

* * *

Más aun que los datos nuevos, el historiador ha menester de criterio recto para juzgar lo ya sabido y probado. En consecuencia, sin pretensiones de ofrecer hallazgos propios de eruditos, desarrollaremos nuestro comentario, basándolo en la exactitud de los hechos por todos o casi todos aceptados. Nuestra ambición se limita a presentar la historia patria tal como debió enseñarse desde hace un siglo, si no lo hubiera impedido nuestra sumisión inconsciente a las doctrinas del conquistador nuevo. Tiempo es ya de que abramos los ojos para ver el gesto de repugnancia con que nos contemplan no pocos de los mismos que nos seducen para dominarnos. Para todo el que quiere mirarnos, hemos llegado a ser una suerte de monos humanos, renegados de su abolengo, desmemoriados de su pasado grandioso. Parias del alma nos quedamos al renegar de lo español que había en nosotros, y en seguida fué muy fácil que nos dejáramos quitar las minas y los navíos, los territorios y las industrias.

Urge, por lo mismo, reconstruir nuestros juicios, rehacer nuestra personalidad histórica, aun cuando acaso resulte ya demasiado tarde. Por lo menos, al hacerlo se iluminará nuestro ocaso. Será menos ruin nuestro instante, si unas cuantas almas recobran la conciencia, en el umbral de la noche definitiva de la estirpe. Los hechos, los simples hechos, desnudos de adjetivos, serenarán nuestra derrota, esclarecerán la sombra y acaso den a la voluntad el tónico necesario al milagro de los resurgimientos.

Todos los hechos conducentes nos van a ser dados por escritores de nuestra lengua, historiadores y cronistas de España, comentaristas y pensadores de México: Bernal Díaz,

Hernán Cortés, Solís, Las Casas y, en la época moderna, Alamán, Pereyra. ¿Y dónde está, preguntaréis, la versión de los indios que son porción de nuestra carne nativa? Y es fácil responder con otra pregunta: ¿Cómo podrían dar versión alguna congruente los pobres indios precortesianos que no tenían propiamente ni lenguaje, puesto que no escribían ni sabían lo que les pasaba, porque no imaginaban en la integridad de una visión cabal o siquiera de un mapa, ni lo que eran los territorios del México suyo, mucho menos el vasto mundo de donde procedían los españoles y el Mundo Nuevo que venían agregando a la geografía y a la cultura universales?

Sin embargo, si queréis testimonios auténticos, testimonios indígenas, os remito a los dos autores ya citados, el Inca Garcilaso y el mexicano Alba Ixtlixóchitl, mestizos ambos, en quienes halla voz por primera vez, lo indígena; no nos llega en ellos puro, desde luego, sino mezclado a lo español, purificado, enaltecido por la cultura europea. Nada dijeron por cuenta propia los indios, porque no habían tenido genio para inventar un alfabeto. Han repetido todos la doctrina de algún extranjero. No hizo otra cosa el indio puro Benito Juárez. Cuando habló, se hizo eco de la lección jacobina que le enseñara Gómez Farías que la tomó de Poinsett. Y en estos tiempos de hoy, no suelen hablarnos de otro modo los líderes de un supuesto indigenismo que, sin embargo, repiten el credo comunista aprendido del agitador judío de Nueva York o de Polonia, secuaces de Rusia. Desechad, pues, todo ese sentimentalismo a lo Prescott, a lo Lewis Wallace, sobre el dolor del indio que perdía su patria. Los indios no tenían patria, y salvo uno que otro cacique opresor, mejoraron con la conquista. Los españoles oprimieron a los indios, y los mexicanos seguimos oprimiéndolos, pero nunca más de lo que los hacían padecer sus propios caciques y jefes. La nueva civilización, al aumentar los productos de la tierra con nuevos cultivos, al elevar al indio, por la religión, a la categoría del amo, al otorgarle el recurso de queja ante los tribunales, bien intencionados en su ma-

yoría, al ensanchar el espíritu del indio con el tesoro de las artes, las festividades religiosas, las esperanzas del cielo, fué, en verdad, la creadora de una patria mexicana. Nunca hubo en la Nueva España más de cuarenta mil españoles. Si los indios hubieran tenido conciencia nacional y hubieran sentido que la conquista era una ignominia, ¿acaso no se hubieran levantado los seis millones de indios para degollar a los blancos? Al contrario, y como pasa siempre en las sociedades militarizadas, por huir de los abusos de los caciques, se refugian los indios con el soldado de la conquista. Hecha la paz, la educación de las misiones transformó a los indios, de parias, en artesanos y sacerdotes, agricultores y civilizadores.

Hallaremos, sin duda, iniquidades en la historia de la conquista; es rasgo característico de la hombría española, no negar, ni siquiera disimular sus yerros, sino más bien adelantarse a condenarlos. El hábito de la confesión influye, sin duda, en esta franqueza. En las otras conquistas los horrores se han quedado tapados, o se ha pretendido taparlos; pero sin honra, pues al crimen consumado se ha añadido la insinceridad, la hipocresía.

El historiador imparcial necesita ser un extraño que juzgue los hechos fríamente, como se estudia un proceso del orden biológico. Nadie puede escribir en este tono, de su propio país, y menos historia todavía reciente. El que escribe sobre su propio pueblo y con miras a encontrar en la historia las fuerzas dispersas que acaso puedan contribuir a salvarlo, tiene que poner en la obra dolor de parte ofendida y pasión de justicia, exigencias de rehabilitación del futuro. Al historiador poeta, al extranjero curioso, le preocupan únicamente aquellos casos excelsos en que un héroe, una época, se imponen a la admiración del que observa. Ninguno de estos hombres o sucesos universales tiene nuestra historia, si se exceptúan los episodios de la conquista que no ignora ninguno de los niños de escuela del mundo. Después, nuestros propios hombres son de talla bien modesta. De antemano sabemos que no sería justo exigir lo excelso de una

nación que comienza, pero modestia no quiere decir acatamiento servil de lo que es indigno. Por esto no importa quién caiga, el historiador ha de exigir que sus héroes den siquiera la medida del nivel moral de la civilización; por lo menos el talento medio que sabe distinguir lo que conviene a su pueblo y lo que le daña. Con sólo así juzgarlos, nuestros ídolos oficiales se derrumban. Y el no haberlos derrumbado a tiempo es causa de ese desdén con que vemos nuestra historia; la sabemos perversa, mediocre. Y el alma exige mucho y se rehusa a tomar cosas tan pobres, como el modelo de la grandeza humana. De allí que a menudo procuremos desentendernos de lo propio para admirar la humana excelsitud, cualquiera que sea el territorio en que se encuentre. Pero en cierto instante, la edad nos hace humildes a la vez que nos advierte que de nada sirven las admiraciones remotas, si no reclamamos que en torno nuestro la vida pública tome maneras decorosas, ya no digo ilustres. Dentro del ambiente moral de la cafrería, el mismo genio se agosta, como trigo en arenas.

Por eso, es indispensable enderezar dentro del propio medio, una categoría de valores, formar un grupo de personalidades conscientes y rectas, y esa tarea no se logra improvisando héroe al que fué bandido, inventando virtud en el malvado, talento en el zafio. De nada sirve mentir, porque nunca se engaña a los pósteros. La base de toda construcción patriótica es la verdad que nos descubre el oro fino de la acción noble. Oro tal lo hay, por fortuna, aun en las más depravadas circunstancias de nuestra pesadilla nacional. De allí que no sea excusa decir que nuestro medio no da más. No es circunstancia atenuante el hecho de que buena parte de nuestros gobernantes hayan sido criminales; no lo es porque, al lado de los descalificados, ha habido siempre algún individuo que salva el honor racial. La acción ininterrumpida de estas minorías fracasadas, pero tenaces, es la única esperanza en el panorama sombrío de nuestro pueblo. Bochornosa es en gran parte nuestra historia, no porque se pretenda juzgarla con criterios de pueblos más

avanzados; hay cierto límite de moralidad que lo mismo rige para la tribu que para la nación. Bien sabemos que el heroísmo se da en la índole humana sólo excepcionalmente en todos los climas. Por eso mismo, a cada uno de nuestros personajes lo juzgamos con el criterio elemental del sentido común para el entendimiento, y del honor elemental para la acción. Sin la norma de cierta lealtad a los valores fundamentales de la ética, todo trato humano se vicia y toda sociedad se hace un infierno. Cuando se compara la historia de México con la de sus hermanas naciones del Continente. se piensa en una maldición particular que pesaría sobre nuestro territorio. Acaso no es porque la gente sea más mala que en otros sitios, sino porque nuestros largos períodos de pretorianismo han hecho de la ignominia la regla. No hay nada más antihumano que darle a la fuerza una función que sólo la inteligencia debe desempeñar. En los países españoles del Sur, por regla general, es el letrado el que ha venido mandando y el soldado reducido a su profesión, se hace eficaz y casi no pesa sobre el país. México no tiene una sola victoria contra el enemigo común, ni una batalla ganada como la de Costa Rica contra Walker, o como la de Buenos Aires contra los ingleses, ni siquiera las grandes batallas de la Independencia a estilo San Martín y Bolívar. Esta ausencia de tradición heroica mantiene a nuestro ejército en la mediocridad, cuando no lo lleva a las ferocidades de la guerra civil. En cambio, un ejército como el argentino, que supo tomar prisioneros a siete mil ingleses. sin fusilar a uno solo, difícilmente se decide a fusilar a connacionales. Su gloria lo defiende del descrédito de una carnicería. Toda la tradición viril y civil de Costa Rica puede derivarse de la batalla de Santa Marta, que es un como San Jacinto en que los latinoamericanos hubieran triunfado. La batalla de Santa Marta libró a Centro América de ser estado yankee, así como la batalla de San Jacinto nos hizo perder a Texas. Y no se ven por ningún lado, en Costa Rica, estatuas de generales, ni se conoce el caso de generales Presidentes. Pues la victoria purifica, así como la derrota ensombrece a los

pueblos. Si queréis entender la agonía prolongada de nuestra nación, observad a través de su historia los presupuestos destinados al ramo de Guerra. El pulpo de un ejército opresor, costoso e inútil, es bastante explicación de cómo pasamos, rápidamente, de la categoría de la primera nación del Nuevo Mundo, a la ínfima condición en que hoy vivimos en vergonzante subordinación. Cuando todo esto se comprenda, los mejores entre nuestros compatriotas se unirán para buscar los remedios. Mientras sigamos borrachos de mentiras patrióticas vulgares, no asomará en nuestro cielo la esperanza. Una verdad resplandeciente es condición previa de todo resurgimiento. Si a esclarecer la verdad contribuye este libro, habrá llenado su objeto. Así se irriten en contra de él los contaminados de la ignominia pública.

J. V.

EL DESCUBRIMIENTO

El mundo estaba incompleto. La antigüedad pudo conformarse con su geografía reducida; no disponía de la técnica náutica necesaria para dominar los Océanos. Y se contentó con soñar en la Atlántida que adivinara Platón. Pero los adelantos científicos operados durante el Renacimiento pusieron al hombre en condiciones de igualar su pensamiento con la realidad. Y así como dos mil años antes, los griegos, la primera raza de la época, exploraron y poblaron el Mediterráneo hasta las columnas de Hércules, en el siglo quince los españoles y los portugueses, avanzada de la civilización europea, llevaron sus velas por todos los mares del Orbe. El estandarte de Portugal recibió en sus pliegues, los primeros vientos del sur de Asia en el Cabo de Buena Esperanza, extremidad meridional del Africa. Y España con el descubrimiento del Nuevo Mundo, abrió el primer ciclo universal de la historia.

La obra fué de España. Colón buscaba únicamente un paso hacia las Indias asiáticas y otros muchos antes que él habían ideado la ruta del círculo de la esfera terrestre. Pero la consumación de tamaña empresa necesitaba el empuje de una raza como la que salía victoriosa y renovada, de la epopeya de la reconquista. Sin la ardiente fe cristiana y la heroica resolución caballeresca de los castellanos, el descubrimiento pudo realizarse, pero no la exploración, la conquista, la incorporación a la cultura de islas y continentes. El simple descubrimiento de tierras nuevas, ya lo habían logrado los Vikingos en Terranova pero el hallazgo resultó estéril porque no contaban los suecos con hombres de la talla de Elcano y Magallanes. Núñez de Balboa y Cabral, Hernando Cortés y Pizarro. Hernando de Soto, Alvar

Núñez Cabeza de Vaca. Pues no basta con recorrer una costa; es menester organizar los desembarcos, llevar adelante las expediciones, conquistar y poblar, civilizar. Todo esto lo hizo España en menos de una centuria; la centuria más importante para la geografía del planeta, para la ciencia toda del conocimiento del mundo.

La tarea de ir descubriendo el perfil de las tierras nuevas fué lenta. En sus cuatro viajes Colón apenas toca ciertos puntos de la Tierra Firme y muere sin sospechar el Continente. Desembarca en Honduras y en el Darién, pero ya sólo preocupado de que la aventura no le producía las ventajas que celosamente se reservó en las capitulaciones. Los grandes desinteresados de la ilustre empresa vinieron después. Y llegaron con el garbo lusitano castellano, hecho a jugarlo todo a una sola carta; sin par estirpe de héroes atenaceados por la ambición de espacio, codiciosos de paisajes nuevos y hermosos, para recreo del alma y de gentes que conquistar para la fe y el convivio de lo sobrenatural.

Después del cuarto y último viaje de Colón, vino al Nuevo Mundo la expedición de Alonso de Ojeda. Lo acompañaba Juan de la Cosa, piloto del Almirante. Partió de Cádiz, Ojeda, el 20 de mayo de 1499, y a los veinticuatro días de navegación topóse con las costas de la isla Trinidad, frente a Venezuela. Estuvo en Curazao y la Laguna de Maracaibo, donde según crónicas sus gentes raptaron a unas indias de extraordinaria belleza. Pero no eran únicamente piratas quienes consumaban estos descubrimientos. Mientras los soldados robaban indias o perlas, Américo Vespucio, en la cámara reducida de una de las naves españolas, trazó el mapa del Continente que tomaría su nombre. Desde el principio, junto con los aventureros venían los hombres de ciencia, los letrados y los santos, que de todo había en la síntesis de pueblos y de culturas que era por entonces la Península Ibérica.

En el año de mil quinientos, Rodrigo de Bastidas, escribano de Triana, encabezó la expedición que descubriera las bocas del Magdalena y las costas de Colombia. Le acompañó Juan de la Cosa.

En un segundo viaje Ojeda recorre el Caribe por la costa firme y se hace dar la gobernación del Golfo del Urabá, con asiento en Cartagena. En una incursión por el interior hasta Turbaco, muere Juan de la Cosa. Cuando rescatan su cadáver, lo encuentran hinchado y deforme por la ponzoña de la flecha, "como un erizo asaeteado".

Con Rodrigo de Bastidas, había venido al Continente uno de esos hombres con instinto de mapa; miran superficies, y mejor aún que el azor que sólo advierte la presa, determinan punto de referencia y contornos, rumbos y alturas; se llamaba Vasco Núñez de Balboa. Unido a los expedicionarios de la segunda empresa de Ojeda, los había salvado de dificultades, y recordaba que, por la parte Occidental de un golfo de la costa colombiana vió un pueblo, de la otra banda de un gran río en tierra fresca y abundante de comida, y en donde la gente no ponía yerba venenosa en sus flechas; se trataba del río que los indios llamaban Darién. Después de vencer a los indios se establecieron por allí los españoles y a Vasco Núñez de Balboa lo eligieron Alcalde. Aquellos hombres aguerridos no se sometían por terror al que más ha matado, sino que se daban por sufragio el jefe. Y la elección recaía en el más capaz por la inteligencia, no en el más perverso y cruel, ni en el más astuto, como sucede en las decadencias.

Vasco Núñez de Balboa se estableció en Santa María del Darién, costa de la Colombia actual y, ejercitando el poder que le había conferido el voto de sus pares dirigióse al Rey, el símbolo de su patria, de su nacionalidad, de la cultura a que pertenecía y le dió cuenta de sus hazañas. No le habla de los enemigos que ha vencido, ni de prisioneros asesinados ni de rivales deshechos sino de colegas salvados, de españoles rescatados a las enfermedades, los peligros y la guerra, cuidando de todos dice, "con extrema solicitud". También informa al monarca de sus descubrimientos de ríos y cacicazgos, minas de oro y mares con perlas. Era natural que estos hombres de primera buscasen los tesoros de la creación, el oro y las perlas, las indias bonitas. Más tarde, allá por el Norte arribarían los ingleses, hombres, todavía por entonces, de segunda, que se conformaban con adquirir de los indios semisalvajes de las regiones frías, cueros

no curtidos y ristras de mazorcas. Desdeñando lo corriente, el alma heroica de Vasco Núñez de Balboa pinta al Rey las posibilidades de descubrir cosas "tan altas" y en donde puede haber tanto oro y tanta riqueza. Un presentimiento de gloria palpita ya en las súplicas de que se le mande gente, porque sospecha que a pocas jornadas está "la otra mar", el vastísimo Océano cuyo hallazgo había de hacerlo inmortal. Tratando Balboa con los indios, negociando, gobernando, adquiere noticias de las tierras del Perú y del mar del Sur que estaba detrás de los montes, el mar que no sospechó Colón, y cuya existencia definía las tierras nuevas como una gran isla y un Nuevo Mundo.

La expedición para el descubrimiento del "Mar del Sur" salió del Darién en septiembre de 1513, llegando por mar a tierra de Careta. Allí desembarcó Núñez de Balboa, con ciento noventa españoles. Atravesando las sierras llegó con ellos a las regiones de Ponca y de Cuarecua, que hubo de conquistarse a los indios. Dejando en Cuarecua los heridos y los enfermos, adelantó Balboa sobre las cumbres, y antes que todos, como jefe, divisó por primera vez el mar Pacífico, el 25 de septiembre de 1513. Profundamente religioso, como todos los hombres capaces de hazañas grandes, Núñez de Balboa, hincado de rodillas, dió las gracias a Dios por la merced que le hacía. Llamó a sus hombres y los puso también a rezar. Oraron todos ante el asombro, dice el cronista, de los indios, que no entendiendo todavía de asuntos del espíritu, se reían como salvajes, incapaces de comprender la invocación de lo invisible. Esta misma ignorancia los hacía ineptos para oponerse a la voluntad férrea, sobrenatural casi de los castellanos.

En nombre de los reyes de Castilla, tomó posesión Vasco Núñez de Balboa de "cuanto veía, y en señal de ello, cortó árboles, erigió cruces y levantó piedras, escribiendo sobre los troncos a cuchillo el nombre de los Monarcas". ¡Y en verdad, nunca hubo en la Historia, conquista ni más legítima, ni más fecunda, ni más limpia y gloriosamente lograda! Descendiendo por los flancos de la serranía tropical obstruída de maleza, plagada de fiebres y de indios hostiles, Francisco Pizarro, Juan de Ezcaray y Alonso Martín, fueron los primeros europeos que en canoa de indígenas bogaron el nuevo mar. Un poco más tarde,

penetrado Balboa de la magna significación de su empresa, quiso tomar posesión personal del Océano. Metiéndose en el agua hasta las rodillas, comenzó a pasear, pendón en mano, diciendo: "Vivan los muy altos e poderosos Reyes, Don Fernando y Doña Isabel de la Castilla de León y de Aragón", etc., "en cuyo nombre tomo e aprehendo la posesión real y corporal e actualmente de estos mares y tierras e costas e puertos e islas australes con todos su anexos e reinos e provincias, etc.".

. . . "Si algún otro príncipe o capitán pretende algún derecho a estas tierras e mares, yo estoy presto e aparejado de se lo contradecir e defender en nombre de los Reyes de Castilla, presentes o porvenir, cuyo es aqueste imperio e señoría de aquestas Indias, islas e tierra firme septentrional e austral e con sus mares, así en el polo ártico como en el antártico".

Exceso oratorio, dirán los necios, ante este hermoso, magnífico discurso, noble como los de César y más trascendental que los de Alejandro. Pero precisamente Balboa, que no era un palurdo, sino hombre patriota, entendido, sabía que adelantando la posesión según las fórmulas en uso, derivadas del derecho romano, aseguraba los derechos de Castilla en contra de la rivalidad de los exploradores y descubridores de Portugal. Pues el mundo nuevo se lo disputaban España y Portugal, y cada toma de posesión servía de base para el pleito que al fin resolvió la Bula de Alejandro Sexto, que ratificó a los españoles en la posesión del Continente y sus mares, desde Colombia hasta Filipinas.

El descubrimiento de Balboa desvaneció el error de Colón. Se hallaban los españoles en mundo desconocido y no en las costas del Asia. No era Catay, sino México y el Perú, lo que la civilización estaba a punto de incorporar a su seno.

Por otra parte, no se sabe qué es más admirable en aquellos hombres: el arrojo del soldado, o la pericia del navegante, la elocuencia del conquistador, el patriotismo que los lleva a todos a trabajar por su Castilla, el innato señorío con que hablan y actúan, como si fuese el Rey quien está bajo su protección y a quien ellos otorgan el beneficio de sus conquistas, sin reservarse para sí otra cosa que la gloria. Pues ni uno de ellos corría a refugiarse en la comodidad así que el oro y las perlas les llenaban las bolsas. Casi sin excepción, siguieron o volvieron a

perderse en la luz de lo desconocido, mientras el oro y las perlas se embarcaban para la Corte, a ser derrochados, o caían al fondo del mar en el naufragio, o pasaban al enemigo en el abordaje.

Ya sólo faltaba el viaje de Magallanes (1519-1522), el portugués ilustre que acompañado de Elcano, el gran vizcaíno, dió vuelta al planeta, para que el hombre conociese la verdadera extensión de la tierra. Por la acción de los españoles el mundo quedó comunicado por primera vez en la Historia. La alegría de Castilla, dice un comentarista, fué tan grande al conocer el descubrimiento del Mar del Sur, como cuando se descubrieron las Indias. Nombróse a Balboa Adelantado de la Mar del Sur, y no regresó éste a la Corte para cobrar cuentas de fama y poderío. Se internó por Tierra Firme, olvidándose de que es Almirante, para seguir de capitán de oscuras peleas con los indios, y explorador y conquistador de territorios nuevos.

Pronto en Madrid se reconoció la importancia de aquella Tierra Firme llena de sorpresas y se nombró para gobernador a un tal Pedrarias Dávila, que más tarde tuvo dificultades con Balboa. Creó también la Monarquía una gran Armada, que bajo las órdenes del Obispo de Burgos, Don Juan de Fonseca, empezó a reclutar gente. Y era tanta la fama de los territorios nuevos, que fué necesario escoger entre los aspirantes. En sólo Sevilla se presentaron mil quinientas personas nobles y ricamente ataviadas, "la más lucida gente que de España ha salido", según expresó uno de ellos, Pascual de Andagoya. Desde el principio la orden real fué que se tratase a los indios con amistad para que "viniesen prestos a la conversión y conocimiento de nuestra santa fe católica, excusando toda fuerza y maltratos". Hacia el Darién concurrieron en esta primera etapa de la epopeya española de América, muchas ilustres gentes que más tarde inscribieran sus nombres en la Historia. Por ejemplo, Francisco de Montejo, Adelantado del Yucatán, Alonso de Avila, Pedro de Alvarado, Bernal Díaz del Castillo, futuros capitanes de la conquista de México. También otros que han ingresado a la leyenda: Juan Ponce de León, el de la Florida; Hernando de Soto, el del río Mississippi; Francisco Pizarro el del Perú, y Diego de Almagro, el primer gran chileno.

Conviene insistir en la calidad superior de la mayor parte de esta gente española que vino al Nuevo Mundo, porque más tarde, en la época de la decadencia, ha sido costumbre calumniar a estos célebres antepasados nuestros, suponiéndolos torpes, ignorantes y codiciosos, cuando fueron al contrario, aristocracia entre las primeras de Europa, hijosdalgo pobres en su mayoría pero hombres ilustres y bien enterados de su historia, su religión y, en muchos casos, también de la mejor ciencia de su época. Son ellos, en rigor, los antecesores aun de nuestros indios y negros, puesto que de ellos deriva la cultura de tipo latino a que pertenecemos los de Hispanoamérica.

Llama la atención la regularidad con que en todos sus viajes los españoles seguían la ruta del Sur, sin desviarse nunca hacia el Norte del Continente, salvo para operaciones de exploración como la de Sebastián Caboto. Los ingleses, en cambio, se establecieron en regiones frías o templadas, ya sea porque no les dejaron otros territorios libres, o porque un instinto como de pájaros llevaba a cada quien a regiones similares a las de su ambiente nativo. Así es como los españoles, que bien pudieron apoderarse de las bocas del Hudson o del Delaware, pues no había por entonces quien resistiera su albedrío, prefirieron abandonar las zonas heladas y se apoderaron del Coatzacoalcos, del Usumacinta, del Magdalena y el Orinoco.

En la réplica de Europa que por lo pronto habría de ser el Nuevo Mundo, los españoles escogieron territorios en que fundar Españas Nuevas. Su gozo fué pleno cuando descubrieron a gran altura y más allá de las costas cálidas del Golfo la gran meseta mexicana que recuerda a Castilla mejor que ningún otro territorio del mundo.

Por lo pronto, el Golfo de México quedó convertido en un mar español desde la Florida hasta Yucatán.

DESCUBRIMIENTO DE MEXICO

En el primer viaje hacia lo que hoy es México, vino con los de su nación, el cronista máximo de la Conquista, Bernal Díaz del Castillo. Ninguna idea tenía el joven soldado de entonces, de que representaba dentro de la expedición, el ojo de la Historia; lo que no obstó a que se diese cuenta de la grandeza de los sucesos en que tomaba parte. Luego, al final de sus días y para restablecer la verdad, a los ochenta y cuatro años, desde su gobernación de Guatemala, escribió su célebre libro. Antes de las expediciones a México había estado Bernal Díaz en el Darién con Pedrarias. De aquella aventura recuerda el triste fin de Núñez de Balboa, el descubridor del Pacífico, decapitado por envidias de sus superiores... Era Bernal Díaz sencillo, fuerte y humano. Nuestro gran historiador Carlos Pereyra, juzga que Bernal Díaz se expresa en dos realizaciones excelsas: Verdad y Belleza. Siente con tanta intensidad y en tal plenitud los hechos realizados o presenciados por él, que no concibe una mínima alteración de lo ocurrido. Su lema de historiador lo definió él mismo, asentando: "La verdad es cosa bendita y sagrada, y todo lo que contra ella dijeren va maldito". Observa asimismo Pereyra que Bernal Díaz sembró el primer naranjo de México y quebró un hierro con que se marcaba a los esclavos.

Refiriéndose a las proezas en que tomó tan activa parte, dice Bernal Díaz: "Hemos servido a su Majestad en descubrir, conquistar y pacificar y poblar todas las más provincias de la Nueva España que es una de las buenas partes descubiertas del Nuevo Mundo, la cual descubrimos a nuestra costa, sin ser sabedor de ello su Majestad"... "todo esto lo conquistamos batallando con belicosos guerreros y tan aparte de Castilla sin te-

ner socorro ni ayuda ninguna, salvo la gran Misericordia de N. S., que es el socorro verdadero que fué servido que ganásemos la Nueva España"... "con ciudades y provincias que por ser tantas, aquí no declaro sus nombres"... "Y después que las tuvimos pacificadas como buenos y leales vasallos de Su Majestad enviamos a dar y entregar con nuestros Embajadores a Castilla y Flandes"... "Y tantos bienes como adelante diré han derivado de ellos y conversión de tantos cientos de almas que se han salvado y cada día se salvan que de antes iban perdidos al infierno y además de esta santa obra, tengan atención a las grandes riquezas que de estas partes enviamos en presentes a S. M., y han ido y van cotidianamente..."

Aunque no había estado en colegio, no era Bernal Díaz un plebeyo; su padre fué regidor de la Villa de Medicina del Campo, cuna de este hombre esforzado y escritor de raza, que cuando habla de sí y de sus compañeros expresa: "acordamos ciertos caballeros". Tan caballero que no anduvo envidiando a Cortés o restándole méritos; como bien nacido, a todo el mundo hacía justicia. Y tampoco era un militar de tipo servil que obedece sin juicio. Supo insubordinarse cuando Velázquez le ordenó que prendiese a los indios de las islas Guanajas para usarlos como esclavos, y venció el insubordinado.

Antón de Alaminos era natural de Palos y regía la Armada de tres barcos y poco más de doscientos españoles. Por capitán traían los expedicionarios a un hidalgo que dejaba en Cuba encomiendas y hacienda para probar aventuras nuevas, Francisco Hernández de Córdova. Al acercarse a tierra por la punta de Yucatán, unos indios se acercaron en sus canoas, diciendo: "cones catoche" que quería decir: "Andad acá a mis casas"; pero los españoles, que al principio no entendieron, nombraron el sitio Punta de Catoche, y así está en "las cartas de marear". Invitados los españoles a desembarcar, el cacique les preparó una emboscada que costó algunos muertos. Mientras los soldados combatían, el clérigo de a bordo se cargó de arquillas e ídolos y oro, y todo lo llevó al navío. En una especie de adoratorio vieron unos idolillos grotescos y otros en posiciones de sodomía. En la escaramuza fueron capturados dos indios que se bautizaron, llamándose uno Julián y el otro Melchor, ambos "trastra-

bados de los ojos" y que en lo adelante fueron los intérpretes, "las lenguas" de la expedición.

Siguiendo siempre la línea de la costa llegaron los navíos a Campeche. Allí desembarcaron en busca de agua potable, y entre muchos indios semidesnudos admiraron a unos sacerdotes de calzones blancos que cuidaban idolillos grotescos y figuras de reptiles sobre un altar con gotas de sangre: "también en los cabellos tenían los sacerdotes tanta sangre coagulada que no se les pueden desparcir ni aun peinar si no se cortan" los cuales indios eran sacerdotes de ídolos que en la Nueva España comúnmente se llaman "papas". La actitud hostil de grandes masas de indios obligó a los españoles a reembarcarse, navegando hasta Potonchám. En este lugar fueron de nuevo atacados por los indios, que les causaron tantas bajas que hubo de decidirse el retorno a la isla de Cuba, para regresar con más poderosos elementos de guerra. Las tierras descubiertas fueron llamadas Yucatán, por la abundancia de la yuca, la raíz que ya traían los españoles de Cuba, y al verla los indios decían: "yuca lati", expresando con ello que la había en su tierra. Llamó la atención a los españoles que los indios de Yucatán les llamaran "castilan, castilan", como si supiesen su origen castellano, pero este enigma no se descifró en el primer viaje.

LA EXPEDICION DE GRIJALBA

"En la sazón que se ordenaba la armada de la segunda expedición al Yucatán", dice Bernal Díaz, "hallábanse en Santiago de Cuba (aparte su persona que nunca saca indebidamente adelante), un Juan de Grijalba, un Alonso Dávila, Francisco de Montejo y Pedro de Alvarado, todos ellos hombres principales de la isla. Entre ellos se concertó que tomase cada uno de los nombrados, la dirección de cada uno de los cuatro navíos que con doscientos cuarenta "compañeros" se hicieron a la mar el 8 de abril de 1518, partiendo de Matanzas en donde estuvieron aprovisionándose.

Las corrientes llevaron los navíos a la isla de Cozumel, huyendo los habitantes al acercarse los españoles. Navegando en seguida hacia el Norte, pasaron de largo frente a Campeche y des-

embarcaron en Champotón. Acompañaban a los expedicionarios los indios capturados en el primer viaje, Julián y Melchor, cuyos esfuerzos de conciliación no dieron resultados. Apenas veían los indios comprometidos a los españoles, alejados de sus navíos, los atacaban sin piedad. En este viaje se descubrió la costa de Tabasco, penetrando Grijalba al gran río que hoy lleva su nombre. Invitados los indios de estas regiones a prestar vasallaje al Rey de España, contestó por ellos un cacique: "Que sin conocerlos ya querían darles señor". Se cambiaron, sin embargo, presentes y hubo abrazos de paz. Entre los objetos permutados, había algunos de oro, informando los de Tabasco que en el interior, en tierras de México, había abundancia de aquel metal.

Navegando hacia el Norte se adelantó el navío de Alvarado penetrando por el Papaloapan y el río que lleva su nombre. Un poco adelante, por el río que llamaron de Banderas por unas que hacían ondear los indios en la punta de sus lanzas, recibieron los españoles los primeros enviados de Moctezuma. Cambiaron con ellos oro por cuentas y los vieron rodeados de millares de guerreros. Ello no obstante, en un desembarco precario, el Capitán de Grijalba, espada en mano, tomó posesión de aquellas tierras en nombre de Su Majestad. La ironía de la escena queda en suspenso sólo porque sabemos lo que ocurrió después, cuando la efectiva conquista.

En la isla de Sacrificios, frente a Veracruz, hicieron otro alto los expedicionarios, posesionándose de ella. Derivó el nombre de tal isla, de un adoratorio que en ella hallaron con cuatro cadáveres de indios sacrificados la noche anterior. Tenían los pechos abiertos, las piernas y los brazos cortados. Tales eran los signos de la civilización azteca, tan llorada por los imperialistas modernos, escritores protestantes y arqueólogos agentes de penetración. Puestos los navíos al abrigo de la lengua de tierra de Ulúa, los soldados desembarcaron y construyeron chozas en los más altos médanos. Lo que empezaron a ver lo describe Bernal Díaz como sigue:

"Fuimos a donde estaba un ídolo muy grande y feo al cual le llamaban Tezcatepuca, y acompañándole cuatro indios con mantas prietas y muy largas, con capillas que quieren parecer a las que traen los dominicos o los canónigos. Y aquellos eran sacer-

dotes de aquel ídolo. Y tenían sacrificados de aquel día dos muchachos y abiertos por los pechos y los corazones sangre ofrecida a aquel maldito ídolo. Y aquellos sacerdotes nos venían a zahumar con lo que zahumaron aquel su Tezcatepuca porque en aquella ocasión que llegamos lo estaban zahumando con humo que huele a esencia; y no consentimos que tal zahumerio nos diesen; antes tuvimos muy gran lástima de ver muertos aquellos dos muchachos y ver tan grandísima crueldad".

Preguntados los indios por qué hacían eso, respondieron que los de Ulúa les mandaban matar. Parecían tener arraigado el concepto de que porque otro lo manda, es legítimo matar. Y a la abyección de esta suerte de militarismo nativo, añadían el servilismo de ofrecer a los extranjeros el mismo sahumerio que a sus Dioses.

No se hallaban los indios de Moctezuma en estado de guerra; el sacrificio que acababan de descubrir los españoles era parte de un ritual, obligado cada vez que se reunían las gentes para renovar su acatamiento a los enviados del monarca. En tribus y naciones se mata por necesidad de la guerra o por decisión de la justicia, pero el azteca siempre convierte en fiesta la matanza. Prevalecía tal costumbre desde el límite de la provincia hasta la capital del Imperio. Por fortuna había llegado la hora del castigo que la Providencia depara a todos los pueblos que caen en la brutalidad. Los españoles barrerían aquella barbarie, y crearían sobre los escombros una sociedad nueva.

Muchos millares de guerreros se habían juntado, pero sin atacar a los españoles; Moctezuma, aplastado por los remordimientos seculares de su casta sanguinaria, tenía la idea de que hombres extraños habían de llegar por el Oriente para castigar las iniquidades de que la raza sola ya no podía desembarazarse. Desde la partida del Quetzalcoatl legendario, enemigo de los sacrificios humanos, la nación azteca había derivado hacia la ignominia. Los pueblos esclavizados se hacían la guerra perpetua sin objeto, o más bien con el objeto de tener prisioneros para los sacrificios. Ningún otro Dios de los que ha inventado el terror de los hombres, había tenido la ocurrencia de exigir entrañas de hombre en sus altares. En todo el resto de la tierra se ha juzgado como antinatural matar, y se ha matado sabiendo que se come-

tía un crimen. Sólo el azteca mataba movido por gusto y por mandato del menguado Huichilobos. En consecuencia, vivían los aztecas poseídos de un terror que se denuncia aún en las fórmulas serviles del trato, en las reverencias complicadas, en la expresión del rostro inexpresivo y en la pobreza general abyecta.

No atreviéndose a internarse, dado el escaso contingente que llevaban, decidieron los españoles proseguir su navegación hacia el Norte, para descubrir tierras nuevas y volver a Cuba en busca de mejores recursos. En Pánuco sostuvieron los hombres de Grijalba un combate con los indios, y de allí regresaron a informar a Diego Velázquez de sus andanzas.

ENTRA EN ESCENA HERNAN CORTES

"Después que llegó a Cuba el capitán Juan de Grijalba, dice Bernal Díaz, y visto el Gobernador Diego Velázquez que eran las tierras ricas, ordenó enviar una buena armada, muy mayor que las de antes". Aprestáronse, al efecto, hasta diez navíos y hubo discusiones largas acerca de la persona que debía mandar la nueva expedición. "Los más soldados que allí nos hallábamos, informa el siempre leal Bernal Díaz, decíamos que volviese el mesmo Juan de Grijalba, pues era buen capitán y no había falta en su persona y su saber mandar". Pero ocurrió que ciertos privados de Diego Velázquez "hicieron secretamente compañía con un hidalgo que se decía Hernando Cortés, natural de Medellín, que tenía indios de encomienda en aquella isla (de Cuba) y concertaron que se le diese a Hernán Cortés la Capitanía General de toda la armada y que partirían entre todos tres la ganancia del oro y plata y joyas de la parte que le cupiese a Cortés, porque secretamente el Diego Velázquez enviaba a rescatar y no a poblar, según después pareció por las instrucciones que de ello dió". De todos los relatos de la época se deduce que sin la aparición de un hombre genial como Cortés, la conquista de México no se habría consumado o se habría retrasado indefinidamente. Un Diego Velázquez, preocupado nada más por el lucro inmediato, no hubiera sido capaz de resistir el primer revés. Nadie se daba cuenta, mientras la expedición final hacia México se organizaba, de que era una empresa extraordinaria, inaudita, la que

comenzaba. El mismo Cortés acaso creyó en un botín cuantioso y en buenas tierras como las de Cuba, pero no soñó que caminaba a la conquista de un vasto Imperio. Hasta aquel momento, Cortés y los suyos eran expedicionarios arriesgados, pero del tipo usual en la época; descubrían nuevas tierras, procuraban establecerse en ellas, haciendo trabajar a los indios en su beneficio y nada más. Sólo más tarde cuando Cortés se ve rechazado tras de asomarse al país azteca, cuando se ve en peligro de ser abandonado hasta por los suyos y para salvar la obra colosal que había entrevisto, destruye sus propias naves, sólo entonces comienza la verdadera epopeya. Entonces Cortés, olvidando pequeñas ventajas y planes reducidos, se sobrepasa a sí mismo y se eleva a la categoría de los grandes Capitanes de la Historia.

Mientras tanto, vemos a Cortés como un astuto aventurero que intriga para ganar el mando de una expedición ventajosa, sin que deje de aprovechar los lazos del parentesco, los intereses bastardos de explotadores y de politicastros locales. Ofreciendo mucho, reservándose únicamente la gloria de la aventura, logra Cortés ser designado, gracias a que supo firmar capitulaciones que, si le restan provechos, en cambio le otorgan plena autoridad. Y comenta Bernal Díaz, que ya publicada la elección de Cortés, "a unas personas les placía y a otras les pesaba". Y un domingo, yendo a misa Diego Velázquez, con su séquito, un truhán a quien decían "el loco", empezó a gritarle: "Oh, Diego, qué Capitán has elegido... temo no se te alce con la armada, porque todos le juzgan por muy varón en sus cosas"; y comenta Bernal Díaz: "Dicen que los locos aciertan unas veces en lo que dicen". La verdad era que los parientes del Gobernador celosos de Cortés, dieron al loco unas monedas para que así hablase, pero Diego Velázquez repuso: "Calla, borracho, que bien sabemos que esas malicias no nacen de ti". "Y verdaderamente fué elegido Hernando Cortés para ensalzar nuestra Santa Fe y servir a Su Majestad... y antes que más pase adelante, quiero decir cómo el valeroso y esforzado Hernando Cortés era hijodalgo conocido por cuatro abolengos. El primero de los Corteses que así se llamaba su padre Martín Cortés; el segundo por los Pizarros; el tercero por los Monroys; el cuarto por los Altamiranos". "E puesto que fué", sigue explicando Bernal Díaz, "tan valeroso y esforzado y

venturoso capitán, no le nombraré de aquí adelante ninguno de esos sobrenombres de valeroso, ni esforzado ni Marqués del Valle, sino solamente Hernando Cortés; porque era tan temido y acatado fué en tanta estima el nombre de solamente Cortés así en todas las Indias como en España, como fué nombrado el nombre de Alejandro de Macedonia y entre los romanos Julio César y Pompeyo y Escipión, y entre los cartagineses Aníbal, y en nuestra Castilla Gonzalo Hernández, el Gran Capitán. Y el mismo valeroso Cortés se holgaba que no le pusiesen aquellos sublimados dictados, sino solamente su nombre".

Apenas elegido, comenzó Cortés a proveerse de todo género de armas, escopetas, pólvora y ballesta, y se "comenzó a pulir y ataviar su persona mucho más que antes y se puso su penacho de plumas con su medalla y una cadena de oro y una ropa de terciopelo, sembradas por ellas unas lanzadas de oro, y, en fin, como un bravoso y esforzado capitán; pues para hacer estos gastos no tenía, porque en aquella sazón estaba muy adeudado y pobre, puesto que tenía buenos indios de encomienda, y sacaba oro de las minas; mas todo lo gastaba en su persona y en atavío de su mujer, que era recién casado, y en algunos forasteros huéspedes que se le allegaban porque era de buena conversación y apacible, y había sido dos veces Alcalde en la villa de San Juan de Baracoa"... "Y unos mercaderes amigos suyos le vieron con aquel cargo de Capitán General y le prestaron cuatro mil pesos de oro y le dieron otros cuatro mil en mercaderías sobre sus indios y hacienda y fianzas. Y luego mandó hacer Cortés dos estandartes y banderas labradas de oro con las armas reales e una cruz de cada parte, con un letrero que decía: "¡Hermanos y compañeros! Sigamos la señal de la Santa Cruz con fe verdadera y con ella venceremos". "Y luego mandó dar pregones y tocar trompetas y atambores en nombre de Su Majestad y en su real nombre Diego Velázquez, y él por su Capitán General para que cualesquier persona que quisiesen ir en su compañía a las tierras nuevamente descubiertas a las conquistar y poblar, les darían sus partes de oro y plata y riquezas que hubiere y encomiendas de indios después de pacificadas"...

En tales arreglos se hallaba cuando Cortés tuvo la noticia de que se seguía intrigando para hacer que Velázquez le retirase

el mando, por lo que decidió embarcarse cuanto antes, y así, después de oír todos misa, el mismo Velázquez lo fué a despedir al puerto. "Dejando atrás a Santiago llegó la Armada a la villa de La Trinidad donde se detuvo para seguir aprovisionándose. En las casas que Juan Grijalba poseía en dicho lugar, se hospedó Hernán Cortés y allí se le agregaron Pedro de Alvarado y Alonso de Avila, antiguos compañeros de Grijalba, y Cristóbal de Olid, el muy esforzado que fué maestre de campo en las guerras mexicanas, y Ortiz el músico y un Alonso Rodríguez que tenía unas minas ricas de oro; Gaspar Sánchez y otros hidalgos que no me acuerdo sus nombres y todas personas de mucha valía"... Continuaban los preparativos y tenían ya once navíos y todo se les hacía prósperamente: "Gracias a Dios por ello", pero súbitamente envió Diego Velázquez cartas y mandamientos para que "le detengan el armada a Cortés y le envíen preso".

Acusaban a Cortés sus enemigos de que ya andaba alzado contra Velázquez. No hubo, sin embargo, quien cumpliera la orden de prenderlo, pues ya todos los principales de la villa se habían aliado al Capitán General. Este lejos de proclamar su rebeldía, mandó emisarios que apaciguasen a Velázquez y partió con sus buques para la Habana, con el objeto de recoger elementos de guerra que consideraba indispensables. En la Habana se le juntó a Cortés el mismo Francisco de Montejo, que ya había estado en Yucatán y después fué Adelantado y gobernador de aquella provincia; también Diego de Soto, mayordomo de Cortés en lo de México, "y otras personas de calidad"; y cuando Cortés vió todos aquellos hidalgos juntos, se holgó en gran manera y luego envió un navío a cargar cazabe y tocino, y como Capitán del navío envió a Diego Ordaz, mayordomo de las haciendas de Velázquez, y lo hizo para apartarlo de sí, porque no se mostró mucho en su favor cuando las contiendas sobre quién sería Capitán. Por artillería llevaba Cortés diez tiros de bronce y ciertos falconetes y dió cargo de ello a un artillero que se decía Mesa. Por conducto del fraile Bartolomé de Olmedo, que era de su equipaje, se mantenía al corriente Cortés de las órdenes que seguía dando Velázquez, más alarmado ahora que antes, porque no habían querido prenderle a Cortés en La Trinidad. En la Habana, a todos los más que había escrito el Diego Velázquez,

ninguno le acudía a su propósito antes todos a una se mostraban por Cortés; "el teniente Pedro Barba muy menor y además de esto los Alvarados y Alonso Hernández y Francisco Montejo y Cristóbal de Olid, etc. Por manera que si en la villa de La Trinidad se disimularon los mandamientos de Velázquez, más y mejor se callaron en la Habana y el mismo Barba escribió a Velázquez que no osó prender a Cortés porque estaba muy pujante de soldados, en que hubo temor no metiesen a sacomano la villa y la robasen y embarcase todos los vecinos y se los llevase consigo, e que, añadía para consolar a Velázquez, tengo entendido que Cortés era su servidor". Y el propio Cortés escribió "al Velázquez con palabras tan buenas y de ofrecimiento que lo sabía muy bien decir, e que otro día se haría a la vela y que le sería servidor". Y agrega en un aparte Bernal Díaz: "No hicimos alarde hasta la isla de Cozumel". De Cuba salieron el diez de febrero de 1519, los once navíos, menos el de Alvarado, que se había adelantado.

Y lo primero que hizo Cortés en Cozumel fué mostrar mucho enojo porque Pedro de Alvarado robaba sus gallinas a los indios y sus ídolos. Y "mandó traer a los indios y con el intérprete Melchor, porque Julián ya se había muerto, mandó que llamasen a los caciques del pueblo y que no tuviesen miedo y les devolvió el oro y los paramentos, y por las gallinas que ya se habían comido, les mandó dar cuentas y cascabeles, y más, dió a cada indio una camisa de Castilla. En esta isla comenzó Cortés a mandar muy de hecho y Nuestro Señor le daba gracia, por doquiera que ponía la mano se le hacía bien, especial en pacificar los pueblos".

La primera revista militar la mandó hacer Cortés en Cozumel a los tres días de llegados todos los barcos, para saber qué tantos soldados llevaba "y halló por su cuenta que éramos, dice Bernal Díaz, quinientos y ocho sin maestres y pilotos y marineros que serían ciento, y dieciséis caballos y yeguas, once navíos grandes y pequeños, y treinta y dos ballestas y trece escopeteros y tiros de bronce y cuatro falconetes y mucha pólvora. Y como Cortés en todo ponía gran diligencia, me mandó llamar a mí y a un vizcaíno que se decía Martín Ramos, y nos preguntó qué sentíamos de aquellas palabras que nos hubieran dichos los indios

de Campeche cuando venimos con Francisco Hernández de Córdoba que decían "castilan, castilan" y dijo haber pensado muchas veces que por ventura estarían algunos españoles en aquella tierra. Y comenzó a indagar y todos los caciques dijeron haber conocido a unos españoles que a dos jornadas tierra adentro, tenían de esclavos unos caciques. En seguida los mandó Cortés rescatar, enviando por ellos presentes y a los prisioneros puso carta que decía: "Señores y hermanos: Aquí en Cozumel, he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos, y os pido por merced que luego os vengáis aquí, a Cozumel, que para ello envío un navío con soldados, si los hubiésedes menester, y rescate para dar a esos indios con quien estáis; y lleva el navío de plazo ocho días par os aguardar; veníos de todo brevedad; de mí seréis bien vistos y aprovechados; yo quedo en esta isla con quinientos soldados y once navíos y en ellos voy, mediante Dios, la vía de un pueblo que se dice Tabasco o Potonchán"...

Llegó la carta a manos del prisionero Jerónimo de Aguilar, que mediante el rescate obtuvo del cacique licencia para repartir; mas antes se dirigió a su compañero Gonzalo Guerrero establecido en otro pueblo a cinco leguas, y como le leyó las cartas. el Gonzalo Guerrero les respondió: "Hermano Aguilar: yo soy casado y tengo tres hijos y tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerras; íos vos con Dios que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. Que dirán de mí estos españoles desde que me vean ir de esta manera. E ya véis éstos mis hijitos cuán bonitos son. Por vida vuestra que me déis de esas cuentas verdes que traéis para ellos y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra". Y asimismo la india, mujer de Gonzalo, pidió a Aguilar que se retirase. Pero Aguilar insistía con su compañero, diciendo que recordase era cristiano, que por una india no perdiese el ánima, y si por mujer e hijos lo hacía, que los llevase consigo, pero por más que dijo, Guerrero no quiso venir, y parece que era natural de Palos"

Mientras estaban en espera de los prisioneros, empezaron a llegar muchos indios en romería a la isla de Cozumel, todos vecinos de Yucatán. Y había en Cozumel ídolos de muy disformes figuras. "Y una mañana un patio donde estaban los ídolos estaba lleno de muchos indios e indias quemando resina... Y se

subió encima de un adoratorio un indio viejo, con mantas largas el cual era sacerdote de aquellos ídolos y comenzó a predicar un rato. Y Cortés preguntó a Melchor qué contenía aquella plática y supo que les predicaba cosas malas. Mandó Cortés llamar al cacique y al mismo papa o sacerdote y les dió a entender que si querían ser nuestros hermanos, que quitasen de aquella casa aquellos sus ídolos que eran malos y les hacían errar y no eran dioses... Y les dió a entender otras cosas santas y buenas y que pusiesen una imagen de Nuestra Señora que les dió y una cruz... Y los ídolos mandó que los despedazásemos y los echásemos a rodar gradas abajo y así se hizo". Más sabrosa relación no la hay en ninguna literatura ni Capitán más penetrado que Cortés de los valores del espíritu, ni puede haber mejor servicio que reemplazar la más baja idolatría con la más alta fe conocida.

Partió Cortés de Cozumel, pero como tuviese que regresar por daños en un navío, mostró mucho enojo, porque los que habían quedado atrás no esperaron a los prisioneros, cuyo rescate se gestionaba. Nuevamente inició Cortés gestiones para salvarlos. Al preocuparse de este modo por la suerte de dos compatriotas humildes, Cortés sentaba el precedente de uno de los principios del imperialismo, que es levantar a la estimación general el valor de una vida humana, particularmente la vida de uno de los suyos. Cuando Kipling habla del blanco de su raza como de un elegido, entre asiáticos y polinesios, no hace, en realidad, sino parodiar a Cortés que, por dos españoles oscuros, tuvo detenida su expedición dos veces. En cambio, el bárbaro desprecia al humilde y procura salvarse solo. Compárese este sentimiento humanitario de Cortés con el desprecio que cualquier Moctezuma azteca sentía por un plebeyo.

Llegó, por fin, Jerónimo de Aguilar, el prisionero, y contó ser natural de Ecija y que "tenía órdenes de Evangelio y que hacía ocho años que se habían perdido él y otros quince hombres y dos mujeres que iban desde el Darién a la isla de Santo Domingo, cuando hubo diferencias y pleitos de un Enciso y un Valdivia; y que en un batel del navío se metieron él y sus compañeros y las corrientes los echaron en aquella tierra donde fueron repartidos unos como esclavos y a otros los habían sacrificado a los ídolos, y las mujeres de trabajo se murieron, porque las ha-

cían moler. Y que él se huyó y se amparó en el cacique con quien estaba y tenía entendido que los indios hicieron la guerra a los españoles de la expedición de Hernández de Córdoba, por consejos del mismo compañero suyo, Guerrero, que no quería que los descubriesen porque estaba deformado".

Anexado a la expedición Aguilar como intérprete, se dirigieron todos al río Grijalba. Allí, tras de sangriento combate, Cortés tomó posesión de la tierra en nombre de Su Majestad. Después de la batalla y según su costumbre, Cortés se mostró magnánimo, mandó reunir a los caciques y les propuso paces y hubo intercambio de presentes, tales como diademas de oro y figurillas de animales y ciertas telas, pero, observa Bernal Díaz, "no fué nada todo este presente en comparación de veinte mujeres y entre ellas una muy excelente mujer que se dijo Doña Marina, que ansí se llamó, después de vuelta cristiana".

Cortés recibió todo con alegría y en seguida mandó que se poblase la comarca y se estableciesen en ella los indios después de dejar sus ídolos; y tras de instruirlos en la fe, con cuyo objeto hizo construir un altar bien labrado. "Y se puso en el altar la imagen de nuestra Señora y la Cruz; y púsose por nombre aquel pueblo Santa María de la Victoria". Las indias las repartió Cortés entre sus capitanes, después de bautizarlas y convertirlas, observa Bernal Díaz, en las primeras cristianas del Nuevo Mundo. Y Doña Marina le tocó a Alonso Hernández Puerto Carrero que era buen caballero, siendo ella misma gran cacique e hija de grandes caciques, según lo parecía en su persona.

EL CONFLICTO DE DOS MUNDOS

Como por su casa entró el piloto Alaminos detrás de la isla de Sacrificios y a orillas de Ulúa, que bien recordaba de la otra expedición. En los médanos que circundan el puerto levantó Cortés unas chozas de madera, cubiertas con mantas por los indios que se aprestaron a servirle. Llegaron al día siguiente enviados de Moctezuma con presentes y un grupo de dibujantes equivalente de periodistas que tomaron el retrato de Cortés, y vistas de sus compañeros en acción, sus navíos, sus caballos, para llevarlo todo al inquieto monarca de Anáhuac. Hizo Cortés levantar un

gran altar y mandó celebrar misa cantada a la cual asistieron los enviados de Moctezuma. Les entregó después presentes para el Monarca que dijo, quería ver en seguida. Esta pretensión ofendió un poco a los indios, habituados a muchos rodeos y antesalas cuando se trataba de la autoridad. Y a fin de que los pintores se diesen gusto, mandó Cortés que Pedro de Alvarado y todos los de a caballo se aparejasen para que los viesen correr de dos en dos. También para que viesen salir los tiros, mandó llamar Cortés a muchos principales y puso fuego a las lombardas y "fueron las piedras por los montes retumbando con gran ruido y los gobernadores y todos los indios se espantaron de cosas tan nuevas para ellos".

En la Corte de Moctezuma la curiosidad se aliaba con el temor. ¿Cómo eran aquellos hombres blancos? ¿Y, por ventura, sus estampas correspondían a la majestad de la leyenda que predecía la llegada de guerreros poderosos? ¿O se trataba de simples aventureros en busca de granos de oro, cuya codicia se podía saciar? ¿Sería verdad, como lo aseguraban los de Tabasco, que aquellos castellanos eran terribles en el combate? Y es de creerse que al examinar los retratos que de Cortés hicieron los pintores de la corte, los principales guerreros aztecas, tipos feroces de desorejadores, sonreirían con desdén. En los ojos de Cortés había inteligencia y aunque su gesto era grave, se hallaba templado con la bondad. Ninguno de los atributos de la bestia carnicera, ninguno de los rasgos torvos del homicida, sellaban aquel semblante como de uno que tiene una profesión matar hombres. No era Cortés de gran talla y su cara como de escribano de provincia, no era para aterrorizar a salvajes. Aquella frente despejada era de intelectual más que de guerrero, según el criterio de los militares aztecas que aun creyeron hallar entre los cortesanos, uno que se parecía al Capitán extranjero y con intención burlesca lo nombraron jefe de la misión que partía para Veracruz. Se trataba de un sujeto despreciable llamado Quintalbor y en burla empezaron a llamarle "el Cortés". "Cortés por acá, Cortés acullá", según dice Bernal Díaz. Pero como sorna aparte, padecían el temor, se previnieron haciendo que el Rey de burlas portase valiosos regalos.

Mientras iban y venían enviados, Cortés buscaba un punto más seguro para sus barcos, un clima menos inclemente para sus tropas. Al efecto, mandó a Montejo a recorrer la costa norte, pasándose en ello varios días. Unos indios trajeron a vender gallinas. Y el Gobernador de la comarca, Pitalpitoque, establecido en una chozas apartadas de las de los españoles, permitió que unas indias les hiciesen pan de maíz y a Cortés lo proveían de fruta y pescado. Los soldados en cambio tenían que cambiar sus cuentas para conseguir alimentos. A los seis o siete días regresaron los enviados de Moctezuma con más de cien indios cargados. El principal besó la tierra cuando estuvo en presencia de Cortés, y a sus auxiliares los sahumaron con braseros de barro que traían. Y Cortés les mostró mucho amor y "sentólos cabe sí" Y después del parabién y muchas pláticas, mandó el enviado indio sacar el presente que Bernal Díaz describe insuperable como sigue:

"Encima de las esteras que llaman petates lo primero que dió fué una rueda de hechura de sol, de oro muy fino que sería tamaña como una rueda de carreta, con muchas maneras de pinturas, gran obra de mirar, que valía, a lo que después dijeron que la habían pesado, sobre diez mil pesos y otra mayor rueda de plata figuraba la luna y con muchos resplandores y otras figuras en ella y de gran peso, y un casco lleno de oro en granos chicos" —el casco de un soldado español que Cortés había pedido le llenasen con muestra del oro nativo. "Aquel casco", dice Bernal Díaz "tuvimos en más por cierto que había buenas minas... y más, trajo veinte ánades de oro, muy prima labor y muy al natural, e unos como perros de los que entre ellos tienen, y muchas piezas de oro de tigres, leones y monos, y diez collares hechos de una hechura muy prima e otros pinjantes, y doce flechas y un arco con su cuerda, y dos varas como de justicia de largor de cinco palmos... Y luego mandó traer penachos de oro y de ricas plumas verdes e otras de plata y aventadores de lo mismo después venados de oro, sacados de vacadizo... Y luego, mandó traer sobre treinta cargas de ropas de algodón tan prima y de muchos géneros de labores y de pluma de muchos colores, que por ser tantas no quiero en ellos meter la pluma, porque no lo sabré escribir... Y dijo que el gran cacique Cortés, que reciba aquello con la gran voluntad de su señor que lo envía". Y como

Cortés inquiriese sobre la visita que deseaba hacer a Moctezuma, los enviados dijeron que "entre tanto estuviesen en el puerto los españoles, los servían de buena voluntad, pero que de las visitas que no curasen de ellas".

Dió las gracias Cortés pero insistió en que quería visitar a Moctezuma y a los enviados que regresaban, les encomendó también presentes para Moctezuma, que Bernal Díaz describe, expresando: "De la pobreza que traíamos, escogió Cortés una copa de vidrio de Florencia, labrada y dorada con muchas arboledas y monterías que estaban en la copa, y tres camisas de Holanda y otras cosas".

El cacique Pitalpitoque aflojó de tal manera en lo de traer comida, que los españoles sufrieron "falta de mantenimiento". El cazabe amargaba de mohoso y podrido y "si no íbamos a mariscar no comíamos". Y los indios ya no acudían ni a comerciar. Y tornaron a venir los enviados de la capital azteca con más presentes, pero con encargo preciso de decir a Cortés que ya no enviara más mensajes porque no le quería ver Moctezuma.

Entonces Cortés, astutamente y como para no aparecer forzándolos a su arriesgada empresa, se quejó con los soldados de que no los dejaba pasar el monarca azteca: "Debe ser gran señor y rico", insinúa Cortés y le responden los soldados: "Ya querríamos estar envueltos con él". Y relata Bernal Díaz: "En aquella sazón era hora del Ave María, y en el real teníamos una campana, y todos nos arrodillamos delante de una cruz que teníamos puesta en un médano de arena, y delante de aquella cruz, decíamos la oración del Ave María. Y como los caciques Hendile y Pitalpitoque nos vieron así arrodillados, como eran muy entendidos, preguntaron a qué fin nos humillábamos delante de aquel palo hecho de aquella madera, y Cortés le dijo al fraile: "Bien es ahora, padre, que hay buena materia para ello, que les demos a entender con nuestras lenguas —los intérpretes—, las cosas tocante a nuestra Santa Fe". Y así se hizo y se les dijo que sus ídolos eran malos y que nuestro Señor Dios verdadero que se dice Jesucristo, quiso sufrir y pasar por aquella muerte para salvar el género humano, y que resucitó al tercer día y está en los cielos y que habremos de ser juzgados de él. Y se les declaró, para que lo repitiesen a su señor Moctezuma, que nuestro gran

Emperador nos envía a estas partes para quitar que no sacrificasen ningunos indios, ni otra manera de sacrificios malos que hacen, ni se robasen unos a otros, ni adorasen aquellas malditas figuras, y que les ruega que pongan en su ciudad y en los adoratorios en donde están los ídolos, una cruz y una imagen de Nuestra Señora".

Mientras así hablaba a los indios, a los soldados los dejaba Cortés rescatar o sea cambiar cuentas por oro, sin pedirles razón por lo que los amigos de Velázquez, que se hallaban en la expedición, reclamaban y exigían que se tomase nota para apartar el quinto del Rey. Cortés disimulaba el tráfico de los soldados y se holgaba de él, porque lentamente su influencia personal crecía sobre la tropa, a la vez que a ésta se le despertaba la ambición.

Y el choque de indios y españoles se hizo inevitable. "Parece ser, opina Bernal Díaz, que Moctezuma rehusó más pláticas porque era muy devoto de sus ídolos que se decían Texcatepuca y Huichilobos, el uno Dios de la Guerra, y el otro del infierno, y les sacrificaba cada día muchachos para que le dieran respuesta de lo que debería hacer con nosotros. Y Moctezuma resolvió que si no tornaban a marcharse los españoles en sus navíos, a todos los había de sacrificar a sus Dioses".

Bajo la exterioridad de las pláticas y los trueques comerciales los combates se preparaban. Un conflicto decisivo para el futuro de la raza mexicana exigía solución armada. El triunfo español crearía una era nueva y aumentaría una nación a la cultura del planeta. Si Moctezuma hubiese vencido, la crueldad, la brutalidad más espantosa hubiesen seguido deshonrando esta tierra que hoy es, o podría ser, nuestra. En cambio, si los españoles vencían, quedaríamos incorporados a una fracción creadora de la humanidad, colaboradores de uno de los pueblos más ilustres de todos los tiempos. Con razón, los dioses malos del imperio azteca se mostraban irritados, exigían más víctimas. No les bastaba considerar que eran casi seis millones de indios y no pasaban de seiscientos los españoles. Nunca dioses crueles supieron inspirar guerreros capaces, por fortuna para la moral. Nada es más débil que la fuerza empleada en oprimir. A la primera oportunidad los oprimidos descubren que la traición asume aspectos de liberación.

Y hallándose Cortés colocado entre la amenaza de Moctezuma y la exigencia de los del partido de Diego Velázquez que ansiaban el regreso, conformes ya con el botín alcanzado, llegaron unos enviados que describe Bernal Díaz como sigue:

"Traían unos grandes agujeros en los bozos de abajo, y en ellos unas rodajas de piedra pintadillas de azul, y otros con unas hojas de oro delgadas, y en las orejas muy grandes agujeros, en ellas puestas otras rodajas con oro y piedras, y muy diferente traje y habla que la de los mexicanos. Explicaron los recién llegados que habían tenido noticia de lo de Tabasco, cuando Cortés dió su primera batida formal a los indios y de plática en plática informaron cómo tenía Moctezuma enemigos y contrarios", de lo cual Cortés se holgó y con dádivas y halagos despidió a los mensajeros instándolos a que dijesen a su Señor que muy pronto iría él a verlo.

El propósito de Cortés no era regresar a Cuba en condiciones parecidas a las de Grijalba. Su genio le hacía ver posibilidades sin cuento en aquella extraña tierra, rica y debilitada por la barbarie y la discordia, pero ¿contaría con sus soldados? ¿Lograría imponerse a los amigos de Diego Velázquez, que eran numerosos en su misma tropa e insistían en regresar conformes ya con el oro rescatado, indiferentes al plan de ganar un reino? Los del partido de Cortés, que eran Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo, Cristóbal de Olid y el propio Bernal Díaz, corrían la voz de que era conveniente proclamar jefe a Cortés como representante de Su Majestad eliminando de esta suerte al Gobernador Velázquez. Los de Velázquez exigían el reembarque, y Cortés se dió la satisfacción de hacerse rogar que aceptara el nuevo mando. Lo aceptó, a condición de que le diesen cargo de Justicia Mayor y Capitán General. "Y lo peor de todo", reflexiona Bernal Díaz, "que le otorgamos que le diésemos el quinto del oro que se hubiese, después de sacado el quinto real. Y delante de un escribano le dimos poderes. Y luego ordenamos de hacer poblar y fundar la villa que se nombró la Villa Rica de la Veracruz, porque llegamos jueves de la cena y desembarcamos en Viernes Santo de la Cruz". Se procedió en seguida a la elección de Alcaldes y Regidores, siendo los primeros electos Alonso Hernández Puerto Carrero, el marido de Doña Marina, y Francisco

de Montejo, más tarde Adelantado de Yucatán. Así, democráticamente y como cumple a hombres libres, se crearon las primeras autoridades legítimas del continente. Las que existían en los territorios de los nativos lo eran de hecho y se apoyaban en el terror de los sacrificios humanos, el desorejamiento de los prisioneros. El Municipio de Veracruz, creado antes de que los españoles impusiesen su dominio militar sobre el país, he ahí el origen de nuestras instituciones civilizadas que hasta la fecha siguen luchando para perdurar sobre la regresión azteca de los militarismos reinantes, apoyados en el terror del fusilamiento de los prisioneros de la guerra civil. La fundación del Municipio de Veracruz debiera ser la efemérides central de nuestras celebraciones cívicas; en las escuelas de la nación, debería recordarse cada año esa fecha como símbolo de nuestra aspiración a una plena vida civilizada.

UNA TACTICA MORBOSA

Constantemente muestran su sorpresa los historiadores ante la casi increíble hazaña del puñado de españoles que logra conquistar millones de guerreros en territorios desconocidos; pero lo cierto es que nunca estuvieron opuestos con más claridad y violencia los dos métodos de la convivencia humana más contradictorios: el de la conservación de la vida y el de su destrucción. Las huestes de Cortés distaban mucho de hallarse unidas; la discordia armada tenía ya inquietos a los audaces aventureros tanto que en la primera excursión al interior que consumó Alvarado, se evitó utilizar a los de Velázquez. Otros de ellos tuvieron que quedar presos en Veracruz. La diferencia es, sin embargo, capital; los enemigos de Cortés estaban presos; esposados y en cadenas, pero seguros en sus vidas; en la primera oportunidad, un barco los devolvería a su España o un perdón les reintegraría su libertad. En cambio, los enemigos de Moctezuma estaban siendo asesinados por centenares en aquellos precisos momentos de peligro. En los instantes en que cualquier pueblo civilizado, ante la amenaza extranjera, decreta la amnistía y reúne en hermandad a todos los hijos del mismo suelo, los aztecas, en desenfreno suicida, multiplicaban los sacrificios y las medidas de terror, tal y

como nosotros los mexicanos hemos solido hacer en guerra extranjera. Lo que perdió a los aztecas fué el rito de Huichilobos, la matanza por gusto, el sacrificio irreflexivo del semejante, la estúpida creencia de que el dios de la guerra da el triunfo a los brutos, cuando aun en la guerra, la ley de conservación de la especie determina que sea siempre el poder más humano, el que asegura a la postre la victoria. Nos cuenta en efecto, Bernal Díaz, que por todos los pueblos donde llegaba Alvarado, acompañado de sólo cien hombres, los indios emprendían la huída, pero eso sí, antes de huir, dejaban huella, como la de esos cabecillas que todavía reviven periódicamente, huella de asesinatos y atropellos en mujeres y niños. En todos los pueblos hallaba Alvarado sacrificados en los cúes o altares, hombres y muchachos. Las paredes, los altares y los ídolos se bañaban en la sangre de los corazones presentados en imbécil holocausto. Dice Bernal Díaz: "En cada pueblo no hallábamos otra cosa. Algunas veces los brazos y las piernas habían desaparecido y los indios que se habían quedado atrás, explicaban que se las habían llevado para comer".

De su corta expedición regresó Alvarado con algún bastimento para socorrer a los hombres que en Veracruz pasaban hambres, y Bernal Díaz comenta: "Nos holgamos con aquel poco bastimento que trujo, porque todos los males e trabajos se pasan con el comer".

Para cuando regresó Alvarado, ya Cortés con dádivas y buenas promesas, se había atraído a los de Velázquez, los había libertado de la prisión, los había ganado para su causa. Entretanto en México, el Gran Moctezuma ordenaba sacrificios en todos los barrios de la ciudad hasta que la sangre corría a chorros por los embaldosados. No hace falta sino leer con cuidado, para comprender cuál ejército era el que a la larga tenía que triunfar. Y no hace falta sino ser hombre, para simpatizar sin reservas con la aventura libertadora de los españoles. Vengadora, además, no sólo de los indios sacrificados, sino del poder satánico que se había apoderado de los mexicanos desde la expulsión de Quetzalcoatl, el civilizador, o sea desde que se apoderaron del mando los asesinos.

EL EJEMPLO DE CEMPOALA

Decidió Cortés visitar al cacique de los totonacas, animado por la información que le habían dado los mensajeros de estar todo aquel pueblo disgustado con los abusos de Moctezuma. Con las precauciones del caso, avanzó con su artillería por delante y los jinetes y escopeteros, pero no fué necesario combatir. El cacique de Cempoala, que Bernal Díaz llama "el gordo", porque apenas se podía mover, los recibió con agrado, les hizo servir comida y les deparó buenos alojamientos en casa espaciosa, blanqueada por dentro y por fuera. A unos soldados que habían robado gallinas, Cortés los amonestó y ordenó que devolviesen todo a sus dueños y que a nadie hiciesen daño. El cacique gordo y sus gentes no cesaban de quejarse de Moctezuma a lo que Cortés observó que, precisamente, él venía a nombre de un señor muy poderoso, el Emperador don Carlos, para "desagraviar y quitar tiranías". Para obsequiar a los extranjeros, que así les ofrecían protección, y a fin de consumar la hermandad pactada, hicieron presente los indios de veinte doncellas para Cortés y sus capitanes. Le tocó a Cortés una muy fea que después se llamó Doña Catalina y que era sobrina del cacique gordo y señora de muchos vasallos. Y no las recibieron los españoles antes de que se bautizaran y se hicieran cristianas. También previno Cortés a los indios, que antes de poder tratarlos como a hermanos, era menester que no tuvieran aquellos ídolos que los traen engañados "y que también habían de ser limpios de sodomías, porque tenían muchachos vestidos en hábitos de mujeres que andaban a ganar en aquel maldito oficio, y cada día sacrificaban delante de los españoles cuatro o cinco indios, y los corazones los ofrecían a sus ídolos y la sangre pegaba por las paredes, y cortábanles las piernas y los brazos y muslos y los comían como vaca que se traen de las carnicerías en nuestras tierras, y aun tengo entendido que los vendían por menudo en los "tianguis"... "Que así que se quiten estas maldades, seremos amigos"... Pero los indios principales respondieron que no les estaba bien dejar sus ídolos y sacrificios, y que sus ídolos les daban salud y buenas sementeras. "Y como Cortés y todos nosotros", sigue diciendo Bernal Díaz "vimos aquella respuesta tan desacatada y habíamos visto tantas

crueldades y torpedades no las pudimos sufrir. Entonces nos habló Cortés sobre ello y nos trujo a la memoria unas buenas y muy santas doctrinas, y que cómo podíamos hacer ninguna cosa buena si no volvíamos por la honra de Dios y en quitar los sacrificios que hacían de los ídolos y que estuviésemos muy apercibidos para pelear si nos viniesen a defender que no se los derrocásemos y que aunque nos costase las vidas, en aquel día habían de venir al suelo".

Y una vez que sus hombres estuvieran dispuestos, dijo Cortés a los caciques, que habían de derrocar los ídolos. El cacique gordo y otros se apercibieron con muchos guerreros en defensa de sus ídolos, y volvemos a dejar el relato a Bernal Díaz: "Desde que queríamos subir a un alto cúe que es su adoratorio, que estaba alto y había muchas gradas, que ya no se me acuerda qué tantas eran, vino el cacique gordo con otros caciques muy alborotados y sañudos y dijeron a Cortés que por qué les queríamos destruir y que si les hacíamos deshonor a sus dioses o se los quitábamos, que todos ellos perecerían y aun nosotros con ellos. Y Cortés les respondió muy enojado que otras veces les ha dicho que no sacrifiquen a aquellas malas figuras porque no les traigan más engañados y que a esta causa les veníamos a quitar de allí, y que si no los quitasen ellos, los echaríamos a rodar por las gradas abajo y les dijo que no los tendríamos por amigos, sino por enemigos mortales, pues que les daba buen consejo y no lo quieren creer y porque ha visto que han venido sus capitanías puestas en armas de guerrero, que está enojado de ellos y que se lo pagarían con quitarles la vida. Y desde que vieron a Cortés que les decía aquellas amenazas, dijeron que si nosotros los queríamos derrocar, no era con su consentimiento, que se los derrocásemos e hiciéremos lo que quisiésemos. Y no lo hubo bien dicho, cuando subimos sobre cincuenta soldados y los derrocamos y vinieron rodando aquellos sus ídolos hechos pedazos, y eran de manera de dragones espantables, tan grandes como becerros y otras figuras de manera de medio hombre. Y cuando así vieron los ídolos hechos pedazos, los caciques y papas lloraban y se tapaban los ojos y en su lengua totonaca pedían a los ídolos que los perdonasen y que por temor de los mexicanos no daban guerra a los españoles".

Algunos guerreros, sin embargo, quisieron flechar a los españoles, pero Cortés se apoderó del cacique gordo y otros principales, y esto evitó el conflicto. Acto continuo, Cortés hizo despedazar los ídolos y los pedazos los hizo quemar y "salieron de su aposento los papas que tenían cargo de aquellos ídolos, vestidos con mantas prietas como sotanas y el cabello largo pegado de sangre humana coagulada y las orejas hechas pedazos, y hedían como azufre y tenían otro muy mal olor como de carne muerta; y según alcanzamos a saber, aquellos papas eran hijos de principales y no tenían mujeres, mas tenían el maldito oficio de sodomía. Y Cortés los hizo rapar y vestir de limpio y les encomendó el cuidado del altar que en seguida se construyó, y en él se puso la Cruz, con una imagen de Nuestra Señora". En seguida, una misa purificó el ambiente.

Pocos episodios hay en la historia universal más sublimes. En aquel momento, Cortés se jugó el éxito todo de su empresa para ser consecuente consigo mismo, leal a su convicción profunda, que le dijo: ¿Cómo puede venir nada bueno si no volvemos por la honra de Dios, es decir, si no cumplimos en seguida con nuestro deber de cristianos y de civilizadores? Y el que ya andaba de Quijote desagraviando los abusos de Moctezuma, cuando ni siquiera sabía si podría defenderse a sí mismo, subió a la categoría de reformador y ganó para el espíritu la más importante de las batallas. Allí mismo quedó derrotado Huichilobos, y restablecido el expulsado Quetzalcoatl, y vengado el agravio hecho a la humanidad con aquellos sacrificios. A partir de este instante valiente, por donde pisaron los españoles, se acabaron los sacrificios humanos y se liquidó una era inicua de México, gracias al arrojo, la decisión heroica de un grupo de extranjeros. También, en ese mismo instante, los extranjeros que así obraban tomaron posesión del territorio con el derecho que da la civilización sobre la barbarie, la moral contra el crimen. Donde quiera que la especie humana degenera hacia el matonismo, emerge una necesidad de venganza y se hace bendita cualquier intervención que ponga término al régimen de la matanza.

En el caso de Cempoala se pone de manifiesto la superioridad de Cortés sobre los otros grandes capitanes de la historia. Dond Cortés se jugó su destino a la sola carta de la moral ele-

vada, sus predecesores habrían obrado más o menos como sigue: Alejandro, el vanidoso, habría dicho a los indios: Habéis de adorarme a mí, junto con vuestros ídolos viejos. César, el escéptico, se habría alzado de hombros ante los sacrificios humanos, y tal vez habría pensado: Mejor, así acabarán pronto unos con otros los de esta casta despreciable. Bonaparte, el histrión, se hubiese puesto el manto de los sacerdotes aztecas, como se puso el de los Califas de Mahoma, sólo Cortés salió a pelear por los fueros del espíritu, con riesgo de la finalidad práctica de su empresa. Venció a la realidad y creó una nueva práctica. Sentó las bases de un México nuevo.

LA CALUMNIA DEL ORO

Durante todo el tiempo que hemos vivido bajo la influencia moral de los extraños, los autores han coincidido en afirmar que la sed del oro era el impulso dominante de los españoles de la conquista a quienes, en consecuencia, se presenta como hombres rudos y codiciosos, que una inmerecida buena fortuna llevó a consumar hazañas que ni los más envenenados censores dejan de calificar como extraordinarias. En los tiempos en que escribió Bernal Díaz su historia, nadie había lanzado aún por el mundo esta especie injusta; en las palabras del historiador no hay, por eso mismo, ningún empeño de sincerarse de cargos que no existían aún. Sin embargo, con la sencillez y la veracidad más crudas, Bernal Díaz reconoce que andaban "en busca de oro que rescatar" es decir, qué cambiar por cuentas y objetos varios. Precisamente, de esta franqueza varonil, se han servido los enemigos de España, como prueba de sus cargos, pero maliciosamente se callan los móviles sublimes de la incomparable aventura. En cambio, no se descubre móvil alguno elevado en los piratas ingleses que vinieron después, miembros de la nobleza no pocos de ellos, que a falta de oro que trabajar, se dedicaban al saqueo de indefensas ciudades. Repetidamente, Bernal Díaz habla de los presentes en oro y de las esperanzas que todos llevaban de encontrar ricas minas de este metal. Pero al mismo tiempo, y sin propósito de excusar ni de alabar a nadie, el mismo Bernal Díaz nos cuenta de cómo, queriendo adelantarse a las acusaciones que Veláz-

quez mandaría a la Corte en contra de Cortés, decidieron, todos los que lo habían hecho Capitán en Veracruz, mandar a Su Majestad cartas explicativas, acompañadas del presente usual en esos casos. Y, al efecto, resolvieron los principales *deshacerse de todo el oro que llevaban ganado,* a fin de reunir cantidad digna; pero como no existía entre ellos autocracia por virtud de la cual el jefe o los jefes se llevan todo y los soldados apenas reciben un engaño, democráticamente, como procedían en todo, iniciaron una colecta. Y como el oro se hallaba muy repartido entre los soldados que más empeño habían puesto en lograrlo, fué preciso acudir a todos en los términos siguientes: "Señores (dirigiéndose a los soldados): ya véis que queremos hacer un presente a Su Majestad; y para ser el primero que enviamos de estas tierras, había de ser mucho más; paréscenos que todos le sirvamos con las partes que nos caben; los caballeros y soldados que aquí estamos escritos tenemos firmado cómo no queremos parte ninguna de ellos, sino que servimos a Su Majestad con ello, porque nos haga mercedes". "El que quisiere su parte no se le negará. El que no la quisiera, haga lo que todos hemos hecho, fírmelo aquí". "Y de esta manera todos a una firmaron"... Así procedían cuando llegaba la ocasión grande, estos españoles hijosdalgo y aventureros pobres dando cuanto tenían en súbito alarde de generosidad, después de haber padecido lo que no se ha escrito para ganar lo que prodigaban. Se dirá que este oro le cedían los españoles con la esperanza de obtener ventajas mayores en el futuro. Y aun así, ¿cuántos hay entre el común de los mortales capaces de sacrificar de buen grado lo seguro por lo dudoso, lo presente por lo remoto? Quien lo hace es, en todo caso, negociante intrépido y no un avaro vulgar.

Enseña el Evangelio que ha de saber decidirse a perderlo todo quien quiere hacerse digno de ganar el Cielo. Así Cortés con su lógica cristiana inflexible, primero quitó a sus soldados el oro y prescindió de sus propias riquezas; después se cortó la retirada, deshaciéndose de los navíos que eran una constante tentación para aquellos pusilánimes que ante el peligro creciente sólo pensaban en el escape. Para forzar la decisión de internarse en el país desconocido, Cortés y los suyos se hicieron pobres. ¡Confirmando una vez más que el peso de los bienes del mundo es un estorbo

para el que busca los lauros de una empresa inmortal! En vísperas de la conquista de México los españoles renunciaron al oro ya ganado y también a la seguridad y las ventajas de una decorosa retirada; se jugaron su destino entero, a la sola carta de un éxito, dudoso conforme a la materia, incomparable según los criterios del ideal.

Y así fué como surgió, necesidad heroica y no alarde vano, el insuperable episodio de la destrucción de los navíos, que a todo un ejército abanderado de una gran causa, lo dejó sin retirada y entregado a la sola potencialidad de su fe en la victoria.

CORTES QUEMO SUS NAVES

La literatura heroica de la humanidad, en todas sus lenguas, tiene adoptada la frase "quemar las naves", que se aplica a toda decisión valerosa y extrema. Bien merece Cortés tal honor. No hay alarde parecido en ningún otro aventurero marcial. Ocurrieron los hechos como sigue:

Los parciales de Diego Velázquez conspiraban en secreto para apoderarse de un navío y regresar en él a Cuba. Al llegar a La Habana se proponían hacer prender a los emisarios que Cortés mandaba a España con los presentes del Rey. Denunciada la conspiración y presos los culpables, Cortés mandó ahorcar a dos de los principales y castigó a otros con azotes. Hasta allí no hizo sino aplicar el rigor necesario contra reincidentes de deserción frente al enemigo. Pero había algo más que el riesgo de la deserción: el desaliento minaba aún a los leales; el propio Cortés acaso vacilaba frente a la magnitud de su empresa. Entonces, en un rapto que parece desesperado, pero que es una de esas intuiciones propias del genio, mandó desarbolar todos los navíos, con lo que ya nadie pudo pensar en retroceder. Sin embargo, antes de consumar tan grave medida, la consultó con sus más adictos y los más firmes, porque como dice Bernal Díaz: "para que si algo le demandasen que pagase los navíos que era por nuestro consejo y todos fuésemos en los pagar".

"Luego mandó a un Juan Escalante que fuese desde Cempoala, donde nos hallábamos, a la Villa y que de todos los navíos se sacasen todas las anclas y cables y velas y lo que dentro

tenían que se pudiese aprovechar y que diese con todo ellos al través, que no quedasen más de los bateles y que los pilotos y maestros viejos y marineros que no eran para ir a la guerra, que se quedasen en la Villa y con dos chinchorros que tuviesen cargo de pescar, que en aquel puerto siempre había pescado aunque no mucho".

Sin una palabra de jactancia, con sencillez castellana, refiere Bernal Díaz uno de los episodios más notables de la historia universal. Marca dicho episodio el instante en que Cortés decidió la conquista, sobreponiéndose a los que habrían hecho de su expedición una de tantas que exploran tierras desconocidas, pero no las ocupan ni las transforman. Declara Bernal Díaz que no es cierto, como afirma el cronista Gomara, que Cortés ocultara a los soldados la destrucción de los navíos. Ninguna ocultación era necesaria, según Bernal Díaz, que comenta: "¿De qué condición somos los españoles para no ir adelante y estarnos en partes que no tengamos provecho e guerras?"

Muy ajeno a engaños, Cortés se fió a su oratoria, y dirigiéndose a los soldados después de misa, y a propósito de las naves destruídas, les hizo ver "que ya no tenían navíos para ir a Cuba", "ni otro socorro que Dios y nuestro buen pelear y corazones fuertes", y sobre "ello dijo otras muchas comparaciones y hechos heroicos de los romanos. Y todos a una contestaron los soldados que harían lo que se les ordenase, que echada estaba la suerte de la buena ventura, como dijo Julio César sobre el Rubicón, pues eran todos nuestros servicios para servir a Dios y a su Majestad. En seguida encomendó Cortés las Iglesias recién construídas al Cacique Gordo, el de Cempoala, y le pidió tamemes y bastimentos para marchar a la guerra contra Moctezuma".

CAMINO ADELANTE

Aliados a los de Cempoala, avanzaron los de Cortés, haciendo su primer alto en Jalapa. Eran los indios de tal región amigos de los de Cempoala y no tributaban a Moctezuma. Sin embargo, consumaban los mismos odiosos sacrificios. Esto obligó a los españoles a exhortarlos y a repetirles la declaración de que venían en nombre del gran Rey Don Carlos, a ver que no se

hiciesen más sacrificios, y a consumar desagravios y a propagar la Santa Fe Cristiana. El frío empezó a castigar a los invasores en el ascenso de la meseta. Por consejos de los de Cempoala, seguían el camino de Tlaxcala y para aprovechar el odio que los de esta nación tenían a Moctezuma. Caminaba la artillería a hombros de los "tamemes". Los soldados cargaban sus armas y en la marcha usaban alpargatas. En el punto que Bernal Díaz llama Cocotlán, vieron blanquear azoteas, y la casa del cacique; también cúes o adoratorios muy altos, encalados. El conjunto "parecía muy bien a ciertos pueblos de España". "Y pusiéronle a este poblado Castel Blanco, porque dijeron unos soldados portugueses que parecía a la Villa de Castel Blanco de Portugal". Los naturales de este sitio hospedaron a los españoles y les dieron de comer, "poca cosa e de mala voluntad". Al mismo tiempo informaron a Cortés de los ejércitos que tenía Moctezuma en diversas provincias, y de la fortaleza que era la ciudad de México, y cómo estaban fundadas las casas sobre agua y que de una casa a otra no se podía pasar, sino por puentes que había en buen número y en canoas. Las casas eran todas de azoteas y cada azotea si era provista de mamparas, se convertía en fortaleza. Para entrar dentro de la ciudad había tres calzadas y en cada calzada cuatro o cinco aberturas con un puente y con alzar cualquiera de esos puentes que son hechos de madera, nadie podía entrar a México. Y luego dijeron del oro y plata y riquezas que tenía Moctezuma y todos estaban admirados de lo que oían.

Un delirio heroico empujaba a los españoles y los hacía despreciar los riesgos. Respondiendo al relato del Cacique Olintecle sobre las grandezas y el poder de Moctezuma, Cortés pronunció el discurso que sigue, digno de la Ilíada o del Quijote:

"Pues hágoos saber que nosotros venimos de lejas tierras, por mandado de nuestro Rey y Señor que es el Emperador Don Carlos, y envía a mandar a ese vuestro gran Moctezuma, que no sacrifique ni mate ningunos indios, ni robe sus vasallos, ni tome ningunas tierras; y para que dé la obediencia a nuestro Rey y Señor, y ahora lo digo asimismo a vos, Olintecle, y a todos los demás caciques que aquí estáis, que dejéis vuestros sacrificios y no comáis carne de vuestros projimos, ni hagáis sodomías, ni las cosas feas que soléis hacer, porque ansí lo manda nuestro Señor

Dios, que es el que adoramos y cremos y nos da la vida y la muerte y nos ha de llevar a los cielos"

Y los indios a todo, callaban.

Y Cortés, dirigiéndose a Fray Bartolomé de Olmedo y a los soldados, añadió: "Parésceme, señores, que ya no podemos hacer otra cosa sino que se ponga una cruz". Y respondió el padre Olmedo: "Parésceme, señor, que en estos pueblos no es tiempo para dejarles cruz en su poder, porque son desvergonzados y sin temor y como son vasallos de Moctezuma, no la quemen o hagan alguna cosa mala". Pero Cortés insistió y la cruz quedó enclavada sobre el adoratorio azteca.

Urgidos por los de Cempoala y atemorizados, sirvieron los indios comida y presentes. En la plaza de aquel pueblo viéronse rimeros de cráneos y montones de huesos. Según Bernal Díaz, eran más de cien las calaveras al cuidado de los papas y sacerdotes. Igual hacinamiento macabro hallaron en todos los pueblos de tierra adentro.

EL HEROE XICOTENCATL

Gran empeño habían mostrado los indios aliados a los españoles de que se siguiera la ruta de Tlaxcala en la marcha hacia la capital de México, porque no siendo los tlaxcaltecas vasallos de Moctezuma, creyeron fácil ganarlos a su causa sin combatir. No contaron con que es siempre más difícil someter a voluntad ajena a un pueblo libre que a los más fieles vasallos. Llegaron a Tlaxcala los mensajeros de Cortés con halagadoras promesas, pero se les recibió con frialdad. La presencia de los de Cempoala y otros vasallos de Moctezuma en el ejército de Cortés, creó sospechas. Ya otras veces, dijeron los tlaxcaltecas, con mañas y cautelas "les entraban en la tierra y se la saqueaban". Finalmente, decidieron: "Agora hemos de matar a esos que llamáis teules o dioses y comeremos sus carnes y veremos si son tan esforzados como publicáis". A lo que Cortés repuso: "Pues que ansí es, adelante en buena hora". Y encomendándose a Dios y con la bandera tendida que llevaba el alférez Corral, avanzaron los españoles muy de concierto y por delante la señal de la cruz, "que con ella venceremos"

Y no muy lejos viéronse hasta treinta indios que "estaban por espías y tenían espadas de dos manos y rodelas y penachos; otros portaban lanzas. Las espadas eran de pedernales que cortan más que navajas". Al acercarse los españoles, alejóse esta avanzada y tras ella envió Cortés cinco jinetes para que procuraran apoderarse de alguno de los indios; en vez de lograrlo, cayeron los de a caballo en una emboscada con la que dió principio la pelea. Un escuadrón de más de tres mil tlaxcaltecas salió de un escondite, cayendo sobre los españoles, con lluvia de flechas y golpes de montantes. La artillería y las escopetas lograron, sin embargo, hacer retroceder a los atacantes y quedando en el campo diecisiete muertos y muchos heridos, todos indios. El terreno era llano y había muchas casas y labranzas de maíz y magueyales. Esa noche la pasaron los de Cortés dormidos cerca de un arroyo y "con el unto de un indio gordo de los que allí matamos se curaron los heridos, que aceite no había". Por cena tuvieron perrillos que los indios criaban, pero las casas de la comarca quedaron despobladas. Y la noche se pasó con escuchas y buenas rondas y los caballos ensillados "por temor de que no diesen sobre nosotros".

Al otro día, muy concertados los escuadrones y los de a caballo avisados de cómo habían de entrar rompiendo, procurando no apartarse unos de otros, se prosiguió la marcha. Pronto se les opusieron dos escuadrones de guerreros en número como de seis mil, lanzando grandes gritos y ruido de tambores y trompetillas, a la vez que flechaban y tiraban varas. Cortés mandó que estuviesen todos quedos y con tres de los prisioneros requirió a los indios que no hiciesen guerra. Después de escuchar a los mensajeros mostráronse los indios "muy más recios y daban tanta guerra que no se les podía sufrir; por lo que Cortés dijo: "Santiago y a ellos" y "de hecho arremetimos de manera que les matamos y herimos muchas de sus gentes, y entre ellos tres capitanes". Fuéronse retirando hacia unos arcabucos donde estaban en celada sobre más de cuarenta mil guerreros con su capitán general, el bravo Xicoténcatl. Su divisa era de blanco y colorado. Las hondas y piedras producían como granizo y hacían mucho daño. En las quebradas aumentó el peligro para los españoles que avanzaban, aunque en el llano, con los caballos y artillería tomaban

venganza. Y no osaban arremeter sino todos juntos porque "no nos desconcertasen y rompiesen" y "si arremetíamos, hallábamos sobre veinte escuadrones sobre nosotros que nos resistían y estaban nuestras vidas en mucho peligro, porque eran tantos guerreros que a puñadas de tierra nos cegaran sino que la gran Misericordia de Dios nos socorría y nos guardaba" Y "parece ser que entre los tlaxcaltecas, se acordaron muchos de ellos para tomar a manos algún caballo y lo pusieron por obra arremetiendo; echaron mano a una muy buena yegua hiriendo malamente al jinete que era Pedro de Morón. Y a la yegua le dieron una cuchillada que le cortaron el pescuezo redondo e colgado del pellejo, allí quedó muerta"; pero en la refriega que se produjo para salvar al jinete perecieron muchos tlaxcaltecas, entre ellos los capitanes ya mencionados; sin embargo, se llevaron los indios la yegua, la cual hicieron mostrar en todos los pueblos de Tlaxcala y ofrecieron a sus ídolos las herraduras y los chapeos. El combate quedó en suspenso porque los españoles no tenían refuerzos y eran los que atacaban, y no se "podían tener en pie de cansados". Se dió esta batalla en Tehuacacingo, el dos de septiembre de mil quinientos diecinueve. Por la noche se hicieron fuertes los españoles en unos adoratorios que estaban en unos altos y curaron a sus heridos, que eran quince, uno de los cuales murió esa noche.

Se descansó todo el día siguiente y al segundo expuso Cortés que era bueno ir a correr el campo con los de a caballo "para que no sintiesen los tlaxcaltecas nuestra flaqueza" y porque era mejor acometer. De manera que con siete de a caballo y pocos escopeteros y doscientos soldados y algunos aliados salieron por las casas y pueblos prendiendo hasta veinte indios e indias sin hacer ningún mal, pero los aliados indios "como son crueles, dice Bernal Díaz, quemaron muchas casas y trujeron bien de comer gallinas y perrillos"... Y acordó Cortés se soltasen los prisioneros después de darles de comer. Y con Doña Marina les hizo ver "que no fuesen más locos e que viniesen a la paz que no les venimos a hacer mal ni enojo, sino pasar por su tierra e ir a México a hablar con Moctezuma". Cuando llegó tal súplica a oídos de Xicoténcatl, respondió éste: "que fuesen a su pueblo, donde está su padre y que allá harán las paces con hartarse de

nuestras carnes y honrar sus dioses con nuestros corazones y sangre".

Y comenta Bernal Díaz: "Desque Cortés y todos nosotros oímos aquellas tan soberbias palabras, como estábamos hostigados de las pasadas batallas e rencuentros, verdaderamente no lo tuvimos por bueno". Y a los mensajeros los halagó Cortés con blandas palabras y les mandó dar obsequios. A la vez que con ellos se informaba por extenso de qué manera estaba el capitán Xicoténcatl. Y le dijeron que tenía mucha más gente de guerra que la primera vez que les dió batalla. Más o menos cincuenta mil hombres había dispuestos y tendrían por bandera y seña "un ave blanca tendidas las alas como avestruz y cada capitanía tenía su divisa, como en Castilla usaban los duques y condes. Y desque aquello supimos, confiesa lealmente el cronista, como somos hombres y temíamos la muerte, muchos de nosotros y aun todos los demás, nos confesamos con el padre la Merced y con el clérigo Juan Díaz, que toda la noche estuvieron en oír de penitencia y encomendádonos a Dios que nos librase no fuésemos vencidos y así se llegó al amanecer".

LA SEGUNDA BATALLA

Según avanzaban de mañana, en formación de guerra, vieron los españoles asomar por los campos multitud de guerreros con grandes penachos y divisas y mucho ruido de trompetillas y bocinas. Por todas partes los cercaron tantos combatientes que se "podría comparar como si hubiese unos grandes prados de dos leguas de ancho e otras tantas de largo y en medio de ellos cuatrocientos hombres; así era; todos los campos llenos de ellos y nosotros obra de cuatrocientos, muchos heridos y dolientes". Y "supimos cierto que aquella vez iban los indios con pensamiento que no habían de dejar ninguno de nosotros con vida, que no habían de ser sacrificados a sus ídolos". "Y fué un granizo de piedra de los honderos y todo el suelo se hizo parva de varas desatadas e a dos gajos de los flecheros ¡y qué priesa daban y cómo se juntaban contra los españoles con grandísimos gritos y alaridos!" Pero la artillería y las escopetas hacían mucho daño en las filas de los asaltantes. A la vez, con estocadas los apartaban

los españoles y los de a caballo estaban tan diestros y "hacíanlo tan varonilmente que después de Dios, que es el que nos guardaba, ellos fueron fortaleza". Hubo un instante en que se vió desbaratado el escuadrón y no bastaban las voces de Cortés y de los otros capitanes para tornarlo a cerrar tanto era el número de indios, pero como por milagro y a puras estocadas los españoles se rehicieron.

Los tiros hacían mucho daño a los indios que amontonados no se sabían capitanear. Además, entre los jefes indígenas prevalecía la discordia; uno de los aliados de Xicoténcatl lo abandonó en esta batalla. Desalentados por la pérdida de muchos principales, los de Tlaxcala celebraron consejo, echaron suertes y consultaron con sus adivinos. En definitiva resolvieron que eran, en efecto, los españoles, hombres de carne y hueso y no teules y que, por lo mismo, podían ser vencidos, sólo que combatiéndolos de noche porque de día el sol les daba fuerzas. En consecuencia dispuso Xicoténcatl un gran ataque nocturno. Sin duda, no contaban con que los españoles, según el cronista, se habían acostumbrado a dormir "calzados y las armas vestidas y los caballos ensillados". Fácilmente fueron rechazados los indios, que esta vez quedaron más desalentados que antes y furiosos con sus adivinos. Sin embargo, Xicoténcatl no cesaba de hostilizar a la tropa invasora, entre la cual, eran ya más los heridos que los sanos. El mismo Cortés andaba con calenturas. Y con angustia pensaban los capitanes que si ya los de Tlaxcala los tenían en tal apuro, cuál iba a ser su suerte cuando tuviesen que enfrentarse a los poderosos ejércitos de Moctezuma. Por el lado de la costa no tenían los españoles quien les diera refuerzo, ni noticia de los que habían quedado en Veracruz. Todo lo cual Bernal Díaz comenta: "entre todos nosotros había caballeros y soldados tan excelentes varones y tan esforzados y de buen consejo, que Cortés ninguna cosa hacía sin primero tomar de ellos muy maduro consejo como buen capitán que era". Así es que se convino en soltar a los prisioneros y hacer de nuevo proposiciones de paz, diciendo a los indios que se les perdonaba todo el hecho, "incluso la muerte de la yegua". Y doña Marina, con ser mujer de la tierra, "que esfuerzo tan varonil tenía que aun viendo que nos habían de matar y comer nuestras carnes con aji y habernos visto cercados en las batallas

pasadas y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer".

La proposición de paz de los españoles halló esta vez buena acogida en Tlaxcala. Pese a la oposición de Xicoténcatl se acordó aceptar la amistad de los de Cortés y llevarles comida y ofrecerles mujeres, siempre con la idea de aprovechar a los teules para la guerra permanente que los de Tlaxcala mantenían con los mexicanos.

Mientras duraban las pláticas de paz, Cortés infatigable excursionaba por los pueblos atrayéndose a la población con su trato humano y agenciándose alimentos. Y no todo era concordia en su propio campamento. Al contrario, encabezados por los antiguos simpatizadores de Velázquez y ayudados por los que tenían propiedades en Cuba, un grupo de soldados habló a Cortés y después de echarle en cara la destrucción de las naves, expuso: "Ya no podemos sufrir la carga, cuanto más muchas sobrecargas, y que andábamos peor que bestias, porque a las bestias desque han hecho sus jornadas les quitan las albardas y les dan de comer y las reposan y que nosotros de día y de noche siempre andábamos cargados de calzas y armas". No da Bernal Díaz los nombres de los quejosos, dice, por no restarles su honra", pero explica que hablaban en tono medio soberbio, diciendo a Cortés que un Alejandro seguramente no hubiera cometido el error de quemar sus naves. Y proponían regresarse a Veracruz para esperar en la costa a que Velázquez enviase buques a rescatarlos. Cortés, con mansedumbre, repuso que eran todos valientes y esforzados capitanes, pero que ya veían que en todos los peligros él había estado con ellos y que si era verdad que se hallaban en situación comprometida, atendiesen a que tres veces habían burlado el empeño de Xicoténcatl que "después de jurar desbaratarnos ahora no paresce". Por eso pidió que "tengan confianza en Dios". "Y en cuanto a lo que decís que jamás capitán romano de los muy nombrados han acometido tan grandes hechos como nosotros, es verdad y ahora y adelante mediante Dios dirán las historias que de esto harán memoria, mucho más que de los antepasados, pues nuestras cosas son en servicio de Dios y de nuestro gran emperador Don Carlos. Ansí es que, señores, no es cosa bien acertada volver un paso atrás, que si nos viesen volver,

estas gentes y los que dejamos de paz y aun las piedras se levantarían contra nosotros; y ansí como ahora nos tienen por dioses o ídolos que ansí nos llaman nos juzgarían por muy cobardes y de pocas fuerzas. Y ¿qué diría Moctezuma si nos viese retroceder? que todo había sido juego de niños. Ansí es que, señores, mal allá y peor acullá, más vale que estemos aquí donde estamos que es bien llano y todo bien poblado y este nuestro real está bien abastecido; unas veces gallinas y otras perros, gracias a Dios, no nos falta qué comer; y ojalá tuviésemos sal, que es la mayor falta que al presente tenemos y ropa para guarescernos del frío. Y en cuanto a los muertos y la fatiga vista cosa es que, en las guerras se gastan hombres y caballos y no venimos al presente para descansar sino para pelear; por tanto os pido, señores, que pues sois caballeros, que de aquí en adelante se os quite el pensamiento de la isla de Cuba y lo que allá dejáis y procuremos hacer como buenos soldados, que, después de Dios, nuestro socorro y ayuda han de serlo nuestros brazos". Y como insistieren en que, por lo menos, debía abandonarse el proyecto de llegar hasta México, Cortés les respondió medio enojado que valía más morir por buenos, como dicen los cantares, que vivir deshonrados, y entonces los soldados vinieron en apoyo de Cortés y al fin todos obedecieron.

La victoria española quedó patente cuando el propio Xicoténcatl, acompañado de cien guerreros, se presentó a la tienda de Cortés, que se hallaba malo de calenturas y "purgado del otro día". Se deshizo Xicoténcatl en excusas de que no daban más oro porque no lo tenían, y se quejó de los mexicanos que les daban guerras, y habiendo comprendido dijo que los españoles eran invencibles; ahora los querían de amigos y aliados y de esa manera ya no tendrán sobresaltos de "los traidores mejicanos". Era Xicoténcatl, dice el cronista, "alto de cuerpo y de grande espalda y bien hecho y la cara tenía larga y como hoyosa y robusta y era hasta de treinta y cinco años y mostraba en su persona gravedad. Cortés le dió las gracias y le hizo mil halagos y dijo que lo recibía por vasallo de nuestro Rey y señor y como amigo nuestro".

A la entrevista había cuidado Cortés de invitar a ciertos Embajadores de Moctezuma que habían llegado a felicitarlo "porque hacía la guerra a los tlaxcaltecas". Xicoténcatl invitó a Cor-

tés a que visitara su ciudad de Tlaxcala, y el capitán español dijo que lo haría tan pronto terminase ciertos arreglos con los enviados de Moctezuma. Y en tono de amenaza añadió: que miren que las paces que ahora le dan sean firmes, que si otra cosa hacen los matará y destruirá su ciudad. Hubo en seguida intercambio de presentes, todo en presencia de los Embajadores de Moctezuma. Y así que se despidió Xicoténcatl, los Embajadores de Moctezuma dijeron a Cortés que desconfiase de los tlaxcaltecas, que eran traidores, y pedían a Cortés que no fuese a Tlaxcala antes de seis días, plazo en el cual, seguramente le llevarían noticias de Moctezuma.

Decidió Cortés aguardar, en parte para tomar reposo y por complacer a los de Moctezuma aunque en lo relativo a la traición de los de Tlaxcala les dijo que no le preocupaba, pues tenía modo de acabar con ellos y con todos los que se opusieran a sus propósitos.

Y como no llegaba Cortés a Tlaxcala, de allá vino otra Embajada a instarle para que hiciese la visita a la ciudad. Y los indios todos llamaban a Cortés Malinche, o sea una corrupción de Marina, el nombre de la intérprete que estaba siempre a su lado, y que pronto había de darle un hijo.

A la entrada de Tlaxcala saludaron a Cortés muchos principales y no cabian por las calles y azoteas tantos indios e indias que salían a recibir a los conquistadores con rostros muy alegres. Y les obsequiaban a los capitanes "piñas de muchas rosas de la tierra, diferenciadas las colores y de buenos olores". Y les alojaron en unos buenos patios adonde estaban los aposentos y allí tenían aparejado, para cada soldado, unas camillas de esteras y mantas de henequén. Y también a los aliados de los españoles, los indios de Cempoala y Cocatlan, los hospedaron y agasajaron. Al día siguiente recibió Cortés, entre otros presentes, numerosas doncellas, entre otras una hija del Viejo Xicoténcatl. Todas estas mujeres, después de ser bautizadas, repartiéronse entre los capitanes. Como ejemplo de la forma en que fueron tratadas, bastará citar lo que dice de una de ellas Bernal Díaz: "la que le tocó a Pedro de Alvarado, tuvo de él una hija que se llamó Doña Leonor, mujer que es agora de Don Francisco de la Cueva, buen caballero, primo del Duque de Alburquerque".

EL PRIMERO QUE SE ASOMO AL VALLE

Fué Diego de Ordaz, uno de los capitanes de Cortés, y lo consiguió subiendo al volcán Popocatépetl, realizando así al mismo tiempo la primera ascensión a una de las cumbres más altas de América. Estando los españoles en Tlaxcala, echaba mucho fuego el volcán, dice Bernal Díaz, y "a un capitán de los nuestros, tomóle codicia de ir a ver qué cosa era y demandó licencia a nuestro general para subir en él". Y con dos compañeros y ciertos indios principales de Huejotzingo, se inició la expedición. A medio camino ya no podían sufrir el temblor de la tierra ni las llamas, piedras y cenizas de la erupción; Ordaz siguió adelante con sus compañeros españoles, y no se atrevieron los indios a seguirlos, por temor a los teules o dioses del volcán. De pronto un temblor y las llamas, la lluvia de piedras medio quemadas y ceniza, los detuvo cerca de una hora, pero pasada la fumarola subieron hasta la boca que era "muy redonda y ancha, en el anchor de un cuarto de legua y desde allí se parescía la gran ciudad de México y toda la laguna y los pueblos que están en ella sentados..." "Y después de bien visto, muy gozoso el Ordaz y admirado de haber visto a México y sus ciudades, bajó con sus compañeros y cuando lo contaban, todos los admirábamos, pues en aquella sazón no lo habíamos visto ni oído, como agora que sabemos lo que es y han subido encima de la boca muchos españoles y aun frailes franciscanos. Y cuando volvió Diego de Ordaz a Castilla demandó de su Majestad el tener por armas, las del ascenso al Volcán y así las tuvo un su sobrino que más tarde se estableció en Puebla".

Por todos los rumbos penetraba el ojo explorador de los españoles y todo lo anotaban; unos trepando las alturas, otros estudiando la organización social de los indios; así cuenta, por ejemplo, Bernal Díaz de las casas de madera hechas de redes y llenas de indios e indias que tenían dentro encarcelados y a cebo, hasta que estuviesen gordos para comer y sacrificar; "las cuales cárceles, añade, las quebramos y deshicimos para que se fuesen los presos que en ellas estaban y los tristes indios no osaban ir a cabo ninguno, sino estarse allí con nosotros y ansí escapar con sus vidas, y en adelante, en todos los pueblos que entrábamos, lo

primero que mandaba nuestro capitán era quebrarles las tales cárceles y echar fuera los prisioneros. Y como vimos aquella gran crueldad, Cortés mostró tener mucho enojo de los caciques de Tlaxcala y los riñó, bien enojado, y los caciques prometieron que, desde allí en adelante no matarían, ni comerían de aquella manera más indios. Pero, digo yo —comenta Bernal— que de qué aprovechaban todos aquellos prometimientos, que en volviendo la cabeza hacían las mismas crueldades".

SE PREPARA EL AVANCE HACIA MEXICO

Después de holgar diecisiete días en Tlaxcala y previas muchas pláticas para convencer a los que opinaban por retirarse con el botín ya logrado, decidió Cortés la marcha. Con astucia para asegurarse la alianza de los tlaxcaltecas les recomendó que hiciesen las paces con los mexicanos, alegando que él mismo visitaba a Moctezuma, pero no en son de guerra. La mayor parte de los caciques y el propio Xicoténcatl se empeñaron en disuadir a Cortés alegando que eran traidores los mexicanos y aconsejando que cuando pelease con ellos, a los que pudiese matar no los dejase con vida: "al mancebo porque no tome armas, al viejo porque no dé consejo, porque jamás mantienen verdad en cosa alguna que prometen". En todo caso aconsejaban que no entrase Cortés por Cholula porque era allí donde Moctezuma tenía sus tratos dobles encubiertos. Sin embargo, se decidieron los españoles por el camino de Cholula, a causa de que supieron era una ciudad de gran población "muy bien torreada, de grandes y altos adoratorios". Estando todavía en las pláticas de la marcha, llegaron embajadores de Moctezuma diciendo que se maravillaban de que estuviesen tantos días los españoles entre aquellos tlaxcaltecas pobres, que aun para esclavos no son buenos por ser tan malos y traidores y ladrones, "que cuando más descuidados estuviésemos nos matarían para robarnos y nos rogaban que fuésemos luego a su ciudad y nos darían lo que tuviesen". Aquello decía Moctezuma porque tuvo noticia de la alianza de los españoles con los tlaxcaltecas y de haber éstos dado sus hijas a los capitanes. Por eso, juzga Bernal Díaz, Moctezuma "nos cebaba con oro y presentes, para que saliésemos de Tlaxcala".

Finalmente, salió Cortés rumbo a Cholula, acompañado de diez mil guerreros tlaxcaltecas que le fueron ofrecidos como auxiliares. Al acercarse a Cholula, a ruegos de los caciques locales hizo Cortés que los tlaxcaltecas acampasen en las afueras de la ciudad, a la cual entró solo con sus españoles. Y era tanta la gente que salía a verlos por calles y azoteas que se maravillaban los españoles y los nativos se sorprendían, porque no habían visto hombres como los extranjeros, ni cosa parecida a sus caballos.

La recepción de los cholultecas había sido, según parece, sincera; pero pronto llegaron a las cercanías veinte mil guerreros de Moctezuma, con Embajadores que exigieron a los caciques de Cholula que aprehendiesen a los españoles y los llevasen atados a México, tomando únicamente veinte de ellos para hacer sacrificios a los ídolos de la ciudad. Las tropas de Moctezuma acamparon en los ranchos inmediatos y otras se escondieron dentro de la ciudad, y en seguida ocurrió que los de Cholula comenzaron a negar el alimento que al principio traían a los españoles de buen grado. Al mismo tiempo, ciertos embajadores de Moctezuma previnieron a Cortés que no llegase hasta México. Y en las propias calles de Cholula se veían preparativos de guerra, tales como cavar unos hoyos que después disimulaban con ramas, a fin de que los caballos tropezasen en ellos y quedaran inutilizados en el momento del combate. Ocho indios tlaxcaltecas denunciaron que en noche anterior habían sido sacrificados ante el ídolo principal, siete personas, entre ellas cinco niños, y que de la plaza salían las mujeres y los niños. Y por fin, amaneció un día en que, dice Bernal, era cosa de ver la priesa que traían los caciques y papas con los indios de guerra y muchas risadas y muy contentos "como si ya nos tuvieran en el garlito y redes". Y eran tantos los indios de guerra que no cabían en los patios. Pero los españoles, armados de espada y rodela, se pusieron a la entrada de los patios para no dejar salir ningún indio armado. Y el capitán Cortés apareció a caballo con muchos soldados apercibidos a su custodia. Y después de increpar a los indios por sus preparativos de guerra, Cortés ordenó la matanza, que, según el siempre verídico Bernal Díaz, "se les acordará para siempre porque matamos muchos de ellos..." Y antes de que los españoles concluyesen de

pelear se presentaron los tlaxcaltecas combatiendo en las calles e "iban por la ciudad robando y cautivando, que no los podíamos detener".

Después del castigo, Cortés aprovechó las ofertas de los caciques, que pedían perdón por los preparativos guerreros; mandó devolver los cautivos hechos por los tlaxcaltecas y obtuvo acatamiento y alianza de muchos cholultecas. Ordenó también que a la ciudad volviesen todos los prófugos y que no fuesen molestados, y a todos predicó contra sus ídolos demostrando cómo de nada les habían servido y quitándoselos mandó poner en el adoratorio principal una gran cruz.

MOCTEZUMA CONSULTA A SUS IDOLOS

Se había entablado una lucha de religiones, de culturas; de un lado la barbarie más cruel de que tiene noticia la historia; del lado de los españoles la religión más sublime que conoce el hombre, la civilización más importante de la época. El espíritu estaba pendiente del desenlace. Cortés se obstinaba en romper ídolos, creándose, como se lo advertían los mismos frailes, una situación riesgosa: la prudencia aconsejaba aplazar la lucha contra la idolatría, pero el héroe auténtico no suele detenerse cuando se trata de los principios; para Cortés todo el objetivo superior de la guerra era sustituir los ídolos con la cruz; toda la justificación de las matanzas estaba en exigir que después ya no hubiese más matanzas de prisioneros inermes. Toda la tierra nuestra necesitaba ser limpiada de su crueldad y lo estaba siendo por el hierro y el fuego, según la ley fatal de la historia. Y también, según es de rigor en estos casos, la solución la precipitaba la ceguera, la obcecación de los conquistados.

Cuando Moctezuma supo la derrota de los suyos en Cholula, sintió, dice el cronista, un gran "dolor y enojo y en seguida sacrificó ciertos indios a su ídolo Huichilobos porque le dijese en lo que había de hacer para nuestra ida a México, y estuvo encerrado con sus devociones y sacrificios junto con diez papas principales y hubo respuesta de aquellos ídolos y fué que nos enviase a dar disculpas por lo de Cholula y nos dejase entrar en México. Y que ya estando dentro con quitarnos la comida e agua y alzar-

nos cualquiera de los puentes nos matarían y que, en un día, si nos daban guerra, no quedaría uno de nosotros con vida. Y que tendrían hartazgos de nuestros muslos, piernas y brazos y las tripas y el cuerpo hartarían las culebras e sierpes y tigres que tenían en unas casas de madera..."

Sobre la matanza de Cholula se han escrito muchos capítulos condenando a los españoles; acerca de ella dice Bernal Díaz que tanto en Cholula como en los demás pueblos tenían los indios prisioneros a cebo para devorarlos después del sacrificio. Además, que en Cholula tenían escondidos en las casas, guerreros mexicanos, y que si no se hubiera hecho aquel castigo, los conquistadores habrían perecido y no se hubiera creado la Nueva España. De Fray Bartolomé de las Casas, que fué el primero en denunciar los sucesos, dice Bernal Díaz "que el fraile afirma sin causa que por nuestro pasatiempo y porque se nos antojó, se hizo aquel castigo y así lo dice quien no lo vió ni lo sabe, ni de otras crueldades que dice en su libro". En torno a este asunto creció el escándalo avivado por la rivalidad siempre latente de dominicos y franciscanos, pues mientras Las Casas condenaba, una comisión de franciscanos que investigó el asunto a raíz de la conquista, acompañada de los mismos cholultecas, determinó haber pasado el caso *según Bernal Díaz lo cuenta.*

* * *

Para llegar a México había dos caminos: uno limpio y barrido por donde los mensajeros de Moctezuma se empeñaban que fuesen las tropas españolas, y otro que habían cegado, tirando árboles y cavando fosas. Escogió Cortés el camino embarazado, pensando que sin duda por allí no los esperaban y no habría emboscadas. Al efecto, fué preciso subir cuestas penosas: después de la primera jornada, pernoctaron los castellanos en unos mesones donde posaban indios mercaderes; pasaron gran frío, pero hallaron que cenar y pusieron sus velas y sus rondas. Al otro día llegaron temprano a Tlalmanalco, donde almorzaron y recibieron el saludo de los de Chalco, dirigiéndose en seguida a Amecameca. Allí arengó Cortés a unos indios que traían presentes y les dijo que venía de parte de un gran Rey y para desagraviar injusticias. Oído lo cual empezaron a llover quejas contra

los de Moctezuma, que según decían les robaban cuanto tenían y sus mujeres e hijas si eran hermosas, forzándolas delante de ellos y sus maridos y se las tomaban o las hacían trabajar como esclavas; y que les hacían llevar en canoas y por tierra, madera de pinos y piedra y leña y maíz y otros muchos servicios como sembrar maizales. Cortés, dice el cronista, los consoló con "palabras amorosas que las sabía muy bien decir". Le informaron los indios que el camino que no había querido seguir estaba libre, pero que era en México donde Moctezuma proyectaba matarlos. A lo que Cortés repuso que no tenían los mexicanos, "ni otras ningunas naciones, poder de matarlos, salvo Nuestro Señor Dios en quien creían".

En las cercanías de Texcoco salió a recibir a los españoles Cacamatzin, gran señor, sobrino de Moctezuma. Caminaba Cacamatzin con gran fausto, haciéndose transportar en unas andas y le barrían el suelo y le quitaban las pajas por donde había de pasar. Luego que Cacamatzin hubo presentado sus saludos y los de Moctezuma, con presentes de oro y mantas, Cortés lo abrazó y "le hizo muchas caricias, a él y a todos los más principales y les dió tres piedras que se llaman margaritas que tienen dentro de sí muchas pinturas de diversos colores y algunos diamantes azules".

Según avanzaban los conquistadores, los caminos se llenaban de gente que acudía a mirarlos. Y otro día por la mañana desembocaron a la calzada ancha que conduce a Ixtapalapa. Y había tantas ciudades y villas pobladas en el agua y en tierra firme y una calzada derecha que iba a México, "que todo causaba admiración"... "y parecía las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua y todos de cal y canto y aun algunos soldados decían que si aquello que veían era entre sueños, pues, en efecto, eran de ponderar las cosas nunca oídas, vistas ni soñadas que contemplaban". En Ixtapalapa fueron aposentados los de Cortés en palacios de cantería bien labrada, con grandes patios y techumbres de cedros y entoldados con paramento de algodón. En la huerta hallaron diversidad de árboles y setos de rosas y flores y muchos frutales y un estanque de agua dulce y en el vergel entraban grandes canoas desde la Laguna

por una abertura que tenían hecha, "todo muy encalado y lucido con muchas maneras de piedras y pinturas en ellas y aves de muchas diversidades que entraban en el estanque". Allí recibieron muchos presentes. Y al otro día, acompañados de los señores de Ixtapalapa emprendieron el camino por la calzada que conduce "derecho a la ciudad de México". Aunque era ancha hallábase llena de gentes, que "no cabían", y estaban llenas las torres y las terrazas y las canoas y era para todos cosa de maravilla los españoles y los caballos. Los españoles también se maravillaban, mirando grandes ciudades y caseríos en la laguna y en la calzada, puentes de trecho en trecho y por delante la gran ciudad. Y como no llegaban a cuatrocientos, los de Cortés llevaban muy presentes los avisos que les habían dado de que los habían de matar desde que estuviesen dentro de la ciudad y ¿qué hombres ha habido en el Universo —se pregunta Bernal Díaz— que tal atrevimiento tuvieran? Así que llegaron al cruce del camino que va para Coyoacán, vinieron muchos principales y caciques con ricas mantas y galanía de libreas diferenciadas. Y al llegar frente a Cortés decían que fuera bien venido de parte de Moctezuma, y en señal de paz tocaban con la mano en el suelo y le besaban la mano.

Se adelantaron en aquel sitio Cacamatzin y el Señor de Ixtapalapa y el de Tacuba y el de Coyoacán para encontrar al gran Moctezuma que venía en ricas andas acompañado de grandes señores y vasallos. Cerca ya de México se apeó Moctezuma, que avanzó del brazo de los grandes caciques debajo de un palio riquísimo de plumas verdes con labores de oro y mucha argentería y perlas y piedras chalchivis, que colgaban de unas bordaduras. Hallábase muy ricamente ataviado, calzadas unas cotaras, las suelas de oro y muy preciada pedrería encima, y los cuatro señores que le traían de los brazos, iban también ricamente ataviados y otros muchos señores venían delante de Moctezuma barriendo el suelo que debía pisar y le ponían mantas para que no pisase la tierra. Todos estos señores no le miraban a Moctezuma la cara, sino con los ojos bajos y con mucho acato.

Por su parte, Cortés se había apeado del caballo y ambos se hicieron reverencias. Moctezuma expresó la bienvenida y Cortés respondió con Doña Marina que "él fuese el bien estado". Y Cortés sacó un collar de piedras margaritas y se lo echó al cuello

a Moctezuma y cuando lo quiso abrazar, los grandes señores detuvieron el brazo de Cortés, porque aquello lo tomaban por desacato. Expresó Cortés que holgaba su corazón de haber visto tan gran príncipe y que le agradaría lo recibiera.

Contestó Moctezuma otras palabras de acato y mandó aposentar a los españoles con sus parientes. Luego se volvieron con él las compañías de caciques y todos iban sin mirarle, los ojos puestos en tierra. Y una multitud de hombres, mujeres y muchachos estaban en las calles y azoteas y en las canoas de las acequias todos ansiosos de mirar.

Las casas en que se aposentaron los españoles eran del padre de Moctezuma y tenían grandes adoratorios de ídolos y una recámara secreta de piezas y joyas de oro que eran como el tesoro hereditario.

Y había en la casa grandes estrados, y salas entoldadas de paramentos de la tierra, para el Capitán, y para los soldados otras camas de esteras con toldillos y todo el palacio enramado y bien encalado. Y al llegar a un gran atrio, tomó de la mano Moctezuma a Cortés y lo metió en el aposento y sala donde había de hospedarse. En seguida, ricamente aderezado, Moctezuma le echó al cuello un collar de oro y como Cortés diera las gracias, el Monarca repuso: Estáis en vuestra casa con vuestros hermanos; descansad. Y luego se fué a su palacio que no estaba lejos. En los aposentos se sirvió a los huéspedes una gran comida; todo esto ocurrió a los ocho días del mes de noviembre de mil quinientos diecinueve.

Por la tarde Moctezuma visitó a los extranjeros sentándose al lado de Cortés en un banco labrado con oro y dijo: Qué hacía más de dos años tuvo noticia de otro Capitán que estuvo por Champotón, y el año anterior, de otro que estuvo con cuatro navíos y que siempre deseó verlos y que ahora le complacía estuviesen cerca y que debía ser cierto que eran sus huéspedes los mismos que sus antecesores habían predicho vendrían de donde sale el sol, a señorear aquellas tierras. Cortés le respondió que no sabía con qué pagar sus mercedes y que verdaderamente eran súbditos del Emperador Don Carlos, que los envió a rogar que todos fueran cristianos y que salvaran así sus ánimas él y

todos sus vasallos, y que en lo adelante, le aclararía cómo adoraban un solo Dios verdadero y otras muchas cosas.

EL ASALTO AL TEOCALLI

Es inmejorable el relato que hace Bernal Díaz de la primera vez que asomaron sus compañeros a la plaza de Tenochtitlán, nombre indígena de la capital del Imperio Mexicano. A los cuatro días de estar en las casas y huertos, dispuso Cortés ir a la plaza mayor. Cuando lo supo Moctezuma resolvió ir también en persona, a fin de que no fuesen los españoles a hacer un deshonor a sus oídos y empezó a sahumar. Se trasladó Cortés a caballo con todos los demás que tenían qué montar y con los soldados puestos en armas. Antes de llegar al teocalli o gran adoratorio, los principales que los acompañaban mostraron a los visitantes los diversos géneros de mercaderías que había en el mercado, tales como mantas y cosas labradas y objetos de oro y plata, piedras ricas y plumas y un mercado de esclavos y esclavas, atados en unas varas largas y colleras al pescuezo para que no se huyesen. En otros puestos se vendía ropa de algodón, hilo torcido y cacao, mantas de zogas, o cotaros o calzas y cueros de tigres, de leones y nutrias y de gato montés y venado; otros vendían legumbres y yerbas, habiendo muchos puestos de herbolarios; había ventas de frutas y de maderas y bancos; también unas canoas en que se vendían inmundicias; se expendían en otros sitios pescados y objetos de latón y cobre y estaño. La gran plaza llena de gente estaba cercada de portales. Cuando se acercaron al gran adoratorio, Moctezuma estaba allí sacrificando. Y mandó unos indios que ayudasen a Cortés a subir como solían hacerlo con Moctezuma, pero Cortés rehusó toda ayuda y subió solo las ciento catorce gradas con algunos de sus hombres. En una placeta hallaron una especie de andamios y piedras donde ponían los indios para sacrificarlos y una especie de dragón y mucha sangre derramada aquel día. Y como Moctezuma dijese a Cortés: "Cansado, señor, estaréis de subir a nuestro templo", Cortés repuso que él y los suyos no se cansaban. Le tomó por la mano Moctezuma y le hizo mirar la gran ciudad y los pueblos ubicados en torno de la laguna. El grande y maldito templo, comenta Bernal Díaz, estaba tan alto que todo lo señoreaba muy bien. Y

desde allí se veían las tres calzadas que entran en México, la de Ixtapalapa, la de Tacuba y la de Tepeaquilla. Y el caño de agua dulce que viene de Chapultepec y los puentes sobre los canales, y la multitud de las canoas en la laguna cargadas de bastimentos. Y de casa en casa, se pasaba por puentes levadizos hechos de madera y había numerosos adoratorios a manera de torres y fortalezas. Abajo, en la gran plaza, una multitud hacía el mercado; su rumor y zumbido de voces "sonaba más que de una lengua". Y entre los españoles había soldados que habían estado en Constantinopla y en toda Italia y Roma y dijeron que "plaza tan bien compasada con tanto acierto, no la habían visto".

Y Cortés, que no perdía ocasión, dijo al padre Olmedo: "Paréceme, señor padre, que será bien que demos un tiento a Moctezuma sobre que nos deje hacer aquí nuestra Iglesia". Increíbles parecen el arrojo y la confianza en su destino que Cortés reveló en tales frases y los hechos que las siguieron. El mismo padre Olmedo opinaba que no era tiempo de hablar de tal cosa. Pero Cortés insistió pidiendo que le enseñaran los dioses. Hubo consulta de papas y, por fin, se toleró que entrasen Cortés y los pocos que lo acompañaban a una especie de sala, en una torre donde estaban dos altares con tablazones encima del techo; "en cada altar dos bultos como de gigante de muy altos cuerpos y gordos, uno Huichilobos, Dios de la guerra que tenía el rostro muy ancho y los ojos disformes y espantables y en todo el cuerpo pedrería con oro y perlas y ceñidas al cuerpo unas culebras y en una mano un arco y en la otra una flecha. El otro ídolo era pequeño y hacía de paje; tenía lanza y una rodela de oro. Y tenía puestos al cuello Huichilobos unas caras de indios y otras como corazones de oro y a sus pies había braseros con incienso y con tres corazones de indios que aquel día habían sacrificado y se quemaban. Y las paredes del adoratorio estaban tan llenas de sangre, así como el suelo, que todo hedía muy malamente. Y del otro lado estaba, también muy decorado, el dios Texcatepuca o de los Infiernos, que tenía a su cargo las ánimas y llevaba ceñido al cuerpo, figuras como diablillos chicos. Y allí le tenían presentados cinco corazones, aquel día sacrificados. Aparte otro dios medio hombre, medio lagarto. Y un atambor muy grande que daba un sonido muy triste que a dos leguas se

oía". En la placeta, insiste Bernal Díaz, tenían tantas cosas diabólicas en bocinas y navajones y corazones de indios quemados, que "les doy la maldición". Y como todo apestaba a carnicería "no hallábamos la hora de quitarnos de tan mal hedor y peor vista".

Y Cortés dijo a Moctezuma con el intérprete como riendo: "No sé cómo tan gran y sabio varón como Vuestra Majestad no comprende que estos no son dioses sino cosas malas que se llaman diablos, y para que Vuestra Majestad lo conozca y todos sus papas lo vean, hacedme la merced de poner en lo alto de esta torre una Cruz y en otro apartado de estos adoratorios, pondremos una Imagen de Nuestra Señora, y veréis el temor que de ellos tienen estos ídolos que os tienen tan engañados".

Moctezuma respondió irritado que de saber que tal deshonor haría a sus dioses no se los habría mostrado. Y como Cortés vió al Monarca enojado y a los papas haciendo malas señales, declaró: Es hora de que Vuestra Majestad y nosotros nos vayamos. Repuso Moctezuma que lo era, pero que él debía quedarse para rezar y hacer sacrificios por el desacato de haberles mostrado los ídolos. Bajaron Cortés y los suyos. A los pocos días hicieron construir un altar en los aposentos que les habían dedicado y allí rezaban, dice Bernal Díaz, Cortés y sus capitanes delante del altar e imágenes, lo uno porque "lo éramos obligados a cristianos y buena costumbre y lo otro, porque Moctezuma y todos sus capitanes lo viesen y se inclinasen a ello".

LA APREHENSION DE MOCTEZUMA

Cuatrocientos extranjeros por bien armados que estuviesen, en el centro de la capital de un Imperio, eran presa segura y ello no escapaba a la previsión de los españoles, así es que recurrieron a uno de esos golpes de audacia que son el pasmo de la historia. Para emprender estos sucesos es preciso reflexionar en el estado de ánimo de Cortés, que él mismo describe en su segunda carta al Rey: "Yo animaba a los soldados diciéndoles que jamás en los españoles, en ninguna parte hubo falla y que estábamos en disposición de ganar para Vuestra Majestad los mayores reinos y señoríos que había en el mundo . . . y además, como cristianos,

éramos obligados en empuñar contra los enemigos de nuestra fe, y por ello en el otro mundo ganábamos la gloria y en este conseguíamos el mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó". Admira en Cortés la conciencia de lo que hacía, pues la posteridad ha refrendado sus palabras porque en efecto, jamás hubo una generación como la de los conquistadores de América, los padres de nuestra nacionalidad mexicana. El gran propósito religioso y cultural que los animaba es bastante para absolverlos del cargo de codicia con que los han difamado nuestros enemigos. La crueldad que oscurece sus hazañas no se puede ni se debe desvanecer, pero hay que observar que son ellos mismos quienes la confiesan y fué ella una necesidad de la guerra. Eran conquistadores y no santos. El mismo Cortés en su segunda carta habla de que quemó pueblos y que a unos traidores les hizo amputar las manos; en cambio, siempre que pudo mostrarse clemente lo fué en grande, y por mucho que atormentara a los indios, no alcanzaron sus rigores ocasionales, la perversidad sistemática, la ferocidad del régimen autóctono. De Cortés se ha dicho con razón que fué duro sólo en la medida indispensable a sus faenas de Capitán; por temperamento y táctica fué generoso como no lo ha sido ningún otro vencedor.

Hallábanse sitiados los españoles en México, imposibilitados de dar batalla en descubierto, y en apariencia condenados sin remedio. Los mismos indios encargados de servirlos se mostraban remisos para entregar la comida. A la vez, llegaban noticias de levantamientos ocurridos contra las guarniciones españolas de Cempoala y de Veracruz, y fué entonces cuando se acordó el recurso desesperado de "prender a Moctezuma o morir todos en ello".

Después de pasar toda la noche en oración, dice Bernal Díaz, llevó Cortés consigo a los capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de León, Francisco de Lugo, Alonso de Avila y a Bernal Díaz, y con la intérprete Doña Marina, todos ensillados, y en armas, acudieron al Palacio del Emperador. Después de los saludos acostumbrados, increpó Cortés a Moctezuma porque sus soldados habían hecho fuerza contra los españoles en la costa; le echó también en cara las traiciones de Cholula y de otros sitios, y le ordenó que muy en calma siguiese a los inva-

sores a sus aposentos donde sería bien tratado. Se opuso Moctezuma, pero, al fin, tras de amenazas y un largo altercado, mandó Cortés disponer las andas y condujo al monarca al cuartel español. Por explicación se dijo a sus gentes que los ídolos habían mandado que morase con los extranjeros. En prisión quedó Moctezuma servido por sus principales acompañado de sus mujeres, con sus baños y sus alimentos. Allí mismo despachaba los negocios de importancia, y según cuenta Bernal Díaz, "se hizo a estar preso sin mostrar pasión en ello". Y a los Caciques que se habían insurreccionado contra los españoles, los mandó traer presos y los entregó a Hernán Cortés. Este quemó a los insurrectos y mandó echar unos grillos a Moctezuma. A poco, dando por terminado el castigo, Cortés mismo quitó los grillos a Moctezuma y le hizo caricias y le protestó que lo trataría como hermano, con lo que a Moctezuma "se le saltaban las lágrimas". Y a los guerreros y jefes indios que acudían a verlo para decirle que harían armas contra los españoles para obtener su rescate, les recomendaba prudencia.

Pero los sobrinos del Monarca preparaban la guerra. Y Cortés se propuso romper el encierro en que se hallaba. Al efecto, mandó traer madera y con ayuda de carpinteros indios, los maestros Martín López y Andrés Núñez, construyeron dos bergantines que fueron lanzados a la laguna. Combinando velas con remos dejaban atrás los barcos de los españoles a todos los de los indios; Moctezuma fué el primero en pasear en los navíos escoltado siempre por sus enemigos. El ataque a los españoles se demoraba por las divisiones de los príncipes indígenas. Cacamatzin, Rey de Texcoco y sobrino de Moctezuma, era el más decidido, pero como proyectase destronar a Moctezuma y hacerse del reino después de matar a los españoles, el mismo Moctezuma ayudó a Cortés a apoderarse del conspirador. En lugar de Cacamatzin se puso por Rey de Texcoco a un pariente enemigo del destronado. Igual cosa hizo Cortés con los reyecillos comarcanos que estuvieron de acuerdo en la conspiración de Cacamatzin. De hecho, había empezado a gobernar Cortés el reino por medio de Moctezuma, su prisionero. Pronto la dominación así ejercida quedó legalizada con la formal declaración arrancada a Moctezuma y a diversos caciques de acatamiento a la persona

del Rey de España. Y se cuenta que al hacerlo derramaron lágrimas, la mayor parte de los sometidos y el propio Emperador azteca. Tan seguros se hallaban los españoles del porvenir que aprovechando un mapa que les obsequiara Moctezuma en el cual se señalaban los linderos del reino, mandó Cortés algunos de sus capitanes a explorar las regiones donde había minas de oro. Y regresaron los exploradores con muestras del metal.

Y como seguidamente se juntase oro en cantidad, procedente de los pueblos y los presentes de los caciques, Cortés mandó hacer un reparto. Como algunos soldados quedasen descontentos de su parte, Cortés dedicó a todos un discurso con palabras muy melífluas, asegurando que él no quería el quinto, sino la parte que le tocase como Capitán general; y que todo aquel oro era "un poco de aire" pues debían mirar "las grandes ciudades que había y las ricas minas, que todos serían señores de ellas y muy prósperos y ricos".

Más graves eran las dificultades que surgían con motivo de la insistencia de Cortés para que se suspendiesen los sacrificios humanos en el gran Teocalli. Moctezuma, que a todo se prestaba, en tratándose del culto a los ídolos se mostraba intransigente, y aun amenazaba a Cortés con que se produciría una rebelión en la ciudad si se suprimía el culto según los ritos acostumbrados.

UNA NUEVA AMENAZA SOBRE CORTES

Mientras sorteaba con habilidad suma las dificultades de su posición en México, llególe a Cortés aviso de que su enemigo Velázquez mandaba de Cuba una poderosa expedición para apresarlo y destruírlo. Súbitamente, una armada de diecinueve navíos y mil cuatrocientos soldados con ochenta de a caballo y noventa ballesteros al mando de Pánfilo Narváez, ocupó a San Juan de Ulúa. La noticia llegó primero a Moctezuma que, en seguida, envió presentes a Narváez, le ofreció acatamiento. Contestóle Narváez que Cortés y los suyos eran ladrones y que él, Narváez, traía fuerzas suficientes para castigarlos y le prevenía a Moctezuma que los hiciese matar. La noticia puso tan alegre a Moctezuma, que no se pudo contener y contó a Cortés lo que sabía de la nueva expedición. Los soldados se llenaron de gozo

al pensar en aquel refuerzo, pero Cortés, preocupado, entabló conversación con los soldados, ofreciéndoles todo su haber a cambio de que le permaneciesen fieles. Mandaba la Villa Rica de la Veracruz, Gonzalo de Sandoval, con setenta hombres, algunos de ellos enfermos. Luego que supo Sandoval que los de Diego de Velázquez avanzaban, a los enfermos los envió a una aldea próxima y quedándose con los sanos, mandó construir una horca. Y a los primeros emisarios que le requerían rendición, les dijo: "Aquí somos mejores servidores de Su Majestad que no Diego Velázquez. Andad con Dios a México, que allí está Cortés que es Capitán General y Justicia mayor de esta Nueva España, y os responderá; aquí no tenéis más que hablar". Y como el clérigo que hacía cabeza de la misión llamase a Cortés felón, el capitán Sandoval le dijo "que mentía como ruín clérigo" y presos y a hombros de indios, mandó a México a todos los comisionados de Narváez. Veían los presos tantas ciudades y cosas nuevas, que iban pensando, dice Bernal Díaz, si aquello era encantamiento o sueño. Adelantóse Cortés a recibir a los mensajeros y los mandó libertar y les hizo grandes honores; les mostró la gran ciudad y las riquezas conquistadas; les dió tejuelos de oro y los envió de regreso a donde estaba Narváez y los que "venían muy bravosos como leones volvieron muy mansos y ofreciéndose a Cortés como sus servidores", y "todavía no llegaban a Cempoala y ya comenzaban a convocar a los de Narváez para que se pasasen al bando de Hernán Cortés".

Asimismo, los principales capitanes de Cortés escribieron a los amigos suyos que venían en la armada, y al propio Narváez, ofreciéndoles amistad y rogándoles no perturbasen a los indios, por ser pocos los españoles. El mismo Cortés escribió en buenos términos a Narváez y al Secretario Andrés Duero que lo acompañaba, y al oidor Lucas Vázquez de Ayllón, y con las cartas envió ciertas joyas de oro para sus amigos.

Ante todos sus soldados Narváez hizo burla de la carta de Cortés, y uno de sus capitanes más adictos prometió que había de "asar las orejas de Cortés para comerse una de ellas". A los Embajadores que le hablaron bien de Cortés, no quiso Narváez volverlos a escuchar, pues "era cabezudo y venía muy pujante".

En las filas de Narváez, sin embargo, cundía la admiración por los presentes que había enviado Cortés; y el Oidor Vázquez de Ayllón, de la Audiencia de Santo Domingo, que no estaba sometido a Velázquez, comenzó a tomar partido en favor de Don Hernando. Y como Narváez "era la pura miseria y todo el oro y la ropa que le había enviado Moctezuma lo había guardado para sí, el descontento crecía entre sus tropas". Poniendo preso por sospechas al Oidor de su Majestad, Vázquez de Ayllón, desembarcó Narváez y se dirigió a Cempoala, donde comenzó a dar malos tratamientos al Cacique gordo, que era amigo de los españoles y a todos los indios, que empezaron a quejarse diciendo que Cortés era muy bueno y justificado. A lo que Salvatierra, uno de los de Narváez, respondía: "¿No oís qué miedo tienen todos estos caciques de este nonada de Cortesillo?"

Celebrando previamente Consejo con sus capitanes, según tenía costumbre, Cortés decidió tomar la ofensiva contra Narváez. Apenas disponía para ello de unos trescientos soldados españoles, pues una guarnición de ochenta hombres al mando de Alvarado quedó posesionada de la ciudad de México y de Moctezuma. Por su parte, Moctezuma, que acechaba la ocasión, mandó ofrecer sus servicios a Cortés para batir a Narváez, a la vez que a éste mandaba promesas y regalos. En la plática de despedida, Moctezuma hizo ver a Cortés el peligro en que se hallaba por causa de que eran cinco veces mayores que las suyas, las fuerzas de Narváez, y Cortés le respondió que ya vería quién era el que llegaba preso a México, él o Narváez, y que por todo auxilio le pedía cuidase de que no hubiese disturbios en México durante su ausencia, y que a Pedro de Alvarado el Tonatiu, según le llamaban los indios, le ayudase a mantener el orden. A la vez, con sus soldados tlaxcaltecas, Cortés aprovisionaba la capital y fortificaba las posiciones de Alvarado. De paso por Tlaxcala, pidió Cortés a Xicoténcatl, cinco mil guerreros, pero se los negaron diciendo que lo ayudarían a pelear contra indios pero no contra "teules" como los de Cortés, que traían ballestas. Mandó entonces Cortés órdenes a Sandoval para que se le incorporase, evitando ser aprehendido por Narváez. Y mostraba Cortés tanto sufrimiento, dice Bernal Díaz, que nunca dijo mala palabra de Narváez. Sólo se cuidaba de llenar de presentes de oro

y joyas a los distintos emisarios que del campo enemigo le llegaban. Ganando tiempo y disimulando con el envío de Juan Velázquez, como embajador suyo ante Narváez, llegó Cortés con sus tropas hasta Cempoala. Eran doscientos cincuenta para combatir un número cinco veces mayor, según justamente había observado Moctezuma. Y tan confiado estaba Narváez, que el Cacique gordo, que se había distanciado de Cortés porque no consiguió que Narváez le devolviese las mantas que le había robado, previno a Narváez y le dijo "que estaba demasiado confiado y que los de Cortés no eran como ellos y que cuando menos lo pensasen allí los matarían" Se tomaron a burla estas palabras del Cacique, pero aprestóse Narváez a la defensa de Cempoala disponiendo su gente en un llano donde estuvo todo el día sufriendo, expuesta a la lluvia y el fango. Descontentos por ello sus capitanes, le aconsejaron que mandase retirar la gente y que fortificase sus aposentos, pues no sería Cortés osado a darle batalla. Lo hizo así Narváez y mandó publicar un bando ofreciendo dos mil pesos al que matase a Cortés. Y en su propia morada mandó que durmiesen muchos soldados.

Sin detenerse, Cortés se acercó a una legua de Cempoala y convocó a sus soldados; les hizo ver los peligros a que estaban sujetos si caían en manos de Narváez y que todas las riquezas ya conquistadas las perderían. En cambio, si peleaban con esfuerzo, todos serían muy ricos. En seguida dispuso el asalto. A Gonzalo de Sandoval le encomendó que procurase la aprehensión del Jefe enemigo y que si se defendía lo matara, y al primer soldado que le echase mano le ofreció tres mil pesos y al segundo dos mil. Y los arengó diciendo: "Bien sé que los de Narváez son cuatro veces más que nosotros, pero no son acostumbrados a las armas y están la mayor parte de ellos, mal con su capitán y les tomaremos de sobresalto y tengo el pensamiento que Dios nos dará la victoria. Así, pues, que, señores, nuestra vida y honra está, después de Dios, en vuestros esfuerzos y vigorosos brazos; no tengo más que os pedir por merced, ni traer a la memoria sino que en ésto está el toque de nuestras honras y famas, para siempre jamás, y más vale morir por buenos que vivir afrentados". "Y porque en aquella sazón llovía y era tarde, no dijo más". No pidió a sus soldados que confiasen en que contaban

con la simpatía de éste o del otro lado de Narváez sino que "peleasen como varones y a fin de que no tuviesen esperanza en el enemigo sino en sus propios esfuerzos". El capitán Pizarro fué el encargado de tomar la artillería enemiga. Y toda la noche se pasó en los preparativos del ataque, sin que hubiese a mano cosa que cenar. Y todavía de noche, sin tocar pífanos ni tambores, se dió la orden de marcha y empezaron a caer presos los espías que Narváez tenía de avanzada. Uno de ellos, sin embargo, escapó y dió la voz de alarma: "¡Allí viene Cortés!" Y después de cruzar un río se presentaron tan de improviso los de Cortés en el campamento de Narváez, que no tuvo tiempo éste de usar toda su artillería, sino cuatro tiros, uno de los cuales mató a tres soldados. En aquel instante se juntaban todos los capitanes de Cortés y empezó la pelea. Defendióse Narváez, desde sus aposentos, causando algunas bajas a los atacantes. Pero la artillería cayó por sorpresa, después de lo cual se dirigieron todos sobre el puesto en que se hallaba Narváez, siendo Gonzalo de Sandoval el primero en escalarlo. Y pronto se oyó la voz de Narváez que se quejaba: "Santa María, váleme que muerto me han, e quebrado un ojo". A lo que los de Cortés replicaron: "Victoria, Victoria". Y uno de los atacantes, Martín López, puso fuego en las pajas de un alto cúe de los que ocupaban los de Narváez y todos vinieron rodando. Y el primero que echó mano a Narváez fué un Pedro Sánchez Farfán, y todos gritaban: "Viva el Rey, y Victoria, que muerto es Narváez". Mientras tanto, Cortés batía a otros capitanes de Narváez, fortificados en los sitios más altos. Y una vez prisionero Narváez, todos juntáronse para el final asalto, prendiendo a Salvatierra y a los demás. Y cuando llegó Cortés a donde estaba preso Narváez iba cargado de armas y sudando por el fuerte calor, y cansado, y casi sin poder hablar preguntaba a Sandoval: "¿Qué es de Narváez? ¿Qué es de Narváez?" "Aquí lo tengo", dijo Sandoval; y después de ordenar que lo asegurasen, mandó dar pregón para que todos los de Narváez se rindiesen reconociendo a Cortés como Capitán General. Y que todos debían entregar las armas. Ocurría todo esto siendo aún de noche y llovía de rato en rato y a veces alumbraba la luna. Y la oscuridad ayudó a los asaltantes, "en ella había muchos cocuyos o luciérnagas que relumbraban de

noche y los de Narváez creyeron que eran mechas de escopetas". No se concluía aún del todo el combate cuando pidió Narváez que un cirujano de su tropa le curase el ojo. Se le presentó Cortés haciéndose el desentendido, como si no reconociese a Narváez, pero éste, avisado de quién era le dijo: "Señor Capitán: tened en mucho esta victoria que de mí habéis habido y en tener preso mi persona". Y Cortés le respondió que daba muchas gracias a Dios que se la dió y por los esforzados caballeros y compañeros que tiene y que, "una de las menores cosas que en la Nueva España ha hecho es prenderle y desbaratarle". En seguida le mandó echar un par de grillos. Y como todavía andaba por el campo una fuerza de cuarenta de a caballo que Narváez había enviado de avanzada, mandó Cortés que se estuviese apercibido, por si pretendían libertar a su jefe. Pero Cristóbal de Olid les dió alcance y parlamentó con ellos y vinieron todos a donde Cortés estaba, gritando: "Viva la gala de los romanos que siendo tan pocos han vencido a Narváez". Y un negro que traía Narváez gritaba: "Mira que los romanos no han hecho tal hazaña". Y según fueron llegando los de a caballo desmontaban e iban a besar las manos a Cortés que, estaba sentado en una silla de caderas, con una ropa larga de color anaranjado, con sus armas debajo, acompañado de sus capitanes. Y a todos los recibía con gracia y los abrazaba y se mostraba alegre de verse tan señor y pujante.

Murieron muchos capitanes de Narváez y el fanfarrón Salvatierra, desde que oyó el grito de "victoria" proferido por el enemigo, sintió fuertes dolores en el estómago y no hizo nada. Bernal Díaz afirma que "esto lo cuenta por su fiero bravear". El capitán Juan Velázquez de León prendió a un Diego Velázquez, sobrino del de Cuba, con quien había tenido brega y le llevó a su aposento y le mandó curar y hacer mucha honra.

Obtenida la victoria, Cortés se apresuró a tomar posesión de la flota de Narváez, la cual mandó cambiar de mando y le quitó las velas y las agujas para que nadie volviese a Cuba. Y con cien hombres de Narváez, y veinte de los suyos, mandó a Juan Velázquez de León a que descubriese costa adelante, por Pánuco. Y a Diego de Ordaz lo comisionó para que con dos navíos poblase a Coatzacoalcos y mandase traer de la isla de Ja-

maica ganados de yeguas y becerros y puercos y ovejas y gallinas de Castilla y cabras, para multiplicar por la tierra, "porque la provincia de Coatzacoalcos era buena para ello". Y esta expedición de Diego de Ordaz la formó con los más adictos a Narváez, que mandó soltar, quedando presos únicamente Narváez y Salvatierra y a los más les restituyó sus armas y sus caballos, con enojo de sus propios soldados que en combate las habían ganado.

Tanta generosidad para los vencidos irritó a los de Cortés que le reclamaron diciendo que quería imitar a Alejandro de Macedonia, que después que con sus soldados había hecho una hazaña, más procuraba honrar y hacer merced a los que vencía que no a sus capitanes. A lo que Cortés respondió que todo cuanto tenía, su persona y sus bienes, era para sus soldados, pero que al presente no podía dejar de hacer dádivas y halagos a los de Narváez porque eran muchos y si estaban descontentos había peligro de que se levantasen. Y como le objetase un Alonso de Avila con palabras descompuestas, Cortés dijo "que no lo siguiese quien no quisiere, que al fin, las mujeres han parido y paren en Castilla soldados". No se quedó Avila sin responder que también parían Capitanes, Generales y Gobernadores. Tras de este altercado que Cortés soportó con paciencia, al de Avila procuro emplearlo en comisiones honoríficas, pero distantes, por ejemplo a Santo Domingo y más tarde a España, a conducir el tesoro de Moctezuma.

Lo que más asombra al observador contemporáneo es la seguridad con que Cortés actuaba, deshaciéndose de soldados, iniciando expediciones remotas, mandando traer crías de animales, cuando aun la empresa militar de la conquista estaba tan dudosa. Algunas de las expediciones decretadas no llegaron a consumarse porque las nuevas de México obligaron a Cortés a reunir a toda la gente disponible para correr en auxilio de Alvarado que se hallaba sitiado y comprometido.

EL METODO DE CORTES

Hasta el momento de destruir a Narváez, Cortés funcionaba como Capitán General del Reino, pero no daba sus órdenes di-

rectamente, sino a través de los caciques nativos que se habían subordinado y del propio Moctezuma. Creó así Cortés en este primer período de la conquista, un sistema que más tarde ha sido de uso general entre los ingleses, sobre todo en los países sometidos del Asia. Sostener a los gobernadores nativos asesorándolos de un residente o funcionario inglés que es el que manda en todos los asuntos importantes y maneja las relaciones exteriores, tal es el método que Cortés inventara y que le sirvió para ir ganando el poderío que más tarde le permitiera prescindir de las autoridades aborígenes.

Al ausentarse Cortés de México, Pedro de Alvarado quedó, según se ha visto, con el carácter de lo que hoy se llamaría un residente General. La autoridad directa la conservaba Moctezuma, pero éste, a su vez dependía del capitán español. Y como no tenía Alvarado la prudencia de Cortés, la habilidad del residente, sino sólo la arrogancia del soldado, resultó que provocó la rebelión. El pretexto fué una festividad en que los indios se desmandaron, instigados por los inconformes con el sometimiento a los españoles y alentados por lo escaso de la guarnición española. El hecho es que pronto se vió Alvarado en estado de sitio y amenazado de muerte. Cortés, a grandes marchas, acudió en su auxilio, acompañado de los soldados de Narváez que de amenaza se habían convertido en auxilio providencial; numerosos indios armados de flechas y lanzas acompañaban al conquistador. La victoria sobre Narváez, conocida inmediatamente por tlaxcaltecas y mexicanos, aumentó el crédito de Cortés y puede decirse que ella salvó también a Alvarado que ya no se vió atacado, desde que se supo que Cortés retornaría como salvador. En Tlaxcala recogió Cortés dos mil indios de guerra y con ellos y sus soldados españoles, aumentados al número de mil trescientos, con noventa y seis caballos y ochenta ballesteros, se dirigió a dominar a los aztecas. Encontrólos de mal talante. Nadie acudió a recibirlo en Texcoco, y al entrar a México parecía que todos los aposentos estaban despoblados.

Moctezuma pretendió halagar a Cortés, pero éste lo trató mal. También reprendió a Pedro de Alvarado por haber atacado a los indios cuando bailaban. Se excusó éste diciendo que de todos modos ya le preparaban guerra, y que el conflicto ocurrió

porque habían pretendido los indios quitar la cruz que se había puesto en el Teocalli. Mostró Cortés mucho enojo por esto, y estaban todavía en discusiones cuando llegó noticia de que a un español que venía de Tacuba con las indias de Cortés lo habían atacado y que crecía el motín. Mandó entonces Cortés a Diego de Ordaz con cuatrocientos hombres a investigar lo que ocurría, y no iba Ordaz a media calle, cuando salieron escuadrones de guerreros mexicanos y otros muchos aparecieron por las azoteas y le dieron gran pelea, matándole ocho soldados e hiriendo a muchos más. A la vez, otros escuadrones atacaron los aposentos de los españoles con flechas y piedras hiriendo a cuarenta y seis y matando a doce. Diego de Ordaz hubo de retroceder encontrando gran dificultad para volver a los aposentos. Mataban los españoles muchos guerreros, pero una multitud aparecía para reemplazarlos y los indios gritaban insultos; por último, pusieron fuego a las habitaciones de los españoles con la intención de quemarlos vivos. El fuego se pudo apagar derribando algunos muros, pero duró el combate todo el día y siguió en la noche. Después de pasarse ésta curando heridos, al amanecer dió Cortés orden de salir a pelear todos juntos. Igual decisión tomaron los mexicanos que resistían, dice Bernal Díaz, "como otros tantos Héctores troyanos y otros tantos Roldanes, y no aprovechaban tiros ni escopetas ni matarles treinta ni cuarenta, porque cada vez arremetían con más fuerza". Aprovechaba a los mexicanos la topografía aislando cada casa al levantarse los puentes, los españoles tenían que meterse en el agua para continuar la persecución; tanto que después de perder unos doce soldados tuvieron los iberos que retraerse a sus aposentos seguidos de los indios que los llamaban bellacos y los ensordecían a silbidos e insolencias.

Durante dos días ya no hicieron los españoles otra cosa que sostenerse en sus posiciones, constantemente amagados. Sin embargo, idearon una estratagema que pudiera tomarse como anticipación de los tanques de la guerra moderna: construyeron, dice Bernal Díaz, cuatro ingenios a manera de torres ambulantes y de madera, dentro de los cuales podían caber veinticinco hombres, y tenían ventanillos y agujeros para los tiros. Al lado de estas torres los de a caballo hacían arremetidas. Mientras pre-

paraban estas máquinas, se sentían acosados por los indios que les gritaban amenazas de que se habían de comer sus brazos y piernas, después de sacrificar sus corazones a los ídolos. De los indios tlaxcaltecas que con los españoles estaban decían, que los pondrían a cebar para comérselos poco a poco.

Amaneció el tercer día y salieron los sitiados con sus torres y sus caballerías, pero les dieron los indios guerra tenaz. Determinaron entonces los españoles "aunque les costase la vida", dirigirse a donde estaba el gran adoratorio, el teocalli azteca de Huichilobos. En vano intentaron en el camino prender fuego a las casas porque estando en el agua no ardían bien. Abriéronse paso, sin embargo, hasta el teocalli y de repente vieron subir en él hasta cuatro mil mexicanos prestos a defenderlo con lanzas y piedras. Y no bastaron las torres que quedaron desbaratadas, ni los caballos daban buen servicio porque estando el contorno enlosado resbalaban y caían en tierra. Y aunque los tiros mataban hasta diez o quince indios y las estocadas mataban muchos, otros arremetían en gran número. Y aquí, dice Bernal Díaz, se mostró Cortés "muy varón como siempre lo fué... Y era cosa de notar, vernos a todos corriendo sangre y llenos de heridas y otros muertos; y quiso Nuestro Señor que llegásemos a donde solíamos tener la Imagen de Nuestra Señora y no la hallamos, que paresció, según supimos, que Moctezuma tenía devoción en ella y la mandó guardar; pusimos fuego a sus ídolos y se quemó un buen pedazo de la sala con los ídolos Huichilobos y Texcatepuca". En todo esto ayudaron bien los tlaxcaltecas, pero los mexicanos no cejaron y continuaban haciendo daño, a tal punto, que con sus torres deshechas tuvieron los españoles que volverse a sus aposentos, y los encontraron ya derribados en parte, pero pudieron recuperar lo que quedaba.

De hecho los españoles perdieron la batalla de aquel día, pues en la noche volvieron a verse sitiados y destrozados, lamentándose los de Narváez de su suerte. Pero, en realidad, fué aquel uno de los días gloriosos de la conquista, una de las fechas que solazan el corazón, porque en él había caído para siempre de su pedestal el Dios Huichilobos, maldición de la tierra azteca.

LA MUERTE DE MOCTEZUMA

Habiendo rogado los españoles a Moctezuma, que seguía preso entre ellos, que hablase desde las azoteas a los indios que persistían en el ataque, advirtió el Monarca que de nada servirían sus ruegos dado que ya los descontentos habían nombrado otro Señor. Subió, sin embargo, a una terraza, por insistencia de sus captores, y a punto que recomendaba no dieran más guerra, los suyos le dieron tres pedradas, una de ellas en la cabeza, de la cual murió a poco rato. Así que Cortés y sus gentes supieron la muerte de Moctezuma, le lloraron, dice Bernal Díaz, como a un padre, pues así de bueno había sido con ellos. Cortés "lloró por él y todos nuestros capitanes y soldados". Hacía diecisiete años que reinaba y "fué el mejor rey que en México había habido".

EL ENTIERRO DE MOCTEZUMA

Con grandes honras y acompañado de algunos de los altos sacerdotes que con él habían estado presos, hizo Cortés entrega del cadáver de Moctezuma a los amotinados de la ciudad. Echóles en cara, al mismo tiempo, la muerte del Monarca, y les pidió que cesasen en sus ataques y que enviasen parlamentarios a fin de establecer las bases conforme a las cuales los españoles se retirarían de la capital con sus aliados tlaxcaltecas.

Recibieron los mexicanos los despojos de su Rey con grandes muestras de pena. "Desde que lo vieron muerto hicieron muy gran llanto, que bien oímos los gritos y aullidos que por él daban".

En cuanto a mostrar arrepentimiento por lo ocurrido, no hubo de ello la menor seña; lo contrario, la lluvia de flechas y piedras arreció sobre el cuartel español y las amenazas: "Ahora pagaréis la muerte de nuestro Rey y el deshonor de nuestros ídolos". Y añadían que ya tenían elegido buen Rey que no sería tan flaco como Moctezuma ni se dejaría engañar con buenas palabras, y que pronto no quedaría uno solo de los castellanos. Visto lo cual Cortés resolvió forzar al día siguiente la salida causando a su paso todo el daño posible. Y se combatió una jornada entera y se mataron muchos indios y se quemaron vein-

te casas, pero no pudieron los de Cortés ganar un solo puente a los indios.

"Veíamos nuestras muertes a los ojos" dice Bernal Díaz, y los puentes estaban alzados. Se decidió entonces intentar la salida de noche, cuando los indios estuviesen descuidados. Y para mejor engañarlos mandáronles decir los españoles que se saldrían a los ocho días y devolverían todo el oro, si ya los dejaban en paz. Y un nigromante o astrólogo que andaba con los de España y que se decía Botello, "al parecer muy hombre de bien y latino" y que había estado en Roma, afirmó que si aquella noche no se efectuaba la salida que ninguno saldría con vida. Y este mismo astrólogo afirmó que Cortés pasaría muchos trabajos y había de ser desposeído de su ser y honra y después de lo cual volvería a ser Gran Señor, e ilustre, de muchas rentas. Se dió, pues, orden para que se hiciese de tabla y maderas un puente para poner sobre los que estaban quebrados; para protegerlo hasta que pasasen todos, se señalaron cuatrocientos indios tlaxcaltecas y ciento cincuenta soldados; para llevar la artillería se designaron doscientos indios tlaxcaltecas y ciento cincuenta soldados y para que fuesen en la delantera peleando, se nombró a Gonzalo de Sandoval y a Diego de Ordaz con una capitanía de cien soldados mancebos sueltos que irían mediando y acudiendo a la parte que más conviniese pelear; el mismo Cortés y Alonso de Avila y Cristóbal de Olid marcharían al centro con otros capitanes, y, a retaguardia, Pedro de Alvarado y Velázquez; en medio de capitanes y soldados de Narváez, iban doña Marina y los prisioneros, protegidos por trescientos tlaxcaltecas y treinta soldados. El tesoro se cargó en los caballos heridos que no podían pelear, cargado todo a bulto; se repartió entre los soldados el oro que ya no se pudo cargar, declarando, al efecto, Cortés, ante Notario, que así lo hacía "para que no quede perdido entre estos perros".

Y algunos soldados se cargaron de oro, y otros más prudentes, como Bernal Díaz, no tuvieron "codicia sino procurar salvar la vida" "mas no dejé de apañar, agrega, una cazuela con piedras chalchivis, jades muy apreciados entre los indios, los cuales me eché en el pecho, entre las armas y fueron después buenas "para curar mis heridas y comer del valor de ellas".

Estaba la noche oscura y lluviosa y se comenzó a sacar el puente y el fardaje, con los caballos y las yeguas y los tlaxcaltecas cargados con el oro. "Y de presto, se puso el puente y pasó Cortés y los demás que consigo traía primero, y muchos caballos. Y estando en esto, suenan las voces y silbidos y cornetas de los mexicanos y decían en su lengua a los de Tlaltelolco: "Salid presto con vuestras canoas, que se van los teules y atajadlos que no quede ninguno con vida".

Y cargaron sobre los prófugos tantos escuadrones de guerra que "no podían valerse" y la laguna se cuajó de canoas. Y sobre el puente cargó tal multitud de mexicanos, que no se daban a manos para matar y herir a los que huían. Y, comenta Bernal, "como la desdicha es mala, en tales tiempos ocurre un mal sobre otro, pues como llovía resbalaron dos caballos y cayeron en la laguna. Y el puente, al fin, se vino abajo y en la abertura cayeron muchos caballos e indios y bultos, pero los que habían pasado tiraron por la calzada adelante". Y en ella hallaron muchos escuadrones que estaban aguardándolos con lanzas y les decían vituperios: "¡Ah, cuilones, y aun vivos quedáis!" A estocadas y cuchilladas se abrían paso los fugitivos. Y allí quedaron muertos seis españoles y, como dice Bernal, "si había algún concierto, maldito aquél, porque Cortés y los capitanes que pasaron primero a caballo, por salvarse y llegar a tierra firme y asegurar su vida, aguijaron por la calzada adelante y no la erraron". También salieron en salvo los caballos con el oro y los tlaxcaltecas y "digo que si aguardáramos en el puente, ansí los de a caballo como los soldados, allí fenesciéramos todos". Pues en el puente se quedaron escopetas y ballestas y para defenderse por la calzada sólo contaron con las cuchilladas que lanzaban para abrirse paso... "Y si hubiese sido de día peor fuera".

Por la calzada de Tacuba, Cortés, con Sandoval y Cristóbal de Olid hizo un alto para esperar a su gente. Y como algunos pidiesen a Cortés que regresase para salvar a los que habían quedado en el puente, el conquistador respondió "que los que habían salido era milagro". Sin embargo, se acercó de nuevo a la ciudad y a poco rato vióse llegar a Pedro de Alvarado que era el de la retaguardia, "a pie, bien herido y con una lanza en la mano porque la yegua se la habían muerto y traía consigo cuatro

soldados tan heridos como él y ocho tlaxcaltecas, todos corriendo sangre de muchas heridas". Y al ver Cortés el estado en que venía Alvarado se le saltaron las lágrimas de los ojos, sobretodo cuando informó Alvarado que Juan de Velázquez y más de ochenta soldados habían muerto en el puente. Y sobre si Alvarado dió salto sobre algún puente, según quiere la leyenda, Bernal Díaz dice: "que en aquel tiempo ningún soldado se paró a ver si saltaba poco o mucho porque harto teníamos con salvar nuestras vidas que estaban en gran peligro de muerte, según la multitud de mexicanos que sobre nosotros cargaba. De suerte que es burla todo lo que Gómara dice sobre el salto".

En Tacuba, saliéndose del camino para evitar el ataque concertado de todos los pueblos, ganaron los españoles el rumbo de Tlaxcala, por los cerros donde se guarecieron en unos cúes indígenas. Ni allí dejó de alcanzarlos la saña de los mexicanos que los atormentaban con lluvia de varas y piedras. El sitio en que se refugiaron los españoles es donde hoy está situada la Iglesia de los Remedios. No tenían comida ni con que curar sus heridas que "estaban hinchadas y dolían", pero "más de llorar fué los caballeros y esforzados soldados que faltaban, como Juan Velázquez de León y Francisco de Morla y un Lares, el buen jinete y otros muchos de los nuestros", y de los de Narváez todos los más "en las puentes quedaron cargados de oro". Y al astrólogo Botello no le aprovechó su astrología, que también allí murió "con su caballo".

En el puente murieron también los hijos e hijas de Moctezuma y los demás prisioneros, y se salvaron veintitrés caballos, perdiéndose tiros y ballestas. Y lo peor de todo, dice Bernal, es que no sabíamos la voluntad que habíamos de hallar en nuestros amigos los de Tlaxcala. Al oscurecer volvieron a verse los invasores, cercados de mexicanos que los atacaban con hondas y flechas, por lo que se acordó salir otra vez de aquel reducto a media noche, "con los tlaxcaltecas como guías, por delante, los heridos en medio y los cojos con bordones y los que no podían andar, en ancas de los caballos cojos, y los de a caballo, que no estaban heridos, delante y a los lados. Y según avanzaban los que estaban sanos, hacían cara a los mexicanos que no cesaban de acometer y gritaban: "No quedará ninguno de vosotros con vida".

Pero llevaba alegría la columna, dice el cronista, porque "a nuestra Doña Marina y a Doña Luisa, la hija de Xicoténcatl, las escaparon en los puentes los tlaxcaltecas junto con una mujer que se decía María de Estrada, que no teníamos otra mujer de Castilla en México sino aquella".

No fué de paz el día siguiente sino otra vez de dura prueba. De los pueblos y campos de la travesía surgían ejércitos enemigos. Todo parecía adverso para el puñado de elegidos de cuya suerte dependía el porvenir de México.

Peleaban sin haber dormido ni comido y sin otro amparo que el de la Divina Providencia que a pesar de todo, había resuelto salvar a la nación mexicana de las iniquidades del régimen azteca. En Cuautitlán hicieron un alto los derrotados para hacerse de provisiones y para descansar, aunque toda la noche estuvieron acosados. Temprano, según caminaban por un llano, se vieron de nuevo detenidos por numeroso contingente de guerreros, lo que decidió a Cortés a hacer de flaqueza fuerza embistiendo por delante los de a caballo de cinco en cinco y detrás los soldados. Y estuvieron unos y otros revueltos y pie con pie y "qué cuchilladas les dábamos, y con qué furia los perros peleaban" y "qué herir y matar hacían en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de dos manos; y los de a caballo, a campo llano alanceaban a su placer y aunque estaban heridos ellos y sus caballos, no dejaban de batallar muy como varones esforzados. Y aun los que no teníamos caballos, parece ser que a todos se nos ponía doblado esfuerzo. Cortés y Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval y Gonzalo Domínguez y un Juan de Salamanca andaban de una parte a otra, aunque heridos, rompiendo escuadrones del enemigo". Las palabras que Cortés decía eran que las estocadas que diésemos fuese en señores señalados porque todos traían grandes penachos de oro y ricas armas y divisas. Y Sandoval gritaba: "¡Ea, señores, que hoy es el día que hemos de vencer; tened esperanza en Dios que saldremos de aquí vivos para algún buen fin!"

Y decía la verdad, pues si hubiesen triunfado los indios, no se podía ya esperar de ellos otro fin que el haber vuelto toda la tierra de México al oprobio de los humanos sacrificios.

"El Señor Santiago que, ciertamente, nos ayudaba, cuenta Bernal Díaz, y nuestra Señora la Virgen y Jesucristo nos ponían grande ánimo en el corazón. Y quiso Dios que allegó Cortés con los capitanes, en parte donde andaba con su grande escuadrón el Capitán General de los mexicanos con su bandera tendida, con ricas armas de oro y grandes penachos de argentería, rodeado de sus principales. Y desque Cortés lo vió dijo a Gonzalo de Sandoval y a Cristóbal de Olid y demás capitanes: ¡Ea, señores, rompamos por ellos y no quede ninguno sin herida! Arremetieron y el caballo de Cortés dió un encuentro al capitán mexicano que le hizo abatir su bandera, y los demás capitanes acabaron de romper el escuadrón. Muerto el capitán, aflojó el batallar de los indios y todos los de a caballo los persiguieron y "no teníamos hambre ni sed sino que parecía que no habíamos pasado ningún mal ni trabajo. Y seguimos la victoria hiriendo y matando pues nuestros amigos los de Tlaxcala estaban hechos unos leones". En esta batalla estuvo la flor de México y de Texcoco. Fué ésta la batalla librada cerca de Otumba. La salida de México había tenido lugar el catorce, en la llamada Noche Triste.

Y los españoles que habían entrado a México en número de mil trescientos, más dos mil tlaxcaltecas, se veían reducidos a menos de quinientos. De los tlaxcaltecas quedaron muertos mil.

En los límites de Tlaxcala, ignorantes aún de cómo los recibirían sus antiguos aliados, disponíanse los de Cortés a continuar defendiéndose, cuando llegaron Xicoténcatl el Viejo y otros jefes que felicitaron a Cortés y lo abrazaron porque había salido con vida y le alabaron el arrojo con que logró escapar a tan poderosos enemigos y lloraron no sólo por sus muertos, sino también por Juan de Velázquez que se había casado con la hija de Xicoténcatl. No cabe duda que, en tan decisivo momento de la conquista, fueron los tlaxcaltecas quienes decidieron su curso. Pues si ellos también hubieran hecho guerra contra los españoles, seguramente allí los acaban. La táctica de Cortés de ir creando amigos por donde pasaba, su sinceridad en esas amistades, decidió en este caso todo el éxito de su empresa. Hasta treinta mil soldados preparaba Xicoténcatl para ir en auxilio de Cortés, pero

no llegó a juntarlos, precipitándose antes cuanto se acababa de narrar.

En Tlaxcala Cortés no tomó reposo. Mandó correos a Veracruz con instrucciones que le mandasen los que no estuviesen "dolientes" entre los soldados, y que cuidasen bien de Narváez. Sin dar más detalles de su derrota, explicó que se proponía emprender algunas correrías por la capital de los mexicanos. Y otra vez mandó desarbolar los dos últimos navíos de los de Narváez que quedaban listos para navegar, a fin de que nadie pensase en fugas y ordenó que los marineros se le reuniesen sin demora. De éstos sólo llegaron siete y muy flacos; los demás "se habían muerto de fiebres o estaban dolientes". Los de Narváez insistían en regresar a Cuba, pero logró Cortés atraerlos nuevamente y todos juntos, con cerca de dos mil tlaxcaltecas, emprendieron una excursión a Tepeaca, con el objeto de castigar el asesinato que allí se había cometido sin causa, de dieciséis españoles que iban camino de Veracruz a México, antes de la evacuación de la ciudad. Nótese a Cortés haciéndola de gobierno en su derrota, organizando lo que hoy se llaman "expediciones punitivas", para salvar el "prestigio español", según la frase que más tarde adoptarían los ingleses en sus guerras coloniales. Pero Cortés no iba nada más como azote; antes procedía como caballero. Así, con buenas razones, mandó requerir a los de Tepeaca que mandasen salir a los escuadrones mexicanos que allí habían llegado para inducirlos a la guerra, y que diesen explicaciones por la muerte de los españoles. Los tlaxcaltecas apoyaron estas expediciones porque estaba ya declarada prácticamente la guerra entre ellos y los mexicanos que les hacían fechorías, les incendiaban las casas en los pueblos fronterizos, todo por causa de su alianza con los de Cortés. Contra esta alianza andaba intrigando Xicoténcatl el Mozo, que se decía en comunicación con el nuevo monarca azteca Cuadlavaca o Cuitláhuac. El padre de Xicoténcatl, sin embargo, y los viejos de Tlaxcala, opinaron contra la alianza con los mexicanos, los enemigos tradicionales, y en favor de una estrecha colaboración con los "teules" que ya los adivinos habían predicho, vendrían por el oriente a reinar sobre aquellas tierras.

Se presentaron los parlamentarios de Tepeaca muy bravosos, por la victoria que acababan de obtener los indios en México

y Cortés los trató muy bien, les hizo obsequios y les dijo: "que no tengan cuidado por los españoles muertos, que ya no los podían dar vivos y que venga ahora la paz". Pero volvieron los parlamentarios y dijeron que "al otro día buenos hartazgos tendrían con los cuerpos de los españoles". En vista de ello Cortés, que no olvidaba haber sido casi abogado, levantó acta de que procedía al castigo de los indios, porque habían matado más de ochocientos españoles en México y Tepeaca, después de haber prestado obediencia al Rey de España, etc., etc... Y al otro día, dice Bernal, "tuvimos una buena batalla con los mexicanos y tepeaqueños en la que prontamente fueron desbaratados los aborígenes". Después de la batalla los de Tepeaca se desertaron de las filas mexicanas y se presentaron de paz con los españoles y "dieron obediencia a su Majestad y echaron de sus casas a los mexicanos". En seguida fundó allí Cortés una población que se llamó Segura de la Frontera, porque protegía el camino de Veracruz. En ella, se nombraron alcaldes y regidores, según la buena costumbre democrática de Castilla la civilizadora.

La costumbre tlaxcalteca de tomar esclavos a los prisioneros, se hizo sentir en contra de los de Tepeaca, que no sólo eran apresados, sino marcados con hierro candente, castigo que Cortés toleró pero que muchos de sus capitanes reprobaron y más tarde persiguieron hasta hacerlo desaparecer.

CUAUHTEMOC ENTRA EN ACCION

Muerto Cuitláhuac de viruelas, el señorío del reino pasó por herencia a manos de Cuauhtémoc. De este joven príncipe se ha hecho una leyenda muy estimable; lo hemos convertido en el símbolo del principio de "independencia a toda costa". El que esto escribe ha contribuído a fortalecer la ambición de autonomía, pero en el sentido de defensa de la latinidad, la hispanidad, en contra de los avances del poderío anglosajón. Tomar a Cuauhtémoc, como ha solido hacerlo cierto indigenismo coludido con el imperialismo anglosajón, como un rival de Cortés y un patriota de quien pudiera arrancar una tradición nacional, es completamente injustificado y absurdo. En Cortés hallamos uno de los más grandes capitanes de la historia y, además, humano, civilizado,

constructor, imbuído de ideal religioso, aun más allá de los simples ideales patrióticos y políticos. El soldado de la Cruz es Cortés, y Cuauhtémoc ¿el de los sacrificios humanos? ¿El de Huichilobos?... ¿Lo sabía él mismo?... ¿Qué podía saber el pobre joven atolondrado, elevado a la primera posición de su país por un azar, y manchado, como sus colegas nobles, con las atrocidades de la guerra salvaje, las conspiraciones del pretorianismo más elemental?

En todo caso y para que nos sirva de criterio en el juicio de hechos recientes de nuestra historia nacional, compárese el proceder humano de Cortés en todas las poblaciones que tocaba, con la crueldad, los robos, los abusos, el militarismo crudo de los aztecas que acaudillaba Cuauhtémoc y se comprenderá por qué los pueblos acudían a Cortés; se tendrá el secreto del éxito de la Conquista. Un gobernante que comienza por abusar del poder, no puede defender a su patria contra el extranjero, es y será siempre el mejor cómplice, el mejor aliado del extranjero y contra los suyos. ¡Según se extendían las fuerzas de los mexicanos, así sus enemigos aumentaban, entre las poblaciones vejadas; por donde Cortés pasaba, le quedaba siempre algún amigo!

En Segura de la Frontera estuvieron algún tiempo los españoles rehaciéndose. Llegó, entretanto, a Veracruz, un barco que enviaba Velázquez de Cuba al mando de un capitán Barba. Con engaños, el Almirante de la Mar que puso Cortés y que no mandaba arriba de veinte hombres se acercó en un batel, al navío de Barba, a quien aprehendió cuando desembarcaba. En seguida desarboló el navío y mandó a Cortés los prisioneros en número escaso y con tres caballos, porque el navío era chico. Sin embargo, con el socorro hubimos gran placer —dice Bernal—, porque muchos de nuestros soldados estaban heridos y otros "adolecían porque de sangre y polvo que estaba cuajado en las entrañas, no echábamos otra cosa del cuerpo por la boca, como traíamos siempre las armas a cuestas y no parar noches ni días, por manera que ya se habían muerto cinco de nuestros soldados de dolor de costado". Más tarde aún llegó otro barco de los que Garay mandaba a Pánuco; de éste apenas se aprovecharon siete soldados porque los demás los mataron los indios en aquella región. Y aun los siete dichos venían flacos y tan "hinchados y

amarillos que aunque Cortés les hizo mucha honra, los demás soldados los llamaban los "panciverdetes", porque traían los colores de muertos". Al mes siguiente llegó otro navío de los del mismo Garay y después de prender a la tripulación con las mismas artes que emplearan contra Barba, quedó un refuerzo de cincuenta hombres y treinta y siete caballos, que luego marcharon para donde estaba Cortés. Y tanta era la autoridad que Cortés ganaba en las correrías de sus capitanes por los pueblos, y por su propio buen trato, que venían ante él "pleitos de indios de lejas tierras, en especial sobre cosas de cacicazgos y señoríos". La viruela se desató por esa época haciendo estragos entre los indios, matando a muchos caciques, lo que daba lugar a disputas y divisiones por causa de la sucesión. Uno de estos pleitos de señorío fué el que decidió Cortés en favor de un sobrino de Moctezuma que residía en Izúcar. Los herederos de Moctezuma, comenzaron a ser tratados como de la nobleza española, por el reconocimiento que de Su Majestad había hecho el fallecido Monarca.

De Cuauhtémoc dice la historia que sus súbditos temblaban en su presencia. Malo es siempre un jefe que sólo se hace temer. Cortés no sólo hacía caricias —como dice Bernal Díaz— a los de su tropa, sino que a menudo se dejaba vencer de las reclamaciones justas que se le hacían; como cuando disputaron con él los soldados por el reparto de unas indias capturadas en Tepeaca, y como Juan Bono de Quexo le dijo que no podía soportar vivir en una tierra en que había dos Reyes, el de España y Cortés "que se apartaba un quinto de los tesoros". A este Bono, en vez de mandarlo matar a lo azteca, en vez de engañarlo le dió trescientos pesos para que se fuese a Cuba a reunirse con los suyos. Y a los de Narváez que insistieron en largarse, les mandó dar dinero y barco, respondiendo a los soldados que se oponían a que así se diezmara el escaso ejército, "que valía más estar solo que mal acompañado".

EL ASEDIO DE MEXICO

Visto que no se podía atacar la ciudad por las calzadas, Cortés decidió aprovechar el costado de la Laguna. Y al efecto mandó construir trece bergantines. En Tlaxcala, de camino otra

vez para México, Cortés vistió de luto por la muerte del cacique Masescasi que, con Xicoténcatl el Viejo, había sido el amigo de los españoles, y en el mando colocó a su hijo. En esta ocasión Xicoténcatl Viejo, a ruegos de Cortés, abrazó el cristianismo y con ese motivo hubo una gran fiesta.

Para embrear los bergantines hacía falta pez. Con maderas de la región y hierros traídos de Veracruz, había hecho Martín López una faena notable. En seguida, cuatro hombres de la mar hallaron resina de unos pinares y con ella pudieron hacer pegamento. Y cuando Cortés pidió a Xicoténcatl diez mil hombres de guerra para avanzar sobre México, el Rey tlaxcalteca, que ya se llamaba por el bautismo, Don Lorenzo de Vargas, dijo que no sólo diez mil, sino muchos más "si los quería llevar".

Y un día después de la Pascua de Navidad del año mil quinientos veinte, se emprendió la marcha, y cuando estuvieron las tropas a la vista de los lagos y ciudades del Valle, "dimos muchas gracias a Dios, dice Bernal Díaz, que nos las tornó a dejar ver".

Advertirá el lector la comprensión genial de Cortés que no perdió el tiempo en andar por los pueblos sometiendo poblaciones ya esclavas del primero que quería sojuzgarlas, sino que asestaba golpes con audacia increíble sobre las cabezas de la resistencia. Desaparecidas éstas no queda nadie en países donde no hay ciudadanos. La conquista hubiera sido imposible sin la abyección general que tenía a los pueblos acostumbrados al yugo azteca. En estas condiciones, desaparecido el grupo de los caciques, no quedaba pueblo que diese pelea. Otro tanto ocurrió cuando los norteamericanos invadieron a nuestro México militarizado; con hacerse de Santa Anna bastó para que la defensa se derrumbase. De suerte que cuando cae un déspota nunca se sabe si el pueblo que lo soportara fué también vencido o se ha liberado indirectamente. Pues soportar un despotismo es ya la peor de las desgracias. Cortés sabía, por experiencia, que una vez preso el monarca quedaba reducida toda una nación. Y a eso iba a México, a apoderarse de Cuauhtémoc tal como se había apoderado de Moctezuma. La táctica la inventó Cortés. Ni siquiera se cuidó de alistar grandes ejércitos con masas indígenas: de estorbo le hubieran servido. Le bastó con dirigirse otra vez a la cabeza, una cabeza

no de estadista, sino de guerrero que no se limita a pelear, se entromete a gobernar. Y porque allí donde sólo hay una cabeza, un Cacique Máximo, un Cuauhtémoc, un Porfirio Díaz, un Santa Anna, un solo caudillo, la derrota nacional es inevitable. Los guerreros de Cuauhtémoc eran siervos, no de una patria, sino de un personaje. Los españoles eran también súbditos, pero de un Rey que también solían llamar a cuentas, como llamaban a cuentas, a cada momento, a su Capitán Hernán Cortés. Dondequiera que chocan hombres ilustres con siervos, el resultado está previsto: triunfan los que son señores y triunfan con beneplácito de la historia, en beneficio de la civilización.

Al acercarse a Texcoco encontraron los españoles despobladas las aldeas. En el paso de un puente intentaron oponérseles unos escuadrones aztecas que fueron fácilmente vencidos. Por los prisioneros capturados se supo que había diferencias y bandos entre los de Texcoco y los de México y que por eso no se había verificado un ataque de concierto. Además, la viruela cundía entre los indios. Invitado por el cacique local, Cortés ocupó a Texcoco. Sin embargo, a poco de entregar la ciudad, el cacique desapareció para unirse a los mexicanos. Lo que Cortés aprovechó convocando a los principales y entre ellos a los que tenían rivalidades con el prófugo y, en su lugar, estableció a un cacique que era pariente de Moctezuma. Se celebraron con este motivo grandes fiestas y de toda la comarca acudieron los indios para rendir pleitesía "al nuevo señor de Texcoco". La principal condición que Cortés le impuso a su hechura de Rey fué que abrazara el cristianismo y aprendiese el castellano. A este efecto, dejó a su lado como ayo a Don Antonio de Villa Real y a un bachiller que se decía Escobar. Al lado de este cacique fiel pudo Cortés organizar sus preparativos contra México. Ensanchando algunos canales, concluyó de construir y lanzó a flote los bergantines. Los indios de la comarca pronto se dieron por vasallos del Rey de España.

Y estando los tlaxcaltecas deseosos de guerrear con los mexicanos y porque los bastimentos escaseaban en Texcoco, se resolvió consumar una entrada por Ixtapalapa, pueblo muy adicto a los mexicanos. Con los tlaxcaltecas, que eran como siete mil, y algunos capitanes y en compañía de caciques texcucanos enemigos

de Cuauhtémoc, se emprendió el avance. Pie a tierra esperaron los de Ixtapalapa, reforzados por cerca de ocho mil mexicanos enviados por Cuauhtémoc en su auxilio; pero los caballos rompieron en ellos y las ballestas y los tlaxcaltecas que se metían en las filas enemigas como perros rabiosos. Presto dejaron el campo los mexicanos y se metieron al pueblo. Y una vez en el pueblo entraron los indios a sus canoas y dejaron que los españoles se apoderasen del caserío que a media noche inundaron, soltando las acequias y abriendo una calzada que "de presto se hinchó toda de agua". Allí murieron muchos tlaxcaltecas que no sabían nadar y los de España, dice Bernal, salieron "bien mojados y con la pólvora perdida". Y agrega: "estábamos con mucho frío y sin cenar y lo peor de todo era la burla la grita y los silbos que nos daban los de Ixtapalapa desde sus canoas".

Al amanecer aparecieron batallones que venían de México a dar guerra, y harto fué que no desbarataran a los españoles que tuvieron que regresar a sus bases de Texcoco, "sin ganar mucha reputación en aquella batalla", confiesa el cronista.

La tiranía hacía su efecto. De todos los rumbos seguían llegando comisiones de indígenas a quejarse con Cortés de los desmanes de los delegados y milicianos de México; todo el mundo temía a Cuauhtémoc, pero nadie lo amaba. En su misma derrota tenía más poder moral Cortés que el otro en la ufanía del triunfo. Y con razón se ha dicho que fueron los indios los que hicieron la conquista. Pues sin la desesperación de las poblaciones, largo tiempo sometidas a la iniquidad, no habría sido posible la hazaña de Cortés, ni con todo su genio. Cada vez que los mexicanos castigaban un poblado era la costumbre de tomar las mujeres de los vencidos para violarlas y a los hombres para comerlos. Cuando la guerra civil ocasiona semejantes atrocidades, lo natural es que el extranjero sea recibido como libertador. Eso explica el papel de Cortés en aquellos momentos augurales.

Tan seguro de su misión se hallaba Cortés que sin descuidar los preparativos de guerra insistía a cada paso en los medios de evitarla. Y fué así como envió una embajada a Cuauhtémoc proponiéndole las paces. Lejos de ceder, Cuauhtémoc mandó órdenes para que todo español que fuese capturado se le llevase a México para hacerlo sacrificar. El duelo religioso, que era el fon-

do de la guerra de la conquista estaba próximo al desenlace. Y ningún hombre que tenga elemental concepción de los valores de la cultura dejará de sentirse solidarizado con los españoles. La mayoría de nuestros indios ya lo estaba. Y Doña Malinche, dando hijos a los españoles, era el símbolo de la nueva nacionalidad que se impondría a la barbarie aborigen.

"Como los capitanes eran hombres de fiar —dice Cortés en su relación—, yo me metí en los bergantines porque la más aventura y riesgo era el que esperaba por el agua". Y mientras Gonzalo de Sandoval atacaba a Ixtapalaba con cosa de cuarenta mil indios y dos o trescientos españoles, Cortés en los bergantines, después de romper la guarnición de un cerro vecino, en desembarco que le costó veinticinco hombres, entró por la Laguna y de improviso fuéronse sobre de él hasta quinientas canoas. Y se estuvieron contemplando los de los bergantines y los de las canoas. Y meditó Cortés que la acción decisiva era "aquella que se daba en el agua. Y plugo a Nuestro Señor —dice él mismo— que soplase un viento de tierra muy favorable para embestir sobre ellos y mandé a los capitanes que rompiesen por la flota de las canoas y siguiesen tras ellas hasta las encerrar en la ciudad de Tenochtitlán"... "y quebramos infinitas canoas y matamos y ahogamos muchos de los enemigos".

Enclavados en territorio sometido a Cuauhtémoc estaban varios principados como el de Tacuba y el de Coyoacán, que sólo esperaban la ocasión de pasarse con los españoles. De suerte que aprovechando la derrota de los de las canoas, los de Coyoacán se lanzaron sobre los mexicanos que cuidaban las calzadas y los encerraron en la ciudad, a la vez que ganaron muchos puentes al lado de los bergantines que iban cerca de la calzada de la cual se ganó casi una legua. Lo que restaba de la calzada, a media legua de la ciudad, estaba tan lleno de combatientes así como las canoas que ideó Cortés lanzar un tiro por la calzada adelante el cual hizo mucho daño. A media calzada y al amparo de unas torres donde había unos ídolos que fueron derribados, establecieron su campamento los sitiadores. Los molestó toda la noche la grita y la amenaza de los defensores y al día siguiente, primero de junio, hubo tal combate que por el agua y por la tierra, dice Cortés, no veíamos

sino gente de armas y parecía que se hundía el mundo. Pero "ganámosles una puente que tenían quitada" y una albarrada que tenían hecha a la entrada. Y con los tiros y los caballos les hicimos tanto daño que casi los encerramos hasta las primeras casas de la ciudad. Y por el lado de la laguna se abrió una zanja para dar paso a dos bergantines que obligaron a las canoas a esconderse entre las casas"

Al día siguiente se capturó a Coyoacán y en seguida se prolongaron los combates seis días, durante los cuales los bergantines hicieron mucho daño quemando casas e impidiendo la fuga de las canoas.

Cerrada la última salida de la ciudad por el lado de Tacuba que guardaba Pedro de Alvarado, Cortés entró por la calzada de Texcoco, con sus caciques aliados y con diez mil indios para "ganarle al enemigo todo lo más que se pudiese". Y con ayuda de los bergantines se continuó el asalto hasta la entrada de la ciudad, "hasta el pie de una puente de grande alzada con una torre de ídolos y a su pie una calle de agua muy ancha con otra muy fuerte albarrada". Sin los bergantines hubiera sido todo imposible, pues con su ayuda pasaron los de Cortés la corriente de agua y desembarcando ganaron las albarradas persiguiendo al enemigo, calle adelante, hasta otro puente que se ganó, echándose al agua los españoles y pasando la acequia con los indios aliados. Al llegar todos al puente que guardaba el centro de los aposentos de la ciudad, lo hallaron sin levantar porque no esperaban que hasta allí llegase el ataque; sin embargo, de las torres y azoteas hacían blanco mortífero sobre los asaltantes. A la entrada de esta plaza emplazó Cortés un tiro de cañón que hizo mucho daño a los indios "que eran tantos que no cabían en ella". Y viendo que ya no había por allí agua, los españoles "determinaron de les entrar la plaza y como vieron mucha multitud de nuestros amigos que nos seguían, vuelven las espaldas hasta que se vieron encerrados en el circuito de sus ídolos, el cual es de cal y canto".

Pero como observasen los indios que con los asaltantes no venían gentes de a caballo, se rehicieron y embistiendo en gran número, obligáronlos a retroceder echándolos de la plaza en tal forma que aun el tiro de cañón lo desampararon: "Plugo a Dios,

dice Cortés, que en ese instante llegasen tres de a caballo, pero como los indios creyesen que eran muchos, comenzaron a huir. Y otra vez los españoles rodearon la torre y el circuito de los ídolos ganando el patio. Y como arriba quedaron 10 ó 12 principales, en la torre más alta que tiene ciento y tantas gradas, cuatro o cinco españoles subieron la torre por fuerza y aunque los indios se defendían bien, se las ganaron y los mataron a todos". Después de lo cual, protegiéndose con los de a caballo, Cortés mandó retroceder seguido de cerca por los enemigos que contraatacaban rabiosos. La retirada estaba segura porque ya Cortés había mandado reparar los puentes de las calzadas, y en la retirada se puso fuego a muchas casas, "para que cuando volviésemos a entrar de las azoteas ya no nos hiciesen daño". Este mismo día, por el otro extremo de la ciudad, Pedro de Alvarado penetró algunas calles combatiendo reciamente. Y según se prolongaba el sitio, aumentaba el número de los naturales que venían a ofrecerse de aliados a Cortés. Entre ellos Ixtlixóchitl con veinte mil hombres de guerra que antes habían sido vasallos de los mexicanos. Después de esto, los de Xochimilco también se ofrecieron, "rogando que se les perdonase la tardanza"... Cortés, siempre diplomático, lejos de despreciarlos, dice: "Los recibí muy bien y me holgué mucho de ellos porque si algún daño podían recibir los de Coyoacán, era de ellos".

El día dieciséis de junio, después de haber oído misa e informado a los capitanes de lo que debían de hacer, "yo sali, dice Cortés, de nuestro real con quince o veinte de a caballo y trescientos españoles y con todos nuestros amigos que eran infinita gente". "Y yendo por la calzada adelante, a tres tiros de ballesta, estaban los enemigos esperándonos con muchos alaridos, y como en los tres días antes no se les había dado combate, habían desecho cuanto habíamos cegado del agua y teníanlo más fuerte y peligroso de ganar que antes. Y los bergantines llegaron por la una y por la otra parte de la calzada y con ellos, mediante tiros y escopetas, se hacía a los enemigos mucho daño. Y con más trabajo que la otra vez volvieron a ganarse los puentes, y albarradas y se echó a los indios fuera de la plaza y de los aposentos grandes de la ciudad. Y mientras se peleaba en los frentes, a retaguardia más de diez mil

indios ocupábanse en reparar las calzadas y puentes con piedra y adobes". "Y viendo que nos hacían tan gran resistencia, dice Cortés, comprendí que nos forzaban a que totalmente los destruyésemos y esto me pesaba en el alma y pensaba qué forma tenía para atemorizarlos de manera que viniesen en conocimiento de su yerro, y del daño que podían recibir de nosotros, y no hacía sino quemarles y derrocarles las torres de sus ídolos y casas". Y fué ese día cuando se quemaron los grandes aposentos en que antes habían estado sitiados los españoles, pereciendo las aves y animales que guardaba Moctezuma y "aunque me pesó mucho de ello, afirma Cortés, esto a los enemigos les puso mucho desmayo". Y lo que más desalentaba a los mexicanos era ver entrar a su ciudad, en compañía de los españoles, a sus antiguos amigos los de Texcoco y Chalco y Xochimilco. Los bergantines habían prestado grandes servicios aquel día, entrando por los canales de la ciudad incendiando casas y matando gente.

Y como no se podían guardar los puentes, porque los españoles quedaban cansados de pelear, ni se podía establecer el real en la ciudad por peligro de quedar otra vez cortados, otro día fué necesario ganar los puentes echándose a nado muchos españoles. Alvarado, por su parte, ganó varios puentes. Y por este tiempo vinieron a ofrecerse a Cortés los de Ixtapalapa, que antes lo habían combatido, y los de Churubusco y Mexicalzingo y Culhuacán, y a todos los aceptó por vasallos de S. M. y mandó que aprestasen sus canoas para lanzarlas contra los de la ciudad, y que construyesen casas en Ixtapalapa, para alojar a los españoles, porque llovía mucho y no tenían donde guarecerse después de pelear todo el día. Y juntando todas las gentes de las ciudades y del agua y sus canoas, llegó Cortés a reunir cien mil hombres y mil quinientas canoas. Y un día, por la mañana, se emprendió de nuevo el asalto. En esta vez los puentes estaban cegados hasta la plaza. Por el lado de Tacuba, se logró establecer contacto con Alvarado, que guerreaba por aquel extremo. "Y fué día de mucha victoria, dice Cortés en su relación, porque tanto del agua como por tierra hubo algún despojo". Y al día siguiente ya en-

traron de nuevo los españoles casi sin encontrar resistencia. Los sitiados se retraían, pero no daban señales de paz. Y, expresa Cortés, "nos volvimos al real con mucho placer, aunque no nos dejaba de pesar en el alma, por ver tan determinados de morir a los de la ciudad".

Llevaba el sitio veinte días de constante brega y pronto se vió que el paso decisivo consistía en apoderarse del mercado que surtía a la ciudad y estaba ya a sólo tres o cuatro cuadras de los sitios ganados por los españoles. Había demorado Cortés este ataque porque se hallaba el mercado protegido por las casas más altas, guardadas por guerreros en las azoteas. Pero ante la insistencia de los suyos, determinó actuar. Y se libraron órdenes a Pedro de Alvarado para que por su parte también avanzase. Cortés por la calzada con veinticinco de a caballo y los españoles que tenía y los de las canoas, entró en la ciudad y comenzó el ataque al mercado por tres calles. Y por las tres entraron "infinito número de nuestros amigos, pero los mexicanos algunas veces los retraían y aun los echaban en el agua". Los de Alvarado, entretanto, avanzaban de prisa. Cortés desconfiando mandóles decir que no avanzasen más sin cuidar que estuviesen cegados los puentes y protegida la retirada. Y aunque los de Alvarado mandaron decir que ya lo habían hecho, Cortés tuvo el presentimiento de que algo había quedado mal por aquel lado, y, en efecto, se presentó por allí hallando que el puente que se había reparado estaba deshecho y que los españoles, obligados a retirarse, caían en el agua y "los enemigos como perros dando en ellos". Y nos resolvimos, dice Cortés a morir allí peleando y en lo que más aprovechábamos, dice, era en "dar las manos a algunos tristes españoles que se ahogaban para que saliesen afuera y los unos salían heridos y los otros medio ahogados". Después de perder caballos y con gran trabajo "plugo a Dios que salimos los que quedamos a la calzada de Tacuba, que era muy ancha". "Recogida la gente, yo con nueve de a caballo me quedé en la retroguardia, y los enemigos venían con tanta victoria y orgullo, que no parescía que ninguno habían de dejar a vida". Retrayéndose los españoles en la plaza, vieron cómo los indios, en señal de victoria, encendían sahumerios en una torre dedicada a sus "ídolos, lo que no pudimos evitar aunque mucho quisiéramos", dice

Cortés. "En este desbarato, agrega, mataron los contrarios más de treinta españoles y más de mil indios nuestros amigos, y yo salí herido en una pierna". Y a los españoles que tomaron prisioneros, en una torre alta, los desnudaron y los sacrificaron a los ídolos, lo cual los hombres de Pedro de Alvarado pudieron ver bien, desde el real donde peleaban, pues en los cuerpos desnudos y blancos que vieron sacrificar, conocieron que eran cristianos. Pero se había ganado en la jornada, casi hasta el mercado, y "todo se ganara, dice Cortés, si Dios, por nuestros pecados no permitiera tan gran desmán".

Derrotado parcialmente, como lo estaba, era, sin embargo, tan esforzado Cortés, que dió auxilio a los indios de Malinalco que se quejaban de depredaciones de aliados de los mexicanos, mandando, al efecto, a Andrés de Tapia con setenta hombres, y "eso que estábamos, dice, más para recibir socorro que para darlo". Sin duda, comprendía que su fama era su mejor aliado; por eso la cuidaba, particularmente en momentos en que los de la ciudad sitiada mandaban a los campos las cabezas de los españoles, como trofeos del abortado asalto del Parián.

A los cuarenta y cinco días del sitio mandó Cortés que entre todos fuesen derribando las casas de manera de dejar asolada la ciudad para forzar a los de Cuauhtémoc que heroicamente resistían, aun sabiendo que, afuera, todo el territorio estaba dominado por los españoles. En estas operaciones se emplearon ciento cincuenta mil hombres de guerra. Y pronto, con los escombros quedaron cegadas las calzadas y franco el paso hasta la plaza. Los combates parciales se prolongaron otros seis días. En una celada sobre la plaza que atacaron treinta jinetes que Cortés había ocultado en unas casas, cayeron más de quinientos indios de los principales. Esa noche, dice Cortés, nuestros aliados tuvieron bien que cenar, porque todos los que se mataron, tomaron y llevaron "hechos piezas para comer". En la ciudad, entretanto, el hambre atormentaba, y a medida que los aliados se amedrentaban, de afuera llegaban a Cortés aliados en tal número, que, dice, "no tenían cuento". Lentamente

se fué ganando casa tras de casa. Las casas de Cuauhtémoc cayeron y fueron quemadas y los indios restantes se retraían hacia las casas más protegidas por el agua. Y aunque Cortés insistía ofreciendo las paces, los sitiados contestaban que el último que quedase seguiría peleando, y Cortés añade: "Me ponía en mucha lástima el dolor y el daño que en ellos se hacía".

Y otra vez, en la toma de uno de los cuarteles que se hizo a pie firme murieron "como doce mil ánimas". Con los caídos usaban de tanta crueldad los indios aliados, que "por ninguna vía, a ninguno daban vida, aunque más reprendidos y castigados de nosotros eran".

Y por fin, un día mandaron decir los sitiados que "por qué no los mataban brevemente para dejarse de penar y ver en el cielo a su Señor Huichilobos", "y yo, dice Cortés, les respondí muchas cosas para los atraer y que se rindiesen y ninguna aprovechaba, aunque en nosotros veían más muestras y señales de paz, que jamás a ningunos vencidos se mostraron, siendo nosotros con la ayuda de nuestro Señor, los vencedores". Hubo parlamento, pero Cuauhtémoc se negó a presentarse a la plaza del mercado en donde lo estuvo esperando Cortés. En vista de ello, se consumó otro ataque a la parte aún ocupada de la ciudad, y en dicho ataque, afirma Cortés que perecieron "más de cuarenta mil ánimas". "Y era la grita y lloro de los niños y mujeres que no había persona a quien no quebrantase el corazón, y ya nosotros, dice Cortés, teníamos más quehacer en estorbar a nuestros amigos que no matasen, ni hiciesen tanta crueldad, nunca en generación tan recia se vió, ni tan fuera de toda orden de naturaleza, como en los naturales de estas partes". "Y nada podíamos remediar, porque éramos obra de novecientos españoles y los aliados más de ciento y cincuenta mil".

En la ciudad los muertos obstruían calles y canales y una parte de la población se salía de las casas para entregarse a los españoles y otros se echaban al agua y se ahogaban o procuraban fugarse en las canoas. Y del hambre y la peste murieron como cincuenta mil gentes. Mientras tanto, los principales y gente de guerra, se estaban arrinconados en las azoteas, obstinados en

no rendirse. Por último, en un canoa que escapaba, se prendió a Cuauhtémoc. Lo capturó García Holguín que lo llevó ante Cortés. Cuauhtémoc se limitó a decir "que de su parte había hecho su deber, y que ahora Cortés hiciese con él lo que quisiese". Y puso la mano en un puñal que tenía Cortés al cinto, pidiéndole que lo apuñalase. "E yo le animé, dice Cortés y le dije que no tuviese temor ninguno". "Y preso este Señor, concluyó la guerra el día de San Hipólito, trece de agosto de mil quinientos veintiuno, durando el sitio, setenta y cinco días".

LA MAR DEL SUR

La noticia de la caída de Tenochtitlán, la plaza fuerte del territorio, cundió atemorizando a las naciones menores. Los de Michoacán fueron los primeros en venir a ofrecer a Cortés acatamiento. Con ellos tomó Cortés informes de la "mar del sur", mostrando en seguida preocupación por encontrar el camino para dirigirse a ella. Por la mar del sur, imaginaba Cortés, habría islas con mucho oro y especiería, pues esto, dice, lo han afirmado "personas de letras y experimentadas en la ciencia de la cosmografía". Fiado en ello, mandó cuatro españoles a que "no parasen hasta descubrir la mar del sur (que hoy es el Océano Pacífico) y para que de esa mar tomasen la posesión real y corporal en nombre de su Majestad el Rey de España". A los pocos días volvieron los expedicionarios con la relación del descubrimiento y con unos naturales de la dicha mar.

Con fines diversos, envió Cortés expediciones para sojuzgar a Oaxaca, fundó la villa de Medellín y ocupó Tuxtepec. Y habiéndose resuelto volver a poblar la ciudad de Tenochtitlán que había quedado toda destruída pero era tan nombrada, se hizo reparto de solares a los que se asentaron por vecinos y se nombraron alcaldes y regidores. Y a los cuatro o cinco meses ya la ciudad estaba muy hermosa. Y como le pareció a Cortés que hacía falta un puerto hacia la mar del Norte, mandó una expedición a poblar por lo que hoy es la Huasteca. Y en su Palacio de Coyoacán recibió la sumisión de los señores de Tehuantepec. Y así ganaba provincias con buenos modos y visión genial, con

fuerza si hacía falta, y con administración y habilidad consolidaba lo conquistado.

CORTES ORGANIZA EL IMPERIO

No tenía necesidad Cortés de inventar instituciones; le bastó con ir adaptando a la Nueva España lo que en su época había en España. Pero es extraordinario el acierto con que todo lo fué organizando en una forma que nadie ha superado más tarde, ni fué modificada, en lo esencial, durante siglos. Alamán, en su comentario de la conquista nos dice con razón: "Las instituciones liberales de que España gozaba, más que ninguna otra nación en aquel siglo, habían venido a ser hábito para todos los españoles. En las poblaciones españolas fundadas por Cortés, los Procuradores se reunían en Cortes para tratar toda clase de asuntos, tal como lo hacían en España. Si las cosas hubieran seguido en este pie, la Nueva España hubiera tenido, desde sus principios, una Legislatura Colonial y acostumbrada la nación a discutir libremente sus propios intereses, la Independencia se habría hecho por sí misma y no hubiera habido todas las dificultades que han tenido que vencerse para la organización del gobierno. Pero en la misma España, las instituciones liberales tocaban a su fin y en los campos de Villalba se había decidido por este mismo tiempo la cuestión entre el poder absoluto de Carlos Quinto, y la libertad, de una manera desgraciada para ésta".

Llama la atención, de todos modos, que Cortés, gran soldado, conquistador insigne, no ejerció, sin embargo, en nuestros territorios, un dominio comparable al que después se han arrogado generalillos de segunda y de tercera con título de Presidente o con simple investidura de dictadores de ocasión. Frente a Cortés se estableció, apenas llegaron las órdenes del Monarca, el poder civil representado por la Audiencia. Y no obstante que pronto Cortés se quedó con mando nominal casi, pese a su título de Capitán General, su actividad incansable no cesó de rendir provechos.

Juzgando con un criterio de justicia social moderna, no se puede aprobar el sistema de las encomiendas que Cortés iniciara, pero puestos ante la realidad en que él obraba, no había otra manera de hacer efectiva la producción. Y mala como fué la encomienda, nadie podrá sostener que era mejor el sistema azteca de tenencia de las tierras. En realidad, Cortés no hizo sino aplicar los métodos de todos los conquistadores; repartió las tierras entre los españoles. Lo hizo con franqueza. En los territorios que nos conquistaron los norteamericanos, en Texas y California, también han sido desposeídos los mexicanos, sólo que con métodos menos claros, con pretextos de insuficiencia de titulación o por exacción violenta; en realidad, por derecho de conquista. El sistema de Cortés era el mismo de los romanos. El vencido se convierte en siervo de la gleba. Esto mismo se ve en el Egipto, dominado por los ingleses, y mientras la maquinaria no reemplace del todo al hombre en los trabajos serviles, siempre tendrá que existir la casta paria cuya suerte no es mejor en la Rusia bolchevique de las colonias penales de lo que fuera la condición de los indios bajo el encomendero. Resulta, por lo mismo, inútil achacar a crueldad de Cortés lo que depende de choque de civilizaciones en distinto grado de adelanto y de dificultades todavía insuperables dentro del desarrollo de una misma civilización. Y sin duda, si en nuestro país no vencen los españoles, más tarde la tierra la hubieran ocupado los ingleses y la suerte de los naturales no hubiera sido mejor; todo lo contrario, allí está el ejemplo de los territorios en que ellos dominaron y en los cuales el indio quedó desposeído, excluído del trato humano, extinguido.

Los indios nunca habían tenido propiedad individual; trabajaban toda la tierra en beneficio del Soberano al que daban por tributo la mejor porción de las cosechas. Y de la tierra que labraban podían ser arrojados, al capricho del Monarca y del Cacique. No sólo la posesión de la tierra era entre ellos precaria; la vida misma y la honra estaban a merced de un militarismo brutal, totalmente decaído en la pederastia y el canibalismo más descarados. Al establecer los tributos, Cortés, que siempre cuidaba de contentar a los indios, tuvo buen cuidado de que no excediese

la tasa de lo que anteriormente se pagaba a Moctezuma. El servicio personal, que era también costumbre nativa, se reglamentó fijándose horas de trabajo, y aunque éstas hayan sido de sol a sol, debe recordar el lector que asimismo se trabajaba entonces, en el campo, en toda Europa. La contribución personal de Cortés al nuevo orden de cosas fué la ordenanza que *mandaba dedicar una hora para la educación religiosa del indio.* Y ya se entiende que con la educación religiosa iba por entonces todo el caudal de conocimientos teóricos y prácticos de que se disponía en la época. En la enseñanza religiosa se comprendía, por ejemplo, la educación artística, puesto que se hacía cantar a los indios por la mañana el Alabado antes del trabajo. Después de concluído éste, por la tarde se dedicaba tiempo a la enseñanza de la doctrina, habiéndose extendido más tarde el programa, en las misiones y en las ciudades, hasta comprender la enseñanza de los oficios manuales que levantaron la condición del indio, lo incorporaron a la civilización europea.

También es necesario recordar que en muchos casos los repartimientos de indios se concedieron a señores nativos y no sólo a los españoles. Casi todos los principales de Tlaxcala fueron premiados de esta suerte estableciéndoseles en diferentes comarcas del país. Los beneficios concedidos a descendientes de Moctezuma fueron tan grandes que algunos de ellos pudieron entrar a la nobleza, estableciéndose como Grandes de España en Madrid. Igual cosa se hizo en el Perú con los descendientes del Inca.

Donde el abuso fué despiadado fué en el trabajo de las minas. El servicio o mita, duró hasta que lo suprimieron los mismos españoles en las Cortes de Cádiz, o sea cincuenta años antes de que los anglosajones suprimiesen la esclavitud de los negros en el Sur de Estados Unidos.

A la vez que de la organización social, se ocupaba Cortés, de que en las encomiendas sembrasen vides. De haberse continuado esta política agraria, nuestro país se habría visto libre de la plaga del alcoholismo que deriva del mezcal y el pulque. Una bebida sana, civilizadora, como el vino de uva, sería hoy tan abundante entre nosotros como en el sur de Europa. Para fijar a los colonos en el territorio se obligó a los encomende-

ros a traer de España sus mujeres o a casarse en el país, lo que produjo población nativa de raza europea.

Para mantener las comunicaciones, Cortés atendió al establecimiento de un servicio de mesones de Veracruz a México. Y el gran hombre, comenta Alamán, que "había concebido y ejecutado el plan grandioso de la conquista de México, se ocupó con diligencia en mirar que los cerdos y las gallinas no molestasen a los caballos en las caballerizas de las posadas y que las pesebreras fuesen limpias y espaciosas". Con razón Prescott admite que por grande que sea el brillo de las hazañas militares de Cortés, él no basta a dar idea completa de su espíritu ilustrado y de la capacidad y facilidad de su ingenio.

Cerdos, gallinas, ganado vacuno, todo hubo que traer de España y todo lo previó, lo dirigió Cortés con una mesura, una prudencia que ya quisiera tanto mandón iletrado como después hemos padecido. Pues con razón observa Alamán que nunca Cortés ordenó "de sí", ni por "la autoridad de que estoy investido", a lo militar, sino que en todos sus bandos y ordenanzas advierte que obra por él y por "los muy nobles señores justicias e regidores de esta ciudad de Tenochtitlán". Con lo que daba ejemplo de respeto a la autoridad civil.

Todavía más; en ordenanza de 1525 se fijaron la forma y facultades de los cuerpos municipales. "En ellas, dice Alamán, se advierte espíritu de orden y previsión; cuidado de la hermosura, aseo y comodidad de las poblaciones; preocupación y recomendación de trato decoroso de los subordinados". En la repoblación de la capital se contó con los indios que habían sido fieles, dándoseles repartos considerables.

Mc Nutt, traductor inglés de las cartas de Cortés, opina: "Era Cortés un hombre de sincera piedad, hecho de la madera de los mártires, y su convicción de que llevaba adelante una cruzada piadosa no le abandonó nunca... No pueden ponerse en duda ni la sinceridad de su convicción religiosa ni su valor marcial. Era ajeno a toda hipocresía, que es vicio de cobardes, y las razones con que justifica sus actos de crueldad pueden ser deploradas por los hombres de sentimiento humanitario, pero su honestidad para referirlo él mismo todo, es incontestable. Si la in-

fluencia de su fe sobre su moralidad privada hubiese sido proporcionada a su fuerza, Cortés merecería la canonización".

Un contemporáneo suyo, el franciscano Motolinia, protector de los indios, dice de Cortés: "Aunque como hombre era un pecador, sin embargo, demostraba la fe y las obras del buen cristiano y empleó su vida y sus medios en acrecentar dicha fe en Cristo y para morir por la conversión de los gentiles. Se confesaba con muchas lágrimas, comulgaba con gran devoción y ponía sus medios y su espíritu en manos de sus confesores. Consumó grandes restituciones y proveyó donativos. Dios le impuso grandes aflicciones, enfermedades para purgar sus pecados y limpiar su alma. Creo que es hijo de la salvación y que tendrá mejor corona que muchos que tratan de desprestigiarlo".

Y Mendieta, en su Historia Eclesiástica juzga, con razón, que fué Cortés, "el instrumento divino, elegido para implantar el cristianismo en el Nuevo Mundo".

Inició Cortés la destrucción de los ídolos. Y sobre este procedimiento se han derramado muchas lágrimas de eruditos fariseos. Si la destrucción de los ídolos hubiese sido tan sostenida como se afirma, no estarían los museos llenos de ellos. De mí sé decir que aún revive en mi ánima, el sagrado impulso que se propuso acabar con toda aquella mitología grotesca y cruel, para erigir sobre ruinas que ya no se levantan, una cultura nueva, vigorosa y limpia, progresiva y cristiana.

CORTES RECIBE A LOS MISIONEROS

Por indicaciones de Cortés a Carlos V, que nunca hizo cosa mejor que seguirlas, se enviaron de España Misioneros, con preferencia de los clérigos. La gran obra civilizadora de las misiones, la adivinó mejor que nadie Cortés.

El primer grupo de misioneros, encabezado por Fray Martín de Valencia, desembarcó en Veracruz el trece de mayo de 1524. Lo componían el ya nombrado y los religiosos Francisco de Soto, Martín de la Coruña, Juan Juárez, Antonio de Ciudad Rodrigo, Toribio de Benavente, García de Cisneros, Luis de Fuensalida, Juan de Palos, Juan de Ribas, Francisco Jiménez y Andrés Cór-

doba, habiéndoseles adelantado Juan de Alora, Juan de Tecto y Pedro de Gante, varón este último de alto linaje y que fundó la primera Escuela de Artes y Oficios de América. Ya habían hecho obra admirable en Santo Domingo religiosos como Fray Antón de Montesinos, inspirador de Las Casas. En la isla de Cuba había una misión presidida por Fray Bernardo de Santo Domingo, pero la gran tarea constructora estaba por hacerse en el Continente.

Fray Bartolomé de Olmedo, el Consejero de Cortés, había fundado el primer hospital de México, curando personalmente a los heridos, pero los misioneros venían a dedicarse a los indios y a compartir sus pobrezas, sus dolores y a enderezarse contra el militar, cada vez que así era necesario, para la defensa de la justicia. Apenas supo Cortés que el grupo ilustre había llegado a Veracruz, mandó que por donde viniesen los frailes se les barriesen los caminos y donde posasen se les hiciesen ranchos, si era en el campo. Y que cuando llegasen a pueblos o ciudades, que los saliesen a recibir y les repicasen las campanas que ya en aquella sazón había en muchos pueblos; y que los naturales "llevasen candelas de cera encendidas y por que los indios lo viesen y tomasen ejemplo, mandó que los españoles se hincasen de rodillas a besarles las manos y hábitos; y al camino les envió Cortés mucho refresco y los recibió muy amorosamente". Y viniendo por su camino ya que llegaban cerca de México, el mismo Cortés, seguido de valerosos soldados, salió a recibirlos, acompañado de Cuauhtémoc, el Señor de México, con todos los más principales mexicanos que había y otros caciques de otras ciudades. Y al verlos llegar, Cortés se apeó del caballo y fué el primero que trató de besarle las manos y se arrodilló ante Fray Martín de Valencia; y como no lo consintiera Valencia, le besó los hábitos y así lo hicieron todos incluso Cuauhtémoc y los señores de México. Y a Cuauhtémoc llamó mucho la atención, dice la crónica que Cortés, a quien tenían por Dios casi, se arrodillase ante frailes descalzos y flacos con los hábitos rotos. "Y más aún que, cuando Cortés con esos religiosos hablaba, tenía siempre quitada la gorra y en todo les tenía gran acato".

No es probable que Cuauhtémoc pudiera salir de su con-

fusión. No tenían ni él ni sus principales la capacidad, la fineza espiritual necesaria para desentrañar el significado de aquella misión y el acato que se le mostraba. El reconocimiento del espíritu sobre los simples poderes de la fuerza no podía tener sentido para los seguidores de la religión de Huichilobos. Hacía ya mucho tiempo que los indios en general, habían perdido hasta el recuerdo de aquel Quetzacoatl que fué precursor de una época en que mandaría sobre nuestro territorio, ya no la serpiente del águila, ya no el hacha de los sacrificios, sino la ley de la moral que amparara al débil, la fe en un destino espiritual superior a las eventualidades de la violencia y la fortuna.

LOS MISIONEROS

En su primer discurso a los indios, Fray Martín de Valencia, el jefe de la primera misión, dijo: "Nos manda Dios desde tierras lejanas, no a buscar oro ni plata, ni bienes temporales, sino vuestra salvación. Por lo tanto, conviene que pongáis a vuestros hijos en nuestras manos. Ellos, como niños, entenderán fácilmente la doctrina que nosotros predicamos. En seguida ellos nos ayudarán a enseñaros a vosotros".

Era Valencia un asceta humilde que usaba cilicio y se propinaba azotes por sus pecados. A los cincuenta años llegó a México y durante diez laboró incansablemente. Su celo era tan grande que se proponía pasar a China, después de evangelizar a México. La predicación, la bondad y el ejemplo de la virtud, fueron sus armas.

Para ganarse a los indios a las ceremonias del culto, Fray Pedro de Gante observó que acostumbraban bailar y cantar ante sus ídolos antes de los sacrificios; en tal virtud, compuso cantos solemnes acerca de la ley de Dios y sobre cómo Dios se hizo hombre para salvar a la humanidad, y sobre la Virgen María. Al mismo tiempo, ideó los dibujos, los trajes de las distintas ceremonias, según fuesen alegres o luctuosas. De esta labor procede todo lo que hay aún de artístico en las distintas regiones indígenas de México. Cuando llegó la primera Navidad, Gante hizo venir indios de toda la comarca y en un patio que se llenó a re-

ventar, se cantó el himno "Ha Nacido el Redentor". (Códice franciscano.)

Toribio de Benavente, por su amor a la pobreza, fué apellidado Motolinia, el harapiento, en nombre indígena. Además de sus labores de proselitismo, escribió una Historia de los Indios de Nueva España, en la cual se recogen los ritos de la antigua religión, los detalles de la obra de conversación y noticia de las artes y usos de los indios. Escribió también una obra sobre el calendario azteca, iniciando de esta suerte la labor erudita que tantos otros misioneros consumaron y que es todavía la base de todo cuanto se escribe sobre las civilizaciones aborígenes. Gracias a la cultura de estos frailes los temas burdos de la ideología local fueron traducidos, elevados a la categoría del alfabeto y de la historia. Sin el empeño de los misioneros, todo se hubiera perdido o habría seguido como estuvo durante milenios, entregado a la confusión, la incoherencia de las tradiciones orales y las representaciones jeroglíficas. Para llevar adelante sus tareas tuvieron necesidad los misioneros de aprender los dialectos indígenas. Toda esta faena de rehabilitación sistemática, emprendida de un extremo a otro del Continente, de México al Perú, no impidió que se inventara la calumnia de la barbarie de los españoles que *destruyeron los vestigios de las civilizaciones indígenas.*

Basada en las denuncias bien intencionadas, pero exageradas y peor usadas del padre Las Casas, nació la llamada leyenda negra: un conjunto de versiones falsas sobre el coloniaje español, propagadas por los ingleses a principios del siglo diecinueve, cuando se propusieron suplantar a España en el Nuevo Mundo y engrosadas después por la propaganda protestante de Norteamérica, que ambicionaba reemplazar el catolicismo con el metodismo. La leyenda negra está hoy completamente desacreditada. Y fué una vergüenza que hallase eco entre mexicanos descendientes de españoles, por la cultura, cuando no por la sangre.

F. Bernardino de Sahagún, otro misionero, dedicó sesenta años a la educación de los indios aprendiendo sus dialectos y su historia. Cumbre de sus tareas es el Diccionario de la Lengua

Mexicana que compuso así como su Historia General de la Nueva España.

Toda la obra cultural de los misioneros se fundó en la persuasión. Nunca se empleó la fuerza para convertir gentiles. Y si los misioneros y los clérigos, en muchos casos, destruyeron templos e ídolos, hicieron bien, pues ello hacía falta para limpiar el ambiente de maleficios y porque es natural que los símbolos de una cultura superior prevalezcan sobre la inferior. El mismo Cortés que tenía la obsesión de que se consumase la conversión de los indios, nunca empleó la fuerza para lograrla. Se limitó a publicar ordenanzas que obligaban a comenzar el trabajo de españoles e indios con rezos y cánticos como el Ave María y el Salve Regina. Quien no cumplía con esto, indio o español, era multado. También dictó Cortés ordenanzas que castigaban la blasfemia, e hizo muy bien. Ella es el peor de todos los vicios del alma. Y la más sucia prueba de la degeneración de un pueblo.

En seguimiento de los franciscanos de la primera misión, vinieron al año siguiente los dominicos a establecerse a México en 1526. Después de ellos, los agustinos (1533). Comenzaron estas Ordenes la construcción de monasterios que eran, a un tiempo, talleres y escuelas. Se ocupaban los monjes de predicar y hacer confesiones y bautizos, y enseñaban a leer y escribir. En los colegios de las ciudades pronto se empezó también a enseñar el latín y la música. Pero la fuerza de aquella enseñanza estaba en la virtud de los maestros. Nadie los ha elogiado mejor que Mendieta, cuando dice en su Historia que "compensaban con el milagro de sus vidas útiles y santas, el poder de hacer milagros, que fué reservado a los primitivos apóstoles". El secreto de su penetración en el alma indígena nos lo da su sistema de vida, pobre y laboriosa y mezclada con la del indio, cuyo ruin alimento compartían, y sus chozas y sus penalidades. Y fué por esta vocación de humildad, por lo que, mejor que las otras Ordenes, los franciscanos se ganaron el afecto de las gentes.

Más tarde, en 1572, llegaron los jesuítas estableciéndose primero en la capital, donde fundaron un Colegio y después otro en Michoacán y otro más en Oaxaca. El propósito principal de estos colegios fué la preparación de sacerdotes indígenas que al

tomar las órdenes, entraban a la labor de educación de su raza, en pie de igualdad con los españoles.

En 1585 llegaron los Carmelitas, estableciéndose en la Ermita San Sebastián. Según avanzaba por el país la fundación de los monasterios, crecía también el número de los colegios. La primera escuela para preparar maestros, lo que hoy se llamaría Escuela Normal, se fundó en 1536, en Santiago de Tlaltelolco. En esta escuela enseñó fray Bernardino de Sahagún. En 1535 el Arzobispo Zumárraga creó una Escuela de Artes y Oficios para indígenas. En 1529 se fundó una escuela para mujeres, en Texcoco, dirigida por los franciscanos. Para esta escuela trajo Zumárraga maestros españoles. Más tarde se abandonó el sistema de traer maestros, porque resultaba más eficaz la enseñanza a cargo de los frailes que no tenían familia a que atender y sí sólo a la enseñanza. En 1558 se fundó el Colegio de Nuestra Señora de la Caridad, para niñas mestizas (Cuevas, Hist. de la Iglesia). Pronto se abandonó el sistema de educar aparte a las castas, y en el mismo colegio se enseñaba a los hijos de criollos, indios y españoles. En 1543, hubo la primera escuela para indios mestizos en Michoacán, donde también se estableció el Colegio Superior de San Nicolás. En 25 de enero de 1551, como coronamiento de la más gloriosa obra educativa que jamás haya hecho poder colonial alguno, se inauguraban dos Universidades, una en Lima y la otra en México.

Constantemente, según avanzaban los establecimientos de la ocupación militar y a veces precediéndolos, adelantaba también la misión evangelizadora, civilizadora. A fines del siglo diecisiete, se hallaba cubierto el Nuevo Mundo de establecimientos educativos, desde la Alta California hasta el Paraguay, de los jesuítas. En las regiones deshabitadas del Norte, la cadena de las misiones, desde Culiacán hasta California y desde San Luis Potosí hasta Texas, marca el avance de la cultura. Pues la misión no sólo llevaba la letra, es decir, la enseñanza teórica, sino la práctica útil. En la misión aprendieron los indios a cultivar la tierra y los oficios civilizados. La misión dejó en California los dos productos básicos de la cultura, el olivar y la vid, el aceite y el vino. Y como, desde el principio, la obra misionera admitió

a gentes de todas las razas, italianos, franceses, holandeses, irlandeses y mexicanos, se puede afirmar que, gracias a que fué nuestro país el centro de tan esplendoroso movimiento, existen nombres mexicanos entre los civilizadores de Nuevo México, Arizona, Texas y las Californias. En aquel tiempo, por estar incorporados a la cultura española, íbamos al norte, de maestros; muy ajenos de que vendría una época dolorosa como la presente, en que nuestra sangre es paria en los mismos territorios que ayudó a ganar para la civilización.

EL TORMENTO DE CUAUHTEMOC

Con el reparto del botín, después del triunfo, vino la desilusión. Cada soldado había soñado riquezas sin cuento. Corría la leyenda de que el tesoro de Moctezuma había sido echado al agua; más tarde se empezó a murmurar que Cuauhtémoc lo tenía oculto. Del mismo Cortés se empezó a decir que no tomaba medidas para descubrirlo porque se lo reservaba para sí. Cortés se vió acosado. En su misma casa de Coyoacán aparecían los pasquines:

"Tristis est anima mea
Hasta que la parte vea".

La codicia movió al crimen. Cuauhtémoc y su primo, el señor de Tacuba, padecieron el tormento, sufrieron quemaduras en los pies con aceite hirviendo. Mantúvose Cuauhtémoc, según su costumbre, impasible. El señor de Tacuba a su lado se quejó. Y surgió la frase que se ha hecho un símbolo: "¿Estoy yo acaso en un lecho de rosas?"

El criterio de la Historia revisa periódicamente estas frases que se convierten en fundamento ético de toda una nación. Aparentemente, el dicho de Cuauhtémoc es heroico, impecable. Así estamos habituados, por lo menos, a considerarlo. Se necesitó que yo leyese un comentario extranjero para que empezase a darme cuenta de ciertas consecuencias. Aludiendo al dicho de Cortés, un autor alemán escribe: "la frase cruel del mexicano". ¡Cómo!, pensarán los nuestros, pensé yo mismo. ¿Pues qué no es dicha

frase un modelo de impasibilidad casi sublime? Reflexiónese y se verá que tiene razón el alemán. La frase es cruel, porque supone un reproche a un amigo que sufre; equivale a decir: "Mira cómo soy yo valiente y tú un cobarde". Ni en el tormento perdonó, pues, Cuauhtémoc, la oportunidad de humillar a su amigo. Esta arrogancia no es humana, no es cristiana, supone, en efecto, crueldad y, aparte de ello, vanagloria pueril. Pues lo natural es que hubiese dicho: "Siento tu pena, hermano". Imagínese a Cortés en el potro del tormento, y ¿qué es lo que hubiera dicho? Seguramente exclama con gallardía: "No lo siento tanto por mí como por vos". Esto es lo gentil y lo grande, dolerse del mal ajeno. Aprovecharle para lucirse, es crueldad.

Por su parte, Cortés expresó "haberle pesado mucho que a señor como Cuauhtémoc, Rey de tal tierra que es tres veces más que Castilla, le atormentasen por codicia de oro".

De España pedían dinero pero no mandaban armas ni provisiones. Lo que daba la ciudad no era bastante para satisfacer la ambición de los recién llegados, ni siquiera para sostener a los antiguos habitantes.

Buscando en los registros de Moctezuma los sitios de donde le mandaban oro, Cortés, con ojo certero, comenzó a organizar los trabajos de las minas, comprendiendo que allí estaba el filón del futuro. Ninguna de las grandes orientaciones del país nuevo escapó a la visión cortesiana.

Ni siquiera el aspecto general de la tierra que vió tenía similitud con España, así en la fertilidad como en "la grandeza y fríos que en ella hace"; por eso la nombró Nueva España. Posteriormente, la geografía habría de confirmar tan acertada impresión, pues una gran meseta es México, rodeada casi del todo por mares, lo mismo que la Península Ibérica.

Por último, para tomar posesión de toda la tierra, para acabar de darle objetivo a la energía de la conquista, Cortés se dedicó a las expediciones, que son quizás la parte más importante, increíble y gloriosa de toda su obra.

LAS EXPEDICIONES DE CORTES

En la mar del sur tenía ya Cortés el puerto de Zacatula. Sus expedicionarios le enviaban nuevas de Oaxaca y de Tehuantepec y Coatzacoalcos. Estando todavía en su palacio de Coyoacán, recibió aviso de que cerca del pueblo de Tehuantepec había llegado un navío de la armada de Loaysa, el galeón Santiago, que se extravió después de pasar el estrecho de Magallanes y tomó rumbo al Norte, buscando las tierras de Hernán Cortés. "Después de caminar casi dos meses, refiere Pereyra en su obra "Descubrimiento y Exploración del Nuevo Mundo", el 25 de julio de 1526 avistaron el cabo del Golfo de Tehuantepec. El clérigo Juan de Areizaga ofrecióse a desembarcar, y como no había batel, lo hizo arrojándose en una caja, con la esperanza de que las olas lo arrastrarían hasta la costa. Estaba el clérigo a punto de ahogarse, por haberse volcado la caja, cuando algunos indios tehuanos, desafiando la marejada, le sacaron medio muerto. Conducido al pueblo, Areizaga vió, lleno de sorpresa y con lágrimas en los ojos, una cruz que estaba allí plantada, a la vez que el cacique pronunciaba "Santa María". Esta cruz había sido levantada nueve años antes por los expedicionarios de Cortés. Y tal fué el primer contacto entre los exploradores del Oceano Pacífico y los conquistadores de México". Este contacto incitó las ambiciones de Cortés que, según observa acertadamente Pereyra, era un creador de Imperios, uno que merecía más el cargo de Emperador que aquel pobre Carlos Quinto a quien entregaba provincias. "El representante de la raza española, añade Pereyra, no era el flamenco Carlos V, sino el extremeño Hernán Cortés". Y desgraciadamente, añadimos nosotros, en aquel contraste estaba ya el mal que minaría a todo el imperio español, gobernado por la dinastía extranjera. Desde entonces la monarquía comenzó a ser lastre del empuje hispánico.

Preocupado Cortés, sobre todo, de la zona del Pacífico, no descuidaba las operaciones de Garay en el Pánuco. Era Francisco de Garay un estanciero antillano que obtuvo concesión de las tierras descubiertas por Grijalba, pero no llegó a prosperar: los indios le acabaron sus colonos. Cortés recogió la tarea po-

niéndose de acuerdo con Garay que, en seguida, murió en México. "No sólo le preocupaba aquella provincia, dice Pereyra (Hist. de la América Española, Tomo 3, México), sino que pretendía llevar su influencia al río de las Palmas, o río Bravo, en la costa del Norte, y hacia la Florida"

Por el Sur no sólo mandó expedicionarios, sino que tomó personalmente el mando de la punitiva que fué a las Hibueras en seguimiento de Olid, que se le insurreccionara. Al mismo tiempo, a Pedro de Alvarado lo había enviado a Guatemala para que se juntara con la expedición de Olid, *"si estrecho no los parte"* decía, pues su ilusión era encontrar un paso para el Pacífico o mar del sur.

En el ejército de Cortés, caminaba como prisionero de guerra, Cuauhtémoc. Las privaciones, los ataques de los indios comarcanos, el delirio de la fatiga y el clima, traían a todos en grave riesgo, aumentado con los rumores de una conjura de sublevación de los aliados nativos. Para quitar a éstos la ocasión de tomar como jefe a Cuauhtémoc, el ex monarca azteca fué ahorcado. El sacrificio de Cuauhtémoc es la mancha mayor sobre la fama de Hernán Cortés. Y no tiene otra excusa que el miedo. Unicamente el miedo lleva, lo mismo al guerrero que al criminal común, a la triste condición de homicida.

La expedición de Cortés a las Hibueras, fué un fracaso. Halló a Olid muerto, y, por lo pronto, no recogió fruto alguno. Mientras él se hallaba en el sur, Francisco de Montejo, el capitán que Cortés había enviado a España con las primeras noticias de la captura de Ulúa, entraba a Yucatán como Adelantado y fracasaba en su intento de conquistar esa provincia. Más tarde su hijo consumó la empresa, fundando a Mérida.

A su regreso de las Hibueras, Cortés recibió noticias de los puertos que había en el mar del sur, por la provincia de Colima y muchas leguas tierra adentro. Mandó una nueva expedición en busca de un gran río que se decía por allí estaba. Pronto, sin embargo, sus empeños y su labor se vieron interrumpidos por las intrigas de sus enemigos. Fué Cortés sometido a juicio de residencia y quedó fuera del gobierno, perseguido. Aun así, continuó dedicado a sus empresas de descubrimiento.

De vuelta ya de España, donde fué recibido con grandes honores y hecho Marqués y repuesto en el cargo de Capitán General, Cortés dedicó su esfuerzo a las expediciones por la costa del Pacífico. A partir de Tehuantepec mandó un par de navíos en busca de la armada de Magallanes, y conforme a órdenes que le enviaran de España. Pero como no bastasen los astilleros y las condiciones de Tehuantepec, en Acapulco construyó otros dos navíos. Más tarde, internándose por las tierras que andaba conquistando Nuño de Guzmán, estuvo en Colima y Compostela.

De Compostela pasó a Culiacán, reclutando gente para seguir adelante. Quejándose de las actividades de Cortés que, en cierto modo, invadían su jurisdicción, Nuño de Guzmán, gobernador de aquellas provincias, dice en carta a S. M., de junio de 1535: "Embarcóse en las cercanías de Culiacán el 18 de abril; llevaba ciento y trece peones y cuarenta de a caballo, dejó sesenta de a caballo para otro viaje, los cuales no sé yo cómo se puedan sufrir, aunque más destruyan la tierra, porque al mismo tiempo que me escribieron, que fué a 25 de mayo, no sabían cosa del Marqués. Va la gente descontenta a lo que me dicen y del todo mal proveídos; pluga a Dios que acierte, que no sé cómo ni a qué se va"...

Siempre anduvo el genio que fué Cortés, acompañado de descontentos que no sabían a dónde iban. Amigos fieles, sin embargo, no le faltaron en todas sus empresas y de ellos y del gran capitán es la gloria. En este viaje descubrió Cortés a la Baja California donde fundó a La Paz. Durante muchos años, el Golfo que separa del Continente la península, se llamó en elemental justicia, Mar de Cortés. Posteriormente la fobia antiespañola que nos ha impuesto la influencia extranjera, borró de los mapas el nombre del Conquistador para dejarle el muy insignificante de "Golfo de California". De seguir como van las cosas, se llamará a este mar el día de mañana con el nombre del senador yankee que consume la anexión de Baja California a Estados Unidos; si no es que los nuevos conquistadores, más justicieros que nosotros, restituyen el nombre de "Mar de Cortés" en homenaje al que ellos miran como su precursor y maestro en achaques de imperialismo constructivo y perdurable.

En 1539 dejó pendiente Cortés sus descubrimientos, no por fatiga ni por deseo de comodidad, sino por considerar que violaba sus propios derechos la concesión otorgada a Coronado para descubrir las Siete Ciudades. Con el propósito de presentar sus quejas, se dirigió otra vez a España. Siguiendo al Emperador estuvo en la derrota de Argel. Humillado Carlos Quinto de tener que correr delante del Conquistador de América, le tomó mala voluntad; lo echó en olvido. Un día, queriendo forzar una audiencia que se le negaba, Cortés, ya viejo, se subió al estribo del coche del Emperador. "¿Quién sois?" preguntó el Monarca, y Cortés respondió: "Soy un hombre que os ha ganado más provincias que ciudades os legaron vuestros padres y abuelos".

Como mexicano, yo he de decir que Cortés, el más grande de los militares que ha habido en mi patria y uno de los primeros Capitanes de la Historia, gobernó en México sin ejecutar esos actos de tiranía que después han sido la regla entre pretorianos, derrotados en la guerra exterior pero feroces en el mando interno. Nunca mandó Cortés ajusticiar a un enemigo político; nunca dispuso de por sí, con la grosera autoridad que se funda sólo en la fuerza; siempre guardó respetos al poder civil. Y la mayor parte de la fortuna que acumuló, empleóla en nuevas empresas para el engrandecimiento de México. Sus capitales no fueron a dar al extranjero. A su muerte dejó, en nuestro territorio, fundaciones de caridad que aun hoy producen beneficios.

Por lo mismo, resulta cómico observar por todo el país, monumentos marciales en honor de generales y caudillos que jamás conocieron la victoria contra el exterior y, en cambio, el primer Capitán de América no tiene un solo monumento que lo recuerde. Sus mismos restos que, por voluntad suya, fueron traídos al país, han tenido que ser ocultados no pocas ocasiones, según bien expresa Alamán, "para salvar al país de la deshonra de que sean profanados", ¿por los agentes del imperialismo anglosajón disfrazados inconscientemente de patriotas indianistas? ¡Como si los indios con Moctezuma y aun con Cuauhtémoc y los demás reyes a la cabeza, no hubiesen sido los primeros en reconocer a Cortés las virtudes del hombre grande, la magnanimidad del guerrero victorioso en una causa indiscutiblemente egregia!

Para dar idea in extenso de la obra de Cortés, compárese el mapa del Imperio de Moctezuma débilmente ligado de Anáhuac a Veracruz y de Veracruz a Oaxaca y por el Norte hasta Pánuco; compárese el mapa actual de la república después de la conquista yankee y sin restar el territorio que Juárez quiso obsequiar; compárense estos dos cuadros, el del México precortesiano y el del México actual, con el mapa de México tal como lo dejó Cortés: la Nueva España extendida desde más allá de California hasta Guatemala y Honduras y por el noreste con exceso hacia la Luisiana y la Florida, y se tendrá de bulto la obra del Conquistador. Comparen esos mapas los niños de las escuelas que todavía no están contaminados de la propaganda desleal y, clamen en coro la verdad, que es Cortés el auténtico fundador de la nacionalidad mexicana. Antes de Cortés había tribus en pugna homicida; después de Cortés y la Colonia, vemos despojos de la antigua grandeza. Y conciencias pequeñas que parecen incapaces de dolerse siquiera de la ocasión mundial que ha estado pereciendo en nuestras manos.

LOS CABALLOS DE LA CONQUISTA

Fueron originariamente quince, once caballos y cuatro yeguas. Bernal Díaz los describe con amor; el de Cortés era castaño zaíno; Alvarado traía una yegua alazana; Cristóbal de Olid un caballo castaño oscuro. Pronto perecieron uno tras de otro y no hubiera quedado raza si la expedición de Narváez no la refuerza con noventa brutos. Entre todos los bienes materiales de la conquista, ninguno es mayor que el de haber dotado al Nuevo Mundo con el más noble, el más bello, el mejor de los animales, el que por excelencia ha simbolizado la civilización. Pues con el caballo no sólo duplicó su fuerza el guerrero, también la industria afianzó el uso de la rueda que impele al carro. El hombre no desata sus pisadas del suelo, no se siente dueño de la tierra, mientras el caballo no le da la primera ilusión del ala. Donde no ha habido caballos, la civilización se queda estancada. Si los indios hubiesen tenido caballos, no hubiese habido conquista, pero también no hubiese sido menester la conquista, porque la cul-

tura se habría abierto paso sola, entre los indios. Dondequiera que el espíritu ha triunfado sobre la materia, el caballo ha estado al lado del hombre como un aliado, el más noble de todos los del reino animal. El caballo ha enseñado al hombre el valor de la fuerza sin la crueldad; el caballo es valiente y no sabe lo que es ser feroz. Superior en destreza al instinto del tigre, el caballo sabe de victorias que sólo dejan complacencia en el corazón.

Del caballo aprendieron los griegos el secreto de la fuerza que se desenvuelve con gracia. Cuando en las cruzadas, el hombre de guerra decidió poner la fuerza al servicio del espíritu, no halló mejor aliado que las caballerías, y de su ímpetu y su nobleza derivó una doctrina nueva del valor. Las sierras y los valles del Nuevo Mundo padecían de soledad, hasta que el tropel heroico de las manadas despertó de su sueño los siglos. Por todo donde llegó la conquista de los españoles, por Nuevo México y California, por los Andes y el país Arauco, los caballos se propagaron. Y eran de buena casta; como sus primitivos jinetes. Eran en su mayoría caballos andaluces briosos y de fina estampa, descendientes de caballos moros y de los caballos fenicios, aclimatados en la Península. Las expediciones más infortunadas resultaron fecundas, porque tras ellas quedó en comarcas remotas del Continente, el regalo de una pareja de caballos perdidos. La expedición de Vázquez de Coronado al Cibolo, por lo que hoy es Nuevo México, soltó las crías que, adaptándose a las tierras desiertas, fueron el origen de los mostrencos que montaría el comanche. La incursión desventurada de Hernando de Soto por el Missouri y por Kansas, sin proponérselo engendró la ufanía de los tropeles salvajes del Occidente americano. Y todo el territorio de la Nueva España se hizo tierra noble desde que el caballo suelto, sin marca ni dueño improvisó el tumulto de las praderas y fué sorpresa grata de las quebradas, sosiego y alegría del horizonte distante. El gobierno de la Colonia, que a todo atendía, soltó desde fines del siglo diecisiete, parejas de caballos por distintos rumbos del territorio despoblado. De esta previsión generosa procede nuestra riqueza caballar. Merced al caballo, la América española se incorporó a los sistemas del trabajo y de la

guerra de Europa. El caballo ennobleció nuestros hábitos, influyó en el traje y la danza, el galanteo y el trato y la "caballerosidad". Del caballo andaluz proceden el charro, que así se llaman los jinetes en Extremadura y en México, y el guaso de Chile y el gaucho de la Argentina. Una escuela más reciente de caballería es la del cowboy de Texas y California, cuyos rodeos anuales son fiesta del turismo anglosajón. Gracias a las suertes del lazo y del coleo, han solido hacerse de nombre los mexicanos en cosos y circos de Europa. El caballo se hizo nativo en la Nueva España y creó escuelas hípicas nobles en diversas zonas del Continente. Con sólo haber introducido el caballo, ya merecería parabienes la conquista. Pero hizo más: nos trajo también un amigo humilde y todavía más útil, nos trajo el burro.

EL BURRO LIBERTO AL INDIO

En lugar de tantas estatuas de generales que no han sabido pelear contra el extranjero, en vez de tanto busto de político que ha comprometido los intereses patrios, debería haber en alguna de nuestras plazas y en el sitio más dulce de nuestros parques, el monumento al primer borrico de los que trajo la conquista. Ello sería una manera de reinvindicar las fuerzas que han levantado al indio, en vez de los que sólo le aconsejan odio y lo explotan. Enseñaríamos de esta suerte al indio a honrar lo que transformó el ambiente miserable que en nuestra patria prevalecía antes de la conquista. Lea cualquiera las crónicas de la conquista; era costumbre, reconocen todos los cronistas, que cada pueblo, cada parcialidad, cada cacique, dispusiese de uno o varios centenares de tamemes, es decir, indios destinados al oficio de bestias de carga; esclavos que sustituían al burro. Y todavía en territorios a donde no penetró la conquista, como en ciertos sitios del interior de Chiapas, subsisten los tamemes, el transporte se hace a hombros de indios. Si en vez de tanto discurso de agitadores sin conciencia, algún buen alcalde les hubiese llevado en pleno siglo veinte, lo que los españoles repartían por el Continente desde el siglo dieciséis, caballos y borricos, ya se habrían acabado todos los tamemes. El burrito africano, el asno espa-

ñol, llegaron a estas tierras a ofrecer su lomo paciente para alivio de los tamemes indios. Ni siquiera la casta le hemos conservado; nuestro descuido lo deja desmerecer, o el aire mismo de estas tierras envejecidas han hecho del burro americano, un desmedrado vástago del burro peninsular o del burro que montan en Egipto los viajeros, que da la impresión del caballo por el trote rápido y suave, pero así y todo, ¿qué sería hoy de los indios, sin sus burritos?

EL MEXICO PRECORTESIANO

¿Qué era México antes de la venida de los españoles? ¿Cómo es el país que ganó para la civilización el esfuerzo de los castellanos?

En la prosa expresiva de Bernal Díaz del Castillo van hallando detallada respuesta, todas estas preguntas obsesionantes para el curioso. En las crónicas de exploradores y conquistadores palpita la sorpresa por la inmensidad del país y su configuración extraña. No del todo extraña para los españoles, salvo en la costa. Pues el altiplano, en seguida lo advirtieron, ofrece estrecha semejanza con la meseta de Castilla. Pero los bosques, los inmensos ríos, el calor, la fertilidad de la tierra de las regiones bajas, no tenían paralelo en todo lo que conocían los europeos. Una ancha pirámide truncada es el país mexicano, que se prolonga indefinidamente por el Norte en extensos desiertos y se estrecha hacia el Sur, por la convergencia de las dos grandes serranías, la Sierra Madre Occidental y la Oriental. En la costa, la fertilidad de la tierra simula riquezas. Las simula nada mas porque el clima es tan insalubre que ni los naturales se aclimatan en él del todo. Promesa de prosperidad es toda tierra tropical si alguna vez se desarrollan los medios para vencer el calor como se ha vencido el frío, si se abarata la refrigeración, se eliminan mosquitos y sabandijas. Pero por entonces y aun ahora, nuestra zona tórrida es mal sitio para albergar gente. Constantemente hay que estar llevando a estas regiones población inmigrada; de otra suerte se despoblarían. Queda encima, en "la región más transparente del aire", una meseta extensísima que es, en sus dos tercias partes, un desierto, de Zacatecas a Coahuila y que sólo en cierto oasis, el Bajío, etc., es cultivable, aprovechable. Sin embargo, el agua es escasa, no abundan los ríos ni los hay verdaderamente caudalosos. Jamás en estas regio-

nes surgirán las grandes capitales que concentran la flor de una cultura, los Chicago, los Nueva York, los Buenos Aires. Se está demasiado lejos del mar para que la prosperidad llegue a ser importante. La región montañosa engaña con valles de fertilidad relativa, pero de extensión siempre limitada, como el de Oaxaca, como el de Puebla. Y el resto es inaccesible. Las enormes montañas son obstáculo a todo género de progreso. Por el Pacífico, la superficie de Sinaloa es aprovechable a causa de los ríos, pero el clima es cálido, malsano. En general, pues, y contra lo que comúnmente se ha escrito, la configuración del terreno y el clima se han opuesto a hacer de México un país poderoso. Agrícolamente el país es pobre.

La explotación en gran escala que de la plata hicieron los españoles y la sólida organización económica por ellos creada, nos dieron la ilusión de que México era rico. La Nueva España, en efecto, dió por mucho tiempo su moneda al mundo. El oro y la plata crearon para México una prosperidad no igualada en América en los siglos diecisiete y dieciocho. En aquella época de nuestra dominación sobre el Nuevo Mundo, el oro de México levantaba las fortalezas de Santo Domingo y de Puerto Rico y La Habana; el oro y la plata de México pagaban navíos de guerra que tenían a raya a la marina inglesa, siempre en acecho para una razzia, incapaz todavía de enfrentarse con el poder nuestro. ¡Y los Estados Unidos puede decirse que aún no existían! La superioridad, el poder de la riqueza, la cultura, fueron nuestros durante dos siglos en la América colonial. Todo este poderío nació del ingenio español y lo pagó la plata de las minas mexicanas. Fué en aquella época México el paso obligado del comercio internacional de la China y Filipinas por Acapulco y México, Veracruz y Cádiz. ¡Todo era español en el mundo de entonces!

No pudieron los indios ni sospechar semejante abundancia, porque no tuvieron la técnica necesaria para lograrla, y así la hubiesen inventado, no habrían tenido el mercado del mundo que sus navíos aseguraban a los españoles. Tuvieron que vivir los indios atenidos a los recursos agrícolas del país, que, como se ha visto, son escasos. Y si no desarrollaron la técnica, si no

lograron pasar de la edad de piedra, ello se debe también a que vivían en regiones pobres de combustible. No llegaron ni a la rueda porque tampoco tenían bestias de tiro. Era, pues, sin Europa, este Continente, un Continente condenado para la civilización. Y si se hubiese retardado la llegada de los europeos, más hubieran decaído los naturales, irremisiblemente sujetos a un ambiente escaso y a una tradición más pobre que la de todos los demás continentes, con excepción de Australia.

La tierra era pobre; ni los mismos españoles se dieron cuenta de esta verdad, porque les engañó la extensión y les sedujo el oro. Pero cualquiera que compare las frutas de España, los productos de cualquier zona española con lo que se da en el Nuevo Mundo, a excepción del trópico, tendrá que convenir en que todo decae, los frutos y los caracteres, con la replantación, y no por el replante, sino porque es menos privilegiado para el cultivo el Nuevo Mundo que el antiguo. Basta comparar el maíz, producto nativo de estas zonas, con el trigo que han creado las civilizaciones de Europa y de Africa y buena parte del Asia, para convencerse de que los elementos mismos de una gran cultura faltaron del todo a los indios. El territorio era extenso, los panoramas son de una grandiosidad que pasma, pero el fruto del trabajo humano es menos abundante en nuestros territorios que en los del Asia o Europa. Con sólo considerar la lista de lo que hubo de traer Cortés, animales de cría, ganado vacuno y lanar, gallinas, cerdos, asnos y caballos, trigos y vides, olivares, se tiene ya idea de lo que sería la pobreza alimenticia de un pueblo que por otro lado, dió al mundo un par de productos cuyo uso se ha hecho universal: el chocolate y la papa. En suma, mientras no se desarrolle el trópico mediante avances de la técnica, México seguirá siendo país pobre, pese a la literatura de más de un siglo de falsedades.

LA POBLACION

Lo que ya se ha citado en las crónicas de la conquista, basta para dar una idea de la condición en que se hallaban los aborígenes a la llegada de los españoles. Había un pueblo domi-

nante, el azteca, y numerosos tributarios, con algunos relativamente independientes como Tlaxcala y Michoacán. La supremacía de los aztecas era exclusivamente militar. La leyenda refiere que procedían del Norte, como tantas otras emigraciones. Y en nomadismo conquistador habían descendido hacia el actual Valle de México, estableciéndose en los alrededores de la Laguna. Allí se quedaron al consumarse el augurio que les servía de ruta: "al posarse del águila sobre el nopal devorando una serpiente". La fundación de Tenochtitlán, la capital azteca, data del año de 1325. Eran, pues, los aztecas, relativamente recién venidos. Antes de ellos habían dominado los chichimecas. Por una serie de alianzas y por obra de la guerra, el imperio se extendió hasta alcanzar, en poco más de dos siglos, los límites considerables que hallaron los españoles. La sucesión de los Reyes en el mando era hereditaria, pero interrumpida constantemente por usurpaciones acompañadas de asesinatos. Triunfaba siempre entre todos el cacique más fuerte. Uno de estos reyes así destronado fué Chimalpopoca. Itzcoatl le sucedió.

Al lado de los Reyes aztecas tenían su propio Rey los de Texcoco. El más ilustre de este linaje fué Netzahualcoyotl, hijo de Ixtlixóchitl.

Netzahualcoyotl ha sido idealizado por los historiadores que escribieron con posterioridad a la conquista. En antologías castellanas se lee un poema que se supone es traducción de un original azteca. Probablemente toda la pieza es invención de algún cronista. Lo que parece cierto es que fué relativamente ilustrado y progresista. Su obra principal aún perdura y ojalá hubiese sido imitada; la creación de un bosque de ahuehuetes (grandes cedros) en las cercanías de Texcoco. Llevó adelante, además, guerras victoriosas que le aseguraron la supremacía.

Figura interesante entre los aztecas es la de Moctezuma Ilhuicamina. Bajo Ilhuicamina y después bajo Axayacatl, los aztecas extendieron su dominación por Puebla, Veracruz, Oaxaca y Michoacán. Ilhuicamina quiere decir flechador del cielo. El reinado de Axayacatl termina en 1480. Vino después Ahuizotl y en seguida el segundo Moctezuma.

Dentro de la extensión dominada por los aztecas había, como ya se ha dicho, pueblos independientes y enemigos, como el de Tlaxcala y otros que eran simplemente aliados para la guerra, pero no tributarios.

Los descendientes de los mayas de Yucatán eran independientes del poderío azteca. Y los michoacanos se mantenían aparte, no obstante haberse visto amenazados muchas veces. Tzintzunzán, a la orilla del Lago de Pátzcuaro, era la capital michoacana. La situación de los zapotecas en Mitla y Zaachila, era más bien de pueblos federados, después de guerras sangrientas. En realidad, no existía unidad en el llamado Imperio. Faltaban para ello las vías de comunicación, así como una cultura superior dominante. La desuniformidad lingüística era aterradora. No existía ninguno de los lazos que atan un grupo, una nación.

LA ORGANIZACION SOCIAL DE LOS AZTECAS

Durante mucho tiempo, dice el historiador Carlos Pereyra (México Hist. de la América Española), los escritores se complacieron en representar la sociedad azteca como una brillante barbarie de tipo militar asirio; pero según la escuela científica de Morgan, los aztecas, como todos los pueblos de América del Norte, estaban divididos en clanes, aunque estuviese también reconocida la familia individual. Los clanes de los aztecas eran siete y correspondían a las divisiones de las cuatro fratrias en que estaba dividida la ciudad, o sea los barrios de Moyotlán, Tecpan, Atzacalco y Cuepopan, que después de la conquista fueron: San Juan, San Pablo, San Sebastián y Santa María la Redonda.

El clan daba las tierras en usufructo a los jefes de familia que constituían el consejo de administración de la comunidad. Este consejo nombraba un jefe o calpolec. Además, cada calpulli estaba sometido a un jefe de policía; encargado del reclutamiento para el ejército.

La vida del clan era la de los nobles. Debajo estaba la gran masa de los agricultores y de los artesanos. Los artesanos y los comerciantes vivían en la ciudad, de sus respectivos oficios. Y

la población del campo, sometida a una serie de funcionarios, inspectores y exactores, padecía como paria en territorios de los que nunca podía salir. La clase dominante era la militar. Procedente de los clanes originales, recibía una educación salvaje, en la que no faltaban las pruebas e iniciaciones sangrientas. Salían de allí verdugos que irían por las provincias a mantener la autoridad por el terror, a correr, a claudicar miserablemente apenas asomó un enemigo extranjero en la persona de unos cuantos españoles. Tal y como todos los ejércitos pretorianizados habituados a las corrupciones del mando.

La tierra se repartía entre los señores del clan del calpulli. Pero ninguno la trabajaba personalmente. Una disposición exigía que no se dejase de laborar a riesgo de perder los derechos sobre la tierra; esta disposición se eludía fácilmente trabajándola por esclavos. Y tenía el inconveniente, en cambio, de hacer aleatoria la propiedad. Propiamente, en consecuencia, no había concepto de propiedad individual, sino de tenencias más o menos firmes, según el favor del Monarca que, a consecuencia de un prolongado estado de guerra, llegó a absorber todo el poder.

Había tierras comunes, pero de sus productos disponía la autoridad, no el labrador. Había, además, tierras destinadas especialmente para el sostenimiento de ciertos funcionarios y de ciertas instituciones del culto.

Los trabajadores que se alquilaban para el cultivo de los campos pertenecientes a militares y funcionarios y los de tierras públicas, estaban en condición idéntica a los esclavos. No tenían los derechos limitados de los jefes de familia de la aristocracia a los cuales, como se ha dicho, repartía el clan ciertas tierras. Eran los labradores la casta fellah de los vencidos o los aztecas descalificados. Servían también de cargadores o tamemes, es decir, como sustitutos de la bestia de carga.

"La prisión, la muerte y la esclavitud eran las penas usuales por infracciones que los civilizados no castigan, o castigan levemente", afirma Pereyra.

LAS COSTUMBRES AZTECAS

La fuente reconocida de la Historia precortesiana es Sahagún, de quien ya hemos hablado en otro capítulo. Todos los que han escrito sobre los indios, usan sus datos sin añadirles nada. Aun aquellos que han propagado la especie de "la barbarie española que destruyó la civilización indígena", no hacen otra cosa que saquear a Sahagún para imaginar cómo eran esas *supuestas civilizaciones destruídas*. De suerte que, sin la ciencia española de la Historia, la etnografía, sin el cuidado que *creó documentos*, tradujo relatos, no habría en el día materia para decir algo acerca de los indios. La obra de recopilación histórica no se limitó a México; se emprendió también en el Perú. A donde fué el español, iba con él la mejor ciencia de la época; el erudito el sabio y el santo, eran de la misma casta del conquistador. De Sahagún dice en su reciente traductora inglesa, Franz F. Badeliere (Universidad de Virginia) "que siempre fué reconocido como el primer gran historiador de México, pero que hoy se le honra, además, como el primer gran etnologista". Sus datos proceden de testimonios nativos escritos en la lengua del país y traducidos, después, al castellano.

Cuando los mexicanos fundaron a Tenochtitlán, y dividieron la ciudad en cuarteles, reservaron una cabaña para su Dios tutelar, Huitzilopochtli. Las fiestas de la fundación de la ciudad las refiere Clavijero como sigue: "Mandaron al caudillo de Colhuacán una Embajada, rogándole que les diese una de sus hijas para consagrarla como madre de su Dios. El padre, esperanzado y atemorizado a la vez, entregó a la doncella. La recibieron los mexicanos con grandes manifestaciones de júbilo, pero en seguida idearon hacerla sacrificar. Convidado el caudillo de Colhuacán, a lo que creyó era la apoteosis de su hija, se le internó en el santuario; en éste, al lado del ídolo, estaba de pie un joven vestido con la sanguinosa piel de la víctima; pero la oscuridad no permitió al padre ver lo que pasaba. Pusiéronle en la mano un incensario de copal y en seguida, a la luz de las ceremonias del culto, el horrible espectáculo le produjo tal impresión que "se le conmovieron de dolor las entrañas y arrebatado

por violentos afectos, salió gritando como loco". Y mandaba a su gente que tomase venganza, pero, dice la crónica, "nadie se atrevió a obedecer por temor a la muchedumbre". "El buen padre volvió a su casa a llorar a su hija, por el resto de sus días".

La impotencia para castigar el crimen nacional, he allí algo que se convertiría en leit motiv de nuestra historia, durante el período azteca y durante la república. Constantemente, también, la impotencia de este género cuesta a los pueblos el tesoro de su autonomía. Pues no la merece nación que no respeta los principios elementales de la convivencia humana.

El despotismo bajo Moctezuma era peor que en los más envilecidos Estados del Africa. Las mujeres eran poco menos que mercancía. Los reyezuelos y los caciques disponían de ellas a su antojo y para hacerse presentes. No sólo entre los aztecas, también entre los Incas (véase Garcilaso) el Monarca hacía acopio de vírgenes hasta en número de setecientas, para tomar de allí concubinas. Y como todos los valores estaban envilecidos, a este género de serrallos prisiones se les llamaba "conventos". Las reservas femeninas de Moctezuma ascendían a mil, más o menos. Una vez elegida por el cacique, una de estas mujeres ya no podía casarse ni ser de otro. Y a menudo, ni el mismo Inca o cacique volvía a verlas. El que se atrevía a cortejar a una de estas infortunadas que, sin embargo, eran las más bonitas de la raza, perdían la vida y su familia era también exterminada. Imagínese la clase de prole que podía derivarse de este sistema de eugenesia. No faltan, sin embargo, agentes del comunismo contemporáneo, que en México y en el Perú suspiran por los métodos del comunismo indígena.

El lazo que unía a Moctezuma con sus feudatarios era de terror. Cada rey comarcano dejaba en rehenes en la capital hijos, parientes, amigos.

Nadie podía presentarse ante Moctezuma sin haberse descalzado y desprovisto de galas. El código no escrito de las reverencias aztecas y los tratamientos, no tiene igual en la literatura del servilismo. Al llegar ante Moctezuma, el visitante hacía una primera reverencia y pronunciaba: Señor. Avanzaba unos pasos y a la segunda reverencia decía: Gran Señor. Había otra

tercera reverencia y se tenía que hablar en voz baja con la cabeza inclinada. En igual forma llegaba cada indio ante cada uno de los que ejercían autoridad. Los vocativos usados en el trato con los superiores, eran toda una gradación de la más baja y cautelosa servidumbre. A tal punto que todavía nos queda en el carácter a los mexicanos, esa subconsciente abyección que hace no se pueda hablar en la presencia de un funcionario, sin anteponerle el Señor. Señor Presidente... Señor Gobernador... Señor general... Hasta "Señor gendarme" decimos en México —me observaba una ocasión con sarcasmo doloroso el historiador Pereyra. En España, en Colombia, en la Argentina, en los países habituados a la dignidad crónica. se dice el Presidente y se dice el Rey, y con el título basta. Entre nosotros se habla todavía en voz baja y se estudia el vocativo con ancestral astucia temerosa. Pues así viven los pueblos en que la vida está a merced del que manda.

Y sobre nuestro carácter pesa aún el gran peso de un aztequismo que no hemos podido liquidar.

LA RELIGION DE LOS AZTECAS

Las ideas religiosas de los mexicanos parecen corrupción de algún culto superior, probablemente el de los legendarios toltecas. El cielo azteca era una idealización del régimen pretoriano que dominaba la sociedad. Todos los pueblos construyen así lo trascendente conforme a lo que les da su realidad, salvo cuando aparecen los videntes verdaderos, cuya misión es construir valores que contradicen y superan a la realidad.

También en donde no hay cristianos, hay cesarismo; donde no se reconoce al Dios inmortal, se fabrica la caricatura de lo divino, según la ufanía de lo humano. Y la religión, que es en esencia amor, se convierte en terror. El Dios principal de los aztecas era una especie de Moctezuma en grande o Jefe Máximo sanguinario. á quien llamaban Huichilobos y cuya imagen describe Bernal Díaz en el pasaje transcrito en capítulo anterior. Su alimento era de corazones crudos. Los brazos y las piernas de las víctimas se los comían los militares aztecas, los sacerdotes.

Teóricamente, sin embargo, había un Dios más alto, un poco olvidado y perdido en la nebulosa de las tradiciones orales. Se llamaba, según Sahagún, Tezcatlipoca; era invisible y caminaba por los cielos, la Tierra y el Infierno. Cuando pasaba por la Tierra se producían desastres y calamidades. Y se supone que incitaba a la guerra a unos pueblos contra otros, sin duda para que el verdadero Jefe Máximo de todos los Dioses, el insaciable Huichilobos, no careciese de víctimas para el sacrificio. Se supone, además, que gobernaba el mundo y otorgaba o quitaba la prosperidad. Conceptos filosóficos sobre la divinidad, no los había, ni podía haberlos, dado que no existía el lenguaje escrito; no se había conquistado el dominio de la palabra, que es el instrumento del concepto.

A Quetzalcoatl, el Dios humano y atrayente de la antigua religión azteca, lo habían echado fuera del territorio. Y no lo perdonaron ni en la Mitología, pues allí aparece cargado con la humillación de barrer los caminos por donde habían de pasar los otros dioses; por eso se le llamaba también Dios del Aire. No se le estimaba porque no había matado a nadie. Los misioneros se empeñaron en hacer de este Dios un prototipo de humanidad y un símbolo de las artes civilizadas. Los indios vestían a Quetzalcoatl con una mitra adornada de plumas de quetzal, rostro ennegrecido, camisa de piel de tigre, aretes de mosaico y collares de oro. Los españoles creyeron que la leyenda de Quetzalcoatl recordaba el paso de algún misionero cristiano. establecido entre los indios varios siglos antes de la llegada de Hernán Cortés. Según la leyenda indígena, Quetzalcoatl había gobernado algunos reinos, educando a la población en las artes de la paz pero los fieles de Huichilobos lo habían expulsado.

La lucha Quetzalcoatl-Huichilobos se convierte de esta suerte en resumen y símbolo de la Historia de México. Cada vez que aparece un Quetzalcoatl lo expulsan del gobierno como al antiguo, o lo nulifican por el descrédito, como se hizo con Don Lucas Alamán, que pudo haber cambiado los destinos del México independiente, o lo matan como a Francisco I. Madero. ¡En cambio, largos períodos estériles, inicuos, sobreviven bajo el signo de Huichilobos el caníbal!

Practicaban los aztecas la confesión y se aplicaban penitencias brutales, como perforarse la lengua con agujas de maguey. Se imponían ayunos y en las festividades, numerosas según el calendario, danzaban interminablemente ante los ídolos, acompañados de cornetillas o chirimías y de tamboriles de madera, teponaxtles.

En suma, es tiempo de proclamar sin reservas, que tanto la azteca como las civilizaciones que la precedieron, formaban un conjunto de casos abortados de humanidad. Ni los medios técnicos de que disponían, ni la moral en uso, ni las ideas, podían haberlas levantado jamás, por sí solas.

El único medio de salvar pueblos así decaídos es el que emplearon los españoles, el mestizaje legalizado por la Bula Papal que autorizó los matrimonios de españoles y nativos. Y con el mestizaje, la sustitución total del alma vieja por un alma nueva, mediante el milagro del cristianismo. El hecho de que tenemos en México tantos millones de indios, no debe apesadumbrarnos, siempre y cuando la tendencia castiza subsista, o sea el empeño de hacer del indio un europeo por el alma, un cristiano, y no un pagano con paganismo de salvajes. Al contrario, el indianismo que pretenden retrotraer el pasado, devolvernos a lo indio, es una traición a la patria que, ya desde la Colonia, dejó de ser india.

Por eso siempre hemos hablado de *incorporar el indio a la civilización, es decir, al cristianismo y a la hispanidad.* ¡Y a fin de que todos nuestros hijos unidos disfruten de un México totalmente regenerado de su aztequismo; incluso, se entiende, los indios y los hijos de los indios!

LOS CHICHIMECAS

Los pueblos que no saben crear valores y defenderlos, no merecen otro destino que la esclavitud. Los chichimecas llegaron insolentes. Y se dedicaron a tiranizar a las poblaciones degeneradas del viejo Anáhuac. Los chichimecas traían organización militar; es decir, una parte de la población pesaba sobre la otra, la envilecía, la explotaba. No conocieron los chichimecas indus-

tria, vivían de la caza y la guerra y las exacciones sobre los vencidos. El contacto con los restos de la civilización tolteca los suavizó un tanto, tan sólo para que los hijos pagaran los delitos de los padres, viéndose dominados por la brutalidad de los aztecas.

OLMECAS Y OTOMIES

Formaban la base de la población de Anáhuac a la llegada de los chichimecas. Su origen es desconocido, pero parece que precedieron a chichimecas y toltecas. Han sido los otomíes el equivalente del fellah de Egipto, residuo humano miserable de una serie de conquistas de las que siempre son las víctimas. Gleba de la cual echaron mano chichimecas y aztecas, españoles y mexicanos, para el trabajo de la tierra, para las faenas más penosas. De allí han salido los tamemes, bestias humanas de carga inhumana. Su mismo lenguaje es inferior, *aun al azteca.*

LOS TARASCOS

Rivales de los mexicanos, no les aventajaban en civilización. Demostraron habilidad para las Bellas Artes; disposición que se desarrolló ampliamente cuando un educador de la talla de Vasco de Quiroga fundó entre los michoacanos escuelas de industrias y galería de pinturas con telas europeas; fabricación de lacas con procedimientos importados de China, etc. Lo anterior a la conquista es, por supuesto, insignificante. Los tarascos se rindieron a Cortés a consecuencia de la derrota de los mexicanos. El Rey Tarasco fué gran amigo y protegido del Conquistador.

LOS TLAXCALTECAS

Se cree que eran una tribu más avanzada de la raza chichimeca. No por eso dejaban de ser salvajes y crueles, según se ve en el relato de la Conquista. Parece que se hallaban ya establecidos en la meseta cuando llegaron los mexicanos.

LOS TOLTECAS

Sin confirmación histórica alguna se dice de los toltecas que fueron una raza procedente del Nuevo México, el antiguo Tollán. Su peregrinación hacia el sur comienza por el año 596 de nuestra era. (Véase Clavijero, Libro segundo). Después de hacer alto en diversos sitios se establecieron en las cercanías de la ciudad de México, en lo que hoy se llama Teotihuacán, cuyas ruinas se supone son restos toltecas. Construcciones bastante pobres, según puede verse en el día, se trata de ornamentaciones elementales, con talla tosca en granito como la gran serpiente de la base del templo que todo turista admira. Las pirámides no son como las egipcias, creación independiente sobre la llanura, sino montículos naturales revestidos de graderías, coronados de adoratorios y plataformas, todo tan primitivo como lo maya de que se habla en otro capítulo. La tierra era pobre; ésta es una de las causas esenciales del fracaso de la civilización en el Nuevo Mundo. Las grandes civilizaciones se dan a la orilla de los grandes ríos; no los hay en la meseta. En la costa existen grandes ríos; pero son como los de la selva amazónica, tan grandes y tan ingobernables, que más bien destruyen que alimentan la obra humana. Por dondequiera que se le mire la América tiene su tesoro en el trópico y todavía no ha sonado la hora del trópico. Pero la América de antes no es otra cosa que miseria, aun en los supercivilizados toltecas, aun en los tan anunciados señoríos de los mayas.

Entre los aztecas, se atribuía a los toltecas el descubrimiento del maíz. Esto, desde luego, es falso, porque los mayas tienen su propio mito del maíz según el Popol Vuh, y más al sur había maíz sin necesidad de los toltecas. Pero la palabra tolteca llegó a ser sinónimo de aristocracia, pues mejor que las demás naciones indígenas desarrollaron los toltecas las artes, el tallado de las piedras, la orfebrería, la agricultura. En Astronomía también, los toltecas parecen haber logrado nociones que acaso sirvieron de base para que los aztecas ideasen su calendario. No practicaron los toltecas los sacrificios salvajes de los aztecas; de otro modo, no hubieran podido prevalecer cuatrocientos años.

pero decayeron, desaparecieron, por la misma razón porque desaparecían todas las culturas del Nuevo Mundo, por falta de continuidad y herencia y por las distancias desoladoras. El aislamiento mataba a los más bien dotados, y lentamente, toltecas y mayas decaían, llegaban a la condición de los chichimecas. Triunfaba la barbarie, por falta de renovación en el medio. En Europa y en Asia la competencia de los pueblos, el contacto y la lucha creó el proceso de la historia. En América no hubo historia, hubo estancamiento. La soledad en el Continente vasto, inclemente, entristecía a las poblaciones; el recelo las llevaba a la destrucción, nunca a la colaboración. La fuerza era la única ley; no hubo creadores de religión; no hubo profetas... no hubo sino soldados... de Norte a Sur, de Oriente a Poniente... Y un pueblo que sólo tiene soldados es un pueblo de antemano vencido. Las guerras, ya se sabe, las ganan las poblaciones libres, civilmente organizadas...

La contribución más seria de los llamados toltecas a la cultura del continente y del mundo es el mito de Quetzalcoatl. Quizás no es ni tolteca ni siquiera indígena. Por algo se habla de un Dios extranjero. No se sabe de dónde vino; para los españoles era uno de los apóstoles del cristianismo, perdido en tierras americanas. Para los indios era una ilusión y un remordimiento. El único caso de gobernante civil que había organizado el trabajo sobre bases equitativas, había mejorado las industrias y había dado a los hombres un reflejo del mensaje de amor de Jesucristo.

Lo expulsaron las tribus, lo vencieron los guerreros, lo vejaron los comedores de corazones crudos, y Quetzalcoatl, decepcionado, se marchó de la tierra azteca, como tantos que han querido regenerarla, en vano.

La desaparición del conato de cultura que fueron los toltecas se ha querido explicar por causas materiales, pérdidas de cosechas, guerras. Mucho más sencillo es explicarla por la misma causa porque desaparecieron las civilizaciones maya-quichés. Por la falta de renovación. El esfuerzo colectivo sólo se sostiene merced a la aparición intermitente de aristocracias del espíritu. Un hombre extraordinario, un Moisés, levanta de pronto el nivel de todo un pueblo. Y hace falta una cadena de profetas

para mantener vivo el espíritu. En la India encontramos toda una sucesión de Budas, de filósofos y hombres de religión, todos ejercitando el mando. En Europa desde el cristianismo, constantemente ha triunfado el alma, se han sucedido los equipos selectos; conforme a la bondad, los santos; conforme a la inteligencia, los filósofos. En América hubo un Quetzalcoatl y lo aniquilaron. Cada vez que aparece un Quetzalcoatl, el medio se levanta y lo arroja, lo aplasta. Las culturas en América no se heredan unas a otras; se aislan. Y dentro de cada cultura aislada, tan pronto como cesa el influjo de un grupo selecto, una generación despejada, la masa otra vez predomina y el rebajamiento general llega a los horrores que presenciaron los españoles de la conquista. Pirámides de cráneos humanos en vez de arquitectura artística. Y en vez de esperanza, temor; en vez de amor, reverencia de esclavos.

¡Cuando un pueblo llega a tal condición, de todos los ámbitos del orbe se levanta un clamor de venganza y castigo. La espada de Cortés derribando ídolos, pisoteando a los sacrificadores de hombres, satisface ese clamor, tranquiliza la conciencia de la humanidad!

Con los toltecas, quienesquiera que ellos hayan sido, se ausenta del territorio mexicano el influjo de Quetzalcoatl, Dios del Aire, Ariel americano. Y se quedaron, desde entonces, los pueblos aborígenes sumergidos en la noche, hasta que llegó a despertarlos la esperanza dolorosa que fué la Conquista.

LOS MAYA-QUICHES

Acaso la más importante de las civilizaciones del Nuevo Mundo; nada se sabe en concreto del origen o la historia de los pueblos que construyeron los templos y ciudades cuyas ruinas magníficas cubren una extensión que va de Tabasco a Guatemala y Honduras. Cuando llegaron los españoles, todos estos monumentos estaban ya en ruinas y los naturales no sabían una palabra de quienes seguramente eran sus antecesores. Problema irresoluble para los arqueólogos es determinar las causas de la total desaparición de estos imperios como unidad política. Se

han aducido razones físicas, inundaciones y plagas, epidemias de paludismo, decadencias de cultura que, por estar aisladas, van perdiendo a sus clases directoras, en tanto que la masa degenera sin esperanza. En la historia de Europa vemos que los pueblos se salvan de la decadencia, por influencias exteriores; un pueblo que predomina, como el griego, como el romano, y también por obra de creadores de cultura; inventores religiosos, profetas que reviven la ley moral o las ideas; o por conquistas y descubrimientos técnicos que han ido transformando las condiciones sociales. Nada de esto hubo, por lo menos de un modo continuado en el Nuevo Mundo. Lo más verosímil es, por lo mismo, que un simple descenso de los valores morales haya determinado la decadencia rápida y el olvido de lo que fué un apogeo.

Si juzgamos por el documento que constituyen las obras de arte es fácil deducir del estudio de las ruinas las causas de la desaparición de dichos Estados. El apogeo maya nos lo señalan monumentos como el Caracol en que se supone se observaban los astros, y las pirámides en que se desarrollaban las ceremonias públicas, los patios de los juegos deportivos; en seguida, cuando llegamos a las calzadas y patios decorados con falos, se comprende que ya no podía sostenerse una sociedad así envilecida. Proceso semejante se observa en algunas ruinas de la India asiática; en su descenso, allá también la divinización de la sexualidad señala el fin. Pero en la India hubo siempre impulsos espirituales nuevos, reformadores religiosos que creaban nacionalidades nuevas al lado de las que perecían. Este proceso es el que falta en América; por eso los españoles hallaron, no sólo civilizaciones en ruinas, sino un pueblo muerto para el espíritu de un extremo a otro del continente.

Según Huntington, en su obra "Civilization and Climate", modificaciones climatéricas habrían determinado la decadencia maya-quiché. Pero si hubiesen existido razas de primera en la zona de las ruinas mayas, fácilmente se habrían trasladado al altiplano guatemalteco o al mexicano. Y no hay huellas de una emigración que hubiera tenido que ser gradual constructiva. Además, no quedaron despoblados los territorios mayas; toda-

vía están poblados por los restos de las razas que construyeron los monumentos. Lo más admisible es, entonces, que sólo en motivos de índole moral debemos buscar la causa de estas descomposiciones colectivas.

Hubo un imperio maya-quiché, cuyo apogeo coincide con la dominación de Mayapán. No es probable que los mayas tuvieran relación con los toltecas del altiplano. Su civilización parece no haber pasado de la costa. La escritura maya-quiché era de carácter pictográfico, a que no llegó la cultura nahoa. Ni parece demostrada la influencia de las razas del altiplano sobre los mayas. La penetración azteca se produjo mucho más tarde. poco antes de la llegada de los españoles. Se pensaba antes, que los mayas eran razas antiquísimas, pero las investigaciones más recientes han ido avanzando las épocas y hoy, según Spinden, se juzga que todo el desarrollo se produjo entre setecientos y novecientos años antes de la llegada de los españoles.

El arte decorativo y la arquitectura de los mayas impresionan más que ningún otro de América por la singularidad de sus motivos, pero, desde luego, no puede compararse en importancia lo maya con lo egipcio ni lo indostánico. Eran pueblos de segunda los mayas junto con los demás de América, y ello se comprueba con el examen de sus escrituras, sus libros sagrados y de crónicas. Léase el Popol Vuh con toda la buena voluntad del mundo y se verá que no pasa de un tartamudeo sobre las causas primeras representadas por gigantes absurdos, y todo alrededor del "descubrimiento del maíz" y sobre hipótesis infantiles acerca del modo de funcionar de los elementos. Una religión mágica y no de las más avanzadas en su género.

SOBRE LA PROCEDENCIA DE LAS RAZAS AMERICANAS

Nada se sabe de cierto acerca del origen de las poblaciones americanas. Tres hipótesis se disputan la atención: la del origen autóctono; la de la Atlántida y la del parentesco asiático. Entre todas, la última es la más generalmente aceptada. En las tradiciones de los aborígenes de México aparecen series de emigraciones de Norte a Sur. Los estudios antropológicos demuestran parentesco entre el cráneo del indio y el de las razas siberianas; el estrecho de Behring, con sus islas, sería el puente natural, y Asia habría sido para América lo mismo que lo fué para Europa, la cuna de todas sus razas. La población de la América del Sur estaría, asimismo, formada por los que siguieron adelante, hasta el extremo del continente. Y, por lo menos de los aztecas y de los maya-quichés, se encuentran rastros hasta en el Sur de Colombia.

Los partidarios del origen autóctono se fundan en la existencia de una especie de ritmo racial que va de la meseta andina a la costa. El hombre de Tiahuanaco sería el primero, y los demás, variantes suyos. La aparición de una raza humana desligada de los otros continentes parece, sin embargo, una hipótesis aventurada. Caso de existir razas positivamente autóctonas, su existencia podría explicarse remitiendo la relación con Europa a un pasado muy remoto en que la comunicación se hubiese operado, ya sea por un continente intermedio como la Atlántida; ya sea por proximidad material, si se acepta la hipótesis de Wegener acerca de que en un principio formaban una sola masa todos los continentes.

Lo que la tradición indígena relata lo refiere Sahagún. Se hablaba del desembarco en las cercanías de Pánuco, en el golfo de México; los huastecos, de este modo, serían el primer es-

tablecimiento de tribus que avanzando hacia el sur por la costa, llegaron a su apogeo en la región maya. Otra parte de esas mismas tribus se habría dirigido al altiplano para formar los núcleos de población nahoa que ya encontraron los aztecas. Por su parte, los aztecas hablaban de las siete cuevas o Chicomostoc, un lugar situado al Norte, y que había sido el punto de partida de diversas emigraciones. Todas las tribus habían venido del Norte y todas referían su origen al sitio fabuloso de las siete cuevas.

Partiendo de las siete cuevas, los aztecas se establecieron primero en Aztlán, otro país de leyenda, país de garzas blancas, y, más tarde, en la región de los Lagos. Hay —dice Pereyra— una huella lingüística desde Utah, Nevada y Colorado, que pasando por México llega hasta Guatemala y Nicaragua. Confirmaría esta huella la existencia de una corriente de Norte a Sur por el Pacífico, quizá la corriente asiática procedente del estrecho de Behring. Y México, por su configuración, habría venido a ser la confluencia de las emigraciones noroccidentales y las nororientales.

Una fusión de estas corrientes y razas habría creado la dominación de los nahoas que, según Seler, abarcaron en el siglo octavo de nuestra era, todo el territorio mexicano hasta las fronteras de la civilización maya quiché de Yucatán, que también habría florecido por esa misma época. Nada de todo esto pasa, sin embargo, de la conjetura.

Por otro lado, la geología coloca las tierras andinas americanas y parte de las Rocallosas entre las más antiguas del planeta. Y esto ha sugerido a pensadores como Keyserling, que son, en realidad, las razas aborígenes del Nuevo Mundo, las más antiguas de la tierra y que el mundo llamado nuevo es una especie de momia histórica y ceniza de continentes. La profunda apatía del indio parecería indicar una raza vieja y gastada, más bien que una casta primitiva. La imaginación a falta de teorías científicas, ha llegado hasta suponer que en el Nuevo Mundo estuvo la cuna del hombre y que de aquí partieron, de por la región maya, todas las razas que más tarde habrían de crear civilizaciones como la egipcia. De esta suerte es como ciertas

sectas teosóficas conjeturan sobre la raza de los Atlantes que sería la fuente de egipcios y mayas. Todo lo cual es novelesco más o menos. Y respecto a lo maya se sabe que ni es tan antiguo como lo egipcio, ni tiene la menor relación con la cultura africana.

Geográficamente, el territorio americano es pobre, el más pobre de todos los continentes si se exceptúa la zona tropical y la región amazónica. Pero dentro de la técnica que hasta hoy ha empleado la civilización, las tierras de América son inferiores a las de Europa, inferiores también a las del Asia. Sin duda esto ha influído en el hecho de que no se desarrollasen en América grandes culturas. Los grandes ríos están en lugares de clima muy cálido, como la costa de México y las de Colombia, Venezuela y Brasil, o están en lugares muy fríos como el San Lorenzo, el Hudson, el Delaware. Los indios de la región norteamericana no pudieron crear cultura porque no contaban con el carbón de piedra para los diversos usos de la calefacción y la industria.

Las viejas culturas del mundo antiguo se desarrollaron a lo largo de ríos en que había descenso de temperatura. En esos períodos de descenso, el frío era tolerable como en el Nilo, escaso como en el Eufrates, el Tigris, el Indo. Ni un solo río en estas mismas condiciones hay en América. Lo cierto es que las civilizaciones precolombinas se quedaron reducidas a lo elemental. Y que América es un continente sin pasado.

El presente americano, que es todo yankee, se debe a dos factores: el gran río, los grandes ríos: el Hudson, el Delaware, y la aplicación del carbón de Pennsilvania a la industria en grande.

El futuro de América será nuestro si logramos conservar soberanía sobre nuestros territorios, porque el futuro es de las regiones tropicales, cuando la técnica moderna acabe de dominarlas. Entonces quizás la cultura del mundo llegará a tener su centro en el continente olvidado que fué América, en la zona amazónica, que es la mayor reserva de riquezas y de extensión de todo el planeta.

A causa de esto último resulta legítima la visión de todos los que han concebido a la América hispánica como el continente del futuro.

Y en él la raza que, fundiendo en sí los mejores elementos de la humanidad toda, y haciéndose un alma, ya no nacional sino cósmica, construya la cultura final de la historia, en torno a una Metrópoli en las bocas del Amazonas que se llamará Universópolis, eje y corona de todos los pueblos.

Y de solera racial portuguesa, lo que es legítimo si se considera que fueron los portugueses los primeros que se lanzaron a la conquista de playas y océanos.

LA COLONIA

Antonio de Mendoza, el Primer Virrey.—Los descubrimientos.—La Administración.—La Minería.

Quiso la Providencia que con el triunfo del Quetzalcoatl cristiano que fué Cortés, comenzase para México una era de prosperidad y poderío como nunca ha vuelto a tenerla en toda su historia. Del hombre extraordinario que supo llevar adelante la obra de la conquista se puede decir como el más cumplido elogio, que era digno sucesor de las empresas y aun de los sueños de Don Hernando. La gran figura del Primer Virrey Don Antonio de Mendoza llena una época.

Tras un breve período de desgobierno y dificultades creadas por los gobernadores que dejó Cortés al salir para Honduras, el Estado español nombró la primera Audiencia, en diciembre de 1527.

La España de entonces, civilista y civilizada, no mandó a las tierras acabadas de conquistar un gobernador militar a que hiciese más odiosa la dominación; ni siquiera al propio Cortés le confió autoridad plena, sino apenas, como dice Pereyra, una especie de Virreynato nominal, y con encargo de seguir adelante sus exploraciones marítimas y continentales. Repugnaba a la gente libre y orgullosa de entonces, el tipo del general que manda por la razón de que triunfó en la guerra, pues el triunfo guerrero sólo es razón de mando para los pueblos sometidos, envilecidos. El mando se lo dió la gran Administración española de la época al grupo de magistrados que componían el Tribunal de la Primera Audiencia, Nuño Beltrán de Guzmán, Juan Ortiz de Matienzo, Diego Delgadillo, Alonso de Parada y Diego Maldonado. Algunos de estos Oidores murieron antes de tomar

posesión; tres de ellos gobernaron y fracasaron. Sustituídos en seguida, México vió llegar por fin al gobierno a dos hombres eminentes: El Obispo de Santo Domingo, don Sebastián de Fuencarral y Don Vasco de Quiroga, nombrado más tarde Obispo de Michoacán, en donde se reveló como educador eximio. Estos dos hombres —dice Pereyra— prepararon la obra de Mendoza, junto con otra fuerza moral de primera importancia, la del Primer Obispo de México, el franciscano Juan de Zumárraga.

Dar el principal obispado a un fraile de santa vida, dice Pereyra, encerraba un plan político. Ese plan era de Cortés y de los conquistadores. Otorgar los puestos eclesiásticos a religiosos de buena vida y ejemplo, era la única manera de ganarse a los indios para la conversión. En el capítulo sobre educación pública se menciona algo de la labor de Zumárraga.

Lo que por el momento queremos hacer notar es que empezaron a venir de España hombres de primera para la importantísima labor de crear un país que había de ser núcleo del Imperio de Ultramar. Se contaba, al efecto, con una capital como México, que era ya la ciudad de mayor población entre las de habla española de la época. Más o menos doscientos mil habitantes contaba México cuando Madrid tenía únicamente cien mil.

En la capital, como en todo el resto del país, Cortés había de ser el iniciador de toda grandeza. Con su genio de fundador de Imperios, Cortés dió a la ciudad nueva los rasgos que todavía hoy conserva. Y las sucesivas administraciones españolas hicieron en ella más de lo que hacían por Madrid, según hoy mismo puede verse comparando la arquitectura de ambas ciudades. Construídas por la misma época las dos, hay más riqueza, más tono imperial, en los edificios de la capital de la Nueva España, que en los de la Madrid cortesana.

Y el progreso no se limitaba a lo material; también triunfaban las prácticas humanas y las instituciones cultas se consolidaban. Así, por ejemplo, siendo todavía Cortés Capitán General, llegaron a la Nueva España cédulas reales prohibiendo la esclavitud de los nativos y ordenando que fuesen todos tratados como "vasallos libres", igual que los de Castilla. No llegó a

cumplirse del todo esta cédula porque ya se habían consumado repartimientos entre los más poderosos conquistadores, el principal de ellos el repartimiento de Cortés que se opuso a la medida; pero quedaba sentado el principio en la ley. Contra una esclavitud de hecho y no de derecho fué más fácil a los misioneros desarrollar sus campañas ardientes, y en la mayor parte de los casos, victoriosas, en favor de los indios. Cabe recordar al respecto que el iniciador del sistema de encomiendas fué Colón, que, como se sabe, padecía de avaricia y tenía espíritu negrero. Por otra parte, no se podía prescindir de algún sistema de trabajo colectivo. La tarea obligatoria de la Rusia comunista, se traduce en una gran encomienda en que la masa trabaja en beneficio de los militares y los burócratas, por medio de coerciones que no le piden nada a los métodos de la Colonia; no carecen los del Soviet, ni de los perros amaestrados para destrozar a los prófugos, y que los españoles por desgracia usaron contra los indios. No tratamos, por supuesto, de defender el sistema de la encomienda, sino de explicarlo como medida de emergencia y como abuso que se consideró necesario para impulsar el trabajo de las minas especialmente. Sin el trabajo forzado, el indio se habría aislado y la organización de la vida económica de la Colonia se habría retardado. De todos modos, es justo observar que los mismos españoles, que crearon el sistema de encomienda, en seguida, antes de que nadie los obligara a ello, protestaron de su crueldad y empezaron a combatirlo. Y si se compara la encomienda más cruel con el modo como hacían trabajar a sus esclavos, tanto aztecas como tlaxcaltecas, ya como tamemes, ya como siervos de la gleba, todavía se tendrá que reconocer que el indio mejoró con la conquista.

La política de escoger para el gobierno de la Nueva España hombres casi santos comienza con la Segunda Audiencia. De suerte que el Virrey Mendoza ya no tuvo sino que continuar el programa iniciado por los Oidores y llevar adelante las instrucciones que traía de Madrid. Pero la ejecución de tan vasta empresa demandaba extraordinarias capacidades y una rectitud inflexible.

Descendía Mendoza de ilustre linaje; uno de sus abuelos era el célebre poeta, el Marqués de Santillana. Su hermano Diego Hurtado de Mendoza escribió la "Historia del Levantamiento de los Moriscos". Su hermana Doña María de Padilla fué heroína de Toledo en el levantamiento de los comuneros. No formaba parte Mendoza de esa aristocracia vasalla que más tarde habría de prostituir la administración. No debía su posición a servicios personales prestados al Monarca como cierta nobleza de Cámara, sino a servicios prestados al Estado, en condiciones de igualdad con el Rey. Los Reyes de la época estaban habituados al lenguaje altanero de los súbditos, como cuando el Cardenal Cisneros se acaloró en discusión con la Reina Isabel y ésta reclamó: "¡Mirad con quién habláis!" Y Cisneros repuso: "Hablo a la Reina de España, un puñado de polvo como yo".

Grandes fueron las facultades otorgadas al Virrey, "por encima de Capitanes Generales y de Gobernadores y Adelantados y para que todos obedezcan y cumplan sus mandatos" dice la provisión respectiva. Expresamente quedó establecido que Cortés quedaba sujeto a la autoridad del Virrey y uno de los primeros encargos de éste fué, "pedir cuentas a Cortés y hacerle el censo de sus esclavos". Las principales instrucciones de Mendoza eran: Informar sobre el estado de la propagación de la fe; hacer censo de las vidas y ciudades, tanto de indios como de españoles; estudiar el problema de la tributación, y, si era posible, aumentar su tasa, debiendo pagar con trabajo personal en las minas, los que no pudieren hacerlo en especie. Respecto de la ciudad de México se le encomendó la fortificara a efecto de consolidar la conquista; asimismo, se le ordenó fortificar a Veracruz y mejorar su puerto.

Desde su desembarco empezó Mendoza a poner en obra sus instrucciones, deteniéndose en Veracruz para disponer lo necesario. Recibido en México con pompa real, por una sociedad que ya era dispendiosa y amiga del lujo, él, sin embargo, dió ejemplo de porte modesto y vida consagrada a las exigencias de la administración. Con rectitud ejemplar resolvió las cuestiones pendientes. Y no se limitó a consolidar lo ya ganado, sino que to-

mó en seguida bajo su dirección, la obra de las exploraciones por los territorios del Norte.

Cortés y Nuño de Guzmán habían llevado exploradores españoles hasta las riberas del río Yaqui, en Sonora. Por el noreste, la Florida seguía siendo tierra incógnita. Pánfilo Narváez, después de fracasar contra Cortés, había regresado a España y de allí organizó una expedición a la Florida. Tras de muchas peripecias y sufrimientos quedó deshecho Narváez. Cabeza de Vaca, que lo acompañaba, consumó la increíble hazaña de atravesar los territorios que hoy son Texas y Nuevo México para ir a dar a Sinaloa donde las gentes de Nuño de Guzmán lo apresaron con sus dos acompañantes y lo mandaron a México. Los informes de Cabeza de Vaca entusiasmaron a Don Antonio de Mendoza, que comisionó a Fray Marcos de Niza para que explorase hacia el Norte, partiendo de Culiacán, donde se hallaba a la sazón. Del relato de Cabeza de Vaca y las noticias vagas que mandó Marcos de Niza, surgió la leyenda de Cíbola y las Siete Ciudades, que tanto sedujo la imaginación de la época.

ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA (1)

Uno de los más interesantes ejemplares de humanidad que han pasado por territorio mexicano es este Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Descendía de abolengo que data del siglo doce. Martín Alhaja, fundador de la estirpe, colocó un cráneo de vaca como señal, en uno de los pasos de la sierra en la guerra contra los moros, salvando así los ejércitos del Rey de Navarra: de allí su apodo.

Nació Alvar Núñez Cabeza de Vaca en Jerez de la Frontera por el año de 1487. A los dieciocho años se alistó para el servicio en Italia y estuvo en la batalla de Rávena. Participó en la revolución de los comuneros y a la derrota de éstos permaneció varios años en la obscuridad. En 1527 vivía en Sevilla y fué nombrado tesorero de la expedición de Narváez a la Florida. Gozaba fama de honrado, valeroso y bueno. Al llegar Nar-

(1) Tomamos esta relación del libro de Carlos Castañeda, *Our Catholic Heritage in Texas.* 1936.

váez a Cuba comisionó a Cabeza de Vaca para que fuese a obtener provisiones a Trinidad. Allí lo cogió un huracán que acabó casi con el puerto; los dos navíos que llevaba quedaron deshechos. En noviembre de 1527 lo recogió Narváez. Después de costear a Cuba, otro huracán arrojó a los expedicionarios a tierras de Florida. El 25 de abril de 1528 Narváez entró a la Bahía de Tampa y tomó posesión de la tierra en nombre de España. Explorando tierra adentro, no hallaron sino penalidades agravadas por la hostilidad de los indios.

Con el objeto de ganar la tierra de los apalaches, Narváez tomó la decisión malaventurada de mandar la flota por la costa y de internarse con su gente. Cabeza de Vaca parece haberse opuesto a esta decisión. Lo desafió entonces Narváez diciendo que "si tenía miedo podía irse con los de la flota". Repuso Cabeza de Vaca que "antes de ser tachado de tímido prefería arriesgar la vida y salvar así su honor".

Una de las mujeres de la expedición pronosticó el mal fin de la empresa, asegurando que el adivino moro Hornachos se la había revelado desde Sevilla. La flota partió a cargo de un tal Carvallo. Cien hombres y diez mujeres casadas iban en los navíos. La mujer adivina advirtió a las mujeres que dejaban marido en tierra, que se apresuraran a tomar otro esposo porque nunca volverían a ver a los que quedaban, y al fin de convencerlas, ella misma dió el ejemplo, tomando nuevo marido.

Los navíos siguieron por la costa un año, en espera de Narváez, y al final de cuentas llegaron a la Nueva España.

Narváez, ansioso de hacer algo distinguido, se internó en busca del territorio de los apalaches, con cerca de trescientos hombres. Llegaron a ella después de atravesar el río Swance, en junio de 1528. Y en vez de oro y riquezas hallaron chozas miserables, por lo que hoy es Tallahasee. En la región había algunas provisiones y pocos habitantes. Los indios salvajes los asaltaban a menudo. En uno de estos asaltos murió Don Pedro, antiguo príncipe de Texcoco, indio mexicano que acompañaba a los españoles en su aventura. Se enfermó Narváez y desalentados todos llegaron a la Bahía de Apalaches en busca de los navíos.

Al no hallar rastro de ellos decidieron fabricar embarcaciones, pero careciendo de madera, de clavos y herramientas, no pudieron hacer sino unas canoas de cuero de venado. Con las camisas improvisaron velas y con cerdas de las colas de los caballos, cables. En tres barcas así improvisadas se repartió la gente. Narváez iba en la mejor. Siguiendo la costa llegaron a Mobila donde les fué imposible hacer desembarco a causa de la hostilidad de los naturales. Siguieron navegando hasta la desembocadura del Mississippi. Allí la corriente los alejaba de tierra. El viento separó los navíos. En la costa se advertían preparativos hostiles de los indios. La barca de Cabeza de Vaca se quedaba atrás, por lo que pidió a Narváez, que llevaba buenos remeros, que lo auxiliase. Narváez declaró que "había llegado el momento de que cada quien se salvase como pudiese". El hambre, la sed y la fatiga tenían postrados a los navegantes.

Vientos y mareas los arrojaron por fin en un punto de la costa próxima a Gálveston. Arrastrándose, llegaron a una cañada donde hallaron sembrado maíz, y agua. Para calentarse, encendieron fuego. A corta distancia vieron una aldea indígena. Al amanecer los rodearon los indios examinándolos con curiosidad y dándoles alimentos. Extrayendo de la arena su barco, decidieron seguir adelante rumbo a Pánuco, pero estaban ya sin fuerzas para remar; el frío les producía calambres. Se hallaban, dice la relación del mismo Cabeza de Vaca "desnudos como cuando nacieron". Náufragos cayeron otra vez en la costa. Volvieron los indios y al verlos en aquel estado "comenzaron a lamentarse con tal sinceridad que su ulular duró media hora y se escuchaba a distancia". "Y era raro —dice Cabeza de Vaca— ver a estos hombres salvajes aullando como brutos a consecuencia de nuestros infortunios".

Los acompañantes de Cabeza de Vaca, que habían estado en Nueva España, temían que los indios los apresasen para llevarlos al sacrificio. Pero Cabeza de Vaca les hizo confianza y pidió a los indios que los llevaran a su pueblo. Esto lo hicieron los naturales con buena voluntad y aun les dedicaron festejos. Allí mismo supieron los españoles que otro grupo de la embarcación de Dorantes se había salvado, en días anteriores, en la

misma costa de Gálveston. Pronto se reunieron estos con los de Cabeza de Vaca.

No desistían de su empeño de dirigirse a Nueva España, que ya denominaban "tierra de Cristianos". Pero no pudieron reparar la embarcación y se quedaron en Texas todo el invierno. Sumaban en total los náufragos alrededor de ochenta personas. Pronto los indios se cansaron de regalarles alimentos y el hambre comenzó a torturarlos. Algunos de ellos, dice la relación, "cayeron en el canibalismo". Los indios, entonces, quisieron matarlos. Una epidemia apareció entre los naturales y no faltó quien culpara de ella a los recién llegados. Pero Cabeza de Vaca explicó que también muchos españoles habían muerto de la peste. Entonces exigieron los indios que los españoles los curasen. "Y nos hicieron doctores —dice Cabeza de Vaca—, sin haber pasado examen". Ante la amenaza de que los dejaran sin alimentos, Cabeza de Vaca se decidió a hacerla de curandero. Pasaba las manos sobre los enfermos y echándoles el alimento rezaba con sinceridad, Padre Nuestros y Ave Marías. "En seguida, haciéndoles la señal de la cruz, dejaba que el Dios misericordioso hiciese al resto". ¡Con sorpresa advertía que muchos curaban de esta manera!

Los indios de la isla Malhado bajaron en el Otoño a comer ostiones. Los españoles habían sido repartidos entre distintas tribus en condición de verdaderos esclavos. Cabeza de Vaca se hallaba tan enfermo que se creyó no sobreviviría. Un grupo encabezado por Dorantes logró embarcarse rumbo a Pánuco. Cabeza de Vaca quedó prácticamente abandonado. Un año pasó con los indios de Malhado. Le trataban con brutalidad. Pero le permitían ausentarse en cortas excursiones. Lo que lo indujo a ejercer de comerciante ambulante, haciendo trueque de conchas de mar, plantas medicinales, ocres para pintar el rostro y flechas. No se decidía, sin embargo, a alejarse definitivamente, "porque quería rescatar a un cristiano, Lope de Oviedo, que aun quedaba en la isla de Gálveston".

Por fin, a los seis años de permanecer en la región, Cabeza de Vaca marchó con Oviedo atravesando el Río Brazos, el San Bernardo y el Caney. En la llanura encontraron unos in-

dios que les echaban lodo en la cara, pero les informaron que por allí habían pasado los de Dorantes y que otros españoles habían sido muertos por los indios. En una de sus jornadas hallaron a Dorantes y fué ese —dice Cabeza— "uno de los días más felices de nuestras vidas". Escapando a los indios llegaron a la región del Río Grande o Río Bravo. Allí uno de los españoles, Castillo, curó a los indios de unas jaquecas y, en recompensa, les dieron a comer carne de venado, por lo que "dieron las gracias a Dios cuya merced y favor aumentaban cada día".

Al cabo de muchos meses, cambiando de tribu, llegaron a la zona de Del Río. La fama de Cabeza de Vaca como curandero corría entre los indios. Tomando hacia el norte pasaron por lo que hoy es San Antonio. En algunos lugares los recibían con festejos. Regresando por el rumbo de Del Río, Cabeza de Vaca tuvo que practicar una operación quirúrgica, extrayendo la punta de una flecha del cartílago del corazón de un indio.

Caminando hacia occidente llegó Cabeza de Vaca a Presidio, hoy Paso del Norte. Acompañaban a Cabeza de Vaca el español Castillo y el moro negro Estebanillo. Siguieron lo que hoy es Socorro, de Nuevo México. Y entraron a Sonora. En Culiacán los recogieron las autoridades y los enviaron a México, donde, como ya se ha visto, Cabeza de Vaca logró interesar al Virrey Mendoza en las exploraciones de la Quiribia.

La carrera de Cabeza de Vaca, sin embargo, comenzaba apenas. De regreso en España pidió concesión para volver a Florida, pero ésta había sido dada a Hernando de Soto. Resuelto a volver a América obtuvo, por fin, el mando de una expedición que practicó exploraciones en el Río de la Plata. Figuró por el Paraguay en conspiraciones y combates, y en cadenas regresó a morir a España, siempre esforzado y bondadoso. Un noble representativo del español de la época heroica del Nuevo Mundo.

NUÑO DE GUZMAN

En cambio, Nuño de Guzmán fué un destructor que la mala fortuna llevó a presidir la Primera Audiencia. Abusando en ella de su autoridad inició conquistas de territorios que ya estaban conquistados, como Michoacán. Otros realmente los descubrió aunque después de asolarlos.

El Rey de Michoacán, Calzontzin, amigo y aliado de Cortés, se había bautizado. Al acercarse Nuño de Guzmán a Tzintzunzan, la capital tarasca, Calzontzin salió a recibirlo con grandes halagos. A pesar de eso, Nuño de Guzmán, poco después, lo mandó prender, le exigió tesoros y se lo llevó prisionero hacia el Norte

En Cuitzeo, después de vencer a los indios de la región que le opusieron resistencia, Nuño de Guzmán dividió a su gente mandando al capitán Chirinos hacia el Oriente y dirigiéndose él con rumbo de Tonalá. La expedición de Chirinos pasó por Zapotlán y llegó a lo que hoy es Lagos y en seguida a Zacatecas, que halló desde entonces, región pobre y poco poblada.

Otra expedición al mando de Oñate siguió la ruta de la costa del Pacífico. Un hermano de Oñate fundó a Guadalajara. Para llegar a Etzatlán, punto donde debían reunirse todos con Guzmán, hubo de atravesar Oñate con su escasa gente una zona tan pedregosa y llena de bosques y peligros que los naturales, "asombrados de aquel esfuerzo, ya no se atrevieron a resistir a los españoles". Siguió adelante Oñate por Ixtlán para descubrir que ya se le había adelantado por aquel rumbo, Francisco Cortés, un primo del Conquistador. Incorporándose Oñate a Nuño de Guzmán, siguieron todos juntos hasta Santiago Ixcuintla, donde el cacique los recibió generosamente. Cerca de allí fundaron la capital de provincia que todavía hoy se llama Compostela. Desgraciadamente, el arrojo de aquellas tropas lo deshonraba Nuño de Guzmán con sus abusos entre los pueblos. Tanto es así que su paso por los territorios que había pacificado Francisco Cortés, provocó una sublevación de los indios. Centenares de pueblos perecieron incendiados sin motivo alguno, aunque la mayoría de estos incendios eran resultado del hábito

guerrero de los indios que acompañaban a los españoles en sus expediciones, a los que no siempre podían dominar, siendo tan reducido el número de los peninsulares.

Combatiendo a cada paso y atravesando ríos crecidos, llegó Nuño de Guzmán a Acaponeta, que halló muy poblada. Después de cometer sus acostumbradas depredaciones, se dirigió hacia el Norte y fundó a Culiacán. Allí supo Nuño de Guzmán que Cortés se hallaba de regreso en México y decidió presentarse él también a la capital donde ya lo esperaba el juicio de residencia que lo obligó a trasladarse a España. Chirinos quedó encargado de continuar hacia el Norte y en su avance descubrió los restos del naufragio de la expedición que Cortés había enviado a California. El río Yaqui fué quizás el límite de las conquistas de Oñate y su gente.

En resumen, al llegar Mendoza a México, el país se hallaba ocupado ya y dividido como sigue:

Gobernaba a Guatemala el Adelantado Don Pedro de Alvarado; a Yucatán el Adelantado Don Francisco de Montejo; en la Nueva España gobernaba la segunda Audiencia y en Nueva Galicia, Nuño de Guzmán. La Florida se hallaba todavía sin dominar y sus límites eran indeterminados.

A la salida de Mendoza, el reino había crecido por el Norte, pero lo que es más importante, la dominación española se había creado un sistema, se había hecho perdurable.

LA ADMINISTRACION

Las primeras ordenanzas de Mendoza fueron para "el buen trato de los indios que trabajaban en las minas". También reglamentó la fabricación del carbón vegetal con el objeto de evitar talas inmoderadas de los bosques. Fundó una orden de caballería reservada a los indios principales que fuesen "honrados y buenos cristianos". Ordenó que ya no se aplicase la marca de hierro a los indios. Estableció un Colegio de Indios en Tlaltelolco. Inició la formación de las naos o galeones para la conducta del oro directamente a La Habana y España. Inició el cultivo de la morera y el gusano de seda. Dictó leyes para moderar el lujo,

el despilfarro de los ricos de la capital, reglamentando el uso de la seda y brocados.

Entre las amarguras de la carrera de Mendoza estuvo la necesidad de suprimir una rebelión de negros. Se habían introducido éstos en número considerable procedentes de las Antillas. Eran apreciados porque se afirmaba que "un negro hacía el trabajo de cuatro indios". Según parece, aprovechando que la capital se hallaba escasamente guarnecida, proyectaron algunos negros un golpe de mano en el cual confiaban los ayudarían los indios. Denunciada la conspiración, hubo una matanza general de negros. En seguida se obtuvo de la Corona una cédula de que ya no se introdujesen negros en México.

EL REAL DE MINAS

Tocó a Mendoza la gloria de ver aparecer el real de minas, como institución económica regular y básica del país nuevo. Los conquistadores de la Nueva Galicia fueron los descubridores de las principales minas de Zacatecas a Guanajuato. "El conquistador de indios —dice Pereyra (México. Hist. de la América Española)— dejaba el campo y le sucedía el conquistador gambusino, fundador de reales".

El real era el campamento en que se establecían y fortificaban los mineros, armados de barretas para perforar la roca y de arcabuces para defenderse de los indios merodeadores. Zacatecas, Proaño, Fresnillo, Nieves, Sombrerete, San Martín, Nombre de Dios y Durango, surgieron de 1546 a 1563. Una inscripción ha conservado "la emoción de los descubridores de minas": "Año de 1540 día de la Natividad de Nuestra Señora, encontré estas minas de Zacatecas, yo Joanes de Tolosa, y el año de 1548, día del Señor San Sebastián, yo, Baltasar Termiño de Bañuelos, en estas minas, etcétera... se descubrió la veta de San Bernabé, que fué la primera veta de plata que se descubrió... etc." Casos semejantes ocurrían por los desiertos del Norte y por el Sur. En el corazón de la Nueva España se desataba también la fiebre minera con la explotación de Taxco, Sultepec, y Temascaltepec en 1549, y en 1551 con la de Jacala

y el Encino de Pachuca. En 1549, se descubrió la veta de la Luz, en Guanajuato, y entre 1571 y 1578 se encontraron la Barriga de Plata de Guadalupe y la Purísima de Catorce.

Y como para consumar el éxito de todos estos descubrimientos, Bartolomé de Medina ideó el procedimiento de beneficio de patio que transformó la industria de la minería en el mundo. Los reales de minas debían ayudar al proceso de ocupación del norte del país, por Nuevo León y Coahuila, Chihuahua y Nuevo México. Pronto México se convertiría de país desconocido de la Historia, en uno de los emporios del mundo. El destino mexicano quedó ligado a dos aventuras: la de las conquistas y los descubrimientos de tierras y la de las bonanzas de la minería. En el carácter de los habitantes quedaría también impresa una condición, a la vez arrojada e irreflexible, audaz y fatalista según conviene al que vive situaciones aleatorias y riesgosas. El tono heroico de la vida, se acentuaba con la evidencia de que interviniendo un poco el azar, podía el hombre levantarse a las mayores alturas del poderío, la riqueza y la fama, o bien podía hundirse en la más negra miseria, como tanto conquistador en desgracia, como tanto minero en bancarrota. Se hizo en aquel momento México un centro de las artes, las ciencias, los descubrimientos técnicos, como el sistema de patio, y todo por virtud de cierta ley según la cual, vemos que la prosperidad atrae a una región a los mejores de cada generación, a los aventureros más esforzados, a las capacidades más despejadas. Así se sucedieron en América las bonanzas nacionales del México de Don Antonio de Mendoza; la California de la primitiva ocupación yankee, el Klondike de Alaska.

Pero antes que los emporios modernos anglosajones, México fué el emporio latino de la minería del mundo, a donde acudían con los españoles, peritos italianos, franceses, irlandeses, holandeses, alemanes. En México se formó de esta suerte la generación de técnicos de la minería que más contribuyera al desarrollo de las explotaciones metalúrgicas de la América del Sur. Pues en lo de adelante, el mexicano sería ante todo, minero. Minero por el oficio y por el alma entusiasta de lo azaroso y ambiciosa de boato y grandeza.

La misión, que era a la vez templo y unidad de cultivo y escuela; el presidio militar, que era garantía guerrera y la mina que improvisaba riquezas, he ahí las tres unidades de la organización nacional durante la Colonia. De las dos primeras, ha quedado un símbolo en la plaza de cada pueblo, a saber: el cuartel y la Iglesia. El Municipio, por su parte, nos recuerda las libertades tradicionales de Castilla y el poder civil que se sostenía con el tributo de las minas.

VÁZQUEZ DE CORONADO

A fin de tomar posesión de la ciudad de Cíbola, que Marcos de Niza aseguraba haber visto a distancia, el Virrey Mendoza comisionó al nuevo Gobernador de la Nueva Galicia, Francisco Vázquez de Coronado, para que tomase el mando de una expedición formal. Tanto era el entusiasmo despertado por esta empresa, que Mendoza pensó ponerse en persona al frente de los descubridores. Por fortuna, a la postre el Virrey se conformó con llegar hasta Compostela para despedir a su lugarteniente Vázquez de Coronado. También Cortés solicitó dirigir la empresa, y habiéndose opuesto el Virrey, de su peculio fletó tres buques, que partiendo de Acapulco se dirigieron a las costas del Norte, al mando de Francisco de Ulúa.

La expedición de Coronado salió de Compostela con rumbo a Culiacán, en marzo de 1540. Acompañaban a Coronado los religiosos Marcos de Niza y Juan de Padilla y muchos hombres prominentes de la Colonia. Llegando por lo que hoy es Arizona y Nuevo México, pasaron los expedicionarios grandes apuros a causa de la escasez de víveres. En Cíbola no hallaron sino casas de dos o tres pisos, pero muy pobres. Un indio apodado El Turco insistía en que, camino adelante, se hallaba Quiribía. De esta provincia se contaba que era tan rica, que el Señor de ella dormía la siesta bajo un árbol de cuyas ramas pendían campanitas de oro. Se hablaba de un río muy ancho y surcado constantemente por grandes canoas con distintivo de águilas de oro.

Inmensas llanuras fué todo lo que se halló, y en ellas tribus nómadas, pobres y poco numerosas, y por ganado unas va-

cas y toros del tipo que llamaban cíbolos y que eran nativos de la región. Dejar establecida la existencia de esta vasta región geográfica fué todo el fruto de la costosa expedición, de la cual regresó Coronado para ya no figurar más.

El religioso Juan de la Padilla se quedó por el nuevo territorio con el propósito de evangelizar a los indios. pero a poco fué muerto a flechazos por los bárbaros. Algunos compañeros suyos, atravesando por Texas, lograron regresar por el rumbo de Pánuco.

La expedición naval de Cortés produjo el fruto de haber levantado la primera carta geográfica de los mares occidentales de México.

LA MUERTE DE ALVARADO

En ausencia de Vázquez de Coronado, había quedado de Gobernador de Nueva Galicia el licenciado Pérez de la Torre. Y ocurrió a fines de 1538 una sublevación de indios, en la provincia de Xochitepec, que pronto se extendió por toda la comarca. En uno de los primeros combates contra los sublevados quedó muerto el Gobernador De la Torre, y le sucedió Don Cristóbal de Oñate, uno de los capitanes de Nuño de Guzmán y compañero de sus descubrimientos. Calmada por él la primera insurrección, a poco estalló otra más temible, que redujo de pronto a los españoles a la sola ciudad de Guadalajara. Antes de que llegara de México el auxilio necesario, se presentó en el puerto de Navidad, Pedro de Alvarado, el antiguo capitán de Cortés y Adelantado de Guatemala. Se dirigía con más de once navíos a explorar la California. Requerido para que diese auxilio, desembarcó con sus tropas, llegando a Guadalajara el doce de junio de 1541. Con su habitual arrogancia, desoyó las advertencias de Oñate y se lanzó con poca gente al asalto de Nochistlán. Tan aventurado era el paso, que Oñate, hombre prudente, salió detrás, para socorrerlo en caso necesario. Y en efecto, fué rechazado Alvarado con grandes pérdidas. Cuando se retiraba, acosado por los indios, el caballo de uno de sus soldados rodó arrastrando a Alvarado a un barranco. Allí, mal

herido, se quitó las ropas con las insignias del mando y se las puso a un soldado, a fin de que los indios no se dieran cuenta de que había caído el Capitán. Los hombres de Oñate recogieron al Conquistador hecho pedazos, echando sangre por la boca. Le preguntaron qué le dolía y dijo: "El alma; llévenme a donde la cure con la resina de la penitencia..." Poco después murió en Guadalajara, el extraordinario caudillo. La sublevación concluyó con la llegada del Virrey Mendoza, al frente de un ejército. En la represión, un hombre tan humano como era Mendoza, tuvo que recurrir a procedimientos brutales. Y fué ésta la más seria de todas las insurrecciones ocurridas después de la conquista, y la última importante.

De regreso de Compostela, hasta donde llegó en misión pacificadora el Virrey fundó la ciudad de Valladolid, hoy Morelia.

Con los buques de Alvarado organizó Mendoza una exploración por el Pacífico. La mandó Juan Rodríguez Cabrillo que, rodeando la península de la Baja California, puso a uno de los cabos de la costa, el Cabo Mendocino, en honor del Virrey. Siguió adelante hasta lo que hoy es San Diego de California y regresó a Nueva España en abril de 1543.

Por tierra y por mar avanzaba, según se ve, el ansia de posesión y descubrimiento de los españoles. Nunca hubo años más fecundos para la geografía del planeta.

EL TRATO A LOS INDIOS

La Administración también mejoraba. A poco de haber regresado Mendoza de la Nueva Galicia, llegó a México el licenciado Tello de Sandoval, como Visitador y encargado de promulgar las Nuevas Leyes sobre libertad y buen trato de los indios. Ya el Papa Paulo Tercero, en su Bula de 1537, había reconocido la personalidad de los indios, al declararlos aptos para recibir los sacramentos, entre ellos el matrimonio con españoles. Las consecuencias de esta disposición fueron trascendentales, pues dejaban legalizado el mestizaje. Y con ello se evitó que en el mundo español se produjese un sistema de se-

paración de castas, como el que aun tiene divididos a los anglosajones en el Norte. Las Nuevas Leyes que promulgó Tello eran el resultado de las gestiones hechas por los misioneros, en defensa de los indios. Fray Antonio de Montesinos, desde que el hijo de Colón creó el sistema de repartimientos de indios en Santo Domingo, se había pronunciado en contra. Y un célebre sermón que pronunciara contra los abusos de los conquistadores, se hizo bandera de los partidarios del trato humano para los naturales. Las Nuevas Leyes, dadas en Barcelona el 20 de noviembre de 1542, prohibían que se les vendiese o se les impusiesen trabajos penosos, contrarios a la salud; establecían pena de muerte para el que llevase indios contra su voluntad a la pesca de perlas. Y prevenían que se moderasen los repartimientos ya existentes y que no se hiciesen más en el futuro. A los indios que los conquistadores habían llevado a España se les dió permiso de regresar.

Encontraron estas leyes gran oposición en México, donde el partido de los encomenderos era poderoso; las mismas órdenes religiosas vacilaron ante el disgusto general de los propietarios, pero la lucha continuó empeñada. Mendoza procuró mediar. Y en defensa abierta de los indios, surgieron religiosos como el famoso Padre Las Casas que malquistándose con todo el mundo, dedicó su vida a la pelea por las garantías del indio.

LA CONQUISTA DE LA OCEANIA

La última y la más trascendental de las expediciones marítimas de Mendoza fué la que envió a "descubrir por el Pacífico", a cargo de Ruy López de Villalobos. Se descubrieron entonces las islas de Santo Tomás y la Nublada, el Archipiélago del Coral, el grupo de Los Jardines y la isla de Nutalites, los arrecifes y la isla grande a que pusieron por nombre Cesárea Karoli. La armada de Ruy López se perdió, pero dejó abierto el camino de Filipinas.

La situación caótica que se había creado en el Perú, obligó al Monarca español a echar mano de su mejor hombre de gobierno y, en consecuencia, invitó a Mendoza a que se trasla-

dara como Virrey a Lima, pero dejando a su elección el permanecer en México si lo prefería. Grande en todo, Mendoza eligió el puesto más difícil y marchó al Perú.

Dejaba a México constituído, pacificado, dotado de caminos. A la ciudad le dió puentes y alcantarillado. Y por la extensión del territorio, el número de sus pueblos y sus ventajas de todo género, el México de Mendoza quedó establecido como la mayor nación del Nuevo Mundo.

Después de la gran tarea de Hernán Cortés, sólo un hombre como Mendoza podía sucederle sin opacarse. La ascensión de la Nueva España era imponente. Muy pronto México fué el centro del comercio de los navíos que llegaban del Asia. Y la Nueva España se convirtió en uno de los ejes del tránsito del mundo.

En toda la historia de México, seguramente no ha habido un gobernante más probo, más esforzado, más capaz, más ilustre que Don Antonio de Mendoza, primer Virrey de la Nueva España.

DON LUIS DE VELASCO

Afortunados fueron los comienzos de la administración colonial. Después de Mendoza, otro gran gobernante llegó a México en la persona de Don Luis de Velasco, de alto linaje castellano. En noviembre de 1551 tomó posesión de su cargo. Y su primer decreto fué para la liberación de los indios que, especialmente en las minas, eran tratados con extremada dureza. Con más energía que Mendoza se propuso Velasco llevar adelante las Nuevas Leyes. Se calcula que ciento sesenta mil indios quedaron libres a consecuencia de las primeras medidas adoptadas por el Segundo Virrey de Nueva España. Y a los que le censuraban, dedicó la célebre respuesta: "Más importa la libertad de los indios que todas las minas del mundo".

El impulso dado a la administración por su antecesor, fué continuado por Velasco. En 1553 quedó inaugurada la Universidad.

Para la protección de los caminos, infestados de bandole-

ros, se creó el cuerpo rural llamado de la Santa Hermandad, que más tarde se llamó La Acordada por el nombre del edificio en que se estableciera.

Sufrió la capital una grave inundación y Velasco hizo construir una albarrada que la protegiese de nuevos peligros.

Fundó Velasco en 1555 los minerales de Ixtlahuaca y San Miguel el Grande de Guanajuato.

Y una de las mayores glorias de la administración de Velasco y honra de México, fué que en 1564, el capitán Don Miguel López de Legaspi descubrió unas islas extensas y fértiles que habían pertenecido en un tiempo al Reino de China y les puso por nombre "Islas Filipinas", en honor de Felipe Segundo, que acababa de ascender al trono. Se estableció en las islas capitanía independiente en Manila, pero comercialmente, y también durante mucho tiempo, culturalmente, las Filipinas fueron dependencia de México.

El 31 de julio de 1564 murió don Luis de Velasco, apellidado por la nación Padre de la Patria. Cuatro Obispos condujeron su cadáver a la Iglesia de Santo Domingo, en donde se le dió sepultura. Y el Cabildo mandó decir al Rey: "Ha causado pena su muerte en toda la Nueva España, porque con la larga experiencia que tenía, gobernaba con tanta rectitud y prudencia, sin hacer agravio a ninguno, que todos le teníamos en lugar de padre".

DE LA LIBERTAD AL DESPOTISMO

Fué una desgracia para la América que no se hubiesen acabado de constituir en naciones los diversos territorios conquistados, en la época en que España disfrutaba de instituciones liberales y producía hombres de rectitud ejemplar y de carácter independiente, disposición generosa. La derrota de los Comuneros, que en España luchaban por la defensa de las instituciones democráticas tradicionales, trajo consigo la degeneración en los sistemas de gobierno. La conquista y exploración de América la hicieron hombres que no tenían que consultar sino a sus propios medios y facultades. En lo de adelante, a medida que

la administración se centralizaba y según pasaba el mando de los municipios libremente electos a los delegados, los capitanes generales, los oficiales de la Corona, todo el gran empuje primitivo se vería estorbado, desvirtuado.

Carlos Quinto, que fué un tonto y un culpable, murió el 21 de septiembre de 1558. Antes había abdicado en favor de su hijo Felipe Segundo, de veinte años de edad. Esta abdicación es sin duda lo mejor que hizo en su vida el Emperador afortunado; afortunado porque tuvo Corteses y Pizarros que le dieron reinos. Y fué su adbicación el acto más notable de toda su vida, no porque lo mejorara quien lo sucedía, sino por el sentido místico que lo movió a dejar el poder que a otros embriaga y la gloria que es deleznable. Retirado del mando pasó sus dos últimos años en el Monasterio de Yuste, de los monjes Jerónimos. La América le debe a Carlos Quinto cierta buena disposición para hacer justicia y el haber mandado a los mejores hombres de su época al gobierno de las nuevas provincias. Pero nunca se dió cuenta el Monarca de lo que iba a significar el Nuevo Mundo para España. Se mantuvo preocupado por la política de rivalidades europeas y no fué él sino el genio de sus vasallos, lo que produjo el fenómeno inaudito de la conquista, exploración y población de todo un Continente, en un período de poco menos de cincuenta años.

Felipe Segundo fué jurado Rey en México el 6 de junio de 1557. Había de ser amo terrible, pero, no obstante, justiciero. El mayor cargo que se le debe hacer es cargo que abarca a todo despotismo, a todo gobierno personal. Era demasiado vasto el reino para que todo estuviese pendiente de la orden, del trámite de una sola voluntad, una sola cabeza. Una voluntad férrea pero una cabeza mediocre, eso era Felipe II.

Célebre es la frase de Felipe Segundo que refleja su carácter. A la muerte de Velasco había quedado gobernando a México una Audiencia. Las disputas de esta Audiencia con motivo de una conjuración en que se vieron envueltos los descendientes de Cortés, determinó que Felipe mandase un tribunal de que formaba parte un tal Muñoz. Cometió Muñoz una serie de atropellos y asesinatos, hizo construir calabozos, dejó sentir

por primera vez los horrores de la tiranía. El Virrey en persona se dirigió a Madrid a exponer las quejas del caso. En el mismo barco salió Muñoz para España. Recibidos ambos por Felipe, al Virrey le hizo justicia; al otro le dijo: "Os mandé a gobernar, no a destruir". La frase no sólo pinta la afectación de Felipe; indicó también lo que serían su régimen y los regímenes futuros, un doloroso fracaso, pues no se puede gobernar sin apego a leyes, a instituciones. Y desde que hay Monarca absoluto, sus delegados son también absolutos, y el último gendarme es absoluto. Y esto ya no es gobierno, es destrucción.

EL CONFLICTO CON INGLATERRA

Y a la vez que en España se consolidaba el despotismo, sobre la sangre aun caliente de los comuneros, y a medida que la administración se hacía lenta y formalista, en Inglaterra, un gran pueblo, parecido al español en el empuje, se desbordaba por los mares, ávido de botín, ya que llegaba un poco tarde para ganar las mejores tierras y no tenía tampoco el genio de los exploradores y conquistadores españoles. Pero hombres libres, los súbditos de Isabel de Inglaterra crearon un Imperio, como antes lo hicieran los de España.

Además, por el fondo de la gran pugna internacional se desarrollaba una lucha de religión. España representaba el catolicismo más intransigente, el único que tomó en serio la Inquisición, y la Inglaterra de Isabel acaudilló la causa del protestantismo más intolerante, el que produjo sectas tristes como la de los puritanos, exaltadas como los cuáqueros, proselitarias como la de los metodistas.

En lo de adelante, el Nuevo Mundo estaría también dividido, según las dos influencias rivales: el Catolicismo y la Reforma. Los piratas ingleses, aun sin saberlo y muchas veces sabiéndolo peleaban por la Reforma. Los capitanes de España eran paladines de la Iglesia. La lucha comenzó con los primeros saqueos de los puertos de Tierra Firme, el "mainland" español. La pelea tuvo un gran preludio espectacular en la derrota de la Invencible. Desde entonces el mar ya no fué español, dejó de ser

portugués, y comenzó a ser inglés. Y el destino de América quedó marcado. España en decadencia lenta, llegaría a no poder protegernos, a no poder gobernarnos, y entonces estas naciones entrarían en componendas de traición con el inglés, soñando hacerse libres. Por desesperación del desgobierno español caeríamos en tutelajes nuevos y surgiría el monroísmo; y México quedaría deshecho; Cuba con Puerto Rico serían presa del imperialismo nuevo. Todo comenzó con el desastre de la Invencible, pero más bien visto hay que decir que comenzó con la derrota de los Comuneros. Pues la España democrática, la castellana de rancios fueros, derrotó a los moros y ocupó el Nuevo Mundo a pesar de los reyes. ¡Más tarde, todo se perdió por causa del despotismo y la imbecilidad de los Reyes!

En Inglaterra el proceso interior fué siendo inverso. De Isabel a la Reina Victoria, las instituciones fueron liberalizándose. Y el inglés llegó a ser lo que en su buena época fuera el español; señor dondequiera que se hallase, o "vasallo libre" como se dijo cuando la libertad se mandó hacer extensiva aun a los indios. Perdieron los españoles sus libertades y en la pugna de la historia son los pueblos de más coherente y libre ciudadanía, los que se imponen, lo mismo en la era de Roma que en la era de Isabel o en la era actual.

LA COLONIA BAJO EL DESPOTISMO

El primer obsequio de Felipe Segundo a la Nueva España fué el Tribunal de la Inquisición que vino a entenebrecer el ambiente ya entristecido por la convivencia de indios y blancos, miserables y poderosos. ¡En vez del catolicismo piadoso, alegre, fecundo de los primeros franciscanos y de los carmelitas y aun de dominicos como Las Casas, un catolicismo de Tribunal, una fe que se defiende con el terror!

Los gérmenes de la descomposición fueron desarrollándose lentamente; mientras tanto, era tan prodigioso el esfuerzo inicial, que todavía pudo México mantenerse a la cabeza del Nuevo Mundo durante los siglos diecisiete y dieciocho.

Uno de los primeros Virreyes de Felipe Segundo, Don

Martín Enríquez de Almanza, hizo desalojar a los corsarios ingleses que se habían apoderado de la isla de Sacrificios, frente a Veracruz. Y continuó la obra de expansión tan brillantemente comenzada por sus predecesores. La más fecunda de las exploraciones de esta época fué la de Francisco de Ibarra, que partiendo de la Nueva Vizcaya o sea Durango, fundó los reales de minas de Indé, Cuencamé, Santa Bárbara y San Juan. En seguida, en 1569, estableció el Presidio de Chihuahua. Atravesando en otra expedición la sierra de Topia, fundó San Juan Bautista a las márgenes del río Fuerte, en Sinaloa, y la villa de San Sebastián, cerca de Chiametla.

Fué Francisco de Ibarra, dice la crónica de Tello, citada por Pereyra, honradísimo caballero, muy dadivoso y afable, particularmente con sus soldados, entre quienes repartió todos los pueblos de indios y con los que fueron a poblar la Vizcaya, sin quedarse con ninguna cosa. Las fundaciones de Ibarra se extendieron por el Oriente hasta Saltillo y por el Noroeste hasta Sonora.

Por el centro del país, el capitán Luis de Carbajal, primer Gobernador de Nuevo León, recibió el encargo de crear su reino con doscientas leguas de largo y doscientas de ancho, al Oriente y Norte de Nueva Galicia, y al Poniente de la provincia de Pánuco. Los sucesores de Carbajal establecieron de modo definitivo aquella gobernación nominal, fundando a Monterrey en 1596. A fines del siglo dieciséis, dice Pereyra, había poblaciones en toda la extensa línea que hoy sigue el Ferrocarril de México a Laredo, siendo las principales: San Luis Potosí, Charcas, El Venado y Matehuala. En muchas de estas fundaciones, la población era mitad de españoles y mitad de tlaxcaltecas, a quienes se trataba como a españoles, pues se les distribuían solares, agua, semillas y acémilas para el trabajo del campo.

En la Metrópoli, Felipe Segundo quiso iniciar su reinado con alguna empresa digna de recordación y, al efecto, comenzó los preparativos para la conquista de la Florida. Poco antes, el conquistador Hernando de Soto había salido con ese fin de España con cerca de mil hombres y Felipe II previno al Virrey de México que organizase para que partiese de Veracruz. Sa-

lió De Soto, de San Lúcar de Barrameda el 6 de abril de 1538. Una de las naves de su escuadra se llamaba la Nueva España. Al llegar a La Habana encontró De Soto la ciudad recién saqueada por los franceses y se detuvo a construir un fuerte. Sus navíos, entretanto, practicaron reconocimientos en las costas y, por fin, el 12 de mayo de 1539, se embarcó De Soto en La Habana con trescientos caballos y quinientos infantes. Cuatro años duró aquella gente en Florida, combatiendo incesantemente y sin poder fundar villa alguna. Hernando de Soto murió en 1543. En cambio, la expedición que fué de México, haciéndose a la vela en 11 de junio de 1559, llegó en agosto a las costas de la Península y fundó a Santa María de Filipinas. Don Tristán de Luna mandó esta expedición que colocaba a la Nueva España en papel de propagandista de la cultura.

No habían transcurrido cincuenta años después de la conquista, y ya nuestro país ganaba territorios. Los historiadores de nuestro siglo independiente, contagiados casi todos por las hipócritas acusaciones del extranjero, se detienen a cada paso a hablar de si se trataba bien o mal a los indios, como si la misma República no hubiese sido verdugo de sus hijos, pero nadie recuerda hazañas como la de las Filipinas y como la de la Florida, que debieran ser conmemoradas anualmente.

De los Virreyes que nombró Felipe Segundo, dos fueron distinguidos: Don Luis de Velasco, hijo del Segundo Virrey y que continuó la obra de colonización por el Norte del país, y Don Gaspar de Zúñiga y Acevedo, que mandó a Sebastián Vizcaíno para que tomara posesión de las costas de la Alta California y fundó el puerto californiano de Monterrey, en honor de Zúñiga, que era Conde de Monterrey.

Desgraciadamente ya no traían los virreyes las facultades necesarias. Felipe Segundo, celoso de mando, no dejaba gobernar. Y lo que pedía a las Colonias era tributos para sus guerras de Europa y sus manías de constructor. Aun esto último nos fué favorable, pues también a México llegó el estilo herreriano, derivado de Herrera, el arquitecto del Escorial, un estilo sobrio, fuerte, hermoso, característico del alma austera de España. Corresponde a esta época el comienzo de las grandes construccio-

nes que todavía honran a nuestra capital. Se puso la primera piedra de la Catedral en 1573 y tardó un siglo en construirse, pero es todavía la primera Iglesia del Continente. El segundo Virrey Velasco fundó la Alameda. Y en 1590 se establecieron las primeras fábricas de tejidos, mucho antes de que hubiera industria en Norteamérica.

A la muerte de Felipe Segundo, en 1598, el imperio español llegaba a su apogeo, porque recogía el fruto de anteriores generaciones más esforzadas. Los métodos de Felipe Segundo habían ya envenenado el ambiente. Y tanto España como las Colonias, empezaron a vivir tristes.

No es posible olvidar, sin embargo, lo más grande que hizo Felipe Segundo: sumar Portugal a España. La nación latina a que pertenecimos, tuvo entonces la gloria de poseer el primer reino en que no se ponía el sol y México halló lugar distinguido entre los territorios de la primera nación de la tierra de entonces.

EL SIGLO DIECISIETE

Muy importante en el desarrollo de México fué este siglo, pero el historiador que lo contemple a distancia, tiene que entristecerse de considerar que si la Nueva España adelantaba, la Metrópoli por la misma época, entró en decadencia.

El problema de la sucesión al trono, que es el castigo del régimen monárquico, se resolvió durante todo este siglo y los siguientes, en la peor forma posible. Para tener idea de lo que ocurría en el gobierno de las colonias, es preciso pasar breve revista de lo que ocurría en España. Muerto Felipe Segundo, su heredero Felipe Tercero, casi un imbécil, incapaz de gobernar por sí, como mal que bien lo hacía su padre, entregó el poder a Ministros de corta categoría humana. El cuerpo burocrático, acostumbrado por Felipe a recibir órdenes para los asuntos más pequeños, había perdido toda iniciativa. La religión, que había sido impulso creador, bajo Isabel la Católica, bajo Carlos Quinto y bajo Hernán Cortés, con la Inquisición y la tiranía de Felipe Segundo, se había convertido en policía y en rito. Las guerras de los Países Bajos consumían los recursos de España y de las Colonias. La escuadra estaba abandonada en beneficio de los piratas de Inglaterra, de Holanda y Francia. Y el nuevo Rey no tenía siquiera el don que tuvo Carlos Quinto, de hallar hombres de genio para encomendarles el gobierno.

Las Cortes representativas habían desaparecido, sustituídas por Consejos que nombraba el Monarca mismo y le eran serviles. En consecuencia, los mejores hombres se alejaban de la administración.

Cedidos los Países Bajos, hecha la paz con Inglaterra, pudo dedicarse la Corte a gastar en festejos los caudales de América. Y el disgusto contra el gobierno empezó a ser tan grande que, el Padre jesuíta Mariana, publicó una discusión atrevida, sobre

fundamentos de la institución Real, llegando hasta sugerir la legitimidad del regicidio en casos de excepción. Duró veintitrés años Felipe III. A los diecisiete años de edad entró a gobernar Felipe IV, el Rey que pintó Velázquez. Rodearse de literatos y artistas fué lo único bueno que hizo este Rey. Pero períodos de florecimiento espiritual como el siglo de oro español, como el siglo dieciocho francés, no dependen del régimen monárquico; se producen como consecuencia de una era de paz y prosperidad y como brotes de la misma savia que engendró la libertad en generaciones anteriores. El esplendor intelectual viene después de las grandes hazañas épicas. Y generalmente porque llega tarde, se encuentra con una condición ya decaída en lo político. De allí el contraste de un grupo de genios que tienen que tolerar una Corte depravada e imbécil, o tienen que insurgirse contra ella, como tantos hombres de letras lo hacen en todas las épocas. Nada dice, pues, en favor de Felipe Cuarto, el hecho de que su reino coincidiera con Lope de Vega y Calderón, con Murillo y Velázquez, con Góngora y Cervantes.

Lo que la Monarquía de por sí hizo, mientras los hombres de espíritu daban gloria a España, fué perder a Portugal; meterse en una guerra ruinosa con la pretensión de quitar a Cataluña sus fueros. El Brasil, la India, se desgajaron en esta época de la dominación política y culturál de Castilla y se inició el desastre que todavía padecemos.

Cuarenta y cinco años duró en el trono el tal Felipe Cuarto. En 1665 lo enterraron. Y por obra de los líos y las leyes sucesorias dinásticas, el gobierno de la primera nación del mundo vino a caer en manos de extranjeros como Carlos Segundo, un niño, y su madre la regente Mariana de Austria. Fué un gobierno que no hizo sino intrigas de Corte y malas paces con los enemigos exteriores. Las cosas en España y en sus posesiones, reconoce Alamán, llegaron al último grado de miseria. El Rey mismo acabó creyéndose hechizado.

A la muerte de Carlos, el último Rey austríaco, una desgracia mayor acontece a España y es la de caer bajo el dominio de la casa francesa de los Borbones. El rey fatuo, Luis Catorce de Francia, había logrado intrigar de suerte que, el Hechizado, en su testamento, nombrara Rey de España a uno de los nietos

del Rey Sol. "Vais a gobernar, dijo Luis Catorce a su nieto, sobre la Monarquía mayor del mundo". En realidad, el Borbón viejo se anexaba esa Monarquía para sus fines de política europea. Y el pueblo español, impotente y traicionado por los métodos mismos del sistema monárquico, se dedicó a lamentarse de la situación, cuando no a envilecerse inventando festejos en honor de sucesos turbios. Empezó así la degradación máxima que consiste en tomar a diversión lo que se sabe es calamidad. De allí nos viene la costumbre funesta de las celebraciones oficiales de hechos que la dignidad personal repugna.

Los Virreyes de la primera mitad del siglo diecisiete fueron en su mayoría mediocres. Lo más notable que referirse puede es el intento de explorar el Japón, realizado por Sebastián Vizcaíno, el descubridor de la Alta California y Fray Pedro Bautista. Mandó organizar la expedición el Virrey D. Luis de Velasco Segundo que, después de gobernar el Perú siete años, volvió a México, que consideraba su patria, estableciéndose en Atzcapotzalco. Animado del espíritu de los días gloriosos, le pareció que no había razón para no hacer por las costas del Asia lo que ya se había hecho en América. Por indicación del Virrey, Vizcaíno partió de Acapulco en marzo de 1611 y desembarcó en tierras niponas. Cuando allí se supo el objeto de su misión, los embajadores fueron amenazados y toda la armada tuvo que regresar al puerto de Zacatula. El intento tiene un carácter quijotesco que merece atención respetuosa.

Entre los que se afanaron por establecer el orden, mejorar la administración, se menciona al Marqués de Cerralvo, Don Rodrigo Pacheco Osorio. Durante su gestión, los corsarios dieron un golpe a la marina española, capturando una flota que conducía doce millones de pesos. Capturó el botín por las Bahamas el holandés Pedro Hein. A diferencia de los primeros Virreyes que se retiraban pobres, este sujeto se fué con tanto dinero, que hizo al Rey un obsequio de un joyel de oro y esmeraldas, valuado en trescientos mil pesos. El Rey aceptó el obsequio, porque ya la administración y la dinastía degeneraban hacia el Califato Turco. La vieja dignidad castellana ya no era la regla sino la poca vergüenza de austríacos y borbones.

El Virrey Armendáriz es digno de recordación por haber organizado la armada de Barlovento, que contuvo los ataques de los ingleses que no cesaban en su codicia de los tesoros de España.

El Virrey Don García Sarmiento Sotomayor, Conde de Salvatierra, atento también al estado inseguro de los mares, mandó fundar establecimientos en la costa de California, a efecto de proteger las naves de China.

Para 1644 los conventos de frailes y monjas aglomeradas en la capital, eran tan numerosos, que el Ayuntamiento pidió a Felipe Cuarto que ya no se estableciesen más porque guardaban desproporción con el número de habitantes de la ciudad. Naturalmente, el Rey no respondió. En cambio, en mayo de 1649 hubo un auto de fe monstruo, en que ciento siete reos fueron condenados al último suplicio. Ante un público inmenso se les dió garrote y otro fué quemado vivo. Y los indios deben haber pensado que en vez de la religión de piedad que les predicaran Hernán Cortés y los franciscanos, otra vez Huichilobos imperaba en la vieja Tenochtitlán.

El desgobierno y las sublevaciones locales de los indios distraían la paz de sepulcro de estas administraciones nefandas.

El Virrey Don Francisco Fernández de la Cueva inauguró la catedral, aunque todavía sin concluirla, y tuvo la dolorosa satisfacción de mandar fuera de tiempo, auxilios marítimos porque los ingleses ya se habían apoderado de Jamaica... por sorpresa, y de San Agustín de la Florida.

En cambio, al nacer en España el Príncipe Próspero, la ciudad de México, por insinuación del ya dicho Virrey que era Duque de Alburquerque, mandó un donativo de doscientos cincuenta mil pesos anuales, por quince años "para las mantillas del niño"... El servilismo reemplazaba a la capacidad y el valor. Lo que quedaba de la antigua savia se dirigía a las fronteras, y gracias a ello, por el esfuerzo varonil de los colonizadores, se fundaba en 1664 o en 1660, la villa de Alburquerque, en Nuevo México, prolongándose por el Norte los dominios de Nueva España.

En 1678 los piratas ingleses saquearon a Campeche y fueron

rechazados de Alvarado. Sin tomar lección de este aviso, se permitió que el día 15 de mayo de 1683 asaltara Lorencillo el propio Veracruz. Con las efemérides basta para irse dando cuenta del estado deplorable de la administración.

El Conde de Gálvez, Don Gaspar de la Cerda Sandoval, merece recordación porque hizo recorrer la costa de Texas, a fin de expulsar de ella a los franceses. En 1690, como los franceses se hubiesen apoderado de Santo Domingo, la Armada mexicana de Barlovento, llevando tropas españolas y mexicanas mandadas por el Virrey, libró a Santo Domingo de la ocupación extranjera. Si la alianza de españoles y mexicanos hubiese continuado, el Nuevo Mundo sería hoy hispánico.

Felipe V, cuya gloria mayor consiste en haberse resistido a estar presente en un auto de fe, porque "el Rey sólo debía ver a los ajusticiados para perdonarlos", murió en 1746 después del mal gobernar cuarenta y siete años.

EXTENSION DEL TERRITORIO

En el siglo diecisiete creció el territorio nacional y se llenaron los claros que había dejado la expansión irregular de muchos rumbos. En Nuevo León se fundaron Cerralvo, Cadereyta, Sabinas. En San Luis Potosí, Río Verde y Guadalcázar.

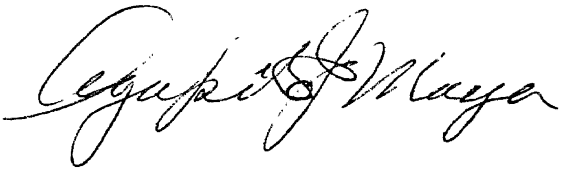
El célebre franciscano fundador de las misiones de Coahuila, nació en Sayula, por lo que puede considerársele como mexicano. En 1682 fué fundada la villa de El Paso del Norte, se establecieron familias en Santa Fe de Nuevo México. El gobernador de Coahuila, Alonso de León, recorrió en 1689 las Nuevas Filipinas, o sea Texas. Con ayuda del geógrafo mexicano Don Carlos de Sigüenza y Góngora, se hicieron reconocimientos marítimos en la Bahía de Panzacola, para erigir allí el fuerte de San Carlos. Ya no eran sólo misioneros y soldados; también los hombres de ciencia mexicana colaboraron en la colonización.

Una nueva orden religiosa ocupa lugar distinguido en el siglo diecisiete, en la tarea de la expansión de la cultura. Los jesuítas, que al principio establecieron colegios para la educación de sacerdotes, se lanzaron más tarde a los territorios desconocidos. La gran tarea de anexar California a la civilización, se debe a

jesuítas como el Padre Eusebio Kino. Nació Kino en Trento, Italia, y llegó al Nuevo Mundo en 1678. Cargada de sucesos estuvo desde entonces su vida, hasta que murió en Magdalena, Sonora, en 1711. Pasión de proselitario y acción práctica como explorador, cartógrafo, publicista y constructor, tales fueron sus hechos. Sonora y la Arizona del Sur le debieron sus principales esfuerzos. Trabajó por la misma región el Padre Juan María Salvatierra. Las obras apostólicas y geográficas de los dos civilizadores se narran en la Historia del Padre Francisco Javier Alegre y en el libro "Los Apostólicos Afanes", de P. José Arteaga.

Entre 1749 y 1753, se fundaron San Antonio de Béjar, en Texas, y la Bahía del Espíritu Santo. Al ocurrir la expusión de los jesuítas quedaron sus misiones a cargo de dominicos y franciscanos. La cadena de sus fundaciones abarca desde el cabo de San Lucas, en la Baja California, hasta el grado 31 de latitud boreal, por el Paraguay.

Y todavía a fines del siglo diecisiete el Padre Junípero Serra, natural de Las Baleares, fundó las misiones de San Diego y San Carlos Borromeo de Monterrey, San Gabriel y San Luis Obispo, San Francisco de Asís y San Juan Capistrano, todas en California. El Padre Peri fundó en 1798 la misión de San Luis Rey y la obra evangélica se prosiguió hasta el primer tercio del siglo diecinueve.



EL SIGLO DIECIOCHO

No pretendemos separar rigurosamente los sucesos que corresponden a cada siglo. Felipe Quinto es ya del dieciocho y la situación al término de su reinado, a mediados del siglo, había variado poco. Las naves inglesas estorbaban cada vez más el comercio con la Metrópoli. A tal punto que dejó de ser el Atlántico la ruta comercial más próspera, y comenzó a dar mayores rendimientos el Pacífico, que estaba relativamente libre de corsarios. Las prohibiciones al comercio, los monopolios del Estado, hacían que el contrabando se desarrollase en beneficio de los ingleses y los holandeses. La lucha continuaba unas veces en guerra declarada; otras veces por la competencia de los precios y el golpe de mano de la piratería. Tan notorio llegó a ser el peligro, que la primera medida importante del sucesor de Felipe Quinto, un tal Fernando Sexto, fué aumentar la armada española y tomar medidas para la defensa de las posesiones de Ultramar. En la Corte no se pensaba sino en los tributos que de Nueva España llegaban, y se había perdido la energía indispensable para asegurarlos.

Los piratas ya no se contentaban con saquear puertos. La importante posesión de Jamaica quedó definitivamente en poder de los ingleses, por tratado de 1670.

Gradualmente Inglaterra dominaba el mar.

Pero tanto en la Metrópoli como en la capital de la Nueva España, el florecimiento intelectual era brillante y engañaba respecto del futuro. Y resulta que son siempre de segunda categoría estos florecimientos literarios y filosóficos que ocurren en el ocaso de un pueblo. En Inglaterra, el fenómeno fué invertido. Allá Shakespeare es la cumbre de un desenvolvimiento que domina el futuro inmediato. Lo más grande de España, Cervantes, es, al contrario, un decepcionado que se refugia en la locura para

sufrir menos con la realidad que sus ojos miran. Esto quizá explica que habiendo dado la Colonia hombres distinguidos, no contase, sin embargo, con una sola figura genial. En Estados Unidos, poco después de la Independencia, surge una generación de grandes figuras universales como Emerson, Whitman y Poe. Ni antes ni después de nuestra Independencia hemos tenido nosotros casos humanos de esta categoría. Quizás porque nos tocó nacer de una decadencia. Nuestras naciones surgirán a la vida independiente como los restos de un naufragio, no como la obra de la virilidad y la madurez. Cada nación ibero-americana, si se exceptúa el Brasil, aparece como un aborto más bien que como un fruto. La madre enferma que era España, no tuvo poder para arrojar de tierras y mares a los agentes ingleses que nos urgían a la discordia, y salimos a la vida obligados por los forceps de la intriga extranjera, antes de que el pellejo adquiriese consistencia.

Cada vez que surge una generación de grandes conforme al espíritu, es porque va a nacer un gran pueblo o se va a producir una gran época dentro de un pueblo ya formado. Los genios del Renacimiento italiano anuncian la transformación de Europa. Los filósofos del siglo dieciocho, franceses, preludian el mundo moderno. El siglo de oro español, con todo su brillo, no trae mensaje nuevo a la Humanidad y es como resumen tardío de la mística medieval y el Renacimiento. Muy interesante, sin duda, pero sin esa fuerza creadora que se apodera del porvenir para renovarlo.

Lo de nosotros, en México, fué reflejo de aquel ocaso. Fuimos, con todo, durante siglos, la nación más culta del Nuevo Mundo. La vida toda de la colonia poseía un refinamiento que no se sospechaba en el norte. El idioma de Castilla suavizado con el matiz andaluz, se había difundido hasta en el seno de las tribus, gracias a la labor tenaz de la Iglesia. De lo indio ya no quedaba huella, y los mismos indios en el traje popular y en el arte manual y en la danza y en la música, se habían construído un alma nueva más próxima al europeo que al antiguo azteca o al maya. De un extremo a otro de la Nueva España había escuelas, bibliotecas, una Academia, una galería de pinturas, colegios, Universidades. En arquitectura, se construía como no ha

vuelto a hacerse después, y de ello son testimonio México, Puebla, Guanajuato, todo el territorio nacional. Estilos de España, como el churrigueresco, que por sus afinidades manuelinas recuerda la selva de la India, hallaron en el trópico americano un medio natural de desarrollo. El cielo despejado de México, parecido al de Italia, obligó al uso del color en los exteriores, tal como aún puede verse en ciertas casas de Puebla y México. Un modo particular de armonía distingue la obra mexicana, igual que su paisaje.

La educación pública estuvo difundida en el siglo dieciocho como no ha vuelto a estarlo, pues hubo parroquia en cada aldea, y donde había parroquia había escuela. Y donde ya no había aldea, en las estaciones del desierto inmensurable, la misión con su campana congregaba a las gentes para el trabajo civilizado y para el estudio y el rezo.

La destrucción deliberada y sistemática del sistema colonial es, sin duda, el mayor daño que hemos hecho a la patria, instigados siempre por la perfidia del plan extranjero. Pero asombra considerar lo que había. Unicamente en el Colegio de Indios, fundado por Pedro de Gante se contaban mil educandos. Y por todos los rumbos del país había colegios. Todos nuestros Institutos provinciales y los que funcionan en la capital de la República, se alojan todavía en edificios que construyó la Colonia, dentro de los cuales, nosotros no hemos hecho otra cosa que estar cambiando los planes de estudio, al capricho de una política gubernamental inspirada siempre en intereses ajenos a la patria.

Ciudades tan distantes en la época, como Zacatecas, tuvieron colegios formales desde 1616. En México, el Colegio de San Ildefonso se construyó en edificio que todavía es orgullo de la capital y ha servido para alojar media docena de variantes de Universidad republicana, desde la Preparatoria de Barreda hasta nuestros días. Pero el edificio de la Institución es el mismo que le dió la Colonia.

En todos los órdenes las instituciones de la Nueva España superaban a todo lo que había en las otras naciones de América. Y es justo reconocer que también en todos los órdenes, España hizo en la Nueva España tanto o más que lo que hacía en

la Península. Como que con su sentido de la grandeza perdurable, el español no se sentía de paso en América; su posesión tenía raíces que desafían el tiempo y sus mudanzas.

En Michoacán, Vasco de Quiroga había iniciado la educación técnica de los indios, según métodos que no han sido superados y con resultados que todavía a la fecha se palpan. A estas escuelas y otras semejantes de la Colonia, debe el indio los oficios de que vive hace siglos y que le han permitido incorporarse a la civilización europea en pie de igualdad económica. Maestros carpinteros, herreros, ebanistas, albañiles, arquitectos, de todo esto había en las escuelas de la Colonia. De otro modo y sin las escuelas españolas, el indio habría permanecido de siervo de la gleba y la fusión de las castas no se hubiera logrado; no contaríamos hoy con una de nuestras mayores ventajas: la homogeneidad racial de nuestra población.

La ley de enseñanza primaria más antigua del país, no se debe a "las luces" de la penetración extranjera. La primera ley que mandó establecer escuelas primarias en la Nueva España es de 1783. Un poco más tarde, en el año de 1800, el Virrey Azanza se preocupaba por la difusión de la enseñanza primaria en nuestro país.

En el dominio de la ciencia también el siglo dieciocho mexicano es ilustre. Los primeros especialistas de la flora americana fueron españoles. En México realizaron estudios Sesse, Mociño y Echevarría; están estos estudios publicados en la obra "Nova Platarum et Mineralorium mexicanae", edición de Hernández en Roma, en 1651.

La escuela de Minas, establecida en 1783, se mantiene hasta la fecha como una de las mejores del mundo, y fué fundada por dos españoles, Elhuyar y del Río, autor el segundo de una Mineralogía mexicana. Y la escuela ha contado siempre, con personal hispano mexicano.

Por la misma época Don Antonio Alzate difundía el interes por la ciencia. Y contábamos con astrónomos y geógrafos como León y Gama y Don Carlos de Sigüenza y Góngora.

En 1773 se fundó la Real Academia de Bellas Artes, para recoger los tesoros de toda una escuela nacional que, aunque

reflejo de la española, tiene mérito considerable y representa el más serio esfuerzo artístico de la era colonial del Nuevo Mundo.

Vázquez y Echave, influenciados por la escuela de Sevilla, pintan en el diecisiete. Y en el dieciocho la producción pictórica se enriquece con las obras de Cabrera, Rodríguez Juárez, Sebastián de Ortega y el arquitecto Francisco Eduardo Tres Guerras.

En el Teatro, la Nueva España dió a la Metrópoli una gloria en la persona de Alarcón, y en la literatura descolló una poetisa, Sor Juana, ambos del siglo diecisiete.

A fines del siglo dieciocho se cantaban en México óperas cuando apenas si había teatros en Nueva York. La primera representación del Barbero de Sevilla, se dió en 1806. Y la Iglesia, por su parte educaba a las masas en los templos con la música gratuita de las ceremonias del culto. La masa indígena y los criollos unidos, escuchaban allí misas de Palestrina y de Victoria y cantatas y motetes de Monteverde. El buen gusto se difundía de esta suerte por todas las capas de la sociedad.

En 1693 se publicó el primer periódico que hubo en el continente, el "Mercurio Volante", y en 1728 empezó a salir la "Gaceta de México".

En cada Convento había una Biblioteca y a la fecha nuestros institutos provinciales no cuentan con mejor tesoro que las bibliotecas heredadas de los conventos.

Por desgracia, todo este esplendor era, como ya se ha dicho, luminaria de un ocaso. En Madrid la dinastía extranjera se hallaba al servicio de los intereses de Francia. Mucho ha sido alabado como Rey progresista y reformador, Carlos Tercero; en realidad su gestión interrumpe el desarrollo nativo y crea problemas y situaciones nefastos.

NUESTRA EXPANSION DURANTE LA COLONIA

Se ha hecho muchas veces la rectificación de que durante nuestra incorporación al Imperio Hispánico, nunca fuimos propiamente colonias sino provincias, con derechos y privilegios reconocidos por las leyes y la práctica. Los Virreyes que tuvieron la función ejecutiva máxima, siempre vieron su poder limitado por la magnífica institución jurídica que fué la Audiencia y por el Poder Municipal, que a semejanza de la Metrópoli, se desarrolló entre nosotros desde los comienzos de la Conquista, dando a nuestra vida garantías de libertad y de ejercicio democrático, que hasta ahora no han sido igualados por los regímenes republicanos.

Esto explica que en la época llamada Colonia, México no sólo disfrutase de autonomía interior, sino que pudo desarrollar su actividad en el sentido de toda nación pujante, o sea, mediante la expansión territorial.

Nuestra historia, de la Independencia a la fecha, ha consistido en una serie de pérdidas de prestigio y de mutilaciones territoriales que pronto nos hicieron abdicar la posición del primer país del Nuevo Mundo, hasta la categoría presente, que ya no es ninguna.

En la época colonial, en cambio, el proceso fué de continuo crecimiento: desde el área reducida del Imperio azteca, hasta los reinos zapotecas y mayas del sur y la distante Honduras, visitada por Cristóbal de Olid y por Hernán Cortés. Ritmo aún más amplio, tuvo la expansión por el Norte, desde los reinos tarascos de Michoacán hasta las Misiones de Sinaloa, Sonora y California, por un lado, y las de San Antonio de Béjar, por el Oriente. No debe olvidarse que por el Norte tuvimos de límite lo que hoy es Alaska, al mismo tiempo que por el Noreste nuestra acción se extendía a la Luisiana, y existe constancia de

que soldados de origen mexicano intervinieron en alguno de los episodios de la defensa de Florida contra bucaneros y escuadras enemigos.

Casi ninguno de nuestros historiadores ha llamado la atención de nuestros estudiantes, sobre el hecho de que fué Cortés el primero que sentó los lineamientos del mapa nacional del México de la Colonia, gracias a sus viajes y fundaciones, desde Honduras hasta el Golfo que hoy llaman de California los poinsettistas y bastardos que han pretendido borrar toda memoria de las hazañas del gran conquistador y civilizador.

Menos aún, se han ocupado nuestros historiadores, de lo que hizo la Nueva España como poder casi autónomo, en los mares que le pertenecieron, contribuyendo a la creación de establecimientos y fortalezas en el Golfo de México y en el Caribe y Las Antillas. La guerra que constantemente libramos en defensa de nuestro territorio amenazado por los bucaneros, cuenta con episodios gloriosos que no registra nuestra historia oficial. Los lanceros mexicanos contribuyeron a la defensa de La Española o sea lo que hoy es Santo Domingo, por el año de 1691. Sólo una historia mexicana, y por cierto la mejor de ellas, la de Don José Bravo Ugarte, registra este suceso, así como el siguiente: "En los años de 1774, 1775 y 1779, partieron de San Blas, al mando respectivo de: Juan Pérez, Bruno de Zeta, Ignacio Arteaga, con dirección a las costas de Alaska, a efecto de localizar los establecimientos de los rusos, para desalojarlos, por la fuerza, si era necesario. Pérez explora hasta el grado 56, sin encontrar a los rusos y ocupa la región de Nutka y la Isla de la Margarita. El mismo Pérez entra a la Ensenada de Dixon. En tanto que Ezeta llega hasta el grado 58, plantando en el lugar cruces, y por último, Arteaga, con un comandante, bodega y cuadra, explora hasta el grado 61. En 1788, 90 y 92, repiten las expediciones para arrojar a los rusos, habiendo estado la primera al mando de Esteban José Martínez y Gonzalo Gabriel López de Haro, que comprobaron que los rusos llevaban veinte años de establecidos; se les desconoció la posesión y volvió a hacerse a nombre de España. La segunda expedición al mando de Francisco Eliza, consumó un establecimiento en la Isla de Nutka y con-

tinuó las exploraciones. Por convenio con Inglaterra, sin embargo, en 1794, la Isla de Nutka se declaró libre de acceso para todas las potencias".

LA CONQUISTA DE FILIPINAS

Fué sistemáticamente olvidada por los historiadores liberales del Siglo XIX, llevados de su afán de ignorar la obra de la Madre Patria en el Nuevo Mundo, con lo que sin duda procuraban congraciarse con los ingleses.

Las Universidades norteamericanas, que tanto han hecho para rehabilitar el crédito colonial de España, también en el caso de Filipinas han contribuido con un glorioso libro del historiador William Lytle Schurz, registrado en 1939, que todavía no alcanza una traducción a nuestro idioma, tan retrasado en materias culturales. Se llama, la magnífica obra: "EL GALEON DE MANILA" y dice en la primera página: "El primer Galeón que se dirigió a Filipinas, cruzó el Pacífico en 1565; el último entró al puerto de Acapulco en 1815. Cuando la línea comenzó sus viajes, el Rey de las Españas era Felipe II, y la Reina de Inglaterra se llamaba Isabel Tudor. En esa misma fecha, Hernán Cortés cumplió dieciocho años de muerto, y Pedro Menéndez de Avilés creaba las primeras fundaciones en San Agustín de la Florida. Triste presagio fué el hecho señalado por Schurz, de que el fin de la compañía de los Galeones coincide con el lanzamiento de Hidalgo en México y la conquista de Nueva Orleans por virtud de la victoria de Andrés Jackson".

Desde entonces, todo fué, para nuestro Imperio, reducción y retroceso, así como avance y progreso para los ingleses y norteamericanos. Lo que había ocurrido antes, sin embargo, basta para dar orgullo y lustre al mejor pueblo de la tierra, y en aquella hazaña, la contribución de México, después de España, fué la primera.

La línea de navegación establecida prácticamente por nosotros entre Manila y Acapulco, duró en sus operaciones dos siglos y medio. Ninguna otra línea marítima, dice Schurz, duró tanto; ninguna otra requirió tanto esfuerzo ni ofreció mayores peligros.

Docenas de barcos y millares de tripulantes, perecieron junto con tesoros valiosos. En la lucha de los barcos contra los asaltos de los ingleses, se perdieron cuatro, entre otros el Santísima Trinidad, que en 1762 era el barco mayor del mundo. Nuestra supremacía en el Pacífico, que de esta suerte duró dos siglos y medio, no significa nada para los bastardos que han escrito nuestra historia republicana. Pero estos barcos eran, dice Schurz, para los pueblos de Hispanoamérica, las naves de China, o sea, los Galeones de Manila, que les traían cargamentos de sedas y especias y otros artículos preciosos del Oriente. Para los pueblos del Oriente, los navíos nuestros eran los argonautas que transportaban pesos de plata acuñados en México y en el Perú, y que llegaron a convertirse en la moneda básica de aquellas costas.

Para España, los Galeones eran el enlace de la Península con Filipinas y las Molucas.

Uno de los aspectos importantes para la civilización, derivado de aquellas travesías, fué el descubrimiento de la ruta dè regreso que, al igual que el derrotero de Colón en el Atlántico, contradice la teoría de que la línea recta sea la distancia más corta. Así como Morrison señala como el secreto del éxito el hecho de que Colón hubiera desistido de navegar en línea recta al Occidente, tomando al contrario una ruta muy hacia el Sur, fué también el secreto del éxito en el viaje de regreso de Filipinas a Acapulco, según la ruta descubierta por el gran marino español Andrés de Urdaneta, que por haber navegado primero hacia el Norte y más tarde al Oriente, hasta la costa de California, evitó los naufragios que habían castigado en el viaje de regreso a los primitivos navegantes.

No es posible juzgar aquella grandeza imperial del México de la Colonia, que enviaba tropas a Santo Domingo y a Florida y a las Filipinas y las Molucas, mediante barcos de guerra y de comercio construídos, en gran parte, en nuestros Astilleros. Los pobres Astilleros nacionales, que llevan un siglo sin haber construído siquiera un barco de cabotaje.

El libro de Schurz debería influir en la formación de cada cabeza mexicana, para levantar un tanto el espíritu nacional, que después de haber sido un gigante, suele dedicarse ahora a la

minucia de los episodios de luchas partidistas sin significación alguna para la cultura o con significación de signo adverso en no pocos casos.

En forma más breve, el historiador Bravo Ugarte nos da la reseña de las expediciones que a partir del Virreinato del gran estadista Don Antonio de Mendoza, partieron de nuestras costas con el afán de llevar la luz del Evangelio a los distantes territorios de las especies del Oriente. Los nombres de López de Villalobos, Miguel López de Legazpi y Andrés Urdaneta, debieran ser los padrinos de las Escuelas Navales de nuestra Patria.

EL REINADO DE CARLOS TERCERO

Fué lo que se ha llamado el déspota ilustrado. Introdujo progresos materiales relativos que, en general, se deben al curso natural de la civilización, pero que la propaganda adulatoria atribuye al que gobierna. En realidad, en ciertas épocas, el adelanto de la técnica impone el progreso, aun a las naciones peor gobernadas.

Carlos Tercero edificó un tanto Madrid, y sus Virreyes la capital de México. En cambio, se debe a Carlos III la militarización del reino, la organización del despotismo que después ha sido perenne. Comparado con el desgobierno de sus predecesores, resulta casi admirable que se hubiese enviado al Visitador Ulloa y que éste redactase las "Noticias Secretas" de lo que hacía en América Inglaterra soliviantando a las provincias, con el pretexto de la Independencia, y en realidad, para desbancar a España.

Lo que todo el mundo sabía y veía llegó a expresarse en letra impresa que circuló en secreto. Inútil secreto, porque los ingleses publicaron el aludido informe en Inglaterra.

En la Nueva España cambió Carlos Tercero el sistema del gobierno interior, militarizando, como ya se ha dicho, creando Intendentes en vez de gobernadores y subdelegados en vez de Alcaldes. El abuso se agravó con la práctica de nombrar Intendentes españoles con exclusión de los criollos, contrariándose la sabia política que había establecido Hernán Cortés, de nombrar para los más altos puestos a infinidad de caciques indios. A Carlos Tercero debemos, por lo tanto, el inicio de odio de castas, el comienzo de la desintegración de la fuerte unidad de la Colonia y eso que pretendía unificar, pero las medidas de unificación del despotismo son siempre artificiales y forzadas, y por lo mismo, deleznables.

A Carlos Tercero se debe también la expulsión de los jesuítas (1767) que, si, como se ha dicho, conspiraban contra él,

hacían bien, puesto que pretendían librar a España de una dinastía extranjera. El efecto de la expulsión fué desastroso para las Colonias y ventajosísimo para Inglaterra y los Estados Unidos. A tal punto que si la obra de los jesuítas en la Alta California y en Texas se hubiese acabado de desarrollar, quizás no hubiésemos perdido aquellos territorios; no se hubiesen perdido para el gran reino de la cultura y de la lengua de España, es decir, algo más importante que cada una de nuestras pequeñas patrias nacionales. Según Alamán la expulsión de los jesuítas fué consecuencia de una conspiración de los jansenistas y librepensadores franceses que amedrentaron a Carlos III, exagerando el peligro de supuestas conspiraciones, pero en realidad con el objeto de debilitar el Imperio español que con la ausencia forzada de la orden de Loyola, quedó quebrantado en América.

En su política exterior en Europa, también fué un traidor Carlos Tercero, como lo prueba el pacto de familia a que sacrificó los destinos de España. Por salvar el clan de los Borbones franceses, perdió España, al concluirse la guerra por el tratado de París, todos sus territorios americanos al este de Mississippi. Propiamente estas tierras eran mexicanas y hubieran seguido siéndolo a no ser por Carlos Tercero; por lo menos, nos hubieran servido de prenda y de muralla a la hora del choque con los nórdicos. Por los tratados susodichos perdimos también Terranova y derechos sobre Honduras. A pesar de estas evidencias, no faltan bastardos que todavía pronuncian el nombre de Carlos Tercero con reverencia y encomio.

LA IGLESIA EN LA COLONIA

Aliada desde el principio a todas las aventuras de conquistadores y colonizadores, es natural que lentamente se fuese convirtiendo en la Institución más poderosa del Reino. Su carácter durable le permite sumar el esfuerzo de las generaciones. El celibato de sus miembros, aligera la carga de sostenimiento del personal y reabsorbe los bienes del individuo que no deja vástagos. No necesitó la Iglesia al principio depender de Fundaciones, porque las iba creando. Cada misión era taller y célula agrícola; cada convento era casa de labor y huerto. En el co-

mienzo por lo menos, la Iglesia fué creadora de riqueza en medio de la barbarie y del desierto.

Más tarde, la misma amplitud de las funciones que desempeñaba explica el aumento considerable de sus recursos. La mayor parte de los servicios de beneficencia estuvieron encomendados a la Iglesia y casi todos los de enseñanza Una gran parte de los dineros de la Iglesia se empleó en la construcción de los conventos y templos que son hoy gala de la República y que todavía prestan servicio. Es de advertir, asimismo, que los dineros colectados por la Iglesia se gastaban en México y mantenían un personal oriundo, en su mayor parte, del país, y en beneficio del país mismo.

"Los recursos de la Iglesia —dice Pereyra— eran considerables, aunque no superiores al conjunto de atenciones que le imponía su situación especial".

Las fuentes de ingresos de la Iglesia eran: Los diezmos y obvenciones parroquiales y el producto de legados, donaciones y fideicomisos. Los capitales de la Iglesia se dividían en aquellos que administraba como banquera y las fincas rústicas y urbanas que administraba con fines de lucro. Había también los bienes destinados al servicio del clero y del culto, como Iglesias y casas curales, y los edificios y bienes destinados a objetos de beneficencia y enseñanza.

Los diezmos pasaban de dieciocho millones de pesos en la última década del siglo dieciocho.

Los capitales impuestos producían cerca de tres millones de pesos. Las fincas rústicas urbanas redituaban un millón.

Es decir, la Iglesia percibía veintidós millones de pesos que no cercenaba con remisiones al exterior. El Virreinato cobraba veinte millones, de los cuales sólo disponía en la suma de dieciséis y medio millones. El resto pasaba a la Corona.

La orden más rica era la de los Jesuítas. El Arzobispo de México percibía 130,000 pesos anuales. Y curas como Hidalgo ganaban mil pesos mensuales.

Nadie discute —dice Pereyra— el papel de la Iglesia como defensora de los indios en el comienzo de la Colonia. Pero también, más tarde, y ya establecida la nueva organización y cuando

se plantearon los problemas de la explotación de la tierra con jornaleros, surgió en el seno de la Iglesia un movimiento de protesta contra los privilegiados y en favor de los oprimidos. Ello lo prueba la literatura de rebeldía que circuló en los últimos años del siglo dieciocho autorizada por prelados como Fray Antonio de San Miguel.

El Estado pesaba, sin embargo, sobre el clero en forma absorbente, a causa del Patronato. Consistia éste en la facultad dada por el Papa, (Bula de Alejandro VI) a la Corona de Castilla para nombrar Obispos y señalar los límites de los Obispados. En general, el Estado, o sea el Rey, ejercitaba un poder absoluto sobre todo el personal eclesiástico y sobre sus rentas.

La inquisición en México tiene un aspecto favorable, y es que no se aplicó a los indios sino a los protestantes, judíos y extranjeros que se insinuaban para la propaganda de sus doctrinas, y para violación de los monopolios comerciales españoles. La Institución fué tiránica, pero los protestantes, en sus países del norte, ejercitaban los mismos métodos de represión, con azotes y tormentos, la misma intolerancia en materias de religión y de nacionalidad.

Los puestos más altos del clero los desempeñaban los españoles. Los puestos del bajo clero quedaban a cargo de los criollos, mestizos e indios.

La influencia social de Obispos y clérigos eran profunda y más duradera que la de Virreyes y Gobernadores.

EL MUNICIPIO EN LA COLONIA

Era tan fuerte el Municipio en toda la América, que no bastaron las Intendencias a destruirlo. El absolutismo francés halló resistencias en la vieja organización castellana. La vida municipal —dice Pereyra en su "Breve Historia de América"— no desapareció con las Intendencias. La misma Ordenanza de Carlos Tercero disponía, sin duda por respeto a la tradición democrática, que en todas las ciudades, villas y pueblos, de españoles, o, por mejor decir, de criollos y mestizos, se eligiesen dos alcaldes dentro del año siguiente a la creación de las Intendencias. Los regidores podían ser europeos, pero siempre predominaron en los

Ayuntamientos los criollos. El núcleo de la vida social era el Municipio. Esta institución fué la primera y la última de la organización creada por la dominación española. Cita Pereyra a Alberdi, el antiespañolista argentino, que dice:

"Antes de la proclamación de la República, la soberanía del pueblo existía en Sudamérica, como hecho y como principio, en el sistema municipal que nos había dado España". Otro antiespañol, Sarmiento, dice: "El Cabildo de Córdoba, se mostró durante muchos años a la altura del Parlamento inglés".

Esto, comenta Pereyra, parecerá una hipérbole de provinciano, pero ¿por qué no aceptar que algunos munícipes de Córdoba valieran lo que el mejor de los Pares? En toda la América fueron los Cabildos los promotores de las mejoras materiales y de la cultura.

GALVEZ, EL ULTIMO GRAN VIRREY (1765-1771)

Se recuerda con cariño a Don Antonio de Bucareli y Urzúa, que tomó posesión el 23 de septiembre de 1771. Se le deben muchas mejoras en la capital, una administración honrada y la fundación de un Hospicio de Pobres. En su gobierno, Don Pedro Romero Terreros, Conde de Regla, fundó el Montepío que todavía existe. En 1777 se construyó un Hospital de Dementes. Se estableció el Tribunal de Minería y se construyó el Castillo de San Diego en Acapulco.

Bajo el Virrey Mayorga, en 1779, o más bien dicho, por instrucciones de Don José de Gálvez como Ministro de Indias, contingentes mexicanos atacaron a los ingleses en Panzacola, a las órdenes de Don Bernardo de Gálvez, a efecto de ayudar a la Independencia de Norteamérica. Al mismo tiempo que se atacaba así a Inglaterra, por el Norte, el Gobernador de Yucatán, Don Roberto Rivas, batió a los ingleses en Belice apoderándose de varias embarcaciones. Seguían, pues, las tropas mexicanas interviniendo en los asuntos del continente. Los desembarcos de marinos eran entonces desembarcos hispanomexicanos. En vez de víctimas, éramos señores, no sólo en nuestra patria, también en los territorios comarcanos. Gálvez dió su nombre al puerto texano de Gálveston.

El Conde de Aranda reprobó estas expediciones; temía que el ejemplo yankee fomentara el deseo de independencia en las Colonias; si no hubiese estado cegado por la adhesión a un despotismo dinástico, habría visto que el interés de España estaba en quebrantar a los ingleses, que eran el enemigo fuerte. Si nuestra acción imperial hubiese continuado, no habrían tenido tiempo los Estados Unidos de invadirnos, como más tarde lo hicieron. Nos habrían hallado fuertes y bien consolidados. La expedición a la Florida para ayudar a la Independencia americana, es, en todo caso, una de las páginas gloriosas del ejército mexicano, una de sus pocas hazañas en el exterior, y, por lo mismo, digna de encomio.

Bajo la administración del Virrey Gálvez se reorganizaron los presidios del Norte y se emprendió campaña seria contra los apaches y comanches que cometían depredaciones en el territorio norte de Sonora, Sinaloa y Chihuahua.

El Pacífico se había vuelto un mar disputado. En 1741, Vitus Behring descubrió para Rusia el estrecho que lleva su nombre. El tráfico de pieles se desarrolló costa abajo. Atento al avance de los rusos, Gálvez decidió la ocupación permanente de la Bahía de Monterrey como base. En seguida, en 1776, fué ocupado y fortificado San Francisco. Más al norte, Juan Pérez estableció frontera en el paralelo cincuenta y cinco y exploró el estrecho de Nootka. En otras expediciones marítimas, Heceta, Bodega y Cuadra descubrieron la costa hasta los paralelos 49 y 58. Un Arteaga llegó después al 60, para impedir que Cook reclamase aquellas aguas.

Y para evitar que los rusos se colasen más al sur, Esteban Martínez fué enviado a tomar posesión de Nootka. Encontró allí unos barcos ingleses y los apresó. Pero en Madrid el gobierno reconoció a Inglaterra derechos para fundar establecimientos al norte de los españoles.

¡Como siempre, la Corona nulificando, estorbando el esfuerzo del español en América!

Hasta el Haití que hoy es francés y ha sido objeto de snobismo pictórico y artístico, estuvo bajo el dominio español en 1776, que lo ocupó una escuadra procedente del Perú, a fin de anticiparse a los ingleses.

Para defender tan vasto imperio, aparte de la marina que nunca bastó, idearon los ministros del déspota ilustrado, crear poderosos ejércitos de tierra. Y ya se sabe, cualquiera podía prever que dichos ejércitos no servían contra el inglés, que andaba embarcado, sino para prolongar indefinidamente el despotismo interno. Con ellos, la dinastía se armaba contra sus súbditos, mientras el inglés continuaba despojándonos.

En lo de adelante, nuestro ejército ya no iría a batirse a la Florida o a Santo Domingo, por la expansión del Imperio, por la gloria de la mejor civilización; se dedicaría al papel deshonroso en que está decaído desde hace siglos, papel de verdugo de sus propios connacionales y al servicio indirecto de poderes extraños. Al servicio de Francia bajo el traidor Carlos Tercero. Al servicio de los Estados Unidos durante tantos y tantos gobiernos republicanos.

Según Pereyra (opus. cit.) en 1804 el ejército de Nueva España se componía nominalmente de treinta y dos mil hombres; ya desde entonces la organización era muy deficiente desde el punto de vista de la eficacia para la guerra extranjera. Y también ya desde entonces, es decir desde la corrupción introducida por los actos de tiranía de Carlos Tercero, el ejército consumía casi la mitad de los gastos internos. En cambio, en la buena época, en la era *próspera de la Colonia que duró dos siglos y medio, la Nueva España no tuvo ejército.*

El papel del ejército aparecido en las postrimerías y en plena decadencia nacional, había de ser oponerse a los insurgentes bajo Calleja; en seguida, traicionar a los realistas bajo Iturbide y más tarde crear gobiernos y presidentes al servicio siempre de intereses extraños a la nación, contrarios al bien público y a la libertad.

Las rentas se dividían al final del régimen hispánico en tres clases: Masa común; derechos de oro y plata, alcabala, tributos de indios, etc.; Segunda Clase: Masa remisible a España: Estancos del tabaco, de los naipes, etcétera; Tercera Clase: Destinos particulares, que se distribuían como sigue:

Gasto del Reino	$ 16.500,000
Situados a otras provincias americanas	3.500,000
Remisión a España	6.000,000

Los gastos del interior del reino se repartían como sigue:

Presupuesto de guerra	$ 4.000,000
Sueldo del Virrey, Intendencias, etc	400,000
Audiencias y Tribunales	400,000
Cárceles, hospitales, pensiones	2.500,000
Gastos de administración, manufacturas reales, etc. .	3.500,000

Al iniciarse el siglo diecinueve, la población de México era de seis millones, divididos en un millón de criollos, cuarenta mil españoles, tres millones y medio de indios de raza pura y millón y medio de mestizos.

La mejor crítica del régimen colonial es la formulada por el español Abad y Queipo, Obispo de Michoacán. Con la franqueza habitual de los hombres de su raza, Abad y Queipo señala lo que llama las cuatro llagas de la época: desorden económico, opresión de la raza del país, abusos administrativos y abusos del patronato. Calcula Abad y Queipo que la Nueva España contribuía con una sexta parte de la renta real de la Península. Contribuía, además, para los gastos de policía y de administración y guerra y sostenía ciertas erogaciones de provincias como Manila, Luisiana, La Florida, Trinidad, Puerto Rico, Santo Domingo, La Habana, en cuyos astilleros se construía buena parte de la real armada con dinero mexicano. El criterio de las épocas decadentes se inclina a ver en todo esto una explotación padecida por México. Este punto de vista es falso y mezquino. En realidad, México era el centro de este mundo americano antillano y de la Oceanía. Y si en muchos casos el oro de México iba rumbo de aquellos pueblos, también hay que tomar en cuenta los enormes beneficios que México derivaba de su papel de metrópoli de semejante zona cultural. El dato estadístico nada vale si se le juzga aisladamente. El que México enviara oro a España o a Manila no excluye, supone la realidad, o sea que México recibía, en cambio, sedas y frutos del Asia, vinos, aceites, fruta y géneros de España.

Por eso el punto de vista exacto no es el del panfletista Abad y Queipo, que aunque poseía visión de sociólogo, no dejó de caer en las exageraciones del polemista. El punto de vista exacto es el del hombre de ciencia como Humboldt y éste no sólo

absuelve a la Colonia, sino que en estudio, el más concienzudo que jamás se haya hecho, levanta a México a la altura que por entonces merecía, entre las primeras naciones de la Tierra. (1)

LOS BUCANEROS

Llegaron tarde los ingleses al festín colonial de América, y no porque no viesen desde el principio las ventajas del Nuevo Mundo, sino porque no podían en la época enfrentarse a los portugueses ni mucho menos a los españoles. Pero constantemente, ingleses y angloamericanos de la costa oriental del norte codiciaron las tierras fértiles de la zona tropical. Desde el año de 1633 vemos a los puritanos estableciéndose en la isla Providencia. Lo que obligó al Gobernador de Cartagena, Don Antonio Maldonado, a combatirlos. Derrotada la expedición de Maldonado, en 1641 el Almirante Díaz Pimienta logró destruir la colonia y trató con humanidad a los prisioneros.

Pero los intrusos no escarmentaron. Unas veces la marina inglesa abiertamente y otras veces corsarios que si eran vencidos no tenían patria y si triunfaban obtenían sitio en la nobleza británica, lo cierto es que no paró la lucha durante la Colonia, lucha de la autoridad española que auxiliada por sus colonos defendía sus territorios legítimos, y el poder naval de Inglaterra que estaba en acecho de la debilidad española, agravada por la extensión de las posesiones, el descuido, la ineptitud de sucesivas administraciones.

Llena de episodios brillantes unos, terribles los más, se puede decir que la acción de piratas y bucaneros se desenvuelve en torno a dos o tres grandes batallas navales. La de la Invencible, que dejó quebrantado para siempre el poder de España; la de Trafalgar, en que quedó victorioso Nelson, y las de Santiago de Cuba y Cavite, que dieron a la escuadra de Norteamérica el dominio de los últimos mares que controlaba España.

La capitana de los piratas fué la Reina Isabel. Antes y después de la Invencible, ella dió el ejemplo de alentar a los aventureros del mar a que viviesen del botín, ya que no habían

(1) Véase el "Ensayo Político sobre la Nueva España", de Humboldt (1811. París).

logrado descubrir las tierras nuevas y crearse en ellas reinos. En tiempos de Isabel una escuadra inglesa, a las órdenes de Drake, consumó el saqueo de Santo Domingo, Cartagena, San Juan de la Florida y Jamaica. Pero no dejó establecimiento colonial en el continente; no capturó isla alguna importante.

El Plan de instalarse de modo permanente en las zonas de la soberanía española, procede de la época de Cromwell. El Dictador hizo suyo el proyecto Tomás Gage, autor del libro "New Survey of The West Indies", en que se dan los lineamientos de un plan para apoderarse de las Colonias españolas de América. En agosto de 1654, Cromwell organizó una poderosa expedición naval a las Indias Occidentales que puso bajo el mando de los Almirantes Penn y Venable. Con típico fanatismo de protestante declaraba Cromwell que el objeto de la invasión era "librar a los naturales de la dominación de España y de las crueldades de la Inquisición".

La flota de Cromwell se aprovisionó en Barbados, que era ya el punto de cita de los Bucaneros de Holanda, Inglaterra y Francia. El nombre de bucanero es equivalente de pirata y filibustero y se aplicaba a todos los sin patria de la guerra marítima por las presas. En los navíos de Cromwell iba en persona Tomás Gage, el cerebro de la arriesgada empresa y que era un dominico renegado. La primera posesión española atacada fué Santo Domingo, cuyo Gobernador Meneses Bracamonte, con unos cuantos centenares de soldados españoles, rechazó a toda la flota inglesa. Dolidos de su fracaso, Penn y Venable se dirigieron a Jamaica donde sólo había quinientos hombres capaces de tomar las armas. En la expedición inglesa iban seis mil combatientes, de suerte que les fué fácil apoderarse de la isla, lo que consumaron en mayo de 1551.

La derrota que Blake infligió a la armada española en Tenerife, en 1657, impidió la reconquista de Jamaica, que se quedó de colonia inglesa, con grave perjuicio de su porvenir como nación.

Por esta misma época los franceses ocuparon algunas posiciones en el Caribe, pero nadie logró poner un pie en el continente. La base de Jamaica, sin embargo, sirvió para dar impulso

a la piratería. El jefe más notorio de las depredaciones en tierra hispánica fué Henry Morgan. Lo apoyaba Modyflord, el Gobernador de Jamaica, que con él compartía el botín. Como Almirante de los Bucaneros, Morgan asaltó un suburbio de La Habana en 1668. En el mismo año tomó Puerto Bello, que fué saqueado. En seguida, con una flota de 8 navíos y 180 cañones y dos mil soldados, Morgan consumó un desembarco en el Istmo de Panamá, llegando hasta la ciudad del Pacífico del mismo nombre en 17 de enero de 1671. Después de combates sangrientos, la ciudad fué ocupada y saqueada y sujeta a un fuerte rescate. Regresó a Jamaica Morgan después de asolar a Panamá, y para disfrutar junto con el botín el título de nobleza que le confirió su gobierno. En Jamaica dejó Morgan, según dice Means en su notable libro "The Spanish Main", un buen número de hijos mulatos cuyos descendientes llenan el valle de Yalahs.

En 1697 y en leal combate los franceses capturaron a Cartagena, que fué devuelto a España por los tratados de paz respectivos.

Con anterioridad nosotros habíamos sufrido las incursiones de los piratas, pero la energía de los Virreyes de la buena época logró ahuyentarlos de nuestras costas. Notorio entre todos fué Hauwkins, el inventor de la trata de negros. En mil quinientos treinta y nueve el primer Hauwkins desembarcó su primer cargamento de esclavos en el Brasil; en 1567 un hijo de Hauwkins, acompañando a Drake, se metió a Veracruz y con pretexto de consumar reparaciones en sus navíos, se apoderó de la isla de Sacrificios. Llegaba a la sazón una escuadra española que conducía el Virrey Henríquez de Almanza. Apenas desembarcó el Virrey, ordenó que Drake fuese atacado; en seguida los navíos españoles lo pusieron en fuga, le quitaron el botín que cargaba, le hundieron siete barcos. Después de esto y para conmemorar como hombre su victoria, el gran Virrey mandó fortificar a Veracruz, la Isla del Carmen, Acapulco y San Blas. México se vió así libre de los piratas durante casi un siglo. El célebre Drake tuvo que retirarse de nuestras costas. Regresó a Inglaterra, obtuvo apoyo y capturó el galeón de Filipinas en 1578, pero ya no hubo quien soñara con desembarcos en tierras de México.

Contra la actitud gloriosa de Henríquez de Almanza con la conducta miserable observada por todo el mundo en 1683, cuando el ataque de Lorencillo a Veracruz. Se esperaba en el puerto la llegada de dos barcos procedentes de Caracas, cargados de cacao. Aprovechando esta circunstancia, Lorencillo se introdujo al puerto al atardecer y en la noche la población se entregó al sueño habitual. Al amanecer las calles del puerto estaban ocupadas por los piratas, que en la noche habían rendido la escasa guarnición de los fuertes. Echando abajo las puertas de las casas, Lorencillo, con sus ochocientos hombres, capturó a los vecinos principales; los llevó a todos a la plaza pública. Las casas, entre tanto, fueron saqueadas. Seleccionados los prisioneros, unos fueron conducidos a la cárcel, otros quedaron presos en las iglesias, hasta que pagaron rescates crecidos. Las principales mujeres fueron violadas. Tres días duraron dueños del puerto los piratas. Al cabo de ellos, empezaron a asomar fuerzas que lentamente venían de la capital. Asimismo, dos buques de guerra que con anticipación andaban dizque persiguiendo a los enemigos. Tranquilamente los de Lorencillo se retornaron a la Isla de Sacrificios para repartirse el botín y después se retiraron sin ser perseguidos. La marina española, comenta Bancroft, había perdido el don de prontitud. El funcionarismo, en efecto había vuelto ineficiente toda la maquinaria administrativa.

Pero hubo algo peor; se comenzó a perder el decoro. La ciudad de Veracruz que, indignada, debió fletar barcos de guerra para consumar la persecución, la destrucción de Lorencillo, hasta vengar el agravio o arruinarse y perecer, no hizo que todos sus hombres se lanzaran al mar en expedición punitiva; en vez de eso, decidió... celebrar festejos... Se hicieron fiestas porque los piratas se habían retirado... Hubo repiques de campanas y cohetes y quizás también la desvergüenza de algún baile con las deshonradas, pero nadie juró dedicar su vida a la venganza. Al contrario, sucedió algo todavía peor: cada año se celebraba con misas, repiques y festejos, el triunfo... de que Lorencillo se hubiese retirado satisfecho, cargado de rescates y relamiéndose con el recuerdo de las honras deshechas.

Esto es lo vergonzoso. Se había perdido la dignidad co-

lectiva y se aceptaba como victoria lo que era pública vergüenza. Y se iniciaba un hábito que ha deshonrado después a la República: la conmemoración de las derrotas más notorias. El culto a la derrota, el disimulo de la propia bellaquería y falsificar la gloria, he allí los vicios de la decadencia. Y también la corrupción que en seguida contamina aun a los que escriben la historia de estos períodos despreciables.

Después de las misas en honor de Lorencillo, era natural que no se tuviera empacho un siglo más tarde en colaborar con los ingleses descendientes de los piratas, para la destrucción del poderío español, con pretexto de la Independencia; en realidad, para que conquistasen el dominio de los mares de América los anglosajones, que con razón ven en los bucaneros, los predecesores del monroísmo.

INTOLERANCIA Y ESCLAVITUD

Se ha escrito la historia de la Colonia fijando la atención en sus lacras y nunca en sus beneficios, como que casi todo lo que se escribió tenía por objeto reforzar la propaganda independiente. Y no pretendemos sostener que no hubo abusos, que no hubo crímenes. Lo que urge tener en cuenta es que estos abusos y estos crímenes no eran exclusivos de las Colonias de España. La situación era peor en las Colonias de los ingleses.

El famoso libre examen de los protestantes no engendraba la concordia sino la persecución. En 1636, William Rogers, fundador de Providence, se quejaba del dogma sanguinario de la persecución que regía en Massachusetts. Con emigrados y perseguidos de Massachusetts se establecieron las colonias de Connecticut.

El pacto de los viajeros del Mayflower, dice Pereyra (Opus cit.) era un gobierno de individuos que se obligaban a vivir de un modo pacífico y ordenado bajo la autoridad civil que ellos mismos elegían... pero todo elemento indócil quedaba excluído y padecía el destierro, la cárcel, los azotes, la horca. Los cuáqueros, por su parte, inspiraban terror.

El Parlamento inglés los llamaba "gente perversa y peligrosa". Para que la Nueva Inglaterra adoptara un régimen de limi-

tada tolerancia fué preciso que el gobierno de Londres impusiese su autoridad. La tolerancia se extendía a las diferentes sectas protestantes, pero no a los católicos.

El régimen de propiedad era el de los fundos extensos, lo que dió lugar al empleo de esclavos negros. La línea de color fué siempre rigurosa, pero eso no impidió que hubiese también esclavos blancos. El primer envío en este orden fué un cargamento de cien niños pobres de Inglaterra hecho en 1619 y otro en 1620, a los cuales se les explotaba durante largo tiempo. En 1774 se publicaban anuncios de venta de lotes de cincuenta esclavos alemanes.

La pena pública sobrevivió a la declaración de los Derechos del Hombre, implícita en el acta de Independencia.

LA INDEPENDENCIA

La independencia de los pueblos americanos es el resultado de la desintegración del Imperio español. Ninguna de las naciones de América había llegado a las condiciones de madurez que determinan la emancipación como proceso de crecimiento natural. Nuestra emancipación fué forzada por los enemigos del exterior. Ni estábamos preparados para ella ni la deseábamos. En México los diversos intentos de rebelión contra España, instigados todos por los agentes de Inglaterra y Estados Unidos, fracasaron de la manera más rotunda. Y cuando en mil ochocientos veintiuno, ya toda la América del Sur se había hecho independiente por la fuerza de las armas, a México no le quedó otro recurso que sumarse a la deserción general. Lo que se hizo mediante la conjuración que acaudillara Iturbide. Para simular que se trataba de una aspiración nacional, fué menester que se trajera como curiosidad, de las montañas del Sur, a uno de los primitivos insurgentes que ya todo el mundo había olvidado: Don Vicente Guerrero. Contra la buena organización y lealtad mexicanas, se habían estrellado las intrigas del imperialismo británico. Nuestros héroes de la Independencia, Hidalgo, Morelos, Rayón, estaban olvidados cuando Iturbide nos separó de España, de acuerdo con las autoridades españolas de México. Y el hecho de que hoy Hidalgo, Morelos, Rayón representen lo más querido y más puro de la epopeya nacional se debe más que todo, según ya se advierte leyendo la historia de Alamán, a la propaganda a la que no es ajeno el mismo elemento que nos forzó a la Independencia y nos ha seguido manejando unas veces por medio de la violencia franca, otras veces por el recurso más peligroso de la fabricación de mitos y la difusión de ideas contrarias a los verdaderos intereses de nuestra patria.

Es cierto también que España misma contribuyó a que nosotros no pudiésemos ni defenderla, ni defendernos. La traición comenzó en la Metrópoli, gobernada por Borbones que siempre han puesto en primera línea sus intereses personales y sólo después los de los pueblos por ellos gobernados.

El caos producido en España por la invasión napoleónica nos dejó sin cabeza. Y el despotismo, al no permitir que haya más de una cabeza, deja a las naciones y a las provincias desorientadas y desamparadas en las grandes crisis colectivas.

No se necesitaba mucha penetración para comprender que la Independencia, en las condiciones en que se produjo, cuando aún no concluía el largo duelo de ingleses y españoles, de latinos y anglosajones, tenía que dejar a México a merced de los Estados Unidos. A la América del Sur a merced de Inglaterra.

Los hombres de más clara visión de la Colonia y los más patriotas, como por ejemplo, el Obispo Abad y Queipo, dieron a México por perdido y con razón, desde que se vió que era inevitable su independencia.

Los ignorantes se lanzaron a la guerra de insurrección instigados, engañados por agentes del extranjero rival de España y ambicioso de conquistarnos para su propio beneficio. Desde el principio, la guerra se propuso destruir a los españoles que representaban la fuerza y la cultura del país. De igual modo que más tarde se desarrolló la lucha contra el criollo y hoy se libra contra el mestizo, todo a pretexto de libertar al indio; en realidad, para desenraizar la cultura española y reemplazarla con la nórdica.

Los dos pueblos más penetrados de la influencia española, México y el Perú, se resistieron a la independencia y la debieron a esfuerzos del exterior. Al Perú lo libertaron colombianos y argentinos. México se libertó cuando ya no podía menos que hacerlo. Si la emancipación hubiese sido el efecto saludable del desarrollo, es evidente que México y el Perú, los pueblos maduros, habrían sido centros de la guerra independiente y promotores de ella en el resto del continente.

Al contrario, vemos que la revolución triunfa en los pueblos menos bien integrados, más expuestos a los efectos de la penetración extranjera.

Durante el siglo dieciocho —observa Pereyra— la situación material y moral de los países hispanoamericanos mejoró constentamente, pero la Metrópoli bajó en la esfera internacional. Ahora bien: los medios de defensa de este enorme Imperio estaban en la Metrópoli y se usaban en la Metrópoli para fines ajenos a las Colonias. Esto explica que las Colonias quedaran desamparadas. A la vez su riqueza creciente era una tentación para los países dominadores. La oportunidad de la Independencia estaba en cierto modo indicada por la debilidad de la Metrópoli, pero lo que no se vió, o lo vieron muy pocos, es que una vez consumada la independencia no tendrían medios propios de defensa las nuevas nacionalidades. Y quedarían, como quedaron, a merced de sus enemigos naturales que eran los enemigos de España.

Sin saberlo, todos los promotores de la independencia hispanoamericana trabajaron para Inglaterra o trabajaron para los Estados Unidos. En México debe haberse comprendido el peligro, debe haberse sentido de un modo instintivo; por eso la masa del pueblo no simpatizó con el movimiento insurgente y los espíritus más claros se abstuvieron de apoyarla. En Venezuela, donde había menos consistencia nacional, los mejores hombres del país se lanzaron a la revolución.

Se ha hablado mucho de que el ejemplo de la Revolución norteamericana electrizó a los pueblos de América deseosos de emanciparse. No cabe duda que los diversos agentes de la propaganda inglesa aprovecharon este ejemplo para desintegrar el mundo hispánico, pero a poco que se examine el movimiento americano, se le encuentran diferencias fundamentales con lo nuestro. En los Estados Unidos nunca se dió al movimiento independiente el sentido de una guerra de castas. Para que Morelos, por ejemplo, fuese comparable a Washington, habría que suponer que Washington se hubiese puesto a reclutar negros y mulatos para matar ingleses. Al contrario, Washington se desentendió de negros y mulatos y reclutó ingleses de América, norteamericanos que no cometieron la locura de ponerse a matar a sus propios hermanos, tíos, parientes, sólo porque habían nacido en Inglaterra. Todo lo contrario, cada personaje de la revolución norteamericana tenía a orgullo su ascendencia inglesa y buscaba un

mejoramiento, un perfeccionamiento de lo inglés. Tal debió ser el sentido de nuestra propia emancipación, convertir a la Nueva España en una España mejor que la de la península, pero con su sangre, con nuestra sangre. Todo el desastre mexicano posterior se explica por la ciega, la criminal decisión que surge del seno de las chusmas de Hidalgo y se expresa en el grito suicida: mueran los gachupines...

Ni a Washington, ni a Hamilton, ni a Jefferson, a ninguno de los Padres de la Independencia yankee les pasó por la cabeza la idea absurda de que un piel roja debía ser el Presidente o de que los negros debían ocupar los puestos desempeñados por los ingleses. Lo que nosotros debimos hacer es declarar que todos los españoles residentes en México debían ser tratados como mexicanos.

La idea de que la independencia tendiera a restablecer los poderes del indígena, no fué idea de indígenas. La emancipación, ya se ha dicho hasta el cansancio, no la idearon ni la consumaron los indios. La idea de soliviantar a los indios aparece en los caudillos de la emancipación que no encontrando ambiente para sus planes entre las clases cultas, recurrieron al arbitrio peligroso de iniciar una guerra de castas, ya que no les era posible llevar adelante una guerra de emancipación. Y a este cargo no escapa ni Bolívar, que en Colombia lanzó a los negros contra los blancos a fin de reclutar ejércitos. A los del Norte, semejantes procedimientos les hubieran parecido desquiciadores y lo son.

Fué, pues, un crimen, el hecho de lanzar a los de abajo contra los de arriba, sin plan alguno de mejoramiento social, y tan sólo para tener soldados. En realidad, la idea de poner al indio al frente del movimiento insurreccional fué una idea inglesa. Uno de los que primero hablaron de confederar al continente hispánico bajo el cetro de un descendiente de los Incas, fué Miranda. Las ideas se las dieron a Miranda ya hechas sus amigos, los dos mayores enemigos de la obra española en América, o sea los franceses y los ingleses.

Si durante la guerra de Independencia de los Estados Unidos algún agitador hubiese hablado de que el país nuevo debía ser gobernado por los piel-rojas, seguramente lo fusilan los patriotas como traidor. Entre nosotros todavía halla sonrisas quien

habla de devolver el país a los indios. La propaganda inglesa bien sabía que los indios ni siquiera se darían por enterados; pero contaba con la ligereza, la vanidad, la estulticia de los criollos y los mestizos. Y aprovechaba ambos contra el español, porque destruído el español, estos países quedarían sin soporte étnico y divididos, por lo mismo, a merced de una nueva dominación.

Sin duda que un México gobernado por indios, convertido otra vez en azteca, se haría presa tan fácil como lo fué para Cortés.

Aun suponiendo que lo indígena mereciera la restauración, lo que es absurdo imaginar, es obvio que los pueblos no retroceden trescientos años. Mucho menos en el caso de México en que ya la raza misma, aparte de las costumbres y las ideas, se había transformado.

El desprecio de la propia casta es el peor de los vicios del carácter. Pero era él la consecuencia de la propaganda realizada por Inglaterra durante la guerra de Independencia. México era todavía, por entonces, el país mas poblado de América. No había, pues, motivo para que se pusiese a regalar tierras cuando tantos de sus hijos carecían de patrimonio. Y contra el pretexto de la capacidad para el cultivo de los extranjeros sajones, pudieron abrir los ojos los seudoestadistas del partido América, los poinsetistas, para observar los cultivos de los indios de Xochimilco a un paso de la capital, ejemplo de la más perfecta explotación de hortalizas que haya en el mundo. Y procedía de ese feliz período de colaboración estrecha de indios y españoles que hasta hoy ha sido el único tipo fecundo de elaboración de riqueza en nuestro territorio.

Pero duró tanto el prejuicio de que sólo mediante la entrega al extranjero, el país se haría grande, que uno de los propósitos de las leyes de Juárez fué desposeer a la iglesia que era mexicana, para dar las tierras a sus aliados yankees. Y la política agraria de Díaz no fué otra: la de las concesiones sin medida a compañías extranjeras, norteamericanas, por supuesto. Y finalmente, y como epílogo, la actual revolución, que al desposeer, malbaratar, aniquilar al propietario mexicano, ha logrado ya que el cincuenta por ciento de la propiedad territorial esté en manos de norteamericanos.

Lejos de pensar en los pactos de la conquista, el pueblo de México simpatizaba con España en su lucha contra Inglaterra. Así lo probó el incidente de Buenos Aires.

La cosa grande y noble que Bustamante haya hecho en toda su vida de mediocre actividad prolija, es haber mandado levantar un monumento a los caídos en la defensa victoriosa de Buenos Aires contra los ingleses. No se limitó Bustamante al decreto del monumento sino que, inspirado por un patriotismo bien orientado y auténtico, se entusiasmó tanto con la trascendental victoria de los argentinos, que mandó acuñar una medalla para perpetuar la más gloriosa acción de armas del continente latino y el testimonio de la fidelidad del pueblo de México a la causa de España. Lamentable es que esa política no haya encontrado continuidad. Es evidente que colocados entre España e Inglaterra, entre España y los Estados Unidos, sólo un traidor de los más feos instintos, sólo un hijo de padre dudoso puede vacilar un instante; un deber más alto que el patriotismo, el llamado de la sangre, lealtad a la propia cultura y al idioma, que es forma del alma, obligan sin vacilación a estar en carne y hueso con España. Tal es el significado de la victoria argentina sobre los ingleses. Y por nuestra parte, celebrar esa victoria no era sino expresión obligada de nuestra lealtad a la causa grande que es la causa de la cultura a que se pertenece, y por encima de la causa pequeña y accesoria, que era la guerra de Independencia de España, una guerra que podía esperar o podía perderse, sin que la totalidad de nuestra vida colectiva padeciese, sin que uno solo de nuestros territorios corriese riesgo, sin que nuestro destino nacional padeciese merma.

La medalla de Bustamante decía: "Siempre Fieles.—Siempre Unidos.—1838.—" Y narra Alamán que en todo México hubo regocijo, cuando triunfaron los argentinos de los ingleses, cuando España se levantó contra los franceses. Y se hizo oferta de recursos y de voluntarios para la guerra al enemigo común que más tarde sugirió a Hidalgo, a Morelos, la guerra criminal, la matanza desleal, precisamente de los españoles, de nuestros padres, de nuestros hermanos. Y todavía andaban sueltos aun por nuestras plazas y calles, los demagogos con elocuencia de mezcal criollo vociferando en favor de las abstracciones: libertad, igual-

dad, fraternidad, mientras los agentes de la doctrina Monroe movían los hilos de la política en favor de una nueva desigualdad de los mexicanos enfrente de los nuevos conquistadores anglosajones. La infame declaratoria de Monroe, infame de parte de los nuestros que la han alabado, según la cual se nos reemplaza, sin consultarnos, la soberanía del anglosajón por la soberanía del europeo peninsular.

LA DOCTRINA PERVERSA

Que un pueblo en un momento dado de su desarrollo se separe de su nación matriz, es un derecho que nadie discute; que una sociedad cualquiera se rebele contra los abusos del despotismo, es un deber que todos recomendamos se cumpla; pero hay veces en que el modo, las razones y las oportunidades malogran, corrompen los mejores propósitos. La acción de nuestros enemigos naturales, los enemigos de los españoles, logró causarnos tanto daño porque se valió de los mismos que debieron advertir sus riesgos. Por ejemplo, el Padre Mier, que nos es presentado como el inspirador de los movimientos de la Independencia, desarrolló su propaganda en Londres, a sueldo siempre del Almirantazgo británico. ¿Acaso los compromisos que de esta suerte adquiriera lo llevaron a hacer suya una justificación de la Independencia, favorable al orgullo británico porque presentaba como libertadores a los que pocos años antes habíamos batido como piratas? Afirmaba, en efecto la doctrina inglesa, que México se separaba de España porque habían sido violados los pactos de la conquista. ¿Cuáles eran esos pactos? ¿A quién se le ocurrió que existieron, y, en caso de haber existido, cómo es que el fenómeno de la independencia latinoamericana alcanzaba mejor ímpetu en la Argentina, donde no hubo indios que pudieran celebrar tales pactos? ¿Por qué México, el país típicamente indio, era precisamente el que menos entusiasmo mostraba por la Independencia, según lo prueba el hecho de que nunca hubo en México campañas militares comparables a las de Bolívar, a las de San Martín? El padre Mier no parece haberse hecho esta pregunta; su visión era demasiado corta y su criterio no estaba libre; había dejado de ser súbdito de España para trasformarse en asalariado de los

enemigos de España. De otro modo hubiera visto que los Estados mayores ingleses, los voluntarios de Irlanda, los navíos tomaban el rumbo de la Argentina porque las bocas del Plata eran objeto de la codicia inglesa y no la meseta mexicana. Ya desde entonces el buen instinto imperial de los anglosajones se anticipaba a la división que más tarde se haría clara: las Antillas y México hasta Panamá eran ya zona de influencia de los Estados Unidos y sólo la América del Sur quedaba abierta a la dominación exclusiva de los británicos. Nada de esto sospechó Mier, y ni siquiera supo expresar los motivos decorosos de la independencia; la ambición de los mexicanos a regir a su propio país sin intervención de europeos ya fuesen españoles o ingleses, y peor si eran ingleses. Y no sólo no habló contra el peligro inglés, sino que propagó la tesis de los intervencionistas tradicionales, la hipótesis de las reivindicaciones indígenas que entonces se hacían valer contra el español y que después se esgrimieron contra el criollo y hoy se aprovechan para desposeer, para perseguir al que habla español sin exceptuar a los indios. Se habla, en efecto, de reivindicaciones indígenas como si a la llegada de Cortés los indígenas hubieran sido propietarios, como si la propiedad y el concepto cristiano de los derechos de la persona humana no hubiesen aparecido, precisamente con la conquista. Advierte con justicia Alamán que la patraña de los pactos de la Conquista es únicamente una imitación de los arreglos que Inglaterra sí celebró con los inmigrantes del "Mayflower". Como es natural, en dichos arreglos de ingleses con ingleses no intervinieron para nada los indios de Norteamérica. En todo caso, la analogía hubiera estado en que los descendientes de los conquistadores reclamasen al soberano de España. Pero lo cierto es que la independencia de Nueva España la promovían los criollos y los españoles de Nueva España, los mexicanos todos de la más reciente generación y no para recuperar derechos usurpados de ningún género. Al contrario, los descendientes de Moctezuma, así como los de otros muchos personajes de la época azteca, vivían en España en calidad de nobles y se oponían a la Independencia que les hacía perder sus títulos y sus ventajas. Los que promovían la independencia, observa con razón Alamán, no tenían otro derecho sobre el suelo de México que el derivado de la conquis-

ta. Tenían, además, podemos añadir nosotros, el derecho de todo el que nace en un territorio, derecho de intervenir en la forma de gobierno que ha de darse. Pero hablar de reivindicaciones indígenas en nombre de un nacionalismo que no existió jamás, es algo que no podía nacer de la entraña del pueblo mexicano, sino que le era inspirado desde afuera, como una ponzoña destinada a envenenar su futuro.

LA LEALTAD MEXICANA

Al principio descorazona pensar en el papel poco airoso que México desempeña en el panorama general de la Independencia hispanoamericana. Ni figuras de renombre internacional y capacidad egregia como Miranda, el de Venezuela y Francia; ni guerreros de genio como Bolívar, ni grandes almas como Sucre, ni patriotismos excelsos y esclarecidos como el de San Martín, ni estadistas como Santander, ni héroes de visión clara a lo Morazán; nada de esto produjo la Independencia mexicana. Nuestras dos figuras principales de la época, Hidalgo y Morelos, son citados siempre por cortesía continental, a la zaga de los grandes libertadores sudamericanos. Y en verdad que no es posible compararlos con la brillante plana mayor venezolana, o con la generación de estadistas que en la misma época dió la Argentina. El Perú tampoco tiene héroes magnos en esta gesta y más bien su Independencia se la hacen, como a nosotros, desde afuera. Y, sin embargo, no se puede negar que México y el Perú eran los dos pueblos más adelantados de la América Española. Por eso mismo, pienso yo, la intriga inglesa pudo en ellos menos que en las demás naciones americanas. En México y en el Perú se pensaba en la independencia, pero a la vez se comprendía que no eran los años primeros del siglo el momento más oportuno para realizarla. Los patriotas auténticos de entonces ya habían visto la necesidad de aflojar los lazos que nos ligaban a España, pero eran leales o acaso pensaron, y con razón, que es parte de la soberanía y condición de una verdadera independencia, el *saber elegir el momento más conveniente para el pueblo que trata de independizarse;* por ejemplo, aquel en que el rompimiento con el país de origen puede provocar menos resentimiento. Y muy bien

observa Alamán y observaron todos los patriotas de México y del Perú, salvo los que estaban a sueldo del Almirantazgo británico, que "era poco generoso pretender apartarse de una nación con la que México estuvo ligado por tres siglos —una nación que había creado a México, podemos decir hoy—, negándole los auxilios que pedía en su mayor apuro y para sostener una guerra en la que estaba empeñada la independencia de la Metrópoli y se llevaba adelante con heroísmo". Lo que mejor nos reconcilia con el carácter mexicano es la lista de las remisiones cuantiosas que se enviaron a España en la primera década del siglo para ayudarla a combatir a Napoleón. El mismo Hidalgo, que era impulsado por fuerzas cuya intención no lograba él mismo abarcar, tuvo siempre esta preocupación de la lealtad dentro de las circunstancias, puesto que evocaba el nombre de Fernando Séptimo pensando, acaso, que una vez libertada España de la invasión francesa, la Independencia vendría, pero ya no como una exigencia subterránea de los agentes anglonorteamericanos, sino por virtud de un arreglo civilizado con el gobierno de la Metrópoli. A México no vinieron, como fueron a Colombia, con Bolívar, batallones ingleses y Estados Mayores extranjeros, sin duda porque el sentimiento español era más fuerte entre nosotros y el espíritu público se hubiera rebelado contra la intromisión ostensible de aquellos extranjeros. No vinieron batallones, pero sí llegaban los emisarios, los agitadores, los conspiradores. En este carácter estuvo el Padre Talamantes, peruano al servicio de los ingleses.

Repetía Talamantes la lección del Almirantazgo inglés; predicaba la guerra santa contra los españoles, y de este modo se propagaba, en vez del noble anhelo de la independencia, el bajo, rastrero encono que al hacernos aliados de Inglaterra en su lucha contra España, nos dejaba sin pasado a donde volver los ojos, sin relaciones con el resto de la civilización, y preparados para caer, como caímos, ciegamente, bajamente, en las redes de la política imperialista de los anglosajones.

La Independencia era un hecho americano que todos deseaban y que por lo menos reconocían todos como fatal. Pero en la manera de consumar esa independencia estaba todo el secreto del futuro. Una independencia lograda por nosotros mismos, sin

excursiones de yankees, como la de Mina, sin consejeros bastardos como los que desviaron a Hidalgo y a Morelos, se estaba ya logrando, se habría consumado sin necesidad de desgarrar a la patria con la discordia y el odio. Pero no era eso lo que querían los ingleses. Lo que ellos buscaban era echar fuera a los españoles de sus dominios de América, a efecto de dominar en seguida a los nativos como se dominan rebaños sin pastor. Para lograr este fin comenzó desde entonces la política pérfida que busca desintegrar a un pueblo, privándolo primero de sus cabezas más ilustres, después de su aristocracia, más tarde de la clase media, hasta que el proletariado, después de una borrachera de poder en que se cree soliviantado a las cumbres, despierta un buen día para encontrarse con que sigue de paria, pero en condiciones más desesperadas y bajo el imperio de amos con quienes no lo ligan ni los lazos de la sangre ni los de la tradición, ni los de la simpatía. Esto que se ve evidente en el caso de los mexicanos de Texas es lo mismo que ha estado incubando en todo el continente, y todo por que la Independencia no tomó el giro patriótico de crecimiento natural que le estaban dando las Juntas Cívicas, sino que se desvió, por inicua presión extranjera, hacia el caudillismo ignorante y destructor de los Morelos y los Guerrero, cuyo programa en esencia no iba más allá de la exigencia de matar gachupines, la consigna natural de los ingleses.

En México la Independencia no libró batallas. Propiamente nunca ha habido en nuestro suelo batallas, sino sangrientas hecatombes de guerra civil. En vano buscará el lector de nuestra historia un equivalente de los grandes episodios bélicos que en el Sur son Chacabuco y Carabobo, Junín y Ayacucho. Por eso no posee propiamente nuestro ejército experiencia guerrera en qué fundar una tradición, y ha tenido que recurrir, como lo veremos en otro capítulo, al sistema peligroso de la exaltación de las derrotas. Pues son, en definitiva, derrotados todos nuestros caudillos de guerra extranjera. La ufanía del miliciano así maltratado por su propia historia, ha tenido que refugiarse en las glorias turbias de la lucha civil. Pero concretándonos al caso de la Independencia, es un hecho auspicioso que no se librasen grandes batallas, que no hubiese grandes ejércitos y que Calleja, como constantemente lo repetía con toda lealtad, estuviese haciendo la

guerra contra los caudillos de la independencia *exclusivamente con tropas mexicanas*. Y es que los mexicanos queríamos la independencia pero éramos leales. No queríamos una independencia en beneficio de los ingleses, sino en beneficio de nuestra patria. Por eso la nación, en sus sectores conscientes, no siguió a Hidalgo, no siguió a Morelos. Debe haber parecido a todo el mundo sospechoso ese afán de matar gachupines y esa insistencia de reclutar indios puros y negros de la costa de Guerrero, para echarlos sobre las poblaciones al saqueo, para destruir, que es lo único que logra el líder improvisado que no tiene plan ni visión.

Para darnos cuenta de la táctica de Hidalgo y de Morelos, táctica de los precursores del partido americano, táctica que producía amistades en los Estados Unidos y promesas de ayuda, como la que llevó a Hidalgo hacia el Norte, como la que movió a Morelos a disponer de Texas, imaginemos un caso parecido en otra nación. Suponed que los franceses que ayudaron a la independencia norteamericana, en vez de encontrarse con hombres superiores como Franklin, como Washington, como Hamilton, hombres que supieron aprovechar la ayuda extranjera, pero sin someterse a sus fines, volviéndola más bien hacia el propio servicio, hubiesen recurrido en los Estados Unidos a la población mulata, ignorante y degradada, y, por lo mismo, predispuesta a la traición. A estos mestizos de negro y blanco el agente francés, enemigo de todo lo inglés, les habría dicho y lo habría dicho con razón: Lleváis tres siglos de estar dominados por una aristocracia de cuáqueros hipócritas que presumen de justicieros y hélos aquí apoderados de todas las tierras, de todas las riquezas, manteniendo en esclavitud a millones y millones de negros. El grito de guerra ha de ser "mueran los británicos", y cada vez que ocupéis un poblado, haced fusilar a todos los súbditos de Inglaterra que logréis capturar. ¿Qué hubieran hecho los jefes de la Independencia norteamericana frente a una propaganda de esta índole? ¡Hubieran tardado no más de cinco minutos para mandar fusilar a los que hubiesen dado oídos a propaganda semejante! ¿Qué hubiera hecho el propio Washington si el capataz de los esclavos de sus fincas se lanza a la rebelión con el propósito de matar ingleses? En ese mismo instante, Washington, que era

bien nacido, se habría sentido inglés y hubiera procurado batir primero a los traidores de su sangre y después a los agentes del poder opresor que era Inglaterra. Pues eso mismo explica por qué tantos no siguieron a Hidalgo y a Morelos sino que los dejaron ajusticiar, sin perjuicio de seguir trabajando por la Independencia, sin perjuicio de consumar la independencia, pero ya no al grito caníbal de "mueran los gachupines", sino conforme a la causa de las tres garantías, causa noble por su programa, aunque hubiese sido infortunada la elección del sujeto que debía encabezarla, el tristemente célebre Iturbide.

Yo pregunto a los indios puros de mi país, y a mis compatriotas ya educados y despejados de la mente y el corazón: ¿Había o no había opresión, abuso, esclavitud secular de los negros en la región de América colonizada por los ingleses? Y, sin embargo, ¿qué hubiera pasado si los caudillos de la Independencia norteamericana, en vez de guerrear contra las tropas inglesas, convocan a los negros, los llaman y les dicen: "Ahora a matar británicos"? ¿Es verdad o no es verdad que los Estados Unidos se hubieran vuelto una cena de negros? En vez de eso, el país yankee se salvó porque sus jefes fueron desde el principio hombres de Universidad, militares de carrera, filósofos y estadistas que supieron plasmar los anhelos nacionales, en lugar de lanzarlos a lo desconocido, al abismo de la desintegración colectiva.

Acabamos de decir que otra habría sido la suerte de México si sus líderes nacionales de la época de la Independencia hubieran tenido la categoría cultural y humana de los Franklin, los Hamilton, los Adams. Uno o dos tuvimos en ese período, que pueden parangonarse con los mejores de cualquier país. El Obispo Abad y Queipo y el civil don Lucas Alamán. Un personaje de categoría constructiva se hubiera podido desarrollar tal vez con la figura del licenciado Verdad, Alcalde de México. Pero faltó inteligencia en la clase acomodada, en la clase ilustrada. Faltó también videncia al elemento español de la Colonia. En vez de apoyar a las Juntas que procuraban la independencia pacífica y evolutiva, se pusieron a hostilizarlas, hicieron armas abiertamente contra los insurgentes, como lo hizo Yermo, el español enérgico que debió ponerse del lado de la nación nueva, pues tenía para ello energía y talento suficientes. En general, también la Iglesia Me-

xicana, en vez de seguir las sugestiones luminosas de un Abad y Queipo, se encerró en la más feroz intransigencia; y en vez de fiar en el pueblo que ella había educado y con cuyo amor contaba, se puso a resucitar la Inquisición y recurrió al arma gastada del anatema. Y como tantas veces ha ocurrido después, al convertirse en el estorbo de las tendencias renovadoras, la Iglesia se convirtió en el pretexto de los rencores, de los extremistas. Con su testarudez, con su incapacidad para ver más allá de la idea monárquica ya caduca, la Iglesia evitó que la independencia la hicieran los españoles y los criollos sin intervención de las Logias extranjeras; sin la dinamita de los odios de raza que los enemigos de nuestra nacionalidad sembraban.

Conviene insistir en estas verdades para entender lo que ha venido después.

El historiador no puede cambiar el curso de los acontecimientos, pero no por eso debe acatarlos servilmente. Ha de juzgarlos con varonil criterio, distinguiendo lo que es infortunado de lo que es honesto y glorioso. El mayor crimen de la historia es revestir de oropeles sucesos que han sido la causa del atraso, la decadencia de las naciones. Y esto es lo que nosotros hemos hecho con la leyenda de la Independencia; erigir en culto y religión lo que fué yerro funesto y comienzo de todas nuestras desventuras.

Vale más no tener ídolos que tenerlos falsos. Más cerca de Dios estuvieron los israelitas que no adoraron sino la Ley, que los egipcios adoradores de Faraones, Bueyes Sagrados y Momias.

La Independencia debió ser, repítese en todos los tonos. Sí; pero eso no justifica que, para hacerla, se aprovechara el momento favorable al extranjero, cuando la patria española estaba comprometida y cuando no teníamos los medios de defender, por lo menos, el patrimonio a cuya herencia aspirábamos. Nuestra Independencia debió venir como la del Brasil, mucho más tarde y cuando fuese un adelanto, una mejoría, un aumento de poder. Y cuando de esa independencia se hubiera derivado una federación de los pueblos de habla española, una especie de Common Wealth como el que hoy disfrutan las naciones de habla inglesa. No faltó en las Colonias de España quien viera claro en el caso. Y prueba de ello es que en México prevaleció mucho tiempo el

punto de vista de los leales. Fueron éstos todos aquellos que al contemplar a la España invadida, gritaban "Viva Fernando Séptimo", aunque no lo mereciese Fernando Séptimo, pero era España lo que aquel grito representaba. Leales fueron los que en las Cortes de Cádiz tuvieron el vislumbre de la federación iberoamericana. A todos los que así procedieron, todavía no se les hace justicia. A los otros les ha sido dedicada toda nuestra historia, a los que gritaban "mueran los gachupines" en respuesta de la señal que les hacían los agentes de Norteamérica y de Inglaterra.

Procuraremos examinar quiénes fueran éstos, así como los precursores del movimiento de Independencia.

LOS MOVIMIENTOS PRECURSORES DE LA INDEPENDENCIA

Los verdaderos precursores de la Independencia hispanoamericana fueron los bucaneros de quienes hemos hablado en capítulo especial. Desde el principio, Inglaterra procuraba dominar el mar porque codiciaba los territorios de España en América. Pero, en realidad, la actividad de los corsarios había terminado en fracaso. Aparte la isla de Jamaica, nada importante produjo para Inglaterra. Ni siquiera el comercio español fué aniquilado. Ya a fines del siglo dieciocho el tráfico internacional se había regularizado. Y, además de Sevilla, traficaban libremente con América, Barcelona, Santander, la Coruña, Gijón, Cartagena, Málaga y Alicante. En los últimos años, el comercio libre se extendió a las colonias de otras potencias y a los países neutrales. (Véase Pereyra, Breve Historia de América.) No es cierto, pues, que existiese inquietud por el monopolio comercial español y éste fuese uno de los motivos de la guerra.

El verdadero motivo estaba en la ambición de Inglaterra. El Almirante Vernon y su compatriota Anson fracasaron en el plan de apoderarse de Panamá. Capturó Vernon la plaza de Portobello, pero se estrelló en Cartagena. Las fortificaciones de Cartagena en Colombia son todavía hoy motivo de asombro para el turista. Y la defensa de aquella plaza constituye una de las páginas más gloriosas del patriotismo hispanoamericano. Tan

poderosa era la escuadra de Vernon, tan seguro tenían el triunfo en Londres, que se había mandado troquelar la medalla de conmemoración de la toma del gran puerto del Caribe. El inglés se quedó, después del asalto, casi sin barcos, y tuvo que esconder las medallas. Decían éstas: "La Soberanía española humillada por el Almirante Vernon", y en el dibujo aparecía D. Blas de Leso, el defensor de la Plaza, arrodillado ante el Almirante inglés. Un busto, una estatua de Leso debería figurar en cada una de las escuelas navales del continente hispánico. Pero nuestro patriotismo está demasiado nublado para entender de justicias esplendorosas. En el asalto a La Habana también fracasaron los ingleses. La escuadra española comenzaba a rehacerse; ya no estábamos a merced de los Drake y los Lorencillos.

El ejército colonial comenzaba también a hacerse respetar. Cuando en el continente se producían desembarcos de marinos, esos marinos eran mexicanos, eran españoles, eran cubanos. No parecía, pues, fácil desgajar aquel bloque sólido de patriotismo y de cultura. Inglaterra recurrió entonces a la perfidia. Lo que no pudieron hacer sus marinos, sus soldados, lo lograrían sus agentes secretos sembrando la semilla de la discordia entre las poblaciones americanas.

Y empezaron los primeros brotes de rebelión y se multiplicaron las conjuraciones. Se ha dicho que las ideas de la Revolución francesa agitaron los ánimos en América y que ellas son responsables de la emancipación. Repetimos que la emancipación nada tiene que ver con la táctica desquiciadora que en todas partes se siguió. Independencia pudo hacerse como se había hecho en Estados Unidos, batiendo a los ejércitos españoles y creando nacionalidades que absorbieran a los españoles. Pero la táctica fué inversa; el comienzo de las sublevaciones dejó claro el propósito de destruir lo que España había logrado en tres siglos de esfuerzo glorioso. Desde el principio, anota Pereyra, el criollismo netamente español llevará la bandera del indianismo contra la Metrópoli; se llamará aztequismo en México, incaísmo en la América del Sur, mosquismo en la Nueva Granada, caribdismo en Venezuela. Cada país encontrará en una remota glorificación precolombina, el punto de arranque de sus aspiraciones nacionales.

Pero todo esto era no sólo artificial y absurdo, era parte del programa británico que, junto con el salario, daba la lección a los precursores y a los actores de los grandes movimientos insurreccionales.

Una oscura rebelión de indios que tenía por objeto suprimir las mitas fué magnificada como para hacerla bandera continental. Ocurrió que el cacique rebelde Candorcanqui fué bautizado por los que habían vendido el alma a Inglaterra, con el nombre de Tupac Amaru, el nombre del inca ajusticiado por los españoles. Y se le presentaba como aspirante a Emperador de toda la América, cuando, dice bien Pereyra, su antepasado el verdadero Tupac Amaru nunca tuvo pretensiones de conquistar siquiera hasta Bogotá. Todo lo que hizo el nuevo Tupac antes de ser derrotado estrepitosamente, fué degollar hombres, mujeres y niños. En Calca acabó con todos los blancos. Lo que indica la tendencia de la insurrección. Y por lo que vuelve a surgir la pregunta: ¿Qué hubieran hecho los norteamericanos con una sublevación que a pretexto de la independencia nacional hubiese lanzado a los pieles rojas del Canadá contra los puestos avanzados de las trece colonias primitivas? Hubieran hecho lo que hizo Calleja cuando ya no hubo más grito de guerra ni más plan que matar gachupines: batirla hasta exterminarla.

A la par que las sublevaciones irresponsables, la propaganda inglesa minaba el espíritu americano. Circulaba la tesis del holandés Paw, antecesor de Darwin y de Spencer a este respecto; la tesis de la degeneración de las especies animales y vegetales en el Nuevo Mundo. La ciencia de la época se pronunciaba en favor de la tesis. El benedictino francés Dom, Pernetty, compañero de Bouganville en su expedición científica americana, y el italiano Carli en sus "Lettres Americaines", refutaron la tesis. Y fundándose en esta refutación, el chileno Juan Ignacio Molina y el mexicano don Francisco Javier Clavijero publicaron sus obras "Storia del Messico", que consumaban una rehabilitación. Los jesuítas, que habían sido dueños de la cultura americana, que eran mexicanos y españoles y habían sido expulsados de su patria por el rey extranjero Carlos Tercero, llevaban su querella, observa Pereyra, hasta reivindicar las excelencias nativistas de una civilización precolombina, que en realidad sólo había existido en

la imaginación de los autores del nuevo mito. Pero el mito beneficiaba los planes de desintegración de los ingleses. Pues ocurre en estos períodos catastróficos de los pueblos, que las mismas fuerzas que debieran defenderlos, se tornan en arma inconsciente y en auxiliar de las fuerzas de la destrucción.

Es curioso que el autor del documento que según Pereyra puede llamarse el acta de la Independencia americana, sea un jesuíta, D. Pablo Vizcardo y Guzmán, y que ese jesuíta haya redactado su discurso en Londres al terminar el siglo dieciocho.

Un resumen de ese documento dice: Que el descubrimiento de una parte tan grande de la tierra es y será siempre para el género humano, el acontecimiento más memorable de sus anales... y para nosotros, que somos sus habitantes y para nuestros descendientes, es objeto de la más grande importancia. El Nuevo Mundo es nuestra patria... por ella debemos tomar el partido necesario a la conservación de nuestros derechos propios y de nuestros sucesores... Nuestra historia de tres siglos acá se puede reducir a estas cuatro palabras: ingratitud, injusticia, servidumbre y desolación... Habla de los derechos legítimos de los conquistadores y contiene quejas contra el comercio exclusivo que encarece los artículos... esto es lo que más preocupaba a los ingleses, y luego habla de ruina y desolación sin atender a que había entonces más organización y riqueza en el Mundo Nuevo de España que en las colonias inglesas del Nuevo Mundo.

Se queja también de que una marina poderosa está pronta a traernos todos los horrores de la destrucción. Y el lector que tenga dos dedos de entendimiento se sorprenderá y se horrorizará de saber que esa marina que horrorizará al patriota, no era la inglesa que llevaba dos siglos de estar quemándonos los puertos, sino la marina española que había puesto coto a las depredaciones del inglés. Pero, naturalmente, lo cegaba el antiespañolismo y, sin saberlo, se había hecho traidor en su corazón.

Los documentos que redactaban los ingleses no eran más eficaces para la consecución del propósito que serviría de base a la guerra: la difusión del odio entre criollos y españoles. Origen éste de la acción imperialista contemporánea que azuza el odio de los mestizos contra los criollos y de los indios contra los mestizos.

Más que francesas igualitarias y liberales, las ideas de los precursores de la Independencia eran tomadas del "Intelligence Service" del Almirantazgo inglés; nos eran fabricadas por los enemigos de España que codiciaban nuestros territorios. Eran ideas de desquiciamiento social, útiles para producir lo que pronto definiría el imperialismo norteamericano, más práctico y más franco que el inglés: el exterminio de las razas mezcladas inferiores que había producido España y la conquista de la tierra sin los hombres. "La jaula sin el pájaro". En otros términos, la táctica que los norteamericanos aplicaban en sus propios territorios: "a good indian is a dead indian". En nuestros países había que acabar primero con el español porque el español se había casado con la india, se había aliado con el indio y había llegado a formar el poderoso bloque mestizo. Atacándolas por la cabeza, destruyendo a sus aristocracias, es como mejor y más pronto se acaba con las razas enemigas. Por eso el grito de guerra, grito hipócrita y desleal, era de un extremo a otro del continente y aun allí donde no había indios que reivindicaran un solo derecho: "¡Arriba los indios, los Tupac Amaru de Opereta y... Mueran los gachupines...!"

Desde el principio, la acción revolucionaria se vió manchada con la traición. Antes de la expulsión de los jesuítas y cuando las nuevas disposiciones tributarias de Gálvez, dice Pereyra, crearon una peligrosa tensión de ánimo, salieron dos comisionados de Puebla para proponer un plan revolucionario a los ingleses, ofreciéndoles San Juan de Ulúa y Veracruz, juntamente como el monopolio mercantil. La petición fué rechazada por Inglaterra.

Poco después un tal Francisco de Mendiola llevó a Londres una carta en nombre de la ciudad y reino de México, quejándose de la opresión y ofreciendo tratado de comercio y amistad con Inglaterra. Peticiones semejantes se hicieron a nombre de la Nueva Granada.

¿Hay que ver en estos documentos —se pregunta Pereyra— una sola mano que ocultamente tramaba la intriga de la intervención británica? Y añade Pereyra: "En la penumbra reconocemos los perfiles de jesuítas y desterrados y agitadores famosos".

El principal de todos ellos fué Francisco de Miranda. Figura brillante. Había llegado a general de Francia en los ejércitos de la revolución. Tomó parte en la guerra de independencia de los Estados Unidos, y, sin duda, era uno de esos sinceros soldados de la libertad que veía en España el despotismo y no advertía que nada ganaban estos pueblos nuestros con cambiar de amo. ¿Suponía que era posible una emancipación como la de los Estados Unidos, que los dejó más fuertes? Lo cierto es que aparte de la expedición infortunada que consumó en Venezuela, es de reconocérsele su influjo sobre los futuros libertadores, especialmente sobre Antonio Nariño, de Colombia, sobre O'Higgins, el chileno, y sobre Simón Bolívar.

"Miranda, dice Pereyra, fué algo así como un diputado de todos los países que pretendía emancipar. Su entusiasmo, su elocuencia y su tenacidad acabaron por convertir al conquistador en apóstol".

Soñaba Miranda, como soñó al principio Bolívar, que con sólo establecer la libertad, todas las repúblicas de América vivirían en paz. No vió el peligro norteamericano, añadido al peligro inglés. Y si Bolívar lo vió, fué cuando ya en la decadencia y el destierro, le vino a su espíritu la lucidez del que ha fracasado en una empresa que juzgó noble.

También Miranda cayó en la infantilidad de querer dar el gobierno de un vasto Estado americano al descendiente del inca. Por lo que se ve de qué modo, aun los hombres de genio del movimiento, servían al plan anglosajón de eliminar lo español de los territorios cuya conquista preparaban. Y eso que Miranda no tenía una sola gota de sangre indígena. Era nada más un alma mediatizada por el influjo de los ingleses.

El 16 de enero de 1789, Miranda presentó a Pitt, el Ministro inglés, un plan de guerra a nombre de los diputados de México, Chile, Lima, Buenos Aires, Caracas, Santa Fe. Estos diputados se habían reunido en París y el 22 de diciembre de 1797 facultaban a Miranda para que abriese las negociaciones a fin de ajustar un tratado comercial además de una alianza entre las Colonias Españolas de América y la nación británica, como el que concluyeron Francia y las Colonias inglesas de América... No puede haber, decían, temores de un desconcierto entre anglo-

americanos y los hispanoamericanos, porque, decía Miranda, el Mississippi sería la frontera natural...

¡Desde luego, para crear esa frontera natural, hacían regalo a los Estados Unidos de la Florida y la Luisiana!

Todos comenzaban ofreciendo pedazos del territorio nacional.

¿En dónde está el criterio de todos estos hombres que veneramos como padres de la patria? ¿Se concibe a un Washington, a un Jefferson, ofreciendo pedazos del litoral Atlántico? Al contrario, ya desde entonces los Estados Unidos, a fuer de buenos ingleses, tenían los ojos echados no sólo sobre Florida y Texas, también sobre Cuba y Puerto Rico.

En la América española se había perdido el sentido imperial y se le había reemplazado por un provincialismo ramplón que sería el origen de todas nuestras mezquinas nacionalidades. Entre todos los latinos, sólo el Brasil conservaba la cabeza, se preparaba a beneficiar del desquiciamiento general. Y logró en su oportunidad aumentar su territorio mientras nosotros andábamos ofreciendo sus pedazos.

Si todo un Miranda, hombre de mundo, ilustrado, genial casi, ofrecía provincias, ¿qué tiene de extraño que Morelos, escaso de luces, hablase con naturalidad de ofrecer Texas a los Estados Unidos a cambio de unos cuantos rifles?

Naturalmente, el gobierno colonial colaboraba con el enemigo extranjero porque las medidas injustas de represión siempre producen el efecto contrario del que se busca. Si en España hubiera habido al frente del gobierno un estadista, la revolución se habría acabado en veinticuatro horas con sólo dejar libre el paso a todos los libros e impresos que las autoridades recogían como sediciosos; tan sólo con decretar y hacer cumplir las disposiciones sobre los derechos del hombre, cuyo texto sólo de una manera subrepticia circulaba. Ya se sabe que las revoluciones se evitan adelantando las reformas que ellas pregonan. Pero este procedimiento resultaba demasiado atrevido para las mentes paralíticas que dirigían la cosa pública.

Aprovechando que España estaba en guerra, y después del desastre de Trafalgar, Miranda se dirigió a los Estados Unidos. Pitt lo dejó salir de Inglaterra con ese objeto. ¿Fué tolerancia

o plan de grandes ramificaciones? —se pregunta Pereyra. Lo cierto es, responde, que a la vez que en Estados Unidos se preparaba la expedición de Miranda, Pohpam, comandante de un buque de guerra, después de una conferencia con Pitt, salió con destino al Africa del Sur a fin de preparar el golpe contra Buenos Aires.

Miranda, derrotado frente a Ocumare, con la protección abierta de la marina inglesa, desembarcó en la villa de Coro. Allí esperaba provocar un levantamiento general. El estandarte de Miranda, como adelantándose a dar excusas, decía: "No es conquista sino unión..." Unión con los norteamericanos... En el centro estaban los retratos de Washington y de Miranda y una alegoría en que Inglaterra, Diosa de los Mares, pone el pie sobre el león de España.

Consuela pensar que los habitantes de Venezuela volvieron la espalda al célebre aventurero.

Aarón Burr también, personaje norteamericano caído después en desgracia, preparaba una expedición que bajó por el Mississippi. Su objeto pregonado por Jefferson, era la conquista de la Nueva España. No se llevó adelante porque detrás estaba España. Cuando nos faltó España, ocurrió el desastre del 47.

LA SITUACION EN ESPAÑA

Para convencerse de que la emancipación de las Colonias no fué el efecto de un desarrollo que conquista la autonomía, basta considerar el estado de cosas que prevalecía en la Península. Los Estados Unidos se separaron de Inglaterra por disputa de tributación y porque deliberadamente los mejores espíritus del nuevo país resolvieron que era llegada la hora de la autonomía. No incurrieron en el pecado de aprovechar las tribulaciones de la metrópoli.

Entre nosotros, la agitación por la Independencia, estimulada desde el exterior, se acrecentó con el pretexto de la situación de la Metrópoli. Contribuímos al desquiciamiento y era natural que poco después fuésemos también las víctimas de la desintegración del Imperio hispánico.

La Revolución francesa había echado abajo el trono de Francia. Y Napoleón se ocupaba de poner a sus parientes en los reinos tributarios y en las naciones vencidas. El Borbón mayor, el de Francia, había sido decapitado y era natural que el Borbón menor, el de España, perdiese, por lo menos el cetro. Pero los movimientos de Napoleón estaban subordinados a las exigencias de la campaña contra Inglaterra. Más bien dicho, Napoleón era el juguete de un orador que en Inglaterra disponía del futuro del mundo. Pitt venció a Napoleón mucho tiempo antes de que Wellington lo hiciera pedazos. En la guerra contra Napoleón, los ingleses aprovechaban a Portugal, país que habían deshecho robándole las colonias, sometiéndolo a su influencia, "portugalizándolo". La portugalización de España era el segundo punto del programa de Pitt. Mientras Napoleón se divertía poniendo reyes en nacioncillas de segundo orden, Pitt, con mirada imperial, preparaba para Inglaterra el dominio del mundo.

Portugal estaba ocupado por ejércitos ingleses y servía de base a la acción de Inglaterra contra Napoleón. Para restar a Inglaterra aquel punto de apoyo, Napoleón impuso a España la invasión de Portugal. Unidos españoles y franceses bajo el mando de Junott, en número de veinticinco mil hombres, invadieron a Portugal. Se trasladó entonces la Casa Real a Río de Janeiro.

Ocupado Portugal, los aliados franceses traicionan y pretenden imponerse en España, donde ya contaban con cien mil hombres. Carlos IV pensó imitar la conducta del Rey de Portugal trasladándose a la Nueva España, con lo que todo se habría salvado. La decisión no se consumó. En vez de partir, Carlos IV abdicó en favor de su hijo Fernando Séptimo, que resultó un infeliz. Escapó de España por miedo a Napoleón, y el pueblo, abandonado, inicia la guerra contra los franceses, que habían aumentado sus contingentes, a doscientos cincuenta mil hombres.

Al faltar la monarquía, el pueblo español vuelve a su tradición democrática y organiza, en medio de la guerra, diferentes Juntas de Gobierno.

La Junta Suprema, huyendo de Sevilla, se establece en Cádiz, en la isla de León, bajo la protección de la armada inglesa, y allí se crea el Consejo de Regencia.

LAS CORTES DE CADIZ

Las Cortes de Cádiz se reunieron en 1812. Concurrieron a ellas representantes de todas las provincias del Imperio. México mandó delegados y lo mismo hicieron los países sudamericanos. De Cádiz debió salir constituída la federación de los pueblos de habla española. Desgraciadamente, no tenía el Congreso soberanía plena; estaban unos dominados por la influencia inglesa que quería el desmenuzamiento del Imperio, el sainete de las republiquitas, y otros por la influencia napoleónica, que habiendo derrotado a la república en Francia, quería para España una monarquía constitucional. Este plan era, con todo, el menos malo. Y a la postre, para llevarlo a cabo, fué preciso mandar traer a Fernando Séptimo, que juró la Constitución para en seguida romperla.

Promulgaron las Cortes una Constitución de tipo francés. En América, los teóricos de la libertad querían una constitución de tipo yankee.

Mientras los diputados discutían, Inglaterra conspiraba con Miranda, con Bolívar, con el Padre Mier, para precipitar la guerra de separación. Lo que Inglaterra quería era desmembrar a España.

Es curioso observar que los delegados de las futuras naciones americanas no hablaron de emanciparse. Eran los delegados, en su mayoría, hombres de primera que comprendían la necesidad de la unión imperial.

Otro enemigo tuvieron las Cortes y la Constitución de ellas emanada, el elemento reaccionario español. La palabra Constitución alarmaba a los clericales. Hubo empeño de ligar el absolutismo con la religión preparando así ciegamente el pretexto que pronto se utilizaría para combatir a la religión.

Pero las Cortes de Cádiz tuvieron el apoyo de las Juntas de patriotas que, en diversos sitios del continente, se organizaron

para decidir sobre la situación. Pues derrocado el monarca, quedaba el problema de la soberanía planteado. El elemento criollo insistía en que eran soberanos los Cabildos.

En México, el Ayuntamiento, representado por los regidores Azcárate y el licenciado Verdad, tomó el acuerdo patriótico presentado al Virrey Iturrigaray, de asumir la soberanía, a efecto de no ser presa de los franceses que dominaban en España, ni de los ingleses que intrigaban en el exterior.

Llegó por estos mismos días al Puerto de Veracruz una goleta francesa con órdenes del gobierno de Francia. El pueblo se amotinó y el Virrey, con gesto que simulaba un castellano de la vieja usanza, quemó la correspondencia francesa. Que su temple ya no era auténtico lo recuerda Alamán observando que, en secreto, Iturrigaray se reservó el nombramiento que le enviaba Marat, para el caso de que la dominación francesa se prolongase.

El hermoso episodio del Ayuntamiento de la Capital terminó de modo trágico. Al licenciado Verdad lo asesinaron. Al Inquisidor le habían disgustado ciertas palabras del memorial ilustre. Se hablaba en él de soberanía popular. El Inquisidor no aceptaba otra fuente de autoridad que el derecho divino de los reyes. La lección de la cobardía, la felonía de Fernando Séptimo, nada significaba. El Inquisidor necesitaba, en efecto, el ambiente del despotismo para seguir adelante con sus sacrificios aztecas.

Dios ciega a los que quiere perder. En vez de adelantarse al progreso, en vez de dominar, como dominaba de hecho, en las Cortes, en las Juntas, en los Cabildos, la Iglesia, en general, se puso a hostilizar a las Juntas, a las Cortes, a los Cabildos, las únicas fuentes de donde pudo salir un pueblo organizado. En vez de estos institutos civilizados, en su oportunidad los clérigos harían ensayos de fernandoseptimismo en México, inventarían Iturbides, se abrazarían al destino de los más perversos caudillos. Así les ha ido.

En España aumentaba el caos. Las Cortes de Cádiz fueron disueltas y no quedó en América otro arbitrio para crear gobierno que recurrir a las Juntas, los Cabildos, o entregarse al azar bárbaro de los levantamientos, los pronunciamientos.

En la Argentina triunfaron las Juntas.

Mariano Moreno, en su "Representación de los Hacendados" había explicado los motivos de la inquietud nacional. Un Cabildo abierto había salvado a Buenos Aires cuando la invasión inglesa después de la huída del Virrey. Los patriotas Saavedra y Belgrano convocaron a Cabildo Abierto "porque el pueblo quería reasumir sus derechos". El mismo Virrey tuvo que expedir la invitación; después de muchas deliberaciones el 25 de mayo se creó una Junta gubernamental Provisional del Río de la Plata.

El conflicto armado interno vino después, pero la Independencia quedó consumada en derecho.

El 20 de julio de 1810, la Nueva Granada también se declaró independiente, iniciándose con motivo de la declaración, una lucha interna prolongada.

En marzo de 1811 se declaró la Independencia de los Estados Unidos de Venezuela, por un Congreso en que estaban representadas Caracas, Barinas, Cutinas, Nueva Barcelona, Trujillo, etc.

El quince de septiembre de 1810, en México se produjo el levantamiento de Hidalgo. Nació nuestro país de un grito... de un golpe de fuerza, de una acción arbitraria, y no de una Junta, un Congreso, una discusión, un acuerdo de ciudadanos. Nació como imposición, y de imposición hemos seguido viviendo...

Pero lo que por el momento importa no olvidar es que nació nuestra Independencia como un episodio de un movimiento general que las circunstancias externas nos impusieron, y no como una decisión nacional madurada y libre.

LATINIDAD Y SAJONISMO

El pueblo de Nueva España fué doblemente leal, leal a su madre patria en riesgo y leal a su porvenir como nación libre. Pero es curioso y da en qué pensar eso de que siempre hayamos sido afortunados en la defensa de nuestra soberanía, cuando se trata de los avances de Francia, otra nación latina. y, en cambio, siempre hemos fracasado de la manera más vergonzosa y rotunda cuando se trata de oponernos al avance anglosajón. ¿Qué relación hay entre estos resultados y la acción de los agentes de logias yankees que se hicieron consejeros de Hidalgo, de Morelos,

de Pancho Villa y de Carranza azuzándoles el odio a lo español y lo latino, convenciéndolos de la grandeza insuperable de todo lo que es sajón, preparándoles el ánimo, en fin, para la política pocha que es la que ha triunfado? Cuestión es ésta que señalo a la consideración de los eruditos de la historia nacional. Un siglo y más llevamos de estar averiguando el número de curas con sobrina de toda la época colonial, o descifrando el enigma arduo de averiguar si alguna vez tuvo Juárez una sola idea propia, pero nadie, que yo sepa, se ha puesto a indagar el tema interesante que señalo y que formulo de nuevo diciendo en forma todavía más concreta: ¿Por qué es que no hemos tenido un Morelos, un Zaragoza ni siquiera un Santa Anna, capaz de derrotar a ingleses o norteamericanos, y sí, en cambio, para derrotar expediciones de latinos hasta un Santa Anna resultó soldado? ¿Hasta qué punto ha influído en este resultado, la propaganda pérfida, desleal, de los poinsettes y las sociedades secretas que, en secreto, nos hacen odiar todo lo que es carne de nuestra carne y nos pone, en cambio, a soñar el sueño de "empachados" de que hubiera sido mejor que nos conquistaran los ingleses?

Inconscientemente, la nación mexicana, como las demás de América hispana, dejóse penetrar de una suerte de pavor sagrado y de sentido reverencial ante todo lo inglés y norteamericano en forma parecida a como los aztecas de hacía tres siglos se habían sentido impotentes para contener el avance de un puñado de españoles. Los españoles eran hijos invencibles, hijos del sol, y ahora los anglosajones nos resultan la raza elegida del ídolo ateo: el Progreso.

¿Hasta qué punto el tal progreso representa cultura superior a la nuestra? Les cabe a los indios la excusa de que cedieron ante una cultura infinitamente superior a la propia, pero nuestras gentes de la Independencia hacían el indio, la hacían de payos, hicieron el sueco, tomando a los suecos que suelen ser los nórdicos, por modelo acabado de civilización. Civilización era la nuestra que sólo requería algunos toques de libertad, como hace falta a toda cultura periódicamente. Y retroceso era caer en lo inglés, que por haber quedado tan distante de Roma, nunca fué de categoría cultural comparable a Castilla, semejante de Andalucía. Se necesitaba ser papanatas entonces para creer la doctrina

de traición que pregonaba la superioridad de lo inglés en territorios que ya tenían la fortuna de hallarse latinizados. Para hallar agentes capaces de emprender tan estúpida labor, se echó mano de personajes híbridos por la sangre, mezcla de indios y criollos, mulatos y zambos envanecidos, porque algún oficial de barco inglés, porque algún attaché de Legación yankee, les invitaba un whisky o les elogiaba un discurso. Y comenzó todo un período de intelectualismo hispanoamericano, período menguado que va de los albores de la Independencia a fines del siglo diecinueve y que en muchas naciones aun no termina, el período de los ayankados, americanizados de ayer, "pochos" de hoy, asalariados del Almirantazgo británico en los comienzos, constabularios y agentes de las compañías petroleras en los tiempos modernos. La misión de todas estas gentes ha sido minar el ánimo de los patriotas y preparar toda una raza para la esclavitud haciéndole creer que los amos nuevos representan, ya que no a Dios, puesto que la intelectualidad idiota, mediatizada, hace gala de despreciar lo divino, sí a la civilización, al progreso, al bienestar, la dicha.

Oportunamente examinaremos las fases de esta criminal propaganda, pero, por lo pronto, reflexiónese en los efectos que debió tener en los comienzos del siglo diecinueve. En los instantes en que nacíamos a la vida y, por lo mismo, nos hacía falta reconcentrar energías, se nos enseñó a despreciar lo que somos; en los momentos en que comienza la lucha verdadera, la lucha con Inglaterra que se come territorio por Belice, y con los Estados Unidos que avanza desde el Norte, unos teorizantes idiotas que fueron nuestros guías nos obligaron a reverenciar lo anglosajón que nos invadía, nos avasallaba, por mar y tierra.

Se nos despojó de todo sentimiento de raza, con la excusa pueril de que no había en el mundo sino lucha de imperios contra Repúblicas y de las monarquías de la Santa Alianza contra los amigos de la libertad, que se suponía eran ingleses y norteamericanos. Estos últimos, en cambio, bien sabían su doctrina que afirma que la sangre es más densa que el agua: "blood is thicker than water". Ostensiblemente, en nombre de la libertad y de hecho movidos por la creencia mística de la superioridad de su casta blanca pura, se repartían los anglosajones los restcs de

los imperios de Portugal, de España y de Francia; se distribuían el mundo y a todos nosotros nos dejaban reducidos a la capacidad de coloniales sin casta, condición de la que no mereceríamos salir por haber renegado lo propio; por habernos sumado a los poderes del momento, que lo eran de nuestra aniquilación.

EL FRACASO DE LAS JUNTAS

Las decisiones altamente patrióticas y leales del Ayuntamiento de México y del Virrey, hallaron oposición, no entre la masa de los mexicanos, que era fiel a España y ambicionaba únicamente un poco de libertad. La oposición formal a los designios de la Junta la ofreció la Iglesia católica mexicana por intermedio del Inquisidor. Parece que a su señoría el Inquisidor le molestaba una frase del lenguaje jurídico y humano del licenciado Verdad. Alegaba éste los derechos de la soberanía popular. El Inquisidor no aceptaba otra fuente de Soberanía que el derecho divino de los reyes. No sabía lo bastante de historia el Ilustrísimo Inquisidor para reflexionar en que los Reyes derivan su poderío de la fuerza que permitió a alguno de sus antepasados matar a todos los rivales y gobernar solo, o la derivan en los períodos más tranquilos de la historia, precisamente del voto de sus pares, de la elección que varios jefes hacen en favor de un jefe. Ahora bien: esa soberanía popular tan temida por ciertos eclesiásticos, no es otra cosa que el voto de los pares, entendiéndose por tales, no nada más los que han asesinado a algún semejante, es decir, los miembros de una nobleza estilo medioeval, sino también los hombres que no han asesinado a nadie, que no han despojado y son, a la vez, honestos y probos, firmes y despejados; esto es un ciudadano; algo que vale mucho más que un noble de nobleza guerrera y de sangre. La evidencia de que esta tesis de gobierno está más cerca de la doctrina cristiana, que el sistema feudal o el sistema tribal, es algo que entiende un niño, que reconoce toda persona con uso de razón; cualquiera menos un Inquisidor. El Inquisidor necesita el ambiente del despotismo. Y todavía recientemente; en el más vergonzoso período de la historia mexicana, durante el callismo, hubo clérigo encumbrado que sin reparar en el horror del tipo bajo y sanguinario, el tirano sin

escrúpulos, venal y al servicio del extranjero, admiraba en Calles la fuerza que ejercitaba sin misericordia y lo trataba como si sólo lamentase que no estuviese del lado de la Iglesia. Un Calles al servicio del culto, ¿no es eso lo que buscaban en el matón que fué Iturbide, en el sanguinario Santa Anna, en el asesino Victoriano Huerta? Es indispensable, entonces, señalar desde dónde empieza este error de la Iglesia mexicana, error de querer oponerse al futuro, de querer regresar al pasado. Desde que el Inquisidor se opuso al licenciado Verdad, se opuso al Virrey que preparaba la Independencia y se opuso a la tesis de la soberanía popular, quedó patente que la Iglesia no iba a ser un elemento útil en la transformación que inevitablemente se operaba, sino un estorbo para los patriotas al mismo tiempo que, por consecuencia indirecta, el mejor auxiliar del partido influenciado por el extranjero, que hallaría motivos para señalar a la Iglesia a la execración pública, en beneficio del protestante que aprovechaba nuestras equivocaciones. La estrechez del criterio oficial eclesiástico llevó desde el comienzo al país, a contrariar y desacreditar a los patriotas en beneficio inmediato de los extremistas y los descastados y los imbéciles que el extranjero aprovechaba. El odio ciego a las logias llevó al presbítero no renegado a tomar el partido de la reacción más absurda. Como cuando sostuvo que un pueblo subordinado no tiene derecho de ser convocado a Cortes, en los precisos momentos en que en España misma se sentía la necesidad de llamar a las Cortes a los americanos, para aumentarles la personalidad y hacer más fuerte el imperio español frente a la amenaza de sus enemigos los protestantes de Inglaterra. (Véase Alamán, pág. 198.)

El momento en que fatalmente, y gustase o no gustase a los señores Inquisidores de ambos mundos, el poder de los pueblos de España revertía a sus Juntas y a sus Cortes, volvía a las manos honradas de los ciudadanos, no era el oportuno para discutir cuestiones abstractas en todo caso, como el origen de la soberanía; si hubiera habido cabeza en el clero, hubiera sido el momento de abrazarse a la causa de las Cortes y de procurar dominar en ellas. Ya se entiende que para dominar en las Cortes hubieran tenido que sacudir los clérigos mucha telaraña escolástica, hubieran tenido que sacar adelante a sus hombres de primera

para saber hasta dónde convenía ceder y hasta dónde convenía refrenar. En lo político las Cortes estaban haciendo suyo el principio de la revolución francesa sobre las garantías del hombre. ¿Qué razón podía tener la religión para oponerse a que los habitantes de un reino estuvieran a merced de una orden de arresto de un monarca cualquiera? En la doctrina de la revolución no había nada básicamente contrario al credo de una Iglesia que en su propio régimen no aplica principios hereditarios para la sucesión del mando, sino precisamente principios democráticos electivos. En realidad, lo que producía la furia del clero contra las disposiciones y los actos de las Juntas, era la soberanía que éstas tienen que ejercitar forzosamente en materia de tributos y privilegios. La defensa del diezmo hizo más enemigos a la causa de la libertad entre los clérigos que todos los Reyes decapitados. La necesidad de libertar a la sociedad de sistemas que se habían convertido en tiránicos, como la posesión de los cementerios, los cargos sobre matrimonios, bautizos, etc., producía entre las masas un entusiasmo natural por el nuevo orden de cosas. Y si en la Iglesia de entonces hubiera habido estadistas, todo se habría arreglado dejando burlada la intriga extranjera que nos minaba. Con sólo que la Iglesia se hubiera adelantado a hacer renuncia de los diezmos, dejándoles carácter voluntario e invitando al gobierno a hacerse cargo de las Instituciones de beneficencia que ya no pudiese sostener a causa de la supresión de los diezmos, hubiera bastado para que a la postre hasta los diezmos se hubieran salvado. En vez de esta política que no llamaremos ni siquiera generosa porque hubiera sido simplemente astuta, ¿qué es lo que hacen los prelados, los voceros todos de la autoridad eclesiástica, sino ponerse en abierta y violenta pugna con los patriotas, defendiendo con rabia sistemas caducos?

Ninguna duda cabe que a la Iglesia de este período le hicieron falta ya que no santos que renunciaran por generosidad, por lo menos estadistas que, incorporándose a la corriente, hubieran acabado por dominarla. Es esto lo que han hecho los clérigos de los países protestantes; por eso han conservado su poder intacto hasta la fecha en que no puede todavía un Presidente de los Estados Unidos eximirse de asistir el domingo a los servicios de alguna de las sectas cristianas del país. Algo semejante pudo

hacer y debió hacer la Iglesia mexicana, adoptar el partido del pueblo y ponerse a tono con la época, en todo lo que no afectase al dogma desde luego, pero con despreocupación y valentía en todo lo que nada más afectase a los bienes. Duele que no se haya hecho así, porque desearíamos ver en nuestra patria una Iglesia católica romana fuerte, pero a base de que fuese también inteligente y pura. Mientras eso no ocurra, no sólo el espíritu de los mexicanos estará desamparado, ni siquiera habrá país mexicano. Y como en todas estas páginas nos ocupamos de examinar las causas de nuestro desastre colectivo, sin otra finalidad que remediarlas si todavía es posible, no deberá influir en nuestro ánimo ninguna simpatía, ningún partidarismo, ninguna inclinación ni conveniencia que nos eviten señalar el mal donde haya estado, en las filas del centro o de la derecha o de la izquierda.

Por lo pronto, la posición intransigente adoptada por la Iglesia en los comienzos del siglo diecinueve impidió que la Independencia la consumasen los españoles de México unidos por la sangre y el espíritu a los mexicanos, y al dejar sin amparo moral a los patriotas, al condenarlos, la Iglesia favoreció la acción de las logias que con curas desesperados como Mier y Morelos, y con católicos inconformes, iniciaron sus planes, produciendo, de paso, la Independencia, pero en forma de que el porvenir quedaba sujeto al arbitrio del extranjero.

El odio clerical a la Constitución, a todo género de Constituciones populares, es la causa primordial de la derrota del clero, porque ya no le quedó a los agentes enemigos otro trabajo que señalar los preceptos de las Constituciones nuevas que modificaban los privilegios del clero, para dar a entender que era la defensa de intereses mundanos lo que movía a los clérigos y no razones de conciencia. Por causa de no aceptar Constituciones en que se afectaban los bienes del clero, pero que comenzaban postulando la fe católica de los mexicanos, hemos acabado los creyentes por tener que sufrir Constituciones que dan la espalda a Dios mismo.

La intransigencia, al fin, provocó la guerra.

LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

Hay no sé qué ritmo trágico en la historia nacional que entristece al observador y que constantemente hace perder a los aptos en beneficio de los ineptos. Abortado el intento civilizado del Ayuntamiento presidido por el licenciado Verdad; convertido éste en víctima de una reacción estrecha y feroz, no es de extrañar que el próximo intento ya no tuviese los caracteres de una lucha civilizada, sino el tono agrio del motín.

Lo que no pudo lograr por la razón el licenciado Verdad, lo intentará Hidalgo por la fuerza. Fué aquella una alternativa dolorosa que se repite en los días de Madero. Las reformas que no pudo hacer Madero por la razón, y que motivaron su sacrificio, las impondría por la fuerza Carranza, con resultados desastrosos. También Hidalgo no hizo sino desastres, pero ¿qué otra cosa se puede esperar de un pueblo tiranizado en que no es libre la discusión ni acata nadie los dictados de la opinión pública? No queda sino el recurso desesperado de motines y rebeliones que no conducen sino a la destrucción lenta y definitiva de lo que debiera ser poderosa nacionalidad.

El movimiento, al principio, no tuvo resonancia; las clases dirigentes no lo vieron con simpatía; era obra de provincianos oscuros. Hidalgo era ilustrado para cura de pueblo, pero no poseía dotes extraordinarias en ningún género de actividad. Al lado suyo tampoco hubo hombres de primera. Rayón era el más ilustrado de todos y el que algo hizo por darle ideología al movimiento. Hidalgo, por su parte carecía de programa. Y no teniéndolo se dejó llevar de los bajos instintos populares; los odios negativos fáciles dieron a la insurrección un giro que sin duda repugnaba al propio cura de Dolores. Mientras Hidalgo gritaba "Viva Fernando Séptimo y Viva la Virgen de Guadalupe", la representativa del sentimiento nacional, los jefes de chusma, in-

citados por los agentes extranjeros que pululaban en la Nueva España, empezaron a gritar "mueran los gachupines". Esto era lo que querían los imperialistas rivales del español, la desintegración nacional, el desquiciamiento que tendría que venir desatando en las Colonias una guerra de castas.

Gachupines eran del todo o en parte, por lo menos, cuatro de los seis millones de la población. No había mexicano que no tuviese una parte de sangre española. No es de extrañar, entonces, que el grito maldecido de la plebe que seguía a los insurgentes provocase una reacción indignada en la parte consciente del pueblo. El explica la afirmación de Calleja: Son mexicanos y tan buenos mexicanos como los insurgentes los que forman mi ejército. Y era verdad. Eran mejores mexicanos porque no dudaban renegando de su sangre, no se habían dejado arrastrar por una llamarada que sólo dejaba detrás de sí cenizas.

Comienza Hidalgo su inoportuno movimiento al mismo tiempo que la gestión de un Virrey probo que había sido nombrado por la Regencia instituída por las Cortes de Cádiz. No procedía su autoridad de la casa aborrecida de los Borbones. En cambio, el buen cura andaba trasnochado gritando: "¡Viva Fernando Séptimo!"

La confusión no podía ser mayor. Era, sin embargo, tan grande el anhelo de libertad y es tan tentador y tan peligroso eso de soliviantar a una clase contra otra, que bastó que se dieran los primeros casos de saqueo y destrucción de propiedades de españoles, que eran los ricos, para que multitud de desarrapados y no pocos indios se pusiesen a las órdenes del cura Hidalgo y de sus capitanes. El grito de Hidalgo era el comienzo de la serie de gritos fatídicos del desastre nacional. Medio siglo más tarde la Reforma acuñaría otro grito: "mueran los curros, viva la chinaca, la plebe", lo que aprovecharon los juaristas para destruir lo que llamaron la reacción, es decir, los mexicanos con propiedades, y a fin de que no quedasen sino extranjeros de propietarios. El grito de Hidalgo es también idéntico al "mueran los burgueses" del seudorrevolucionarismo contemporáneo que también se cuida de exceptuar de sus ataques a los burgueses extranjeros. Por lo que, en resumen, se ve que con Hidalgo se inicia una serie de luchas en las que no se ha conseguido sino destruir

la labor de las generaciones a cambio de cambiar unos ricos por otros, siempre con ventaja para el capitalista extranjero.

Apoderándose fácilmente del pueblo de Dolores, se dirigió en seguida Hidalgo a Guanajuato acompañado de una multitud que aumentaba a cada paso. En Guanajuato, después de lucha sangrienta, la plaza cayó en poder de la chusma; el saqueo, el incendio, los abusos consumados después del combate, horrorizaron como no lo hubiera hecho una ocupación extranjera.

Salvo los que se unían directamente al Caudillo la sublevación de Hidalgo no tuvo eco en el país. Con su lentitud acostumbrada el gobierno colonial preparó sus elementos para combatir a los alzados y destruirlos.

El país se vió dividido, observa Alamán, en dos bandos. De un lado la masa del pueblo fuertemente movida por un poderoso aunque bastardo interés, y por el otro un corto número de soldados, los coloniales, y todos los europeos con el alto clero; el bajo clero estaba con el pueblo.

Pero ¿qué puede ser de un pueblo que no posee cabezas o cuyas cabezas no difieren del sentir general equivocado del momento?

Después de ocupar a Valladolid y Guadalajara, Hidalgo, con cerca de cien mil hombres, acompañado de Allende, se acercó a la capital. Tropas del Virrey a las órdenes de Trujillo fueron derrotadas en las Cruces. Desperdiciando una victoria que le permitía apoderarse de la Metrópoli, Hidalgo vaciló, no hallaba qué hacer. Y Allende no lograba imponerse.

El Virrey, entretanto, organizó nuevo ejército que puso a las órdenes de don Félix María Calleja, general realista. En las llanuras de Aculco, al noroeste de la capital, esperó Calleja con diez mil hombres a los cien mil que traía Hidalgo. Eran éstos una chusma pobremente armada, compuesta en su mayor parte de indios, y Calleja logró destrozarlos. Pero tampoco supo usar su victoria. Fué cruel con los vencidos, fusiló prisioneros; se olvidó de que descendía de Cortés y usó procedimientos dignos de los aztecas. Contribuyó a que el odio contra los españoles se hiciese más intenso.

Deshecho en Aculco, regresó Hidalgo a Guadalajara seguido de lejos por Calleja. En el campo de Hidalgo no había orden,

ni se tomaban las medidas necesarias de fortificación y defensa. Por su parte, Calleja era un gran soldado y no daba un paso sin proteger su retaguardia. En el puente de Calderón, próximo a Guadalajara, se produjo el segundo choque de los realistas con los de Hidalgo. Se dió esta acción el 17 de enero de 1811 y fué más sangrienta que la de Aculco. A dieciocho mil se hace ascender el número de los muertos. La derrota insurgente fué total. Desde ese momento ya Hidalgo no pensó sino en la huída. Mientras se dirigía al Norte fué aprehendido, en las cercanías de Monclova. De allí se le condujo a Chihuahua, donde fué ajusticiado, tras de retractarse públicamente de toda su empresa.

Al desaparecer Hidalgo, quedó don Ignacio Rayón de jefe del movimiento. Y no descansó Rayón haciendo propaganda por el interior del país y alimentando la guerrilla. Las montañas de Michoacán y el pueblo de Zitácuaro fueron durante algún tiempo el refugio de los patriotas.

A su paso por Michoacán, Hidalgo había recibido la adhesión del cura don José María Morelos, su antiguo discípulo en el seminario de Valladolid. Morelos era de padres españoles. No tenía gran ilustración. Las ideas sobre su movimiento eran las que le comunicó Hidalgo, que las tenía confusas. Hidalgo veía con desagrado la matanza inmotivada de los españoles. Morelos, menos culto, se contagió más fácilmente de la irritación de los mestizos y los indios contra el español. Al lado de Morelos los agentes norteamericanos ganaron considerable influencia. A uno de estos agentes, según refiere Alamán, lo fusiló Calleja. Pero no antes de que hubiese presenciado con satisfacción las hecatombes de prisioneros españoles que consumaba Morelos. La destrucción de los españoles era necesaria para destruir el país. Los indios se hallaban en la ignorancia y sometidos a una cruel explotación; los mestizos eran pobres faltos de energía, vivaces nada más, pero infecundos. Los criollos, según Alamán, eran desidiosos y descuidados, de "ingenio agudo" pero "pocas veces acompañaban el juicio de la reflexión, prontos para emprender y poco prevenidos en los medios de ejecutar, entregándose con ardor al presente y preocupándose poco de lo venidero"...

Es evidente, pues, que una población española de América, en prosperidad y opulencia, nos habría ayudado a defendernos a

nosotros de nuevas conquistas. Necesitábamos una refacción continua de españoles europeos que venían a formar familias nuevas, a medida que las formadas por sus predecesores caían en la desidia o en la indigencia.

Este *a b c* de la sociología nacional no lo sospecharon los héroes de la independencia ni los teóricos de la época. El afán de botín impulsaba a las multitudes contra el español, porque siempre el que no tiene odia al que tiene y el que no trabaja, procura arrebatarle su porción al que trabaja. La observación de Alamán se puede hacer extensiva a los Estados Unidos; toda sociedad nueva necesita el refuerzo de la savia afín. Los Estados Unidos habrían degenerado en vez de prosperar si, como nosotros, se dedican a perseguir ingleses. Al contrario, la política yankee ha sido de favorecer a la inmigración de ingleses y nórdicos de todas las razas afines de las suyas. Y el poderío de la Argentina y del Brasil se debe a que siguieron recibiendo españoles y portugueses respectivamente, por la misma época en que nosotros matábamos y expulsábamos españoles. Era una sangría de nuestra aristocracia étnica la que consumaban los "patriotas" dirigidos por agentes de los que querían expulsar a España del Nuevo Mundo para usufructuar sus territorios por encima de las subcastas que formaban los mexicanos. Y estábamos demostrando ser una subcasta, puesto que nuestros patricios, faltos de programa propio, se dejaban dirigir al oído, por los hábiles directores de la tendencia imperialista nueva que nos penetraba.

LA CAMPAÑA DE MORELOS

Era Morelos de cuerpo pequeño, lleno de carnes, el rostro algo moreno, los ojos ocultos, la ceja muy poblada; de aspecto grave, tal vez sañudo. Su porte era modesto y reservado y en sus resoluciones mostraba astucia y penetración. Se le había dado el encargo de organizar fuerzas para apoderarse de Acapulco y la costa michoacana del Pacífico.

Dirigía el movimiento insurrecional la Junta de Zitácuaro creada por Rayón para la conservación de los derechos de Fernando Séptimo y "defensa de la religión y libertad de la patria".

De suerte que seguían los insurgentes peleando por el despotismo que representaba Fernando Séptimo, en tanto que Calleja y el Virrey defendían el gobierno liberal de las Cortes de Cádiz que acababa de dar al reino una Constitución avanzadísima. Con motivo de la promulgación de esta Constitución de 1812, se habían celebrado en México festejos entusiastas. Nadie se acordaba ya de Hidalgo y del movimiento insurreccional. La nueva Constitución garantizaba los derechos del hombre y la libertad de la patria. Hubiera salido sobrando la rebelión si la Constitución perdura.

Si Fernando Séptimo no regresa a España a gobernar a la antigua, no se hubiese consumado la Independencia. El país se hubiese conformado con la libertad. Pero la impulsión extranjera exigía la lucha.

La carrera de Morelos fué un meteoro. Empezó con un puñado de hombres y en menos de tres meses se presentó frente a Acapulco acompañado de los Galeana y un ejército de tres mil combatientes que puso cerco a la plaza. El Virrey movió fuertes contingentes contra el nuevo peligro. Derrotado a la postre Morelos frente a Acapulco, se dirigió a Tixtla donde se le unieron los hermanos Bravo. En aquella región de la costa hay muchos negros. Los agentes norteamericanos que acompañaban a Morelos pensaron que era llegado su momento. Así como habían insurreccionado a las tropas de Morelos contra los españoles, en Guerrero provocaron una sublevación de los negros contra los mexicanos. La sublevación se produjo en forma grave teniendo Morelos que hacer un esfuerzo para sofocarla. Fusiló a los culpables, pero siguieron a su lado agentes que le prometían ayuda de parque y armas procedentes de los Estados Unidos, pero a cambio de concesiones territoriales. La imagen de Texas era obsesión en la mente de los estadistas de Norteamérica, todos expansionistas en aquella época, y Texas, para Morelos que no tenía visión mundial, era un desierto bueno apenas para indios salvajes. ¿Por qué no consumar el canje de Texas a cambio de armas para matar gachupines? ¡El plan angloamericano triunfaba!

Y lo más dramático de este momento de la vida nacional era que Calleja, el jefe realista que no tenía a su lado agentes yan-

kees sino mexicanos leales, se preocupaba por el auge que a causa de la guerra de Independencia tomaba otra vez el corsarismo en las costas del Golfo.

Se enteraba Calleja con angustia de los informes de Onís, el Cónsul español de la Luisiana y de los designios de Norteamérica sobre Texas, y se dolía de no poner mandar unos cuantos miles de hombres contra la Luisiana.

Sin la guerra que acaudillaba Morelos, Calleja se habría dirigido a Texas, habría creado toda una cadena de fuertes y un grupo de poblaciones y establecimientos de gente traída de España para contener el avance de los filibusteros y los colonos que empezaban a introducirse por la mal protegida frontera.

Y se preguntará todo lector que no tenga la mente obscurecida por el prejuicio: ¿En dónde estaba el patriotismo más alto, en el cruel español Calleja o en el equivocado Morelos? Dije cruel a propósito de Calleja; lo fué y eso lo perdió; pero también fué cruel Morelos. A crueldad nadie quería quedarse atrás en aquella guerra salvaje.

Tan cruel que Pérez Verdía, a quien nadie acusa de pasión, dice de Morelos: "A don Mariano García Ríos y a sus vencidos oficiales, después de la toma de Taxco, Morelos los hizo fusilar, faltando a lo pactado y a los sentimientos del honor, con el pretexto frívolo de que Galeana no había podido comprometerse a nada sin sú aprobación".

Si sobre estos hechos y otros parecidos no hay la menor duda; si no puede ser Morelos un modelo, ni como militar ni como patriota ni como caballero, ¿por qué esas glorificaciones ilimitadas? Levantar a la más alta cumbre de la fama patriótica a quien padece tales lacras, resta autoridad para exigir de los funcionarios y caudillos del día, las virtudes elementales del hombre de honor. Pues ¿cómo vamos a pedir al funcionario común lo que no se exige del héroe? Por otra parte no hay nada más triste que un pueblo que ni la historia la tiene limpia. El mantenerla sucia, no es culpa de los personajes que en ella figuran, sino de la caterva de inteligencias alquiladas a los más viles poderes de cada instante, y que repiten leyendas y otorgan consagraciones irreflexivas o perniciosamente motivadas, a menudo con el propósito de encubrir y justificar los crímenes del presente.

Contrasta con la crueldad de Morelos el proceder ajustado a las leyes de la guerra de don Nicolás Bravo al ordenar la libertad de trescientos prisioneros españoles que Morelos le ordenaba ejecutar en revancha de la ejecución del padre de los Bravo. Don Nicolás con su perdón, respondió a su sangre española y a la vez sentó el primer ejemplo público de la caballerosidad mexicana que ojalá algún día triunfe sobre la tradición miserable de las ejecuciones de los desarmados.

Después de una serie de victorias en Guerrero, Morelos pasó a Veracruz. Atacó a Jalapa y fué rechazado, pero pudo apoderarse de Orizaba donde se hizo de elementos. De Orizaba, rechazado en las cumbres de Aculcingo, cayó sobre Oaxaca que tomó, manchando, dice Pérez Verdía, su triunfo con inútiles e injustos excesos y fusilamientos y tolerando el saqueo de la ciudad.

Poco después de que Morelos se apoderó de Oaxaca, tomó posesión como Virrey don Félix María Calleja, el 13 de febrero de 1813.

Dirigiéndose de nuevo a la costa, el 14 de septiembre de 1813 dejó instalado Morelos en Chilpancingo el Primer Congreso nacional, cuyos diputados y directores fueron don Ignacio López Rayón, don José Sixto Verduzco, don Andrés Quintana Roo, y Bustamante, la futura calamidad. Al Congreso entrego Morelos sus facultades. Y es de todos reconocido que esta inútil entrega del mando puramente militar, perjudicó mucho a Morelos en sus campañas posteriores. Todas sus campañas, por otra parte, se reducen a episodios brillantes que nunca pudieron asegurarle el triunfo.

El Congreso recién formado dió un decreto que es considerado como la verdadera declaración de la Independencia mexicana. Afirma que el país "recobra el ejercicio de su soberanía usurpada". Esta palabra debe haberla insertado alguno de los agentes del imperialismo inglés; ella iba directamente contra toda la obra de los tres siglos de la Colonia. Y era un disparate, pues ¿cómo podían juzgarse, Rayón criollo, Quintana Roo criollo y Morelos mestizo, los rescatadores de Moctezuma? En todo caso eran también una porción de la raza usurpadora. Declaraban

asimismo quedar "rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español".

Proclamada así la Independencia y elegido Morelos Capitán General, sucedió que en Puruarán fué derrotado y privado de su brazo derecho, el cura Matamoros, por Iturbide, Coronel realista que peleaba a las órdenes de Calleja y que más tarde, cuando resultó "Libertador" se excusaba de haber batido a los insurgentes por el género de guerra de exterminio y de odio que éstos llevaban adelante.

Desde la muerte de Matamoros, Morelos ya no levantó cabeza. Se retiró a Acapulco, donde hizo matar prisioneros en holocausto azteca, para aplacar el enojo que le causaba la pérdida de Matamoros.

En mayo de 1814 se supo en México la vuelta al poder de Fernando Séptimo, y el cinco de agosto se recibió el decreto que derogaba la Constitución de Cádiz de 1812. El absolutismo volvía a apoderarse de España. Los españoles y los criollos, todos leales a España, se quedaban sin bandera. Pues no era lo mismo batirse por la Constitución de Cádiz, hecha en parte por mexicanos, que batirse por el vil Borbón. Fué ese el momento en que debió producirse una insurrección general. Nada de esto hubo; apenas si los insurgentes ya lanzados, recibieron un impulso moral y teórico. El 22 de octubre de 1814, reunido el Congreso en Apatzingán, promulgó una Constitución que era réplica de la Constitución de Cádiz, que de perdurar pudo unir a los pueblos americanos con España.

Y ocurrió en seguida una de esas contradicciones tan comunes en la historia de nuestro pueblo y que sólo se explican porque ha carecido de jefes con visión política y no nos ha gobernado nunca la inteligencia, sino el impulsivismo de caudillos ignorantes e irresponsables. ¡Con el advenimiento al trono de Fernando Séptimo, coincide que la revolución en México se extingue! Al grito de "Viva Fernando Séptimo" se habían levantado Hidalgo, Allende, Rayón, aun Morelos... Ahora que había causa porque se abolía la Constitución de Cádiz, porque a falta de Cádiz quedaba como bandera la Constitución de Apatzingán, el pobre pueblo, masa de siervos dirigida por tuertos, se entregó de nuevo a la apatía de su desidia secular. ¡Dejó fusilar a Mo-

relos como había dejado fusilar a Hidalgo! En efecto, reducidos sus contingentes por una serie de derrotas, Morelos cayó prisionero en Temaslaca, mientras protegía al Congreso que logró ponerse a salvo, para disolverse después.

Tras de la degradación y de la retractación respectivas, Morelos murió ejecutado el 22 de diciembre de 1815.

Calleja había triunfado. El gobierno virreinal, sin tomar lección de lo ocurrido, volvió a su rutina. Sin las campañas militares formidables que en el sur desarrollaban Bolívar, Sucre y San Martín, no habría habido Independencia mexicana. ¡Y mucho mejor hubiera sido retardarse cincuenta años, hasta dejar consolidada nuestra posición en California y Texas!

EL CULTO DE LA DERROTA

La figura de Morelos nos sugiere algunas reflexiones que no creemos conveniente dejar en el tintero. Aparte de sus méritos como iniciador y mártir de una idea que triunfó, en apariencia, se considera generalmente a Morelos como el tipo del soldado, el modelo que se ofrece a las sucesivas generaciones marciales de México. Deberemos, por lo mismo, juzgarlo como militar brevemente.

El énfasis y la exageración, la oratoria y la propaganda oficial han hecho de las batallas de Morelos algo casi excelso. Es verdad que Morelos hizo más que Hidalgo, pero Hidalgo no había hecho nada. Y lo que ninguna ciencia militar desconoce es que el objeto de la guerra es triunfar. La calidad del soldado se mide por su eficacia lo mismo que la de cualquiera otro profesional, pues no se va a la guerra para morir con gloria o sin ella, sino para triunfar y con el triunfo poner a salvo los intereses confiados al ejército. A nadie le importa un ejército que muere heroicamente, si esa muerte no ayuda a la victoria final de la causa. El episodio de las Termópilas no lo recordaría nadie si no hubiese sido un antecedente de la derrota final de los persas. En todo caso, para el militar, la victoria es un deber. A la guerra se va a triunfar; se va a destruir al enemigo, no a hacerse mártir. De allí que en todo el mundo, las derrotas se olvidan, así sean gloriosas.

Ningún reparo opongo a que Morelos sea venerado como mártir, pero sí es muy grave que se le tome en cuenta como general y, peor aún, como gran general. Aceptar como gran general a un vencido, ofrece el peligro de que los generales del futuro que lo tomen como maestro se conformen con pelear, se conformen con saquear, pero no se preocupen de vencer. Y esto es precisamente lo que nos ha ocurrido con frecuencia. Si nuestro héroe máximo es un derrotado, un mártir, más bien que un Rolando, no es extraño que todo nuestro Panteón Nacional se haya formado también con una serie de mártires: los mártires de Chapultepec, los mártires de Tacubaya; el martirio de Cuauhtémoc; como si la milicia tuviera por objeto preparar a sus hijos para que sean víctimas, lo que es oficio de la santidad, no de la milicia. El miliciano debe exigirse a sí mismo la victoria; en su carrera, la muerte y el sacrificio son un azar, no un objeto.

¿Hasta qué punto la circunstancia de que nos hemos dedicado a adorar fracasados influye en el temperamento nacional pesimista y en la insistencia con que hablamos de "morir por la patria", cuando lo que necesitan las patrias es que nadie muera, sino que todos vivan en plenitud y libertad? Aparte de que está condenado un ejército que antes de la pelea ya habla de morir; ese lenguaje se queda para las monjas y los monjes que voluntariamente han renunciado al mundo. En un soldado hablar de morir, ya es felonía, ya supone que sólo va a la trinchera a dejarse matar, cuando su deber es evitar que lo maten matando al enemigo de la patria. De lo contrario, en torno al culto de la derrota, se desarrolla también una corrupción del significado de la gloria que entre nosotros parece estar ligado siempre a los fracasos más sombríos.

Al contrario, la gloria en los pueblos normales posee un contenido vital que se liga íntimamente con la fuerza y la alegría.

Donde hay recuerdos de hecatombe, no hay gloria, hay sombra. Y este es otro de los aspectos en que el culto irreflexivo del holocausto nos ha hecho daño. La acción marcial más notable de Morelos, el sitio de Cuautla, pese a sus rasgos brillantes, no dió frutos, no creó victorias. En cambio, sus métodos después de cada combate dejan un rastro que se perpetúa, se

renueva en nuestra historia llenándola de lúgubre fango. Me refiero a la salvaje, a la sañuda reviviscencia azteca que obligaba a Morelos a matar gente después de la acción, unas veces porque ganaba, otras veces porque perdía. Los historiadores tímidamente le han reprochado a Morelos esta innecesaria, esta dañina crueldad, pero como subsiste la apoteosis, resulta que cada general se cree autorizado para asesinar prisioneros, fundado en un precedente de que hemos hecho religión casi. Y se ha creado así una tradición vergonzosa que no conduce a la victoria, sino al fracaso. Al fracaso condujo a Morelos mismo su práctica de fusilamientos en masa que en unos creó rencor y a otros los llevó a desertar de sus filas. Se vió entonces obligado Morelos a reclutar su ejército entre la porción más baja de pueblo; entre indios analfabetos y negros de la costa. Y de esta suerte inició otra de las calamidades nacionales: la periódica amenaza de los ejércitos de mercenarios nativos, de soldados bárbaros que no tienen simpatía por la población que combaten y se convierten en peores verdugos que las tropas de un ejército extranjero.

La semilla de todas las más funestas revoluciones se sembró, en consecuencia, en la guerra de Independencia que levantaba la más baja plebe contra todo el que tenía algo, contra todo lo que representaba adelanto, un comienzo de civilización. Acaso sin el precedente de Morelos, o por lo menos, sin la glorificación que hemos hecho de Morelos, no estaría nuestra historia militar ensombrecida con tanta derrota sin generosidad, con tanta victoria manchada de asesinatos. La debilidad de la historia que no osa enfrentarse a los mitos populares tiene en parte la culpa de que se perpetúen todas estas prácticas que ya es tiempo de juzgar severamente. Ante la historia no hay más criterio que el de la justicia absoluta y nadie es ante ella grande sino por la lealtad con que ha servido los valores eternos del bien. Un concepto erróneo de lo que es virtud cívica, de lo que es el heroísmo, no sólo obscurece el juicio de los pueblos; también les impide seguir adelante y vivir con honor.

Limpiar el pasado es la única garantía de un presente honesto y decoroso, de un futuro redimido.

Se me dirá que entonces ¿a quién vamos a presentar como modelo de las generaciones jóvenes? Y contesto que si a nadie

tuviésemos digno de alabanza y pleitesía, mucho mejor sería reconocerlo que adorar personajes turbios. En el caso especial de los militares, a cualquiera se le ocurre la solución. ¿Acaso no fué México formado, construído casi, por uno de los primeros capitanes de la historia? ¿Qué mejor modelo para un soldado mexicano que el de Hernán Cortés? La infame propaganda que se ha hecho contra todo lo que es valor nuestro, presenta a Cortés como un monstruo, y, sin embargo, nunca ordenó ejecuciones de prisioneros, siempre alivió la suerte del cautivo con una sonrisa de amistad, y fué siempre leal a esas amistades. Y triunfó porque supo cumplir el deber del soldado que es combinar la fuerza con la benevolencia. A tal punto que si Morelos, en vez de tomar de ejemplo la tradición azteca de las hecatombes post batalla, se acuerda de Cortés y se muestra generoso, entonces la clase media, los criollos, aun los españoles, se hubieran sumado a sus filas y en vez de un mártir, tendríamos en él a un verdadero general, es decir, a un victorioso.

Nadie recuerda en México a Cortés como capitán y maestro de táctica; sin embargo, léanse los relatos del sitio de México cuando la conquista yankee del cuarenta y siete. En la mente de todos los soldados de Norteamérica, el recuerdo de Cortés era una obsesión. Otra vez, aunque con menos gloria que en tiempos de Cuauhtémoc, un puñado de hombres sitiaba una ciudad de doscientos mil o más habitantes. Y tranquilamente aquella ciudad entregada al rufián más cínico que ha producido la historia, al Santa Anna de siempre, dejó sacrificar impasible a los cadetes que pelearon y salvaron su propio honor, no el de la masa santanizada que los miró igual que se contempla un espectáculo indiferente. Los capitanes de Santa Anna se habían olvidado de Cortés. Los yankees, en cambio, seguían la lección de Don Hernando. La lección de todo buen soldado, que es triunfar. En seguida, el buen capitán sabe que el triunfo perdurable sólo corresponde al que sabe templar la victoria con la magnanimidad. Cortés fué en eso, capitán de capitanes. Morelos no supo lo que debe saber un buen soldado; no supo de magnanimidades; por eso la victoria se le esfumaba como ilusión que no está en nuestra mano captar.

¡Cortés, primer maestro de todas nuestras academias militares! ¡Qué adelanto sería ese para nuestra milicia! Y con Cortés a la cabeza, la serie ilustre de los que han peleado para salvar nuestra raza, nuestra forma nacional de vida, nuestra autonomía profunda; los que defendieron nuestros puertos de los asaltos corsarios, los que salvando regiones enteras de la América española, de la codicia inglesa, nos han librado de quedar reducidos a mayor impotencia que la actual: Liniers y Pueyrredón y Alzaga, que salvaron a Buenos Aires; de Lesso, que salvó a Cartagena; Mora, el costarricense, que derrotó a Walker y evitó que Centro América quedase convertida en otra Texas, que sería amenaza grave para nuestro territorio... Hay en el Continente bravos soldados que ofrecer de modelo a nuestra juventud guerrera. ¡Soldados de la victoria!

Y la victoria en la causa única grande, la defensa de la latinidad del Continente.

En todo caso, yo termino el presente capítulo afirmando: Es muy peligroso educar al militar en el culto de la derrota. El deber del militar es la victoria.

EL VIRREY APODACA, PACIFICADOR

Tan reducida y aniquilada quedó la rebelión después de la muerte de Morelos, que Calleja fué llamado a España para recibir el premio de un título: "Conde de Calderón", por la batalla en que deshizo a Hidalgo. En sustitución de Calleja fué al gobierno de la Nueva España un hombre honesto y clemente: D. Juan Ruiz de Apodaca. Muchos insurgentes se indultaron. Se volvió a poner atención al riesgo que corrían las provincias del Norte con el avance sistemático de los Estados Unidos y se adoptó la medida bien aconsejada de abrir de nuevo las puertas del país o los jesuítas. Sólo ellos podían continuar la obra de consolidación y penetración de las zonas en riesgo de ser ocupadas por el enemigo.

El país no pensaba ya en Independencia, ni en guerra intestina, sino en dar impulso a sus recursos, suficientes para asegurar el poderío de muchas generaciones. Pero afuera del país se seguían moviendo las influencias empeñadas en destruirnos.

La táctica inglesa era valerse de los derrotados, los expulsos para instigarlos al retorno a la lucha. Así como Bolívar, derrotado una y otra vez, hallaba siempre a mano recursos para intentonas nuevas, también entre los que en España se seguían oponiendo al despotismo, representado por Fernando Séptimo, hacía propaganda el Almirantazgo británico. Una de las conquistas personales más eficaces del "Intelligence Service" inglés fué la de D. Francisco Javier Mina, guerrillero de mediana actuación durante la guerra napoleónica de España. En su libro "Mina el Mozo", D. Martín Luis Guzmán nos muestra al joven patriota completamente desprovisto de luces. A tal punto, que toda su ilustración iba a debérsela al enemigo o sea a los agentes franceses, rivales de España que, estando Mina en prisión en París, lo aleccionaron en el mito de la libertad de todos los pueblos, la fraternidad que sólo favorece a los fuertes; en suma, lo convirtieron en agente del imperialismo más poderoso del momento, que era el inglés. Más de un año pasa Mina en Londres, bien pagado por el Almirantazgo. De allí se le traslada a Estados Unidos. El doctor Mier, agente general británico para los países americanos, dió sus instrucciones al héroe. En los Estados Unidos logró Mina comprar una embarcación y reunir una escolta toda compuesta de extranjeros, y con esta gente y cerca de trescientos hombres de tropa, desembarcó el 15 de abril de 1917, en Soto la Marina. No encontrando allí el auxilio que esperaba, optó por internarse. El comandante local, D. Felipe de la Garza, se retiró por no contar con elementos suficientes para oponérsele. En el Valle del Maíz derrotó Mina al capitán Villaseñor. Una serie de inesperadas victorias llevó a Mina al interior del país. Se atrevió a consumar el asalto de la plaza de León y fué rechazado. Por el fuerte del Sombrero pudo juntarse Mina con las partidas insurgentes que mandaba don Pedro Moreno, pero pronto surgieron rivalidades entre los insurgentes nativos y los extranjeros, irlandeses y norteamericanos que formaban el núcleo de las fuerzas de Mina. En situación comprometida, Mina confió su suerte a la audacia y se puso a consumar ataques desesperados que casi siempre concluían en derrotas... A medida que los extranjeros de su escolta eran diezmados, observa Guzmán, el éxito de Mina cedía. Los mexicanos no se le juntaban. Los mexica-

nos tenían más en común con las fuerzas realistas que con las avanzadas de la ocupación de Texas que peleaban al lado de Mina.

Y sucedió lo inevitable: destrozados sus contingentes, perseguido de cerca por los realistas, cayó Mina prisionero de un tal Orrantia que lo entregó al jefe realista Liñán. En el fuerte del Sombrero, Mina fué fusilado. Fuera de Guerrero en las montañas del sur y de algunas partidas de poca importancia, la revolución quedó otra vez sofocada. El ejército realista había crecido a la enorme cifra de ochenta mil hombres.

Pero otra vez un suceso ajeno al país reviviría la lucha, transformaría el curso de los acontecimientos.

EL ODIO A LA CONSTITUCION PRODUCE EL CAOS

El pronunciamiento liberal encabezado en España por don Rafael del Riego, el 1º de enero de 1820, obligó a Fernando Séptimo a jurar la Constitución de 1812 que poco antes había hecho a un lado. Por virtud de este movimiento, España salía de los métodos desastrosos del absolutismo que ya desde Felipe Segundo traían todo de cabeza, y se incorporaba a los sistemas modernos de gobierno. En todas partes ha sido necesario luchar por la Constitución y no se considera concluída la evolución política de un pueblo mientras no se ha dado a sí mismo una Constitución que regule la convivencia pública.

Estaba reservado al elemento conservador de México emprender una lucha sañuda para oponerse a la Constitución. No cabe en cabeza normal lo que entonces ocurrió. Se quiso ser más papista que el Papa pretendiendo que Fernando Séptimo había sido forzado a aceptar la Constitución y mientras Fernando Séptimo recobraba su libertad, el poder de la nación mexicana debía ser puesto en depósito en manos del Virrey Apodaca, que gobernaría conforme a las Leyes de Indias.

Se recordará que este mismo plan lo habían rechazado los notables de la Capital cuando se trató de que Iturrigaray asumiera el mando en ausencia de Fernando Séptimo y de acuerdo

con la Regencia de Cádiz y la Constitución. Para oponerse a ella, habían sido capaces de sonreír a los ingleses. Si se trataba de oponerse a la Constitución, no había medio que no pareciese legítimo a esta gente obcecada, y acudieron entonces al pronunciamiento.

ITURBIDE

Los conservadores de México inician con la conjuración de la Profesa una serie de intentos fracasados para oponerse al progreso, en vez de apoderarse de su maquinaria y dirigirla.

En principio, el Plan de la Profesa era oportuno. La independencia, a la que con tanto celo se habían opuesto los conservadores, resultaba ya inevitable y era mejor adelantarse a hacerla que esperar levantamientos nuevos. Basta recorrer las fechas de las batallas sudamericanas para comprenderlo. No obstante que México estaba en calma, dominado totalmente por el ejército realista, en el sur Bolívar y San Martín nos hacían la Independencia.

El Congreso de Tucumán, en 24 de marzo de 1816, había ratificado la Independencia argentina. La batalla de Chacabuco abrió las puertas de Chile a los independientes en febrero de 1817 y en abril 18 quedó asegurada en Maipú la independencia chilena. En 1820 invadió San Martín el Perú. Bolívar estaba a punto de dar la batalla de Carabobo. La independencia mexicana entonces la decidieron los españoles y los criollos acomodados que con más tesón la habían combatido. El mal estuvo en el caudillismo, el personalismo que se iniciaba y en la persona escogida para llevarlo a cabo. Fué ésta Don Agustín de Iturbide, coronel realista que se había distinguido por su saña en la persecución de los insurgentes. En la posición en que Iturbide se hallaba colocado, de oficial de Su Majestad, no hay excusa ni argumento que lo libre del carácter de traidor. Pues volvió las fuerzas que le había confiado el Rey, contra el Rey. Muy grave es un pecado de origen de tal magnitud en un hombre que las circunstancias convertían en cabeza de Nación y que

más tarde los necios quisieron convertir en tronco de dinastía. Mala honra era la de Iturbide para dar abolengo a una aristocracia que no fuese otra que asociación de aventureros.

Además, los antecedentes de Iturbide eran de oprobio. Siendo comandante de armas en Guanajuato se le había procesado por especular con los artículos de primera necesidad y por mandar vender a vil precio los acopios de granos de algunas haciendas. Se ve, por lo mismo, que junto con la jurisprudencia del cuartelazo, Iturbide crea el precedente del general negociante que usa del mando para explotar monopolios como el del garbanzo de Sonora, que disfrutó Obregón, o como la tributación aduanal que manejaron a su gusto los favoritos de Calles. El iturbidismo, que es lo mismo que el caudillaje militar irresponsable, ha ido bajando de categoría humana, pero nadie le puede quitar a Iturbide la paternidad de la corrupción, la triste gloria de precursor de un sistema de gobierno que lleva más de un siglo de arruinar al país.

Por su origen ilegal, extrademocrático cuartelero, y por su calidad personal de hombre sin honor en tratos privados, es Iturbide el verdadero Agustín Primero de una serie inacabable de sujetos que no tienen por lo común otra recomendación que haber sido crueles en la guerra civil, desleales con sus convicciones que a menudo cambian según la conveniencia personal, y en su vida íntima, ignorantes y poco delicados, nada virtuoso en el sentido fuerte de la palabra virtud.

En la conspiración de la Profesa tomaron parte clérigos prominentes de la indicada Iglesia y de otras de la capital, y personajes influyentes. No sospecharon, sin duda, que el tipo de gobernante que creaban para México, el caudillo arbitrario y sin ley, se les escaparía pronto de las manos y haría de la casta que lo creaba una de las primeras víctimas. Todo en la conspiración iturbidista huele a hipocresía. El matón sin honra que era Iturbide se finge piadoso, asiste a unos ejercicios espirituales en la Profesa y sale de allí absuelto de crímenes, listo para cometer otros nuevos. Con engaños obtiene del Virrey la Comandancia del sur, donde había rebeldes. Elige Iturbide buenas tropas con el pretexto de que va a batir a Guerrero. Quiere, expresa al Virrey, "cooperar a la gloria de que en breve tiempo

se viese pacífico todo el Reino". En el primer contacto con los alzados, Pedro Ascencio, jefe insurgente, destroza la retaguardia del futuro Emperador y el 2 de enero de 1821 don Vicente Guerrero derrota al Comandante de Acapulco. El fatuo Iturbide había soñado acabar con los rebeldes y volver a la capital triunfante, para dar solo el golpe a su protector el Virrey. Cuando ve que los rebeldes le resisten y aun lo derrotan, se resuelve a compartir el triunfo con ellos. Dirige una carta afectuosa a Guerrero. Este, bravo y noble general insurgente, lo manda a paseo y le inflige otra derrota. Pero Iturbide insiste. Guerrero, patriota desinteresado, acepta, por fin, conferenciar con el jefe realista y en Acatempan, a mediados de febrero de 1821, se ponen de acuerdo para llevar a cabo la Independencia. Se roba Iturbide una conducta que iba para Manila; recibe apoyo en dinero del Obispo de Guadalajara y proclama el Plan que se llamó de Iguala. La redacción del documento la hace el doctor Monteagudo, porque Iturbide, como los caudillos que habían de sucederle, es incapaz de formular por escrito sus ideas. En el Plan de Iguala se establece la absoluta independencia del Reino. Se promete un gobierno monárquico y constitucional. Y se ofrece el trono a Fernando Séptimo que, al no aceptarlo, dejaría libre el camino para elegirle sustituto.

En esencia el Plan de Iturbide era bueno; consumaba la Independencia sin derramamiento de sangre y con la cooperación de criollos y españoles.

El Virrey, notificado del Plan de Iturbide, cumplió con su deber disponiéndose a batir al traidor. Pero, contagiado el ejército por el ejemplo de Iturbide, influído, además, sin duda, por el deseo general de independencia, no tardaron en producirse nuevos pronunciamientos. Un grupo de oficiales apresó al Virrey. Entretanto, Iturbide, aprovechando la llegada a Veracruz de un nuevo Virrey, Don Juan de O'Donojú, trató con él, concertando el 24 de agosto los tratados de Córdoba por los que ratificaba el Plan de Iguala. El 27 de septiembre de 1821 hizo entrada triunfal a México, Iturbide, con el ejército de las Tres Garantías. Al día siguiente se instaló una Junta Provisional de Gobierno de la cual Iturbide fué el presidente. Y O'Donojú tuvo la poca delicadeza de formar parte de la junta.

Originariamente el movimiento de Iturbide tuvo el propósito de constituir gobierno personal que evitase la promulgación de una Constitución liberal. Pero como no pudo Iturbide hacer algo sin contar con los elementos insurgentes y éstos con la masa de la opinión del país exigían un gobierno constitucional, resultó un gobierno híbrido dentro del cual fué tan fuerte la tendencia constitucionalista, que el mismo Iturbide tuvo que ceder a ella. Los conservadores tuvieron que agacharse pero no se convencieron. Todavía Alamán había de lamentarse de que no se hubiese dado a Iturbide el poder absoluto con título de "Primer Jefe del Ejército". Y eso que la opinión de Alamán sobre Iturbide, no puede ser más pobre. "No parecía, dice, tener más noción de gobierno que tomar dinero de donde podía haberlo a mano cuando lo necesitaba y poner en prisión a los que le eran sospechosos, como lo hacía cuando era Comandante General en Guanajuato".

En este juicio Alamán retrata, no sólo a Iturbide, también a sus continuadores de la farsa política nacional. Las palabras ya citadas de Alamán lo mismo pueden aplicarse a Santa Anna que a Venustiano Carranza. Lo más funesto del iturbidismo es el precedente que dejó de gobiernos personales extra constitucionales. Y ni siquiera Alamán quiso ver que el sistema representativo que él también odiaba, ofrece, por lo menos, una probabilidad de obtener designados honorables. Un siglo de fracasos no acaba de servir de lección a los conservadores. Todavía el Padre Cuevas, en su Historia de la Iglesia, dice de Iturbide que si en lo "privado se procuró la Corona, hizo muy bien", y añade: *"Un gobierno no electivo cuando hay manera de que caiga en gente honrada es lo que todos creemos que conviene a México"*. Y cabe preguntar: ¿quién juzga de la honradez? Ni ¿qué garantía puede haber de ella en persona que se cobija con la sombra de un complot, antes de presentarse ante sus conciudadanos? Malo como es el régimen democrático, por lo menos obliga a una discusión de los méritos del candidato y permite eliminar de esta suerte a los notoriamente descalificados. Tal como habría sido eliminado el mismo Iturbide si se le discute libremente. Basta recorrer la lista de los presidentes de Estados Unidos, ò de los de Colombia, Argentina, Chile, Perú, para convencerse de que la inmensa mayoría de los jefes de Estado durante

un siglo ha sido de hombres honrados cuando no de hombres superiores. En cambio, la serie de los nuestros, salidos en su mayoría del pronunciamiento o de la imposición armada, es una galería del crimen, por los hechos y aun por los rostros patibularios y brutales.

Por no haber habido elecciones sino conjuras, los presidentes de México recaen en el tipo Iturbide-Santa Anna, sin acercarse nunca a la categoría de un Alamán. El clero, por su parte, estima a los Iturbides que le hacen el juego. Pero a partir de la Reforma, los Iturbides dominados por la masonería, se les han convertido en azote. No por eso reniega del sistema, si hemos de juzgar por el apoyo prestado a Victoriano Huerta. Y parece que lo que lamentan de un Iturbide a lo Calles, no es que mate, robe, destruya, sino que no esté con ellos. ¿Cómo quieren entonces no vivir divorciados de la opinión si lo que ésta reclama con justicia es un gobierno electivo como el que ha prevalecido en Colombia, como el que disfruta la Argentina, para no citar sino casos hispanoamericanos?

No sólo al país, a la misma Iglesia le ha hecho daño el capricho de crear en América simulaciones del derecho del más fuerte en la noche de la historia. En vez de todo este cafrismo premedioeval, la Iglesia que era, o debió ser, una avanzada de la cultura y órgano de previsión social, debió adelantarse a los tiempos o por lo menos, entrar en ellos a fin de dominar las corrientes irreprimibles. En lugar de fincar sus esperanzas en un Iturbide, en un Porfirio Díaz, es en el pueblo y en las asambleas donde debió buscar el poder político; a la luz del día y con sinceridad de propósito, es decir resuelta siempre a servir el interés nacional, el interés de las mayorías, por encima de grupos y privilegios. En cierto modo, esto es lo que hacían los liberales, por lo menos presumían de hacerlo, y no es de extrañarse, por lo mismo que la masa los siguiese. Ya en otras naciones, la Iglesia ha entrado al terreno democrático a librar la batalla de la sociedad. ¿Por qué sólo en México ha de seguir apegada a las fórmulas viejas? Lo que ha venido padeciendo es consecuencia de su atraso. Y todo ello es lamentable, porque la Iglesia mexicana es parte de nuestro patrimonio cultural y no

será México grande mientras no se conquiste la cooperación de lo nacional y lo religioso.

Todo poder que se vuelve sordo a los tiempos es un poder condenado. Cuando se inventó la artillería, el buen capitán que era Mahomed se dedicó a comprar los mejores cañones de su época. Con ellos echó abajo a los bizantinos que se creían invencibles porque lo habían sido sus antepasados. Los nuevos cañones de la política eran las asambleas. Descuidar éstas, para dedicarse a fabricar dictadores a lo Iturbide, es pecado de ineptitud.

Pronto se vió que, en efecto, Iturbide no ejercitaba el poder. Frente al suyo estaba la Asamblea. En el primer choque triunfaría la fuerza y quedaría dueño del campo Iturbide, pero con triunfo efímero.

El primer Congreso mexicano se reunió el 24 de febrero de 1822. Prometió guardar y hacer guardar la Independencia; ratificó el mando de Iturbide y éste prometió obedecer al Congreso.

En seguida el Congreso se dedicó a perder el tiempo en cuestiones nimias, a decretar honores y a establecer órdenes como la de Guadalupe. Ninguna ley social de importancia, ninguna medida eficaz podía salir de aquel conjunto de diputados que estaba pendiente a la intriga latente, a la lucha sorda de tendencias antagónicas. Pues es peculiar de los Parlamentos que nada logran si no son de verdad libres y no puede tampoco el Ejecutivo desarrollar labor provechosa si no cuenta con la lealtad del Parlamento. Tampoco podía haber cooperación sincera entre un Iturbide, llegado al poder por la conspiración y el pronunciamiento, y diputados que se sentían consagrados por la elección popular. Al iturbidismo no le quedaba otro recurso que seguir su natural trayectoria. Usar el Congreso para sus fines y en seguida aniquilarlo.

La situación general se agravó porque en España, los políticos, con su habitual desacierto, se negaron a reconocer los convenios celebrados con O'Donojú. El disparate no pudo ser mayor. No teniendo escuadra ni ejércitos bastantes para reconquistar la Nueva España, lo obvio era reconocer una Independencia consumada con tanta galantería. Y habernos mandado

alguno de los idiotas que les pedíamos para rey o no haber mandado a nadie, pero haberse apresurado a entablar relaciones cordiales con la nueva situación. El plan de la destrucción de los españoles tramado por los que habían fomentado la Independencia, no se hubiera podido consumar, si el gobierno español se apresura a retirar las tropas que quedaban en Ulúa y manda un Embajador.

Ocurrió todo lo contrario. En el propio México empezaron a conspirar algunos españoles soñando con un golpe militar que los restableciera en el mando. La agitación provocada con este motivo dió pretexto a que Iturbide aumentase el ejército y a que justificase sus ambiciones a un mando vigoroso e irresponsable.

Por su parte, los liberales ganaban terreno en la Asamblea. Un D. Lorenzo de Zavala, oriundo de Yucatán, había llegado a México, se había hecho elegir diputado en Veracruz. En Europa había participado en el intento de coronar Emperador a un descendiente de Moctezuma, noble español avecindado en la Península, Don Alfonso Morcillo de Teruel. Unido con Ramos Arizpe, Zavala se ocupó de la instalación de las logias del rito escocés, que fueron el núcleo de la oposición a Iturbide en el Parlamento. Por desgracia, la doctrina democrática, desde su origen se presentaba contaminada de peligroso influjo extranjero.

El ejército, que ya desde entonces comenzó a ser el árbitro de los asuntos nacionales, y el clero, apoyaban la designación de Iturbide como Emperador, a falta de Borbón que no quiso venir. Los liberales, por su parte, hablaban de asesinar a Iturbide que se disponía a pasar el Rubicón, imitando a César en la felonía, ya que no en el genio conquistador.

Por fin, la noche del 18 de mayo, un sargento aleccionado convocó a la tropa y en la retreta hizo la proclamación del Imperio. El ciclo de barbarie militarista de nuestra historia independiente se había iniciado. El Congreso amenazado, votó la designación de Iturbide, no obstante no haber quórum en la Asamblea. Gómez Farías, que más tarde se convertiría en jefe liberal, hizo el elogio de Iturbide, le arregló el enjuague del Congreso. "Y quedó nombrado —dice el propio Alamán— el Primer Emperador de México, como se nombraban los Emperado-

res de Roma y de Constantinopla en la época de la decadencia, por la sublevación del ejército y los gritos de la plebe"

Nosotros surgíamos apenas a la vida y ya nos manchábamos con procedimientos de decadencia.

En las provincias la proclamación del Imperio fué recibida con júbilo. El Brigadier Santa Anna, antiguo realista y Comandante Militar de Jalapa a la sazón, se apresuró a ofrecer adhesión servil, "garantizada con su vida, etc., etc." Ni Don Vicente Guerrero, que mandaba la zona del Sur, escapó a la ola de indecorosas pleitesías.

Por lo menos, la tendencia mexicanista de Iturbide era sincera. Del otro lado, en el liberalismo, se movía la influencia extranjera. Y la desgracia del futuro estaba en la siguiente contradicción: que los métodos atrasados de mando, los representaban los nacionalistas, y la tendencia republicana que fatalmente tenía que triunfar, se presentaba ya coludida con el imperialismo de los anglosajones, que de esta suerte se aseguraba el porvenir.

El propio Zavala reconoce que se afiliaron a las juntas secretas masónicas una porción de individuos que esperaban por ellas ser diputados o empleados de cualquier género. Muchos españoles, por odio a Iturbide, a quien detestaban por haber hecho la independencia, se afiliaban también al partido escocés. Halagaba éste al pueblo con promesas de supresión de contribuciones procurando adquirir popularidad y hacer palpables al pueblo los beneficios de la revolución.

Por el lado de Iturbide, como era natural, se declinaba hacia el absolutismo. El Congreso fué disuelto y sustituído por una Junta de Gobierno de la que formó parte O'Donojú. A la muerte de éste quedó dueño de todo el poder Iturbide.

Estando en el poder Iturbide regresó a México el Padre Mier, que fué muy agasajado y obtuvo gran influencia. Desde el principio se colocó el Padre Mier en la oposición contra Iturbide y en favor de la república. Pero la verdadera dirección del movimiento liberal mexicano había de quedar en manos extranjeras; correspondió al representante de los Estados Unidos, don M. J. R. Poinsett.

En realidad, el único suceso notable del Imperio de Iturbide fué la anexión voluntaria de Guatemala. El Salvador se

negó a reconocer a Iturbide y el general Filisola, de triste memoria en lo de Texas, fué a Centro América a imponer por la fuerza una adhesión que debió asentarse en la comunidad de interés en la colaboración respetuosa y en el patriotismo común. Nicaragua y Costa Rica también tuvieron representantes en el Congreso iturbidista y obedecían las órdenes del gobierno imperial.

Y pronto lo que había creado el pronunciamiento lo deshizo la defección. Santa Anna inició su carrera nefasta, proclamando la república para destronar a Iturbide. D. Vicente Guerrero también se sublevó en el Sur. Las fuerzas que Iturbide mandó contra Santa Anna defeccionaron y todos los traidores reunidos firmaron el Plan llamado de Casa Mata, en febrero de 1823. Consecuencia del Plan fué el desconocimiento de Iturbide y la proclamación de la República Federal. Con los antiguos diputados y otros electos por las provincias, se reunió el Poder Constituyente. Se aprobó en la Asamblea una Constitución y fué electo Primer Presidente don Guadalupe Victoria, que tomó este nombre por devoción a la Virgen de Guadalupe. Como Ministro de la Guerra nombró Victoria a un antiguo Jefe realista, don Manuel Gómez Pedraza. En las elecciones que se convocaron en seguida, fué electo Vicente Guerrero, no obstante haber obtenido más sufragios Gómez Pedraza. Pero otra vez los pronunciamientos, con Santa Anna en el fondo de la situación, decidieron el triunfo en favor de Guerrero.

La insurrección que aseguró el nombramiento de Guerrero se llamó el Plan de la Acordada.

El verdadero director de la política mexicana, don Joel Poinsett, regresó al país con cargo de Ministro Plenipotenciario al establecerse Guerrero en el poder. La corta presidencia de Guerrero marca, sin embargo, cambios importantes en la política nacional. De Ministro de Relaciones de Guerrero había quedado don Lucas Alamán que representó sin éxito los intereses de la nación frente a Poinsett.

Nos habíamos separado de la idea imperial española, el más noble tipo de cruzada humana universal y generosa que jamás haya existido, y nos veíamos englobados en el imperialismo co-

mercial de los anglosajones, cuyo triste epílogo contemplamos hoy en el capitalismo decadente de la actualidad.

EL PRIMER PROCONSUL

Era Joel Poinsett de hermosa presencia y porte distinguido. Descendía de emigrados franceses protestantes. Su cultura era superior a la de toda la gentecilla que formaba gobiernos en nuestra patria. Había estado Poinsett de espía en México, en 1812, y de diplomático en Chile. Ante Iturbide se presentó como agente de los Estados Unidos, pero pronto se convenció Poinsett de que no iba a manejarlo y se retiró, no sin dejarle minado el terreno. Elevado al poder Guerrero, con apoyo de las logias, Poinsett vió su oportunidad. Traía mucho dinero y en seguida se formó una camarilla cuyos jefes fueron: Lorenzo de Zavala, el futuro traidor de lo de Texas; Alpuche, gran maestre del partido que aceptaba llamarse a sí mismo "americano", y Gómez Farías, el pontífice del liberalismo y una especie de pastor protestante vestido de charro.

En sus discursos hablaba Poinsett de la igualdad de las Instituciones de Norteamérica y México. En la crónica que da el periódico "El Aguila Mexicana", de la primera recepción de Poinsett, se cuenta: "que llamó poderosamente la atención que en la primera fiesta de la Embajada de Norteamérica, el Ministro Poinsett había hecho colocar en uno de los extremos del salón el retrato de Moctezuma; en el otro una alegoría de la América".

Obsérvese la precisión con que se desarrollaba el programa del nuevo imperialismo. Apoyo al federalismo que aumentaba la dispersión de provincias ya de por sí mal comunicadas. La separación de Guatemala y demás países centroamericanos sería la primera consecuencia del federalismo, el primer triunfo del programa Poinsett. En seguida, el homenaje a Moctezuma ocultaba el propósito de borrar el recuerdo del gran pasado español, en favor de un cacique indio desventurado. Contra el México grande de Cortés y los virreyes, Poinsett erguía el México de Moctezuma que abarcaba apenas el altiplano de Anáhuac. La política interior la dominó Poinsett por medio de la creación de logias

que ya no responderían a la influencia inglesa y francesa, sino directamente a la influencia de Norteamérica. Tal fué el objeto del rito yorkino cuya matriz estuvo siempre en Nueva York. En lo inmediato la misión de Poinsett se dirigía a echar por tierra el tratado de límites celebrado por el Ministro Onís con Wáshington, por el cual nuestra frontera llegaba a Luisiana, y a concertar un nuevo tratado de límites que poniendo la frontera en el Río Bravo nos quitaba de golpe todo Texas, poblado desde hacía dos siglos, por mexicanos.

En las reuniones de la Embajada, Poinsett fungía de maestro de los agitadores y políticos que con el apoyo del "partido americano" llegarían a ser diputados, ministros, presidentes. Poinsett recogía el fruto de los trabajos de su primer viaje. La elección de Guerrero era triunfo de los "americanos".

Sólo un hombre había en el gobierno, con capacidad para oponerse a Poinsett: D. Lucas Alamán. En el duelo que se desarrolla entre ambos habría de perder Alamán. Desde ese momento el destino de México ha estado a merced del yankee.

HISPANISMO Y MONROISMO

Alamán es el único Ministro de Relaciones que México ha tenido. Su mirada estuvo abierta a las exigencias de la hora y a la consideración del porvenir. Recién independizado México era natural que buscara apoyo en los países de la misma sangre. La voz de unión había venido ya del Sur. Bolívar citó al Congreso de Panamá. Pero el mismo Bolívar ideó un plan bastardo: Invitó a los Estados Unidos y proclamó a Inglaterra "Protectora de la Libertad del Mundo". (Véase Pereyra, Breve Historia de América.) Al disolverse el Congreso de Panamá quedó convenido que los delegados se reunirían nuevamente en Tacubaya, suburbio de la capital de México. El Congreso de Tacubaya no llegó a reunirse porque los hombres pequeños que se habían hecho del mando, en las distintas naciones de América, no veían más allá de sus narices, no se preocupaban sino de la intriga local y de la adulación de los poderes nuevos: Inglaterra y los Estados Unidos. Nuestros destinos también comenzaron a oscilar entre los dos polos de la extraña influencia. Inglaterra formuló por medio del Ministro Canning, la tesis de que no se permitiría el restablecimiento de la influencia europea en América. Los imbéciles, en América, tomaron este gesto como una gracia, una protección a las nuevas nacionalidades. En realidad, era la consumación de la tarea inglesa de varios siglos. En vano España, con sus aliados europeos de la Santa Alianza, intentó contener la obra comenzada por los bucaneros de la época de Isabel de Inglaterra. El comercio del Nuevo Mundo comenzó a ser inglés, no obstante no haberse consolidado el dominio político de Inglaterra por causa de las acciones heroicas de Buenos Aires y Cartagena. La declaración de Canning quería decir: Fuera Eu-

ropa de lo que hoy es mío. Pero el imperialismo inglés se había bifurcado. Para los Estados Unidos la independencia no fué decaimiento sino comienzo de un incomparable ascenso. Los Estados Unidos no se dedicaron a matar ingleses; se dedicaron a imitar a los ingleses y a sentirse ingleses en la ambición, el decoro y el poderío. Por eso cuando Canning formuló el dogma de que América no era campo para la dominación europea, salvo la inglesa, los hermanos ingleses en los Estados Unidos proclamaron por boca de Monroe: "Que los Estados Unidos no admitirían ninguna empresa de colonización que en los continentes americanos intente cualquiera de las potencias de Europa". Esta declaración es de fecha 2 de diciembre de 1823. Sólo la mala fe ha podido dejar que corra la especie de que la Doctrina Monroe tenía por mira proteger a las nacionalidades nuevas de las invasiones de Europa. España ya no podía invadirnos, había sido derrotada totalmente en el Sur. Inglaterra también había fracasado en sus intentos de ocupación de territorios. La Doctrina Monroe, en realidad, equivalía a una declaración de la precedencia yankee en las cuestiones del Nuevo Mundo. Lo que preocupaba a los Estados Unidos era que Francia o Inglaterra se adelantasen apoderándose de Cuba que ya se habían reservado para sí.

Por eso lo primero que hizo Poinsett fué destruir los planes que México y Colombia habían concertado para libertar a Cuba y anexarla a México, lo que hubiera sido natural y debido.

Para la expedición de Cuba contaba Colombia con doce mil hombres aguerridos listos para embarcarse en Cartagena. México debía suministrar asimismo tropas y embarcaciones. Poinsett, siempre vigilante, intrigó contra el proyecto que Alamán apoyaba. Los Estados Unidos se movieron también en Colombia, amenazaron. Con eso bastó. El criterio imperante en la mayor parte de la gente de México nos lo da el traidor Zavala, jefe por entonces, de los americanos: "México, —afirma en su historia Zavala— necesitaba curarse de sus heridas... no estaba para aventuras"... "Además, —decía Zavala—, si no fuese por la poderosa escuadra británica ya Cuba habría corrido la suerte de la Florida y la Luisiana, suerte feliz, dice, si se considera como debe ser, la que toca a los habitantes que entran en los goces

de la más amplia libertad social y reciben del nuevo gobierno el derecho de gobernarse a sí mismos". Tal fué la suerte que pocos años más tarde ayudaría a deparar a Texas el propio Zavala, aunque ahora sus descendientes anden de parias como *toca en suerte a las razas que no saben darse a sí mismas la libertad y esperan a recibirla como merced del poderoso.* Fracasó, pues, Alamán, y triunfó Poinsett coludido con mexicanos; Cuba no fué mexicana ni fué libre; estaba reservada desde entonces para posesión de los Estados Unidos de Norteamérica.

La segunda derrota de Alamán es todavía de mayor trascendencia. Ni siquiera la mencionan los menguados textos de nuestra miserable historia patria.

No hallando ambiente para la celebración del Congreso de Tacubaya, Alamán, como Ministro de Relaciones de Guerrero, se dedicó a concertar el tratado de Alianza con Colombia. Aparte de las cláusulas usuales de alianza defensiva y ofensiva, el tratado contenía las siguientes cláusulas de trascendencia obvia: Artículo XIII. "Ambas partes se obligan a interponer sus buenos oficios con los gobiernos de los demás Estados de la América, antes españoles, para entrar *en este pacto de unión,* liga y confederación perpetua"... Artículo XIV. "Luego que se haya conseguido este objeto se reunirá una Asamblea general de los Estados Americanos compuesta de sus plenipotenciarios, con el encargo de aumentar las relaciones íntimas que deben existir entre todos y que les sirva de Consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete a sus tratados y de Juez árbitro y conciliador en sus disputas y diferencias"

Firmaron este tratado Alamán y el Ministro de Colombia en México, Poinsett informó y la cancillería de Washington hizo que en Colombia se le introdujesen modificaciones. Sin embargo, testada la palabra Juez árbitro lo firmaron y promulgaron D. Vicente Guerrero y Alamán el 2 de diciembre de 1823. El 31 de diciembre se hicieron al tratado modificaciones esenciales que volvieron a despertar al recelo de Poinsett. Una cláusula del nuevo tratado decía: *"Los productos territoriales de uno y otro país introducidos por sus puertos en buques indistintamente colombianos o mexicanos gozarán de la rebaja del dos y medio por*

ciento de los derechos de importación, etc.". Esta cláusula motivó larga discusión en que se interpuso Poinsett y envió notas del propio Clay. La ocasión la dió el tratado que concertaba Poinsett entre México y los Estados Unidos; en él se exigía que los Estados Unidos obtuviesen el *mismo trato que el otorgado a las repúblicas de origen hispánico.*

Alegaba Alamán la diferencia de circunstancias, nuestra comunidad de origen y solidaridad anterior a la Independencia, y Clay hablaba de que los Estados Unidos con la doctrina Monroe, garantizaban la independencia americana. El resultado fué que Colombia ya no ratificó el tratado.

El plan genial de Alamán de sustituir con una serie de pactos aduaneros, la federación que había fracasado en Panamá, quedó deshecho. Y quedó constituído desde entonces el Panamericanismo como un obstáculo para la integración del hispanoamericanismo.

Tan peligroso había sido el plan Alamán, frente al plan Monroe, que el panamericanismo triunfante ha procurado echar en olvido, borrar de la historia, el nombre mismo de Don Lucas Alamán.

Pero no quedó corto Clay. Mientras se servía de la Doctrina Monroe para obtener las mismas ventajas que los países hispanoamericanos, cuidó de precisar que la *Doctrina Monroe no constituía alianza de los Estados Unidos y las naciones del Sur.* La Doctrina Monroe, explicó, es una declaración de principios de la política exterior norteamericana, que los Estados Unidos pueden interpretar libremente, según las circunstancias.

En efecto, nunca la han aplicado a colonias inglesas como Jamaica.

A la caída de Alamán del Ministerio la política exterior mexicana quedó subordinada a los Estados Unidos. Tuvimos una ilusión de soberanía exterior que duró unos meses; no acertó a consolidar un tratado de paz y amistad con Colombia. Mucho menos, logró lo que era nuestro destino manifiesto: organizar expediciones navales que tomasen posesión de nuestra antigua ruta comercial de las Islas Filipinas. O que se consumase la alianza y federación de Cuba con México. Lejos de consumar extensiones, el porvenir sería de los "americanos" que ya desde

los tiempos de Hidalgo y de Morelos, sólo se preocupaban de deshacerse de Texas, y recortar un imperio demasiado grande para las cortas capacidades de los hombres de la República.

PRONUNCIAMIENTOS Y CONSPIRACIONES

La cizaña introducida por Poinsett comenzaba a dar resultados. Tan notoria era la intervención de Poinsett en los asuntos nacionales que en diciembre de 1827 hubo un pronunciamiento en Otumba encabezado por el general Juan Maule Montaño. exigiendo la expulsión de Poinsett y la disolución de las sociedades secretas. Este movimiento lo secundó nada menos que Don Nicolás Bravo. Y era patriótico. El plan de Poinsett, en efecto, ya había producido el primer decreto de expulsión de los españoles. Con pretexto de que corría peligro la independencia, se expulsó a muchos españoles prominentes el 20 de diciembre de 1827, debiendo durar la expulsión hasta que España reconociera la Independencia. El primer paso estaba dado. La guerra a lo español sería propósito secreto del partido extranjerista. La situación vino a agravarla la torpe expedición que al mando de Barradas se apoderó de Tampico para restablecer la dominación española. Derrotó a Barradas en Tampico, el general Antonio López de Santa Anna, que estando ya procesado, desprestigiado, aprovechó este triunfo fácil para volver a inmiscuirse en la política nacional.

Otra división de las tropas que debían batir a los españoles se puso a las órdenes de Anastasio María de Bustamante. No habiendo en realidad españoles que combatir, Bustamante volvió sus tropas contra Guerrero. Dejando éste la Presidencia en manos de D. José María Bocanegra, salió a batir a Bustamante, pero sus propias tropas se le voltearon y tuvo que huir hacia el Sur. El mismo Guerrero había subido al poder burlando el voto que había favorecido a Gómez Pedraza, así es que no tenía de qué quejarse. Anastasio Bustamante resultó Presidente el 1° de enero de 1830. La razón aducida por Bustamante en favor de su traición era que Guerrero estaba incapacitado para gobernar la nación. Era verdad, pero ¿por qué lo apoyaron en contra de Gómez Pedraza? El mismo Bustamante había sido electo Vice-

presidente junto con Guerrero. El honor de los políticos estaba perdido. Entre toda aquella casta de rufianes, el peor de todos, el más cínico y felón había de triunfar: Santa Anna, que se adueñó del país.

Por lo pronto Bustamante, amenazado por la revolución, no se ocupó sino de perseguir a sus enemigos. Para deshacerse de Guerrero, que se le oponía en el Sur, comisionó al italiano Picaluga que mandaba un barco en Acapulco, para que con engaños plagiase a Guerrero. Invitado Guerrero a comer a bordo, el buque levó anclas y el antiguo insurgente y ex Presidente fué entregado en Huatulco a un Coronel que lo trasladó a Oaxaca donde los militares lo asesinaron. En la discusión del Consejo de Ministros de Bustamante, Don Lucas Alamán se opuso a que se diera muerte a Guerrero y pidió que se le desterrase únicamente. Prevalecieron los militares. El Amirantazgo de Génova declaró traidor a Picaluga y lo degradó a su regreso a Italia. Los militares que en México asesinaron a Guerrero, obtuvieron ascensos en el Ejército.

La indignación pública dió pretexto a otros generales para satisfacer sus ambiciones. Santa Anna se levantó contra Bustamante. Y al fin de una lucha de intrigas y de combates más o menos reñidos resultó designado Presidente Gómez Pedraza, que ya no merecía serlo.

Se atribuyen estos cambios de gobierno al estado del erario. Apenas se dejaba de pagar a las tropas éstas se sublevaban. En realidad, no es ésta la causa. No puede haber dinero en el tesoro cuando son bribones los que gobiernan. La calidad de los hombres que se turnaban en el mando es la causa de todo lo que ocurría. El país estaba en manos de un ejército de mercenarios sin letras, sin patriotismo y sin honor.

Sólo Poinsett seguía atinando. La Presidencia de Pedraza se señaló por una nueva ley de expulsión de los españoles. Y como Pedraza sólo debía desempeñar la Presidencia por los meses que faltaban para el período a que fué electo y no posesionado, se celebraron nuevas elecciones que dieron pretexto para que el hombre digno de aquella situación, se hiciera descaradamente del mando.

El 1º de abril de 1833, Antonio López de Santa Anna entró de Presidente. A su lado figuraba como Vicepresidente el agente norteamericano discípulo de Poinsett, D. Valentín Gómez Farías.

CONCESIONES A EXTRANJEROS

Uno de los propósitos del Plan de República Federativa que Poinsett había ayudado a imponer, fué facultar a los diferentes Estados de la Unión para otorgar concesiones de tierras. A pretexto de colonización se empezaron a dar a anglosajones negociantes, enormes porciones de territorio. Naturalmente, por Coahuila y Texas la demanda de concesiones fué mayor. La proximidad de los Estados Unidos y los derechos que éstos alegaban sobre aquella zona mal delimitada eran bastante atractivo para los colonos de Norteamérica. Y se produjo entonces la reversión increíble de la política colonial en estas materias. Mientras los últimos virreyes, con criterio nacionalista, habían visto la conveniencia de fomentar en Texas la colonización con españoles, los gobiernos federalistas poinsetistas, miserables atentos nada más a conservar el poder y a explotarlo, empezaron a dar concesiones de tierras a los norteamericanos de Texas, al mismo tiempo que los españoles eran declarados enemigos de la patria y como tal desposeídos y expulsados. Apenas se concibe que los hombres que gobernaban el país en aquella época fueran tan malvados, que conscientemente realizaran aquella traición a su patria. Es más piadoso calificarlos de imbéciles. Eran hombres sacados del cuartel y si alguno de ellos presumía de ilustrado, era para repetir la jerga doctrinaria según la cual todo lo español representaba el oscurantismo y todo lo norteamericano significaba el progreso.

Lo que nunca se preguntaron los mandones estúpidos de la hora es a quién iba a beneficiar el tal progreso.

En la cancillería de Washington sí lo sabían. Prueba de ello es que no habiendo necesidad alguna de tierras nuevas, porque toda la extensión del Mississippi estaba todavía despoblada, hacia la tierra estéril de Texas se dirigían los colonos. Uno de los más notorios fué don Esteban Austin, padre del primer Presidente de la República texana. Con este Austin fueron tan

liberales los gobiernos del partido americano, que ya desde 1820, según las palabras de Zavala, había creado una vasta empresa de colonización entre los ríos Brazos y Colorado en las cercanías de San Antonio, Texas. "Ha formado una colonia floreciente que ofrece la perspectiva de prosperidad y dicha futura a sus felices habitantes y a sus más remotos descendientes....." Así era, en efecto, pero lo que no advertía el pobre abogadillo que fué Zavala es que el provecho de aquellos trabajos sería todo para los descendientes de Austin y no para los descendientes de los mexicanos que habitaban la región, y no contaban con el apoyo de los gobernantes, sus compatriotas, ni para desarrollar sus empresas ni para obtener garantías. Después de elogiar las colonias de Austin, Zavala, que es tan fiel discípulo de Poinsett, censura unas concesiones otorgadas a franceses por Coatzacoalcos, porque, según él, son ineptos los franceses para la colonización. Se ve en seguida que si México hubiera tenido una política de colonización y no una tutela de las sociedades secretas, las concesiones se hubieran dado a franceses a falta de españoles por la sencilla razón de que no ofrecían los franceses un peligro internacional y eran una raza afín cuyos descendientes se asimilarían a nuestra población. Pero también las ideas de raza y lengua eran menospreciadas por la pandilla de traidores que se había hecho del mando. A renglón seguido el infeliz de Zavala se pone a defender una extensa colonización inglesa de la casa Baring, por Chihuahua, y dice: "El celo judaico heredado de los españoles, de que los extranjeros no se hagan ricos con las tierras ni producciones del país y el temor ridículo y mezquino de que la Gran Bretaña adquiriese influencia en los negocios, excitaron el celo de varios diputados para anular las indicadas concesiones". En el caso especial de Baring triunfó en las Cámaras el patriotismo por encima de la perversidad de Zavala, y las concesiones fueron anuladas; pero el criterio de Zavala habría de prevalecer a la postre. Se trataba de dar las tierras, no precisamente a los extranjeros; no habían de darse a españoles ni a franceses; el plan Poinsett era que las tierras las tomasen norteamericanos e ingleses. Unos y otros, unidos por lazo racial en ellos sí poderoso, como que no son raza degenerada, crearían el bloque irresistible destinado a dominar nuestra economía. En

su disertación Zavala habla de la legitimidad de desmembrar los territorios y provincias para darse gobiernos *abstractos,* dice, cuando los actos del despotismo, los grandes extravíos de la nación grande, obligan a los pueblos a buscar su propia felicidad. Esto último es legítimo y lo fué en el caso que Zavala cita de las repúblicas italianas. Pero lo que no advertía el liberalismo es que las repúblicas italianas defendían su tierra, sus tradiciones, su lengua y no andaban ofreciéndolo todo de obsequio al conquistador más inmediato.

Poinsett fué, al fin, retirado del país, pero lo que no pudo ver la Cancillería mexicana porque nunca existió Cancillería, dada la eliminación de Alamán que es el único que pudo formarla, es que no se trataba de la acción personal de un Ministro, sino de un plan de penetración que cuando se iniciaba apenas fácilmente pudo ser destruído, si en nuestro gobierno hubiese habido conciencia.

El mal básico era la idea de que sólo los extranjeros de tipo anglosajón serían capaces de traer la prosperidad; la ceguera de no ver que, en todo caso, esa prosperidad de nada iba a beneficiarnos. Y la maldad de no reconocer que, aun en materia de riqueza y desarrollo públicos, la obra de España en México era superior a la de Inglaterra en el Norte.

DON LUCAS ALAMAN

Así como hemos dedicado un capítulo a Poinsett, que inicia la política destructora de nuestra nacionalidad y reconoce como continuadores a los Zavala, los Gómez Farías y los Juárez, los Carranza y los Calles, conviene llamar la atención del lector sobre el hombre odiado en su tiempo, calumniado por la posteridad y olvidado después por la ingratitud pública, tan sólo porque su programa salvador era la contradicción del poinsetismo. Fué Alamán el único que tuvo cabeza propia allí donde todos han pensado según la pauta que les da el extranjero. Era Alamán de familia distinguida y esta circunstancia se ha vuelto contra él como un estigma en un medio en que se rinde culto a la plebe sin que por ello se haga algo en su beneficio. La plebeyocracia de nuestra política no es sino otra astucia del plan Poinsett que consiste en destruir la aristocracia de una nación a efecto de lograr su degüello. Porque Alamán era acomodado y se educó en la tradición del honor castellano, nunca se le ocurrió robar. Esto no pueden perdonarlo políticos a lo Zavala que se aprovechaban del poder para hacerse dar concesiones de tierras. No pueden tampoco disimular su envidia de la altivez de Alamán quienes han vivido al servicio del plan extranjero. Ni el intelectualismo liberaloide puede perdonarle que pensara como mexicano, cuando tantos otros sólo han repetido la doctrina que se les alquila en el exterior.

A Lucas Alamán, se le puede comparar con Hamilton, el organizador de la democracia yankee, con Adams, el gran ministro de Estado, con Henry Clay. Y si México hubiese sido una nación que se está formando y no una desintegración que se precipita, el Presidente de ocho años habría sido Alamán en vez de

la turbia lista de los hombres de cuartel que deshonraron la Presidencia. El mismo Alamán tuvo que ponerse al servicio de algunos mediocres de esta índole para llevar adelante un intento de creación nacionalista. Y fracasó porque no es desde las Secretarias y las posiciones subordinadas donde el grande hombre puede hacer su tarea nacional, sino desde la cúspide del poder público.

La desgracia de México en sus relaciones con los Estados Unidos se explica con sólo comparar la lista de los Adams, los Hamilton, los Clay, los hombres de categoría cultural que en el Norte han mandado, con la lista de los zafios que entre nosotros han sido Presidentes y Dictadores, mientras un Alamán pasaba fugazmente por un Ministerio para ser después excluído, contradicho, por los amanuenses, los cuistres al servicio de los dictadorzuelos.

Ya vimos a Alamán en sus comienzos intentando oponer, a la doctrina Monroe que ha creado el panamericanismo, la idea de una liga aduanera hispanoamericana, con España incluída, lo que nos hubiera salvado la autonomía, nos hubiera dado marina mercante y con ella también marina de guerra, nos hubiera hecho un Imperio en vez de un agregado de satélites del panamericanismo. Ampliando más sus ideas dice Alamán en su historia, vol. 5, refiriéndose al tratado con Inglaterra que fué el precio de la ayuda prestada para la Independencia y que las naciones del sur firmaron sin objeciones: *"Se aseguraron franquicias en favor de los buques y mercancías tanto mexicanas como de las repúblicas hispanoamericanas, reservándose también México, por un artículo secreto, el derecho de conceder ventajas al pabellón español cuando aquella potencia reconociese la Independencia..."*.

Esta medida que naturalmente nos hubiera restituído las ventajas del Imperio español sin sus inconvenientes, dándonos una posición única en el mundo, fué derrotada por los gobiernos, posteriores, al servicio del poinsetismo.

Un momento hubo de esperanza. Fué cuando Bustamante, dirigido por Alamán, gobernó la República. Es claro que el presidente debió ser Alamán y lo hubiera sido a no ser por la funesta jurisprudencia que ya habían sentado Hidalgo y Morelos y el mismo Iturbide, la jurisprudencia nefasta de que el poder

se conquista por el pronunciamiento y no por el voto. Así y todo, Bustamante por lo menos no estuvo al servicio del poinsetismo ni practicó los métodos militares de tomar dinero donde lo hay. La administración de Bustamante, dice Alamán, fué bastante honorable; organizó la hacienda pública en forma de que México se bastara con sus propios recursos, sin necesidad de acudir a empréstitos y sólo mediante la pureza de la administración; se respetaron las garantías individuales y se reorganizó, se moralizó el ejército. Bustamante, al fin y al cabo, era superior por la cultura al promedio de los generales de su tiempo. Y duró poco porque al poinsetismo siempre le ha convenido que a la presidencia suba un zote que desde la sombra es manejado, un déspota que no contando con el cariño de sus compatriotas, tiene que ponerse a merced de los intereses del extranjero.

Se verificaron las elecciones y Santa Anna se presentó de candidato. Pero un hombre de su laya, desprestigiado desde antes de tomar el mando supremo, no podía haber conquistado la estimación pública que gana el voto; en consecuencia, Santa Anna buscó pretextos para una revolución. Y tras de unas elecciones de farsa resultó Presidente Santa Anna. Siendo su incompetencia notoria, era cosa entendida que otro tendría que gobernar mientras Santa Anna jugaba a los gallos, seducía mujeres, robaba. Y el otro fué bien escogido como una antítesis de todo lo que representaba Alamán.

El otro fué nada menos que Valentín Gómez Farías, el futuro apoderado de los yankees y ya comprometido a llevar adelante el programa Poinsett.

Santa Anna restableció el terror. Sus enemigos fueron encarcelados. El propio Bustamante fué expulsado. Los pocos españoles que quedaban, dice Alamán, fueron esta vez expulsados, siempre con el pretexto de que ayudaban a tal o cual revolución. Los que habían vuelto bajo la tolerancia de Bustamante fueron expulsados de nuevo. Y comenzó la Reforma eclesiástica. Por mandato de Gómez Farías se declaró no obligatorio el pago de los diezmos; se derogó la coacción civil contra los votos monásticos y se excluyó al clero de la educación pública. Se suprimió la Universidad. Si se exceptúa la supresión de la Universidad, somos los primeros en reconocer que estas medidas eran una

necesidad de los tiempos, y lo malo es que haya tenido que imponerlas un agente del plan extranjero.

La supresión del diezmo obligatorio debió emanar de la Iglesia. No se debe imponer por ley lo que ha de ser siempre resultado de convicción. Tarde o temprano semejantes reformas tenían que producirse y lo que sorprende es la poca visión del clero que, en cada caso, en vez de adelantarse a los tiempos se les opone y pierde con ello prestigio, aparte de riqueza.

La segunda reforma, la de los votos monásticos no obligatorios civilmente, era tan legítima que uno se pregunta en virtud de que aberración llegó jamás a usarse de la coacción pública para forzar la voluntad en materias que son del arbitrio de la conciencia. Y es peor un clérigo forzado que un clérigo renegado. Prueba de que la fe era sincera en la mayoría, es que no hubo casi quien aprovechara el decreto; el personal de los conventos siguió intacto y más honrado por más libre.

La exclusión del clero en materia de enseñanza fué el comienzo de una lucha prolongada y destructora. Lo que debió hacerse fué crear una educación independiente y dejar que tanto el clero católico, como los otros, estableciesen planteles, tal como se hace en todos los pueblos civilizados.

Pero el exceso en la reforma empezó a traer la violencia de la reacción. Pronto Santa Anna, queriendo asegurarse popularidad, expulsó del Gobierno a Gómez Farías, agente de los yankees, y echó por tierra las nuevas leyes. Gómez Farías se fué a Nueva Orleans a organizar la revancha, en colaboración con el otro discípulo de Poinsett, el Zavala, que ya tenía en Nueva York un Banco para explotar las concesiones de Texas y preparaba de este modo, su próxima actuación como traidor. Bajo Bustamante se había prohibido el otorgamiento de concesiones nuevas, especialmente en los Estados Unidos fronterizos, y se había mandado construir una serie de fortificaciones en el lindero norte de Texas. Todo esto se vino abajo con la caída de Alamán.

Alamán veía la situación y la denunciaba. En vez de llevar a Texas colonos españoles, los del "partido americano" importaban colonos norteamericanos. En el seno mismo de la administración baja el nivel del funcionario. Pues, según también ad-

vierte Alamán, con la expulsión en masa de los españoles, los servicios administrativos se habían resentido y el *comercio había ido pasando a los extranjeros.* Muy pronto los ingleses ocuparon el primer lugar en este ramo y su influencia tenía que ser contraria a México y favorable a los Estados Unidos en la lucha que se aproximaba y que nadie parecía advertir, salvo Alamán, a quien nadie hacía caso.

Los ingleses ocuparon el lugar de los españoles también en las minas, en el breve período de 1823 a 1827. Ocurrió entonces con las minas lo que más tarde ha ocurrido, durante la actual revolución, con las tierras; el español y el mexicano perseguidos se han visto obligados a vender, y como no hay nacionales en condiciones de comprar, el extranjero, cuyo gobierno se hace respetar mejor, es el que compra porque cuenta con el crédito y el apoyo necesarios. Las minas hubieran sido mexicanas con sólo no remover a los españoles, pues ya se sabe que el hijo del español es mexicano. En cambio, removido el español, las minas, fatalmente, tenían que caer en manos del inglés por un breve período, y, a la postre, como ha ocurrido, en manos del norteamericano. Y todo esto no es el resultado de un proceso económico, sino el fruto obligado del crimen que cometen los pueblos cuando excluyen del gobierno a los patriotas educados, como Alamán, y los reemplaza con ignorantes de buena fe como Guerrero, o con pícaros de plazuela, sin inteligencia ni honor, como Santa Anna. Pues es entonces cuando las organizaciones del país extranjero dominante, se aprovechan y se posesionan de la dirección de la política y de la economía.

Ya Alamán había advertido que el inglés se enriquece y se va y que sólo el español se enriquece y se queda. Y también Alamán observa que los "franceses hacen causa común con nosotros", según lo demostraron en la guerra con los Estados Unidos. "Con ardor abrazaron la causa mexicana, dice Alamán, y, además, su presencia entre nosotros, es benéfica porque practican y enseñan las profesiones y las artes mecánicas".

En los capítulos finales del quinto tomo de la historia de Alamán, se encuentran ya señalados todos los males de nuestra situación y previstos los desastres; sin duda por eso nadie cita esas páginas y sí, al contrario, se envenena el alma de la juven-

tud con las mentiras, los juicios mediocres de tantos otros que pasan por guías del pensamiento nacional. Hasta contra la práctica de celebrar la Independencia en el aniversario del grito de Dolores, se subleva Alamán y con razones de educador verdadero, pues malo es que se exalte el motín como origen de la vida pública de un pueblo. El motín y la confusión de los propósitos, tal ha seguido siendo la índole de nuestras efemérides patrias. En la Argentina, por ejemplo, no se celebran noches de matanza, ni días de ahorcados y de incendios, sino la fecha en que la Junta de los patriotas, la Asamblea en que se discute, *decretó la Independencia*. Eso mismo se hace en los Estados Unidos. Se acostumbra así el ciudadano desde la infancia a venerar la razón y el poder emanado de la persuasión. De otro modo, ocurre lo que entre nosotros, que el grito, más o menos salvaje, es la suprema razón, el inicio y el fin de todas nuestras tristes ocurrencias patrióticas.

Haciendo un balance de las décadas que precedieron a la guerra con los Estados Unidos, nos enseña Alamán el estado próspero de la hacienda pública durante la Colonia y nos demuestra el derrumbe a partir de la entrada a México del Ejército Trigarante. Importaban las entradas públicas alrededor de veintiún millones de pesos, y de un golpe bajaron a diecinueve millones recurriéndose al empréstito forzoso para cubrir el déficit. Los gobiernos que siguieron al de Iturbide iniciaron la corruptela de los empréstitos colocados en el extranjero. En la Administración de Bustamante los ingresos volvieron a subir a 21.000,000 de pesos. Luego en el gobierno de Santa Anna, todo fué irregularidad y abuso, y ya para el año cincuenta y dos, la deuda exterior ascendía a treinta y dos millones de pesos, de los cuales el país había percibido apenas el cincuenta y uno por ciento.

"Todas las entradas del gobierno, dice Alamán, se han consumido desde la Independencia en sostener Congresos que no han sabido organizar el país y tropas que no han hecho sino combatir unas con otras, haciendo concebir la ilusión de que había un ejército con que defenderse de una invasión, la que con esa confianza no se temía y aun se provocaba".

Compárese el papel militar de los mexicanos que bajo la Colonia, como ya hemos visto, desembarcaban en el continente como

conquistadores en la Florida y en las Antillas, con el desairadísimo papel de la primera armada mexicana. El gobierno de Victoria compró unos barcos a Inglaterra y a los Estados Unidos y los puso bajo el mando de un norteamericano Potter, a fin de que fuesen a molestar el comercio de La Habana. Por fortuna, el Comodoro Potter, padrastro de nuestra infortunada marina nacional, pereció pronto a manos de la marina de España que otrora nos diera honra, también a nosotros.

"Una nación que ha llegado de la infancia a la decrepitud, decía ya Alamán de nosotros, a mediados del diecinueve" ¿Quién osará hoy negar su dicho?

Cree Alamán que una de las causas principales del desastre es la pretensión de adaptarnos instituciones ajenas a nuestra índole, y más tarde Bulnes había de repetir la misma tesis. A mí me parece que no era posible ni pensable adaptarnos a otro sistema de gobierno que el republicano. Y no veo que los sistemas políticos de uso universal y que en Sudamérica han solido dar buenos resultados, pueden ser la causa de nuestro desastre. Al contrario, creo que el no habernos adaptado a los sistemas civilizados de gobierno, el habernos encaprichado en perpetuar regímenes de tribu como el de Iturbide, el de Santa Anna, el de Porfirio Díaz, el de Victoriano Huerta, el de Calles, tal es la causa de nuestro atraso y de nuestra vergüenza internacional.

El rebajamiento de la opinión pública a que estas tiranías salvajes conducen lo señalaba ya Alamán cuando dice:

"Continúan los escritores adormeciendo a la Nación con lisonjas, haciéndola desconocer su origen y presentándole por historia novelas en que disculpándose o disimulándose las malas acciones y aun ensalzándolas como buenas, se induce a volverlas a cometer"... "Considérase como mal ciudadano al que dice la verdad... abandónase el manejo de los negocios a manos ineptas e infieles, y el resultado es seguro. México sería sin duda un país de prosperidad, porque sus elementos naturales se lo proporcionan, *pero no lo será para las razas que ahora lo habitan*"... Y así como desaparecieron toltecas y aztecas, etc., etc., sus actuales habitantes quedarán arruinados y sin obtener siquiera la compasión que aquellos merecieron de los españoles, y de la nación mexicana de nuestros días no quedará sino "la sombra

de un nombre en otro tiempo ilustre"... Tal decía Alamán en 1852. Hoy, en mil novecientos treinta y seis, tenemos a la vista un libro del judío Tanenbaum sobre el proceso agrario de los últimos veinte años de resolución seudosocialista.

Se desprende de los cuadros y gráficas y estadísticas del libro citado, que, la propiedad de la tierra, única que el mexicano había conservado hasta los últimos tiempos, ha pasado en un cuarenta por ciento a poder de extranjeros, sobre todo norteamericanos. Tal es el balance de la llamada revolución, pero hay algo peor, y es que con ella hemos perdido no sólo la tierra, también el decoro. Pues a ese judío que así se regodea con el resultado de las reformas agrarias, sugeridas por los sucesores de Poinsett, los agentes del procónsul Morrow, se le ha otorgado reconocimiento oficial por sus servicios revolucionarios, en forma de una medalla o condecoración... "del Aguila Azteca"... Como que estamos ya reducidos a menos que los aztecas.

¡Alamán! ¡Si algún día México empezara a existir, qué alto pondría tu nombre! Nadie ha sufrido con más conciencia las vicisitudes de nuestro destino. Y él es la mejor prueba de que no han faltado a México guías ni cerebros de primera capacidad, intenciones puras y valentía de carácter. Lo que pasa es que todo lo ahoga.... el grito caníbal.... la insolencia del cuartel que, a la postre, se rinde al pequeño banquero y al predicador protestante, los agentes del Procónsul establecido como Embajador del Imperio que ha reemplazado a España en el mando.

¡Pues tal es el destino de los pueblos que ignoran, calumnian, dan la espalda a sus profetas!

SANTA ANNA

Representa este hombre despreciable todos los vicios de la casta militar dedicada al gobierno y no a la defensa de la patria. Entró al servicio de las armas sin preparación técnica de ningún género. La protección de sus allegados le aseguró de golpe la posición de *cadete*. Y sus primeras armas las hizo como verdugo de sus connacionales, combatiendo la insurrección de Hidalgo.

En mil ochocientos once Santa Anna formó parte de la expedición de Arredondo que logró sofocar la primera intentona de Independencia de Texas, iniciada por un precursor de Zavala, un tal Gutiérrez de Lara, asociado a norteamericanos. Es ésta la unica acción que puede abonarse a la carrera militar de Santa Anna que, por lo demás, figuró en ella como simple subteniente. De oficial realista estuvo al lado de Apodaca y mandó una guarnición por el Estado de Veracruz, la cual volteó, para secundar el Plan de Iguala. En seguida se dedicó a perseguir a sus antiguos camaradas, los realistas ya en derrota, con la misma saña con que antes batiera a los insurgentes en minoría. Al rendir parte de un asalto a Veracruz ocupado por los realistas; Santa Anna descubre su índole canalla, informando: que mandó, como general, cavó como zapador, trepó como granadero... Cosas como las últimas no debe hacerlas un general... pero, además, echa en cara a sus subalternos el fracaso al no haber podido ocupar a Veracruz. Ya era él, Santa Anna, toda la gloria; pronto este miserable sería toda la República.

De la traición a Iturbide contenida en el Plan de Casa Mata, Santa Anna sale investido de general, preparado para la serie de infamias que habrían de ensuciar la vida de la nación.

En carta de pública acusación dice de Santa Anna el Coronel Alvarez, iturbidista: "Abandonó usted a su familia, maltrató a sus hermanos y dejó de socorrer a sus parientes menesterosos ...a la falsificación de una firma y al abuso que hizo de la confianza de su jefe debió su primer ascenso en la carrera militar".

Por su parte Echavarría, un rival, dice de Santa Anna: "No tiene amigos porque a todos fué ingrato; no tiene adictos porque a todos trató mal; no tiene patria porque ésta abomina al espurio que la vende a sus enemigos"... El mismo Santa Anna (que protestaba contra la tiranía de Iturbide), se ofreció mil veces al Emperador, espontáneamente "para destruir el Congreso en lo absoluto, con estrépito, con escándalo y aun con sangre". Son sus palabras.

Esto era Santa Anna antes de ser Presidente. Lo que de él se nos dice, parece anticipación y copia de lo que ha podido decirse de tantos otros presidentes de su tipo que entre nosotros se han perpetuado. A tal punto, que antecedentes parecidos han llegado a ser la condición de una posibilidad presidencial. No era, pues, Santa Anna, mejor ni peor que los demás generales; era un representativo. Y como más tarde diría, en un instante de lucidez, el propio traidor Zavala, enemigo de Santa Anna: "El mal de México no está en Santa Anna sino en el ejército. Así maten a Santa Anna, el ejército engendrará otros Santa Annas".

Hecho Presidente por la sublevación contra Bustamante y después de haber enarbolado la bandera federativa con Gómez Farías, Santa Anna se une a la revolución que contra él mismo se había iniciado y sigue de Presidente como centralista. Las persecuciones, los motines, el desorden administrativo, los préstamos forzosos, el derroche personal de toda clase de fondos, la apropiación descarada de caudales para hacerse de fincas y para pagar sus vicios de jugador y de enamorado, tales son los rasgos de lo que no dejan de llamar administración de Santa Anna. Tan inepto y holgazán era que dejaba en la Presidencia de encargado del despacho a un satélite cualquiera, entretanto él se dedicaba a sofocar sublevaciones en largas campañas dispendiosas, o a disfrutar de la compañía de sus barraganas. Una hacienda de Ve-

racruz, Manga de Clavo, se hizo, de esta suerte, el centro de la vida política nacional.

Los generales voraces, la burocracia hambrienta, lo esperaban todo del Dictador de hecho que era Santa Anna, y a falta de acciones heroicas que imputarle, le inventaban alabanzas cuya lectura da una idea de la abyección de la época. Un Congreso lo había nombrado Benemérito de la Patria porque derrotó la expedición de Barradas que de ningún modo pudo triunfar y en la cual murieron españoles y mexicanos, no extranjeros. La legislatura del Estado de México lo había nombrado Benemérito del Estado en grado heroico; el periódico "El Censor", de Veracruz, lo llamaba deidad humana. Toda la sociedad más distinguida lo apodó siempre Alteza Serenísima. Un pobre diablo Bocanegra, que hizo el Himno Nacional, ensució los labios de no sé cuántas generaciones de mexicanos, con aquello del "Guerrero Inmortal de Cempoala". El héroe era Santa Anna. Todo México llegó a ser Santa Anna. Y en estas condiciones de suprema vileza pública estalló la guerra de Texas. Seguiremos a Santa Anna en esta odisea bochornosa. Nuestro relato procurará quedar libre de ese disimulo que justamente condenaba Alamán.

LA GUERRA DE TEXAS

La nación norteamericana, gobernada por hombres del tipo Alamán, iba a tener su primer encuentro con el militarismo de los Santa Anna. Los colonos de Texas eran la avanzada del imperialismo yankee. Consistían en rancheros y agricultores, pero por jefes no traían hombres incultos. Cada uno de los que resultaran generales de la guerra de Texas era antes de la guerra un civil laborioso, y muchos de ellos, como Austin, como el mismo Houston, habían hecho cursos universitarios. Houston, conocedor de la misión que estaba llamado a desempeñar como soldado, había empezado, como todos los grandes soldados, por ser un civil ilustrado. Los futuros capitanes de Texas leían a Homero y reverenciaban a Cortés. Houston imitaría a Cortés en sus métodos, ganándose la amistad de los indios cherokkees. Ni el matrimonio con una india, hija de un cacique influyente, faltó para que la imitación fuese perfecta.

Por donde Santa Anna pasaba, florecía el abuso, enraizaba el descontento. Por donde Houston anduvo le nacían los amigos, le seguía la reputación de hombre disoluto en asuntos femeninos, pero leal amigo y considerado con el débil. Santa Anna era arrogante, y sin saber bien lo que había sido Napoleón, se sentía napoleónico. Houston se reía de Napoleón que acabó en el fracaso, y pensaba en Cortés el creador, Cortés el invencible. Santa Anna era un renegado. Houston ambicionaba para su raza la gloria de los españoles del siglo dieciséis. Detrás de Santa Anna había una chusma engalanada, ebria de abuso de autoridad y de alcohol, indisciplinada y cruel, ambiciosa de mando, sin saber para lo que sirve el mando. Detrás de Houston hay rancheros laboriosos. Santa Anna habla de la gloria cuando no conocía el honor. Sam Houston quería conquistar para su patria las tierras de Texas. Detrás de Houston estaba una nación organizada, firme, consciente de sus fines, poderosa en su desarrollo; detrás de Santa Anna estaba un país envilecido ya por el pretorianismo, empobrecido por el saqueo de las autoridades. Y no es verdad que México fuese el país físicamente más débil; en población era apenas menor; estaba más cerca del campo de la lucha y contó con efectivos más numerosos que los efectivos de Norteamérica. Lo que pasó es que no pueden enfrentarse pueblos de instituciones con pueblos militarizados, sin que la guerra la pierdan los militares.

La sublevación que encabezaría Houston no era una aventura; era el resultado de un plan bien madurado y de antiguo arraigo. Las bases jurídicas de la ocupación de Texas habían sido preparadas con la complicidad de los gobiernos ciegos de la República Mexicana.

Rippy en su libro "The United States and Mexico" cita la carta que cierto mexicano Azcárate dirigió al Presidente Victoria denunciándole una conversación de Poinsett. En 1882, Poinsett había mostrado en el mapa los territorios que los Estados Unidos deseaban absorber: Texas, Nuevo México, la Alta California y porciones de Sonora y Coahuila. En los Estados Unidos cambiaban los gobiernos, pero no la política del Departamento de Estado. Al contrario, cada gobierno tenía orgullo de añadir su

esfuerzo a la obra de la expansión. En cambio, en México caía un Alamán para ser sustituído con traidores que veían con indiferencia el problema de Texas o no podían entenderlo o pensaban como han seguido pensando tantos, que después de todo, lo mejor era entregarse a un gobierno "liberal", como el de los Estados Unidos.

Tampoco los delegados del gobierno yankee cambiaban de programa. En 29 se retiró Poinsett aparentemente derrotado. Un tal Butler lo sustituye y lo primero que hace es hacer ratificar los tratados que Poinsett concertara. En esos tratados se aceptaban los límites de Texas definidos en el tratado español de 1819. *Se había aplazado la exigencia territorial a cambio de la cláusula de la nación más favorecida,* que, como hemos visto, nos cortaba de toda posibilidad de encontrar apoyo en el sur, nos separaba de las naciones hermanas del continente.

Lo único que había cambiado era el procedimiento. Ya no habría disputas sobre límites. La colonización estaba haciendo lo necesario para justificar el derecho posesorio. Los abusos del santanismo darían el pretexto. Los poseedores se declararían autónomos, en nombre de los derechos de la humanidad, ultrajados por la tropa santanista.

Pero no se precipitaron los texanos. Cuando Santa Anna disolvió la legislatura de Coahuila y Texas, la región quedó, junto con el resto del país, sin otra autoridad que la bota fuerte del soldado. Stephen Austin, a nombre de los colonos, se dirigió a la capital de México para pedir alguna suerte de garantía para el futuro. Con insolencia característica Santa Anna lo mandó poner preso. Con la prisión de Austin coincidió la llegada a Texas de Lorenzo de Zavala. Un mexicano iba a ser el inspirador aparente de la Independencia. El pretexto lo daría la disputa sobre el federalismo; los motivos ocultos de Zavala eran el odio personal a Santa Anna y los intereses que habían adquirido en Texas. El móvil verdadero, el mismo que traía en Nueva Orleans agitado a Gómez Farías: La iniciación de una lucha cívica que, con pretexto de principios, daría lugar a que los Estados Unidos se apoderasen de medio territorio y el resto lo gobernasen por medio de políticos mediatizados.

La presencia de Zavala y de otros mexicanos que, desesperados del régimen militar, se unieron a los norteamericanos para proclamar la Independencia de Texas e imponerla, sirvió a los Estados Unidos que, en tal virtud, realizaron su propósito de apoderarse de Texas, sin necesidad de una conquista directa. Como rebelión interior y protesta de los mexicanos de sangre y de ciudadanos mexicanos anglosajones, se presentó ante el mundo el caso de Texas. La ayuda prestada desde Washington no fué, por eso, menos eficaz. Armas en cantidad empezaron a llegar del norte y voluntarios de todo género, junto con jefes de capacidad. Pronto las escasas y mal atendidas guarniciones de tropa mexicana empezaron a ser atacadas y vencidas por los que creaban el nuevo estado texano.

Con lentitud se dió cuenta su Alteza Serenísima de lo que ocurría y su primera medida fué una baladronada ridícula, pero dicha con énfasis ante el Ministro de Francia (véase Haghnighen. "Santa Anna"): "Si los americanos no se portan bien, marcharé a través de su país para poner la bandera mexicana en Washington".

En noviembre de 1835 Santa Anna se hallaba en San Luis organizando tropas a efecto de castigar a los texanos que "no soportaban la pérdida de derechos que el resto de la nación no había reclamado".

Con préstamos forzosos, porque toda la administración la tenía Santa Anna en quiebra, y con reclutas y mercenarios y criminales reunió unos seis mil hombres. Y mientras gastaba el escaso dinero en juergas, la tropa, desde el comienzo, quedó a media ración. Abundante de palabras ya que no de capacidad, comenzó Santa Anna a promulgar decretos risibles. La legión de Honor se llamó uno de los cuerpos quizá en homenaje a lo que más desconocía el caudillo, que, mandó hacer cruces de plata para las clases y de oro para los oficiales. Ascensos y medallas fueron así prodigadas antes de la pelea. Las cruces llevaban una leyenda: "Honor, Valor, País". Y a los altos jefes, la Gran Cruz les permitía usar doble banda sobre los hombros. En sus proclamas hablaba el Dictador de venganza contra los texanos, a los que llamaba "execrables aventureros". En Saltillo perdió

varias semanas para recoger el botín de los préstamos forzosos y para divertirse, jefes y oficiales, en francachelas.

Entretanto el general Cos, jefe de las operaciones en Texas, había sido derrotado y humillado, por los rebeldes. Se desquitó Santa Anna con más revistas de tropas por las ciudades pacíficas y con hacer frases y con el nepotismo que hizo a un cuñado suyo aprovisionador general del ejército, con el resultado de que las provisiones escasearon aun más porque todo el mundo robaba.

En el Bravo esperó Santa Anna que se le incorporara Cos con sus tropas derrotadas en San Antonio. Al ser puesto en libertad, después de rendido, Cos había prometido no hacer más armas contra los texanos. Santa Anna, que repartía medallas con la palabra "honor" obligó a Cos a violentar su palabra incorporándose a las tropas de Su Alteza.

Todo el territorio del Bravo a San Antonio era un desierto penoso de atravesar. Los pocos cultivos habían sido quemados para dejar sin pastura a los caballos. Se sugirió a Santa Anna que tomara el camino del río, pero no habiéndosele ocurrido a él la medida púsose furioso de que alguien le diera consejo y ordenó que se siguiera por el desierto. Al Coronel Mora, que dió la orden sensata de echar pie a tierra para dar descanso a los caballos hambrientos, lo quiso fusilar. Al llegar al río Medina, un sacerdote y un mexicano le informaron que en el Alamo estaban doscientos cincuenta rebeldes, pero que esa noche se divertían en un fandango y que sería fácil sorprenderlos. Dejó Santa Anna pasar la ocasión porque los carros de municiones venían a retaguardia. En realidad porque siempre le faltó el arrojo, como es usual en los que mucho blasonan de audacia.

El veintiséis de febrero entró Santa Anna con sus tropas a San Antonio, que encontró desierto porque los habitantes huían por miedo a los excesos de la tropa gobiernista. En el Alamo se habían encerrado 156 americanos. Tan poca aptitud para el mando tenían los jefes, que, ya sitiados los del Alamo, se les reunieron treinta y dos voluntarios, procedentes de González.

Para hacer un puente sobre el río, que es un riachuelo, no se le ocurrió al gran capitán mejor medida que echar abajo los techos de unas casas de mexicanos inmediatas al Alamo. En el allanamiento, uno de los oficiales, Castrillón, se encontró con una

señora respetable y su hija, una joven de extraordinaria belleza. Llevó Castrillón la noticia a Santa Anna que, en seguida, le pidió le llevara a la joven. Con gesto de dignidad Castrillón repuso que sólo obedecía "órdenes militares". Pero un Coronel Miñón no tuvo inconveniente en consumar el celestinaje. La madre de la joven expuso que sólo casada la entregaría y que era hija de un antiguo oficial del ejército mexicano, cuyo honor esperaba respetarían sus colegas. Entre Miñón y Santa Anna se discurrió entonces el plan abominable de fingir un matrimonio para cuyo efecto un tercer oficial se disfrazó de sacerdote. El falso matrimonio se consumó en el propio cuartel de Santa Anna.

Todo mientras seis mil hombres sitiaban a ciento sesenta, pero nadie advertía la acción amenazante, cautelosa de Samuel Houston. Se ordenó, por fin, el asalto, al toque salvaje de degüello. "Va a costar muchas vidas", le había advertido uno de sus oficiales a Santa Anna, sugiriendo que se esperase la llegada de unas piezas de artillería. A lo que su Excelencia respondió: "No importa lo que cueste". En vano hallará un curioso, en toda la historia, un general más bruto y más desdeñoso de la vida, la comodidad, el honor de sus soldados. Costó, en efecto, muchas vidas la toma del Alamo. Después de varios asaltos sangrientos entraron vencedores los nuestros al recinto de la antigua misión. En una de las salas estaba Travis herido y pidió hablar con Cos. Entró en eso el general Amador y reprendió al soldado porque no había matado a aquel hombre. Pero apareció al fin Cos y corrió a abrazar al prisionero. Explicó el general Cos cómo debía consideraciones a Travis cuando fué su prisionero y pidió que se le unieran sus colegas para reclamar el perdón de Travis y de Crockett. Cuando llegaron todos ante Santa Anna, éste se limitó a decir: Mátenlos. Delante de Santa Anna fueron ejecutados Travis y Crockett. En el instante en que las descargas los remataban, de un rincón del edificio salieron las balas de algunos desesperados que no habían sido desarmados. De inmediato su Alteza echó a correr buscando refugio entre los escombros.

Para vengarse de los cadáveres, su Excelencia mandó hacer una pira en la que ardieron todos. Almonte, menos imbécil que su jefe, exclamó: ¡Con otra victoria como ésta estamos perdidos! Más o menos quinientas bajas había costado el asalto y peor aun

sería el efecto de la crueldad en la victoria. En lo de adelante, la guerra se desarrollaría sin cuartel y sobre nosotros, los mexicanos, caería el castigo de tener como jefe de gobierno, a un sujeto indigno, despreciable como Santa Anna.

El delirio de sangre no abandonó a Santa Anna. Desde la casa de San Antonio donde despachaba, mandó decir a Houston que así como en el Alamo trataría a los que estaban bajo sus órdenes. Al general Urrea, que le comunicó haber capturado prisioneros en un combate con las pequeñas bandas que operaban por el río, no lo felicitó por su triunfo, sino que le reclamó "porque no había matado a los prisioneros".

Huichilobos había encarnado esta vez en un criollo; la sangre de España se había corrompido con los gallos, la lujuria, la envidia, la ambición, la deslealtad. Y pronto la victoria pasaría de las manos del nuevo Huichilobos, a las de Samuel Houston que, por su parte, venía imitando los métodos humanos de Hernán Cortés.

Se preguntan los historiadores norteamericanos el motivo de la crueldad innecesaria de Santa Anna, que todavía mandó ejecutar a Fanning y sus cuatrocientos hombres rendidos a Urrea, y la encuentran en el odio que Santa Anna tenía a los rebeldes porque eran americanos invasores bajo capa de colonos. Este odio no justificaría un tratamiento inhumano, pero, desgraciadamente, tampoco es esa la causa. Bastante complaciente habría de mostrarse Santa Anna, no sólo con los americanos de Texas, también con los de Washington. La verdadera causa es que los asesinatos colectivos eran práctica usual de guerra, en el ejército del cual Santa Anna no era sino un representativo. Todavía más feroces que las de Santa Anna son las ejecuciones de Calles, de Amaro, y todas han sido consumadas en la persona de mexicanos.

Es natural, que un ejército en que los peores verdugos se conservan de jefes; un ejército en que los soldados temen a sus superiores y no los aman, haga temblar de terror a la población pacífica, pero no sea apto para la guerra con el extranjero. Así lo demostró la batalla de San Jacinto.

Por todas partes las fuerzas mexicanas parecian victoriosas. Los texanos se retiraban hacia la frontera de los Estados Unidos.

Houston, el comandante general de las tropas de la nueva República, se negaba a presentar combate. En tal forma que un destacamento de cuatrocientos hombres a las órdenes de Baker se separó del jefe y se dedicó a molestar a Santa Anna que, confiado en que la guerra había concluido, se dirigía con setecientos hombres a lo largo del río Brazos en busca de una salida para el Golfo, pues ya le urgía llegar a la capital de México para ser recibido como Napoleón, a causa de los ciento sesenta sacrificados en el Alamo. La gloria era para Santa Anna, sencilla como una excursión de paseo, aunque sangrienta como sacrificio azteca.

En Harrisburg creyó Santa Anna que iba a capturar a todo el gobierno de Texas encabezado por Burnet. Al desviarse de su curso hacia el Golfo para recoger, de paso, tan glorioso botín, Santa Anna halló a Harrisburg desierto. En cambio, supo que en el crucero de Gorse se hallaba Houston con ochocientos hombres. Esta noticia lo alarmó; imprudentemente se había retirado del grueso de sus fuerzas. Entonces, atemorizado, mandó órdenes a Cos para que se le juntara con sus tropas. Desde Harrisburg mandó también a Almonte a que explorara por la aldea de New Washington. Quizás allí habrían quedado algunos civiles del gobierno texano, presa fácil para su Alteza. Pero Almonte halló únicamente ciertas provisiones de guerra. Con el pretexto de recogerlas, fué hasta allá Santa Anna. En realidad, lo que buscaba era eludir el encuentro con Houston y embarcarse. Al efecto, se puso al habla con un armador alemán de la Bahía: No quedaba ya nada que hacer en Texas, según su Alteza. Se embarcaría para recoger los laureles del triunfo en la capital. Y de batir a Houston, el enemigo serio, se encargarían Cos y Castrillón, o Filisola. ¡A la gloria de su Alteza le bastaban las hecatombes de prisioneros de Alamo y de Goliad!

La Providencia a veces hace pagar a estas ratas humanas, sus pecados en vida. Unos cuantos barquillos texanos acertaron a pasar por la Bahia y quemaron el barco del alemán. Bloqueada la salida por mar ya no tuvo Santa Anna otro recurso que enfrentarse a Houston, que se acercaba en su busca.

En un prado de New Washington, rodeado de sus oficiales, recibió Santa Anna la noticia de que Houston se aproximaba.

Montó su caballo Santa Anna y a gritos, como poseído, atropellando mujeres y niños, corría exclamando: "¡Ya viene el enemigo, ya viene el enemigo!" No es difícil que este rasgo de locura persecutoria sea síntoma de una pérdida temporal del juicio que sobreviene en todos los que se han dedicado a matar gente desarmada, durante un período breve o corto. El remordimiento atormenta aun a los más cretinos. La sangre derramada emborracha peor que el alcohol. El miedo castiga a los asesinos.

En la ribera sur del río San Jacinto, se encontraron las tropas desmoralizadas de Santa Anna, con las de Texas. Empezó un cañoneo con la sola pieza que llevaba Santa Anna que fácilmente fué dominada por un par de cañones que traían los texanos. Se combatió esa tarde sin grandes resultados y en la noche acampó su Alteza en el peor sitio posible: Con los pantanos del San Jacinto a la espalda. Al día siguiente, cuando Houston vacilaba sobre sí debía atacar, llegaron de refuerzo a Santa Anna las tropas de Cos, en número de seiscientos hombres, lo que elevaba su efectivo a cerca de mil trescientos, en tanto que Houston sólo tenía ochocientos. Esta ventaja creó confianza en el ánimo del imprudente Santa Anna, y como los de Cos llegaron cansados, todo el mundo se echó a dormir la siesta, incluso Santa Anna que padecía la fatiga de los sustos de los últimos días. Mientras Santa Anna dormía, Houston reflexionó en que así como había llegado Cos, llegaría en una o dos jornadas Filisola con más de dos mil hombres de refuerzo, lo que equivaldría a la pérdida de todas las fuerzas yankees. Mandó, en consecuencia, Houston cortar el puente de Vence, único punto de comunicación de Santa Anna con el sur, y que, sin embargo, no supo guarnecer. Y a las tres y media de la tarde comenzó el ataque de ochocientos contra mil trescientos, al grito de "Acuérdense del Alamo".

En silencio, sin disparar, avanzaron los hombres de Houston. La sorpresa fué decisiva; en el campamento mexicano casi todos dormían. Al sonar la alarma todo fué confusión. Los hombres de Houston mataban a su gusto. Santa Anna "se puso a correr de un lado a otro", gritó algunas órdenes y, por fin, tomando su caballo "huyó hacia Bayou". Castrillón murió combatiendo y Almonte procuró restablecer el orden, sólo para salvar a sus solda-

dos de la carnicería, pues reuniéndolos en grupo, gestionó la rendición. Entre los que pretendieron huir por un arroyo, se consumó la venganza de los texanos que los mataban al grito de "Acuérdate del Alamo".

En poco más de una hora, Houston, herido de una pierna, pudo pasar revista de los sucesos. Había perdido tres hombres y dieciocho de los suyos estaban heridos. De los mexicanos había cuatrocientos muertos y setecientos treinta prisioneros.

¿Qué había pasado con su Alteza Serenísima? El relato de Haghnighen, tomado de documentos fehacientes y concordes, nos lo dice: Deshaciéndose de caballo y asistente, se alejó a pie sin saber el rumbo, hasta un rancho abandonado. Se quitó allí el uniforme de "Generalísimo" y se vistió camisa azul y pantalón blanco. Al día siguiente, perdido por el campo, topó con una patrulla texana que llevaba órdenes de no matar a los prófugos. Al ver a los soldados enemigos, Santa Anna "se echó en tierra tapándose la cara con un cobertor". A puntapiés lo hicieron levantar, y entonces, tomando la mano de uno de los soldados que lo aprehendían, "la besó humildemente". Fácil le hubiera sido pasar por uno de tantos y acaso escapar, pero la codicia lo perdió: lo registraron y le hallaron un reloj valioso y dinero, lo que hizo sospechar a los soldados que se trataba de persona importante. Preguntó Santa Anna por Houston, y a su campamento lo llevaron sus captores. "Miserable, débil, lloroso y quejándose de fuertes dolores en piernas y brazos, Santa Anna fué reconocido al pasar por frente a la estacada que encerraba a los prisioneros, los que se pusieron a gritar: El Presidente... el Presidente..."

Al llegar frente a Houston, Santa Anna se irguió para decir que debía sentirse Houston honrado de haber vencido al Napoleón del Oeste. Houston, dolido de sus heridas y nada inclinado a los mexicanos, parece que le respondió en los mismos términos que Cambrone en Waterloo.

Había, sin embargo, interés en aprovecharse de la felonía de Santa Anna, y alguien le ofreció asiento. Pidió en seguida Santa Anna clemencia, y Houston le contestó: "Que él no la había tenido en el Alamo". Respondió Santa Anna que había procedido conforme a los usos de la guerra, y Houston replicó "que los usos

de la guerra no excluyen el sentimiento de humanidad para con los vencidos". No tuvo el valor de callarse la mala lengua Santa Anna, sino que culpó al gobierno de México de que le había dado instrucciones para no hacer prisioneros.

Houston, implacable, le contestó que "un Dictador no recibe órdenes de nadie". Uno de los generales texanos quería fusilar a Santa Anna. Su muerte la exigían también los amigos de las víctimas del Alamo y de Goliad. Pero Houston sabía más que sus subordinados. La vida de Santa Anna era preciosa, por lo mismo que era la vida de un felón. Pronto lo comprobó así el mismo Houston al obtener de Santa Anna que firmase la orden para que Filisola evacuase a Texas con todas sus tropas. Un prisionero que conoce el honor se deja descuartizar antes que firmar órdenes. Pero Santa Anna las formuló y, lo que es peor, Filisola, cuya honra corría pareja con la de su jefe, las obedeció. Y como Rusk insistiese acerca del origen de las órdenes de fusilamiento en el Alamo, Santa Anna no tuvo inconveniente en echarle la culpa a Urrea, agregando que él no había tenido conocimiento. Rusk, entonces, se burló de él y lo acobardó con amenazas.

En realidad, aun retirado ya Filisola, Santa Anna estaba seguro. Más aún, pronto llegaron órdenes de que se le enviase al Norte. En Washington lo necesitaban. Un Santa Anna era precioso para los yankees en vísperas de la guerra que preparaban contra México; y para mejor usarlo, convenía su rehabilitación. Santa Anna era útil a Washington en la Presidencia de México y mandando los ejércitos de México. Media docena de combates como el de San Jacinto harían a los Estados Unidos, dueños de nuestro país. Lo que parece inconcebible es que este plan del Presidente Jackson se llevara adelante sin que faltase un detalle. Poco después Santa Anna, descalificado por la orden de retirada a Filisola que equivalía a mandar a un ejército siendo prisionero del enemigo, fué rehabilitado. Llegó la segunda etapa de lo de Texas, y como por hilo invisible, Santa Anna tornó a ser Alteza y volvió a perder todas las batallas de la guerra. Se cuenta que al pasar Santa Anna por entre los oficiales yankees, que lo veían con odio, para defenderse hacia el signo masónico que le daba

parentescos con el yankee, por encima de sus compromisos como mexicano.

Ninguna bellaquería fué extraña al carácter de Santa Anna. Los supervivientes de Goliad exigían que el secretario de Santa Anna, Caro, le informase sobre el origen de las órdenes de fusilamiento de prisioneros. Caro, a pesar de las amenazas, se mantuvo en silencio leal. Poco después Santa Anna calumnió a este pobre servidor, su secretario, acusándolo de que "le había robado un par de mancuernillas de diamantes".

Para que se juzgue hasta dónde llegaba la absoluta falta de sentido del honor militar en este Generalísimo, se transcriben las palabras con que él mismo juzga el más vergonzoso de sus actos, la orden de retirada que comunicó a Filisola: "En la posición crítica en que me encontraba, dice refiriéndose a la exigencia aludida, esta proposición fué como rayo de luz para un pobre viajero perdido en noche tempestuosa". Para él no había más que el pobre viajero que era él; la patria y sus deberes no existían. Pero hay algo peor que Santa Anna, y es la época que lo admiró, lo mimó, lo tuvo de representativo.

Con toda astucia Santa Anna era mantenido en cautiverio. A cambio de cualquier comodidad, buena cama, ofrecía jirones de territorio nacional. Actuando como Presidente de México, discutía los límites de la República texana que acababa de reconocer también como prisionero. Prometía indemnizaciones para los muertos de la guerra.

En su cautiverio hablaba Santa Anna a toda hora. Su derrota, decía, era la culpa de *un ciego destino,* pues sólo la víspera *él había estado a punto de vencer a Houston.* Cada vez que firmaba una transacción vergonzosa como las ya citadas, alegaba primero que no tenía autoridad para hacerlas, pero a la postre firmaba. De sus colegas generales hablaba con desprecio. Elogiaba a las mujeres, pero por su voluptuosidad. Y cada mañana, dice el cronista, mandaba preguntar que *cómo seguía la herida del general Houston.* Entre las estipulaciones que firmó Santa Anna estuvo la de no *hacer armas contra los texanos en el futuro.*

Después de hacerlo firmar todo lo que se le puso delante, fué embarcado Santa Anna en el "Invencible", que debía conducirlo

a Veracruz. El Presidente Burnet autorizó la partida, pero luego cambió las órdenes por exigencias de la tropa. Hubo que bajar del barco a Santa Anna, que clamaba piedad, piedad, y pedía que lo mataran a bordo; se detenía para tomar opio y con el labio caído, imploraba. Al acercarse a la costa se asustó más porque vió una multitud que se imaginó iba a lincharlo. Entonces Green, su captor, burlándose de que Santa Anna quiso echarse al agua de miedo, tomando una bandera texana la puso en sus manos y le dijo: "Enséñela a la plebe, usted que es el Napoleón del Oeste; haga ondear esa bandera". Lo que hizo Santa Anna con el brazo tembloroso. Se le trasladó a un campamento donde siguió prisionero y donde era visitado por Burnet y por Houston. A todos ofrecía corresponderles sus favores cuando estuviera otra vez *de Presidente de México.*

Y llegó Stephen Austin. Regresaba a Washington y sugirió que Santa Anna escribiera al Presidente Jackson, a fin de que mediase en las cuestiones pendientes entre la nueva República de Texas y México. También llevó a Santa Anna recados de Poinsett. Se merecía su suerte, afirmaba Poinsett, porque había cambiado el sistema de la República Federal como lo quería Poinsett a centralista.

La respuesta de Jackson fué, en la apariencia, desoladora. No podía intervenir porque la República de Texas no estaba aún reconocida. Además, de México le hacían saber que no se reconocerían los actos de Santa Anna como Presidente cautivo. Se volvió a hablar de fusilar a Santa Anna y, en efecto, nos hubiera hecho un gran servicio Patton, como jefe de los enemigos del Dictador, si logra su objeto, que era, según dijo: "evitar que volviese a quedar suelto sobre el mundo tal aborto del infierno". Prevaleció, sin embargo, la decisión de reservarnos a Santa Anna, de devolvérnoslo, como Presidente... ¿Qué mejor Presidente desde el punto de vista de Washington para lo que se preparaba en seguida?

Por decisión directa de Houston, Santa Anna fué enviado a conferenciar con el Presidente Jackson. Salió para Washington en diligencia y debidamente escoltado, el 25 de noviembre de 1836.

En Washington, el Presidente Jackson, tipo acabado de conquistador, militar de verdad, se divirtió con su prisionero. Lo recibió una vez, le advirtió que no podía tomarlo en serio oficialmente porque el Ministro de México protestaba de que se le tomase en cuenta; ya no era Presidente, pero, en fin, podía contar *con la protección que los Estados Unidos acuerdan a los desterrados.* Santa Anna. en cambio, ofrecía. "Todo era que él estuviera en México y las cosas se arreglarían". El nuevo gobierno de México se rehusaba a reconocer la independencia de Texas, pero él se haría del poder y probaría a los texanos, "lo mucho que les agradecía sus buenos tratamientos". Además, pagaría las indemnizaciones por todos los daños causados a nacionales de Estados Unidos, en las distintas revoluciones. Jackson hizo como que se dejaba convencer. Por fin, nos lo lanzó de nuevo a México.

Y ocurrió lo más bochornoso. Cuando el mismo Santa Anna dudaba y temía que en México lo esperara el presidio, el pueblo de Veracruz salió a recibirlo y las autoridades declararon "día festivo el día del desembarco del traidor". Gentes ambiciosas de restablecer un régimen de abuso y sangre lo escoltaron hasta Manga de Clavo. Allí pretendió sincerarse publicando un "manifiesto". A nadie le pasó por la cabeza la idea de que los actos de Santa Anna sólo podía juzgarlos un Tribunal Militar. En cualquier ejército del mundo civilizado, los generales y oficiales en masa hubieran renunciado por sólo el hecho de que siguiera titulándose general a un hombre con proceso pendiente, como Santa Anna.

Pero no eran mejor que el los otros. Pronto la oficialidad de uno de los cuerpos de la capital daría una muestra de su santanismo. Reunida en una pastelería y casa de diversión de Tacubaya, después de embriagarse todos y de golpear al propietario francés, prendieron fuego a lo que no habían roto. La reclamación respectiva, unida a otras de súbditos franceses, dió lugar a lo que se ha llamado la guerra de "Los Pasteles".

Gobernaba de nuevo el país don Anastasio Bustamante, que tomó posesión el 12 de abril de 1837. Sostenía Bustamante la Constitución Centralista y esto daba pretexto a que se pronunciaran los federalistas. Fueron sofocados varios pronuncia-

mientos, pero no supo Bustamante atender a las reclamaciones francesas, incluso la de "los pasteles", y con beneplácito del mundo, pues extranjeros y mexicanos sufrían bajo la soldadesca, los franceses bloquearon a Veracruz. El 27 de noviembre fué bombardeado Ulúa. Veracruz capituló, pero el gobierno no aprobó la capitulación. Y volvió a entrar en acción Santa Anna. No pudo Santa Anna evitar que los franceses avanzaran más allá del puerto, pero como en la escaramuza perdió una pierna, eso fué bastante para que la ignominia pública lo convirtiese otra vez en héroe. El gobierno firmó *un* tratado vergonzoso obligándose a pagar más de lo que debía, pero Santa Anna había quedado *rehabilitado de hecho*. De las desgracias nacionales, seguiría este hombre funesto haciendo fortuna.

El 18 de marzo de 1839, dejó el poder Bustamante con el pretexto de ir a sofocar una revolución por Tampico. Al partir, entregó la presidencia nada menos que al felón de la guerra de Texas, al traidor Antonio López de Santa Anna. ¡El Presidente Jackson estaba servido!

Pero Santa Anna entregaba el poder cada vez que lo veía comprometido. No tenía valor para afrontar responsabilidades y confiaba únicamente en el golpe afortunado, en la crueldad con que fusilaba a sus rivales, como, por ejemplo, al general Mejía. Volvió al poder Bustamante y el 15 de junio de 1840 se pronunciaron Urrea y Gómez Farías. No triunfó la rebelión, pero el ambiente de inquietud se hacía insoportable.

Fué entonces cuando don José María Gutiérrez de Estrada hizo pública la idea de establecer en México una monarquía con príncipe extranjero y como un medio de poner término a la situación angustiosa que, de paso, nos ponía a merced de los Estados Unidos. Los de Gómez Farías, por su parte, llamaban traidores a los de Gutiérrez Estrada, porque ya tenían tratada la entrega de México a los Estados Unidos.

A consecuencia de una revuelta de militares, cayó Bustamante, y después de un interinato de un D. Javier Echeverría, resultó Presidente el héroe del Alamo, Santa Anna. Otra vez dejó la presidencia en manos de un satélite y se fué a su hacienda. Bajo el interinato de Bravo se cambió la Constitución

promulgándose, en junio de 1843, lo que se llamó Bases Orgánicas. En las elecciones verificadas conforme al nuevo Código, salió electo o reelecto Santa Anna. El país, como enfermo desahuciado, había llegado a amar su llaga.

En esto se pronunció Yucatán exigiendo una Constitución federalista. Los móviles eran estilo Texas. El 1° de octubre de 1841 se declaró Yucatán República Independiente. Derrotados los contingentes enviados por Santa Anna, el asunto, al fin, se arregló patrióticamente en 1843.

Las onerosas contribuciones, dice Pérez Verdía, la dictadura militar, los despóticos actos del gobierno, la continua violación de las leyes y la mala administración de Santa Anna que producía déficits del cincuenta y uno por ciento, provocaron la rebelión de Arrillaga y la creación de una Junta que exigía que Santa Anna se separase del gobierno. Santa Anna quiso oponerse; reunió tropas, pero con su habitual incapacidad, quedó derrotado, fué hecho prisionero. La Cámara le impuso un destierro y parecía, que, al fin, México se libraría de la vergüenza de aquel hombre.

De Presidente quedó D. José J. Herrera, a quien tocó recibir la declaración de guerra de Estados Unidos.

LA GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS

El Estado Mayor Norteamericano había completado sus planes. A Jackson había sucedido en la presidencia Polk, que, como todos sus antecesores, continuó la política de expansión. El pretexto lo dió el reconocimiento que los Estados Unidos hicieron de la Independencia de Texas, lo que determinó el retiro del Ministro mexicano de Washington. En México, la soldadesca creyó llegada su hora. Era inútil que el prudente Herrera procurara hacer la paz a cambio de concesiones. Se impuso un nuevo Napoleón en la persona de un tal Paredes de Arrillaga, que antes de batir a los yankees traicionó al gobierno arrojando del poder a Herrera y ocupando la presidencia.

Naturalmente, el nuevo Napoleón, que alegaba la necesidad de un gobierno militar "por causa de guerra extranjera", de todo se ocupó menos de la guerra. En plena crisis de invasión

apoyó el plan descabellado de entregarle el poder a un príncipe español para constituir la monarquía. Entretanto, Yucatán volvió a declararse independiente y Campeche proclamó "su neutralidad en la guerra con Norteamérica". El federalismo sostenido por Poinsett y Gómez Farías, daba sus frutos en el instante más crítico de la historia nacional.

Al frente del ejército invasor del Norte, venía Zacarías Taylor. Basta ver sus retratos y comparar su fuerte cabeza de conquistador romano, con la frente hundida, los ojos extraviados de Santa Anna, para adivinar el resultado inevitable. Taylor, además, mandaba un ejército. La oficialidad del nuestro era santanista; es decir, como la que provocó la guerra de "los Pasteles", por robar un establecimiento público, una oficialidad acostumbrada a vejar a la población civil y desarmada. El cuatro de marzo de 46, tomó Taylor a Punta Isabel. El 8 de mayo de 1846, derrotó Taylor a Arista en Palo Alto. De uno y otro lado combatieron tres mil hombres. Al día siguiente, en la Resaca de Guerrero, Arista, que se retiraba habiendo salvado sus elementos, se encontró con el enemigo, pero no dió importancia al caso, dice Pérez Verdía; se puso a despachar su correspondencia. Y perdió las municiones, la artillería y la correspondencia. En Matamoros, por otro descuido, dejó abandonadas más municiones con heridos y prisioneros. Acribillado, se replegó hasta Monterrey. Lo enjuiciaron, pero unos años más tarde se le hizo Presidente. Pues tal parece ser el premio que reservamos para los grandes culpables de nuestra historia.

Mientras Taylor continuaba su avance victorioso por el Norte, en Guadalajara se pronunció un tal Yáñez. Entonces el Napoleón Paredes tuvo que huir. Uno de los pronunciados, Mariano Salas, convocó al Congreso y éste consumó el parto de los montes: *nombró Presidente a Santa Anna,* que aplazando sus peleas de gallos en La Habana, se hallaba en el país esperando la hora prevista por Jackson. Para la consumación de la derrota y la vergüenza, Santa Anna era el hombre necesario a los Estados Unidos. En la silla presidencial colocó Santa Anna a otro conjurado del yankee, a Gómez Farías, y se lanzó a la campaña del Norte. La presencia de Santa Anna en el campo era peor que una derrota; era el desastre acompañado de la deshonra.

Cuando Santa Anna llegó a San Luis con tres mil hombres, Ampudia, que sustituyó a Arista, después de combatir un poco había abandonado a Monterrey, escapando con cuatro mil hombres que se incorporaron a Santa Anna.

La táctica genial del Generalísimo se demostro en seguida, pero en favor del enemigo. Tres meses perdió en San Luis con el pretexto de disciplinar tropas. Y sin razón mandó evacuar Tampico que, en seguida, ocuparon los yankees.

Por el Paso del Norte entró otra columna americana a las órdenes de Doniphan. El 1º de marzo de 1847, ocupó a Chihuahua. El General Kearny invadió a Nuevo México en 1846. Y el Coronel Fremont se internó en California, que declaró parte de la Unión, llegando victorioso a San Francisco el 9 de julio de 1846.

Historiador de juicio tan pusilánime como Pérez Verdía dice refiriéndose a esta época: "Se manifestaba, por desgracia, en el país, cierta frialdad y falta de patriotismo, pues sólo los Estados de Jalisco, Guanajuato, Michoacán, Querétaro, San Luis, Aguascalientes y el Distrito Federal proporcionaban contingente de sangre, fuera de aquellos que rechazaban la invasión de su mismo territorio. Y en la capital se hostilizaba al gobierno porque apelaba a medidas severas para lograr del clero una cantidad que no había querido prestar".

En enero de 1847 salió nuestro ejército de San Luis para atacar a Taylor. Por el número de las tropas no quedaba atrás, pues se habían juntado dieciocho mil hombres. Pero mandaba Santa Anna. En las marchas resultaron fuera de combate cuatro mil. En el sitio denominado La Angostura se hallaba parapetado el ejército invasor. El combate fué encarnizado; todo el mundo está de acuerdo en que la victoria se inclinaba ya del lado mexicano. En ese instante Santa Anna ordenó la retirada. En el primer combate de su vida en que había estado a punto de ganar, por la superioridad numérica y a pesar de la torpeza de sus disposiciones, Santa Anna, que estaba poseído de complejo de inferioridad por sus derrotas texanas, echó a correr en el instante de la victoria. ¡Con razón Jackson lo había elegido para ser jefe de México en la guerra que con anticipación se aguardaba!

Como de costumbre, Santa Anna se puso a salvo, abandonando a sus tropas que, en la retirada, se dispersaron.

OTRO EJERCITO YANKEE APARECE EN LA COSTA

El 9 de febrero desembarcó Scott en Veracruz con trece mil hombres escogidos, disciplinados. La guarnición mexicana de tres mil y tantos hombres capituló después de alguna resistencia. Santa Anna mandó poner presos a los que habían entregado la plaza. Y para "lavar la deshonra de Veracruz", salió de la capital el General Santa Anna, que con cerca de nueve mil hombres, esperó al invasor en Cerro Gordo. Scott derrotó a las fuerzas mexicanas, que abandonando a Orizaba se replegaron a Puebla. Sin embargo, Worth entró a Puebla, sin combatir, el 15 de mayo.

En la capital se encerró Santa Anna. Reunió dieciocho mil hombres, pero no se proponía combatir. Al contrario, mandó pedir a Scott un millón de pesos para entregarle la plaza. Scott no aceptó. Ni esta negociación, de cuyas pruebas existen copias en la Biblioteca de Austin, ha bastado para el descrédito de Santa Anna, que en cada generación produce algún zote que califica de astucias sus peores infamias. Lo cierto es que Santa Anna cumplió con Scott. Pues se quedó contemplando tranquilamente la toma de Chapultepec y el sacrificio de los cadetes, sin mover, para salvarlos, uno solo de los doscientos mil hombres que había en la ciudad de México y que presenciaron el asalto como un espectáculo.

En las Memorias de Grant se cuenta la táctica que empleaban los yankees. Atacaban un recinto fortificado, simulando gran ardor: "ese día las tropas mexicanas se batían bizarramente y rechazaban al enemigo". En la noche, dice Taylor, "se entregaban a grandes festejos para celebrar la victoria; el ataque formal lo consumábamos al día siguiente, en que los oficiales, desvelados y desalentados, destroncados por el exceso, se entregaban casi sin resistencia".

De intento incluyo estos datos en nuestro texto. Disfrazar la deshonra con la mentira es una segunda deshonra que

sólo ha servido para perpetuar la llaga viva de nuestro militarismo. Un ejército profesional jamás defiende bien a la patria. Sólo sirve para oprimirla. Si las nuevas generaciones no se hubieran emborrachado con frases necias como la que se atribuye a Anaya: "Si hubiera parque no estaría usted aquí", hace tiempo habríamos comenzado a ver claro en nuestra desgracia. El no tener parque no es excusa, simplemente prueba que no había generales, pues si hubiese habido dirección, no habría faltado parque. A Scott nunca le faltó, y eso que lo traía desde Nueva York. Pero la manía de celebrar derrotas se ha hecho a tal punto hábito nacional, que nadie se extraña, como no sea el extranjero, que ve todo eso con pasmo. Ya hicimos observar en capítulo anterior, que la glorificación de Hidalgo y de Morelos no es otra cosa que uno de los ejemplos, el más tolerable, de este hábito. Pero hay otras glorificaciones que recuerdan la vergüenza infinita de aquel Veracruz vestido de fiesta... "porque se había largado Lorencillo"... También cuando Santa Anna salió del cautiverio de Texas, dejando en manos de Houston todo el honor nacional, en México se echaron a vuelo las campanas. Ahora bien: en todos los pueblos hay traidores y hay ineptos, pero lo que no ocurre sino en las más sombrías decadencias, lo que casi no tiene precedente en la historia civilizada, es la glorificación de los culpables. Toda la conducta de Santa Anna la explica su carácter felón. Pero la mancha que no puede borrarse es que aquel hombre hubiera vuelto a tener ingerencia en los asuntos públicos del país que había deshonrado y se deshonraba más aún perdonándolo. Lo que aniquila la esperanza en la raza, es que exista todavía quien pretenda justificar a Santa Anna para disculpar a sus imitadores contemporáneos.

En las relaciones norteamericanas de la campaña contra México, se insiste a menudo en la emoción de los jefes que en los asaltos que prepararon la toma de la capital, se sentían como si revivieran las hazañas inmortales de Cortés. Ya hubieran querido para sí Santa Anna y los santanistas, el valor de los aztecas en la defensa de su imperio.

En cambio, está justificada la satisfacción de los jefes yankees que con menos de cincuenta mil hombres dominaron el gran

país que había sido la Nueva España. De parte de los nuestros, ya no había sido la Nueva España. Una colección de bastardos repetía de memoria trozos mal conocidos de la leyenda napoleónica; pero el secreto de la táctica de aquellos territorios y el modelo de la gloria que era Cortés, lo habían olvidado. El vencedor lo recordaba. Por eso derrotaba con facilidad a aquella chusma santanista, a aquellos militares de honra perjudicada, fusiladores por diversión, nunca generosos, y, por eso mismo, tampoco jamás victoriosos.

Unos cuantos años antes, una plebe degradada de aquella misma ciudad que se veía conquistar por un puñado de extranjeros, había pretendido extraer de su sepulcro las cenizas del gran Conquistador. Gente piadosa tuvo que esconder los restos de Cortés, a fin de salvar, como dice muy bien Alamán, "el honor de los mexicanos" Pero la afrenta, aun sin consumarse, aguardaba reparación. El castigo era Scott. El nuevo conquistador hablaba inglés. Ya podían regocijarse los políticos a lo Gómez Farías y los intelectuales antiespañoles; pegónos el yankee en nombre de la ciencia militar a lo Cortés.

Una bandera anglosajona flotaba en el Palacio de los Virreyes y la casta de los serviles, numerosa en aquel medio pretorianizado, empezó a adular a Winfield Scott. Y se multiplicaban los agasajos y aun se dice que hubo quien le propusiese "que no se retirase, porque daba garantías"... Sí, el extranjero libraba a la pobre sociedad mexicana de los atropellos de la oficialidad de su propio ejército, oficialidad raptora de doncellas, escandalosa en la ebriedad, tal y como se mostrara en Tacubaya en el episodio que dió lugar a la guerra de "los Pasteles". El Ayuntamiento, las Comisiones de Notables, buena parte de la sociedad mexicana, se ocuparon de hacer grata la presencia de Scott y sus oficiales, en la vieja Anáhuac que se había olvidado de ser española.

¿Y Santa Anna? Consumada su nueva traición, aunque no le pagaron, según parece, el millón de pesos, sí tuvo que esconderse. No porque en México a nadie se le ocurriese la justa idea de matarlo, *sino por miedo a los texanos*. Entre las fuerzas del Norte venían texanos y éstos no quitaban el dedo del renglón:

"Remember the Alamo". ¡Qué bien estaría Santa Anna en la punta de una bayoneta!

Santa Anna, escondido, sonreía. Qué sabían aquellos pobres rangers quién era su Alteza. Su Alteza estaba protegida por Scott, así como antes había estado protegida por Houston. Fué sino de Santa Anna el deberle la vida miserable a los mismos que lo habían vejado. Por entre las filas yankees salió Santa Anna rumbo a Veracruz, donde lo embarcaron. Había cumplido sus compromisos con Jackson y el Imperio es siempre agradecido con sus servidores. No le rendían honores que no se dan al traidor, ni entre los que se benefician de la traición, pero le salvaban la perra vida y los dineros. Y todavía pudo Santa Anna instalarse en Temuco, de la costa colombiana, donde fundó un garito y una plaza de gallos.

El país perdió la mitad de su territorio, pero hubo algo peor. Y es que aún no se libraba de Santa Anna. Cuando se resolvió arrancarnos otra zona territorial, además de lo que ya nos quitaban los tratados de Guadalupe, el Intelligence Service Yankee se las arregló para que Santa Anna fuese otra vez Presidente y formulase, ofreciese, el tratado Gadsden, que nos quitó la Mesilla de Arizona. Repitamos que no es culpa todo esto de Santa Anna; es culpa de la nación que padecía la ignominia en que cae todo pueblo en que manda el ejército.

Para que los jóvenes de México recobren la idea de lo que es el honor militar, recuerden lo que habría hecho cualquier general japonés en el caso de Santa Anna en Texas, en La Angostura, en dondequiera que anduvo. No hubiera llegado a la veinteava infamia, porque en la primera se habría aplicado el hara-kiri, el corte del vientre con sus propias manos, para lavar el honor. Los jóvenes que amen la gloria recuerden que ésta no se conquista sin el honor. Y si en países cristianos el hara-kiri, por fortuna, está suprimido, hay, en cambio, la sanción que impone la honra misma de las corporaciones; ella obliga a excluir a los que una vez han faltado. Y siempre se puede rehabilitar la más grande falta, pero no por medio de decretos que suspenden la acción de los Tribunales; la rehabilitación viene después del castigo, no antes. Así, por ejemplo, Santa Anna pudo re-

dimirse, purgando primero una condena por lo de Texas; después, cuando vino la guerra yankee, pudo rehabilitarse, pero saliendo de la cárcel donde debió hallarse, a las filas del ejército como soldado raso, nunca como general. Esto hubiera sido rehabilitación; lo que ocurrió fué tan vergonzoso que no lo recordaríamos si no fuese porque periódicamente aparecen almas de confusión y de insensibilidad para la honra que pretenden, no sólo exculpar a Santa Anna, sino presentarlo como una especie de héroe que "amaba la gloria". La gloria es el honor en grande, honor sublime. ¡Quien no tuvo honor no pudo sospechar lo que es la gloria!

Los Tratados de paz llamados de Guadalupe, firmados por un Presidente Provisional, nos quitaron a Texas hasta el Bravo, Nuevo México, poblado hasta hoy por mexicanos, Arizona y California. Lo más vergonzoso de los Tratados fué la forma de compra de tierras que se les dió, desde el momento en que se aceptaba la indemnización de quince millones de pesos. Por quince millones vendimos a la esclavitud a nuestros hermanos de Nuevo México y de California, sin consultarlos. Mucho más honroso habría sido aceptar que el vencedor tomase lo que quisiese, pero sin manchar a la patria con el oro de una conquista que se acepta y se valúa. Pero, ¿quién podía entender de honor en una patria que tenía por héroe a un Santa Anna?

LA GUERRA DE CASTAS EN YUCATAN

A mediados del cuarenta y siete, mientras el centro del país era ocupado por las tropas yankees, los indios de Yucatán se sublevaron. Y se vió allí en pequeño lo que llegaría a ser la tesis de Poinsett, el día que triunfase en todo el territorio el plan de la vuelta a lo indígena, la recomendación de la matanza de los blancos. Llegaron los indios hasta Valladolid, preciosa ciudad creada por los españoles, y no dejaban vivos niños ni mujeres. La población criolla del Norte de la Península, amenazada de esta suerte y abandonada del Centro que no mandaba sino militares que llegaban a tiranizar, anduvo ofreciendo la soberanía de Yucatán a quien la quisiese, a los Estados Unidos, a Inglaterra, a España. Y tuvieron razón. La vergüenza de estos sucesos no

es de los yucatecos, es toda entera nuestra en el Centro, es toda de la podrida nación de los pronunciamientos. Piénsese en las familias civilizadas que vivían bajo la amenaza de indios salvajes en Yucatán y Chihuahua y en Sonora y en Coahuila, y véanse los retratos de los Presidentes, el número de galones, de cintas, de medallas que cada general se gastaba, y se entenderá toda la tragedia de la época. Se condecoraban todos unos a otros, pero nadie cumplía con su deber.

LA TRAGEDIA DE CALIFORNIA

La población de Nuevo México, más compacta y colocada en una llanura se entregó al vencedor. Y como sus tierras no son extraordinariamente codiciables, no hubo propiamente lucha. Y se ha mantenido allí la raza laboriosa que, hasta donde es posible bajo una conquista, ha conservado no sólo ciertas propiedades, sino también una fracción del poderío político. Y es curioso observar las aldeas nuevomexicanas y ciertos barrios de viejas ciudades como Santa Fe. En ellos vemos lo que pudo ser México sin la pandilla que lo ha estado destruyendo desde el poder. No hubo en Nuevo México prédicas disolventes, ni expulsión de españoles, ni generales Presidentes, y es allí donde los mexicanos han mostrado mayor resistencia a la penetración extranjera, mayor empuje para la defensa de sus derechos. En los últimos años, las oleadas de población anglosajona han sumergido a los nuestros; eso no obstante, es allí donde lo mexicano se ha conservado con mayor decoro.

Pero donde la tragedia alcanzó las proporciones de lo sublime, es en la tierra hermosa de California. Estaba poblada escasamente la provincia, pero con raza escogida de sangre española y mexicana. Una pequeña aristocracia de la tierra se había desarrollado celosa de su tradición hispánica. Con tal celo, que todavía hoy nadie recuerda los treinta años funestos en que aquel territorio perteneció a nuestra nación, sino que todos colocan su abolengo y su orgullo en el período constructivo que vió aparecer las misiones y las Iglesias barrocas, los campos de olivos y las haciendas en que aun se practica la pisa de la uva. No había soldados en este territorio, es decir, no había

mercenarios profesionales; quizás por eso mismo fué California el único territorio que se defendió de la conquista yankee con positiva gallardía. Para ninguno de los conquistadores fué más dura la tarea que para Fremont, el vencedor de Stochton y San Francisco. Todo porque en California los rancheros organizados en guerrillas defendían el hogar y no peleaban por ningún Santa Anna; peleaban por la patria. Y aun se hizo célebre una táctica guerrera peligrosa, inventada por los californianos: se dejaban perseguir de las fuerzas yankees, aparentaban la huída y, de pronto, ya que escaseaba el número de perseguidores, se volvían con furia y a menudo extinguían corporaciones enteras de yankees.

Nadie ha cantado la gloria militar de estos héroes verdaderos cuya "saga" debía ser material de nuestras escuelas públicas. Y ejemplo de una verdad manifiesta o sea que allí donde no llegó la corrupción de los gobiernos, allí donde el país se conservaba español, la resistencia mereció los honores de la epopeya. Una verdadera literatura existe en inglés sobre la conducta de estos valientes, con quienes a la postre el yankee hubo de pactar, reconociendo a algunos el derecho sobre sus tierras, incorporando a otras al nuevo orden de cosas.

Por desgracia, cuando se llega a los convenios es porque ya perecieron los mejores en la pelea. Y también por desgracia, en el choque ocurrido tenía que desaparecer lo méxico-español, que era como flor delicada de humanidad, estrujada de pronto por las avanzadas brutales de una raza joven que desbordaba de apetitos.

No sólo en la literatura. Aun al cine ha llegado ya la epopeya de esta California que fué nuestra por la sangre y que, en parte, salvó nuestra honra en el año de cuarenta y siete, tan funesto para todo el resto de la nación, funesto más que por lo que se perdió, por el modo de perderlo. Anda en el cinema una vista titulada "El Robin Hood de El Dorado", Joaquín Murrieta. Se trata de una ficción extraordinariamente significativa. La época ya no es la de la guerra de conquista, sino la del descubrimiento de los placeres de oro, y los efectos de la conquista con su irremediable desplazamiento de la raza vencida en favor de la ven-

cedora. Con el pretexto de los denuncios de fundos mineros, los pequeños propietarios mexicanos y los grandes, son desposeídos por medios salvajes. Una de las víctimas es Joaquín Murrieta, personaje histórico más o menos modificado en la versión de la pantalla, pero eminentemente representativo. A Murrieta le roban la tierra, le violan a la mujer recién casada. Un amigo yankee generoso se ofrece a patrocinar sus reclamaciones. En vez de justicia, Murrieta padece nuevos atropellos. En el camino a la propiedad del hermano, Murrieta se topa con un bandido que roba y mata en la región, por gusto y por venganza. Murrieta se niega a hacer causa común con él. Murrieta busca personal venganza. En una especie de gruta encuentra a uno de los que asaltaron su casa y violaron a la mujer, lo desafía y lo mata. El bandido que ha presenciado la escena se queda con el dinero del yankee. Poco después, Murrieta es azotado públicamente por un grupo de linchadores. El bandido lo recoge, lo cura, y, por fin, lo hace jefe del pequeño grupo que aterroriza la comarca. Pero aun con Murrieta, los bandidos andan sin programa. Parecen cabecillas mexicanos que gritan las frases de tal o cual plan, pero no entienden lo que dicen ni tienen capacidad para llevarlo adelante, si el azar les depara el triunfo. Una noche, Murrieta asalta y comienza a robar, ya no a los norteamericanos, sino al grupo de hacendados mexicanos que celebraba una junta para ver el modo de defender sus tierras de los negociantes yankees que las usurpaban. Lo mismo que en el México, de hoy, los agentes yankees corrían la versión de grandes riquezas de los hacendados incitando a los mexicanos de la clase baja para que los despojaran, los degollaran. Detrás de los despojadores a lo villista, a lo zapatista, llega el Banco de Morrow a comprar o compra el primer extranjero que puede obtener garantías. Murrieta y sus bandidos también vivían engañados. Pero al quitarle el anillo Murrieta a una de las jóvenes aristocráticas de mantilla y peineta, reconoció a la hija de un antiguo patrón y le devuelve su sortija. La joven, entonces, le dice que si no devuelve sus alhajas a todos los demás, que ella no acepta preferencias. Murrieta vacila y la joven le explica: Todos estos hacendados son tan víctimas de la nueva situación como vosotros; todos somos mexicanos; ya no asalten a los mexicanos con el pretexto de que

son ricos. La unión nos hará fuertes. Murrieta comprende. La joven que ha tenido algún desengaño y ha quedado desposeída de sus tierras, se une a la partida de Murrieta y acaba por convencerlo de que deben retirarse a México a comprar tierras con el dinero robado a las diligencias... El bello sueño del retorno a México, lo que es México, sentimos el engaño aun reconociendo la galantería del autor de la película... Pues, ¿quién ignora la suerte que han corrido los propietarios mexicanos? Lo más bello del film es la bravura, la pasión con que el pequeño grupo de mexicanos desposeídos de patria, monta a caballo, danza con sus mujeres de largas piernas y angosta cintura nerviosa, mientras uno a uno van cayendo en la pelea. Cuando cae también la aristócrata que llegó a ser alma del grupo, se comprende la eficacia del método de toda conquista que logra destruir las capas superiores, los individuos selectos. En seguida la masa se somete. En el río revuelto, unos cuantos de la raza vencida se apoderan de parte del botín, se sueñan propietarios, pero pronto lo mejor pasa a los conquistadores nuevos y la nación derrotada se convierte en proletaria. Mueren cantando y danzando con bríos los valientes californianos que defendieron su tierra palmo a palmo y siguieron vistiendo sus monturas a la española y las mujeres sus encajes y pañolones; rezando todos en el altar de sus mayores al aire libre, sin las leyes malditas que vedan el culto externo. Por lo menos, los de California se verían libres de Juárez, tal y como no les alcanzó la vergüenza de Santa Anna.

En la derrota de California sobrevive el orgullo de ser mexicano. Allí hubo honor. Y no es tan malo perder, sino perder a lo Santa Anna. Los años han pasado, y como la conquista liquidó las aristocracias de toda la zona recién dominada, los supervivientes no atan ni desatan y de toda aquella gente hermosa que ha dado personajes nobles a la literatura californiana, ya no va quedando sino el pocho, que, ese sí, encuentra imitadores en el interior de nuestro país y en su política.

EPILOGO SANTANESCO

El odio de los texanos nos había librado de Santa Anna, que bajo la protección del alto comando yankee y en pago de

sus servicios de traidor, fué puesto a salvo fuera del país. Pero apenas consumado el retiro de las tropas yankees, la soldadesca que gobernaba en México empezó a echar de menos a su héroe. En vano una reacción tardía del decoro público elevó a la presidencia a un hombre inepto pero honrado, D. Mariano Arista. Ocurrió lo que tantas veces se ha repetido después y demuestra que no son hombres honrados lo que falta, sino decisión, solidaridad de la opinión pública para sostenerlos. Además, ¿quién era Arista si no un pobre militar mediocre, un hombre sin luces, un mérito negativo: el no robar entre ladrones?

Unas elecciones generales después de la ignominia de la ocupación yankee hubieran sido el medio de purificar un tanto el ambiente, hubieran abierto paso a una generación nueva. Pero nadie piensa en estos medios de higiene cuando el enfermo padece cáncer que ya no le permite ponerse en pie. Rodeado Arista de políticos ambiciosos y de militares sin honra, no pudo satisfacer a los que exigían dinero, y nuevas revoluciones lo echaron abajo. Hasta que sucedió lo increíble. Destituído Arista y nombrado Presidente un tal Cobos, primero, y luego un tal Lombardini, un buen día resultó otra vez Presidente el incalificable Santa Anna, o más bien dicho, resultó Santa Anna Presidente de un incalificable país, que desahuciado se abrazaba a su gangrena.

Como es natural, apenas vieron las yankees en la Presidencia a Santa Anna, les volvió a entrar la codicia de tierras. Y ocurrió el llamado Trato de la Mesilla, o sea que Santa Anna vendió la región Sur de Arizona, el 13 de diciembre de 1853, embolsándose una indemnización. La operación fué proclamada como *triunfo diplomático de México*. Los últimos años del gobierno de Santa Anna fueron de farsa pública increíble. Sin preocupación alguna del futuro, los conservadores se adhirieron a la personalidad de su Alteza, y padecimos el bochorno de que un hombre que constantemente había traicionado a su patria y que un militar que constantemente había deshonrado su espada, llegara, por obra de la adulación pública, a las estrofas del Himno Nacional que compuso el pobre sujeto Bocanegra y que no sé cuántas generaciones de mexicanos repitieron con servilismo de incomprensible estulticia.

La revolución liberal que derrocó a Santa Anna, contó con el apoyo de todo el país; representaba una esperanza, pero sobre todo, era el medio de acabar con toda aquella peste de gente que ni el cólera morbo, que por entonces asoló a la República, había podido extirpar.

LA GUERRA DE TRES AÑOS

Se ha llamado así al período de lucha civil que comienza con el Plan de Ayutla y termina con la Intervención Francesa y el Imperio.

La vuelta a la Dictadura bajo Santa Anna determinó un estado de desesperación nacional. Todo era legítimo para derrocar aquel régimen, y eso que lo apoyaba el único estadista que México ha producido, el insigne don Lucas Alamán. El mismo Alamán cometió el gran error de su vida, tomando de caudillo a un Santa Anna. El error era de los conservadores que no habían aprendido nada de su fracaso con Iturbide. Con Santa Anna quisieron hacer otro Iturbide. Y Santa Anna hizo lo que Iturbide: encarcelar a sus enemigos, suprimir la libertad de imprenta, establecer la intolerancia religiosa, crear el desorden en las finanzas, aparte de comprometer de nuevo la integridad del territorio. La alianza del clero con Santa Anna que, en esta vez, fué ostensible, "dió el pretexto, observa Justo Sierra, para que, al sobrevenir la reacción liberal la Iglesia fuese el blanco de todos los ataques". Constantemente ha servido para que el Plan Poinsett se ponga en obra.

El error de Alamán, y de los conservadores estuvo en no apoyar a los liberales moderados, en no adelantarse a las reformas que exigía el momento. La política de Norteamérica supo ver claro y se propuso fomentar el descontento y auxiliar a los liberales a efecto de gobernarlos en el triunfo. Sin las armas que trajo Comonfort de los Estados Unidos, el Plan de Ayutla se habría quedado escrito. Con el apoyo yankee ocuparon Alvarez y Comonfort la capital de la República, después de que Santa Anna, según su costumbre, huyó, dejando comprometidos a sus partidarios. Organizóse el gobierno liberal bajo la presidencia de Comonfort y don Juan Alvarez se retiró a Guerrero.

Don Melchor Ocampo, jacobino y anticlerical, se hizo cargo del Ministerio de Relaciones. Juárez resultó Presidente de la Corte de Justicia y, por lo mismo, según la Constitución, el suplente legal del Presidente de la República.

Todo era grave en Europa, dice don Justo Sierra, al establecerse el gobierno de Comonfort. "Los Estados Unidos medían mejor nuestro esfuerzo y nos respetaban un poco más". Asombran estas palabras porque, o son ingenuas, o son perversas. Pues, en efecto, ¿cómo no habían de comprender los Estados Unidos un movimiento que ellos venían preparando desde los días de Poinsett? ¿Cómo no habían de prestar apoyo a Comonfort que había traído recursos de Nueva Orleans, y a su viejo agente don Valentín Gómez Farías, que fué el primero que protestó obediencia a la Constitución nueva? ¿Cómo no habían de regocijarse los estadistas yankees, si el acceso de Comonfort les aseguraba el dominio político de nuestro país, dominio que han conservado, con la sola excepción de los meses que duró el Imperio y los dos años de Madero y los tres años en que Obregón gobernó sin el reconocimiento de Washington?

El gobierno de Comonfort organizó nuevo ejército, barrió en gran parte al santanismo, moralizó la administración y procuró desarrollar una política moderada que acaso hubiera consumado la Reforma sin los excesos que vinieron después. Pero empezaron las sublevaciones de los santanistas. La vieja casta militar, apoyada indirectamente por el clero, se dedicó a conspirar. Una sublevación en Puebla obligó al Obispo Labastida a contribuir con dinero; la sublevación fué sofocada y se abrió la polémica sobre los bienes del clero. No tenía sobre ellos derechos el gobierno, alegaba Labastida. Los bienes, como cosa temporal, caen bajo el dominio del Estado, alegaban los liberales.

No discutimos nosotros la legalidad de ciertos aspectos de la Reforma, ni su necesidad. Es evidente que el clero, lo mismo que el Estado, necesitaba purificación. Lo que debemos censurar es que la Reforma se hiciese bajo la dirección de un programa extranjero y con sentido antirreligioso. Nunca se debió privar a la Iglesia de aquellos bienes que eran necesarios para su

sostenimiento y para el sostenimiento de las instituciones educativas y humanitarias que mantenía.

El nuevo Congreso, dominado por secuaces de Poinsett, excitaba a Comonfort a que no contemporizara. Un antiguo lacayo de Santa Anna, don Miguel Lerdo de Tejada, formuló una ley de desamortización de bienes de corporaciones. Postuló dicha ley el principio absurdo jamás puesto en práctica en pueblo alguno civilizado, de *que las corporaciones privadas no podrían poseer bienes raíces.* Con esto quedaban destruídas fundaciones privadas, colegios, Universidades, Hospitales. Nada de esto importaba a la furia jacobina atizada desde Nueva Orleans. Se usó la palabra corporaciones para disimular el odio religioso, pero con la certidumbre de que casi todas las corporaciones eran de carácter eclesiástico.

Por virtud de la nueva ley, la mitad de la riqueza del país, que pertenecía a la Iglesia, debía pasar a manos de adjudicatarios que seguirían reconociendo a la Iglesia el monto de los capitales. Se trataba, dice Justo Sierra, de una transferencia de la propiedad, y agrega que el Papado debió aceptarla, en obvio de mayores males. Lo que no advierte es que el principio mismo de la ley era antisocial y desusado. Mientras en México, en nombre del progreso, se obligaba a los Colegios a vender sus bienes raíces, en Texas una ley obsequiaba a las Instituciones de Enseñanza la mitad de las tierras nacionales del Estado. El resultado del contraste es que hoy, casi no existe la Universidad de México; en cambio, hay en Texas una Universidad flamante, cuyas entradas provienen del petróleo hallado en las tierras de manos muertas, de que ningún gobierno puede desposeerla. Pero la gritería jacobina, la literatura de toda una época, estaba entre nosotros empeñada en probar que las tierras de *manos muertas*, las tierras en poder de corporaciones eternas, eran *cosa del pasado y estorbo de la economía.* Pronto habría de verse cómo las tierras arrebatadas a las corporaciones mexicanas, pasaban a manos de adjudicatarios sin experiencia que en seguida las entregaban a agiotistas extranjeros que hoy las usufructúan. Los bienes eclesiásticos convertidos en títulos de crédito, en efec-

to, tendrían que pasar a manos extranjeras, tal como lo tenía previsto el Plan Poinsett.

El episcopado, pues, tuvo razón de oponerse a estas leyes, pero ya era tarde. La ocasión la habían perdido los conservadores bajo el gobierno de Herrera. Si entonces, en vez de jugar al Iturbidismo con Santa Anna, se apoderan, al contrario, de la democracia, influyen en la clase media y ganan la mayoría en los Congresos, la solución de todo este drama nacional hubiera sido muy distinta. Los hombres de que siempre se han rodeado y su manía del caudillaje de la peor índole, tales han sido las causas del fracaso de los conservadores. Y no aprendieron. O quizás era ya demasiado tarde para reflexionar. Todo lo que se les ocurrió fué echar abajo a Comonfort, que se adelantó renunciando. Y en el gobierno quedó otro militar de fortuna, un tal Zuloaga, que había sido el brazo derecho de Comonfort.

Pero la Constitución de Cincuenta y Siete había quedado promulgada y en adelante sería la bandera del liberalismo. La Constitución, en lo político, era un adelanto sobre las anteriores, tenía el defecto del federalismo, que, según el mismo Sierra, ha sido siempre un estorbo, pero garantizaba la propiedad, la vida, el pensamiento de los mexicanos. Tan absurdo es el sistema federativo entre nosotros, que nunca se ha cumplido y el Centro siempre ha gobernado, ya sea con facultades extraordinarias, ya sea mediante simulaciones de autonomía local. Por otro lado, el centralismo es una invitación a la tiranía. De suerte que lo que hace falta es una ley orgánica interior, acomodada a nuestras circunstancias. Y así, por ejemplo, en el momento presente de comunicaciones fáciles y de homogeneidad nacional, no veo otro sistema que el de una República de Municipios. Es decir, supresión de los gobiernos locales, los Gobiernos de los Estados, fortalecimiento de las libertades municipales y creación de un Congreso Nacional y un Ejecutivo, con amplias facultades en lo económico y en lo político y lo internacional.

El golpe de Estado que derrocó a Comonfort y pretendía suspender la observancia de la Constitución liberal, dejó, en realidad, subsistentes dos gobiernos: El espurio que encabezaba Zuloaga, y el que representaba la legalidad acaudillada por don Be-

nito Juárez como Presidente de la Corte y sustituto legal de Comonfort, mientras no se celebrasen elecciones.

Por lo pronto, Juárez se convirtió en un prófugo, mas llevaba consigo una fuerza que siempre menospreciaron los conservadores, pero que es la base de toda organización social civilizada: la fuerza de la legalidad, el principio de que un gobierno que procede de elección no puede ser interrumpido ni sustituído por un gobierno que procede del cuartelazo.

La vieja lucha del sistema de pronunciamiento y el sistema culto de la elección, así sea defectuosa la elección, quedó planteada otra vez. Y uno de los motivos del triunfo liberal debe verse en la habilidad y la fe con que Benito Juárez se abrazó a esa bandera, por entonces desprestigiada: *la bandera de la voluntad nacional expresada en el voto.*

Lástima que con el programa de Juárez estuvieran mezcladas exigencias de orden social y religioso, ajenas a la conveniencia de los mexicanos; de otro modo podríamos hoy elogiar sin reservas, el movimiento liberal que, por primera vez, oponía a los métodos santanistas, iturbidistas del pronunciamiento, los métodos civilizados de la elección popular, como origen de poder.

Lo cierto es que, por el momento, el país no advirtió la cuestión de legalidad gubernamental. Todo el interés de la lucha se concentró en torno al problema religioso, y el exceso del programa liberal determinó que la población entera hiciese causa común con el gobierno espurio. A tal punto que Juárez, después de verse en peligro de muerte en Guadalajara, donde la elocuencia de Prieto lo salvó de la escolta que pretendía asesinarlo, tuvo, sin embargo, que refugiarse en los Estados Unidos.

El héroe militar del nuevo gobierno había sido Miramón. Un nuevo Santa Anna de veinticinco años. Pero superior a Santa Anna en cuanto a que era un general que ganaba batallas. Sus victorias habían deshecho a los liberales. Los pretorianos habían hallado su ídolo. En consecuencia, derrocaron a Zuloaga, proclamando Presidente a Miramón. Este hizo una comedia santanesca; no quería el mando; repuso en el poder a Zuloaga, pero a poco Zuloaga renunció y lo dejó de Presidente. Todo el país apoyó la nueva situación que alejaba el conflicto

religioso. Y el señor Juárez no habría vuelto de su destierro, si no fuese porque el gobierno de Washington estaba decidido a colocar en el gobierno de México a los discípulos de Poinsett. Los diplomáticos europeos apoyaban al gobierno de Miramón, que representaba un nacionalismo en contra de la ambiciosa expansión de la influencia yankee.

Pero Miramón no podía prescindir de los defectos de su origen. Su gobierno fué autocrático. Se le llamaba el joven Macabeo. Y empezó a hacer lo que Iturbide, lo que Santa Anna: desfiles militares, boato y adulación y mal gobierno. Desprecio de las aspiraciones populares, comedia de aristocratismo.

Uno de los secretos del éxito del partido yankizante ha estado en su habilidad para ponerse al frente de las corrientes populares. Sin los yankees, Juárez no hubiera vuelto, como volvió, a establecer su gobierno en Veracruz, pero también sin la farsa y el abuso del miramonismo, el santanismo nuevo, la masa de la nación no se habría afiliado al juarismo. Juárez enraizó en la conciencia popular, no por las leyes de Reforma, sino pese a las leyes de Reforma, y porque en lo político representaba un anhelo acariciado por la nación, desde los días de la Independencia: el anhelo legítimo del gobierno democrático, la supresión de las castas y privilegios, el reconocimiento de la igualdad teórica de los ciudadanos, que ya es algo, aun cuando en el hecho subsistan desigualdades.

Fiel a su tradición guerrera, estilo Santa Anna, el general Miramón inició la campaña contra Juárez, que se hallaba en Veracruz, con banquetes, procesiones, festejos. Cuando llegó a la vista del puerto, se acordó Miramón de que no podía consumar el asalto porque faltaba el convoy de las municiones. Y, sin embargo, era el general más brillante de la época. En venganza de su propio yerro, cuando regresó a México, se dedicó a ordenar fusilamientos de los prisioneros que acababa de hacer Leonardo Márquez en un combate. Fueron éstos los famosos ajusticiados de Tacubaya, que en seguida se convirtieron en mártires del liberalismo. ¡Como si en cada aldea de la República no existiese el recuerdo macabro de estas matanzas de rendidos que son el

testimonio renovado de la barbarie de una milicia inepta frente al extranjero, sanguinaria y brutal en la guerra civil!

Los ejércitos de Miramón dominaban el país, con excepción de Sinaloa y Sonora y partes de Nuevo León, Durango y el puerto de Veracruz.

Importante fué en este momento, dice don Justo Sierra el reconocimiento que el gobierno de Washington hizo del de Veracruz, y que, "aunque no inesperado, produjo una suerte de estupor entre los conservadores". No habla don Justo Sierra de que tal reconocimiento haya causado bochorno a los liberales. Lo cierto es que pronto se vió el precio que habían pagado. Apenas hecho público el apoyo de Washington, Juárez lanzó las famosas Leyes de Reforma, que eran confirmación y ampliación de las que se habían dictado bajo Comonfort.

Al publicarse estas leyes, Miramón tuvo un instante de visión clara. Advirtió en un manifiesto del año 59, que sería preciso respetar los intereses creados por las leyes de desamortización de Miguel Lerdo. Esto enojó al clero que exigía la total derogación, lo que ya era imposible además de impolítico. Miramón, debilitado por estas diferencias entre los suyos, continuó haciendo frente a la borrasca.

En las leyes de Juárez ya no se hablaba de transferencia de propiedad, sino de confiscación y nacionalización de los bienes del clero, a pretexto del apoyo que estaba dando al régimen usurpador de Miramón. Aparte de la nacionalización de los bienes eclesiásticos, se suprimían las Ordenes Monásticas en lo absoluto, disparate éste contra la civilización, y se creaba el Registro Civil, lo que estaba bien para los no católicos y debió hacerse, pero en forma que conciliara el nuevo método con el antiguo y no en forma bárbara de desconocimiento de los matrimonios y los registros bautismales católicos.

Comentando don Justo Sierra tan trascendentales e injustas medidas, como hijo de su tiempo, en vez de juzgar, se sale por la tangente de la literatura ramplona de la época y dice que "los liberales representaban la luz y los conservadores la sombra. Unos el día y otros la noche". ¿Por qué? ¿Es día el ateísmo? ¿Es noche la fe? ¿En dónde tiene sus orígenes y su fuerza

la civilización contemporánea, en la negación atea de los estoicos o en la luz y videncia del cristianismo?

Y, ¿se puede calificar de aurora, la consumación del Plan Poinsett que Juárez llevaba a término? ¿Y era acaso sombra, exigir la formación de un Estado mexicano, con organización política acomodada al medio?

En todo caso, ¿quién era más sombrío, Alamán españolista o Juárez que no pudiendo ser indigenista por que no existe lo indio, tuvo que convertirse en testaferro de protestantes y masones yankees?

Para contestarse estas preguntas se han estado saliendo hacia las metáforas insulsas, la mayor parte de los pseudohistoriadores partidistas, que convierten la Historia en cómplice de iniquidades.

Lo cierto es que luz no había ni de parte de los conservadores, que sólo pensaban en entregar el gobierno a otro, ya sea a un Santa Anna; ya sea a un príncipe espurio, ni de parte de los liberales, que no osaban pensar, sin poner el oído en dirección de Washington.

Pero, ¿qué era más vil: pedir apoyo a las tropas que nos habían humillado en Texas y desmembrado en el cuarenta y siete, o recurrir a España, nuestra madre, o a Francia, nuestra maestra, y que no tenían, ni una ni otra, ambición territorial sobre nuestro país?

Respondan las generaciones nuevas si es que aciertan a sacudirse la herencia de mentiras en que se nos ha criado, el complejo de bastardía que deshonra el carácter, aun de los hombres más fuertes de estas épocas de general ignominia.

En el ambiente nacional confuso, los liberales tenían un arma terrible que la previsión de poinsetismo había puesto por fin, en sus manos. Llevar adelante las leyes de confiscación del clero, representaba un botín fabuloso, repartido entre denunciantes y espías y mercaderes de todo género. Era como un llamado al saqueo nacional. Y, en el fondo, el mismo grito de guerra que brotó al lado de Morelos y de Hidalgo: la confiscación; siempre la confiscación, primero de los españoles, después de la Iglesia y más tarde, bajo la revolución carrancista, la con-

fiscación de los criollos; siempre el atropello y la lucha de clases, el desgarramiento nacional, ¿en beneficio de quién? "De una economía nueva", proclaman los malvados.

Pero allí está el resultado elocuente. El beneficio lo han recogido, en cada crisis, los extranjeros. Y por haber ligado siempre su patriotismo, a alguna de las formas del odio interno, los mexicanos nos hemos ido quedando de parias en nuestra patria, de fellahs que cambian de amo, según se consuma en el exterior la rotación de los imperios. Antes de España dependíamos, pero podíamos ser españoles; hoy dependemos de los Estados Unidos. Y ni los texanos han podido llegar a la categoría plena del "american citizen".

Al principio, las leyes de Juárez cayeron en el vacío porque Miramón se atrajo a jefes liberales como Vidaurri, que dominaba en el Norte y derrotó a los otros. Pero Juárez en Veracruz, no estaba solo. Su Metrópoli estaba en Washington y hasta allí fué a dar un obsequio que los juaristas ofrecían a la gran República del Norte, a cambio de su apoyo, cada vez más urgente. Consta este obsequio en el Tratado Mac Lane Ocampo que, dice el mismo Justo Sierra, apologista de la Reforma, "otorgaba franquicias sobre el Istmo de Tehuantepec y parte de la frontera, que equivalían a un condominio", sacrificaban la soberanía nacional. Y concluye diciendo que "Juárez y Ocampo se hallaban alucinados" al dictar este documento.

Que las nuevas generaciones consulten el Diccionario de la Lengua y cotejen la definición de alucinado con la de traidor, y resuelvan cuál es la que conviene en el caso. Yo, por mi parte, creo que no puede comenzar a existir la patria, mientras sigan circulando sin repudio tantos juicios afeminados cuando no perversos, sobre sucesos capitales de nuestra historia tergiversada.

El premio por las ofertas del tratado Mac Lane-Ocampo no se hizo esperar. En febrero de 1860 se acercó Miramón a Veracruz para batir al gobierno juarista. El ataque debía ser secundado por una pequeña escuadra de buques con bandera mexicana, habilitados en La Habana. Una fragata yankee que protegía a Juárez, capturó los barcos mexicanos y Miramón tuvo que reti-

rarse. Washington había enseñado otra vez la mano. El gobierno de Juárez era su gobierno y lo amparaban las barras y las estrellas.

Por el Norte también, con ayuda yankee, empezaron a surgir ejércitos liberales. En el Bajío sufrió un primer descalabro Miramón. Guadalajara cayó en poder del juarismo. Haciendo leva general y fatigando a la población con empréstitos, levantó Miramón otro ejército que fué derrotado por González Ortega en Calpulalpam, el 22 de diciembre de 1860.

La capital quedó a merced de los liberales. La ocupó Juárez con su gabinete. ¡El poinsetismo había triunfado!

Pero don Justo Sierra dice: "Habían triunfado ideales nuevos: la Libertad, la Igualdad, la Solidaridad". Todas estas son palabras; el hecho es que el protectorado yankee en lo moral y en lo económico quedaba consolidado. Y el Plan Poinsett entró en obra.

El primer acto de Ocampo, el Ministro de Relaciones de Juárez, fué darle sus pasaportes al Ministro español Pacheco. El divorcio con España y con Europa se ahondaba. La figura central de México era Juárez, una especie de ídolo aborigen que encarnaba, por fin, hacia la realidad, el sueño de Poinsett, cuando puso el retrato de Moctezuma en la cabecera del salón de sus primeras recepciones, en la capital de México recién emancipado. Revivía lo indio, pero a la sombra del bastardaje yankee. La camarilla de los intelectuales juaristas: Ocampo, Lerdo, Ignacio Ramírez, se dedicaría en lo de adelante a predicar la desespañolización. ¡España tenía la culpa de todos nuestros males! Y se buscaba en el brazo Ignacio Ramírez la vena por donde le corriera sangre española para extirparla. ¡No era mucha por cierto, pues parece que más bien era negroide!

El Ministro español Pacheco, cuyo único delito era haber pretendido intervenir entre los bandos que destrozaban la patria, se retiró diciendo: "México necesita la intervención europea que le imponga la libertad y el orden, sin lo cual no tendría fin su vergonzosa historia, escándalo y baldón de la humanidad civilizada". No lo ha tenido hasta la fecha. Pero lo que no advirtió Pacheco es que la intervencion estaba ya consumada. Los hom-

bres de Juárez traían la intervención yankee en la conciencia mediatizada, encartada de texanidad. Se consumó, pues, una intervención que no ha bastado a suprimir el escándalo y la vergüenza; al contrario, los ha aumentado.

Se consumó el saqueo general de Iglesias y Conventos. Fueron vejadas y expulsadas las monjas; desaparecieron Bibliotecas y Archivos; la obra civilizadora de la Colonia quedó deshecha. En la destrucción general implacable, quedaron abolidas infinidad de instituciones que por entonces sostenía la Iglesia y que todavía no han sido reemplazadas.

Los capitales de la Iglesia, según estadística del Dr. Mora copiada por el Padre Cuevas, montaban a 179 millones de pesos. Todo este dinero disperso fué a parar a manos de denunciantes mexicanos y a la postre de agiotistas extranjeros. El Padre Cuevas estima que, en realidad, las propiedades del clero valían cuarenta y cuatro millones de pesos. El hecho es que las tierras del clero sostenían curas y, si se quiere, sobrinas de curas, pero unos y otros eran mexicanos. Por virtud de la amortización esas tierras entraron a producir en beneficio de los tenedores extranjeros de nuestra propiedad raíz. Y quedaron sin servicio, tuvieron que cerrar: los Hospitales de Caridad de México, Michoacán, Guadalajara, Monterrey y Chiapas, que atendían a más de siete mil personas de ambos sexos, anualmente.

Se cerraron también infinidad de Colegios y Bibliotecas públicas. Se quedaron sin asiento y sin bienes los seminarios católicos que pronto empezaron a ser reemplazados con seminarios protestantes.

Todo se vendió, dice Sierra, dando ciento por cinco. Era lo que había previsto el Plan Poinsett: el remate de la más gruesa porción de nuestra propiedad territorial, en beneficio de la Banca judía internacional.

Consolidado el liberalismo por las victorias obtenidas con ayuda yankee. Juárez fué electo Presidente con "facultades extraordinarias . La guerra civil continuaba sin embargo. En emboscadas oscuras perecieron Degollado, Ocampo y Leandro Valle. Murió Miguel Lerdo de Tejada.

En el exterior, la situación presentó un momento de esperanza. Europa no se resignaba a ver que los Estados Unidos impusieran dominio absoluto sobre México y sobre todo el Continente.

La expulsión del Ministro español, el robo de los fondos de la deuda inglesa y los sueños imperialistas de Francia, determinaron una coalición. España, Inglaterra y Francia mandaron buques a Veracruz. Los ingleses y los españoles no traían programa alguno y se limitaban a reclamar dineros. Pero Napoleón Tercero concibió el sueño magnífico de tomar a México como apoyo de una resurrección latina en el mundo. Era el momento de reivindicar para la Nueva España su posición central en el continente, y para Francia de hacer el papel de la España de Felipe Segundo, el papel de cabeza de la civilización latina. El Imperio de los anglosajones habría quedado quebrantado para siempre, si en México, en vez de la bastardía de los liberales y de la estulticia de los conservadores, se hubiera tomado apoyo francés para constituir un gobierno nacionalista que, acaso, habría logrado la reconquista de Texas y California.

La Emperatriz Eugenia, la mujer más bella de Europa, se dejaba llamar descendiente de Moctezuma. Los emigrados mexicanos, víctimas de las logias sajonizantes, hallaban simpatía en el corazón de aquella reina poetisa. Y no les ocurrió nada mejor que escoger a un príncipe de la casa de Austria, al Archiduque Maximiliano para el trono de México.

"Hermosa flor de Habsburgo —dice de él D'Annunzio—, caída en tierra bárbara". El banquero Jecker, tenedor de créditos contra México, fué el agente financiero de la empresa. Era el año de 1861 y los Estados Unidos se hallaban distraídos con la guerra de secesión. Guerra que, según dijo el gran soldado religioso que fué Ulises Grant, veterano de la campaña de México, "fué un castigo impuesto a la Unión, por la Providencia, por el crimen de la guerra contra México". ¿Qué mejor oportunidad para detener el movimiento de la expansión yankee sobre toda la América española?

Los patriotas mexicanos, asqueados de la intervención yankee acuadillada por Juárez, decidieron ligarse con Europa a fin

de salvar algo que vale más que el territorio: el alma de la patria bastardeada por el juarismo; la cultura nacional latina, amenazada, la religión tradicional y el idioma y el arte. Acaso el mayor error de todos estos hombres de buena fe, consistió en reincidir en la obsesión iturbidista monárquica. Si en vez de Rey extranjero hubiesen creado un caudillo civil con un Gutiérrez de Estrada, un Almonte, un Aguilar y Marocho, es decir, un Juárez nacionalista, en vez del Juárez protestantizante del otro bando, la situación tal vez hubiera cambiado. Lo que en México faltaba era una aristocracia cívica, y con todos sus defectos, los liberales la estaban formando.

Pero los conservadores son de aquella casta que tiene ojos y no ve. Se decidieron por Maximiliano que, si era muy superior a Iturbide no por eso dejaba de representar un elemento espurio por extranjero, y un tipo militar de gobierno, una imposición de la fuerza, y no una creación de la voluntad del país.

El primer intento para implantar el régimen europeo, lo echó abajo el general español Prim, hombre influenciado por el anglosajonismo; se puso del lado de los liberales en las discusiones del tratado de Soledad, y la escuadra española se retiró junto con la inglesa. En Prim se vió, comenta don Justo Sierra, una España Nueva, la España del porvenir. Sí, añadimos nosotros, la España bastarda de los primeros años de la República actual que con Azaña, con De los Ríos, pretendió destrozar a la Madre Patria con los métodos de Juárez y de Calles en México. España mediatizada por el anglosajonismo que por un momento pareció un México *au rebours* inflamada en 1931 por el jacobinismo de nuestros años del sesenta.

Las fuerzas francesas que habían avanzado hasta Orizaba, se dispusieron a ocupar todo el país bajo la responsabilidad de Almonte, el hijo de Morelos que se hacía llamar "Jefe Supremo de la Nación" y preparaba el terreno para Maximiliano. Esta Jefatura no gustó a Zuloaga que andaba de guerrillero y se hacía llamar Presidente conservador.

En Puebla esperó a los franceses el general liberal D. Ignacio Zaragoza. Los asaltantes, fiados en la facilidad con que habían avanzado desde la costa, atacaron en muy escaso número y

fueron rechazados el cinco de mayo de 1862. La batalla resultó trascendente porque contuvo el avance francés hasta la llegada de los refuerzos europeos. Se entusiasma don Justo Sierra por el triunfo del 5 de Mayo, no obstante que reconoce que, como batalla, no lo es ni de segunda categoría. Peritos militares imparciales han explicado cómo la victoria fué de Lorencez, ya que Zaragoza pudo hacerlo pedazos si sale de sus parapetos y lo ataca durante la retirada. Pero lo grave para la seriedad de nuestro patriotismo está en la exageración que falsea la verdad, a fin de convertir en hechos marciales gloriosos, sucesos que, en buena táctica militar, no merecen sino censuras. Con lo que se sienta un precedente desastroso para la conducta de nuestro ejército y se nos pone en ridículo ante la opinión extranjera. Además, si se observa con una poca de atención, se advierte que, la selección de los hechos que dan lugar a la mayor parte de nuestras fiestas patrias, es también obra de la sutil propaganda poinsetista que inicia nuestra epopeya nacional con Hidalgo y Morelos, que mataban españoles, y la continúa con Zaragoza que mató franceses, es decir, latinos. En cambio, nunca menciona los pocos hechos de armas verdaderamente gloriosos del continente, que son aquellos en que la sangre hispanoindígena se ha derramado para defender la herencia del Imperio español americano, en contra del anglosajonismo desbordado.

En todo caso, conviene observar que así fuese una gran proeza militar, la del Cinco de Mayo, no vale su continuada rememoración del disgusto que puede causar, no a Francia, que no se ocupa de tales minucias, pero sí a nuestros amigos y hermanos latinos de la Colonia francesa de México: Colonia que ha hecho más por la cultura de nuestra patria que todos los poinsetistas con sus "misiones" y sus prédicas y que todos los oradores de Cinco de Mayo y Dos de Abril, en su enfática patriotería.

Es triste que todos los fastos nacionales resulten episodios del programa poinsetista. Y sería ya tiempo de crear un nuevo calendario cívico en que hallasen sitio las hazañas fecundas para un nacionalismo de tradición latina, en vez de las efemérides de la lenta, implacable y tortuosa conquista nueva.

Pues al perder los franceses en Puebla, no ganamos nada nosotros, ganó un punto el Plan de hegemonía de Norteamérica. Sierra afirma que el 5 de Mayo defendió Zaragoza "la integridad de la patria mexicana". Lo cierto es que los franceses no querían desintegrarnos sino integrarnos en nacionalidad vigorosa. En cambio, Zaragoza contribuyó indirectamente a la integridad de la Federación Norteamericana. ¡Con razón se le alaba en Texas! Reconoce don Justo Sierra que si Maximiliano se adelanta un año, lo que hubiera podido hacer sin el tropiezo de Puebla, el Imperio hubiera llegado a tiempo para celebrar alianza con Lee, el general suriano de los Estados Unidos; en cuyo caso la secesión yankee hubiera sido un hecho. Pero no llega a afirmar don Justo lo que debiera ver un niño criado en territorio mexicano, y es que la secesión convenía a México, convenía al continente latino. Sin el triunfo de los Unionistas no hubiera retornado Juárez, pero tampoco habría triunfado en el Nuevo Mundo el Monroísmo.

Formalizada la invasión francesa por la ruptura de las negociaciones de Soledad y el retorno de Prim a España, los franceses avanzaron desde Orizaba, otra vez sobre Puebla, que resistió dos meses, y en seguida sobre la capital. Engrosadas sus filas por un sinnúmero de voluntarios mexicanos, Forey explicaba su misión "como un medio de poner un hasta aquí a la influencia de los Estados Unidos en el continente". ¿Es ésta la causa de que Sierra lo llame: "hombre imbécil, candoroso y decorativo"? Desde el principio, los franceses se comprometían a respetar los derechos de los que hubieran adquirido bienes nacionales. Era ésta una medida elemental de político que sabe no se puede volver sobre los hechos consumados; pero la parte más obstinada del clero y los conservadores rancios, quedáronse sorprendidos de que los que aparecían como un sostén, se convirtiesen indirectamente en aliados de la Reforma. ¡Por no saber perder una parte, se habían de quedar sin el todo!

Con más de treinta mil hombres penetró Forey a la capital, donde fué recibido, según Sierra, "al son de alegres y sonoras fanfarrias, precedido por el fúnebre ejército de Márquez, en junio de 1863". *"Los balcones veían también, callados casi todos,*

aunque en su mayor parte engalanados por orden superior". He querido copiar textualmente esta frase de Sierra, el máximo apologista de la Reforma, según el cual "los balcones veían también, callados casi todos". Yo no sé si los balcones ven, pero puedo afirmar que ni los liberales ni don Justo vieron. No vieron la oportunidad que se perdía de crear un gobierno nacional independiente de Washington.

La cuestión de principios en lo fundamental, la resolvía Forey, pues reafirmaba la libertad de cultos, conservando a la Iglesia católica su carácter de religión del Estado, que es lo que debiera ser.

Una junta de Regencia compuesta de Almonte, Salas, Labastida y Aguilar y Marocho, tomó el poder en tanto llegaba Maximiliano.

Los años de 63 y 64 vieron desarrollarse la campaña militar que aniquiló a los liberales. Juárez se convirtió en Presidente trashumante. Sus generales fueron destrozados o se pasaron al imperio, como Vidaurri.

EL IMPERIO

Los grupos liberales quedaron reducidos a la guerrilla y ya nadie se acordaba de Juárez a principios del año 64. De suerte que Maximiliano, al desembarcar, pudo creer en la sinceridad de los pliegos que se le entregaron en testimonio del resultado casi unánime del plebiscito que lo ratificaba Emperador de los mexicanos. El 12 de junio de 1864 entró Maximiliano a la capital en medio de los grandes festejos de un público acostumbrado a aplaudir el éxito sin importarle sus máscaras. La primera medida de Maximiliano fué juiciosa. En vez de entregarse, en cuerpo y alma, a los conservadores, ratificó las medidas liberales de Forey y se rodeó de un Consejo de hombres jóvenes y moderados. Su intención era gobernar según el sistema civilizado que reconoce y concilia el interés de los partidos más opuestos. Con alteza de miras, el mismo Maximiliano comprendía que no iba precisamente a fundar una dinastía, exótica en América, sino a servir de puente para la creación de un gobierno nacional, independiente del anglosajonismo, gobierno que hubiera revertido a la República al desaparecer Maximiliano. Y el mismo Maximiliano, príncipe ilustrado y moderado, llamaba a su gobierno una Monarquía democrática. El año de 1865 vió consolidado el Imperio.

Pero ese mismo año terminó la guerra de secesión en Norteamérica, con el triunfo de los Unionistas. Lo primero que hicieron fué resucitar la Doctrina Monroe, acompañada de la amenaza de Grant de invadir a México en defensa de las instituciones republicanas. Al mismo tiempo, Juárez, que había sido lanzado hasta la frontera del Norte, comenzó a recibir auxilios de armas, dinero y hombres, Por toda la frontera el contrabando bélico y la actividad de los agentes de la Unión, hizo brotar ejércitos liberales. Napoleón, alarmado por la amenaza prusiana, no se sintió capaz de declarar la guerra a los Estados

Unidos y tuvo que ceder a la presión diplomática. Ordenó el retiro de las fuerzas francesas y aconsejó a Maximiliano que abdicara. Lo conminó a que abandonase el país, junto con las tropas francesas que lo habían ayudado a instalarse en el gobierno.

Y consumó entonces Maximiliano la acción más abnegada de su vida. Consideró quizás que no era caballeresco abandonar a sus partidarios mexicanos, y decidió quedarse en el país, sin otro amparo que el de los imperialistas nativos.

El año de 1866 vió crecer la revolución por el Norte. Era la contraintervención invencible que encabezaba Juárez, municionado, aleccionado, por los Estados Unidos. El indio iba a ser, por fin, la cuña que desintegrara en pedazos la profunda y dolorosa pero creadora labor de la Colonia. La sociedad mexicana se disolvería en beneficio de los compatriotas de Poinsett.

Los generales de la reacción, Miramón, Márquez y Mejía, rodearon al Emperador y afrontaron al enemigo, multiplicado por esa vil tendencia de las masas que se cargan al éxito. Pronto Maximiliano y su plana mayor quedaron cercados en Querétaro. En los combates que determinaron la rendición, la *artillería norteamericana manejada por oficiales de Norteamérica, desempeñó el papel decisivo.* Los imperialistas se habían quedado sin el amparo de las tropas francesas, pero los liberales contaban por arsenal, con todos los recursos del país del Norte.

El 15 de mayo del 67 se rindieron Maximiliano, Miramón y Mejía. Miramón era un ambicioso que de haber podido suplantar al Emperador lo hubiera hecho. Pero Mejía, otro indio como Juárez, pero indio católico, indio representativo de la obra constructora de la Colonia, indio mexicano que no quería ver a su patria dominada por conquistadores nuevos de lengua distinta y de civilización diferente a la ya adoptada por la masa indígena, dió el ejemplo de la abnegación y la lealtad en el infortunio.

Después de un juicio que fué una farsa, Maximiliano, Miramón y Mejía fueron fusilados con menosprecio de la opinión más generosa del país y de la Europa liberal, que aconsejaba el indulto.

Ante una conciencia noble, bastaba el hecho de que Maximiliano se hubiese rehusado a largarse con las tropas francesas, hubiese decidido jugarse la vida con sus amigos mexicanos, para que su persona fuese sagrada, en manos del vencedor.

¡Su fusilamiento inútil es una de las manchas de nuestra historia!

Ya sé que recientemente, en Austria, la patria del infortunado caballero Maximiliano, se estrenó con éxito de prensa, un dramón en que se justifica la resolución de Juárez y se denigra a Maximiliano. El autor de este drama es un judío de la misma casta de los que incitaron a Juárez a derramar sangre cristiana. Los enemigos de todos los valores de nuestra civilización eran y siguen siendo poderosos. Y ellos dominaron el Austria de los días que siguieron al desastre de la Gran Guerra. Pero, la opinión del corazón es muy distinta. Y yo sé que en México no habrá patria, mientras los niños de las escuelas no aprendan a derramar una lágrima de gratitud por el hombre que dejó en Europa el lujo y la gloria, para venir a la América a morir en defensa de la cultura latina amenazada.

El mismo Juárez vaciló. ¿Acaso no era, él también, un indio enamorado de la tradición española a la que fué, a pesar suyo, fiel, cuando a las hijas las casó, no con yankees, sino con españoles?

Desgraciadamente, el hombre no era dueño de sus actos. Sus compromisos estaban por encima de su albedrío.

Triunfaron con Juárez los yankees, y es el momento de decir unas palabras aclaratorias. Ya sé que no van a faltar malvados que atribuyan a mala pasión y a odio, todo este mi señalar los hilos de acero del plan inteligente que los Estados Unidos desarrollan desde hace más de un siglo para consumar su hegemonía en el Nuevo Mundo. En primer lugar, confieso que todo este plan me parece admirable. Y sólo lamento que seamos nosotros sus víctimas. En segundo lugar, reconozco que en los conflictos de las naciones vence casi siempre el mejor, o como dicen los sajones: "Let the best man win". Sí, el hombre mejor gana. Entre un Taylor y un Santa Anna, ni por un momento vacilo; execro a Santa Anna y admiro a Taylor. Lo ad-

miro conquistando a México con veinticinco mil hombres, casi tanto como admiro a Hernán Cortés que lo conquistó con novecientos. Pero al mismo tiempo, creo que toda conquista daña a conquistados y conquistadores. A los conquistados porque los envilece y, a los conquistadores, porque desarrolla en ellos el militarismo que, a la postre, corrompe a las mejores naciones. Hay, por supuesto, casos de excepción como el de Cortés. Era tan grande la diferencia de cultura entre españoles y aborígenes, que pese a su dolor, fue la conquista española el único medio de redimir una porción, por lo menos de la raza indígena. Pero una vez consumada la europeización, la cristianización de los tres siglos de la Colonia, ya no debemos conformarnos con ser material de conquistas nuevas; debemos exigir de nosotros mismos el carácter y la virtud necesarios para asegurarnos la autonomía. De nosotros mismos ha de salir la fuerza creadora y no del exterior porque ya lo vemos en el caso de Texas, de nada sirvió a los mexicanos de esa región cambiar de amos; están peor hoy, porque están deshechos en el alma y proletarizados en lo social. No es, pues, odio al yankee lo que predico, sino odio a nuestras propias faltas, errores y miserias.

El yankee ha hecho bien al tratar de extender su imperio. Es ley ineludible de la historia y ventaja humana que la raza más virtuosa sea la que predomine. Y esto hay que reconocerlo por encima de las patrañas del derecho internacional teórico. La civilización se extinguiría en el mundo si a título de soberanías locales intangibles se perpetuasen estados sociales, como el de México bajo Santa Anna, o bajo Calles, o como la Venezuela de Gómez. Hay un derecho de humanidad que está por encima de los abusos de la barbarie, y éste hace que cada vez que baja el nivel de un pueblo, por debajo de la animalidad que, al fin es inocente, cada vez que se incurre en el canibalismo de los fusilamientos periódicos, el atropello como sistema, la maldad como norma, cada vez que esto ocurre, una suerte de derecho divino se impone y la conquista extranjera limpia a sangre y fuego la sociedad corrompida. Así ocurre cada vez que, en cualquier región de la tierra, se reproduce el caso de Sodoma y Gomorra o el caso de la Babilonia poderosa pero envilecida.

No es entonces propósito de fomentar el odio lo que me hace desnudar nuestra historia de los trapos sucios que ocultan sus llagas. Tampoco abrigo rencores contra el protestante. Ha habido largas épocas en que el puritano, el cuáquero, han estado más cerca del Dios verdadero que los que entre nosotros se decían católicos. Pero esta no es una razón para que nosotros nos hagamos puritanos o cuáqueros. Lo que procede es que exijamos la purificación de nuestro catolicismo nacional. Por necesidad propia, y también como un medio de fortalecer la Iglesia Católica universal, que el día en que la vuelvan a presidir santos, será de nuevo centro y cabeza de la cristiandad unificada.

Urge, pues, que el niño y el joven interpreten bien la intención de estas páginas que no es la de incubar, avivar resentimientos. Lo que ambiciono es contribuir a que la verdad desbarate todas las patrañas, destruya la hipocresía, a efecto de que pueda surgir esa fuerza interior colectiva que levanta a los pueblos, libres de odios por el pasado, pero decididos a corregir los yerros de la herencia y del presente para crearse un porvenir digno y relativamente dichoso.

Nada de esto puede nacer de la mentira; tampoco podría surgir de sedimentos de odio. Abstengámonos, pues, de odiar a Poinsett; bástenos con renegar de nuestros propios políticos mediocres y malvados que le sirvieron de instrumento. Contentémonos, en todo caso, con que se llegue a poner un hasta aquí a las intervenciones que, después de Juárez, se han hecho ya un hábito, y que sólo han servido para ir agravando cada vez más nuestra condición de pueblo embrutecido, que se regocija de una supeditación que ha llegado a imaginar irremediable. Lo que desearía es llevar al ánimo del lector la convicción de que no hallará remedio a sus males nuestro pobre pueblo torturado, mientras no comience a revisar sus mitos y a crearse un desarrollo propio que pueda ser mañana tema de epopeya, ejemplo de gloria humana auténtica y limpia. El primer paso en este camino de esfuerzo y de esperanza es, entonces, la sinceridad que no acepta la falsificación del honor y de la gloria y por lo mismo, no acata la idolatría de personajes que por la intriga, la ignorancia, la mentira o la simple ausencia de valores puros, han ido tomando sitio en el santoral de nuestros fastos patrios.

LA REFORMA

La revolución llamada de la Reforma se inicia en 1º de marzo de 1854 con la proclamación del Plan de Ayutla que desconocía a Santa Anna, creaba gobierno provisional y convocaba una Asamblea Constituyente. El procedimiento era, desde luego el indicado para sacar a la patria de su angustia.

Veamos, sin embargo, qué es lo que estaba detrás de tan buenos propósitos aparentes y quiénes eran los hombres que los sustentaban.

Para investigar los orígenes tenemos que remontarnos al Plan Poinsett, uno de cuyos capítulos, la adquisición de Texas, Nuevo México, California, estaba ya consumado. Y quedaba pendiente otro: la destrucción de la Iglesia católica mexicana en beneficio del protestantismo norteamericano, o, como lo dicen los escritores de Estados Unidos, la extensión de la obra de la Reforma protestante europea, en territorios latinos dominados por el catolicismo. Lo que llamamos nosotros la Reforma no es por lo mismo, otra cosa que un episodio de la guerra religiosa europea de protestantes y católicos, guerra exótica en nuestro medio y que sólo fué posible porque previamente nos habíamos convertido en protectorado.

Los iniciadores del movimiento se abstuvieron de darle el carácter franco de una guerra de protestantes contra católicos. El laicismo liberal fué la máscara. El propósito fundamental, la destrucción de la Iglesia Católica y de paso, la liquidación de las familias ricas herederas de la Colonia en beneficio de la casta extranjera que se iba apoderando de las minas, el comercio, las tierras de los mexicanos.

Los conservadores de México que en vez de tomar el poder lo andan siempre ofreciendo a algún caudillo así sea extranjero, se quedaron desconcertados al ver que Taylor no aceptaba el Virreinato que le ofrecieron. No sospecharon que los del Norte, una vez tomado el territorio que necesitaban, no querían la responsabilidad de gobernarnos. Por eso, en lugar de Taylor, nos dejaron a los reformistas criollos que sin saber una letra de Calvino, llevarían adelante la ofensiva encaminada a destruir la única institución mexicana que había sobrevivido a las tempestades: la Iglesia Católica. La única institución que pudo amparar a nuestros connacionales de Texas y California que habían quedado a merced del vencedor.

Para oscurecer toda idea de patriotismo era preciso crear una ideología confusa, como la de Zavala, como la de Gómez Farías. Para estos dos hombres, la suerte de los mexicanos de Texas y de California no era como fué, la esclavitud económica en que hoy todavía vegetan, sino la adquisición de la libertad.

En cada liberal mexicano había también confusa la idea de que toda extensión de influencia yankee era un aumento de progreso y de bienaventuranza. Sin masa encefálica para entender cosa alguna profunda, no veían lo elemental, que perdíamos el dominio de la riqueza dentro de nuestro propio territorio y nos proletarizábamos. La Iglesia era dueña de más de la mitad de las tierras; el Plan Poinsett exigía el apoderamiento de las tierras mexicanas en beneficio del extranjero. La Iglesia resultaba obstáculo no sólo moral, también material.

De aquí el odio inspirado a los discípulos predilectos, a Zavala y a Gómez Farías, contra la Iglesia mexicana. Zavala se quedó con los texanos, que apenas lo usaron, le dieron un puntapié. Desgracia grande fué que Gómez Farías no se quedara también del otro lado. Pero no se manejaban por su cuenta nuestros patricios de la libertad; los manejaban. Y a Gómez Farías le tocó en comisión, trabajar de este lado. Y trabajó sin descanso.

En 1834 lo hallamos en Nueva Orleans, en comunicación con Zavala y presentándose después a una Junta en la cual, con su carácter de Vicepresidente expulsado de México, autorizó las

determinaciones de la masonería internacional respecto a México. A propósito de esta Junta, dice el Padre Cuevas en el quinto tomo de su Historia de la Iglesia Mexicana: "Nuestro Ministro en Londres, Don Miguel Santa María, masón y tragacuras, pero patriota, escribió a Santa Anna: "Es inconcebible cómo el espíritu de partido puede desnaturalizar a los hombres hasta el punto de promover la desmembración del territorio nacional". Se tramaba, en efecto, en esas juntas, la segregación de Texas entusiastamente apoyada por Zavala y, a la vez, se determinaban los lineamientos del plan de acción dentro de la República. Decidía este plan, aprobado el 4 de septiembre de 1835, dar libertad verdadera a los Estados Unidos Mexicanos. Y al efecto, "se lucharía por la reconquista del sistema federal de gobierno, estableciéndose desde luego una Junta de Gobierno integrada por Zavala, Mejía y Gómez Farías; los tres se hallaban en Nueva Orleans. Gómez Farías fungía como Presidente, Mejía como jefe del nuevo ejército y Zavala como jefe de Texas. Gómez Farías se comprometía a hacer que "salgan de la República todos los obispos y personas eclesiásticas que se opusieron a las Reformas; que se supriman todos los conventos y se secularicen sus bienes; que se repartan con igualdad todas las tierras y fincas rústicas y urbanas, sea cualquiera el título con que se posean, quedando a los propietarios un tercio y distribuyéndose el resto entre los pobres, prefiriéndose en la distribución a los miembros del nuevo ejército, y que se establezca unión y alianza estrecha en los Estados Unidos".

Hace notar el padre Cuevas la animosidad que en aquel instante había en los Estados Unidos contra el clero católico. Observaremos nosotros que la cláusula sobre reparto de tierras era ya un viejo tema que desde las proclamas de Morelos aparece en nuestra política. Y se explica. Para apoderarse de las tierras de un país en disolución, al cual no se quiere conquistar por la fuerza, no hay mejor recurso que incitar a los de abajo contra los de arriba. Los de abajo no logran hacerse propietarios sino temporalmente y las tierras a la postre pasan a poder de los extranjeros que están libres de las venganzas y los ataques de la política interior.

Los comprobantes de esta transacción que el padre Cuevas discute ampliamente, fueron publicados en México en "El Mosquito Mexicano", Tomo II, Núm. 92. Nosotros los damos en extracto tan sólo para mostrar el hilo del plan Poinsett cuyo texto se ha ido consumando de modo inflexible a través de distintas revoluciones. La que encabezó Mejía fracasó, pero los hombres del Plan de Ayutla, quizás sin saber lo que hacían, resultaron los encargados de llevar adelante, la primera parte del programa, la destrucción de la Iglesia como poder económico. Más tarde, las concesiones de tierras de Porfirio Díaz y los disparates de la revolución contemporánea, acabarían de consumar la pérdida de nuestras propiedades rurales en beneficio de los propietarios de los Estados Unidos.

¿Quién era Gómez Farías? Como ejemplo de la confusión mental, de la ignorancia de estos hombres de la Reforma, conviene citar un párrafo que el padre Cuevas copia de su historia: "Gómez Farías, que se había comprometido a destruir la Iglesia, no era un libre-pensador, como se decía entonces; era o se creía católico y, así, al embarcarse para Veracruz, después de fracasada la primera conspiración liberal de Nueva Orleans, manda decir siete misas: la primera el día de su embarque, etc., etc., por los innumerables beneficios que el Señor nos ha dispensado". En 1841 aparece Gómez Farías en Mérida, ayudando a la rebelión separatista y entregando a los rebeldes armas y elementos procedentes de los Estados Unidos. Poco después hallamos a Gómez Farías ayudando a gobiernos conservadores como el de Paredes y Arrillaga. En 1855, Gómez Farías actúa de propagandista de la Revolución de Ayutla y consejero de sus hombres. Había llegado su hora. El fué el inspirador del programa de Ayutla.

Ni por un momento me propongo negar que, dada la situación del país bajo la última resurrección de Santa Anna, lo que procedía era un levantamiento general, nuevos hombres, nuevos métodos. Y un Congreso Constituyente como base del futuro. En oponerse a esta necesidad nacional estuvo el error de los conservadores. Y de ese error procede también por reacción y por

exigencias del extranjero, el que la guerra se convirtiese en lucha religiosa, cuando debió ser un gran movimiento de unión de los mexicanos honrados de todos los bandos, en contra de la inmoralidad, la ignorancia, la falta de patriotismo de las últimas décadas de la vida nacional.

Ampliamente conocidos son los cargos que se formulaban contra la Iglesia: que era muy rica, que era corrompida y que su acción en la política nacional tenía carácter egoísta y corruptor, ya sea porque no daba dinero cuando debía darlo, ya sea porque en otras ocasiones apoyaba gobiernos espurios y crueles. Aun aceptando los tres cargos, debo decir para comenzar, que un estadista debió ver que todos ellos juntos no eran motivo para destruir a la Iglesia, sino a lo sumo, para exigir su purificación. Y hasta donde las leyes de Reforma tienden a esa purificación, estoy con los liberales y considero inevitables las medidas dictadas, pero es menester distinguir lo que es purificación y lo que es destrucción. Contra la destrucción me pronuncio de la manera más decidida. Contra la idea latente en casi todos los liberales de la época, idea de reemplazar la Iglesia católica con la Iglesia protestante, me pronuncio aún con mayor energía. Pero es preciso examinar brevemente la importancia de los cargos ya señalados.

La Iglesia mexicana era, en efecto, muy rica, como que ella había construído en tres siglos de labor civilizadora, todo lo que en nuestro territorio significaba progreso, fraternidad, humanidad y belleza.

Sobre el monto de las propiedades de la Iglesia no es necesario recurrir a sus enemigos. Tratadistas católicos como Abad y Queipo y el Dr. Mora, habían señalado ya el monto y reparto de los bienes del clero y los del gobierno y los particulares. A propósito de la primera reforma de Gómez Farías sobre los diezmos, ya dijimos que la consideramos necesaria, pues no debe fundarse en la coacción un servicio que responde a necesidades del espíritu que no todos los habitantes de un país experimentan en forma idéntica. En consecuencia, también la libertad de cultos es principio inseparable de una sociedad civilizada. Pero de todo esto se deduce una conclusión, y es que la Reforma debió

limitarse a lo justo, debió impedir que la Iglesia exigiese por coacción civil, el valor de sus servicios, y después de garantizar los derechos de los no católicos, debió reconocer que, siendo católica la mayoría, la Iglesia debió conservar su carácter de Iglesia nacional, con intervención en las ceremonias públicas como se hace en la Argentina, en Colombia, en Perú, y como se hace en los Estados Unidos, donde siempre alguna de las sectas protestantes interviene en cada una de las ceremonias oficiales. El triste privilegio de país ateo que a nosotros nos dió la Reforma, es lo que subleva el ánimo de toda persona cuya mentalidad sobrepasa el envenenamiento de la furia partidista. Con estas advertencias previas podemos entrar al análisis de lo que fué la guerra de Reforma, triste competencia de errores y maldades de parte de cada uno de los dos bandos.

Lo peor de la Reforma es que no tuvo sentido nacional, sino un programa de inflexible exageración de preceptos y métodos totalmente extraños a nuestro medio y fielmente subordinados al plan de nuestros conquistadores del cuarenta y siete.

A fin de poder juzgar el caso en su conjunto, narraremos brevemente los principales episodios de la lucha y, en seguida, examinaremos la situación creada al final del movimiento reformista, por virtud de las leyes que entraron a formar parte de nuestro régimen constitucional.

LOS DAÑOS DE LA REFORMA

Las leyes de Reforma, tal como quedaron escritas y vigentes, constituyen un caso único de intolerancia sectaria y de desquiciamiento económico. Han podido subsistir porque en general no se han aplicado íntegramente. El mismo Juárez vaciló y en la época de su gestión presidencial del 67 al 72, prevalece cierta benevolencia. Por ejemplo, dió Juárez por válidos los matrimonios religiosos y se negó a despojar a los párrocos de las casas curales. Durante el largo reinado de Porfirio Díaz las leyes de Reforma se cumplieron sólo en parte. Y bajo Carranza y Obregón se cumplieron a medias. Apenas Calles comenzó a imponerlas al pie de la letra y aun agravadas con su odio de turco para todo lo cristiano y se desató de nuevo la guerra religiosa.

No puede haber paz en la familia mexicana mientras las Leyes de Reforma subsistan. Y tampoco, según veremos, puede la vida económica nacional recobrar el desarrollo habitual de los países civilizados, mientras sigan vigentes disposiciones que prohiben a las sociedades morales poseer y administrar bienes raíces.

Se ha querido presentar a Juárez como el tipo inflexible que encarna el espíritu de la Reforma, sobre todo en lo religioso. Del carácter de Juárez dice don Justo Sierra, su principal apologista: "que inflexible no fué nunca, dado que sirvió como Secretario de Gobierno bajo la administración del Sr. León, en Oaxaca, durante la peor época de la dictadura santanista y no se eximió de concurrir a homenajes en que se endiosaba a su Alteza Serenísima". "El deseo de sobreponerse primero a sí mismo, como el representante de una raza de humillados, y de encaramarse por encima de los otros, y de los humilladores, bullía en el fondo de su sangre". Ideal ejemplar, decimos nosotros, de resentido social para llevar adelante el plan Poinsett para la destrucción de una sociedad a la que no podía comprender ni amar. Pero como a pesar de todo, Juárez tenía un fondo de honradez nativa, no consumó en persona los excesos a que la misma ley invitaba. Lo más peligroso de ésta, desde el punto de vista social, es que constituye, por la legalización de las confiscaciones, un instrumento de rapiña gubernamental permanente. Y terrible si se considera que habitualmente esas confiscaciones quedan a merced de gobiernos despóticos que no han perseguido otra mira que el propio enriquecimiento, la destrucción de los enemigos personales, la consolidación del régimen de tiranía.

En apariencia, la ley Juárez es inocente y una simple réplica del régimen religioso que priva en los países modernos. Separación de la Iglesia y el Estado es un principio generalmente aceptado, pero hay que ver cuál es, en realidad, la forma mexicana de esa separación.

La ley mexicana contiene el supuesto absurdo de que no existe la Iglesia, ya que no le reconoce personalidad jurídica A esto se ha llamado un Estado laico, pero en realidad, el Estado laico siempre reconoce el hecho que existe en su seno. El Esta-

do laico en los Estados Unidos no impide que en cada una de las ceremonias oficiales, intervenga el sacerdote de alguno de los cultos cristianos reconocidos. Si allá la Iglesia católica estuviese en mayoría, el catolicismo estaría representado en los juramentos y ceremonias del Estado. Esto ocurre hoy en Francia, no obstante leyes y principios que son el origen de nuestras propias leyes de Reforma.

El gobierno francés reconoce la existencia de la Iglesia francesa. El gobierno de los Estados Unidos no sólo busca siempre el apoyo de las principales sectas, sino que en el lenguaje oficial habla del Dios cristiano y en las monedas se lee: "In God we Trust".

El triste privilegio de un ateísmo enconado es obra exclusiva de los mediocres enfurecidos que en México predicaron, definieron e impusieron la Reforma según la letra que les dió Poinsett y sin advertir diferencias que en los mismos Estados Unidos hacían tolerable el sistema. Sobre la mentalidad de estos jacobinos nuestros, cualquiera puede informarse leyendo sus obras. ¡Qué obras! Ningún detractor puede dar más pobre idea de lo que valían desde el punto de vista de la cultura.

En la América del Sur se ha consumado la adaptación de las instituciones religiosas procedentes de la Colonia, a los sistemas del gobierno republicano procedentes de la Independencia. Pero como todo se hizo sin pasión, y sin intervención directa de los agentes del extranjero, se ha creado una situación de equilibrio y de paz, muy favorable para el desarrollo de la cultura.

Así, por ejemplo, en la enseñanza, los jacobinos mexicanos excluyeron de las escuelas toda suerte de instrucción religiosa. No advirtieron, porque eran muy ignorantes, que en los Estados Unidos este régimen es factible, porque siendo grande la división religiosa, siendo muchas las sectas, no era fácil preferir a una sobre otras y se optó entonces por la práctica del Sunday School, o sea la escuela dominical religiosa. Es decir, no se suprimió la enseñanza de la religión cristiana, base de toda nuestra civilización; se reglamentó según lo exigían las condiciones locales.

En Francia y en la América del Sur, en general en los países

latinos, afortunadamente unificados en materia religiosa en torno a la fe católica, lo que se entiende por enseñanza laica es la no imposición de la doctrina cristiana a todos los escolares, en consideración de los hijos de minorías que no reconocen dicho credo. Pero el derecho de estas minorías nunca ha sido convertido en absurda prohibición de enseñar lo que la mayoría quiere que sea enseñado. Se sigue entonces el sistema de crear en los Institutos del Estado, cátedras de religión católica, en las cuales la asistencia es voluntaria. Pero no se ha suprimido la enseñanza religiosa. Al México laico de Juárez y de Lerdo toca el orgullo dudoso, el ejemplo de barbarie letrada que consiste en afirmar implícitamente lo que gritan los demagogos semianalfabetos, o sea que la "religión es cosa del pasado". Pues era uno de los mitos pueriles de la generación reformista y de sus sucesores los evolucionistas el imaginar que todo porvenir, por serlo, era mejor, y que todo presente era mejor que el pasado. ¡Como si el desarrollo humano fuese un proceso de interés compuesto! Hoy sabemos que sucede todo lo contrario y que hay floraciones y decaimientos, pero de ello no se enteran, no quieren enterarse los laicos de nuestra administración.

Se quedó pues, México, a consecuencia de las leyes de Reforma, como el único país oficialmente ateo de la tierra. El único en que el nombre de Dios está proscrito y aun provoca la burla de cierto rufianismo seudo científico, seudo ilustrado. La triste condición de nuestra patria, en lo moral y en lo económico, en su política extrema e interna, es un buen ejemplo del resultado de semejante moral desquiciadora. En vez de Dios se nos han querido ofrecer a la adoración pública, mitos de segunda, como la patria que no tiene ningún sentido, si no es concebida como persona moral que sobrevive al tiempo y a las circunstancias materiales, ligándose con los valores eternos del espíritu, que, en todo caso, superan a todas las Patrias.

Se ha hablado mucho de las enormes riquezas del clero y de la necesidad de ponerlas en circulación para fomento de la economía pública angustiada. Parece mentira que esta patraña se repita sin descanso en un país que después de la Reforma religiosa, todavía tuvo tierras nacionales vacantes para enrique-

cer a los centenares de compañías extranjeras que hoy usufructúan la mejor parte de la propiedad raíz de la República. Pero suponiendo que hubiese existido la necesidad de recortar la propiedad territorial de la Iglesia, ello debió hacerse, no por medios radicales de total desposesión, sino por medios razonados. En todo caso, debió dejarse a la Iglesia en posesión de sus templos y de las casas curales y fundaciones de Beneficencia. Pues a la simple economía de un pueblo conviene que existan muchos ciudadanos establecidos en propiedades intocables. Cada cura era el centro de una pequeña familia mexicana y en cada cuarto se hospedaban mujeres solteras, tías, hermanas, sobrinas, queridas si se quiere, pero bocas mexicanas que tenían asegurado su pasar. Y al ser confiscadas, rematadas las casas, los huertos de los curas, infinidad de nacionales quedaron en la calle. Por otra parte, es bien sabido que ciertas órdenes religiosas dedicadas a la cultura y al trabajo material, como los benedictinos, los franciscanos, los dominicanos, etc., son factor de producción incomparable y representan un elemento económico de estabilidad que no puede ser reemplazado con ventaja. Y nadie que tenga un grano de patriotismo negará que estaban mejor los huertos de los conventos en posesión de mexicanos junto con ciertas tierras anexas a los conventos, que como están hoy esas huertas y esas tierras, en manos de compañías anónimas que remiten sus utilidades fuera del país o las emplean en el país, pero en beneficio de las colonias extranjeras que han ido prosperando a costa del mexicano y, en muchos casos, nada más porque el mexicano ha visto su casa y sus bienes deshechos a causa de la intolerancia, la venganza de los políticos.

Las leyes de confiscación general contra una clase son siempre antieconómicas y no las da ningún pueblo civilizado. La única manera fecunda de limitar el poder de una clase está en las leyes indirectas y en las disposiciones igualitarias que obligan a vender al que tiene demasiado. El caso de los latifundios de la Iglesia debió resolverse igual que el caso de los latifundios de los particulares, por medio del impuesto progresivo que obliga a fraccionar. De esta manera el núcleo de las propiedades queda en poder de los que por larga permanencia en el suelo

nacional, se han arraigado y se han convertido en mexicanos productores, o sea la fuerza social de un país.

La confiscación general del clero fué el antecedente de la confiscación general de los propietarios mexicanos, que ha consumado después la revolución de Carranza, siempre en beneficio de las grandes compañías, los grandes propietarios de los Estados Unidos. El clero de México quedó proletarizado en la Reforma y la población mexicana rural está siendo proletarizada en la actualidad, por la segunda racha de las confiscaciones, seudorrevolucionarias.

Los tesoros de la Iglesia, tesoros artísticos inapreciables, a causa de las confiscaciones impremeditadas, desordenadas y salvajes, han ido a parar a los Museos de Estados Unidos y a las casas de los ricos de Norteamérica. Los tres mejores siglos del arte mexicano han quedado de esta suerte convertidos en ruinas, sin que nada de lo que hoy se hace pueda aspirar al reemplazo de lo destruído.

Pero no sólo se amortizó la propiedad eclesiástica. Por una de esas aberraciones propias de todo fanatismo, y queriendo disimular el aspecto de odio religioso, las leyes de Reforma consumaron la destrucción de todas las personas morales; obligaron a la división de todas las propiedades de comunidad. Las comunidades indígenas que, desde los tiempos de la Colonia, disfrutaban de tierras apartadas para su servicio, fueron obligadas a fraccionar. Así como hoy priva la exigencia teórica de la colectivización, los falsos economistas de la Reforma estaban enamorados de la "individualización". Y creyeron consumar un progreso repartiendo entre los vecinos las tierras de la comunidad. El resultado fué que los vecinos empezaron a vender, y traspasar sus fundos. Y arrojadas las tierras de comunidad al mercado, el más listo se hizo de ellas; el latifundista más inmediato las compró a vil precio y los indios vieron empeorada su suerte. Y resultó que no sólo los clérigos mexicanos quedaron proletarizados, sino también los indios. La sabia institución española del ejido, que tan buenos frutos dió durante más de tres siglos, quedó deshecha, en beneficio de un latifundismo que, a partir de la Reforma, comenzó a ser predominantemente extran-

jero. Y no extranjero español, que eso no es extranjero desde el momento en que los hijos del español se hacen mexicanos. Por extranjero deberemos entender siempre a los nacionales de pueblos que no se funden con el nuestro, no abrazan nuestro destino, lo dominan y lo explotan.

La Reforma, pues, proletarizó a las comunidades indígenas Y es de una ironía dolorosa considerar que fué Juárez, un indio, quien privó de sus tierras a sus compatriotas que la ley española había elevado a la categoría de propietarios.

La Beneficencia Pública mexicana también quedó proletarizada, deshecha, a consecuencia de las Leyes de Reforma. Inconcebible resultaría si no existiese evidencia de la ignorancia infinita de los reformadores, que no se hubiese pensado en crear una excepción a la ley de manos muertas en favor de hospitales y asilos, casas de salud y de beneficencia. La teoría prevaleció sobre la reflexión más elemental, y también las tierras de las fundaciones privadas, los bienes raíces afectos a obras de piedad y de beneficencia, fueron entregadas al rematador. Por eso vemos hoy que México no tiene hospitales ni asilos. En los Estados Unidos, en cualquier país civilizado, las fundaciones piadosas viven y se enriquecen mediante donativos y legados de casas y haciendas. En México toda Institución que recibe un legado en bienes raíces tiene que venderlo. Por eso, propiamente, no existen entre nosotros las personas morales afectas al auxilio del desvalido.

La teoría era que el Estado debía encargarse de estos servicios. ¿Pero, cómo los paga el Estado? Los paga del presupuesto, de los ingresos anuales por concepto de contribuciones. Ya se imagina lo que es un hospital subordinado a las contingencias económicas de gobiernos inmorales y manirrotos. Eso son nuestros hospitales. ¡Una caricatura de servicio público!

Los Colegios y las Universidades también fueron desposeídos. La ley de manos muertas no respetó a nadie. Y hoy la Universidad más antigua del continente, la Universidad de México, privada de capitales, vive de la mendicidad, es decir, no vive, agoniza. En cambio, en Texas, la Universidad, persona moral reconocida y gran propietaria, debe su riqueza y su vida fecunda a los bienes raíces que le concedió la República, por la

misma época en que nuestros repúblicos se creían avanzados y progresistas porque dejaban sin tierra a la Universidad.

El odio religioso, asociado a la prohibición de poseer bienes raíces, ha producido la situación vergonzosa que hoy se ve a lo largo de la frontera del Norte. Del lado mexicano no hay sino garitos explotados por los más altos funcionarios. Y del lado americano, al amparo de una ley que reconoce la propiedad de manos muertas, vemos manzanas de edificios deslumbrantes dedicados a colegios, conventos, talleres, laboratorios. En gran número de casos estos edificios han sido levantados con donativos de mexicanos, que en su patria no estaban seguros, y también un gran número de los alumnos de estos planteles son mexicanos que tienen que emigrar para educarse.

La supresión de los conventos produjo esa otra calamidad, la desaparición de colegios para la enseñanza de la mujer mexicana que hoy va por centenares a educarse en inglés, ya que en su patria el Estado ni quiere ni puede sostener internados respetables, mantener colegios dignos de un país civilizado.

Ninguna de las Instituciones elementales de la civilización podrá funcionar en nuestra patria, mientras perdure el fetichismo de la intocabilidad de las leyes de Juárez.

LA POLITICA DE LAS CONCESIONES

Eran muchos los servicios que Juárez tenía que pagar a sus protectores norteamericanos. Estas deudas fueron la causa de que se pusiese de nuevo en obra otra fracción del viejo plan Poinsett: la entrega de los recursos nacionales al extranjero... Juárez fué pródigo. La Baja California la repartió por paralelos entre tres concesionarios de habla inglesa. A una infinidad de amigos y protegidos se hicieron concesiones parecidas. El cumplimiento de estos compromisos, se disimulaba con la doctrina desleal de que "el extranjero era el llamado a desarrollar los recursos de la nación". La construcción de los ferrocarriles, de México a Puebla y el de Veracruz, se inició en la administración de Juárez. No es que hubiera en el gobierno una política de caminos. Toda la preocupación del gobierno era poner en obra las leyes de Reforma, perseguir monjas y confiscar bienes

eclesiásticos y sofocar pronunciamientos. Pero los ferrocarriles se estaban construyendo en todo el mundo ¿por qué México se había de quedar sin rieles?

Por lo menos, no hubo en torno a Juárez aquella camarilla de aduladores que enriqueció Porfirio Díaz y que atribuían a la capacidad de estadista de don Porfirio, el hecho de que los norteamericanos construyesen en nuestro territorio ferrocarriles a precio excesivo para la Nación. Pero la política del despilfarro de los bienes nacionales en beneficio de contratistas y negociantes extranjeros, comienza, como era natural, con el gobierno juarista que representaba el triunfo de la influencia norteamericana, sin cortapisas.

LA ADMINISTRACION DE LERDO

Juárez se reeligió en condiciones que suponían una farsa del derecho electoral. Lo único que se ha alegado para disculpar la ambición de mando que todos reconocen en el héroe de la Reforma, es que en lo personal se mantuvo honesto. El, como todos los principales jefes de la Reforma, tiene la honra de no haber lucrado con los puestos públicos. Pero suele ser muy relativa esta honradez. Una de las hijas de Juárez se casó con uno de los enriquecidos en la venta de los bienes del clero. ¿Y para qué quiere un hombre ya viejo dinero, si ha logrado colocar a sus hijos en la abundancia? De todos modos, conviene señalar este rasgo de los hombres de la Reforma, que no fueron, como los gobernantes posteriores, ávidos de dinero mal habido.

A la muerte de Juárez, tomó el mando Lerdo como Presidente de la Suprema Corte, y el 1º de diciembre de 1872, como Presidente electo.

Era la primera vez quizás que subía a la presidencia un hombre ilustrado e inteligente. Por desgracia, no honró esa inteligencia con labor alguna constructiva. Es fama que se pasaba la vida en comilonas. Su temperamento era de escéptico, pero eso no le impidió exacerbar otra vez la persecución religiosa. Expulsó a los jesuítas. Y, lo que Juárez no había querido hacer, consumó la expulsión de las hermanas de la caridad en número de cuatrocientas diez, entre ellas trescientas cincuenta y cinco

mexicanas que asistían a unas quince mil personas en la República. Y por una parte salían las mexicanas católicas y por la otra entraban los misioneros protestantes. También Lerdo era instrumento del Plan Poinsett. A los protestantes recién inmigrados se les regalaban templos católicos y edificios que habían pertenecido a la Iglesia, como el Hospital del Salvador y el templo de San Francisco, en la Capital de la República. A otra congregación de protestantes dirigidos por el norteamericano Riley, D. Matías Romero, Ministro de Juárez, le vendió la Iglesia de San Francisco. La Iglesia mexicana estaba sin amparo y a merced de sus propios hijos renegados.

En cambio, la Iglesia católica de la región conquistada en el cuarenta y siete, la Iglesia de California, había entrado a la protección de las barras y las estrellas, y no obstante ser mexicana, obtuvo apoyo para exigir del gobierno mexicano una indemnización por las confiscaciones del Fondo Piadoso de California. Este caso nos demuestra la diferencia que hay entre una barbarie disimulada con el antifaz de leyes antisociales, y un Imperio que, aun a lo que es extraño a su tradición, le otorga las garantías humanas, sin las que la vida social es un desastre.

QUIENES FUERON LOS TRAIDORES

Es usual que el partido vencedor arroje sobre los vencidos precisamente el reproche que para sí más teme. La insistencia con que los juaristas acusaban de traición a la patria a los imperialistas, es ya de por sí sospechosa. Lo cierto es que no existe el menor fundamento para afirmar que la invasión francesa tuvo por objeto someternos a la soberanía de Napoleón; ni siquiera está probado que de parte de Francia hubiese la exigencia de una porción del territorio nacional en pago de los servicios de su ejército. De triunfar el Imperio, es claro que hubiéramos tenido que pagar los gastos de la intervención francesa, lo que no hubiera sido sino natural y lógico. Y ya sea con Maximiliano a la cabeza o con un gobierno de nacionales, según lo pensaron muchos franceses, México hubiera disfrutado un grado de soberanía que no hemos conocido, después del triunfo de los liberales supeditados a los Estados Unidos.

Cayetano Mayer

Y también a causa de que el partido juarista se quedó con el poder, ha sido costumbre pasar como sobre ascuas en el comentario de las circunstancias bien conocidas y comprobadas que contribuyeron a su éxito. Examinaremos esas circunstancias, sin ánimo de acusar ni de excusar, sino tan sólo para establecer la verdad.

El proceso histórico se verá más claro si seguimos con Bulnes y con Sierra el análisis de la política de Juárez, que es el símbolo de todo el movimiento reformista. En rigor, tanto Bulnes como Sierra son juaristas.

Había en el partido liberal el grupo de los puros, o sea de políticos del tipo de Ocampo, desinteresados y honestos, pero no inmaculados, pues el mismo Ocampo tiene encima la responsabilidad de su irresponsabilidad frente a los Estados Unidos, según lo prueba el tratado que lleva su nombre y es su baldón.

Los reformistas habían hecho concebir al país la esperanza de que harían desaparecer el régimen de fuerza que pesa sobre el voto, para designación de las autoridades supremas, que después tienen que recurrir al atropello y la tiranía para sostener la obra de la usurpación. Sin embargo, los liberales, una vez triunfantes, se dedicaron a violar sistemáticamente el voto con el pretexto de que, siendo católica la mayoría nacional, unas elecciones sinceras los arrojarían del poder.

La reelección de Juárez fué un golpe al sufragio y una burla al sistema democrático que repugna la continuidad de un hombre en el poder. A tal punto disgustó a los mismos liberales, que creó entre ellos divisiones que costaron sangre.

La elección de Lerdo, en condiciones en que él mismo ocupaba la Presidencia provisional, volvió a dar pretexto a los descontentos y preparó el terreno para el pronunciamiento de Tuxtepec. La salvaje persecución de Lerdo a las hermanas de la caridad, colmó la paciencia pública y permitió que todos los ojos se volvieran a Porfirio Díaz como una esperanza. Pero el acceso de éste al poder, por medio de una revolución armada, echó abajo toda la obra política de la Reforma. El triunfo de Díaz representaba la restauración del Iturbidismo, el Santanismo, apoyado otra vez en las bayonetas.

El gobierno de Juárez no puede ser calificado de dictatorial, y según Bulnes, fué más bien parlamentario, porque Juárez, en su pasividad, dejaba hacer a todo el mundo y sólo se preocupaba de presidir.

Ante el extranjero, la posición de Juárez nunca fué inquebrantable sino, al contrario, todo lo más flexible que pueda darse.

El tratado Mac Lane Ocampo no se aprobó porque no convenía a los republicanos yankees en aquel instante, fortalecer a los del Sur, pero *ese tratado es peor, reconoce Bulnes, que el tratado de Miramar, que hizo Emperador a Maximiliano.* Y es claro que Bulnes tiene razón.

Ante la misma Francia, fué débil Juárez al aprobar las reclamaciones de Jecker. También reconoció Juárez las reclamaciones de España. Y no supo aprovechar el retiro de Inglaterra. No supo ver que Inglaterra se negaba a apoyar el plan de Napoleón, porque nunca se ha prestado a fortalecer el imperialismo de Francia. En cambio, ante los planes de Estados Unidos, Inglaterra sintió la solidaridad anglosajona. A esta actitud la califica ingenuamente Bulnes de clara y leal y dice, refiriéndose a Inglaterra en las conferencias de la Soledad: "cobró y dió vuelta". Pero esa vuelta la dió para dejar comprometidos a españoles y franceses, en beneficio de los Estados Unidos y de Juárez que los servía.

La actitud del Ministro de Juárez en Washington, don Matías Romero, es de aquellas que ameritarían el cadalso en un país consciente y organizado. Apenas concluída la guerra de secesión y sin esperar a que los Estados Unidos, por su propio interés, arrojasen de México a los franceses, Romero se dedicó a incitar a los políticos norteamericanos a que pasasen a nuestro territorio, con el pretexto de echar fuera a las tropas francesas.

Don Matías Romero fué el director de los políticos liberales que estuvieron exigiéndole a Grant que "aprobase la creación de un ejército de cien mil hombres que debía mandar Sherman para invadir a México y echar fuera a Maximiliano". Sherman no aceptó el mando de este ejército, y entonces se decidió poner al frente del mismo al general Schonfield, recomen-

dado por Grant. El Convenio Romero-Schonfield (Correspondencia de Matías Romero, tomo V, pág. 297, mayo 6 de 1865) establece un reclutamiento de cuarenta mil norteamericanos.

Ante este hecho perfectamente comprobado, cabe preguntar: ¿Quién era el traidor: Almonte reclutando franceses, o Juárez, o Matías Romero, reclutando a los que veinte años antes, en el cuarenta y siete, nos habían quitado media República? ¿O es que entregarse al anglosajonismo no es traición? ¿Es progreso? Así lo pensaban subconscientemente no pocos hombres de la época.

Pese al entusiasmo del general Grant y de don Matías Romero, el ejército invasor yankee no llegó a reclutarse porque Mr. Seward, el Ministro de Relaciones yankee, comprendió que no era necesario, puesto que Francia se retiraría de México ante la sola amenaza de guerra con los Estados Unidos. Y se dió el caso, (véase Bulnes, El Verdadero Juárez), de que Mr. Seward tuviera que dar una lección de decoro patriótico a Romero, el Ministro de Juárez, diciéndole "que era más honroso para los mexicanos salvarse con sus propios recursos".

Y no hubo ejército invasor, pero sí aprovisionamientos de armas en cantidad y a crédito, o simplemente obsequiados. De Nueva York, de Nueva Orleans, salieron armas y municiones destinadas a los ejércitos de Juárez que empezaban a luchar con Maximiliano abandonado ya por los franceses. Pero D. Matías Romero insistía en que así como Francia había mandado tropas, los Estados Unidos hicieran lo mismo. En cierta ocasión Seward, que le tomaba el pelo, le dijo: "que estaba seguro de que si un ejército de los Estados Unidos iba a México, no regresaría".

El mismo Bulnes opina que Juárez tuvo derecho para pedir el auxilio del ejército yankee, contra los franceses, *pero no batir a Maximiliano, una vez que ya se habían retirado los franceses.* Desde ese momento, Maximiliano era el jefe de un partido mexicano. Y había traición en querer batirlo con fuerzas de una nación extranjera.

Pero nosotros no admitimos que se equipare invasión francesa con invasión yankee, primero porque los franceses son nación latina que no podía destruir nuestra cultura, y sí más bien

la han beneficiado, y segundo, porque los franceses nunca nos han arrebatado territorios, nunca se nos han presentado como conquistadores.

Ni para la aplicación de las leyes de Reforma fué Juárez inflexible, pues si bien expulsó a todas las monjas mexicanas, cuando tropas del gobierno invadieron el convento de las hermanas de la caridad donde había una mayoría de franceses, Juárez revocó su orden ante la reclamación violenta del Ministro de Francia.

Sólo ante la condena a muerte de Maximiliano fué Juárez inflexible. Todo porque el reo estaba ya abandonado de Francia y porque Austria no tenía escuadras. Sólo para imponer la muerte a un vencido, no vacilaron ni él ni Lerdo, olvidándose del dicho de un monarca español ya citado que no quiso ni presenciar un auto de fe: "porque el Monarca o el Ejecutivo sólo debe presentarse ante sus súbditos para consumar actos de perdón".

La más augusta facultad del Soberano, la gracia, fué ignorada por Juárez. Como que únicamente los fuertes, los grandes, saben ser misericordiosos.

Y lo más piadoso que como historiadores podemos decir, es que si no fueron traidores los liberales, no lo fueron mucho menos los imperialistas.

Se equivocaron ambos como se equivoca todo aquel que no busca la salvación nacional dentro de las fuerzas interiores que constituyen una patria.

PORFIRIO DIAZ

En Oaxaca se consumó una de las más firmes cristalizaciones de lo español y lo indígena. El mexicano tipo es mezcla de español y de indio. El valle de Oaxaca fué desde el principio un islote hispánico en medio de serranías pobladas densamente por aborígenes.

Lo mejor de la conquista, el propio Hernán Cortés y muchos de los suyos, eligieron el valle de Oaxaca por marquesado. Las casas, las Iglesias, los Palacios de Oaxaca, ostentan el blasón de la robusta arquitectura romántica y barroca española. Los viejos apellidos denunciaban el abolengo de Castilla. La mezcla con las sangres indígenas es más bien posterior a la Colonia. Todavía en la época de la Reforma, la capital oaxaqueña era blanca. Y en ella, la masa indígena se educaba. La tiranía de Santa Anna encontró en Oaxaca la vieja resistencia de la casta española, contra los abusos del poder público. La antigua piedad castellana floreció en Oaxaca en el alma de guerreros y de místicos. El trato no era allá reservado según el temperamento indígena, sino llano y afable a la vieja usanza castiza. En este medio refinado y recio plasmó el carácter de Porfirio Díaz. En su fortaleza hay algo de la cantera nativa que se hace obra de arte bajo la talla de los artífices de España. A Díaz le faltó el labrado. Pero su alma fué el bloque en torno al cual un país enfermo halló la paz malsana de treinta y cinco años de dictadura.

En Díaz no hay conflictos de sangre ni de ideas. En su organismo la vena mixteca se ha fundido con la vena española, creando un equilibrio firme. Y sus ideas son demasiado escasas para que puedan librar batalla.

La sangre española lo defiende de las claudicaciones totales en que cayó un Juárez, el indio puro que no pudiendo sentir en el ánimo las ventajas de la conquista ibérica, se entregó sin re-

servas a la nueva influencia nórdica. Por mestizo Porfirio Díaz es mexicano, en tanto que Juárez sólo fué un indio. La falta de ilustración, su poca capacidad impidieron que Díaz abarcase el problema de su pueblo. Pero el hecho de haber abrazado con sinceridad la política de conciliación religiosa, es ya una prueba de que rechazaba, repugnaba el plan Poinsett que Juárez adoptó sin escrúpulos.

Más mexicano que Juárez, también tiene Porfirio Díaz ventajas sobre Santa Anna, el bajo criollo desleal. Santa Anna era en todo un rufián. Porfirio Díaz sentía la repugnancia del robo. A menudo porque era Dictador —y una dictadura no puede moralizar—, Díaz dejó que sus amigos robaran, pero la codicia no fué nunca en él pasión dominante...

Como jefe de clán, Porfirio Díaz es el más capaz de los gobernantes de la República. Como estadista nunca tuvo tamaños. Nunca se dió cuenta de que el progreso material que invadía la República era parte de un desarrollo al que no escaparon ni Turquía ni la China. Y, por lo mismo, no supo utilizar ese desarrollo en bien de sus connacionales. Se puso, al contrario, de la manera más ignorante y más servil, al servicio del capitalismo extranjero que lo usó de gendarme, de guardián de sus propias fechorías.

Y así, bajo el gobierno de Porfirio Díaz, toda una nación de dieciséis millones de habitantes fué despojada de sus tierras, de sus aguas, de su petrólco, de sus minas, de su porvenir.

Combatiente tenaz de la dictadura santanista. Porfirio Díaz, menos general que Escobedo, es, sin embargo, una figura de relieve en la lucha contra los franceses: vencedor unas veces, derrotado otras, dos ocasiones prisionero, de ambas escapa a fin de ponerse de nuevo en acción. Su pecado, una vez restaurada la República, es su ambición presidencial que lo lleva al asesinato de la democracia mediante el triunfo del plan pretoriano de Tuxtepec.

Echó abajo, de esta suerte, el primer esfuerzo de régimen electoral generalizado. Pues si es verdad que el sufragio quedó lastimado con la reelección de Juárez, con la reelección de Lerdo, también es cierto que las Cámaras funcionaron legítimamente y

que, en general, hubo elecciones relativamente honestas en todo el período reformista. Para la restauración del pretorianismo, Díaz aprovechó astutamente dos circunstancias: una fundamental y la otra accidental. Fué la primera, el descontento creado por la aplicación intransigente de las leyes de Reforma en materia religiosa. La segunda fué el desagrado de las tropas republicanas, por la medida poco noble de Juárez al licenciar, sin compensación, dos tercios del ejército, a la vez que él y sus Ministros se hacían pagar los sueldos atrasados de los años en que anduvieron prófugos. Era, sin embargo, tan grande el poder de la legalidad, que Juárez pudo darse el lujo de derrotar a Porfirio Díaz cuando éste pretendió derrocarlo por virtud del Plan de la Noria. Y probablemente nadie se hubiera vuelto a acordar del caudillo oaxaqueño, mediocre figura desde la oposición si no fuese porque Lerdo agotó la paciencia nacional con su desidia, su egoísmo, su valentía para perseguir monjas. Pronto el que no tuvo inconveniente en usar soldados contra indefensas mujeres, demostró no saber usarlos para defender su legalidad.

Reaparece Porfirio Díaz en escena tras de una odisea sin gloria. Derrotado en Tehuantepec, prófugo por Panamá y los Estados Unidos, vencido en Icamole, pero tenaz en la intriga, promete al clero la tolerancia religiosa, incita a los descontentos y triunfa, por fin, gracias al pronunciamiento de Tuxtepec. Entró por la fuerza y tuvo que sostenerse por la fuerza. Y si duró más que Santa Anna es porque a diferencia de su Alteza, Porfirio Díaz no se enriquecía, no se tomaba para sí los fondos públicos; vivía sobriamente y dejaba enriquecerse a sus amigos porque tal es el pacto implícito de los servidores del despotismo.

En todo caso, Porfirio Díaz hace retrogradar nuestra historia política otra vez al santanismo, al iturbidismo, al régimen de cuartel. Su gran obra, quizás la única, es la política de conciliación que puso en olvido las leyes de Reforma, aunque sin derogarlas. Bajo Porfirio Díaz la Iglesia vuelve a adquirir bienes; los Conventos vuelven a establecerse. Y en estos aspectos, Díaz devuelve a México a las condiciones de la vida civilizada.

El Plan de Tuxtepec tuvo éxito rápido. Arrojado Lerdo de la capital, con el pretexto de que se había reelecto, las elecciones

celebradas inmediatamente después hacen presidente a Porfirio Díaz el 12 de mayo de 1876. En vano los lerdistas intentan el castigo de los usurpadores. El general Escobedo, en el norte, acaudilla el partido de la legalidad, pero es derrotado. El país estaba cansado de la política jacobina, tan implacable contra los enemigos interiores, tan poco decorosa frente a las exigencias del extranjero, al que debía el poder. Todavía la legalidad y las logias, sirven a Lerdo para evitar que fuera reconocido por los Estados Unidos Porfirio Díaz. Pero éste gobierna tranquilamente *sin el reconocimiento*, y al cabo de dos años de autonomía y estando consumada la pacificación, el gobierno norteamericano se ve obligado a reconocer de jure, el gobierno de facto. Washington entró en relación oficial con Porfirio Díaz el 9 de abril de 1878. Pero el país no se conformaba con la tiranía.

Una sublevación efectuada por los lerdistas de Veracruz en junio de 1879, coloca a Díaz en posición de déspota que tiene que recurrir al terror y a la deshonra para sostenerse. Un grupo de patriotas es sacado por la fuerza de sus domicilios y fusilados sin formación de causa a pretexto de que conspiraban. Tocó al general Mier y Terán cumplir la famosa orden: "mátalos en caliente". Lo detuvo una vez en la calle una mujer que, levantando en los brazos a un niño gritó: "Conoce al asesino de tu padre". El general Mier y Terán acabó loco de remordimiento. Díaz, que era igualmente culpable, echó carnes, se puso robusto y comenzó a aumentar en salud; según la proporción en que aniquilaba a sus rivales, se deshacía de sus enemigos. Durante todo su largo período no cesó de funcionar la llamada ley fuga que consistía en apresar a los disidentes y hacerlos matar en el trayecto de la cárcel al domicilio, con pretexto de que habían pretendido escapar. Así quedó establecida la paz que se llamó "de cementerio".

Con todo, al expirar su primer cuatrenio presidencial no se atrevió Díaz a reelegirse. La no reelección había sido su bandera. Entonces favoreció la elección de su segundo en el orden militar, el general Manuel González. La Administración de éste, dió al principio un alivio al país, muchos patriotas que se habían alzado de la Administración porfirista por considerarla espurea

puesto que procedía de un pronunciamiento, se incorporaron al Gobierno bajo la Presidencia de González. Sin embargo los porfiristas lograron crear en torno de Manuel González una atmósfera de desprestigio que tenía por objeto preparar la vuelta de Porfirio Díaz en calidad de salvador de la República. En 1884 tomó el mando que ya no abandonaría sino hasta mayo de 1911.

Se ha hablado mucho de los progresos que el país efectuó bajo el régimen porfirista. Generalmente no se advierte que coincide dicho régimen con la difusión de la máquina de vapor que en todo el planeta produjo una transformación del medio. Para poder juzgar lo que el progreso mexicano debe a Porfirio Díaz, sería menester comparar nuestras estadísticas de producción y desarrollo con las equivalentes de los países similares al nuestro, de la América del Sur y de las Antillas. Se vería entonces hasta qué punto retardó más bien nuestro progreso el militarismo porfirista. Si comenzamos por analizar el factor de la población, vemos que México llega bajo Porfirio Díaz a los catorce millones de habitantes, o sea poco más del doble de los seis millones que nos heredó la Colonia. El aumento de población de Argentina es desde menos de tres millones en la Colonia, hasta diez a principios del siglo. En Cuba se advierte un aumento desde menos de un millón, a casi tres millones en el mismo período, y Colombia sube de menos de tres millones a ocho. En cada uno de los pueblos exentos de militarismo, la población crece y la riqueza se multiplica. En cambio, la población se mantiene reducida en Venezuela, en Guatemala, en Bolivia y en México, países azotados por el caudillaje napoleonoide.

La emigración de los mexicanos a los Estados Unidos se hace imponente bajo el porfirismo. Los habitantes huyen de una patria tiranizada y se establecen allí donde, aun como extranjeros, disfrutan de las ventajas de vida civilizada.

El contraste bien conocido de la frontera de los Estados Unidos es otra demostración física de la esterilidad del porfirismo. Del lado norteamericano se han improvisado ciudades flamantes. Del lado mexicano las construcciones pobres y la miseria son el resultado del poderío arbitrario del Coronel jefe de las Armas, el cacique político, el agente de la dictadura, que es

dueño irresponsable de vidas y haciendas. El mismo mexicano de la frontera apenas consuma un ahorro o gana un caudal, acude al lado norteamericano para ponerlo a salvo, para librarlo de la mano del militar que con pretextos vanos o sin pretextos, suele apoderarse de todo. El jornalero y el trabajador manual, privados en la época de Díaz, del derecho de asociación, quedaban a merced de todo género de abusos. Para toda esta gente, la emigración representaba una liberación.

El mal gobierno, pues, estuvo produciendo despoblación, durante los treinta y cinco años del porfirismo.

Siempre se ha sostenido que son los ferrocarriles la obra cumbre de la administración porfirista. Más o menos veinticinco mil kilómetros de vía férrea se tendieron en el período aludido. En la misma época, la Argentina, sin Porfirio Díaz, y más retirada del mundo industrial, se vió dotada de una red ferrocarrilera de veintisiete mil kilómetros, para una población menor que la nuestra. Colombia, por su topografía accidentada, ha ido más despacio en el desarrollo ferroviario, pero los ferrocarriles colombianos, construídos por nacionales, están poseídos en gran parte por intereses colombianos.

Los ferrocarriles mexicanos, en cambio, forman parte de todo ese engranaje de bienes y empresas entregadas al extranjero, por el sistema de concesiones y privilegios que inició Juárez y desarrolló Porfirio Díaz. En el caso de los ferrocarriles el estado mexicano tuvo que pagar hasta doce mil pesos por kilómetro de vía construída y todos esos dineros sirvieron para enriquecer a empresas extranjeras y a favoritos.

Para subvenir a estos gastos y otros por el estilo, se acudió al sistema ruinoso de los empréstitos. Ningún gobernante de México ha gravado tanto a la nación. El monto de la deuda pública, al salir del gobierno Porfirio Díaz, era de cuatrocientos treinta y ocho millones de dólares.

El no haber usado parte de este dinero para construir escuelas y presas es uno de los mayores delitos del porfirismo. Pero ¿cuándo se ha visto que un dictador fomente la educación pública? Todo lo contrario, la ignorancia de las masas es la única garantía de la continuación de los regímenes de fuerza.

En lo simplemente administrativo, Díaz supo rodearse de personal inteligente. La hacienda pública la organizó bien el célebre D. Matías Romero, el del proyecto de mandar sobre México un ejército de cien mil veteranos de la guerra de secesión. En los últimos años del porfirismo la hacienda pública cayó en manos de un hombre capaz, Limantour. El mayor acierto de Limantour, fué su tendencia, ajena a la política liberal, de ligar nuestra economía con Europa y no exclusivamente con los Estados Unidos. Hasta qué punto esta política patriótica de Limantour contribuyó a que los Estados Unidos no viesen con malos ojos la caída de Porfirio Díaz, es cosa discutible. Pues si bien es cierto que Madero nada prometió en Washington y al contrario continuó la política hacendaria de Limantour, por lo pronto, los imperialistas sintieron alivio de que Díaz cayera, y contribuyeron a derrocar a Madero, tan pronto como se dieron cuenta de la política todavía más independiente que éste iniciaba.

La supresión de las alcabalas o aduanas interiores fué, acaso, la medida trascendental de Limantour. Ella unificó el país y dió un golpe de muerte al funesto federalismo que ya sólo existe en el papel.

La moralización de los servicios de recaudación y, en general, de todo el personal administrativo, es otro beneficio porfiriano que requiere un Presidente que no robe, pues el ejemplo ha de venir de arriba. Madero continuó la política de honradez que más tarde se vino abajo, en el caos de los espurios gobiernos posteriores. Por desgracia, el porfirismo, que moralizó el personal inferior, no pudo evitar, como no lo evita ningún despotismo, que en las altas esferas los más escandalosos negocios prosperaran al amparo de la influencia política.

La nacionalización de los ferrocarriles, que siempre debieron ser mexicanos, fué emprendida tardiamente por Limantour y en forma onerosa, deshonesta y ficticia. Pues en lugar de comprar las acciones en el mercado, se acumularon éstas en manos de negociantes que en seguida las pasaron al gobierno a precios elevados. Y aunque el gobierno posee el cincuenta y uno por ciento de las acciones, los bonos hipotecarios que valen más que

todo el sistema, están todavia en poder de extranjeros que en cualquier momento pueden decidir el remate.

En torno a los grandes negocios de la época, se construyó el grupo apodado de los "científicos", porque, según Justo Sierra, obedecía a una política fundada en la "ciencia positiva", ya no en el liberalismo jacobino. La economía política, la sociología, eran las normas. Y la doctrina oficial, la del evolucionismo spenceriano, que venía a ser como la coronación de la tesis de Poinsett, puesto que en nombre de la ciencia se justificaba la entrega de los recursos de la nación a los aptos, los superiores, los fuertes, o sea los anglosajones; con desdén de todo lo latino y más aún, de todo lo mexicano, condenado por indio, por mestizo, por español. Tal criterio y la codicia de los comisionistas de influencia y los negociantes del régimen, dieron por resultado que todos los recursos del país se despilfarrasen en concesiones a extranjeros, con el pretexto de la colonización y de la rápida explotación del territorio.

En nombre del progreso... de los extranjeros... se despojó a los nacionales de sus tierras y al país de su petróleo.

La causa inglesa de Pearson, coludida con hombres influyentes del régimen, obtuvo contratos onerosos de obras públicas que debieron ejecutar los ingenieros del gobierno, y las concesiones petroleras del Istmo y del Sur de Veracruz. El resto de la zona petrolera fué otorgado a la Standard Oil, por Tampico, y a la Huasteca. El gobierno sólo se reservó en estos contratos una participación nominal. Y el resultado ha sido que, sin saber bien lo que se daba, pues se otorgaban los privilegios sobre el mapa, todo el petróleo del país pasó a manos de ingleses y norteamericanos. Y apenas si algunos políticos y allegados del Dictador obtuvieron unas cuantas acciones liberadas, poseídas en secreto. Los millones del petróleo mexicano no dejaron a la región explotada ni siquiera el provecho de un buen edificio para escuela.

En materia de tierras también hubo injusticia tan grande que determinó rebeliones como la de los yaquis en Sonora. Pues eran otorgadas a título de baldíos y terrenos nacionales a compañías extranjeras, extensiones enormes, sin tener en cuenta los derechos de los pobladores. Cuando éstos, sintiéndose desposeí-

dos, acudían a los tribunales, se hallaban con que la ley, hecha exprofeso para beneficiar a las grandes compañías, les obligaba a presentar titulación rigurosa que nadie poseía. Los derechos posesorios eran desconocidos por el tribunal, y muchos propietarios que arrancaban su título de mercedes reales y muchas poblaciones que explotaban ejidos desde la época de la conquista eran arrojados de sus tierras, por medio de escoltas militares al servicio de las compañías deslindadoras, casi todas norteamericanas. Así se perdieron enormes zonas en Sonora y Sinaloa y en Chihuahua y Tamaulipas.

El recurso de los tribunales era nulo, además, por lo dispendioso de los litigios y porque la Suprema Corte de Justicia y aun los Juzgados de Segunda y Primera Instancia dependían directamente del Dictador, que en todos los casos importantes mandaba la consigna secreta, la orden para que el fallo se diese por consideraciones de política, en favor de los más influyentes y los más poderosos.

La administración de justicia, así corrompida, se convirtió en instrumento, no sólo de las grandes empresas, sino también del gran hacendado, que coludido con el gobernador, el Ministro, se apoderaba, sin recurso, de las tierras adyacentes a la suya, tierras de pequeños propietarios incapaces de defenderse o de comunidades indígenas cuya titulación defectuosa estaba, además fuera de la ley por virtud del Código de Juárez, que no reconoce personalidad a las congregaciones.

La tierra pasó así cada vez a menos manos.

En la industria, los monopolios más ilegales eran amparados por las autoridades más conspicuas. Gobernadores hubo como el de Chihuahua que llegaron a poseer toda la harina del Estado, y en seguida, para venderla a su gusto, impusieron contribución a las harinas procedentes de otras regiones. Así, en todos los órdenes, el privilegio y el abuso imperaban en medio del silencio más vil. Pues jamás hubo libertad de prensa. Siguiendo el sistema hipócrita que fué característico de la época, no se castigaba a nadie por delitos de prensa, pero los escritores independientes eran arruinados, eran encarcelados con fundamento de acusaciones falsas de orden criminal privado, o eran muertos a palos

quemados vivos, sin que la justicia se preocupara de castigar a los culpables, casi siempre señores poderosos que nombraban ellos mismos a los jueces. Como que ningún puesto, ni el de diputado al Congreso, fué en los últimos tiempos fruto de elección popular. Era sabido y aceptado que la lista de los diputados a Cortes, la formaba el Dictador con sus partidarios más serviles. Y a nadie asombraba que un señor cualquiera representase en la Cámara distritos que nunca había visitado.

Las cifras de la prosperidad porfiriana son, a primera vista, impresionantes. Las tomamos del libro de Bulnes, "El Verdadero Díaz". Las importaciones y exportaciones en mil novecientos diez excedieron de 499 millones de pesos. La balanza comercial, sin embargo, fué desfavorable en setenta millones de pesos. La minería produjo en 1910, la suma de 124 millones. La producción de cobre fué de 26 millones, lo que dió a México el segundo lugar como productor mundial de este metal. El petróleo dió trece millones de pesos, en 1911. Las inversiones de capital extranjero se calculaban a fines del porfirismo en tres mil millones de pesos. Las fábricas de tejidos eran 135 y daban trabajo a 33,000 obreros en los dos centros de Orizaba y Puebla, sostenidos ambos con capital inglés, francés, español y mexicano. La planta eléctrica de Necaxa desarrollaba 125,000 caballos de fuerza. Las reservas del tesoro ascendían a setenta millones. La moneda había alcanzado el precio fijo de medio dólar por peso... La impresión se reduce a su justo valor si comparamos estas cifras con las de la estadística argentina para la misma época.

En 1910, la Argentina, con una población de poco menos de siete millones de habitantes, o sea la mitad de la de México, tenía un movimiento de importación y exportación de ciento cuarenta millones de libras esterlinas, o sea más de setecientos millones de pesos, casi el doble de México, y si se considera la población, cuatro veces más que México, ¿en dónde está la causa de esta enorme diferencia? Simple y sencillamente en que la Argentina ya no tenía un Porfirio Díaz. A su último caudillo lo habían liquidado por los cuarentas y en vez de gobiernos militares, habían regido el país hombres capaces, designados por

el voto, como Sarmiento y Mitre y Sáenz Peña. Imagínese, pues, lo que hubiera sido el progreso de México sin los métodos dictatoriales abusivos del porfirismo. Para su normalidad, a México le faltaba una producción agrícola que nunca pudo establecer a causa de los latifundios improductivos y de los despojos de tierras, la inestabilidad agraria. Por eso se daba el caso de que aun el maíz era importado de los Estados Unidos.

En la misma era porfirista, el Brasil, gobernado democráticamente durante varias generaciones, dirigido por estadistas de la talla del Barón de Río Blanco, se había levantado a la categoría de la primera potencia latina del Continente, con territorio mayor que el de los Estados Unidos y una población de treinta millones de habitantes. Cosas semejantes pudo hacer México sin la plaga del militarismo que le hizo perder a California y lo ha tenido desgobernado durante más de una centuria.

Y, en resumen, al final de un siglo de Independencia, México había dejado de ser la primera potencia del Nuevo Mundo, como lo fuera en los siglos diecisiete y dieciocho, para caer al tercer o cuarto lugar, después de los Estados Unidos, el Brasil y la Argentina.

En cultura general también decae México durante el siglo diecinueve. Su tradición de antorcha del Continente latino ya no puede sostenerse, ante las grandes figuras sudamericanas de Sarmiento y Alberdi, Bello y Montalvo. El pensamiento se atrofia en las dictaduras. Gracias apenas a los poetas Gutiérrez Nájera, Othón, Nervo, Díaz Mirón y Urbina, México se salva de la mediocridad que en los demás ramos es la regla de la época. Los escritores más notables del porfirismo fueron Justo Sierra y Francisco Bulnes. Este último dejó obra considerable y plena de talento, aunque dañada por su servilismo a la tesis evolucionista, que era el dogma de la época. Justo Sierra inició tarea notable en educación pública, pero no pudo llevarla a cabo por falta de fondos y de autoridad.

En general, las instituciones de enseñanza, como Colegios y Bibliotecas, padecieron por causa de las leyes de Reforma, que les veda tener bienes propios. Y por causa del robo de conventos e iglesias. Pues resultó que en vez de construirse palacios

y edificios adecuados, como se hizo en todo el mundo, gracias a la ola de prosperidad de la época, nuestro país se conformó con alojar Bibliotecas, como la Nacional, en antiguos templos, magníficos para el culto, completamente inadecuados para sala de lectura y de estudio. Esto mismo ocurrió en materia de escuelas, hospitales, asilos. Con pocas excepciones, como el Manicomio General, el Hospital General y un Asilo de Pobres, todavía la mayor parte de nuestras instituciones de beneficencia y de educación se alojan en los bellos edificios de la Colonia que fueron todos edificios eclesiásticos admirables, con patios que invitan a la meditación, pero totalmente inadecuados a las necesidades modernas de higiene y trabajo. Tal es el resultado de construir sobre el despojo, sobre el atropello. Ni los despojados ni los despojadores se benefician y todo queda como impregnado de un corrosivo que anula los más bien intencionados esfuerzos. Mientras nosotros mal adaptábamos conventos robados, en Río de Janeiro, en Montevideo, en Buenos Aires, se levantaban construcciones suntuosas para la enseñanza.

Se obtiene una idea comparada del México porfirista y el resto del mundo, en ciertos relatos de viajeros, por ejemplo, el del francés argentino Groussac, que nos visitó a fines del siglo. Su libro, Viaje Alrededor de la América, relata los ocho días que pasó en la capital de nuestra patria. El estilo de Groussac es romántico y florido, bien tropical, pese a la tenacidad con que él atacaba a los otros de su propia tendencia, a la que llamó "el floripondio". Pero uno de sus raptos de lirismo se le puede perdonar por justiciero, y es cuando exclama más o menos: "¡Perdón, oh Diosa Libertad, porque te he ofendido!... Alguna vez, explica, he deseado para mi Argentina un gobierno fuerte, capaz de unificar a los partidos y de encauzar el progreso nacional... Pero después de pasar unos días en esta atmósfera de cuartel, en este pobre México silencioso y aterrorizado, me retracto y vuelvo a gritar: ¡Viva la Libertad!" Y se regocija de no tener que vivir en semejante ambiente. tan distinto del de la Argentina de su época. Hay en Groussac mucha insensibilidad artística, pues no encuentra una palabra de elogio, no advierte siquiera la hermosura de los edificios coloniales que no tienen paralelo en

el Sur, ni observa el panorama sublime de México, pero su sentido político de francés civilizado, descubrió en seguida la llaga. La llaga incurable del militarismo que, todavía en ciudades y pueblos, echa abajo de la acera a los transeúntes, porque en la casa que ocupa en tal o cual manzana, el General Jefe de las Armas, duerme la siesta y, mientras, un grupo de centinelas malencarados, recorre la acera con rifle y bayoneta calada al hombro.

No tiene razón Bulnes cuando, repitiendo la tesis evolucionista, imagina que en cada país y en cada época gobiernan los aptos. Lo que a nuestro pobre México caracteriza es la continuidad del gobierno de los ineptos. Constantemente la sociedad ha sido superior a su gobierno. Y esto se explica porque cada gobierno es una imposición del campo, y peor aún, una imposición de caudillos y demagogos que arrojan sobre las poblaciones civilizadas ejércitos de mercenarios indígenas analfabetos. Se portan entonces estos usurpadores peor que lo haría un ejército extranjero, pues no tienen liga alguna con la población urbana, ni siquiera la de la simpatía que el extranjero culto suele sentir por cada población nueva. Y toda nuestra población desarmada, es así la víctima perenne de tribus feroces, al servicio de aventureros. Armar a las ciudades para que no estén a merced de estas razzias seudo revolucionarias, es una necesidad y un remedio. El servicio militar obligatorio que acaba con el profesionalismo de la milicia, es, sin duda, otro de los más urgentes cambios.

En todo caso, el gran acierto de Madero fué advertir que la sociedad, al civilizarse, había rebasado a su gobierno, y exigía un gobierno según métodos cultos.

Y en la condena general que es preciso hacer del porfirismo, únicamente veo dos rasgos que aminoran su responsabilidad: La política de conciliación que, con todos sus defectos de hipocresía, produjo una tregua en la lucha religiosa, y el apoyo dado a la inmigración de los españoles que bajo el porfirismo volvieron a tener entre nosotros consideraciones y capitales, trato preferente y patria.

Por haber roto en estos dos puntos esenciales el programa de Poinsett, puede declararse que, con todos sus crímenes, fué

el de Díaz uno de los pocos gobiernos mexicanos que hemos tenido desde la Independencia.

No persiguió curas ni gachupines; al contrario, procuró incorporarlos a nuestra convivencia. En esto reveló Díaz su mexicanidad, su patriotismo, su casta no corrompida por el morbo extranjero.

La serie de los negocios torpes y escandalosos del porfirismo es inenarrable, según los propios apologistas del régimen: (Bulnes. "El Verdadero Díaz"). Casos hay como el de la desecación de la Laguna de Xico, enorme despropósito que originó el derroche de siete millones de pesos en beneficio de un favorito y no logró contrariar la obra de la Naturaleza que había creado aquel vaso natural, cuyo empleo en la irrigación de tierras libres, un poco más abajo, era obvio. También sobre la pretendida honestidad de Limantour se dan en el libro de Bulnes testimonios como el de la quiebra Jacobi, a que el gobierno hizo frente para salvar el Banco de Londres y México, en el cual estaban interesados personajes de la administración. En el caso de los Bancos de Yucatán, el mismo Limantour, desoyendo el consejo honorable de D. Olegario Molina, hombre rico, capaz y amigo del régimen, autorizó la emisión de varios millones de billetes, sabiendo que las instituciones de referencia no podrían cubrirlos. Pero en la operación estaba interesado el hermano de Limantour. Las negociaciones ya mencionadas de la casa Scherer-Limantour, en la conversión de la deuda de los ferrocarriles, hubiera determinado en cualquier país de prensa libre, la caída del Ministerio. En México, todavía a la fecha hay quien aparenta ignorar estos sucios manejos del mejor financista de aquel régimen podrido. Y sobra quien dé como excusa el hecho de que quizás el Dictador no se dió cuenta, no pudo evitar estos fraudes colosales. Suponiéndolo así, la única conclusión legítima es que no debe nunca un país entregar sus intereses a la incapacidad, la irresponsabilidad de un Dictador inculto que no tiene más recurso que dejar la solución de los problemas del gobierno a segundones que nunca son ni de gran capacidad ni de gran honestidad, porque los hombres de primera huyen del tirano como de la peste.

FRANCISCO MADERO

Era de pura raza española; de estatura corta, de rostro barbado, de ojos grandes y luminosos, frente noble, gesto bondadoso y enérgico. Lo distinguía un trato sencillo y afable. Su pensamiento claro, profundo, se expresaba en frases precisas, nerviosas, rápidas. Viéndolo moverse en la pantalla del cinematógrafo, recordamos el tipo de esos políticos franceses, encumbrados a fuerza de talento y de honestidad. ¿Era un extraño en el medio nuestro en que el político de éxito ha de ser mudo y tortuoso como Porfirio Díaz, insensible y torvo como Plutarco Elías Calles?

Lo cierto es que Madero rompió una tradición, pero no logró crear una nueva. Con él nace y se extingue la esperanza de que aparezca un México dirigido por el espíritu, gobernado por la inteligencia al servicio del patriotismo. Los antecedentes de Madero también son distintos de los de todos los presidentes anteriores. Ni general ni licenciado, pero más valiente que los generales y más despejadamente inteligente que todos los licenciados de su tiempo, su educación es la del hombre de empresa, creador de bienes en la industria, productor en los desiertos nórdicos. Su abuelo, Evaristo Madero, ganó tierras a los indios bárbaros, creó poblaciones, inició cultivos, sembró vides, improvisó talleres. El padre, los tíos, los hermanos, fueron hombres que crearon riqueza. No ricos a la manera colonial mediante la explotación del trabajo ajeno en el latifundio, sino en la forma moderna del pionnier y el constructor, que enriquecen a otros al enriquecerse y aumentan los recursos de la zona en que viven. El mismo Francisco Madero, después de cursar la segunda enseñanza en Saltillo, en el colegio de los jesuítas, en Francia en

un Liceo, en California en una Universidad, regresó a México y sembró algodón; tuvo éxito, reunió una pequeña fortuna. No le ocurrió lo que a la mayor parte de los políticos y los generales, que del fracaso en la vida privada y de la más absoluta impreparación, saltan a los altos puestos del ejército y de allí al gobierno. Y aprenden a leer cuando llegan a Ministros, como se vió durante la administración callista. Tampoco había en Madero una sola fibra del dueño de la encomienda colonial, del terrateniente de la era porfirista, implacable con la peonada, codicioso en la merma del jornal, espléndido, despilfarrado en la juerga y los vicios. Se casó joven y no parece que las pasiones eróticas hayan perturbado su vida de modo anormal. En su rancho, no sólo mantenía satisfecho al labrador con el buen trato y el buen jornal, sino que, llevado de cierto franciscanismo que dominó toda su vida, él, como propietario, comía legumbres, dormía en modesto lecho, pero sostenía en la finca una especie de hotel de pobres donde se daba cama y comida a todos los jornaleros que pasaban por la región, necesitados.

La conciencia del deber cívico y la dignidad varonil lanzaron al propietario filántropo a la política. Por honrado y culto, lo eligieron sus vecinos candidato a Alcalde. Pero no contando con la venia del Agente Político de la Dictadura, la elección ganada fué desconocida, negada por el gobierno. Este fracaso abrió los ojos del joven ciudadano. ¿Cómo iba a ser posible que México prosperara, al lado de los Estados Unidos, si en los Estados Unidos la libertad era la regla y en México la mentira, la deshonestidad, el abuso eran los métodos? En los últimos años del porfirismo, la prosperidad era general. Sobraba el dinero y crecían cada año las cosechas de algodón en la zona lagunera, por Torreón y por San Pedro, la tierra del joven patriota. Y, sin embargo, no se construían ciudades, no existían los servicios públicos, no había escuelas ni hospitales. ¿Cuál era la causa de esta desigualdad entre el progreso de la sociedad y la acción gubernamental? Seguramente el régimen de dictadura que hace imposible la responsabilidad de los funcionarios, que cobija el mal y desdeña la conducta recta. México podría ser una gran nación, se repetía el patriota, con tal de que su sistema de go-

bierno alcanzara la altura de su desarrollo moral, espiritual y económico. A la economía de la encomienda, del latifundio, acaso correspondía todo aquel militarismo de Santa Anna a Porfirio Díaz; pero el renacer de la clase media, la aparición de la industria, los ferrocarriles, la vida moderna del país, todo estaba exigiendo una transformación del gobierno de la dictadura a la democracia.

En sus viajes por el extranjero, en el París de la colonia latinoamericana, Madero había tratado argentinos, colombianos, chilenos. Por ellos sabía que los países del Sur habían padecido también el caudillaje militarista pero lo habían liquidado. Y, ¿por qué sólo México no habría de realizar un progreso que ya la Argentina llevaba cuarenta años de haber cumplido? Era menester remover al país para que tomase conciencia de sus problemas; era preciso sacudir aquel ambiente de multitudes adormecidas ante los falsos prestigios del ídolo zapoteca que era Porfirio Díaz. Era menester predicar la buena nueva de la democracia, que iguala a los hombres ante el derecho, lo que ya es un paso cristiano y fecundo hacia la justicia; la buena nueva de la libertad, sin la cual no es posible ningún progreso verdadero. Poner en acción la democracia y crear la libertad. Esta era la primera necesidad del México porfirista.

Eso por lo pronto, y después, la reforma social en lo económico, en lo político y lo moral. Despertar el alma de la nación o crearle un alma a la pobre masa torturada de los mexicanos. El propósito inicial de Madero era muy distinto del de todos sus predecesores en la política nacional. Pues no predicaba Madero venganzas ni era un resentido. Pertenecía a la clase acomodada y bien pudo disfrutar de una larga exigencia sibarita o simplemente serena y dichosa. Pero aspiraba a más que a la dicha propia; lo movía el amor de sus compatriotas. Y fué el primero que no empezó su predicación lanzando "mueras". El horrible grito negativo de toda nuestra historia, el "mueran los gachupines" de Hidalgo y Morelos, que se había de transformar en el "mueran los reaccionarios" o "mueran los liberales", de la época posterior, y en los mueras de todas las oscuras contiendas que se han sucedido hasta la fecha, no ensució los labios del maderis-

mo. No se propuso Madero halagar a chusma alguna. No trató de lanzar a una clase contra otra; no era de la familia de los destructores. Dirigía su llamamiento a la clase inteligente y laboriosa de la población. Y fué el primero que para hacer la recluta de sus partidarios, dividió a la sociedad en buenos y malos, no en secuaces de banderías más o menos turbias. Y solicitó el concurso de los patriotas, los nobles de espíritu, los civilizados; los otros pronto quedarían reducidos a impotencia; avergonzados de sí mismos, condenados a caer con su pasado de odios, privilegios, injusticias. A puertas abiertas y con la mano tendida empezó su carrera, sin gritos de exterminio como el "grito de Dolores", sin pronunciamientos como los de Iturbide, Santa Anna, Porfirio Díaz. Nada de conspiraciones en la sombra; todo su corazón lo abrió a la luz y resultó que toda la República le cupo dentro. Madero edificó su posición de caudillo, pronunciando discursos. Y fué el primer político civilizado en nuestra pobre patria caída desde hace siglos en la angustia.

En 1908, al acercarse la sexta reelección, Díaz declaró a un periodista extranjero "que no aceptaría una nueva reelección; que ya era tiempo de que el pueblo mexicano tomase en sus manos su destino y que la misma oposición debería organizarse con un programa nacional". Hizo estas declaraciones para quedar bien ante la opinión extranjera y porque sabía que sus aduladores se apresurarían a rogarle que aceptara de nuevo el mando. Así lo hicieron, en efecto, los gobiernistas, publicando súplicas. En seguida, al periodista mexicano D. Filomeno Mata, que pidió a Díaz una entrevista para ratificar lo dicho al corresponsal yankee, le contestó Díaz que "sí figuraría como candidato reeleccionista". La respuesta la mandó por carta, pues no se dignaba recibir a los periodistas mexicanos. La mezquindad del dictador se vió patente cuando rehusó la propuesta de ciertos elementos oposicionistas que se conformaban con que hubiese libertad para elegir al Vicepresidente. No podía, en realidad, una tiranía ceder en un punto, sin que su autoridad se viniese abajo del todo. Pero los reyistas, facción gubernamental disidente, siguieron soñando. Se necesitó que el candidato vicepresidencial moderado, el general Reyes, fuese desterrado, para que el país se convenciera de que no había más camino que el señalado por

los antirreeleccionistas intransigentes: la lucha directa contra el déspota. Por su parte los porfiristas leales y los "científicos" adoptaron la candidatura vicepresidencial de un sujeto de malos antecedentes apellidado Corral.

La deserción de los reyistas del campo oposicionista dió a Madero su oportunidad. El país ansiaba cristalizar sus anhelos de liberación. Un libro de Madero, "La Sucesión Presidencial", vino a plasmar opiniones. Sostiene este libro la necesidad de que México se incorpore al régimen de la democracia. Incitaba al pueblo a renunciar a su apatía y a tomar parte en la lucha cívica. Y era tal su moderación, que aceptaba que Díaz se reeligiese, con tal de que tolerase la libre elección de un Vicepresidente. Pronto la prédica de Madero pasó del libro al mitin y al diario. En San Pedro, Coahuila, en Torreón y en la Capital, se organizó el Partido Antirreeleccionista con una directiva de ciudadanos nuevos en política: Madero, los licenciados Emilio Vázquez Gómez, Luis Cabrera, Federico González Garza, Roque Estrada, José Vasconcelos. En una jira política por los Estados, la primera en la historia democrática de México, Madero creó un verdadero partido independiente, dejando directivas en cada ciudad y en cada aldea. Tanto creció el movimiento, que Díaz tuvo una entrevista con Madero en la que pretendió engañarlo. De esa entrevista Madero salió resuelto a dirigir sus ataques directamente contra el Dictador. Se acostumbraba entonces acusar a algún Ministro de los males reinantes, pero dejando siempre a salvo la persona de Díaz. Este había sido el método de los reyistas, empeñados en atacar a los científicos. Madero inició una campaña de verdad y de franqueza. Señaló a Díaz como el verdadero culpable. La oposición se amedrentó primero, pero en seguida ganó la fuerza que se deriva de la verdad. Despertó el antiporfirismo. Entonces Díaz recurrió a la única arma que conoce la bestia política que hay en todo Dictador: el atentado. Encarceló a Madero después de uno de los discursos de éste en San Luis Potosí, meses antes de las elecciones, y no obstante que una Convención antirreeleccionista lo había hecho candidato a la Presidencia. Se verificaron las elecciones y Díaz y Corral fueron declarados vencedores por mayoría aplastante, mayoría,

por supuesto, falsificada. Pero en esta ocasión, gracias a la prédica maderista, los polizontes de la dictadura tuvieron que destruir las papeletas, con el voto de los maderistas. En anteriores reelecciones nadie acudía a las urnas. Ahora era evidente que se había violado el voto. Y esta violación sería el pretexto legal para el movimiento de protesta armada que se preparaba. Una nueva legalidad se había creado. Los oposicionistas a las reelecciones anteriores no habían logrado dar a su protesta el carácter de defensa de la acción democrática atropellada. Aparte de eso, los antiporfiristas de 1906, por ejemplo, encabezados por los hermanos Flores Magón, habían complicado la lucha cívica con programas de tinte anarquista, escuela Barcelona-Chicago, que alarmaban a la parte consciente de la nación. Madero supo formular un programa de clase media, un plan factible dentro del cual cabían todos los ciudadanos. Se llamó el Plan de San Luis. Establecía el respeto al sufragio y la no reelección presidencial, la restauración de las libertades públicas, el derecho de asociación de los obreros, la protección al trabajador, violentamente atropellado por Díaz en las huelgas recientes de Orizaba y Puebla. Preconizaba, además, la destrucción de los latifudios mediante la venta forzada de un tercio de su extensión; fomentaba la pequeña propiedad; prometía la restitución de las tierras ocupadas por las compañías deslindadoras. Y ponía término a la política de concesiones y despilfarros de los recursos de la nación a favor de negociantes extranjeros.

Escapando a sus cancerberos en San Luis Potosí, Madero se refugió en los Estados Unidos. Desde allí incitó al pueblo a la rebeldía. Respondieron al llamado grupos de rancheros y patriotas aislados de las ciudades. Aquiles Serdán en Puebla resistió en su casa a toda la guarnición porfirista y la tuvo en jaque durante todo un día con cinco compañeros y dos mujeres de su familia. Cayeron todos los hombres acribillados pero el país se conmovió. En el campo iniciaron la lucha Pascual Orozco y Francisco Villa, en Chihuahua; los Figueroa, en Guerrero; Moya, en Zacatecas; Bracamontes y Maytorena, en Sonora; los Gutiérrez, en Coahuila. Pronto Madero pudo entrar al territorio nacional para ponerse al frente de un grueso núcleo rebelde. Ante el empuje de la opinión, más bien que por desastres milita-

res, Porfirio Díaz, asustado por los gritos de la plebe que se aglomeraba frente a su casa, presentó la dimisión el 25 de mayo de 1911.

Los revolucionarios habían capturado a Ciudad Juárez a sangre y fuego, estableciendo en dicha plaza un gobierno provisional. En consonancia con la renuncia de Díaz, Madero dimitió como Presidente provisional, y se creó un gobierno interino encabezado por un diplomático del porfirismo, el señor De la Barra, cuya única misión era convocar a elecciones. Al gabinete del señor De la Barra entraron ministros maderistas. Porfirio Díaz se embarcó rumbo a Europa y Madero hizo su entrada triunfal de caudillo de la democracia mexicana, en la ciudad de México, el día seis de junio de 1911.

Aparentemente todo había cambiado. En las elecciones inmediatas, Madero no tendría contrincante. Pero el ejército porfirista había quedado en pie. Y el Presidente Provisional, De la Barra, ligado con el viejo elemento, se empeñaba en licenciar a las fuerzas maderistas, les corría desaires, las colocaba de modo que los choques con los federales fuesen inevitables. Un grupo de rebeldes del Sur, encabezado por Zapata, se negaba a reconocer a De la Barra. Madero quiso intervenir, pero sin éxito, y se abrió campaña militar cruel, contra los zapatistas. Entretanto, se organizaban partidos políticos, como el católico, que aun reconociendo a Madero como candidato presidencial pretendía imponer a De la Barra como Vicepresidente. Para contrarrestar la intriga, la ambición de los vencidos, se creó el Partido Constitucional Progresista con los leales a Madero. Tuvo necesidad este Partido de eliminar al Dr. Vázquez Gómez como candidato vicepresidencial, porque habiéndose declarado el doctor enemigo personal de Madero, no era justo ni democrático crear un gobierno dividido de antemano, ni obligar a Madero a gobernar con un rival. Se sustituyó en la Convención al Dr. Vázquez Gómez con Pino Suárez, y esta maniobra perfectamente legítima dentro de los métodos usados en toda democracia, fué aprovechada por la oposición porfirista para envenenar al pueblo con la patraña de la imposición. Que en este caso no lo era, sino libre y legítima conveniencia del partido que sería

gubernamental. Se verificaron pacíficamente las elecciones en octubre de 1911 y De la Barra se retiró del poder, no sin haber dejado bien sembrada la semilla de las discordias futuras.

Uno de los más grandes errores de Madero fué el haber continuado licenciando las fuerzas irregulares que le habían dado el triunfo, quedando, en consecuencia, a merced del viejo ejército porfirista. Por tacañería administrativa no se dió a los licenciados ni siquiera una compensación adecuada a sus servicios. Nada tiene de extraño, pues, que pronto estallasen las sublevaciones. Haciéndose eco del descontento de los ex revolucionarios, y seducido por la intriga de los porfiristas, Pascual Orozco se rebeló en Chihuahua. Pronto fué vencido, pero la columna de ejército encargada de batirlo, a las órdenes de Victoriano Huerta, llegó a constituir peor amenaza que la misma sublevación.

Otro gran error del partido maderista, en el que Madero no tuvo culpa, fué la poca honradez de la mayoría parlamentaria, toda maderista, al calificar las credenciales de la minoría oposicionista. A los católicos, que hubieran sido buenos aliados del maderismo, se les cercenó la representación al Congreso. La libertad de prensa, que pronto llegó al libertinaje, no sólo abultó los errores del gobierno, sino que se empleó en la calumnia, el descrédito de la administración. Los grandes diarios, al servicio de los anunciantes extranjeros abrieron campaña virulenta contra el nuevo régimen porque éste abolió monopolios y granjerías. Así, por ejemplo, en tiempos de Limantour, todas las máquinas de escribir del gobierno debían comprarse a precio sobrecargado, a cierta empresa extranjera que abonaba comisiones a los funcionarios. Madero ordenó que todas las compras se hicieran por remate público. Y el negociante perjudicado, dueño o accionista del principal periódico en inglés de la ciudad, se convirtió en jefe de la pandilla extranjera antimaderista. Pronto la Legación Americana se convertiría en el centro de las conspiraciones, irritada por la primera disposición agraria de Madero que fué: *la prohibición de enajenar terrenos nacionales a un solo individuo o empresa, en extensión mayor de cinco mil hectáreas.* Esta disposición, que echaba abajo toda la política porfirista en materia agraria, colocó al elemento extranjero en oposición violenta contra el nuevo régimen.

Los calumniadores de la tribuna y la prensa acusaban a la revolución maderista de haber sido financiada por petroleros americanos. Lo cierto es que la "Standard Oil" fracasó al pretender llevar adelante un contrato de oleoducto. "El Aguila" empresa inglesa que se había hecho multimillonaria a la sombra del porfirismo, advirtió también en seguida que ya no habrían más concesiones de zonas inexploradas enormes, y puso su influencia del lado de los enemigos de Madero. El mejor mentís a la calumnias de la ayuda extranjera para la revolución maderista está en el hecho de que no otorgó Madero, en todo su gobierno, un solo contrato ventajoso para alguna gran empresa yankee. ¡Sin duda por eso, todas le fueron adversas!

Para resolver el problema agrario y dar tierras a los que las necesitaban y para restituir las despojadas, nombró Madero una Comisión Agraria que, de haber perdurado, hubiera resuelto el problema en términos prácticos y justos, sin las confiscaciones arbitrarias y el caos que han venido después. Sin embargo, el no prestarse a la política de despojos, fué motivo para que los malvados acusaran a Madero de traicionar el programa agrario de la revolución.

Al amparo de las libertades maderistas se crearon en México las primeras uniones obreras, como la de los ferrocarrileros y las de los obreros textiles de Orizaba y Puebla. El gran capital extranjero, alarmado, se puso contra Madero. No supo ver que la caída de éste provocaría una reacción popular vengativa y extremista. Las clases privilegiadas añoraban el porfirismo y no podían imaginar para México otro sistema de gobierno que el de la fuerza bruta empeñada en someter a esclavitud a catorce millones de seres, en beneficio de la aristocracia méxico-extranjera de no más de veinte mil propietarios feudales. Y en vez de adaptarse a la nueva situación, lo que les habría salvado buena parte de sus intereses, se dedicaron a minarla. ¡Otro hombre fuerte, un Porfirio Díaz joven, tal era la esperanza de los enemigos de la patria!

El clero se distanció de Madero, no porque éste atentara contra las prácticas benévolas que se habían conquistado al amparo de la política porfirista, sino porque Madero no reprimía

las prédicas anticatólicas de ciertos agitadores. No reprimió Madero ni las prédicas ni los escritos dirigidos contra su persona y sus familiares, porque entraba en su programa el más escrupuloso respeto a la emisión del pensamiento.

Los Tribunales, libertados de la consigna porfirista, purificados en su personal, funcionaron con mayor equidad que en ninguna otra época de la historia de México.

El presupuesto de Educación Pública, que en tiempos de don Porfirio no pasaba de ocho millones, llegó a trece en el segundo año incompleto de la administración maderista. Y la acción de la Secretaría se extendió a la población rural, por primera vez desde la época de los misioneros.

En materia hacendaria, Madero continuó la política de Limantour de acercamiento a Europa, más bien que a los Estados Unidos. Las tarifas equitativas hacían de las ciudades mexicanas centros cosmopolitas a donde concurrían los productos de toda la tierra con ventaja cultural manifiesta sobre los Estados Unidos, cuyas tarifas exageradas, excluyendo lo europeo, imponen las imitaciones, los productos inferiores de la localidad.

Bajo una administración moralizada, destruídos los monopolios, la industria florecía legítimamente y la prosperidad beneficiaba al mayor número.

En toda la historia de México nunca hubo gobierno más autónomo, más respetuoso de la libertad, más ajeno a toda la influencia extraña, que el gobierno de Madero.

Era Madero creación de la nacionalidad. Por lo mismo, dependía del pueblo, es decir, de la masa entera de los mexicanos y no del ejército, no de las logias, no de ningún poder oculto inconfesable.

Por primera vez en cien años, México disfrutaba un gobierno que desconocía, repudiaba, ignoraba el plan Poinsett.

Pues hasta una idea de Alamán revivió en la mente de Madero y fué la politica de acercamiento con las naciones de Centro y Sudamérica. Por primera vez bajo Madero, las representaciones diplomáticas de la América española tuvieron personalidad; ya no fueron un mero aditamento decorativo de las ceremonias

en que toda la atención la captaba el Embajador de Norteamérica. Más mexicano que Juárez, que nunca lo fué, más mexicano que Díaz, que lo fué a medias, de Madero puede decirse que fué el primer Presidente mexicano por la sangre y por el plan, orientado todo al beneficio de la nación, sin otro límite que el respeto de los derechos legítimos del extranjero.

Nada de esto convenía al Poinsett de la Embajada, que se llamaba por el momento: Henry Lane Wilson. Los negociantes yankees, el periódico yankee "The Mexican Herald" y la Embajada misma se convirtieron rápidamente en focos de agitación. Desde ellos, los antiguos porfiristas propagaban el descontento, preparaban el estallido armado.

No era posible derrocar a Madero por las armas. Dos revoluciones fuertemente apoyadas, la de Pascual Orozco y la de Zapata, sabían terminado en el más sonado fracaso. El país estaba en paz, sin necesidad de los métodos del terror porfirista; muy al contrario, con desprecio y negación de tales métodos. Una creciente ola de prosperidad volvía el futuro sonriente. No era tiempo de pensar en el hombre que sucediera a Madero en la presidencia, pero era evidente que estaba liquidada la era de los presidentes generales ignorantes y de los caudillos del zafarrancho y la montonera. El sucesor de Madero tendría que ser un hombre culto y preparado en la ciencia de las escuelas y la experiencia del mundo, podría resolver los problemas complicados del estado moderno. Gracias al movimiento maderista, México había entrado por fin al sistema de gobierno de los países sudamericanos, que como la Argentina y como Colombia o el Perú, excluyeron a tiempo a la barbarie del mando y crearon regímenes de nación civilizada. En lo de adelante la ley sería la norma. Y los más cultos, los más honestos, los más virtuosos conforme al patriotismo, serían también los ejecutores, los depositarios del mando.

Nada de esto convenía a los que todavía disfrutaban las grandes fortunas, los negocios deshonestos de la era porfirista. Tampoco complacía tal expectativa a los políticos despechados, a los militares ambiciosos, a la hez social que, con el imperio de la ley, perdía ocasiones turbias y quedaba al borde de la cárcel.

A la política poinsetista tampoco convenía un Mexico regenerado, civilizado; un México que pondría atención al problema de la conservación de los recursos nacionales, la distribución de la riqueza entre los hijos del país y la justicia para todos. Con un gobierno civilizado y patriota como el de Madero, las leyes de Reforma también tenían los días contados. La rama *filosófica* del poinsetismo se hallaba, pues, inquieta. Y se juntaron todos los morbos, y reconociendo que de por sí eran impotentes resolvieron cobijarse bajo el poderío de la nación que nos ha estado enviando a los Poinsett. Allí estaba el Poinsett de la hora dispuesto a salvar la obra del primero. En la Embajada Americana, bajo la presidencia de Henry Lane Wilson, empezaron a reunirse los conspiradores.

Al tener de ello noticia, Madero se alarmó; después pensó que no tenía el caso mayor importancia porque faltaban apenas unos meses para la toma de posesión de Woodrow Wilson, recién electo candidato demócrata. En los Estados Unidos, la opinión de las mayorías, siempre generosa, se inclinaba en favor de Madero y del nuevo régimen. Comprendían instintivamente los norteamericanos de buena fe, que un México regenerado, progresista, sería mejor vecino y buen amigo que un México salvaje, sometido a despotismos crudos. Desde luego, no es toda la nación americana quien apoya la política desintegradora de los Poinsett. El mismo Presidente electo, Woodrow Wilson, estaba ya en correspondencia amistosa con Madero. Y éste pensaba: el primer favor que pediré a Woodrow Wilson es el retiro del Embajador Henry Lane Wilson. No contaba con que también. del lado de sus enemigos, había prisa por aprovechar los servicios del Embajador que, por lo mismo que se había condenado al retiro quería aprovechar sin escrúpulos el último momento de su gestión. Y así fué como pocas semanas antes de la toma de posesión de Woodrow Wilson, se concertó el "Pacto de la Ciudadela", discutido y firmado en las oficinas de la Embajada.

Los dos caudillos que la oposición enfrentaba a Madero, el general Bernardo Reyes y Félix Díaz, estaban presos en la Penitenciaría de México, después de haber sido derrotados vergonzosamente, el primero en Tamaulipas, el segundo en Vera-

cruz. Madero había perdonado la vida de ambos, fiel a su resolución de no imitar los métodos sanguinarios que han manchado nuestra historia. Otro de los jefes del ejército porfirista, Manuel Mondragón, había sido perdonado también por Madero, que lo absolvió de un antiguo proceso por malversación de fondos. Se hizo este Mondragón el cerebro de los conspiradores. El nueve de febrero de 1913, dos regimientos de Tacubaya y los cadetes de la Escuela Militar de Tlalpan, asaltaron la Penitenciaria para libertar a Félix Díaz, después de sacar de la prisión de Santiago Tlaltelolco a Bernardo Reyes, y en seguida, al frente de las tropas, atacaron el Palacio Nacional. Una escasa guardia reunida de prisa bastó para ponerlos en fuga, quedando muerto sobre el asfalto el general Reyes. Los sublevados, con Félix Díaz y Mondragón a la cabeza, lograron refugiarse en la Ciudadela, mediante la complicidad de algunos jefes de dicho centro militar.

El Palacio quedó en poder de Gustavo Madero, que avisado de la situación, se había introducido en la madrugada para organizar a los defensores. El general Lauro Villar, Jefe de la Plaza, leal soldado, quedó mal herido en el breve combate. A las pocas horas, el Presidente Madero, seguido del pueblo que lo aclamaba, atravesó de Chapultepec a Palacio, a caballo, instalándose en el despacho presidencial. Después de lo cual la ciudad quedó tranquila, el país estaba en paz. La rebelión había fracasado. Los seiscientos o setecientos hombres que seguían a Félix Díaz se vieron cercados, aprisionados en el edificio de la Ciudadela, sin esperanza de auxilio, puesto que nadie respondió a su llamado de rebelión en ningún sitio del país. Hubiera sido cuestión de dos o tres días lograr la rendición incondicional de los felicistas, si no fuese porque circunstancias funestas se atravesaron, determinaron la caída del régimen más ilustre de toda la historia nacional.

A la herida de Lauro Villar, se atribuye, no sin razón, el cambio inesperado y trascendental de los acontecimientos. Para reemplazar al general Villar, Madero contaba con jefes adictos como el general Angeles, pero la situación era urgente, y Angeles se hallaba en el Estado de Morelos concluyendo la pacificación después de derrotar a Zapata. Entre los que se presenta-

ron a ofrecer su espada al gobierno, estaba Victoriano Huerta, el de la campaña victoriosa contra Pascual Orozco en Chihuahua, y a quien todo el mundo señalaba como envidioso, desleal y comprometido en la conspiración acabada de fracasar. Madero no tenía en contra de Huerta ninguna prueba y sí, al contrario, existían públicas y reiteradas expresiones de una lealtad que se había demostrado antes con hechos. En un momento decisivo para su vida y para el destino del país, Madero consumó la prueba peligrosa de armar a Judas, entregándole su confianza.

El Judas Huerta sonrió, abrazó públicamente a Madero y tomó el mando del Palacio, el mando de la Plaza; en seguida, con el pretexto de que necesitaba fuerzas suficientes para atacar a los sublevados, empezó a ordenar movimientos de tropas en todo el país; todo bajo la tolerancia inepta de un Ministro de Guerra que no supo cumplir con su deber. Y así comenzó la llamada Decena Trágica. Días de angustia nacional y de incertidumbre y confusión, pues nadie se explicaba que el ejército entero, y las fuerzas auxiliares y el gobierno todo, estuvieran impotentes y dedicados a tiroteos esporádicos, en contra de un grupo de ochocientos hombres encerrados en una posición que un par de cañones modernos, podía derribar en unas cuantas horas. Una explicación del enigma es que la diplomacia intervino en auxilio de los alzados. El Embajador Lane Wilson envió la advertencia de que se consumarían desembarcos de marinos yankees en Veracruz, si un solo americano era muerto o molestado por el combate que se desarrollaba en el corazón de la ciudad.

Mientras tanto, Huerta metió a Palacio tropas adictas, dejando a Madero convertido en prisionero de hecho. En uno de los asaltos a la posición de los sublevados, Huerta usó dos regimientos de auxiliares maderistas; los lanzó a caballo, a media calle para que fueran ametrallados por los defensores de la Ciudadela, que, previamente advertidos lograron acribillarlos. La traición fué tan patente que el público empezó a desconfiar y circularon por el país las especies más contradictorias: Que ya no era Félix Díaz el jefe de los enemigos del Gobierno, sino el propio Huerta, que tenía preso a Madero, y concentraba tropas en la capital para hacerse definitivamente del

mando. En efecto, en esos días surgió el Pacto de la Ciudadela. Representantes de Victoriano Huerta y de Félix Díaz se reunieron durante la noche en la Embajada yankee y formularon un convenio de rufianes: La lucha seguiría en la ciudad simulada, en tanto llegaban fuerzas desleales, como las de un tal Aureliano Blanquet, y otras que servirían para imponerse a los del Gobierno. Madero sería obligado a renunciar. Victoriano Huerta quedaría de Presidente interino y Félix Díaz se presentaría candidato a las elecciones que deberían verificarse pocos meses después. Para preparar el ánimo del público se hacían correr versiones alarmantes, se exasperaba a la población con tiroteos que causaban gran cantidad de víctimas entre los no combatientes.

Y el Embajador en persona enseñó su juego cuando, unido a buena parte del cuerpo diplomático, empezó a exigir la renuncia de Madero a la Presidencia. Quizá no hay en toda la historia de América un caso más peregrino. El Embajador de Estados Unidos, apoyado por los navíos de guerra fondeados en Veracruz y en Tampico, reclamó públicamente la renuncia del Presidente, con el pretexto de que los combates por la posesión de la manzana de casas de los sublevados en la Ciudadela *ponían en peligro la vida de los vecinos del barrio extranjero de la ciudad.*

A todas estas exigencias inicuas, Madero contestaba con la mayor firmeza, con heroísmo cívico nunca superado en nuestra historia. Jamás ninguno de los Poinsett que nos han gobernado, escuchó palabras más levantadas y serenas, más justicieras y dignas. Pero así como el primer Poinsett contó con un Zavala, para preparar la conquista de Texas, el Poinsett Henry Lane, disponía nada menos que del general en jefe de todo el ejército nacional, Victoriano Huerta, el incalificable beodo de la más negra página de nuestra historia lamentable. Disponía también Henry Lane de un grupo de senadores, políticos corrompidos del viejo régimen porfiriano que se sumaron al cuerpo diplomático para pedir la renuncia de Madero. La intervención de estos senadores daba a Victoriano Huerta, la sombra de justificación legal que la infamia necesita para hacerse presentable. En la tarde del dieciocho de febrero, horas después de que los senado-

res habían pedido la renuncia, Victoriano Huerta de por sí y ante sí, mandó aprehender al Presidente. No se atrevió a hacerlo en persona. Comisionó al coronel Jiménez Riveroll, que acompañado de una escolta penetró a la Sala de los Consejos de Ministros. En el momento en que intentaba apresar al Presidente, el oficial de Estado Mayor, Garmendia, en cumplimiento de su deber, mató a Riveroll. La escolta hizo fuego sobre el grupo de civiles que rodeaban al Presidente, matando a un particular y retirándose. El primer episodio del crimen quedó a favor de la justicia, gracias a la valentía de un buen soldado. Otros muchos, sin duda, se hubieran afiliado al Presidente de haber podido hacerlo, pero ya era tarde. Al intentar Madero abandonar el Palacio el general Blanquet, cómplice de Huerta y hombre de antecedentes sombríos (según fama, el que pegó el tiro de gracia a Maximiliano), puso enfrente de Madero todo su batallón; luego, amenazándolo con la pistola, lo obligó a rendirse, lo llevó preso al cuarto de guardia del Palacio.

Pocas horas antes, Gustavo Madero, invitado a comer por Huerta en un restaurante del centro, fué plagiado y entregado a los sublevados que lo asesinaron después de mutilarlo y vejarlo.

Tan pronto Madero y los Ministros quedaron presos, Huerta mandó tocar las campanas de la Catedral y salió al balcón de Palacio. Habló a las pocas gentes que allí se reunieron, expresando que había destituído al Presidente, *por convenir así a la patria*, y que se hacía del mando y mandaría abaratar las provisiones, obsequiar al pueblo. El hombre estaba borracho, según su hábito. A las pocas horas, Félix Díaz abandonó la Ciudadela al frente de sus tropas y en desfile macabro, atravesó la Ciudad, entre los aplausos de la seudoaristocracia corrompida, desecho del porfirismo. En Palacio se abrazaron los dos felones.

Los diputados al Congreso, convocados a punta de bayonetas, sesionaron esa noche para legalizar la situación creada. Madero consintió en firmar su renuncia, por fuerza mayor y porque se le prometió que sería respetada la vida de sus partidarios a cambio de su sacrificio político. No supo que horas antes había sido victimado su hermano. Entre los diputados sólo hubo seis que se negaron a aceptar las renuncias de Madero como

Presidente, de Pino Suárez como Vicepresidente, y votaron contra la elección de Victoriano Huerta como Presidente interino. La cobarde actitud de la mayoría de la Cámara, sirvió de pretexto para que los militares prestaran todos, obediencia a Huerta, en vez de rebelarse contra quien traicionaba a su Jefe y a las Instituciones.

Temeroso de incurrir en responsabilidades ante su propio Gobierno, el Embajador Wilson exigía que se respetase la vida de Madero. Y estuvo dispuesto el tren que debía conducirlo a Veracruz. Pero supo Huerta que el general Velasco, jefe de la guarnición del puerto y hombre de honor, se disponía a recibir a Madero con honores de Presidente. Asustados los traidores ante el peligro de una justa reacción popular, y aun militar, en Consejo de Ministros resolvieron el asesinato de Madero. Junto con Pino Suárez fué muerto Madero de un tiro en la cabeza, que le dió el policía Cárdenas, al ser trasladado por la noche a la Penitenciaría federal. El terrible suceso que tanta sangre había de costar al país, ocurrió el 22 de febrero de 1913, a las once de la noche.

Y mientras toda una facción se cubría de oprobio, Francisco Madero entró limpio a la historia. Uno de los pocos en quien puede fundar su orgullo la raza mexicana.

LA REVOLUCION CONSTITUCIONALISTA

Acaso sin el asesinato de Madero, el país hubiera soportado la dictadura que le imponía Victoriano Huerta. Otras semejantes ha padecido. Y pocas veces el ejército había demostrado tanta decisión y unanimidad para imponerse. La acción de la Cámara de Diputados al aceptar la renuncia del Presidente Constitucional y nombrar en su lugar al usurpador, justificaba la pasividad de los blandos, que suelen ser la mayoría. Pero el escándalo provocado por el asesinato del Justo, no sólo en México, en el resto del mundo, incitó a la acción reivindicadora, y la protesta armada no se hizo esperar. Los jefes maderistas que conservaban mando de las fuerzas auxiliares, fueron los primeros en desconocer a Huerta, movidos de patriotismo y también por la propia defensa, pues era evidente que no sólo Madero, también los cabecillas de su movimiento regenerador serían víctimas de la furia reaccionaria. Pronto se supo que se habían levantado en armas los Figueroa en Guerrero, los Gutiérrez en Coahuila. En Chihuahua, el Gobernador don Abraham González, moralmente la segunda cabeza del movimiento maderista, fué sacado de Palacio por los militares y asesinado, mientras era conducido en ferrocarril a la Capital. En Coahuila la Legislatura votó en contra del reconocimiento del Gobierno de Huerta, alegando lo que era obvio, la ilegalidad de la resolución de las Cámaras que habían obrado bajo presión. Y el Gobernador don Venustiano Carranza, no obstante su antigua filiación porfirista y después de alguna vacilación, se puso del lado del pueblo, desconociendo a Huerta y a su gobierno. La Legislatura de Sonora tomó medidas semejantes y las fuerzas auxiliares del Estado se declararon en rebeldía. Legalmente el caso era claro. El régimen cons-

titucional había sido interrumpido por obra del crimen. Recobraba el pueblo su soberanía. Y el mando debía confiarse a alguno de los gobernadores, alguno de los funcionarios legítimos que todavía conservaban poder. El número de fuerzas auxiliares que tenía a sus órdenes y la respetabilidad de su figura, concurrían en favor de Carranza. De suerte que, rápidamente, sin discusión previa, por acuerdo tácito, la parte sana de la Nación y los rebeldes, que cada día aumentaban, comenzaron a reconocer a Carranza como Jefe del País en su hora de angustia y de vigorosa purificación. El 2 de marzo de 1913 publicó Carranza el Plan de Guadalupe, que era un simple llamado a las armas bajo la jefatura del propio Gobernador de Coahuila, y con la mira de restablecer el imperio de la Constitución y derrocar, ajusticiar a los usurpadores. El Plan de Guadalupe significaba únicamente que la nación había hallado un Jefe, que la revolución vengadora se había unificado en torno a una autoridad legítima. El alma del movimiento seguía siendo Madero. Su retrato ostentaban las fuerzas constitucionalistas; su programa condensado en el Plan de San Luis, seguía siendo la doctrina de la hora, tanto en las filas de los revolucionarios que reconocían como jefe a Carranza, como en las filas de los rebeldes que en el Sur acaudillaba Zapata, cuyo propio programa, el Plan de Ayala, no era sino réplica del Plan de San Luis Potosí, formulado por Madero desde los días de su campaña contra Porfirio Díaz.

En seguida se vió que el gobierno de Huerta no resistiría la marea del descontento público. En el Estado de Sonora las fuerzas irregulares pronto se posesionaron de todo el territorio; en el Sur el movimiento armado creció impetuoso. Pero las vacilaciones, los errores tácticos de Carranza, debilitaron desde el principio la revolución. Y pudo Huerta organizar su ejército en poderosas columnas que expulsaron a los revolucionarios de Coahuila y se posesionaron de Chihuahua. No tuvieron igual éxito los de Huerta en Sonora. La columna federal que salió de Guaymas para deponer al Gobierno de Hermosillo, fué atacada y deshecha en la batalla campal de Santa María. De esa victoria surgieron los primeros caudillos militares de la revolución: Alvaro Obregón, Alvarado, Cabral. Ellos demostraron que el ejército de línea no era invencible y que no sólo la guerri-

lla, también el encuentro a campo raso podía ser favorable a la causa de la justicia.

En Coahuila, en cambio, el resultado fué adverso a los patriotas. Gruesos contingentes del ejército huertista lograron dispersarlos casi, a tal punto que Carranza, atravesando el país fué a refugiarse con los elementos armados de Sonora. En la capital de dicho Estado estableció el Gobierno Constitucionalista. Los grupos en armas se integraron en tres columnas que lentamente engrosaban y triunfaban: La de Obregón en el Occidente; la de Francisco Villa en Chihuahua y el centro, y la de don Pablo González en Nuevo León y Tamaulipas.

Favoreció la causa de nuestra legalidad el cambio de gobierno operado en los Estados Unidos. El Presidente Woodrow Wilson, hombre de ideales, se propuso deshacer el entuerto del mal Embajador que, inmediatamente, fué destituído al tomar Wilson posesión de la Presidencia en marzo de 1913. Al mismo tiempo, se negó a Victoriano Huerta el reconocimiento como gobernante constitucional de México. Y aunque no se prestó a los rebeldes ayuda alguna material, sí ganó mucho la rebelión por el apoyo moral que el gobierno y la opinión de los Estados Unidos prestaron. Esta simpatía y la hostilidad francamente manifestada en contra de Huerta, provocaron confusión en cierta parte de la gente. Pues los usurpadores que habían concertado su golpe de Estado en la Embajada yankee, comenzaron a hacerse aparecer como víctimas del gobierno americano a autonomistas, a la vez que a los revolucionarios constitucionalistas los acusaban de recibir apoyo del yankee para ganar el poder. El buen sentido patriótico predominó a la postre, y los ejércitos rebeldes, compuestos de voluntarios de todas las capas sociales, avanzaron ganando palmo a palmo el terreno de una patria que, con el triunfo del constitucionalismo, se lavaba la mancha de los crímenes huertistas.

En el campo de la usurpación la discordia hacía estragos. El compromiso de entregar el poder a Félix Díaz quedó abiertamente burlado después de una farsa de elecciones que dió motivo a que el Congreso, reducido a los diputados de filiación ex porfi-

rista, rogase a Huerta que continuara en el mando, hasta que pudiesen celebrarse elecciones nuevas.

Se verificaron otras elecciones en octubre de 1913, cuando ya buena parte del país estaba dominada por los carrancistas, lo que no obstó para que Huerta se declarara Presidente Constitucional. El gobierno de Norteamérica, en febrero de 1914, declaró el libre comercio de armas y municiones. Esta medida favoreció a los rebeldes que pudieron hacerse de elementos en *las mismas condiciones del gobierno huertista;* pero, en realidad, era una consecuencia ' rdía del no reconocimiento de Huerta y no un favor especial para los rebeldes. El diez de abril del mismo año, unos marinos yankees consumaron en Tampico un desembarco en territorio nacional. El comandante huertista los mandó arrestar; en seguida los libertó, pero se negó a dar satisfacciones por el arresto. El 21 de abril, con pretexto de impedir la entrega de un cargamento de municiones que el gobierno de Huerta había adquirido en Alemania, el puerto de Veracruz fue ocupado por los marinos de la escuadra yankee al mando del Almirante Mayo. Las tropas de línea abandonaron la población sin intentar su defensa, pero un grupo de particulares y varios cadetes de la Escuela Naval, perecieron en el heroico y desesperado intento de oponerse a la invasión armada. Por su parte, el gobierno de Carranza protestó del desembarco, no obstante que indirectamente le beneficiaba, y obtuvo del Presidente Wilson seguridades expresas de que no se trataba de ocupación en firme, sino de una medida temporal que cesaría tan pronto hubiese en el país gobierno legítimo y estable.

El general Villa, que solo se había creado un ejército, derrotó a los huertistas en Torreón y en Zacatecas y resolvió la situación con sus victorias aplastantes. En un último intento de salvar los intereses de sus amigos, Victoriano Huerta, vencido militarmente, aceptó las pláticas propuestas por diplomáticos del Sur en Niágara Falls, a efecto de consumar el retiro de las fuerzas yankees en Veracruz. En realidad, buscaban dichos arreglos, estorbar el triunfo de Carranza mediante la creación de un gobierno provisional híbrido. Carranza se negó a hacerse repre-

sentar en Niágara si en las conferencias se discutían cuestiones interiores de México, pues, expresó, debían limitarse a procurar que los marinos yankees desalojasen a Veracruz. Esto bastó para que los de Huerta ya no insistiesen en celebrar las conferencias. El avance de la columna de Obregón por Occidente obligó a Huerta a una nueva maniobra. Renunció a la presidencia y se echó a huir. Huyó como huyen sin honra nuestros caudillos, pretendiendo todavía crear sucesor en la persona del Lic. Carbajal. Los revolucionarios se negaron a tratar con el Provisional que también tomó las de Villadiego, y Carranza consumó la entrada victoriosa a la capital en julio de 1914. Su título era de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Pero sus funciones eran las de Presidente Provisional. El deseo de figurar en las elecciones presidenciales próximas, no obstante su papel de Presidente Provisional, lo llevó a deliberadas confusiones acerca del verdadero carácter de su cargo. Pues dado el rigor del principio de la no reelección, no podía un Encargado del Poder Ejecutivo, fuese cual fuese su título, figurar como candidato presidencial y menos en elecciones verificadas bajo su propia gobernación. Desde el principio se creó, pues, una posición de fraude manifiesto que hizo mucho daño a la reputación de aquel senador de la dictadura porfiriana que las circunstancias habían convertido, ya cerca de los sesenta, en jefe de una revolución que en sus manos se volvió caótica en la doctrina, feroz en sus procederes.

EL CARRANCISMO

Nunca la administración se había identificado con la persona del Jefe del Gobierno en forma tan rigurosa, y no porque fuese Carranza hombre de extraordinaria capacidad, sino porque el ansia del mando, la envidia de subordinados más capaces, lo llevaban a intervenir en la nimiedad de los detalles con perjuicio del despacho. Desde el principio la ineptitud de Carranza fijo. Cada quien la interpretaba a su modo. En Matamoros uno de los jefes militares, Lucio Blanco, expidió títulos de propiedad de cien o más hectáreas sobre tierras todavía no legalmente expropiadas; en el resto del país los diferentes jefes se contentaron con apoderarse de las propiedades rústicas que más les gustaron. En la región del Sur, dominada por Zapata, sustraída del todo a la autoridad de Carranza, no hubo mejor método. Se seguía allí de palabra el llamado Plan de Ayala, réplica del Plan de San Luis Potosí expedido por Madero, pero, en realidad, Zapata y sus jefes tomaron para sí las fincas.

Aparentemente y a juzgar por el nombre que ellos mismos se daban, los carrancistas traían por mira restablecer el imperio de la Constitución vigente que era la del Cincuenta y Siete. Pero precisamente, lo primero que hizo Carranza, fué salirse de esa Constitución al prorrogar indefinidamente su mando como Primer Jefe. Apenas triunfante, públicamente negó Carranza el constitucionalismo creándose una situación extralegal que denominó período "preconstitucional" que aseguraba debía servirle para introducir en el país las reformas que los tiempos demandaban. Comenzó, de esta suerte, a funcionar un gobierno que no reconocía más ley que los decretos expedidos por el Jefe, sin previa

consulta con cuerpo alguno legal y sin otro criterio que el cambiante de las circunstancias políticas del momento.

La falta de un programa preciso y el ejercicio del mando fuera de las normas constitucionales y de acuerdo con las conveniencias personales de quien, de hecho, se había constituído en nuevo dictador, dieron pretexto a la discordia. El grupo más numeroso de los enemigos que se había creado el Primer Jefe, se congregó en torno del general Francisco Villa, que por contar con fuerzas armadas propias, se sentía árbitro de la situación. El general Zapata, por su parte, no reconocía ninguna autoridad en Carranza a quien, instigado por los demagogos y tinterillos que lo rodeaban, calificaba de burgués y de reaccionario. Y el ejército de Occidente, al mando de Obregón, aunque sumiso a Carranza de nombre, en realidad sólo esperaba el rompimiento de las hostilidades para batir a Villa y quedar en seguida dueño del campo. Las únicas fuerzas leales en lo personal a Carranza eran las del general Pablo González, que, aunque numerosas, no tenían el prestigio de las sonadas victorias de Obregón y de Villa, ni contaban con posiciones inexpugnables como las de Zapata en el Sur.

Tan profunda llegó a ser la división de los distintos bandos, que pronto cada uno tuvo en Washington un representante independiente. Los de Villa querían que se convocase a elecciones para eliminar a Carranza; los de Carranza quería aplazar las elecciones durante un largo período de dictadura preconstitucional, y los de Zapata abogaban por una república indígena y un reparto de tierras, según el Plan de Ayala, no según comunismos o colectivismos que todavía ni apuntaban en el doctrinarismo nacional. En el fondo, cada uno de los tres bandos cortejaba el favor de Washington, o sea el reconocimiento de beligerancia que daba acceso al mercado de armas; cada uno aspiraba a hacerse de elementos de guerra para destruir a sus rivales. El gran ideal maderista de la unión de todos los mexicanos bajo un programa civilizado y legal, era generalmente relegado y cada uno luchaba por su ambición, cada uno bajo el antifaz de reformas sociales inauditas, exageradas, irrealizables.

En estas condiciones y en último esfuerzo para evitar el derramamiento de sangre, un grupo de patriotas ideó la celebra-

ción de una Convención Nacional Revolucionaria. Pese a la resistencia opuesta por Carranza, se celebró esta Convención en Aguascalientes, en el mes de octubre del año catorce.

Estuvieron representados en la Convención, todos los villistas, todos los zapatistas y la mayor parte de los generales de Carranza que públicamente desobedecieron a su jefe, tomando parte en las deliberaciones de la Asamblea. Redactó la Convención el primer programa revolucionario, un poco más avanzado en materia agraria y en materia obrera que el viejo Plan de San Luis Potosí. Las cláusulas agrarias fueron obra de los zapatistas que representaban entonces la tendencia más avanzada en materia de tierra, aunque sólo en teoría, pues tanto Zapata como sus generales y coroneles habían seguido el mismo sistema de los demás revolucionarios: apoderarse de las tierras que les habían gustado, para trabajarlas en beneficio personal. En lo político, la Convención de Aguascalientes resolvió que había llegado el momento de librar al país del caudillismo militar que ha ensuciado toda su historia y que, por lo mismo, debían cesar en el mando personal, tanto Carranza, como Villa y Zapata. Las fuerzas de estos tres jefes debían quedar a las órdenes del Ministro de la Guerra del Presidente que en seguida eligió la Asamblea. Cubriría este Presidente un interinato suficiente para convocar a elecciones que diesen al país un gobierno legítimo. Y recayó la elección en un General de modestos antecedentes militares, pero revolucionario honesto y despejado: D. Eulalio Gutiérrez. Sobre la bandera de la Asamblea, firmaron los generales Obregón y Villa y los representantes de Zapata, los asistentes todos, el compromiso de sostener a Eulalio Gutiérrez, por las armas si era necesario, y en contra de las ambiciones de los caudillos destituídos.

Apenas se hicieron públicos los acuerdos de la Asamblea, Carranza los desconoció y llamó a su lado a todos los disidentes. Villa y Zapata, por su parte, ofrecieron sus armas al gobierno de la Convención. Y la guerra estalló oficialmente entre convencionistas y carrancistas, aunque de hecho seguían disputándose el triunfo los mismos bandos irreconciliables: carrancistas, villistas y zapatistas. Y la Convención, que trató de agrupar

sus mejores elementos en torno a Eulalio Gutiérrez, quedó vencida con la deserción del general Obregón que, en vez de ponerse al frente de sus propias tropas de Sonora y Sinaloa para apoyar a Gutiérrez contra Villa, Zapata y Carranza, prefirio sumarse a Carranza a quien días antes había desconocido formalmente. Mucho daño hizo también que el Gobernador de Sonora, Maytorena, representado en la Convención, lejos de apoyarla sin distingos, se declarase partidario de Francisco Villa. Dadas estas circunstancias desde el principio, el Gobierno legal que era el de Gutiérrez quedó prisionero de Villa y de los Jefes zapatistas.

Expulsado Carranza de México por la fuerza de las armas, el gobierno de Gutiérrez ocupó la capital y consumó esfuerzos para realizar la paz y para moderar las matanzas que con fines de venganza consumaban de día y de noche bandas irresponsables de las fuerzas de Villa y de Zapata, reunidas en el odio a Carranza, divididas entre sí por rivalidades sombrías. Desoído de todos y decidido a salvar, por lo menos, el honor, el gobierno de Gutiérrez, en enero de mil novecientos quince, firmó un decreto destituyendo a Villa del mando de sus tropas, que eran, oficialmente, tropas del gobierno, y sosteniendo los acuerdos primitivos de la Convención, de desconocimiento de Carranza y de Zapata. Y no pudiendo resistir en la capital el empuje de los adictos a Villa y Zapata, rodeado de algunos miles de fuerzas leales, el general Gutiérrez abandonó la metrópoli con su gobierno a fin de establecerse en San Luis Potosí, donde lo secundaban las fuerzas del general Eugenio Aguirre Benavides. Firmaron el manifiesto en que se pedía apoyo a la nación contra los abusos de Carranza, Villa y Zapata, los Ministros de Guerra, José Isabel Robles; de Gobernación, Lucio Blanco, y de Educación Pública, José Vasconcelos, más los generales Mateo Almanza, Carlos Domínguez y otros patriotas.

Apenas abandonó Gutiérrez la capital, villistas y zapatistas improvisaron una Convención que decretó de por sí, la destitución de Gutiérrez y nombró Presidente Provisional, al representante de Francisco Villa. Y quedaron en el campo tres presidentes: Don Roque González Garza por la Convención nueva

y a las órdenes de Villa; Don Venustiano Carranza de por sí, y Don Eulalio Gutiérrez por la Convención de Aguascalientes. Los zapatistas se apegaron a Villa.

Carranza se hizo fuerte en Veracruz, que acababan de desalojar los norteamericanos para entregárselo y apoyado por los recursos de guerra que le enviaban de los Estados Unidos los activos agentes que tuvo en Washington. El gobierno de la nueva Convención, fundido en el villismo, logró dominar buena parte del país gracias a la acción guerrera irresistible del general Villa. Y el gobierno de la Convención enarboló por cerros y valles una legalidad trashumante que poco a poco acabó en dispersión.

En estas condiciones, el arbitro de los destinos de México llegó a serlo el Presidente Wilson, por la facultad que tenía de cerrar la frontera para el comercio de armas y municiones a la facción que no mereciese sus simpatías. Y como todos reclamaban el derecho de comprar municiones y el consiguiente reconocimiento de beligerancia, el Presidente Wilson declaró primero que sólo reconocería a la facción que crease un gobierno emanado del voto. Poco después, sin embargo, y contradiciendo su propia declaración, concedió el reconocimiento a Carranza.

Villa, desprestigiado por los atentados que en persona cometía y porque el Gobierno de Gutiérrez lo había puesto fuera de la ley quitándole toda autoridad moral, empezó a perder terreno; las municiones le escasearon por el Norte, y en el encuentro decisivo de Celaya, en abril del catorce, Obregón, al frente de fuerzas carrancistas, lo derrotó. Replegándose hacia el Norte, Villa se encontró con la frontera cerrada en materia de armas y parque, dado que ya sólo se vendían éstos al gobierno reconocido, que era el de Carranza. Se produjo entonces la dispersión de los villistas; avanzó el general Obregón hasta Torreón y Chihuahua, los antiguos dominios de Villa, y éste quedó convertido en merodeador infatigable por las montañas de Chihuahua. A su vez, Zapata se relegó a sus antiguas madrigueras del Sur, y Carranza pudo organizar un gobierno constantemente combatido, pero estable.

El reconocimiento de Carranza por el gobierno americano se efectuó el 19 de octubre: el diez de enero del año siguiente, 1916, fuerzas villistas que aún operaban en territorio de Chihuahua, consumaron una matanza de dieciocho americanos que regresaban a los trabajos de las minas, fiados en las seguridades de paz que daba Carranza. En marzo del mismo año, Villa, al frente de un grupo de jinetes, asaltó el pueblo yankee de la frontera de Nuevo México, Columbus. Lo incendió después de robarse la caballada de la tropa yankee. Este atentado, que Villa, en su inconsciencia, imaginó perjudicaría el crédito de Carranza como gobernante, constituía, en realidad un *casus belli* que no fué aprovechado por la nación del Norte a causa de que toda su preocupación se hallaba concentrada en la guerra europea. Se limitó, pues, el Presidente Wilson, a mandar una expedición punitiva, a cargo del general Pershing y con instrucciones de no ocupar ciudades mexicanas sino sólo los campos y caminos necesarios para capturar a Villa vivo o muerto. Ante la patente invasión de tropas extranjeras en nuestro territorio, Carranza tuvo que pasar por la humillación, no sólo de aceptar el caso, sino de hacer que sus propias tropas colaboraran con las de Norteamérica, que de esa suerte contribuían a consumar la imposición del carrancismo en nuestra patria. Para legalizar el caso, se inventó un expediente de cuistre, se desempolvó un viejo tratado que autorizaba a las fuerzas de policía de los dos países a cruzar la frontera en persecución de los indios bárbaros de época pretérita.

Los restos del villismo tuvieron que combatir con los soldados de Pershing y con fuerzas carrancistas convertidas en auxiliares de la tropa extranjera. Villa se enfrentó varias veces a sus perseguidores, fué herido y logró esconderse. Los vecinos de poblaciones como El Parral, hicieron frente a los soldados americanos que intentaban ocupar la ciudad. En una escaramuza en el pueblo del Carrizal, también por iniciativa de particulares, un grupo de fuerzas al mando del Coronel Gómez, que había sido Convencionista, se opuso al avance de un contingente americano, lo derrotó, y aunque pereció en el combate el jefe, sus segundos hicieron 18 prisioneros yankees. Por telégrafo ordenó el Pre-

sidente Wilson a Carranza que se pusiera en libertad a los prisioneros y así se hizo. La expedición Pershing se retiró al fin del país el 15 de enero de 1917, sin haber logrado la captura de Villa, no obstante haber empleado más de doce mil hombres en la persecución.

LAS REFORMAS DEL CARRANCISMO

Mientras Carranza se mantuvo de Jefe único de la Revolución, nunca quiso darle programa, nunca expresó sus ideas en materia política o económica. Así que se vió en Veracruz perdido casi y reducido a una porción de la costa de Oriente, pero en contacto diario con sus agentes de Washington, Carranza comenzó a formular leyes encaminadas a ganarse entre las masas la popularidad de que hasta entonces había carecido.

La primera ley trascendental fué la del 6 de enero de 1915, sobre restitución de ejidos, obra de D. Luis Cabrera, principal consejero del Dictador iletrado. Nulificaba dicha ley las concesiones de tierras hechas por el gobierno de Díaz, con perjuicio de los pueblos y comunidades indígenas, y restablecía la propiedad comunal sobre las mismas. El propósito político de esta medida fué dejar sin bandera al zapatismo que exigía eso mismo. A la vez, resultó curioso que una revolución que presumía de radical, iniciase sus tareas reviviendo la ley española sobre ejidos, contradiciendo la Ley de Juárez que había roto las comunidades y desposeído a los indios de sus tierras de servicio.

Al principio, la ley se quedó escrita; más tarde, sin embargo, y bajo las administraciones posteriores a Carranza, la ley de ejidos ha servido para dotar a un sinnúmero de pueblos, de las tierras necesarias a los más indispensables servicios de la comunidad. Uno de los malos efectos de las Leyes de Reforma ha quedado corregido con la aplicación o reaplicación de esta sabia ley heredada de la Colonia. En este punto y sólo en este, Carranza o más bien dicho, el carrancismo, se puso en contradicción con el Plan Poinsett que religiosamente observara Juárez. En todo lo demás, según veremos, el poinsetismo se impuso como nunca, avasallador.

Preocupado de imitar a Juárez aun en el detalle, Carranza

promulgó todo un cuerpo de legislación durante su estancia en Veracruz. En realidad, no era él quien llevaba la iniciativa. La ley de ejidos la provocó el zapatismo que echaba en cara a Carranza su descuido de la cuestión agraria. En la Convención zapatista de México, se votó una ley de divorcio exagerada en extremo, y pronto Carranza respondió en Veracruz con un decreto que legalizaba también el divorcio y modificaba la ley de relaciones familiares en puntos importantes como la ampliación de la personalidad de la mujer casada, etc.

El Presidente Gutiérrez había dado un decreto sobre autonomía municipal y, en seguida, en Veracruz, se legisló sobre la libertad de los municipios; libertad irrisoria mientras subsista el sistema militar de ejército mercenario que hace de cada teniente el árbitro de las cosas y los sucesos de las aldeas, así como cada general con mando es carga y azote de las ciudades. Y autonomía también imposible mientras la autoridad federal y la del Estado continúen el esquilmo de las aldeas que no deja posibilidad de tributación adecuada para los servicios del ayuntamiento.

LA NUEVA CONSTITUCION

Pero la legislación importante del régimen carrancista es la contenida en la Constitución que se promulgó en Querétaro el cinco de febrero de 1917. Los delegados a la Asamblea Constituyente fueron simples testaferros; los no afiliados abiertamente al Primer Jefe no podían votar ni ser electos para la Asamblea. Además, el país no estaba en condiciones de que hubiese elecciones. La expedición Pershing ocupaba el Norte del territorio; en el Sur seguía merodeando Zapata, y por todas partes la oposición armada al carrancismo subsistía más o menos debilitada. Todas estas circunstancias se aprovecharon para imponer a la nación un Código discutible desde todo punto de vista.

En lo político, la nueva Constitución conserva las garantías del hombre contenidas en la del Cincuenta y Siete, de la que es copia, a la letra, en muchas cuestiones, pero en lo que se refiere al Poder Ejecutivo, las facultades se aumentan hasta convertir al Presidente en un dictador de derecho. A cambio de este

aumento de poder que tanto interesaba a Carranza, en todo lo demás cedió dejando que demagogos y agitadores se diesen gusto imaginando que inventaban incluso definiciones nuevas del derecho de propiedad.

El período de las Cámaras legislativas se redujo a sólo cuatro meses, y, en cambio, se otorgaron al Presidente facultades discrecionales para confiscar toda clase de bienes a pretexto de interés público y porque se dijo: "la propiedad no es un derecho sino una simple función social". El resultado es que el Presidente Dictador tiene en sus manos, gracias al nuevo Código, no sólo, como de costumbre, las vidas de los ciudadanos, sino también sus propiedades. Y como las facultades de expropiación se delegan en toda clase de representantes, sucede que, todo aquel que tiene algo, vive bajo el terror de causar desagrado a los que mandan, gobernadores, jefes de armas, porque el pretexto de los repartos agrarios basta para dejar en la calle a los enemigos del gobierno y para enriquecer a los amigos. La inestabilidad en materia agraria ha sido la primera consecuencia de tan funestos principios. Consecuencia de esta inestabilidad es que los mexicanos enajenen sus propiedades a ciudadanos de Norteamérica, que ellos sí, cuentan con la protección de su gobierno.

Las disposiciones relativas a propiedad se encuentran contenidas en el artículo 27 constitucional, que tiene mucho de bueno en teoría, aunque casi todo impracticable como lo demuestra un ligero examen. Se reafirma en la mencionada ley el derecho del Estado sobre todas las tierras y aguas del territorio nacional y se ordena la subdivisión de los latifundios previa indemnización. Se autoriza a los pueblos a recobrar sus ejidos y se les reconocen derechos sobre los bosques y aguas utilizables. En resumen, las disposiciones contra los latifundios del artículo 27 son análogas al programa agrario ya contenido en el plan de San Luis, de Madero, pero lo que es torpe y malévolo en la Constitución carrancista, es el haber convertido la reforma agraria en arma política que el gobierno esgrime según conveniencias partidistas y no con sentido de reforma social justa. La situación se ha visto agravada por el hecho de que las indemnizaciones se

pagan en efectivo o a plazos, según que se quiera favorecer o aniquilar a la víctima.

Otra medida grave del artículo 27 es la que se refiere a declaración de la nacionalización del subsuelo en materia de petróleo. En rigor, esta declaración no es sino consecuencia de la tradición minera creada por el derecho español que quita al propietario y lo da al denunciante, el derecho de trabajar los minerales en todo el territorio nacional. Y fué de mala fe y para favorecer a los concesionarios petroleros, como se logró que la ley minera de la época de Porfirio Díaz, al hacer mención de las sustancias denunciables, *no incluyese el petróleo.* La revolución, en consecuencia, no hizo sino derogar una excepción a todas luces ilegítima, estableciendo que la propiedad del subsuelo es de la nación, no del propietario de la superficie, y que, por lo mismo, cualquiera persona puede obtener permisos para exploraciones petroleras en cualquier clase de propiedades. Pero existe el obstáculo de hecho de las concesiones petroleras otorgadas por Porfirio Díaz. Abarcan éstas casi toda la zona petrolífera, y están otorgadas a favor de los trusts más poderosos: la Standard Oil, la Shell. Era evidente, por lo mismo, que un país pequeño como México no iba a poder aplicar retroactivamente una ley justa pero que quebrantaba derechos adquiridos por intereses tan poderosos. Pero movió a Carranza el deseo de lucirse ante el público, el afán de ostentarse revolucionario para hacer olvidar su origen porfirista y el hecho de que él mismo había votado como senador de Díaz, en favor de los monopolios de la Standard y El Aguila, y aprobó leyes que todo el mundo sabía no llegarían a cumplirse, tal como estaban escritas.

Las nuevas disposiciones provocaron, en efecto, inmediata reclamación de la cancillería de Washington en representación de norteamericanos e ingleses, y Carranza nunca acertó a poner en práctica sus propias leyes en materia petrolera. Peor aún, en las postrimerías de su gobierno, se vió obligado a derogar permisos de exploración que él mismo había expedido en detrimento de las viejas concesiones porfiristas. Y la ley se quedó escrita y como amenaza que pronto descargó sobre administraciones posteriores.

Contiene también la Constitución de 17, prohibición de que los extranjeros posean tierras en una zona de cincuenta kilómetros sobre la línea divisoria. Esta medida era urgente en la frontera norte del país y aunque ha sido burlada en parte, su presencia en la ley es una advertencia y una necesidad elemental de la soberanía.

En materia educativa la Constitución carrancista contiene limitaciones a la libertad de enseñanza que hacen prácticamente imposible la subsistencia de la religión como doctrina que se trasmite a través de las generaciones. Los enemigos del cristianismo y de la civilización latina, los agentes subconscientes o conscientes del poinsetismo, aprovecharon en la Asamblea de Querétaro el rencor que entre los revolucionarios prevalecía contra el clero, a causa de la colusión de éste con la dictadura de Victoriano Huerta. Produjo este odio una legislación salvaje que no tiene par en ningún pueblo civilizado, según la cual es delito tácito practicar la doctrina de Cristo y enseñarla. En general, todas las medidas anticatólicas de las leyes de Juárez fueron exageradas en la nueva Constitución, en forma tan desleal y persecutoria, que el mismo Carranza nunca intentó aplicar rigurosamente el texto constitucional en la materia; prefirió proceder como don Porfirio Díaz y como Madero, con tolerancia al respecto, y considerando que son las de Reforma y sus derivadas unas leyes que no se justifican ante la sana razón. Pero la ley quedó escrita y no tardarían en llegar gobiernos antipatriotas y descaradamente poinsetistas que tendrían a gala aplicar la ley que ni Díaz ni Madero, ni Carranza, ni Obregón habían querido recordar.

El mismo Carranza, ya para caer, mandó al Congreso un decreto de fecha 23 de diciembre de 1918, en que se recomendaba a la Cámara la reconsideración de las disposiciones de Querétaro en materia de enseñanza religiosa, porque según el propio Carranza, "los ataques a la libertad de conciencia implícitos en el código de Querétaro, no tienen antecedentes en nuestras leyes, ni en ninguna otra legislación civilizada". Tardío arrepentimiento expresado en momentos en que el ex Primer Jefe salía de la capital, expulsado por la revolución.

Hasta aquí la labor teórica de Carranza.

De hecho, su gobierno estuvo constantemente hostigado por las reclamaciones diplomáticas ocasionadas no sólo por las leyes irreflexivas, las confiscaciones, también por los atropellos que en campos y ciudades cometían militares y funcionarios que con sólo el reconocimiento nominal de la autoridad de Carranza se garantizaban la impunidad para toda clase de abusos. Desde que se convirtió en Dictador descarado, Carranza se vió abandonado de los hombres sanos de la revolución y se rodeó de favoritos y segundones. La mayor parte de los militares probos dejó al Primer Jefe tan pronto se convirtió en Presidente por medio de una elección única en la historia, pues la misma Constitución carrancista expresa en artículo adicional, que no podrían votar los no carrancistas. Obregón, a quien Carranza debía el triunfo, se retiró a la vida privada manifestando que estaba asqueado de lo que veía en el Ministerio de Guerra carrancista. En Hacienda Pública fué tal la confusión, que el propio D. Luis Cabrera hubo de contratar los servicios de peritos norteamericanos como el célebre Kemerer, a fin de poner algún orden en el desbarajuste ocasionado por la incompetencia y la inmoralidad.

En la Aduana revivió Carranza métodos santanistas, ya echados en olvido. En efecto, se puso a otorgar permisos para la libre importación de cargamentos de artículos. Estos permisos, con la firma del Primer Jefe se vendían y revendían. El personal administrativo, severamente depurado desde la época de Limantour, fué echado en masa a la calle, para dar sitio a los amigos, protegidos y parientes de Carranza, que a fuer de "revolucionarios" se sentían autorizados para prescindir de la obligación de rendir cuentas. El propio Carranza nunca quiso confesar el número y valor de las emisiones que consumó de papel moneda de diversas denominaciones. El desconocimiento del papel moneda que él mismo emitía, y el saqueo de las arcas de los bancos de emisión, determinaron la devaluación total del papel moneda y billetes de banco, y la quiebra de toda una generación, la pérdida de los ahorros de todo un pueblo. Pues naturalmente fueron las clases populares las más afecta-

das. Todo el que guardaba algunos pesos en plata, y en muchos casos éste es todo el ahorro de los indios y la clase media pobre, se vió obligado a canjear la plata por el papel del gobierno que a pocas semanas quedaba oficialmente nulificado.

Los funcionarios del carrancismo consumaban el canje fraudulento apoderándose del oro y la plata que en seguida remitían a sus depósitos particulares en los Bancos del extranjero. La inmoralidad así creada, fomentada, premiada, se contuvo a la caída de Carranza y al ascender Obregón al mando, pero dejó el precedente funesto que en seguida permitiría a Calles situar millones en oro a su cuenta particular de Londres y a tantos otros de los suyos llenar otra vez las cajas del extranjero con el metal acuñado de los mexicanos.

El estado de insurrección se hizo crónico. Un famoso bandido, Chávez García, se paseó durante meses por el centro del país conquistando poblados y aun ciudades, saqueando las casas, violando sistemáticamente a todas las mujeres capturadas, sembrando a su paso la desolación. Carranza, entre tanto, desde su Palacio de la capital repartía grados de divisionario entre los miembros de un ejército que no tuvo más misión que defenderlo de sus enemigos. Uno de estos enemigos, el General Zapata, jefe de la rebelión suriana, fué asesinado en una emboscada, modelo de felonía. Y al autor de la traición lo ascendió Carranza a General.

Al enemigo noble que siempre fuera el general Angeles, lo capturó una partida carrancista, lo condenó a muerte un Consejo de guerra de beodos carrancistas; lo amparó, suspendiendo la ejecución, la Suprema Corte, y Carranza mandó telegrama al jefe militar ordenándole que pasase sobre el acuerdo de la Suprema Corte. Y el general Angeles fué fusilado. Casos semejantes abundaron hasta hacer jurisprudencia.

En la capital los favoritos del régimen ostentaban lujo de nababs. Los más importantes negocios se arreglaban con la intervención costosa de tales sujetos. Y es opinión general que nunca, ni en los días de Manuel González, la inmoralidad administrativa alcanzó las proporciones del carrancismo.

Y como todo Dictador, Carranza intentó cargar al futuro

con su cuenta de responsabilidades. Los millones que había derrochado en las emisiones de papel moneda; el constante abuso de las facultades extraordinarias, o sea la práctica de hacer los gastos, cobrar los impuestos, sin llevar cuenta precisa, sin rendir nota alguna al poder Legislativo; las ilegales órdenes de ejecución de sus enemigos; el caos que había creado, el odio que latía en la Nación, todo esto obligaba a Carranza a crearse un sucesor obediente, ya que no se atrevía a violar la ley prolongando el período de su mando. En realidad, el mando precario que ejerció de sólo cuatro años, era fruto de un convenio interesado y piadoso. Para salvar el amor propio de Carranza y a la vez para asegurar el porvenir, el general Obregón había consentido en que Carranza se hiciese nombrar Presidente, con exclusión de los votos de los no carrancistas, durante cuatro años en vez de los seis que entonces otorgaba la Constitución. Aceptó Carranza la presidencia recortada, pero no se decidía a tolerar una elección libre que preveía tendría que favorecer a Obregón. Fabricó entonces un candidato, D. Ignacio Bonillas, persona honorable pero sin popularidad. Y esta imposición electoral dió el pretexto.

Ansiosa de salir de Carranza y de sus sistemas, la opinión general prestó su apoyo al general Obregón que lanzó su candidatura presidencial y a imitación de Madero consumó una jira electoral por todo el territorio. Los mejores hombres de la revolución salieron de su abstención para sumarse al obregonismo. La fuerza principal de Obregón se hallaba, sin embargo, en el ejército. Obregón, caudillo improvisado en la guerra civil, aunque de talento natural muy despejado, no podía, por su ignorancia, su falta de preparación cultural, llegar a ser un estadista, pero se creyó que bien podia representar en nuestra historia el papel del general Urquiza en la Argentina, liquidando el militarismo, ya que había vencido a todos los generales y preparando el terreno para las administraciones civiles a cargo de hombres eminentes, como los que han hecho el progreso de las naciones hermanas del sur. Obregón no estuvo a la altura de esta misión y acabó por convertirse en otro general más, otro dictador, pero en los días de su campaña presidencial, él mismo

hablaba contra el militarismo y prometía libertades. Y el pueblo optó, como lo hacen a menudo las sociedades enfermas, por la línea de menor resistencia; se acogió a la promesa vaga de Obregón, ya que no tenía fuerza para descubrir y para crear un auténtico portaestandarte de la capacidad y el patriotismo.

Antes de llegar a las elecciones, Carranza, temeroso de que la discusión de su gobierno siguiese adelante, deseoso de aniquilar al enemigo en sus comienzos, encarceló a Obregón. Uno de los Secretarios de Estado de Carranza, el general Calles, dejó a su jefe, para ir a sublevar las fuerzas auxiliares de Sonora. Otros jefes militares se rebelaron tomando como pretexto, hasta cierto punto legítimo, el encarcelamiento del candidato independiente, y Carranza se vió obligado a huir de la capital seguido de unos cuantos amigos y partidarios. Al internarse en su fuga por la sierra de Puebla, una escolta que le había fingido adhesión, lo asesinó. Al día siguiente sus acompañantes y adictos firmaron documentos afirmando que no había asesinato; que Carranza se había suicidado. Como quiera que fuese, Carranza cayó bajo la ley antigua: "el que a hierro mata a hierro muere", tal como había tratado a un sinnúmero de rivales. Y el país se sintió aliviado de que, por lo menos, uno de sus dictadores hubiese pagado con la muerte la cadena de sus iniquidades.

EL INTERINATO DE ADOLFO DE LA HUERTA

Antes de que Carranza pereciera en su fuga, los alzados de Sonora legalizaron su movimiento poniéndolo bajo la dirección del Gobernador local, D. Adolfo de la Huerta. Un poco después, las Cámaras Federales nombraron Presidente Interino Constitucional al mismo personaje, y Obregón hizo su entrada a la capital al frente de las fuerzas que se habían rebelado en el sur. Todo no fué sino un cuartelazo en grande, que por una vez coincidía con los anhelos de la población, dispuesta a ensayar cualquier cosa con tal de ver proscrito y escarmentado el carrancismo.

Don Adolfo de la Huerta, hombre honorable y que había pasado por las aulas, creó un gobierno de conciliación nacional. Abrió las puertas del país a todos los desterrados; devolvió su libertad a la prensa y a los Tribunales, disipó la atmósfera de terror en que se había vivido bajo el carrancismo. En acuerdo tácito con Obregón, que era el caudillo triunfante y el consabido presidente de las elecciones que estaban próximas, organizó De la Huerta un gabinete de hombres capaces y honorables. Al tomar posesión Obregón, casi no se modificó el personal de los Secretarios de Estado. Lo mejor de la revolución y del país colaboró con Obregón en las primeras etapas de su gobierno. La circunstancia de que la administración obregonista no contaba con la venia de Washington, no tenía compromiso alguno con el exterior, le aumentó la popularidad. Pues era sabido que el candidato derrotado, el Sr. Bonilla, ex embajador en Washington, gozaba de la confianza del departamento de Estado de Norteamérica, que le consideraba un simple continuador de los com-

promisos no escritos, pero fielmente observados, por Carranza, en asuntos pertinentes a norteamericanos. Obregón nada intentó que hostilizase al gobierno americano; al contrario, con su claro sentido práctico, expresó la necesidad de cumplir con todos los compromisos internacionales. Pero las fuerzas del poinsetismo no estaban satisfechas. La educación pública, que bajo Carranza había pasado a manos de los protestantes, fué rescatada y organizada sobre amplias bases nacionalistas por el C. José Vasconcelos. Y surgía, además, el problema que se deriva de los artículos absurdos de la Constitución. ¿Los pondría en obra Obregón, aun tratándose de extranjeros o imitando en esto a Carranza, dejaría que se volviesen letra muerta?

ALVARO OBREGON

Era Obregón alto, blanco, de ojos claros y apariencia robusta, frente despejada, tipo de criollo de ascendencia española. Su talento natural era extraordinario, pero jamás había salido de la aldea y su cultura superior era nula. Dedicado a los negocios del campo y a la política local en la cual sirvió de Alcalde de su pueblo bajo Porfirio Díaz, tenía Obregón la preparación de la clase media pueblerina que lee el diario de la capital y media docena de libros, principalmente de historia. Las ideas revolucionarias, que en algunos otros "generales" producían un caos mental, a Obregón lo dejaban sereno; pues era un convencido de los métodos moderados y su aspiración más profunda era imitar los sistemas oportunistas de Porfirio Díaz. Por eso nunca aplicó las leyes bárbaras de la Constitución contra el clero. Tampoco se puso a hacer experimentos descabellados en materia agraria, y aunque ayudó a los obreros, no tuvo que ponerse a cortejarlos, en ansia de popularidad, como más tarde haría Calles. Obregón era un militar nato, un capitán comparable a Cortés y, sin duda, el mejor soldado de México después de don Hernando. Y como todos los verdaderos capitanes, era militar estricto en campaña, pero amigo de las formas civiles en la vida ordinaria y en el gobierno. Aunque ya había mostrado crueldad en las represalias que deshonran la victoria, el trato de Obregón era afable y le ganaba amigos. Poseía el talento superior que permite rodearse de consejeros capaces, y aunque su comprensión era rápida, sus resoluciones eran reflexivas. Los primeros años de su gobierno determinaron progreso notorio de todas las actividades del país. La agricultura y el comercio prosperaron bajo una paz que no era fruto del terror, sino de la tranquilidad

de los espíritus y de la ausencia de atropellos gubernamentales. Por lo menos, dejaron de ser éstos la regla, como bajo el carrancismo y el callismo, para hacerse la excepción.

Jefes de armas y protegidos cometerían abusos y aun crímenes, como el plagio y asesinato de Lucio Blanco fraguado por Calles, y los asesinatos y estupros cometidos por los generales Serrano y Gómez, que por una aberración del juicio público habrían de resultar candidatos a la Presidencia y mártires. En general, sin embargo, el gobierno fué decente. Y como si la buena estrella que siempre acompañaba a Obregón quisiese excederse, en los años de su gobierno la producción petrolera alcanzó proporciones que pusieron a México en segundo término en la producción mundial, así es que el tesoro estuvo abundante y hubo dinero, no sólo para satisfacer la codicia de los militares que constantemente exigían gratificaciones y sobresueldos, sino también para emprender algunas obras de utilidad pública. En el gobierno de Obregón se empezaron a construir las carreteras de Puebla y de Acapulco y se comenzó la de Laredo.

Por su parte, la compañía del Sud Pacífico dejó terminada la comunicación ferrocarrilera de la costa de Occidente.

En Educación Pública, bajo un programa nacionalista y libre de odios religiosos, se emplearon por primera vez, bajo Obregón, hasta cincuenta millones de pesos al año, que si no son mucho en comparación de la Argentina, por ejemplo, o de Cuba, sí constituyen excepción en nuestro pobre país que siempre gasta el setenta por ciento de sus rentas en soldados que nunca han sabido defenderle el territorio. Las escuelas de la época de Obregón, el Ministerio de Educación que entonces se creara, son el orgullo de aquella administración y también del movimiento revolucionario entero que no tiene obra constructiva comparable a la indicada.

Al finalizar el período de Obregón y en seguida bajo Calles, el presupuesto de Educación quedó reducido a veintisiete millones. La labor de educación de las masas urbanas y de la población rural fué entonces defraudada para gastar el poco dinero disponible en propaganda extranjera. Y a falta de escuelas que merezcan el nombre y con perjuicio de los sueldos de los

maestros que fueron reducidos, el callismo se dedicó a pagar todo ese cúmulo de libros sobre México en que se falsean las estadísticas, se dan por existentes tantas escuelas que si sumásemos los proyectos ya habría más colegios que casas. Todo esto es parte de la corrupción que vino después. Los primeros años del obregonismo vieron, bajo el Ministerio de Vasconcelos, el primer esfuerzo serio para educar a un país que carece de sistema de enseñanza desde que la Reforma desquició las Instituciones todas, sin crear cosa alguna digna de reemplazar el brillante pasado.

La Hacienda Pública, bajo la dirección honorable del ex Presidente De la Huerta, volvió a moralizarse como en los tiempos de Díaz y de Madero, salvo en secciones como Tampico donde subsistieron los feudos de los militares. Aunque parcialmente dominados por el prestigio personal de Obregón, seguían éstos constituyendo la lacra de la administración y se preparaban para el reino sangriento que habrían de disfrutar un poco más tarde bajo el callismo.

Hubo de parte de Obregón cierto respeto de las libertades públicas y si se cometieron asesinatos políticos bochornosos como el del general Francisco Villa y el de Lucio Blanco ya citado, lo más probable es que Obregón no interviniese en ellos, pues era Calles quien aspiraba a la Presidencia y deseaba deshacerse de rivales.

En materia religiosa, Obregón se limitó a no recordar las tierras a numerosos pueblos, pero sin abusar de las confiscaciones que no empleó como medida de venganza política.

Las organizaciones obreras legítimas obtuvieron toda la consideración del gobierno y ganaron poder bajo una administración que no ocultaba sus simpatías obreristas, ya fuese en el Ministerio de Industria y Trabajo, ya en el de Educación.

En materia religiosa, Obregón se limitó a no recordar las prescripciones salvajes de la Constitución carrancista; funcionaron escuelas católicas y sobrevivieron los conventos. Sólo un incidente escandaloso se produjo con la expulsión del Delegado apostólico Sr. Filipi, provocado por los enemigos de la paz en México y con pretexto de un monumento a la fe, levantado en el centro del país, a imitación de obras semejantes construídas en otros mu-

chos países y que sólo en la tierra de Juárez producen la impresión de un atentado a la conciencia pública. El monumento fué dinamitado por los agentes del poinsetismo. En seguida, con pretexto de que se habían producido manifestaciones externas del culto, se impusieron multas y se puso en la frontera al diplomático papal ya citado.

Pero en Educación Pública, Obregón no impidió la cordialidad de relaciones y aun la colaboración que su Ministro buscaba con todas las instituciones del país sin exceptuar a los elementos del clero católico. Tampoco evitó Obregón que ciertas iglesias y propiedades volvieran a poder de la Iglesia, en vez de ser entregadas, como lo hizo el juarismo, a los agentes del protestantismo. En casi todos sus actos procedía Obregón como mexicano independiente del plan de Poinsett, ajeno a él. Su sangre era buena y su alma se mantenía castiza. El manejo puro de los fondos públicos y cierta magnanimidad en el ejercicio del mando, habían levantado la fama de Obregón a gran altura. En muchos aspectos su gobierno fué incoloro aunque no dañino.

¡Pero lo perdió la ambición!

Había esperado todo el período de Carranza para ser Presidente y los cuatro años de su gestión le parecieron cortos. La no reelección era precepto riguroso, que acababa de costar mucha sangre. No le quedaba otro recurso que gobernar por interpósita persona. Para lograrlo, se decidió a contrariar la voluntad nacional que ambicionaba elecciones libres. Y para asegurarse la popularidad necesaria a un retorno, después del interregno simulado, resolvió hacer catastrófico dicho interregno. Al efecto eligió entre sus subordinados al más desprestigiado, al más impopular, al de peores antecedentes, a Plutarco Elías Calles. Ni siquiera por su nacionalidad, de origen desconocido, estaba capacitado Calles para la presidencia. Sus partidarios del mundo oficial empezaron a inventar que era maestro de escuela, pero nunca se ha sabido en qué Escuela Normal obtuvo grados. Lo que consta a todos es que fué jefe de policía de la aldea de Agua Prieta, donde abusando de la anarquía revolucionaria, acostumbraba mandar colgar a los reos del orden común y a sus enemigos personales sin forma alguna de juicio. En la revolución había figurado Calles siempre en posición subordinada y Carranza lo

había levantado a la categoría de Ministro, tan sólo porque se le mostró incondicional en el conflicto con Villa. Sin embargo, de Ministro de Carranza pasó a ser uno de los jefes de la rebelión contra Carranza. Se le conocía como defensor apasionado de la Constitución carrancista del diecisiete, especialmente en sus cláusulas poinsetistas del odio a la religión del país. ¿Existía en su sangre algún sedimento de rencor musulmán contra Cristo, según lo sospechaba el pueblo que siempre le llamó el Turco?

Lo cierto es que no concurrían en Calles ni siquiera los requisitos del militar afortunado que gana batallas, y así se abre paso a la Presidencia. Pero azuzado por Obregón, y abusando del poder que le daba su cargo de Ministro de Gobernación, Calles se empezó a formar partido. Un partido de funcionarios públicos y de obreros de las fábricas del gobierno que fueron forzados dentro de una organización llamada Confederación Regional Obrera. Con estos apoyos ficticios y una propaganda demagógica descarnada, incitando al indio contra el blanco, al pobre contra el rico, al obrero contra el patrón, Calles, ya enriquecido durante su gestión de Gobernador de Sonora y futuro millonario, se convirtió en el supuesto abanderado del obrerismo, esperanza de los indios, caudillo de los protestantes y poinsetistas y ahijado favorito de la "American Federation of Labor" de Estados Unidos.

El país, horrorizado de que un hombre de esta índole se hiciese del mando, así fuese como simple testaferro de Obregón se inclinó casi con unanimidad a la candidatura presidencial de D. Adolfo de la Huerta, que en su breve actuación anterior había demostrado honestidad, prudencia y bondad. Las maniobras de Obregón en el seno del ejército, removiendo a los jefes que mostraban su repudio a Calles, y esto hicieron los principales, los mejores jefes, determinaron generalizada rebelión. Más del sesenta por ciento de las tropas revolucionarias, conscientes de que la revolución se había hecho, entre otras cosas, para garantizar el sufragio efectivo, se insurreccionaron contra Obregón, que era el autor de la exigencia en favor de Calles. Desgraciadamente, la insurrección se adelantó a las elecciones, se produjo cuando aún no se había consumado imposición alguna y a los jefes delahuertistas les faltó concierto; cada uno tenía ambiciones propias y

Obregón, con su habitual pericia guerrera, los fué derrotando en detalle. Luego, en la victoria, se mostró feroz, haciendo ejecutar sinnúmero de generales. Nunca había corrido tanta sangre para imponer a un Presidente. Las batallas de Esperanza contra los delahuertistas, y de Ocotlán contra la división del Gral. Estrada, son otras tantas manchas de quien había asaltado el poder, para evitar que Carranza consumase una imposición presidencial.

Pero hubo algo peor. Había sido orgullo de la administración de Obregón el haber podido sostenerse más de tres años sin el reconocimiento expreso del gobierno de Washington. Este vacío había servido para librar a Obregón de la presión de las reclamaciones. Y como el país, estaba contento con su gobierno, las rebeliones, organizadas desde Estados Unidos, no prosperaron contra el obregonismo, no obstante que no había nadie en Washington que defendiera sus derechos. Pero apenas Obregón se divorció del pueblo por su capricho de imponer a Calles, la preocupación, la necesidad del reconocimiento yankee se le hizo inaplazable. Al hacerse impopular no podría sostenerse sin el apoyo norteamericano.

Y aquí fué donde Washington tomó desquite. Para conceder el reconocimiento puso condiciones; por ejemplo, la derogación de las leyes agrarias en lo que hace a los intereses de yankees y el reconocimiento de la no retroactividad de las leyes de petróleo, en lo que afectasen a compañías extranjeras. La pretensión era inaudita porque Carranza, que expidió esas leyes, había sido reconocido por Washington y ahora se exigía de Obregón, que no las había aplicado, que además las derogase. Pero más grande era la necesidad que Obregón tenía de abrirse la frontera americana en materia de parque y armas para la lucha que sabía tendría que sostener para la imposición de Calles.

Llegaron a México los delegados del Departamento de Estado, señores Warren y Paine, y después de una prolongada serie de discusiones obtuvieron la firma de los tratados Warren y Pani, por el nombre del Ministro de Relaciones de Obregón que los aprobara, D. Alberto Pani. Redactados estos convenios en forma larga y difusa, según conviene a la interpretación del más fuerte, en esencia estipulan que, en caso de expropiación de tierras de

norteamericanos, "el pago de lo expropiado se hará en efectivo y no en bonos de la deuda agraria". El resultado inmediato de tal acuerdo era que ya no se pudiesen expropiar las tierras de los norteamericanos, porque no teniendo el gobierno efectivo disponible para las indemnizaciones, hubo de abstenerse de expropiar. Pero como los mexicanos y los españoles no estaban amparados por los Protocolos ya dichos resultó que la exención a favor de los americanos no sólo protegió sus tierras, sino que los puso en condiciones de adquirir, a vil precio, las tierras de los españoles y los mexicanos que las vendían, antes de verse desposeídos por los políticos. Esto es precisamente lo que quería el plan Poinsett: la desaparición del español como propietario de la tierra mexicana y, en seguida del español, la desaparición también del propietario mexicano. De suerte que fué Obregón quien dió el primer paso para la total transferencia de la propiedad raíz de México en provecho de los norteamericanos.

Tan inicua resultaba la disposición del convenio Warren y Pani, que al llegar al Senado el documento, halló oposición. El obregonismo se hallaba a la sazón empeñado en la campaña militar contra los sublevados delahuertistas, y Obregón, desde Ocotlán, conminó al Senado. Un día resultaron plagiados varios Senadores en plena capital de la República. Cierta mañana el Senador Field Jurado, que había opinado contra los tratados, fué asaltado frente a su casa y asesinado a mansalva por agentes del gobierno que siguieron paseando su impunidad, a ciencia y paciencia de los Tribunales. Obtuvo Obregón la victoria en los campos militares y el Senado ya no discutió los tratados Warren y Pani, que tampoco pasaron por el Consejo de Ministros ni se dieron a la Prensa; se les aprobó en la sombra y bajo el terror de la ley marcial.

La primera declaración de Calles, al reanudar, después de sofocar la rebelión, una campaña electoral irrisoria, fué en el sentido de que "ratificaba y aprobaba en lo personal, el texto íntegro de los tratados Warren y Pani". La recompensa norteamericana no se hizo esperar. Todo un cargamento gratuito de armas y municiones envió el Presidente Coolidge a Obregón y Calles en los días angustiosos de la rebelión delahuertista. Años

después, en un agrio cambio de notas, el mismo Coolidge echaría en cara a Calles su ingratitud por este servicio del gobierno yankee que le había valido la Presidencia. (Declaraciones de 25 de abril de 1927.—Prensa Asociada.)

Por lo que hace a las reclamaciones de los petroleros contra la ley Constitucional que declara el subsuelo propiedad de la nación, los tratados Warren y Pani, modelo de confusión buscada exprofeso, para disimular las claudicaciones en ellas consumadas, estipulan que "no serán violados los derechos de los concesionarios anteriores al año diecisiete" y en último término refieren los casos concretos a la resolución de una "Comisión de Reclamaciones" que, en seguida, quedó constituída por representantes de los dos países, pero dominada por supuesto, por la Embajada de Norteamérica. Quien lee los convenios no advierte, forma alguna áspera; se limitan a obtener como de favor derechos que, en suma, dejan sin efecto los preceptos socializantes de la Carta Constitucional vigente.

El sostenimiento de las dictaduras de los últimos años se ha estado pagando, por lo mismo, con jirones de la soberanía nacional. Todo un nuevo sistema de dependencia política arranca de los tratados Warren y Pani, aprobados por Obregón para hacerse de elementos a fin de derrotar al pueblo, que repudiaba a Calles como Presidente.

PLUTARCO ELIAS CALLES

Inició su régimen de asesinatos y prevaricaciones el general Calles, el 1º de diciembre de 1924. Llamó poderosamente la atención que excursionistas norteamericanos en número de más de cinco mil acudieran al Estadio Nacional para presenciar la entrega nominal del mando que Obregón hacía a Calles. A la toma de posesión de Obregón no habían concurrido los norteamericanos en masa. Ostensiblemente el mayor número de los que fueron a agasajar a Calles eran delegados de la "American Federation of Labor", pero no podía, no debía esta institución sentir mucho entusiasmo por un hombre como Calles, que, siendo Gobernador carrancista de Sonora, había ametrallado obreros en Cananea y que en mismo cargo había mandado asesinar al líder socialista Lázaro Gutiérrez de Lara, miembro de la "American Federation". Lo que ocurría por el fondo, es que todas las fuerzas secretas del poinsetismo, se habían puesto en acción para robustecer la figura macabra del hombre que había prometido, a sus íntimos, aplicar al pie de la letra las prescripciones de la Constitución del 17, es decir, el programa íntegro del poinsetismo, a saber: la eliminación de los propietarios rurales españoles y mexicanos, la agitación obrera en contra de las industrias poseídas por europeos y mexicanos, y la persecución de la Iglesia católica, persecución que aviva la discordia, imposibilita la unión de la familia mexicana.

Bajo un ambiente de terror se consumó el cambio de mando, pero el país sintió algún alivio el comprobar que Calles era un prisionero. Todo el gabinete había sido nombrado por Obregón y a Calles no le quedaría sino la sombra del mando. Son, sin embargo, peligrosas estas situaciones aun para el mismo que cree

usufructuarlas. Se conformó Calles, al principio, con ser un testaferro, pero con astucia aprovechó la debilidad de Obregón por el dinero, y lo dejó hacerse de grandes negocios. Extensiones enormes de tierras de Sonora y todo un ferrocarril (el de Yavaros), pasaron a manos de Obregón, por obra de contratos pergeñados en la Secretaría de Hacienda. El monopolio del garbanzo no sólo rindió a Obregón fuertes sumas, sino que acabó por hacerlo odioso a la gente de Sonora, su propio Estado. Pues compraba Obregón a los productores según el precio que previamente hacía bajar, mediante la elevación arbitraria de las tarifas de exportación. En seguida, ya que era dueño de toda la cosecha, la Secretaría de Hacienda, sumisa a su mandar, bajaba o retiraba los derechos aduanales. También, aunque pudo irle a la mano, dejó que Calles se ensañara en su política de persecución religiosa, a fin de obligar a los católicos a ponerse de su lado cuando después de violentar una reforma Constitucional, volvió a presentarse candidato a la Presidencia.

Se entabló, en general, una competencia de desprestigio y de crimen entre los dos hombres que regenteaban a su antojo el país, quedando ambos peor que en descrédito, pero pagando en definitiva el país, en ruina y sangre, la antipatriótica pugna.

Calles no podía nombrar a su propio secretario, pero tuvo manos libres para aplastar las libertades públicas por medio de una serie de atentados brutales y sin precedente, aun en país de tiranías como el nuestro. Con lujo de fuerza, cierto diario de la oposición fué asaltado por polizontes disfrazados de obreros. Uno o dos redactores fueron muertos a tiros y parte de la planta quedó destruída; la policía llegó tarde. Al día siguiente, se obligó al diario victimado a publicar la versión de que, "los sindicatos, indignados por la política antiobrerista del periódico, eran los responsables del atropello". Nunca se dijo más del asunto. Personas de todas las clases sociales, por venganza ruin o por la menor sospecha de conspiración, eran sacadas de sus domicilios y llevadas a los cuarteles donde se consumaban las ejecuciones y se hacían desaparecer los cadáveres. A un joven acomodado de la ciudad de Monterrey lo había mandado fusilar Calles para demostrar "que también a los ricos sabía pegarles". Sobre la

ciudad de Monterrey puso el azote de su propia familia y de los más crueles jefes de armas. En visita que hizo a la metrópoli de nuestra industria, Calles injurió bajamente a la clase productora tildándola de judía, a la vez que él, conforme a sus compromisos secretos, abría las puertas a los judíos de Nueva York que se han apoderado del pequeño comercio y la pequeña industria del centro del país. La saña demostrada por el jefe del poinsetismo contra la ciudad de Monterrey parece explicable si se considera que es el único centro de la República en que fábricas, capitales, obreros y técnicos son exclusivamente mexicanos. Y no convendría al poinsetismo que toda la República se emancipase económicamente como Monterrey. El paso inmediato de la emancipación económica tendría que ser la emancipación intelectual y el retorno a lo hispánico. Contra todo lo tradicional se libraba guerra secreta, implacable. Y para poder desarrollar tal programa sin estorbos, se recrudeció el terror en todas sus formas. Tan usual llegó a ser la práctica de los fusilamientos consumados por toda clase de autoridades, a imitación del Presidente, que en cierta ocasión, el teniente jefe de la guarnición de una aldea oaxaqueña sacó de sus casas una noche a todos los regidores y los fusiló en el cementerio del pueblo. Al rendir su informe el teniente, se averiguó que había obrado conforme a una orden apócrifa telegrafiada por un enemigo de las víctimas. Pero tanto agradó al Ministro de la Guerra callista, el "espíritu militar" demostrado por el teniente, que lo retiró de la región del crimen, para evitarle represalias y lo ascendió una vez concluída una farsa de proceso. Nadie estuvo seguro en su vida ni en sus bienes durante el régimen callista, ni el propio Obregón, según se vió a su tiempo. El tipo mismo de la autoridad cambió, pues a semejanza del Presidente de paja, los Gobernadores, los Generales, los mismos diputados, tomaron el tipo mal encarado del pistolero de alquiler.

Cuando los atropellos generalizados llegaron a herir a los norteamericanos, empezó la grita en Washington y el cruce de notas que engañó al Continente, pues en ellas aparecía Calles como defensor de la soberanía de México y de paso, según las agencias judío-capitalistas de Norteamérica, como defensor de

la soberanía del Continente latino. En realidad, lo que se preparaba era la claudicación petrolera. Pero movidas como por resorte oculto, las izquierdas, o sea el liberalismo acomodado, el jacobinismo rico de Europa y América, hicieron causa común con Calles, particularmente desde que comenzó a poner en práctica su anunciada y prometida ofensiva contra la Iglesia Católica.

El pretexto lo dió un asalto al templo católico de la capital, la Soledad. Rufianes de una organización gubernamental profanaron altares, echaron a correr a unas beatas; en seguida, con el pretexto de que se habia alterado el orden, el templo fué clausurado; una semana después era entregado a un cura renegado que aseguró tener hecho un plan para crear una Iglesia católica, pero mexicana, independiente de Roma, algo como la Iglesia anglicana de Enrique Octavo; en el fondo, un capítulo del viejo plan agradable al poinsetismo. El cura réprobo, sin embargo, se quedó con su Iglesia vacía.

Siguió el atentado sobre los bienes eclesiásticos y se consumó la expulsión de más de doscientos sacerdotes españoles. La arbitraria eliminación del clero extranjero, lastima casi exclusivamente a los clérigos españoles, y priva al catolicismo mexicano de su mejor esfuerzo, del elemento acometivo y ardoroso. De ahí el empeño con que el poinsetismo persigue al clérigo español, desde los días de Morelos y de Hidalgo; desde que el gran Obispo Abad y Queipo tuvo que dejar desamparada la Iglesia Mexicana.

La expulsión de los clérigos españoles se consumó el quince de marzo de 1925. La Embajada americana, a cargo de Kellog, protestó aun ella por la inhumanidad del caso y porque entre los expulsados había uno que otro norteamericano. En Washington no se dió importancia a los sucesos. Las escuelas particulares en que se enseñaba religión católica fueron clausuradas; el número de párrocos fué limitado en forma de dejar sin cura comarcas enteras. Tan considerables fueron los atropellos y tanto irritaron al pueblo, que no tardó en producirse una sublevación general en el Centro del país. Al grito de "Viva Cristo Rey"; campesinos mal armados se pronunciaban contra la dictadura callista, que sólidamente establecida y bien armada fácilmente hizo carnicería en los rebeldes. Al mismo tiempo la rebelión fué

pretexto para que en todo el país, los atentados gubernamentales tomaran las formas más salvajes; mujeres de la mejor clase social fueron azotadas en público por generales callistas; otras fueron entregadas a la soldadesca para ser violadas; entre los hombres capturados se hizo gala de castigos y mutilaciones dignas del Africa. ¡Nunca había corrido en el país más sangre y nunca llegó el oprobio a tanto!

Sin embargo, en los Estados Unidos empezó a aparecer toda una literatura callista. Numerosos venerables de las distintas sectas protestantes cometieron el error de pretender justificar la persecución de Calles contra los católicos, sin querer comprender que ella era el preludio de una persecución general contra todos los cultos cristianos. Tal como luego se vió aunque tardíamente.

Por su parte, la prensa judío-capitalista y radical de todo el mundo, desarrolló una labor de engrandecimiento de la oscura personalidad de Calles, propaganda que por sí sola, prueba que no era el pobre sirio-libanés que Obregón había colocado en la Presidencia el responsable directo de lo que hacía, sino el instrumento de fuerzas superiores a su propia desmedrada voluntad.

En Educación Pública la labor de Calles puede juzgarse con sólo comparar sus presupuestos, o sea las cantidades que dedicó a Educación; siempre fueron menos de la mitad de lo que dedicaba Obregón. El protestantismo volvió a ser, como en los días de Carranza, la orientación dominante. Remozada con un seudosocialismo, una imitación de bolchevismo dirigida más bien a la propaganda política que al estudio de las cuestiones sociales. Y lo que tanta falta hacía para sostener las escuelas que había dejado Obregón, se comenzó a emplear en subvenciones de escritores y diarios del extranjero. Ni las escuelas de agricultura, que en algunas partes del país levantó el callismo, han subsistido. Les ha faltado el espíritu; no se hacen escuelas sólo con cal y ladrillo; se hacen, sobre todo, con maestros, y los maestros nada pueden consumar bajo un régimen de inmoralidad y de brutalidad como el de Calles. La educación pública quedó, pues, enterrada de hecho. Y reducido aún más su esfuerzo, por el cierre

total de las escuelas privadas, católicas en su mayoría. El beneficio inmediato lo han reportado los colegios de la frontera de Texas, a donde los padres mexicanos pudientes mandan a sus hijas, si quieren darles alguna suerte de educación. Y las educan en inglés, con lo que se consuma otra aspiración del poinsetismo a que tan fielmente sirvió Calles.

En el orden agrario Calles no introdujo reformas; según afirmó, se limitaba, en todo, a cumplir con la Constitución. El fetichismo de la Constitución desleal, fué uno de los dogmas callistas.

El sistema de propiedad erigido por la Constitución del 17, es modelo de astucia para la desposesión de los mexicanos, porque no reconociendo la ley propiedad absoluta, dejando el derecho de propiedad convertido en una tendencia subordinada *al bien público*, y estando encargado de interpretar el bien público un gobierno en que se turnan los dictadores zafios, resulta que todo el mundo puede ser expropiado, menos quien cuenta con apoyos gubernamentales o supergubernamentales; es decir, la protección de las Embajadas extranjeras. Bajo gobiernos más o menos prudentes, por ejemplo, el de Obregón, la iniquidad del precepto Constitucional pasa más o menos inadvertida, pero se hace patente cuando ejecuta el mando un Calles.

Para enriquecerse en persona y para contentar a sus amigos ávidos, inició Calles una serie de ocupaciones de tierras y expropiaciones que determinaron verdadero pánico. El propietario desposeído que no se conformaba, era acusado de cristero y de rebelde y solía ser fusilado. En las provincias, cada nuevo cacique imitaba la conducta de sus jefes de la capital. Y todo el que tenía algo tuvo que venderse, tuvo que doblegarse al callismo para subsistir... ¡Menos los extranjeros!

Hubiera sido natural después de los Tratados Warren y Pani, y así lo advirtió Mr. Warren en declaraciones que hizo en su oportunidad, que ya no hubiese más expropiaciones de tierras. Pues, dijo el mismo Warren, "al proteger a mis connacionales he salvado a los mexicanos, pues en lo de adelante no habrá gobierno tan poco patriota que se ponga a expropiar sin indemnización en efectivo, tierras de mexicanos, cuando no pueda hacer ya lo

mismo con las tierras de los yankees". No previó Warren la incalificable maldad del callismo. Pues ocurrió todo lo contrario de lo que imaginara. Nunca fueron más numerosas las expropiaciones arbitrarias de los propietarios mexicanos y españoles, que en tiempo de Calles. Y, naturalmente, esto mismo determinó que muchas tierras se presentaran en subasta en el extranjero, para salvar por lo menos, su precio irrisorio, de la codicia de los agentes gubernamentales. De todas estas tierras así derrochadas, ni un metro cuadrado quedó a favor de la educación o de la beneficencia. La Constitución del 17 conserva el precepto maldito de la Constitución juarista del 57, según el cual, las instituciones de caridad, los colegios, *no pueden poseer y administrar bienes raíces que produzcan rentas*, sino únicamente hipotecas de no más de diez años de plazo. En cambio, las compañías comerciales, los trust de Norteamérica, sí disfrutan de vastas extensiones de tierras en el territorio de la patria de Juárez.

A las grandes empresas terratenientes las protegen sus gobiernos; al propietario medio mexicano, todo el mundo lo acosa, el colector de contribuciones y el político, y todo su derecho, por virtud de la ley misma, está a merced de una declaración gubernamental que lo llama "burgués" para mejor robarlo, y a pretexto de que debe dar tierras ya sea para ejidos, ya sea para fraccionamientos mal intencionados.

Las leyes agrarias señalan progreso verdadero en la reglamentación de los trabajos del campo, pues establecen horas limitadas, salario mínimo, prohibición de tiendas de raya y servicio escolar y de higiene. Se cumplen estas leyes con más o menos rigor, según que el propietario sea un particular mexicano desamparado, o un general con mando de fuerzas, o un extranjero intocable, pero algo es que estén escritas.

Otro aspecto favorable del caos agrario creado por la revolución es la crisis agraria que ha determinado el abandono de un gran número de las tierras que el gobierno de Porfirio Díaz había repartido en concesiones atrabiliarias. Se consideraba ya bajo la administración de Carranza que la extensión de tierras recobrada por el gobierno, por virtud de la cancelación de más

de doscientas concesiones, sumaba trece millones de hectáreas: pero la mayor parte de estas tierras se encuentran en territorios desiertos de la Baja California y Chiapas. Las tierras valiosas del país, en cambio, han pasado a manos de extranjeros, como no podía menos de suceder, dadas las condiciones ya explicadas. Según los cálculos del escritor judío Tanenbaum, apologista del callismo y portador de la medalla del "Aguila Azteca", condecoración poinsetista creada por el Presidente yankee-mexicano Abelardo Rodríguez, la extensión de las tierras poseídas por extranjeros a consecuencia de la Reforma y la Revolución es de treinta por ciento del total en superficie y cuarenta por ciento *ad valorem*. Los datos que presenta en su libro "The Mexican Agrarian Revolution" distan mucho de ser exactos, según él mismo lo indica, pues es pública y notoria la dominación del capital norteamericano en ingenios azucareros y en todos los grandes cultivos. Y no puede ser de otro modo según las leyes malintencionadas que nos rigen y las prácticas todavía peores que padecemos.

Al final del gobierno callista, fecha de los datos del libro de Tanenbaum, solamente el cinco por ciento de la población rural había recibido en repartos agrarios el 2.64 por ciento del área total de la República. Unicamente un cuatro por ciento del área total de la República había pasado a pequeños propietarios particulares. Compárense estas cifras con la parte caída en manos del extranjero y se comprenderá el fracaso de la revolución en materia agraria. Se entenderá también el por qué de la tolerancia y aun la simpatía que ha encontrado Calles en ciertos sectores de la opinión norteamericana.

APARECE EL PROCONSUL

Antes de los dos años de gestión gubernamental, para mediados del 27, la situación de Calles era desesperada. Odiado de todos, incluso de los obreros que pretendía halagar; combatido abiertamente por los rebeldes católicos y metido en constantes disputas con Washington por los atropellos que cometían los generales en los bienes de los norteamericanos, el escándalo llegó a su máximo con motivo de la publicación de ciertos documentos

que los periódicos de Hearst adquirieron por medio de espías internacionales. Figuraba entre esos documentos la partida de la Tesorería con el traslado de un millón de pesos de Calles Presidente, a un su medio hermano Elías, que fungía de Cónsul en Nueva York. La sustracción de un millón de pesos no tenía nada de extraordinario. En los bancos extranjeros, desde tiempos de Carranza, han estado acumulando fortunas los funcionarios de la época, pero la campaña de prensa que acompañó a la revelación, el descontento profundo que existía, hicieron pensar que todo sería preludio de una revolución a la que, quizá el mismo Obregón, no era ajeno. Tan insegura sintió el mismo Calles su posición que, con sorpresa de sus mismos amigos, decidió el cambio de frente, y de héroe de la soberanía hispanoamericana que lo suponían unos cuantos bobos, se convirtió en el más dócil servidor de Washington, de cuantos Presidentes habíamos tenido. Mandó, en efecto, expresar al Presidente Coolidge que eran inútiles todas las campañas en su contra porque estaba dispuesto a ceder en todo lo que se le indicase. No se hicieron los sordos en el Departamento de Estado. Lo que más interesaba a Calles era la suspensión de la campaña de Hearst con motivo de los comprobantes del traslado del millón; lo que más preocupa a un bribón es recoger las pruebas de sus fechorías. En consecuencia, Calles pidió a Washington que se hiciera callar a Hearst. En los Estados Unidos esta pretensión resultaba difícil de satisfacer; allí no se hace callar como quiera a un periodista... *salvo cuando se esgrime una razón patriótica.* Hearst fué llamado a Washington y lo único que se hizo público después de su larga conferencia con el Departamento de Estado, es la declaración del propio Hearst que dijo: "Suspendo la campaña sobre los documentos mexicanos y retiro dichos documentos de la publicidad; entre ellos hay algunos que son falsos y otros no lo son, pero los hechos que los mencionados documentos delatan son todos exactos; sin embargo por patriotismo, he prometido no decir una palabra más del caso". Unos cuantos días después era nombrado Embajador de los Estados Unidos un alto empleado, un socio de la casa bancaria de Morgan, el Sr. Dwight Morrow, que empezó a jurar que ya nada tenía que ver con Morgan. Tan pronto co-

mo llegó Morrow a México se hizo pública e insistente propaganda acerca de la estrecha amistad improvisada entre Calles y el nuevo Embajador; se añadía que Calles había logrado convencer de todos sus puntos de vista al Embajador. El Embajador declaró que Calles era uno de los grandes estadistas de la época.

Lo que realmente ocurrió fué que el último punto de las exigencias de Washington contra el programa de la revolución había sido resuelto en favor de los Estados Unidos. La ley del petróleo quedó prácticamente derogada en lo que hace a los contratos otorgados en la época de Porfirio Díaz, que son todos los contratos importantes en la materia. La derogación no fué expresa como no lo fué la de la ley agraria. Todo lo contrario, el astuto Morrow se declaró desarmado ante la lógica de Calles; las leyes mexicanas, según dijo, eran justas y válidas, sólo que por vía de concesión amistosa a los Estados Unidos, el gran Calles se había dignado aceptar que todas las concesiones petroleras quedasen transformadas en alquileres por un período de noventa y nueve años; al final de estos noventa y nueve años, las compañías podrían disfrutar, a su elección, de otros noventa y nueve años; los términos del alquiler fueron los mismos de las viejas concesiones. *Y todo se anunció como un triunfo de la cancillería mexicana.* Y en opinión de los bribones y los imbéciles que nunca faltan en ningún cortejo, Calles siguió encarnando la soberanía del Continente. Pues cada vez que hacen una perrada, estas gentes del judío-izquierdismo mexicano, forzosamente han de embozarse en el manto de la pobre América Latina que los ignora. Al mismo tiempo, los periódicos de Hearst, que habían difamado en grande a Calles, comenzaron a cantar las alabanzas de su fortaleza de estadista. Las grandes propiedades que el propio Hearst retiene en Chihuahua, habían sido puestas bajo la protección del ejército, garantizadas, así, contra la amenaza de los pueblos que reclaman ejidos.

Consumada como queda dicho, la total entrega de Calles a los designios de Norteamérica, la preocupación primordial del Embajador Morrow fué consolidar en el poder indefinidamente a su dócil instrumento. Se aproximaban las elecciones que tendrían como resultado el regreso de Obregón al poder, pero Obre-

gón nunca fué popular entre los intervencionistas de hecho, porque era hombre de personalidad propia y no, como Calles, un tipo odiado, un personaje de ocasión y de uso cómodo. Contra la alianza Calles-Morrow se insurgió tímidamente el obregonismo. Pero Obregón se hallaba en decadencia moral y física. Aparte los negocios inmorales de que ya se ha hablado, su vida, que fué sobria mientras ejerció el poder, se había vuelto licenciosa en la espera larga de la ambición.

Sucesos inauditos habían marcado el comienzo de la campaña presidencial. En un principio había manifestado Obregón que no intentaría violar la Constitución presentándose candidato. Para tomarle la palabra, Calles mismo incitó a su compiche el general Arnulfo Gómez para que se hiciese candidato con la bandera de la no reelección. Era este Gómez, el socio de Calles en las matanzas ejecutadas durante su gobierno de Sonora. En lenguaje sin tapujos había prometido Gómez colocar a sus enemigos, dos metros bajo tierra; su ignorancia igualaba a su fría descarada ferocidad. Y asombra pensar que hallase gente que lo siguiera. Por otro lado, cierto grupo obregonista postuló candidato presidencial a Francisco Serrano, el ex Ministro de la Guerra de Obregón, un tipo de degenerado vicioso hasta la morbosidad, inteligente cuando se hallaba en su juicio, con ingenio de payaso, pues había sido comparsa de circo; en estado de ebriedad, en cambio, resultaba peligrosísimo; por gusto mataba choferes, mujeres públicas, amigos y enemigos. Se había desprestigiado, además, por no aceptar un duelo, siendo general o diciéndose general. En todo caso, también halló quien lo siguiera. Y ambas candidaturas sirvieron para evitar que surgiese la de algún hombre honorable. Pues convenía a los planes de Obregón y Calles desconceptuar la oposición encarnándola en verdugos de segunda, cuyas ambiciones el mismo gobierno alentaba. Y como ambos candidatos tenían fuerte arraigo entre sus congéneres numerosos del ejército, pronto se empezó a hablar de sublevaciones. ¡Esto era lo que quería Obregón!

Engañado Serrano por falsos amigos, se le llevó a Cuernavaca, se le hizo creer que era llegada la hora del golpe de Estado y tras de un simulacro de alzamiento, fué capturado y fusi-

lado cruelmente, con diez o doce compañeros en el camino de la capital de Morelos. Los generales y coroneles encargados de consumar los asesinatos llevaban órdenes expresas de Obregón, que se instaló en Chapultepec para dirigir las matanzas. Calles, en la ocasión, se limitó a rubricar los despachos que determinaban la muerte. Ni las ropas y las alhajas de Serrano y socios escaparon a la codicia de la oficialidad, que todo se lo repartió. En seguida los ascensos premiaron el invicto esfuerzo. La historia detallada de cómo se verificaron las ejecuciones, se transformaron las órdenes y se repartieron los relojes y los anillos de las víctimas, consta en una revista de gran circulación de 24 de agosto de 1935, publicada en México. La mayor parte de los jefes y oficiales que intervinieron en la ejecución de los serranistas, estaban todavía, en aquella fecha, en el escalafón de nuestro ejército.

Por su parte el asesino del general Gómez estuvo a punto de ser Presidente de la República, en la sublevación del año 29. Pues a Gómez lo mató el Divisionario Escobar en condiciones todavía más terribles que las de Serrano. Parece que Gómez no quería sublevarse y sólo procuró hallar refugio entre guarniciones que creía adictas, mientras se desarrollaba la inconsulta sublevación de Serrano. Perdido Serrano, Gómez tuvo que huir por las selvas. Capturado por su amigo y compadre Escobar, pidió a éste por única merced que le dejara hablar por teléfono con Calles, el Presidente de la República. "No puede fusilarme, decía Gómez, no puede hacerlo porque él mismo me aconsejó que me lanzara de candidato para evitar el retorno de Obregón". Se había olvidado Gómez de que Calles era un testaferro que en ese instante se hallaba estrechamente vigilado por su amo. Se negó Calles a la conferencia telefónica y por orden expresa de Obregón, sin oposición de Calles, el Gral. Gómez fué fusilado. Escobar ascendió a divisionario después de la hazaña que le abría el camino de la presidencia, según la tradición pretoriana. El escarmiento consumado en la persona de sus dos rivales, dejó a Obregón sin obstáculos para la violación constitucional que debía hacerlo Presidente. La Constitución fué reformada con la anuencia de Calles. Y todo el mundo esperaba el retorno de

Obregón; esperaba este retorno con cierto alivio la gente, no obstante las matanzas monstruosas que acababan de consumarse, porque en dicho retorno se veía el medio de acabar con la asquerosa y terrible situación creada por Calles.

En el campo había rebeldes. Eran, en su mayor parte, católicos de los llamados cristeros, que exigían un cambio en las leyes religiosas, y ex revolucionarios que todavía soñaban con la posibilidad de purificar la revolución, pero a todos faltaba un caudillo.

Y Obregón confiaba en atraerse a los católicos. Al efecto, declaró que "aunque respetuoso de la Constitución, él había sabido conformar a todos los partidos durante su presidencia", insinuando que haría lo mismo al volver y que las leyes aplicadas rigurosamente por Calles serían echadas en olvido. Esta declaración lo mató. Desde que se hizo pública, todas las fuerzas que apoyaban al callismo por causa de su saña anticatólica, se pusieron en juego contra Obregón. Al fin y al cabo, Obregón era mexicano y podía dolerse de la guerra civil religiosa; interesaba a los enemigos de México que un descastado como el "Turco" mantuviese activa la discordia sangrienta. Y durante meses no se habló sino de complots gobiernistas para matar a Obregón, para impedirle que tomara posesión. Pronto quedó señalado como el más decidido de los complotistas el jefe de la Confederación obrera callista y sucedánea de la "American Federation of Labor", el señor Morones. Y alguien se adelantó o alguien obró con singular maestría, el hecho es que Obregón fué asesinado durante un banquete en San Angel por el caricaturista León Toral, ferviente católico que, sin duda, no imaginó a quién iba a beneficiar su heroico sacrificio.

La muerte de Obregón ocurrió en julio de 1928. La fracción más importante del ejército quedó sin cabeza al desaparecer Obregón. Y Calles, temeroso de la venganza de los obregonistas, entregó a éstos el proceso de León Toral, que fué salvajemente torturado por los principales funcionarios obregonistas sin resultado alguno para las averiguaciones. Y a fin de alejar más de sí las sospechas, Calles, bien aconsejado por su amigo el Embajador Morrow, dirigió a la nación su mensaje de Sep-

tiembre 1º de 1928, comprometiéndose a "no figurar como candidato en la campaña presidencial a que obligaba la muerte de Obregón, Presidente electo, y a *retirarse de la vida pública*".

Pero los diputados, los militares acostumbrados a obedecer, no podían conformarse con el retiro de aquél a quien muchos de ellos debían la mal habida fortuna. Una renovación de la política nacional habría echado fuera de los cargos públicos no sólo a Calles sino a todo el callismo, a los diputados, los senadores, en su mayoría pistoleros de aldea, más desprestigiados en sus respectivas localidades que el amo que los encumbrara. Además, en la Embajada se profesaba la tesis de que todo debía sacrificarse a la "continuidad de la situación creada por Calles". Lo que Morrow quería era un gobierno de callistas comprometido de antemano, no únicamente a respetar lo convenido con él, sino a abstenerse de comentarlo, de publicarlo siquiera. Y así fué como la mayoría o la unanimidad de la Cámara eligió Presidente Provisional a un sujeto llamado Emilio Portes Gil, abogado de una escuela ilegítima, ex diputado, ex agente de Victoriano Huerta convertido a la revolución por la vía del callismo y naturalmente muy exaltado radical y socialista y callista. Lo primero que hizo el nuevo designado fué declarar a Calles su maestro. Y cuando el país se preguntaba de qué era maestro Calles, sin quererlo, todo el mundo pensaba en la maestría con que se consumó la desaparición violenta de Pancho Villa, de Lucio Blanco, de Serrano y Gómez, de tanto rival y enemigo deshechos sin piedad y al amparo de una impunidad vergonzosa.

Y así como Calles había gobernado bajo la presión de Obregón y con gabinete nombrado por Obregón, ahora el interino Portes Gil, oscuro abogado sin alianzas políticas, empezó a gobernar con gabinete que Calles impuso y sólo a Calles obedecía. Y comenzó a crearse un curioso sistema de gobierno de presidentes de paja, sometidos a un dictador irresponsable y de hecho absoluto que los aduladores comenzaron a llamar el Jefe, el "Jefe Máximo", el Jefe de la Revolución, por encima de Presidentes peleles, Ministros sin crédito, Gobernadores y diputados de hecho.

No faltaron serviles para quienes todo el poder lo ejercía el Jefe Máximo; en realidad, no había tal jefe máximo, sino que

todos obedecían las órdenes del Embajador Morrow que con indiscreción propia del fuerte, comenzó a opinar por la prensa, sobre toda clase de asuntos, y a intervenir hasta en los detalles de la administración pública. Durante mucho tiempo el Ministro de Hacienda de Calles, un tal Montes de Oca, perito contador, estuvo tomando el acuerdo, directamente de la Embajada yankee, a donde concurría cada semana para conferenciar con los "expertos" de la Embajada y recabar los acuerdos del Embajador. Era la primera vez que las finanzas de México se decidían de esta suerte en una Embajada extranjera, y a esta política se le llamó "un triunfo diplomático, una conquista de la amistad y el acercamiento con el país vecino". Tan inocente llegó a parecer a todos esta renuncia de la soberanía mexicana, que la situación, lejos de conservarse secreta, fué proclamada. Así lo hizo un ayudante de Morrow, el coronel Mac Nabb,en discurso pronunciado durante la campaña a senador por New Jersey del indicado Morrow. El Departamento de Estado de los Estados Unidos advirtió la indiscreción y mandó callar a Mac Nabb. En México, los voceros del callismo han labrado mármoles en memoria de Morrow, el Poinsett más eficaz del siglo veinte. Varias calles de nuestras ciudades han adoptado su nombre.

Triunfo notorio de Morrow fué la adquisición que de todas las plantas eléctricas del país consumó la "Electric Bond and Share". No hubo en el caso ignorancia porque el candidato a la Presidencia de los independientes, don José Vasconcelos, denunció la operación durante las semanas en que se ejecutaba. El gobierno pudo evitarlo, sino hubiese estado subordinado el Procónsul. El pueblo aplaudía a Vasconcelos cuando denunciaba el traspaso de los bienes nacionales al extranjero, pero no supo refrendar sus aplausos cuando llegó la hora de hacer respetar el voto que hizo Presidente a Vasconcelos. No se consumó la rebelión prevista y anunciada por el candidato. Prefirieron algunos esperar otra elección en que sí se respetara el voto... Aún están esperando.

No sólo las finanzas manejó Morrow; también la política interior.

Plan de Morrow fué el llamado Pacto Religioso, según el cual se engañó la credulidad de los obispos mexicanos desterra-

dos en los Estados Unidos, con motivo de las persecuciones callistas. Se comprometieron los obispos a dar por terminada la rebelión cristera, y, en efecto, hicieron que la mayor parte de los rebeldes depusiesen las armas; reconocieron y aceptaron los obispos las leyes callistas o sea los reglamentos a la Constitución expedidos por Calles, y aun se arrancó a los prelados una declaración de paz y de excusas para el mismo que había hecho morir a tanto católico. Todo a cambio *de la promesa de Morrow de que cesaría la persecución y se echarían en olvido, como en tiempo de Obregón, de Carranza y de Díaz, las leyes más rigurosas contra el clero.* No se cuidaron los señores obispos de exigir garantías para los jefes rebeldes que deponían las armas, fiados en su consejo eclesiástico. A medida que éstos se presentaban sometidos, las fuerzas del gobierno los mataban sin escrúpulos. Y como de los convenios no hubo nada escrito, siguió todo como antes, salvo que algunos señores obispos lograron restablecerse en sus Diócesis a salvo de riesgos, mediante el reconocimiento de la legitimidad de la infamia.

Acompañaba Morrow la destrucción del clero católico con un exhibicionismo calculado de la doctrina y los pastores de los protestantes. Pretextando la inauguración de cierto asilo, la señora del Embajador, activa "social worker" se presentó acompañada de clérigos protestantes. La prohibición era en los Estados Unidos, la ley y a la vez el símbolo de la ideología metodista, y el joven Presidente Interino, gran amigo y discípulo de los maestros Calles y Morrow, daba en Chapultepec banquetes en que se brindaba, *con agua helada a estilo protestante.* Una hija de Calles se casó también conforme al rito extranjero, y con un nacional de los Estados Unidos.

Se desarrollaba, entre tanto, una farsa de campaña electoral para el nuevo período presidencial vacante. Y había aceptado la postulación de los independientes el C. José Vasconcelos, ex Ministro de Educación Pública de Obregón y veterano maderista. La había aceptado, no porque creyese que un gobierno como el de Calles pudiese reconocer los efectos de una votación libre, sino para dar el ejemplo y para preparar el terreno a una rebelión nacional que echase fuera del gobierno a

toda la bastardía callista. En aldeas y ciudades, de Sonora a la capital, el pueblo acudió en masa en apoyo del candidato independiente, no obstante los continuos atropellos gubernamentales que costaron vidas en cada visita a un poblado. El Embajador Morrow molesto por algún discurso del candidato independiente, hizo declaraciones afirmando estar seguro del triunfo del candidato oficial. Pero sucedía que ni los del gobierno estaban seguros respecto de su candidato, pues postulado primero el protestante Sr. Sáenz, su candidatura fué retirada, pese a su parentesco con Calles, y reemplazada por la candidatura de un señor Ortiz Rubio, que del servicio diplomático lejano, fué llamado para improvisar una popularidad que dejaba tras de sí la huella de sangre derramada por los pistoleros del gobierno.

Y cayeron en plena capital de la República víctimas tan ilustres como el estudiante del Campo, y en los Estados, los jefes de Club, Celis, Quiñones, y tantos otros. El candidato en persona escapó varias veces al atentado, pero siguió hasta el fin su campaña cívica.

Poco antes de las elecciones los obregonistas que postulaban al abogado don Gilberto Valenzuela, convencidos de que no habría respeto al sufragio y, a la vez, de que no les favorecerían los votos, por lo mismo que eran residuos del obregonismo, recurrieron a la sublevación. Importantes contingentes del ejército, pronunciados contra Calles y Portes Gil, ocuparon plazas del Norte, como Chihuahua, Torreón, Monterrey y proclamaron jefe de su movimiento al general Escobar, el mismo que meses antes había decapitado a uno de los candidatos a la Presidencia. Naturalmente un movimiento así no podía triunfar. Los vasconcelistas no lo secundaron y el gobierno de Portes Gil derrotó a los rebeldes con auxilio de aviones yankees que cruzaron la frontera por El Paso y bombardearon en Jiménez a los escobaristas. Escobar huyó refugiándose en el Canadá, con una gruesa suma en oro acuñado.

Y se llegó a las elecciones, a fines de noviembre de 1929. Una semana antes de la elección, el partido que apoyaba a Vasconcelos, hizo desfilar a sus afiliados por todas las ciuda-

des y aldeas de la República. Se demostró así el número de votantes dispuestos. El día de la elección se presentaron los mismos afiliados a depositar sus votos en las urnas.

La víspera, la Secretaría de Guerra, a cargo del Ministro callista Joaquín Amaro, había ordenado a todos los contingentes militares, guarniciones y escoltas que apoyasen a los agentes del partido oficial, que se posesionaron de las mesas electorales, expulsaron de ellas a los vasconcelistas y levantaron actas, declarando el triunfo del candidato oficial. ¡Cumplieron todos con la consigna! El candidato independiente se declaró a sí mismo Presidente Electo. Invitó a la rebelión en el Plan de Guaymas y no fué seguido. Tuvo que convertirse en prófugo; se retiró a los Estados Unidos. Hallándose en los Estados Unidos y como siguiese incitando a la rebelión, el gobierno de Portes Gil dió una orden a todas las oficinas fronterizas para que se impidiese la entrada de Vasconcelos a México. Por su parte, los amigos de Calles en Estados Unidos, la prensa imperialista y los amigos de Morrow hicieron tal presión, que Vasconcelos tuvo que abandonar también a los Estados Unidos, dirigiéndose a la América del Sur, para continuar desde allí su prédica rebelde.

Entre tanto, la indignación popular no cedía. Con ocasión de la toma del mando de Ortiz Rubio, un patriota le asestó un tiro en la cara. Estuvo inválido Ortiz Rubio mucho tiempo, pero el que mandaba era Calles. Una noche hizo sacar de sus domicilios a cerca de cuarenta ciudadanos sospechosos de vasconcelismo, hombres de todas las clases sociales, de todas las edades, y los hizo ejecutar en Topilejo, en el fatídico camino de Cuernavaca, cerca de donde habían construído residencias palaciegas, Calles y Morrow, los pashás del Nuevo Régimen.

En Nueva York, los banqueros socios de Morrow, habían dado el cómputo de la elección presidencial mexicana, a las once del día de las elecciones, es decir, varias horas antes de que en México pudieran ser cerradas legalmente las ánforas. Las cifras precisas se publicaron, sin embargo, en Wall Street, de acuerdo con cálculos improvisados varios días antes de las elecciones por un seudopartido oficial titulado el Partido Nacional

Revolucionario. Según tal cómputo, el desconocido y mal reputado Ortiz Rubio había obtenido cerca de dos millones de votos; un candidato comunista, del gobierno, había asegurado, según la invención oficial, cuarenta mil votos, y el candidato independiente, que había pasado multitudes ante la cinta cinematográfica de los corresponsales extranjeros, recibió la limosna de un reconocimiento de doce mil votos.

Es de advertir que los corresponsales extranjeros recibían unánimemente sus instrucciones, cada mañana, en la Embajada de los Estados Unidos.

El sistema de gobierno por el proconsulado se había establecido.

El mismo Calles, como se vió poco después, era un Jefe Máximo de Opereta. El verdadero poder lo ejercía con habilidad por los intereses de sus poderdantes y de su nación, el ex socio de Morgan, Don Dwight Morrow, Embajador, y abogado, millonario y banquero. ¡El consumador de la obra de Poinsett!

EL PELELISMO

No supo el pueblo apoyar con las armas el voto que le había sido defraudado en los comicios. Y el que legalmente resultara Presidente electo tuvo que convertirse en protesta viva prolongando su exilio por diversos sitios del extranjero. Y la nación quedó ensombrecida como en los días en que los aztecas consumaron, en términos análogos, la expulsión de Quetzalcóatl, el civilizador, para reemplazarlo con los ejecutores de Huicholobos. Sometida a un régimen sin autoridad moral y sin capacidad, forzosamente la dirección de la cosa pública quedó sujeta a las inspiraciones directas de la Embajada de los Estados Unidos. Fungió de Presidente de paja el malherido Ortiz Rubio, como antes lo había hecho Portes Gil, y aunque la adulación empezó a llamar a Calles el "Jefe Máximo de la Revolución" suponiendo que era él quien dirigía a los presidentes que el pueblo empezó a llamar los "Presidentes Peleles", en realidad también el Máximo estaba subordinado a los tratados de Bucareli y a la política económica y hacendaria del banquero y diplomático Mister Morrow. Cada vez que el poderoso Embajador llegaba a la República o salía de ella, el Ejército se movilizaba para darle honores y escolta como al jefe real de la nación. Le agradecían los del gobierno el apoyo prestado en armas y elementos en la lucha contra el pueblo; los hombres de negocios lo cortejaban y ni siquiera se disimulaba la influencia avasalladora del Procónsul. El espíritu de rebelión había muerto.

Este país, dijo una vez Vasconcelos a un general que le rehusaba apoyo armado; este país ha hecho cien revoluciones para encumbrar caudillos del tipo Santa Anna, y hoy que pretendo hacer respetar el sufragio, no hallo cien hombres que

quieran acompañarme a la Sierra. Y preguntaron algunos militares al candidato derrotado que los excitaba: ¿Cuenta usted con el apoyo de los Estados Unidos? Y Vasconcelos respondía Porque no cuento con ese apoyo, por eso cada mexicano debería aprestarse a sostenerme. Y no halló más eco que la indiferencia y la burla. La juventud, que había sido vasconcelista, desertó en parte, pasándose a las filas de un hipócrita seudocomunismo criollo que servía de pretexto para obtener prebendas gubernamentales y aun posiciones dentro del partido oficial a que habían combatido. Los católicos también se desentendieron del candidato que apoyaron en las elecciones para iniciar trabajos de agitación parcial que más bien fortalecían el régimen de la imposición, puesto que suponían su reconocimiento.

Ya no hubo en lo adelante ni disimulo para imponer en los puestos electivos, lo mismo gobernadores que diputados exclusivamente a los agentes del Partido Oficial. Cada uno de los empleados públicos fué despojado de una parte de su salario para sostener los gastos de la organización política que reconocía por jefe aparente a Calles, no al Presidente Pelele en turno. Todas las autoridades emanaron de la designación de la pandilla que Calles dirigía. El leguleyo sin honra, el demagogo sin escrúpulos, el pistolero alcoholizado, el militar sin gloria, fueron ocupando los puestos todos de la administración.

El desastre financiero no se hizo esperar. Con el pretexto de la devaluación de la moneda se recogió todo el oro que formaba la base monetaria y se le cambió por papel. Y el metálico pasó a los depósitos de los funcionarios en el extranjero. Bajó el cambio un cincuenta por ciento y quedó el país privado de toda su existencia de metal amarillo. La descarada maniobra fué aclamada como un triunfo, como un precedente que el mundo no tardaría en imitar. Hubo, en efecto, desvalorización en otros países, pero a la inversa, es decir, con el objeto de atesorar, nacionalizar el oro. El callismo lo lanzó al extranjero pretextando que en lo de adelante ya no tendría valor como moneda.

Los ministros celebraban acuerdos, no en la Presidencia sino en la casa particular de Calles. A su vez, Calles visitaba al Embajador.

quieran acompañarme a la Sierra. Y preguntaron algunos militares al candidato derrotado que los excitaba: ¿Cuenta usted con el apoyo de los Estados Unidos? Y Vasconcelos respondia Porque no cuento con ese apoyo, por eso cada mexicano debería aprestarse a sostenerme. Y no halló más eco que la indiferencia y la burla. La juventud, que había sido vasconcelista, desertó en parte, pasándose a las filas de un hipócrita seudocomunismo criollo que servía de pretexto para obtener prebendas gubernamentales y aun posiciones dentro del partido oficial a que habían combatido. Los católicos también se desentendieron del candidato que apoyaron en las elecciones para iniciar trabajos de agitación parcial que más bien fortalecían el régimen de la imposición, puesto que suponían su reconocimiento.

Ya no hubo en lo adelante ni disimulo para imponer en los puestos electivos, lo mismo gobernadores que diputados exclusivamente a los agentes del Partido Oficial. Cada uno de los empleados públicos fué despojado de una parte de su salario para sostener los gastos de la organización política que reconocía por jefe aparente a Calles, no al Presidente Pelele en turno. Todas las autoridades emanaron de la designación de la pandilla que Calles dirigía. El leguleyo sin honra, el demagogo sin escrúpulos, el pistolero alcoholizado, el militar sin gloria, fueron ocupando los puestos todos de la administración.

El desastre financiero no se hizo esperar. Con el pretexto de la devaluación de la moneda se recogió todo el oro que formaba la base monetaria y se le cambió por papel. Y el metálico pasó a los depósitos de los funcionarios en el extranjero. Bajó el cambio un cincuenta por ciento y quedó el país privado de toda su existencia de metal amarillo. La descarada maniobra fué aclamada como un triunfo, como un precedente que el mundo no tardaría en imitar. Hubo, en efecto, desvalorización en otros paises, pero a la inversa, es decir, con el objeto de atesorar, nacionalizar el oro. El callismo lo lanzó al extranjero pretextando que en lo de adelante ya no tendría valor como moneda.

Los ministros celebraban acuerdos, no en la Presidencia sino en la casa particular de Calles. A su vez, Calles visitaba al Embajador.

Las propiedades raíces amenazadas por los repartos, siguieron pasando a manos de los ciudadanos de Estados Unidos. Murió el Embajador Morrow y en las calles de no pocas ciudades se le esculpieron placas.

No conforme Calles con la realidad de su mando, quiso darse el gusto de echar abajo al Presidente que él había encumbrado. Apoyado por el Ministro de la Guerra, se presentó en Chapultepec y exigió la renuncia de Ortiz Rubio. Vaciló éste y renunció formulando una acusación contra Calles. Lo embarcaron en ferrocarril con rumbo a los Estados Unidos, y antes de cruzar la frontera ya se había desdicho de su protesta a la vez que formulaba elogios a Calles.

La Cámara de Diputados, dominada del todo por Calles, eligió Presidente interino por unanimidad de votos, a un sujeto desconocido de la nación, el general Abelardo Rodríguez, socio de Calles en la explotación de los garitos y centros de vicio de la frontera de la Baja California. El nuevo Presidente se había criado en Arizona, en territorio yankee; sus únicas letras eran dos o tres cursos primarios, en escuela de los Estados Unidos, por lo que hablaba el inglés mejor que el español. Esta circunstancia y sus relaciones con los explotadores norteamericanos de los juegos de la Baja California, le valieron el sobrenombre del Pocho, o sea el americanizado, el bastardo. El pensamiento de Poinsett quedaba cumplido con exceso. Un méxico-americano era Presidente. Y no por cierto un méxico-americano ilustrado, sino un producto híbrido de la frontera inculta y bárbara.

El país, envilecido hasta la médula, no tuvo una sola protesta por la exaltación de individuo semejante. Al contrario, la prensa más seria, los hombres de negocios, la plebe de saco, empezó a murmurar que "era muy buen Presidente Abelardo porque traía a la administración métodos norteamericanos". De Norteamérica no conocía el Interino callista, sino las ruletas fronterizas y acaso la jerga de la novena de baseball, pues se hacía circular un viejo retrato en que el nuevo Presidente aparecía de joven, incorporado a un team norteamericano de profesionales de la pelota. Había llegado a ser, sin embargo, el baseballista, uno de los hombres más ricos del país. Ostentando

la fortuna adquirida, en su administración de la Baja California y en diversas comisiones del ejército, el Pelele número tres compró edificios en la capital de la República, construyó hoteles de lujo como el de Tehuacán y desarrolló, en fin, cuantiosos negocios de índole privada, a ciencia y paciencia de una opinión que nunca le regateó el elogio. A fin de no comprometer más la circulación del presente libro, hacemos aquí un alto en el relato de nuestra triste y dolorosa historia patria que mueve a la lamentación, ya que hemos perdido la fuerza necesaria para alzar la mano en la actitud viril del castigo.

DE LA PRESIDENCIA DE RODRIGUEZ

Los últimos meses del Gobierno de Rodríguez, se caracterizaron por el afán de lucro y de negocio que dominó las actividades del alto mundo oficial. Dominó entre ellos el tipo del revolucionario de origen más humilde, que mediante malas artes de todo género, había aprovechado la Revolución para enriquecerse más allá de sus propias ambiciones. Un dejo de remordimiento por el contrasentido manifiesto de la posición que ocupaban como revolucionarios que hacían ostentación de sus millones de pesos, les llevaba a un sentimentalismo que podría haber sido cómico si no hubiese producido resultados trágicos: cada vez que hablaban de sí mismos y de sus éxitos pecuniarios, sacaban el pañuelo para enjugar una lágrima derramada en honor de los humildes, por los cuales aseguraban sentir una inmensa ternura.

Pero como no eran ricos que debieran su fortuna a la capacidad de los negocios, a la tenacidad en su labor, sino a las más desvergonzadas truculencias de la Revolución, resultó que ni siquiera pudieron encauzar al país por los caminos del trabajo del campo o del taller, que aumentan la riqueza social en un proceso de rehabilitación económica, sino que invertían y gastaban su dinero en la forma en que lo habían adquirido. En la capital de la República, el "abelardismo" creó una sola institución próspera: el llamado "Foreign Club", mezcla de garito, lenocinio y hotel de lujo. En las salas de este establecimiento, se reunían los grandes del momento, para resolver las más graves cuestiones de Gobierno. Sin darse cuenta de la ironía farisaica de sus temperamentos de típicos gangsters de la política, fué desde el Foreign Club" donde se expidió un decreto que

la historia oficial señala como la obra cumbre del insignificante Abelardo: la fijación del salario mínimo a $ 6.00 diarios, pero pesos de la marca callista, que apenas equivalían a los 2 dólares de la valuación anterior y que, por lo demás, se quedaron escritos en la Ley, porque la población del campo siguió abandonada a su miseria, que no pasa de la ración de frijol y maíz, insuficiente para mantener alerta la voluntad.

Y como ocurre en un país tradicionalmente tiranizado, la imitación de lo que se hace en la capital cunde por todo el territorio. Los hoteles-garito se multiplicaron por Cuernavaca, la residencia del Jefe Máximo y del Procónsul Morrow, y por la provincia de la Baja California, que dió origen a la fortuna y a la fama del Presidente hombre de negocios, elogiado por la burguesía capitalista, y no por eso condenado por ninguno de los famosos sindicatos izquierdistas y aun comunistas que jamás se atrevieron a distanciarse del más afortunado de los peleles que puso en la Presidencia el Máximo.

Toda la canalla de profesionistas e intelectualitos que viven de las funciones públicas, se mostraba entusiasmada de que un hombre de negocios dirigiese e impulsase la Revolución. Negocios propiamente dichos, es decir, la inversión honesta de una cantidad en industrias, transacciones legítimas para ganar dinero, nunca los había hecho el flamante pelele. Sus famosos negocios habían consistido en cobrar tributos a los garitos, en calidad de Gobernador y tiranuelo provincial. Ahora en la Presidencia, su genio mercantil se demostró mediante la creación de monopolios de aguas minerales que para aumentar sus ventas se aprovechaba del poder político, impidiendo que los competidores llevasen su producto al mercado. Otro monopolio, el del vino, llegó a importar millones, mediante la venta de productos de una química sospechosa pero que fué desalojando a los importadores de vino europeo, gracias a la prohibición de introducir el vino por barrica, según se había acostumbrado en los últimos cuatro siglos. Los precios del vino europeo, que sólo puede llegar embotellado de origen, subieron desproporcionadamente y nuestra pobre gente ha tenido que dedicarse al mezcal, antes que consumir los supuestos vinos de uva del país.

Otro monopolio, el del pescado, surte al Sur de los Estados Unidos, con productos congelados y enlatados que también se venden en México, a precios altos y por supuesto, la explotación francamente capitalista, se disimula con la existencia de cooperativas de pescadores, que no son sino empleados del monopolio pero que a título de cooperativas reciben concesiones y protección del Estado.

Más tarde, el negocio fracasó y entonces fué entregado a los trabajadores de las cooperativas. El negocio, principalmente el del camarón, se había vuelto incosteable debido a una explotación rapaz. Así quedaron totalmente extinguidos los criaderos de ostión en Guaymas, al grado de que hoy en día no hay ostiones ni para el consumo local. Otro tanto sucede con el camarón. Las cooperativas que pretenden explotarlo están en quiebra y constituyen un serio problema para la economía oficial que año por año, tiene que tomar medidas para evitar la miseria entre los pescadores.

El revolucionario convertido en negociante, es el personaje y el modelo de la época. Tal y como inmediatamente después y ya bajo el cardenismo, surge el tipo de neolatifundista, el hacendado funcionario que crea ejidos a costa de los particulares y para sus propias fincas aprovecha incluso los viveros oficiales y las partidas del presupuesto destinadas al fomento agrícola. Los jefes de sindicatos obreros, que se proclaman representantes exclusivos del trabajador, no se quedan atrás; todos ellos acumulan fortunas derivadas de cuotas sindicales sobre las que nunca se rinden cuentas, o de componendas con las empresas, a través de huelgas oportunamente manejadas.

No se ensañó el Gobierno de entonces, en contra de sus enemigos, pero dejó hacer a las bandas que en Tabasco mantenía Garrido dedicadas al asesinato político, y permitió que se fueran creando en distintas zonas del país, cacicazgos dedicados a la explotación sistemática de los recursos públicos y del trabajo ajeno.

Tras del telón seguía ocupándose de los asuntos más importantes del Estado, el Jefe Máximo del Ejército, Plutarco Elías Calles.

El período de Rodríguez, destinado a terminar el de Ortiz Rubio, tenía que ser corto; la preocupación del Máximo, se concentró en la elección del sucesor de Rodríguez. Al mismo tiempo comenzaron las intrigas entre los grupos del Ejército. El más notorio de los militares dedicados por entonces a la política, era el Gral. Pérez Treviño, el mismo que exterminó a los vasconcelistas de Coahuila. Plutarco le desconfiaba porque tenía alguna cultura. El sistema dictatorial, exige que el sucesor sea más inculto que el jefe que lo nombra. Otro candidato visible era Garrido, el tiranuelo sanguinario de Tabasco. Calles comprendió que si éste llegaba al poder, ni él mismo se hallaría seguro. Muy próximo a Calles, estaba uno cuya fidelidad era ardiente y no había dado motivos de sospecha durante largos años; el Gral. Lázaro Cárdenas; el antiguo desertor del villismo, que se había entregado en poder de Calles con todas las fuerzas a sus órdenes, desde que Calles era un oscuro jefecillo, subordinado de Obregón y de Carranza, por la frontera de Arizona.

Durante largos años, este mismo Cárdenas manejó en favor de Calles el feudo de Michoacán, de donde pasó a ocupar el puesto de Presidente del Partido oficial. Bajo la Administración de Ortiz Rubio, el Gral. Amaro había actuado como Jefe efectivo del Ejército. Lleno de ambición personal, se asegura que Amaro aconsejó a Ortiz Rubio, que resistiese a Calles, que no le entregase la renuncia a la Presidencia que le fué exigida. Había un partido a favor de Amaro para llevarlo a la Presidencia al terminar el período de Ortiz Rubio. La caída de éste, determinó el desplazamiento de Amaro, pero Cárdenas no llegó al poder por presión del Ejército. Nunca tuvo Cárdenas prestigio de militar. Si hubiera tenido prestigio de Jefe, el Máximo no lo deja llegar. Su insignificancia le ayudó a ganar el primer puesto, y el hecho de que se proclamaba "hijo espiritual" del Máximo. El propio Calles llegó a decir: "Este es más hijo mío que los de mi carne".

EL CARDENISMO

El Máximo había llegado a la plenitud del poder. Hacía y deshacía Presidentes, y para sustituir a Rodríguez, dejó que su camarilla jugase a la designación del candidato. El propio hijo del Máximo, fué factor para que se escogiese al Gral. Lázaro Cárdenas, cuyo sólo mérito era la lealtad incondicional a la persona del gobernante de hecho. Como de costumbre, toda la maquinaria oficial se apresuró a poner en acción al partido del Gobierno, para simular una campaña electoral pagada por la propia Administración. La intervención directa de las logias masónicas fué el rasgo singular de esta campaña política. La mayor parte de ellas se hallaba en quiebra económica, los hermanos ya no pagaban cuotas, pero el tesoro federal inyectó sus cajas.

Los puntos principales del programa cardenista, fueron: lealtad sin reservas a la persona del Gral. Calles. "Más que mis propios hijos, mis hijos por la sangre, es hijo mío Lázaro Cárdenas, por el espíritu", había dicho el Máximo, y esto selló su elección. Por su parte, Cárdenas llamaba al Máximo: "padre y maestro". El segundo punto del programa fué la demagogia que provocaba huelgas para ganar a los obreros que se mostraban desconfiados del régimen. En materia agraria la multiplicación del Ejido y los ensayos de colectivización que acababa de importar de Rusia el licenciado Vicente Lombardo Toledano se aprovecharon para arrebatar a Morones la dirección del sindicalismo obrero gubernamental. Pronto y por simple ardid demagógico, el programa social cardenista derivó hacia el comunismo. Sólo de nombre, porque el propio Cárdenas comenzó a adquirir fincas valiosísimas. Y lo mismo hicieron sus principales colaboradores. Entre ellos Garrido, el de Tabasco,

que al llegar a Costa Rica dos años después, como refugiado voluntario, hizo depósitos por medio millón de dólares, aparte de lo que ya guardaba en Bancos de Nueva Orleans.

El bolchevismo en la agricultura se desenvolvió bien pronto, a costa de los algodoneros de la Laguna y de los henequeneros de Yucatán.

El propio Cárdenas ocupó los púlpitos de las iglesias del Bajío, para recitar sus sermones laicos y anticlericales que le preparaban sus leguleyos, y Garrido hizo escándalo nacional cuando aplicando los métodos que había seguido en su provincia mató a balazos docenas de católicos que salían de misa un domingo en Coyoacán. Este ataque a mansalva, fué el estreno de unas guardias dependientes de la Secretaría de Agricultura, llamadas de "los camisas rojas", que se dedicaron a cerrar iglesias y quemar santos por todo el territorio nacional, pero muy especialmente en la tierra del maestro de Cárdenas, el Estado de Sonora. El propio hijo de Calles, fué jefe de los "camisas rojas" en aquella apartada región.

En demostración de su absoluta lealtad, el hijo mayor del Gral. Calles, don Rodolfo Elías Calles, había sido nombrado miembro del Gabinete, lo que sentó un precedente de servilismo que no tiene antecedentes en nuestra historia, ya bastante experimentada en estas materias.

La campaña electoral, si así puede llamarse, que precedió al ascenso de Cárdenas, había resultado fría. Los mismos obreros se rehusaban a cooperar, y el candidato que se le opuso, el Gral. Antonio Villarreal, no obstante que superaba a Cárdenas, por sus antecedentes revolucionarios, por su capacidad, por su experiencia y hombría de bien, apenas si pudo recorrer el país, amenazado en cada mitin por las porras oficiales, que ya desde la campaña vasconcelista se habían adiestrado en las artes del asesinato de los opositores y el fraude en los cómputos. Quedó, por supuesto, un sedimento de antipatía para el nuevo Gobierno, que los católicos, levantados en armas en forma esporádica, creyeron poder aprovechar. En el extranjero, los restos del vasconcelismo y los demás grupos derrotados, hicieron intentos para unificar la oposición en contra de los nuevos

usurpadores, pero estos esfuerzos se malograron a causa de que buena parte del grupo católico prefirió al Gral. Cedillo como su Jefe, en vez del Lic. Vasconcelos, que seguía ostentando la bandera de la legalidad electoral conquistada en la campaña de 1929.

Un historiador norteamericano muy distinguido, el Dr. Sthephan Godespeed, ha dividido el período cardenista en dos etapas: a la primera la llama "de continuación del Pelelismo", o sea, que estuvo subordinada, más que nunca, a la voluntad omnímoda del Máximo Calles, y la segunda etapa, que es la propiamente cardenista, en la cual se adoptaron posiciones tendientes a la pacificación en materia religiosa y a la cordialidad en lo político al decretarse la amnistía de todos los que fueron opositores al Gobierno de Calles.

¿A qué se debió el cambio súbito que dió término al pelelismo con la expulsión de Calles y del propio Garrido y dió origen a un cambio radical en la política religiosa, sin cambio de personas, que de la noche a la mañana pasaron de la intransigencia sanguinaria a la tolerancia civilizada?

Para entender el inicio de la segunda etapa del cardenismo, probablemente no hay dato más seguro que la lectura de las Memorias del Embajador de Norteamérica, el Sr. Josephus Daniels, recientemente publicadas. Así como Morrow había sido el padrino del intento de penetración protestante operado al principio de la guerra contra los cristeros, al Embajador Daniels, hombre bondadoso, tocó la misión de poner término al conflicto del Gobierno revolucionario con el catolicismo nacional. Los Estados Unidos se preparaban para la segunda guerra y la situación de intranquilidad y de caos en México, les ocasionaba irritación. La presión del Clero católico norteamericano a favor del perseguido Clero católico de México, era un obstáculo para la unidad de acción interior que Roosevelt organizaba de acuerdo con su propósito largamente premeditado, de intervenir en el conflicto europeo con el propósito de aplastar a Alemania.

Los propósitos de Roosevelt se pusieron de manifiesto cuando llegó a los prelados mexicanos refugiados en los Estados Uni-

dos, orden expresa de Roma, en el sentido de que se abstuvieran de seguir apoyando las rebeliones en germen —la de los vasconcelistas y la de Cedillo—, y se pusieran a las órdenes del Cardenal Delegado en Washington, que sería en lo de adelante el director de la política de la Iglesia mexicana.

De pronto y para sorpresa a los no enterados de los resortes secretos que han movido las Administraciones recientes, ocurrió un incidente casi chusco: Calles, el "hombre fuerte" de la prensa norteamericana, el Jefe Máximo de los falsificadores de la Revolución nacional, el padre y maestro de Cárdenas, después de una celada en que se le hizo aparecer como traidor a la causa obrera, fué capturado por un coronel y un capitán, con las atenciones debidas a una dama, y lanzado en un avión hasta su destierro, en California, de los Estados Unidos.

Entre otras cosas, sucedía que los Estados Unidos cambiaban su antigua política de sostener en Hispanoamérica al "hombre fuerte", al Caudillo inhumano pero eficaz, por otra más favorable en realidad a sus intereses, que consisten en fortalecer el predominio de pandillas que a través de partidos con máscara democrática, sirven sin mayor responsabilidad a los mismos intereses que patrocinaban los Caudillos.

El partido oficial sería, en lo de adelante, el responsable de la política interna y más particularmente, de la política exterior de la nación.

Con estos antecedentes, es fácil entender el párrafo a que acabamos de referirnos y que aparece en las primeras páginas de las Memorias de Daniels y cuenta, con la despreocupación de un relato de viaje sin importancia, la charla que tuvo en su primera visita, de regreso de unas vacaciones en Washington, con el Presidente Lázaro Cárdenas, recién desligado del destronado Calles y aclamado por la borregada nacional como el "pastor" definitivo, el héroe comparable a Morelos porque nos estaba dando la segunda independencia, la independencia económica.

El relato de Daniels, dice más o menos lo que sigue: "Aproveché mi primera visita al Presidente, para manifestarle la mala impresión que me había causado al desembarcar en Veracruz,

observar que todas las iglesias estaban cerradas. Esto si viera usted, señor Presidente, le dije, causa muy mal efecto a los extranjeros que pasan por el Puerto y añadí: ¿Qué no cree usted, señor Presidente, que ya es tiempo de dar por terminado este conflicto religioso, haciendo entrega de las iglesias a los sacerdotes y abriéndolas al culto?". A los ocho días se abrieron los templos de todo el país, con beneplácito de la población que empezó a alabar el espíritu tolerante de Cárdenas.

CAMBIOS EN LA ENSEÑANZA

El escándalo del período pelele del régimen cardenista, fué el establecimiento de la coeducación en las escuelas primarias. La enseñanza sexual adoptó formas reprobables. Maestros hubo que pretendieron hacer demostraciones objetivas con las alumnas. En vano los padres de familia intentaban protestas; en seguida se les colgaba el San Benito de "reaccionarios".

La intervención de Daniels en ese sentido, también fué salvadora. El Ministro de Educación que Calles sostenía, Narciso Bassols, fué despedido y en su lugar, la segunda administración cardenista, nombró a un oscuro señor Vázquez Vela, que sin reformar una letra de la ley, de hecho la puso en desuso e introdujo métodos más conciliadores.

Hubo durante el cardenismo, aumento de las misiones culturales, pero sólo se utilizaron para difundir el socialismo sui géneris de sus consejeros y para activar la propaganda anticlerical y anticapitalista.

La expulsión de Calles se había justificado acusando a éste de enemigo de las huelgas, presentando en cambio a Cárdenas como campeón del proletariado; lo cierto es que la segunda etapa del cardenismo, convirtió la huelga en mejoría de los líderes que se vendían a las empresas. En general ya no se hablaba de imitar a Lenin; se aseguraba, al contrario, que la política del régimen era solamente un eco del "Nuevo Trato" rooseveltiano. Empezó por entonces, a correr la iniciativa de levantar a Roosevelt un monumento en vida, ya sea en Monterrey o en la capital de la República.

En el campo, el régimen cardenista, en vez de abrir nuevas tierras al cultivo, las hizo cambiar de dueño mediante expropiaciones que el Presidente, haciendo uso de la bárbara facultad que le concede la Constitución del 17, expropiaba a los enemigos y a los indiferentes para beneficiar a los correligionarios. Así surgieron nuevas fortunas, a la vez que se ensanchaba el Ejido. Con el pretexto de defender el Ejido, se organizaron guardias rurales con armas entregadas a los campesinos, que durante mucho tiempo fueron una suerte de ejército particular del nuevo "Jefe Máximo" de la Revolución.

La situación económica del país, por supuesto, empeoró considerablemente. El exceso de las emisiones de moneda, determinó una inflación sin precedentes. Para contener la quiebra, se procedió a devaluar el peso, que de 3.60 a que lo dejó el callismo, bajó a 4.85. El desastre se presentó otra vez al pueblo como una medida de alta finanza, que habría de despertar la iniciativa local y estimular el desarrollo de los negocios. El Ministro de Hacienda, don Eduardo Suárez, fomentaba publicaciones como las del Fondo de Cultura Económica, en las cuales se hacía la apología de la doctrina monetaria de Lord Keynes. O sea, depreciación de la libra esterlina para evitar pagarla con las reservas en oro, y en seguida, debilitamiento de todas las monedas del mundo, a fin de acaparar el oro existente fuera de Inglaterra, hasta que llegase el momento de levantar de nuevo el valor del oro y devolver la libra a su antigua equivalencia en oro.

Cierto que también el Tesoro americano, cooperando con la Banca Internacional, bajó el valor del dólar por decreto, pero cuidando de que el resultado final de la gran combinación, condujese el oro del mundo a los grandes depósitos de cemento armado que hoy lo guardan en los Estados Unidos.

Entre tanto, en México, la devaluación permitió al gobierno cardenista, disponer del papel-moneda para sus proyectos económicos descabellados, y benefició directamente a los que intervinieron en los cambios. La masa del país empobreció y el trabajador ordinario pronto resintió el engaño en carne viva porque si bien se decretaban aumentos de salarios, nunca correspondían estos aumentos a la pérdida del valor de la moneda. La

vida se encareció indefinidamente, pero las grandes empresas extranjeras, sobre todo las que controlan nuestra minería, aprovecharon la medida para pagar salarios aumentados pero de hecho inferiores a los antiguos. Sabido es que en la devaluación, el rico se hace más rico y el pobre más pobre.

EL PODER POLITICO

El nuevo apoyo dado por Washington a través de Mr. Daniels, al Presidente Cárdenas, después de que expulsó a su maestro Calles, le allanó el camino para resolver a su favor todos sus problemas de orden político. El Congreso no cuenta en México; quien decide es el Ejército. Había en las filas de éste, numerosos descontentos. Algunos veían con envidia, que un jefe antes oscuro, de pronto se convirtiese, por medio de su traición al Máximo, en amo absoluto del país. Rival de esta índole era, por ejemplo, el Gral. Cedillo, que, inflado al principio por la torpe propaganda que a su favor hacían los descontentos católicos, acabó por refugiarse en una de sus más remotas propiedades, el rancho de Las Palomas, rodeado de un grupo insignificante de secuaces. Hasta allí lo persiguió la saña de quien necesitaba continuar la tradición que hace absoluto al Presidente de la República. Congregado lo mejor del Ejército por el rumbo de San Luis Potosí, el propio Cárdenas se puso al frente de los trenes militares y los regimientos que se lanzaron a la captura de Cedillo, protegido por no más de quinientos hombres. Dirigió el asalto,. captura y fusilamiento del aspirante a Caudillo nacional, uno que más tarde había de servir también de verdugo para acabar con las aspiraciones presidenciales del Gral. Almazán y que, pese a toda esta mala fama, o quizá por ella misma, tuvo la audacia de presentarse candidato presidencial. Una hermana de Cedillo fué también capturada, torturada y asesinada por las tropas, con lo que una vez más, el terror aseguró la paz.

Las directivas del partido titulado "Regenerador", que era el vocero de la agitación vasconcelista, fueron encarceladas. Tan sólo en la capital fueron aprehendidos, sin orden de Juez competente, el Ing. Méndez Rivas, don Miguel de la C. Escamilla,

Andrés Pedrero, don Alfonso Taracena el ilustre periodista, el Sr. De Ollervides y otros. Rebeldes sueltos que seguían en las filas vasconcelistas, cayeron en emboscadas, como el propio Gral. Rocha, sorprendido y ejecutado en una casa por la Villa de Guadalupe, a donde había buscado refugio para curarse de unas heridas, y ya no se volvió a hablar de los derechos del pueblo, aplastados en las elecciones del 29.

LO DEL PETROLEO

El descubrimiento consumado por la compañía inglesa "El Aguila", de mantos de petróleo muy considerables en la región de Poza Rica, engendró oleadas de optimismo en las fuentes oficiales. El Ing. Pani, todavía consejero en asuntos de finanzas, publicó cifras y elogió la iniciativa inglesa que de esta manera contribuía al incremento de la riqueza nacional. El Gobierno del Gral. Cárdenas prometió su apoyo a las nuevas exploraciones, asegurando que México entraba a una nueva etapa industrial gracias a los descubrimientos ingleses que tendrían toda clase de protección. El Embajador Mr. Daniels no dijo nada. En los Estados Unidos había comenzado ya una campaña para la americanización de todo el petróleo del Nuevo Mundo. "Los yacimientos petrolíferos de todo el Continente americano, había dicho una revista especializada, deben considerarse como reserva de la Marina de los Estados Unidos". A su vez, el petróleo del Irán, el Mesoriente y Rusia, debería quedar subordinado a la influencia británica. Este deslinde de jurisdicciones, no fué seguramente muy del agrado de la Cancillería británica, que en vísperas de la segunda acometida que preparaba contra Alemania, no se resignaba a tener que aceptar en calidad de socio, con iguales derechos, al gran país norteamericano.

Era evidente que los Estados Unidos, antes de decidirse a cooperar con Inglaterra en su cruzada contra Alemania, estaban tomando precauciones para aprovechar su participación en el conflicto, en todas sus potencialidades.

Enhorabuena que México, para consumo de su política interna, jugase a la soberanía en materia de poca monta, pero eso

de patrocinar el petróleo inglés que ya representaba el 60% de los yacimientos mexicanos, en contra de los petroleros norteamericanos que se hallaban en minoría, no podía ser tolerado.

Pronto el panorama sonriente de nuestra explotación petrolera, comenzó a ensombrecerse. Una serie de huelgas comenzó a entorpecer la actividad de las compañías inglesas. En Washington, los agentes pro-comunistas del "New Deal", comenzaron a ofrecer apoyo a los huelguistas mexicanos tan injustamente explotados por el capitalismo inglés y por los intereses petroleros mundiales. Oficialmente, el Departamento de Estado guardaba silencio; no podía manifestarse en contra de los ingleses cuando se estaba preparando una alianza de guerra con el Gobierno de los dueños de las compañías.

Pero la agitación creció. Fueron y volvieron enviados de México a Washington y de Washington a New York y regreso a nuestra capital. Se hizo saber a las compañías norteamericanas, que tendrían que ser sacrificadas, por lo menos teóricamente. No era posible confiscar a los ingleses sin hacer correr suerte parecida a las empresas petroleras yanquis.

El texto del Decreto que nacionalizaría el petróleo mediante una indemnización que acallara la protesta de las compañías, fué, como siempre, discutido en New York antes de que se publicara en México. Llegó por fin el día espectacular, un 18 de marzo de 1938, en el cual se anunció, en forma dramática, que el Presidente de México desafiaba al capitalismo mundial, decretando que el petróleo, en lo de adelante, pertenecería a la nación, de acuerdo, por otra parte, con alguno de los postulados de la Constitución Política del país.

La prensa, hábilmente movida, enardeció el espíritu público, que comenzó a ser enseñado a ver en aquel gesto, la segunda declaración de nuestra independencia.

Lo curioso es que así como nuestra guerra contra España, fué tan bien recibida por la opinión de Norteamérica, también la expropiación petrolera recibió el aplauso inmediato del Presidente Roosevelt, que en vez de protestar por la confiscación de bienes de sus nacionales, presentó sus parabienes al Presidente Cárdenas, saludándolo como "libertador de la oprimida economía mexicana".

LA POLITICA EXTERIOR CARDENISTA

Cuando ciertas veleidades orales de tipo bolchevique, atrajeron sobre Cárdenas el cargo de anti-imperialista, éste se apresuró a rectificar: "¿Díganme cuándo he dicho o he hecho algo que me pueda caracterizar como enemigo de los Estados Unidos?". En efecto, nunca lo fué su Administración; nunca hubo corrientes más estrechamente unidas que la demagogia cardenista y el Nuevo Trato rooseveltiano. Prueba de ello se vió cuando el fracaso de la República española. Abandonada ésta por los ingleses en la hora de la dificultad, fueron los Estados Unidos los que acudieron al salvamento. Asumiendo la representación del Continente, los Estados Unidos repartieron a los emigrados españoles por la Argentina y Venezuela, por Santo Domingo y por México. En la selección de la partida que tocó a México, intervino el Ministro cardenista Bassols para garantizar la preferencia a los que se declaraban marxistas convencidos.

A pesar de eso, entre los que vinieron a México hubo muchos refugiados de alto valer intelectual y moral. Ejercieron buena influencia en nuestras universidades y en su mayoría se sumaron con facilidad a la vida del país.

No puede decirse lo mismo del grupo de los dirigentes que comenzó a intervenir en la política local mediante el empleo de los fuertes tesoros que condujo el famoso yate "Vita". Nunca se ha publicado la forma en que se operó el reparto de estas riquezas, y lo peor es que este yerro ya viejo, ha seguido siendo el obstáculo para que se reanuden las relaciones diplomáticas con la Madre Patria. Es a la fecha México, junto con Rusia que también dispuso de un enorme tesoro en monedas de oro, el único país que no mantiene relaciones normales con el Estado español.

EL CISMA PERMANENTE

Un examen de tipo analítico de nuestro ser nacional, revela que somos un pueblo dividido no sólo en lo colectivo, también en el corazón de cada mexicano. -El panorama nacional, desde sus orígenes hasta fechas recientes, descubre la permanencia de procesos negativos o francamente opuestos como no se encuentra igual en países de desarrollo normal. El factor permanente de nuestro acontecer, es el cisma, ha dicho el brasileño Viane Moog. El conflicto insoluble perdura y se renueva.

Desde el comienzo, los factores de nuestra composición racial luchan entre sí en vez de fundirse. Las oposiciones que han estorbado nuestra integración, son tan radicales que rara vez han dado origen a soluciones favorables a la síntesis.

Constantemente hemos sido víctimas de una dialéctica que escapa a la síntesis y recae en posiciones que hacen imposible la realización de algún propósito común.

A los conflictos originales se han añadido periódicamente nuevos motivos de discordia y las treguas en la lucha no han producido etapas de paz fecunda, sino simples recesos de fatiga en que la tensión subsiste y las hostilidades se aplazan.

México nace de uno de los contrastes más profundos de la historia. El encuentro de la gran civilización hispano-cristiana, con tribus indígenas desunidas y decadentes, marca la primer gran prueba del poder transformador que se contiene en la doctrina cristiana; los comienzos fueron arduos. No se puede hablar, en nuestro caso, de lucha de culturas. Aunque con lentitud, la civilización cristiana española fué conquistando el alma indígena que pronto se adaptó a las instituciones importadas.

Las costumbres indígenas cedieron al impacto de la conquista, sin oponer otra resistencia que la muy grave de la pasividad.

En el mestizo hispano-indígena, pervive el sentimiento materno que es nativo, pero se impone la voluntad del padre dominador. Subsiste latente el conflicto de lo nuevo que llega de Europa y el ambiente autóctono rebelde. El mestizo quisiera olvidar lo indígena; prueba de ello es la sinceridad con que se convierte al catolicismo: reconoce la superioridad de lo cristiano, pero el milagro del cambio brusco radical, sólo se opera en su espíritu. La realidad ofrece resistencias que es largo y penoso vencer. Aun cuando se dé cuenta de que las formas nuevas le ofrecen mejoría en todos sentidos, el abandono de lo que forma la mitad de sí mismo, supone desgarramientos necesariamente dolorosos. El mestizo vive su conflicto prolongado y en superarlo gasta energías que retrasan su definitiva conversión a lo europeo.

Por su parte, los indígenas, pasado el asombro de lo ocurrido, deben haber experimentado desconcierto y desolación.

La Encomienda les impuso una disciplina dura pero fecunda. El ímpetu constructor de los europeos, acabó por contagiarlos, según lo prueba el concurso eficaz que prestaron al desarrollo de la minería y la agricultura, así como al esplendor de las artes durante todo el coloniaje.

La Colonia se empeñó en la conquista de una síntesis. Hubo desgarramiento interno pero atenuado porque la situación general mejoraba. Se ha hablado mucho de "raza sojuzgada", pero ninguno de los pueblos indígenas disfrutaba de libertades antes de la llegada de los españoles y es evidente que por lo menos para una minoría activa hubo superación que llevó al indígena a convertirse en obrero manual y en sacerdote y dueño de la tierra en sus comunidades. Los romanos, amos del mundo, se convierten al cristianismo, sin perder su soberanía nacional. Para el indio, la conversión significa, por lo pronto, una nueva sumisión pero preñada de esperanza. La conversión opera por la persuasión, que la hace fecunda y borra la melancolía de todo estado anterior.

La nueva religión, desde un principio, fué factor de síntesis y sigue siéndolo.

Pero la condiciones en que el cristianismo se desarrolló entre nosotros, fueron diferentes de las que halló en Europa. Aquí no sólo el indígena, también el europeo se sintió desgarrado. Ello se debió a la situación geográfica sin precedentes. Por primera vez el hombre iba a repartir su acción en continentes distantes.

El conquistador, el emigrante y aun el propio Misionero, son hombres que han tenido que violentar su sensibilidad para separarse de su mundo familiar y adaptarse a territorio radicalmente diferente. Los sacrificios y dolores de proceso tan singular, dejan huella que no se borra. Durante siglos y todavía en el período de la emigración europea al Nuevo Mundo, quienes venían, acababan de separarse de sus padres y hermanos; a veces aún de los propios hijos. Cada quien sabía que la ausencia de sus lares tendría que prolongarse. El retorno era costoso y accidentado. Por ley natural, el emigrado se mezclaba con la población y creaba afectos nuevos. Si le sonreía el éxito, al final de muchos años, ya le era difícil prescindir de los intereses y las relaciones que aquí había formado. Pensar en reintegrarse a la patria de origen, le era cada vez más difícil. Regresaba a veces, pero dejando en el Nuevo Mundo, otra vez, una familia de su propia sangre y para hallar que en el Viejo Mundo también las circunstancias y los afectos habían cambiado. El resultado era un constante desgarramiento y desacomodo de los afectos, y no se diga de las circunstancias.

Probablemente ninguna otra casta de la historia ha padecido durante tanto tiempo, semejante división del sentimiento.

Tanto el español de la Conquista como el bandeirante del Brasil, pasaron por un doble descastamiento. No acababan de acomodarse aquí y no podían volver allá sin sentirse también desajustados.

El dolor es fecundo, pero sólo para las naturalezas fuertes, al común de los hombres lo desintegra. El bandeirante, el colonizador, el emigrante que se decide a abandonar su ambiente propio en busca de mejoría, revela, con sólo hacerlo, dotes extraordinarias de carácter. La mujer del que se casa en la tierra nueva, es casi siempre superior a las demás de su nación, ya

que el conquistador es desde el principio más poderoso que el nativo y se lleva lo que le place.

En la antigüedad, el encuentro de dos culturas se resolvía en el triunfo implacable del más fuerte. Aquí la religión católiga alentó los matrimonios que igualaban al vencedor con el vencido. La religión que dominó el movimiento, favoreció la igualdad racial y el amor como norma de convivencia. Culturas más altas que las aborígenes americanas, han claudicado en presencia del cristianismo. Mentira que los indios guardasen fidelidad a sus antiguos dioses. Los renegaron con prontitud y con justicia, y bien hicieron. Lo único que les inquietaba era la lentitud de su integración al orden nuevo. En la zona misma del arte, lo pagano es de consistencia efímera. Desde que aparece el cristianismo no hay más arte que el arte cristiano, y la propia cultura ya no merece ese nombre si no se asienta en raíz evangélica.

Prueba de ello es la arquitectura colonial hispanoamericana, tan superior a la regional, que nunca alcanzó a resolver siquiera el problema de la techumbre.

Los siglos del coloniaje produjeron de esta suerte la primera síntesis de nuestro desarrollo.

El indio sometido al influjo misionero, se incorpora a la nueva cultura, con la misma naturalidad con que el ibero o el celta abrazaron el cristianismo que los levantaba al nivel del romano. El indio halló en el catolicismo la ruta de su liberación, por eso lo acogió con fervor. Tan necio es hablar de una supuesta perduración del culto de los ídolos por debajo de los ritos de la religión europea, como suponer que los católicos franceses adoran en secreto las divinidades druídicas. El indio cambió su alma radical y voluntariamente.

El cristianismo no es una cultura, sino Verbo que engendra cultura y penetra las almas y desaloja de ellas cualquier otro resabio de creencia o de superstición.

El que se ha hecho cristiano ya no podrá volver jamás al animismo primitivo, ni siquiera al taoísmo filosófico de China o el budismo de la India; mucho menos puede recaer en forma alguna de superstición. El católico puede caer en el ateísmo y

la duda, pero nunca en el faccionalismo religioso que repugna a su sentido de universalidad, es decir, de catolicidad.

Por el catolicismo, el mexicano se emancipa de sus orígenes indios, y puede mirar por encima de lo castellano y lo nativo, satisfecho de representar una variedad distinguida de la especie común humana.

A través del catolicismo se estaba resolviendo la antítesis emocional del mestizaje indo-español. La discriminación racial subsiste en los países creados por el protestantismo y nunca alcanzó entre nosotros caracteres de incompatibilidad fundamental.

Con el bautizo, cualquiera de los nuestros ingresa a la civilización de tipo latino, que es el patrimonio de todos los habitantes de la patria común.

La síntesis lograda por la obra misionera en el Nuevo Mundo que se pone de manifiesto en la obra de Humboldt sobre lo que fué la Nueva España en el Siglo XVIII, es notable no sólo porque de dos razas disímiles hizo una nueva que penetró para siempre en la cultura cristiana, sino porque para los propios españoles fué motivo de fusión y de unidad. En la Península y pese a la unidad de religión, subsistían las diferencias provinciales. Al llegar a América, el aragonés, el castellano, el vasco, desaparecían para actuar como españoles. Los idiomas nativos se olvidaron y en todo el Continente prevaleció únicamente el castellano. De suerte que, lo hispánico, como nacionalidad homogénea y organizada, sólo vino a producirse en realidad, en las tierras del Nuevo Mundo. Igual cosa ocurrió con los habitantes del Nuevo Mundo, que, antes de la Conquista, carecían por completo del sentido de nacionalidad, repartidos, como estaban, en tribus y dialectos incomunicables entre sí, cuando no separados radicalmente por el estado de guerra permanente.

LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

La guerra de Independencia, en sus comienzos, manifiesta lealtad a la Madre Patria. El rencor aparece más tarde y se acrecienta con la lucha.

En Buenos Aires y en Quito, los Cabildos toman a su car-

go la Administración, en tanto que en España se restablece el poder legítimo. Entre nosotros, Hidalgo protesta su lealtad a Fernando VII. En Chile, el Cabildo de Santiago —véase el libro de Héctor Sepúlveda Villanueva—: "al instituir la Junta de Gobierno con representación del Rey Cautivo, estimó que no abdicaba la plenitud de los derechos que entendía pertenecerle en su carácter de órgano jurídico de la República o comunidad. De igual manera que antaño los Reyes, al recibir el poder, quedaban sujetos a las prescripciones de las leyes divinas y humanas. El Cabildo consideraba que la Junta debía actuar dentro de las limitaciones que en el día de su instalación le puso el pueblo y subordinarse a aquellas prácticas que en los primeros tiempos de la colonización habían acatado los Gobernadores y que con el derrumbe del absolutismo volvían a cobrar vigencia". Esta observación de Sepúlveda, es de la mayor importancia. El Régimen colonial fué dominado por instituciones libres, civilizadas, democráticas y genuinamente españolas, como el Municipio y las Audiencias. La tradición democrática la rompe Carlos III con la arbitraria expulsión de los Jesuítas y el nombramiento de los Intendentes que usurpan la autoridad del Municipio y dan comienzo al Régimen militarista que todavía padecemos en Hispanoamérica.

Si la emancipación no se hubiese visto estorbada precisamente por los Intendentes y los Capitanes Generales del absolutismo masónico de los Borbones, cooperador del Imperialismo británico que introdujo sus quintas columnas en nuestro suelo, la separación de las Colonias y la Metrópoli se habría realizado en la forma fecunda y civilizada que puso en obra en el Brasil.

Al Imperialismo enemigo de España, convenía provocar un choque violento. La torpeza del Régimen español del momento, contribuyó a desatar la guerra, que en seguida produjo los Caudillos y todas las calamidades que ellos representan.

Las campañas por la Independencia fueron más sangrientas en Venezuela o Colombia que en México, pero en el orden moral, nuestra ruptura con España fué más radical. Lo que reconocemos como iniciación de la Independencia, el Grito de Dolores, difícilmente encuentra paralelo en otra historia. El

Sur se independiza a base de acuerdos de Cabildos que reasumen la soberanía que disfrutamos durante la Colonia. Nosotros irrumpimos a la vida con un "grito", lo que es natural en biología, pero un tanto primitivo como acto social. El t .xto del grito no fué muy atinado. En vez de decir: ¡Viva Fernando VII y mueran los gachupines!, debió decir: ¡Muera el mal Gobierno de Fernando VII y viva España! y, en consecuencia, también los gachupines. Esto es lo que hizo el Brasil. No haber procedido en forma semejante, es una de las causas de que hayamos dejado de ser nosotros "el primer pueblo de la América Latina". Es claro que si la Casa Real de España se refugia en México, no se habría perdido ni la Luisiana, y los Estados Unidos no existirían, y el lindero de México estaría en Alaska. Pero un cisma nunca es fecundo, mucho menos aquel que nos divorcia de la madre.

En la figura de nuestros principales libertadores, hallamos la discordia como elemento irreductible. Bolívar, el más grande de todos pese a cierta teatralidad copiada de Napoleón, no es un hombre armónico sino un ser dividido. Su buena sangre española lo salvó de ciertos excesos y aseguró su retorno a la verdad. Pero desde el comienzo de su carrera, tuvo que soportar la presencia de los enemigos de su casta, de su religión y de su lengua. Se dice que Sanín Cano, el gran liberal de Colombia, descubrió en los archivos del Almirantazgo británico, las constancias de que Bolívar recibió ayuda económica de los enemigos de su Patria española, para el objeto de hacer la guerra de emancipación. Es cierto que Washington también aceptó la ayuda de los franceses, que eran los enemigos tradicionales de su ascendencia británica; pero al momento del triunfo, Washington volvió a ser tan cabal caballero británico, por la lengua y la religión, que nadie puede acusarlo de renegado.

No así un Zavala, un Gómez Farías, que incorporados a las logias enemigas, se dedicaron a corromper los valores morales más altos de nuestra propia tradición nacional.

Bolívar vivió nuestra tragedia histórica con visión grande y lealtad atormentada. Prefirió caer antes de convertirse en otro Santander. Frases suyas imperecederas, muestran la pro-

fundidad de su convicción y de su desengaño, como cuando dice mirando a sus aliados de ocasión: "Los corsarios de tierra se han metido por fin entre nosotros". ¿Quién otro, que no fuese Bolívar, se acordaba entonces de que aquellos ingleses, amigos súbitos de nuestra independencia, eran los mismos piratas que no pudieron apoderarse de nuestros puertos porque nuestros antepasados tuvieron el puño duro para el castigo?

Finalmente y ya en la última etapa de su vida, Bolívar rompe con los falsos amigos, decreta la disolución de las logias y se ve calumniado y traicionado, pero al fin grande en todo, no perdura en el cisma, conquista la síntesis y muere reconciliado con su estirpe y con su religión.

Lo que vino inmediatamente después de la Independencia, no tuvo nombre; me refiero a las dos expulsiones de españoles, que llevaron el desgarramiento y el rencor al seno mismo de las mejores familias mexicanas. Los que tenían en sus manos la política y los negocios, la aristocracia toda del país, quedó entonces desecha bajo la mirada complacida de Poinsett, en tanto que ingleses y norteamericanos compraban los bienes que abandonaban los españoles. De esta suerte, Poinsett vió cumplido todo su programa: echó fuera a Iturbide, que era un necio pero representaba la fuerza de expansión propia de todo pueblo que acaba de independizarse con salud. En seguida, Poinsett marca el rumbo de una doctrina que intenta anular todos los beneficios de la Colonia, imponiéndonos como antecesor a Moctezuma en vez de Hernán Cortés.

El poinsetismo consuma, en consecuencia, el más hondo de los cismas que hasta entonces habíamos padecido y prepara las derrotas del 47 y la Reforma que había de consumar nuestra entrega moral al protestantismo de los Estados Unidos.

Apenas ahora se ve patente que nuestra integración en naciones seudo-independientes, fué provocada desde el exterior, con el resultado de que su carácter prematuro lo identificara con un aborto.

Cuanto España representaba: el catolicismo y la Contra-Reforma, el Régimen Municipal y la igualdad de las razas, el progreso náutico y geográfico, la unidad en la lengua y en la

fe; todo este primer gran fruto de universalidad imperial, se vió frustrado al quedar disperso en veinte naciones el inmenso poderío hispánico.

Pero subsistía la síntesis fundada en la unidad religiosa.

EL CISMA EN LO RELIGIOSO

El segundo embate de los mismos intereses que forzaron nuestra Independencia, se consuma a mediados del siglo y tiene por objeto destruir la unidad moral de los pueblos que ya había dispersado la política. Lo que nosotros llamamos en México la guerra de Reforma, es un episodio de la vasta conspiración que en todo el Continente desarrolla la penetración protestante imperialista. Igual que en el movimiento de la Independencia, cada pueblo cree que actúa por cuenta propia a efecto de liberarse de "opresiones tradicionales"; lo cierto es que en distintas formas, cada una de nuestras nacionalidades resiente la invasión ideológica del Norte y reacciona según las circunstancias.

La historia oficial de cada uno de nuestros pueblos, repite que la guerra de emancipación de España, fué el resultado de tres siglos de opresión que un pueblo valiente acabó por sacudir. En realidad, la independencia hispanoamericana, en su conjunto, fué el epílogo de la derrota de España en su lucha con el Imperialismo británico.

La penetración del protestantismo en Hispanoamérica fué también una campaña dirigida desde el exterior, con el objeto de hacer definitiva la derrota política de España.

En México, donde triunfó la Reforma a costa de mucha sangre, se ha pretendido hacer de la Reforma juarista un movimiento complementario de la Independencia. En cierto sentido lo es, si se advierte que ya no es Inglaterra sino Estados Unidos quien toma la bandera de la Reforma para desplazar de la América Española los últimos vestigios de la Contra-Reforma de Felipe II. Los procedimientos son los mismos que se aplicaron en Europa. Las amortizaciones juaristas dejaron a los indios sin las tierras de comunidades que había creado y ga-

rantizado el Estado español, y los bienes confiscados a la Iglesia pasaron a manos, no de los que trabajaban la tierra, sino de capitalistas extranjeros, que distrayéndolos de los fines de beneficencia a que los dedicaba el Clero, los emplearon en la integración de una burguesía mercantil extranjera que se apoya en la dictadura porfirista y las demás dictaduras que le han seguido. El proceso es el mismo que describió Hillaire Belloc, a propósito de la descatolización de la Inglaterra de los Siglos XVIII y XIX. En forma amortiguada, lo que el Imperialismo protestante logró en México, se repite en las demás naciones hispánicas. Contemporáneos de Lerdo, de Juárez, de Gómez Farías, fueron en Venezuela el Dr. Peña, (Jefe de las Logias que destrozaron el prestigio de Bolívar al amparo del salvajismo de Páez) y el Caudillo ilustrado que fué Guzmán Blanco. Hizo éste la "Reforma"; saqueó el Tesoro y fué a recibir su premio de manos del Gran Oriente de París, ostentándose como un Nabab criollo de América.

Por los mismos años, del 50 al 60, la Reforma penetra en todo Centroamérica, sin que México tuviese que mandar para allá un solo soldado. En Chile también, después de los primeros Caudillos, se integra una Oligarquía poderosa. Los nombres judíos abundan en la nueva nobleza criolla, y según Héctor Sepúlveda, la administración de Alessandri consuma la oposición del Estado a la Iglesia y la entrega del país al capitalismo norteamericano.

Ni siquiera Cuba, todavía española, pudo escapar a la "Reforma" de mediados del XIX. Las libertades inherentes a toda administración castiza, permitieron allá que nada menos que un Obispo, el Obispo Espejo, introdujera novedades que responden al plan general de la Reforma protestante. En resumen, la guerra de Reforma fué una operación también conjunta de parte de las logias de Francia y los Estados Unidos. Cuando Lincoln queda libre de sus responsabilidades en la guerra de secesión, lo primero que hace es salvar a Juárez y dejar a Maximiliano entregado a su propia suerte, garantizando así la supremacía de las logias de Norteamérica frente a las logias europeas.

Alguna de nuestras Universidades habrá de tomar a su

cargo el sostenimiento de un seminario, cuyos miembros se dediquen a las investigaciones necesarias para demostrar que lo que llamamos nosotros la Reforma, es lo mismo que el liberalismo de Santander en Bogotá, idéntico también a la reforma pedagógica que más tarde introduce Sarmiento en la Argentina, y así sucesivamente por todo el Continente. El escritor que unifique los datos de este movimiento, podrá titular su obra: "LA SEGUNDA ETAPA DEL CISMA HISPANOAMERICANO".

La derrota religiosa permite que el capitalismo anglosajón acabe de reemplazar a España en el dominio económico de todos estos territorios.

Las consecuencias morales se hallan a la vista: un nuevo cisma profundo separa las almas hispanoamericanas en dos bandos irreconciliables: Conservadores y Liberales. Ya ni el idioma, que perdura por inercia, logrará mantenerse como factor eficaz de síntesis.

EL MADERISMO

El movimiento maderista pudo ser de trascendencia entre nosotros porque intentó una síntesis moral que hubiera liquidado el cisma religioso. El maderismo pretendió modificar las Leyes de Reforma. La modificación propuesta consistió en reconocer la existencia de conventos y asociaciones religiosas que funcionaban al margen de la Ley, o sea, acomodarnos a la verdad en vez de estar viviendo en la mentira, y al mismo tiempo, civilizar las leyes juaristas, otorgando a las personas morales de beneficencia, enseñanza, etc., el derecho de poseer y administrar bienes raíces. Lo único que logró el maderismo con este proyecto salvador, fué despertar el celo faccioso de los viejos liberales y alarmar a la Embajada Americana. Vino el carrancismo y nunca hubo facción más alejada que aquélla, de cualquier posibilidad de unión o de síntesis en cualquier posibilidad de conciliación y de síntesis.

Carranza, mediocre, semi-analfabeta, Senador perpetuo de la dictadura porfirista, nunca supo lo que era un programa, pero aprovechando su vanidad y su torpeza, las logias se apoderan

del movimiento para convertirlo en lo que no fué la Revolución de 1910, lo que no quiso ser el maderismo: una repetición de la guerra de Reforma. Los pensadores de México, un Antonio Caso, un Bulnes, un Rabasa, tenían ya superada y merecidamente desdeñada, la etapa reformista. Los mejores líderes de la Revolución, del tipo de Antonio Díaz Soto y Gama, expresamente habían condenado el juarismo porque sirvió de base para la integración de la Oligarquía liberal y capitalista que consolidó el porfirismo. Pero el carrancismo no entendió de razones: para ganarse apoyos en Washington, entregó la educación a los Sáenz y los Osuna, pastores protestantes mexicanos. Los más ineptos, los irresponsables, inventaron el enlace absurdo: "La Independencia, la Reforma, la Revolución". No la Revolución maderista, sino la carranclana, la que falta de doctrina miró al pasado y fabricó la trilogía absurda: Morelos, Juárez y Carranza. Más tarde esto lo han empeorado diciendo: Morelos, Juárez y Cárdenas. Consecuencia de estos casos de servilismo político es el fetichismo que hoy prevalece en torno a la Constitución del 17, que sigue siendo factor de división, por lo menos mientras mantenga la vigencia del Artículo 3o. y de la Ley de Juárez exagerada por el callismo.

El cisma sigue reinando, pero las transformaciones de Europa no han dejado de hacerse sentir en nuestra América. Imponiéndose a la resistencia de los actuales Caudillos, que sienten por instinto el peligro para sus intereses, un nuevo tipo de organización se abre paso y es esperanza para México y la América Hispana: la Democracia Social Cristiana de las Encíclicas y de los Partidos italiano y alemán de la post-guerra.

LA DICTADURA PERSONAL COMO SISTEMA

El México grande creado por Hernán Cortés, con límites en las Hibueras, por el Sur, y más allá de la Alta California, por el Norte, quedó desde el comienzo bien organizado en forma institucional y democrática. El primer paso político de Cortés fué la organización del Ayuntamiento de Veracruz. Por su parte, la Corona desautorizó el poder personal de Cortés; se negó a otorgarle el nombramiento de Capitán General, limitándose a pagar sus servicios con títulos de nobleza, como el Marquesado del Valle de Oaxaca, y concesiones de tierras de repartimientos; pero el poder político en la Nueva España, fué encomendado a una institución que después funcionaría con autoridad civil y de justicia, por todos los reinos del Imperio, en Sudamérica y en Filipinas: la Audiencia.

Durante todo el período colonial, el poder de los virreyes tuvo dos límites: las facultades de carácter judicial y administrativo conferidas por la Ley a la Audiencia, y el poder municipal que se desarrolló en todas las posesiones de España, desde México y Guatemala, hasta el Perú y la Argentina.

El liberalismo empieza en la Nueva España, con un absolutismo, como el de Carlos III, que es francamente hostil a las libertades municipales, que mira con desconfianza a la Iglesia y que lentamente va convirtiendo a los Virreyes, de prudentes, desinteresados gobernantes que fueran con anterioridad, en tiranuelos que acabaron por ejercer las funciones del Capitán General. De suerte que el llamado "absolutismo ilustrado", de Carlos III, vino a cambiar el régimen democrático de las colonias, con un militarismo que por medio del Intendente destruyó

las libertades municipales, a la vez que transformaba el gobierno civil en gobierno militar.

El gobierno personal tomó caracteres todavía más acentuados al establecerse la Independencia. La era de los Generales, la inicia Iturbide, la continúa Santa Anna, la prolonga Porfirio Díaz y revive en la figura reaccionaria y obtusa de don Venustiano Carranza y los generales que fueron heredando sus sistemas de gobierno por el capricho y el abuso de la fuerza.

Iturbide, por lo menos, tuvo el sentido imperial del gobierno. Iturbide cayó porque no quiso prestarse a las maniobras de Poinsett. A su vez, Poinsett rompió con Iturbide cuando vió que la acción de éste se dirigía a mantener nuestra influencia en Centroamérica y a proteger la frontera del Norte.

Cierto que Iturbide no supo desarrollar las capacidades del estadista creador; su personalidad resultaba menguada para las posibilidades del momento, que hubieran permitido crear un ejército independiente, tan poderoso, por lo menos en extensión y en recursos, como el de la Nueva España de la Colonia.

Visión política no le faltó a Iturbide, y hoy se comprende a distancia, que sus enemigos estaban ya coludidos con la traición que había de entregar a México al Imperialismo norteamericano.

La Reforma, que es el resultado del movimiento de Ayutla y que nos llegó de Francia, pero nos entregó a los Estados Unidos, nada hizo por restaurar las libertades municipales; nada tampoco en favor de un civilismo como el que había encarnado la Audiencia. El caudillismo renovado se dedicó a fortalecer la doctrina del Gobierno personal, que practicó el porfirismo.

Luego, durante la Revolución, al caer traicionado Madero, el personalismo resurge encarnado en figuras como Carranza, que siempre vió triunfar lo contrario de lo que se proponía. Extraño destino el suyo, que siendo enemigo de Madero, los acontecimientos lo convierten en el vengador del Presidente Mártir; que habiéndose proclamado constitucionalista, en realidad gobierna fuera de la Constitución, en el Régimen que llamó "Preconstitucional" y reemplaza con otra la Constitución

que fué su bandera. Al discutirse la nueva Constitución, el proyecto de Carranza es hecha a un lado para introducir a la Constitución del 17, reformas como la agraria, la organización del trabajo y la intolerancia religiosa, contrarias todas a las convicciones del porfirista moderado que era el Primer Jefe. Aceptó cuanto no le pareció bien, a cambio del poder absoluto que se le ratificaba como Jefe de un Estado totalitario. Y todo para fracasar a la hora en que intentó imponer su sucesor en la Presidencia. Cayó, finalmente, deshonrado con el intento de violar los preceptos políticos de la Constitución que lleva su nombre.

Obregón y Calles, Cárdenas y los quē le han seguido, todos han gobernado dictatorialmente. A ello los obliga el texto mismo de una Constitución de origen faccioso.

Posteriormente, la dictadura personal ha degenerado en gobierno de grupos y facciones, partidos y maffias, que nos están conduciendo a un tipo de organización política, semejante a los cacicazgos que prevalecían en la época precortesiana.

EL AVILACAMACHISMO

El término del período presidencial de Cárdenas, coincide con un descontento general cuya causa definió el escritor don Luis Cabrera afirmando que no hay nada peor que un "tonto con iniciativa". Se refería, por supuesto, a las actividades descoyuntadas del "hijo espiritual" de Calles. Consecuencia de esta desorientación general fué que pudieran plasmar esperanzas en torno de una persona como el Gral. Juan Andreu Almazán, que durante tantos años estuvo convertido en cómplice de todos los crímenes de la administración callista, al mismo tiempo que amasaba una fortuna considerable. Cierto que Almazán era en aquel momento el más General de todo el Ejército, desde el punto de vista de su experiencia y su éxito en los combates, y también por su preparación cultural, muy superior al promedio de los mílites revolucionarios.

Desde hacía tiempo, Almazán había estado desarrollando una política de acercamiento personal con Washington y muy especialmente con el Presidente Roosevelt. Almazán conocía por experiencia, la manera como se hacen los Presidentes mexicanos de los últimos tiempos. Sin preocuparse demasiado por ganar la confianza de sus colegas, se dedicó a cortejar, en forma descarada, a los políticos del Norte. El Gobierno cardenista se le adelantó, cumpliendo por anticipado cuanto Washington sugería. Desde fuera del Gobierno, era imposible que Almazán diera más que sus rivales.

Por ser militar de categoría, (en realidad Almazán había salvado del fracaso al propio Calles, cuando la rebelión de los escobaristas), muchos creyeron que podría arrastrar a su favor a numerosos contingentes armados. Se propagó la ilusión

de que por fin el Ejército apoyaría a quien parecía contar con la votación popular.

Los almazanistas olvidaron que, si bien su candidato era hombre de capacidad personal notoria, al mismo tiempo su egoísmo calculado y frío, en el momento decisivo, echaría por tierra todas las posibilidades de éxito. Almazán se limitó a pulsar las reacciones de Washington para someter a ellas sus planes. Ni por un momento confió en el pueblo, que aparentaba seguirlo con fervor. Aquel pueblo —Almazán lo recordó— siempre había sido incapaz de salvar a Vasconcelos. Lo que Almazán se propuso fué crear una situación que permitiera a Washington hacerse el desentendido frente a un golpe de audacia. Es esta en verdad la única manera de quitar el poder a un bando que confiesa no importarle el resultado del voto, sino conservar el mando para evitar que triunfe la "reacción". Y la reacción es quien quiera que esté en contra de ellos.

Almazán inició su campaña con rudeza que le ganaba simpatías. De Cárdenas llegó a decir: —Declaraciones del 18 de Noviembre de 1939, aparecidas en todos los diarios de México— "Que era un falso Cincinato. Ni un solo día ha dejado de hacer política, aunque con la torpeza de siempre y la propaganda constante que le facilitan los cien millones del fisco que maneja contra toda Ley, contra toda moral, sin dar cuenta a nadie. Dispone para sus ataques, de tres Generales acusados de asesinatos de mujeres, y de los tres chantajistas más connotados de la prensa nacional".

Una de las primeras víctimas de la campaña almazanista, fué el Gral. Zarzosa, que tenía mando en Monterrey y cayó asesinado por otro militar con mando, de toda la confianza de Cárdenas, que más tarde, en premio de su hazaña, recibiría el honor de una candidatura presidencial que al fin traicionaron los propios cardenistas. Finalmente, el duelo político se desarrolló entre los dos generales —Almazán y Avila Camacho—, con la ventaja para Cárdenas de que él y su protegido disponían de todo el poder del Gobierno, el Partido Oficial y la Embajada Americana. Un golpe de audacia pudo haber salvado a Almazán, pero no llegó a darlo; toda su preocupación era ga-

nar prestigio de estadista en los Estados Unidos. Esta indecisión, tan contraria al arrojo que demostró en los años de su actuación militar revolucionaria, se explica no sólo por el peso de la edad, sino principalmente, porque el candidato independiente poseía muchos y muy cuantiosos intereses que proteger. En la zona de Monterrey, por Acapulco y en la capital de la República, eran conocidos sus fincas, edificios y negocios. Por dondequiera que ejerció mando, acumuló propiedades, al igual que sus colegas de la facción callista. El Gobierno, hábilmente, no llegó ni siquiera a cancelarle concesiones de obras públicas que le siguieron rindiendo fuertes ingresos, pese a que acaudillaba la oposición. En su oportunidad se movilizó, como de costumbre, la maquinaria electoral del partido, para dar el triunfo al Gral. Don Manuel Avila Camacho, el candidato de los cardenistas.

Almazán, todavía esperanzado, se dirigió a Washington. Celebró conferencias, hizo promesas; pero, ¿qué podía ofrecer que los otros no estuviesen ya entregando? El Gobierno americano, en vísperas de entrar a la guerra mundial, no veía con buenos ojos una revuelta en México. Entonces, con toda calma y sin mengua alguna de sus cuantiosos caudales, el Gral. Almazán lanzo un Manifiesto repudiando cualquier protesta armada y aceptando la derrota con resignación que sellaba la impotencia de la democracia mexicana.

El nuevo Presidente, Don Manuel Avila Camacho, transformó el ambiente plebeyo que se había creado en el Gobierno del cardenismo. El decoro exterior, si no la moralidad, se impuso en la Administración. El nuevo Presidente habló de construir la unidad nacional en torno a la bandera y al Himno patrio. No era esto mucho, pero era algo después de la prédica y la práctica de la "lucha de clases" que el cardenismo fomentó a pretexto de repartos agrarios. Más aún, contribuyó a calmar los ánimos enardecidos todavía por el reciente conflicto religioso, la declaración que hizo Don Manuel, de que, en lo personal, era creyente. Causó esta declaración, un gran efecto en la ingenuidad de los católicos, que empezaron a promover la reforma del Artículo 3o sobre la enseñanza. Pronto se desilusio-

naron, porque un Jefe de las Logias interpeló al Presidente Avila Camacho y lo interpretó diciendo que "lo que había querido" decir es que era creyente "en los principios de la moral". Sin embargo, la política que imprimió a la Secretaría de Educación, mientras la tuvo a su cargo el Lic. Octavio Véjar Vázquez, fué de tolerancia para todas las creencias y de sincero anhelo de propagar la enseñanza. Uno de los peores males de la Administración anterior —el sindicalismo que convirtió a los maestros en agentes del izquierdismo oficial— comenzó a ser corregido con energía. En distintos órdenes, se intentó poner remedio a la situación anárquica heredada del cardenismo, hasta que el nuevo Jefe Máximo, disgustado porque se traicionaba, dijo, su programa, tomó las medidas que le parecieron oportunas. En primer lugar, echó fuera del Gabinete al Ministro Véjar Vázquez, haciéndolo sustituir por el poeta Don Jaime Torres Bodet, persona desprovista de ideología política, buen burócrata y excelente escritor. En seguida, para corregir el rumbo, se hizo nombrar Ministro de la Guerra. Se vió patente que el Gral. Avila Camacho no deseaba provocar un choque, y el Gobierno se reorganizó de acuerdo con los viejos lineamientos de la demagogia cardenista.

Restablecida su autoridad, el Gral. Cárdenas renunció a la Secretaría de Guerra, y se hizo nombrar Vocal Ejecutivo de un Patronato que con cien millones de pesos al año de subsidio, mantiene a su cargo ciertas obras hidráulicas en la zona del Tepalcatepec, en el sur de Michoacán. Poco tiempo después, un hermano del Gral. Cárdenas fué nombrado Gobernador de Michoacán, con lo que se consolidó un cacicazgo político que lleva más de treinta años usufructuando la región.

PELEAMOS POR LA DEMOCRACIA

El acto más trascendental del gobierno de Avila Camacho fué la declaración de guerra contra Alemania. El compromiso de hacerlo formaba parte de los arreglos preelectorales en que ambos candidatos —Almazán y Camacho— compitieron en ofertas destinadas a ganarse las simpatías de Roosevelt. Es natural que vean reducida a cero, su soberanía, pueblos que como el nuestro mantienen gobiernos que no emanan del voto sino de la condescendencia y el favor del extranjero. Pero lo que resultó inaudito, hasta el grado de provocar comentarios regocijados, es el hecho de que México, dominado por un partido, no sólo oficial sino totalitario en sus procedimientos y su intención, de pronto se ostentase ante el mundo como defensor ardiente de la democracia, la libertad y la "dignidad" del hombre, según la frase consagrada de la propaganda imperialista y adoptada entusiastamente por los demagogos locales. Devotos callistas, fieles cardenistas, impecables burócratas de la comparsa de las dictaduras oficiales, comenzaron a fulminar cargos contra los dictadores enemigos de Roosevelt, los Mussolini y los Hitler. De paso, la oratoria oficial, en el estilo gramaticalmente impecable del Ministro de Educación, don Jaime Torres Bodet, adoptó, con fidelidad taquigráfica, la doctrina de la UNESCO, que veda mencionar el nombre de Dios y remite todo afán al ideal neo-humanista de: "El hombre". "El hombre, medida de todas las cosas", concibió con tristeza Gorgias; pero ahora, las mentalidades acuñadas en el neo-paganismo en el palacio donado por Rockefeller, tienen al hombre de ídolo y meta. Sin perjuicio de colaborar con el sovietismo, que hace del hombre víctima y esclavo.

De paso, los enemigos del régimen, fueron colocados según las nuevas fórmulas, en la categoría de "nazi-fascistas"; entre ellos, muchos que persistentemente condenaron las dictaduras nativas y que de la noche a la mañana, se vieron acusados de enemigos de la libertad, por los mismos que nunca levantaron una voz de protesta contra los crímenes de las dictaduras nativas. Lo oposición, tildada de "nazi-fascista". siguió privada de todo derecho, en tanto que en nombre de la libertad se seguían enriqueciendo los más disciplinados servidores de los regímenes emanados del fraude electoral.

Entre nosotros, los que están en el poder encuentran cómodo contar con un grupo sobre el cual pueden acumular sus denuestos, lo que parece darles relativa tranquilidad de conciencia, a la vez que a sus víctimas las mantienen en la más cabal impotencia cívica. También aquel que no manifestaba ruidosa admiración a Mr. Roosevelt y a Mr. Churchill, se convertía en sospechoso y en candidato a la pena de la muerte cívica. En cambio, injuriar a Hitler y la Alemania de los arios, daba patente de persona culta, con tal de que se hiciesen las debidas excepciones a favor de Heine, el poeta alemán-israelita, y de Goethe, el gran sabio masón. La prensa, subordinada toda al anuncio pagado por las agencias publicitarias de Nueva York, en un momento se sintió animada de religiosa indignación contra los atropellos del nazismo. La radio y el cine, todos los eficaces instrumentos modernos de propaganda, fueron captados por intereses extranjeros que en seguida los pusieron a tono con el dictado del Washington perteneciente al trust de cerebros de la época rooseveltiana.

Así y todo, la guerra seguía siendo impopular; lo era especialmente dentro del Ejército. Un resto de pudor hacía que la gente recordase que Alemania nunca nos había inferido agravio alguno. La habilísima propaganda anglosajona, se puso entonces a inventar agravios. Cuando en Estados Unidos, hace menos de un siglo, el pueblo se oponía a la guerra contra España, con el pretexto de libertar a Cuba, los intereses empeñados en sustituir a la Península en el dominio de la Isla, inventaron la patraña de que los españoles habían hecho explotar un viejo

barco de guerra yanqui, que previamente se había dejado en abandono frente al Castillo del Morro, en La Habana. Una explosión misteriosa reventó el viejo casco y a los pocos días se desató la guerra, que dió por resultado la enmienda Plat, que fué tan eficaz para reducir en Cuba la influencia española, en beneficio de los inversionistas norteamericanos. Entre nosotros, el "Maine" se llamó "Potrero del Llano", un barco petrolero de segunda que navegaba con bandera nacional y fué hundido en el Golfo con previo rescate de toda la marinería, sin exceptuar al gato que la hacía de mascota. El hundimiento suministró la exigencia del "casus bellic", al ser atribuído lo del hundimiento a los submarinos alemanes que se suponía infestaban el Golfo.

Las represalias de nuestro Gobierno fueron inmediatas y decisivas. Se declaró la guerra a Alemania. Las bases aéreas del trayecto Estados Unidos-Panamá, quedaron bajo la responsabilidad de aviadores norteamericanos disfrazados de empleados de las compañías de aviación. Los cuantiosos intereses de la colonia alemana, fueron intervenidos; antiguos residentes, junto con las tripulaciones de todos los barcos alemanes zurtos en nuestros puertos, padecieron encarcelamiento. Una denuncia o una sospecha, podían provocar la ruina de súbditos germanos avecindados años atrás en el país, y en muchos casos, casados con mexicanas. Y no fué raro el caso de que las aprehensiones fuesen seguidas de órdenes de expulsión del país, que de hecho ponían a las víctimas de ellas, en manos de la policía de Norteamérica.

No se nos exigió, es verdad, un contingente de sangre, pero tampoco tenía objeto cuando la causa aliada tenía carne de cañón de sobra entre la población rusa más inmediata a la línea de fuego.

En medio de tan doloroso panorama, hay un aspecto que conviene hacer resaltar. Y es que, afortunadamente, también le declaramos la guerra al Japón, y muchos mexicanos prestaron colaboración militar para aquella remota campaña. Y no es que tuviésemos cargo concreto en contra de la política imperial japonesa. Pero era evidente que las pretensiones expan-

sionistas de los militares que por entonces dirigían el agresivo "Imperio amarillo", no se hubieran detenido ante nuestras costas del Pacífico, si no hubiese sido por el resguardo indirecto que nos daba la Marina de Norteamérica. La suerte de Filipinas, castigada por la invasión nipona, pudo muy bien ser la nuestra, de no mediar el poderío de la gran nación del Norte. Esto explica el entusiasmo popular con que fué vista la intervención de un escuadrón de guerra del Cuerpo Aéreo Mexicano, que se batió en Oceanía al lado de los pilotos yanquis. Al mismo tiempo, resulta de justicia mencionar el contingente armado que prestaron al Ejército norteamericano, especialmente al cuerpo del Ejército de MacArthur, los millares de mexicanos residentes en el sur de los Estados Unidos, junto con otros muchos hermanos de raza ya nacionalizados como ciudadanos de Norteamérica. La circunstancia de que el mexicano supo cumplir con honra esta misión que le impuso el destino, está comprobada con el número crecido de condecoraciones de guerra que supieron ganar los nuestros.

Para nosotros, la participación reducida que tomamos en aquella guerra, fué un episodio de efectos morales apreciables. Para los Estados Unidos habíamos sido un "vecino resentido", justamente resentido, pero al fin un extraño. Después de la guerra, la pasajera calidad de aliados cambió radicalmente la actitud del americano medio hacia nosotros. Se nos convirtió en "buenos vecinos", pese al dicho de un ironista nuestro, que corrigió: "Ellos son los "vecinos" y nosotros somos los "buenos". De todos modos, es innegable que el trato internacional ha mejorado.

Desgraciadamente, nuestra economía nacional no recibió beneficio alguno con nuestra participación en la guerra. Los intereses de los alemanes defraudados por interventores poco escrupulosos, pasaron en su mayoría a manos de firmas y capitales de Norteamérica; en general, los intereses europeos, particularmente los españoles, sufrieron mengua a costa de un nuevo grupo capitalista procedente del Norte. Núcleo de esta invasión de intereses, fué el grupo israelita favorecido por Mr. Roosevelt con los famosos permisos de exportación llamados

"prioridades", que durante el tiempo de la guerra succionaron nuestro comercio y lograron crear raíces en el mismo, pero sin beneficio alguno para la economía nacional.

CONCLUSION DEL PERIODO AVILACAMACHISTA

El problema para los Estados Unidos, al terminar el período del Gral. Avila Camacho, era muy sencillo: necesitaban un amigo de fiar, en la Presidencia de México; uno que hubiese demostrado, con hechos, su decisión de colaborar en la acción internacional de Washington convertido en primera potencia mundial. Al efecto, había dos posibilidades bien definidas. El personaje del avilacamachismo más identificado con la política de Mr. Roosevelt, lo era, sin duda, el Lic. Ezequiel Padilla. El propio Stetinius, Ministro de Relaciones de Roosevelt, le había dado públicamente, en la Convención de California, su espaldarazo como futuro Presidente de México. Pero esta misma notoriedad en su adhesión a Mr. Roosevelt, provocó desconfianza aun dentro de las filas oficiales. Los estadistas yanquis son lo suficientemente hábiles para evitar posturas descaradas. Ni era necesario hacerlo. A mano tenían al Lic. Miguel Alemán, Secretario de Gobernación de Avila Camacho, que sin escandalo y más bien discretamente, había estado colaborando con la Policía Internacional Norteamericana, a efecto de capturar y entregar a los alemanes residentes en México pero requeridos por el Servicio Norteamericano de Espionaje. Se trataba, pues, de amigo probado y además, su elección no podría ser atribuída a una influencia norteamericana directa.

Para México, al fin y al cabo, fué un alivio librarse de Padilla, sujeto profundamente odiado, primero porque al igual que su socio y colega Portes Gil, había sido enemigo del maderismo y colaborador de Victoriano Huerta, y segundo, porque se distinguió como Fiscal en el tormento aplicado a León Toral, y más tarde como consejero notorio del Gral. Calles en la re-

forma pedagógica llamada del Artículo 3o., que impone la educación atea en las escuelas.

Para la Revolución, es una ironía que un ex-huertista, Portes Gil, haya sido Presidente Provisional, y otro, Ezequiel Padilla, candidato a la Presidencia.

LOS PARTIDOS POLITICOS

De acuerdo con la política de simulación que en los últimos tiempos ha prevalecido en todos los órdenes sociales, también en nuestra política apareció el intento de crear partidos de membrete "independiente".

Dos de ellos han perdurado en forma más o menos lamentable. El primero se llama así mismo, el "Sinarquista", aunque nadie ha podido descifrar lo que ese nombre significa. Desde un principio, sin embargo, los sinarquistas revelan una gran potencia popular, especialmente entre el campesinado de la República. Se asegura que para lograrla han contado con el consejo de párrocos y sacerdotes humildes del clero católico. Desde el principio, lograron presentar en las capitales de los Estados, especialmente por el Bajío, Jalisco, Michoacán e Hidalgo, multitudes organizadas, que en silencioso desfile rendían culto a la enseña patria, a la Virgen de Guadalupe y a los principios del orden cristiano, de acuerdo con un ideario que es trasunto del Socialismo Cristiano europeo. Este movimiento conmovió profundamente a las capas más sinceras de la población y hubiera tenido un alcance incalculable si no fuese porque estuvo mal orientado desde arriba. Se empeñaron, sus dirigentes, primero en mantenerse ocultos, poniendo delante figuras honestas y apreciables pero de poco arrastre popular, y segundo porque en su predicación pusieron énfasis en la necesidad de mantener la paz. Algunos pretendieron mantener al partido alejado de la política, alegando que no querían el poder sino sólo educar al pueblo para la democracia, y olvidando, por supuesto, que un partido que no se pone como meta la conquista del poder, podrá ser una cofradía religiosa, pero no un factor de acción política;

podrá engendrar mártires, pero no líderes sociales, jefes de Gobierno. En efecto, cada vez que los sinarquistas han intentado poner en práctica sus doctrinas, el partido oficial les ha salido al frente, castigándolos con las represiones más desleales y violentas.

Por todo el país, el sinarquismo ha producido mártires, pero no como los de la fe, que son semilla de fieles, sino víctimas de una política equivocada, ya que los ciudadanos, al ejercer sus derechos cívicos, deben prepararse para la acción triunfante, no para la conformidad y el sacrificio estéril. Episodio típico de la lucha de los sinarquistas fué la matanza de León, ocurrida a mediados de la Administración de Avila Camacho. Todo el Bajío se había vuelto sinarquista. Con motivo de las elecciones para Alcalde de León, los dirigentes sinarquistas postularon un candidato de reconocida honorabilidad y competencia. Por un momento pareció que nada podría evitar su triunfo. La población unánimemente lo aclamaba. De todas las regiones del Estado, acudieron contingentes populares, a efecto de realizar una manifestación magna el domingo anterior a las elecciones. La plaza central de la ciudad de León, se llenó de visitantes campesinos y populares. Los vecinos todos, decoraron las fachadas de sus casas. Las músicas populares animaron el ambiente; pero, en el Ayuntamiento había una escolta. Algún grito, alguna provocación de la muchedumbre envalentonada por el número, dió el pretexto. La escolta, desde los balcones, ametralló al pueblo. Ante la sorpresa de los disparos, la multitud comenzó a dispersarse, pisoteando a sus propios muertos y heridos. Era el momento que esperaban los de la guarnición de la plaza, que inmediatamente lanzaron contingentes armados para que balacearan a la muchedumbre por la retaguardia. En seguida se puso a la ciudad en estado de sitio y nunca se supo el número exacto de las bajas. El sinarquismo fué acusado de subversión y los jefes que dirigieron el asalto contra la multitud, fueron ascendidos.

Desde entonces, el sinarquismo se ha limitado a dar conferencias y a renovar sus protestas de imperturbable civilismo pacífico.

Posteriormente se les acusó de desacato a la memoria de Juárez, y con este pretexto se les canceló la autorización oficial para funcionar como partido.

El partido "Acción Nacional" —el PAN—, ha tenido una vida más perdurable y más apagada. No cuenta en sus fastos, ni siquiera con un motín que haya producido heridos leves; se ha mantenido más bien en las capas altas de la sociedad. Su sostenimiento parece depender de la protección a los grandes negocios del país, y sus dirigentes son personas cultas y honorables, como el Lic. Gómez Morín; pero se les debe acusar de practicar la componenda. Algunos jefes de la oposición o de lo que fué la oposición, ante los notorios atropellos electorales del partido oficial, han recomendado, desde los años de 35 a la fecha, la abstención en las elecciones presidenciales. El partido de Acción Nacional adoptó el criterio inverso. "Es necesario actuar", se dijo, y actuó presentando a sus escasos miembros en las urnas, tan sólo para que dieran fe de los atropellos y fraudes de la Administración. La presencia de los delegados panistas, fué sin embargo aprovechada astutamente por la Administración, para dar barniz de legalidad a los comicios. En pago de ese servicio, periódicamente se han concedido hasta media docena de plazas, en la Cámara de Diputados, a los representantes del PAN.

"Al paso que vamos, decía uno de ellos, ni en todo un siglo conquistaremos la mayoría en el Parlamento".

El partido oficial —el PRI—, compuesto de los militares, los Gobernadores, los Presidentes y ex-Presidentes, los Generales, los caciques y autoridades de todo género, tiene en sus manos la riqueza toda del país y se cree llamado a regir sus destinos, por los siglos de los siglos. "En pro de un México mejor", es el lema que han adoptado, haciéndose eco de la jerga marxista. Bajo la férula totalitaria del PRI el país no cuenta siquiera con un Alcalde que no pertenezca al partido oficial.

I N D I C E

Advertencia de esta Edición 9
Prólogo 15
El Descubrimiento 29
Descubrimiento de México 39
El México Precortesiano 141
Sobre la Procedencia de las Razas Americanas 161
La Colonia 167
El Siglo Diecisiete 195
El Siglo Dieciocho 203
Nuestra Expansión Durante la Colonia 211
El Reinado de Carlos Tercero 219
La Independencia 235
La Guerra de Independencia 269
Iturbide 289
Hispanismo y Monroísmo 303
Don Lucas Alamán 315
Santa Anna 325
La Guerra de Tres Años 359
El Imperio 377
La Reforma 385
Porfirio Díaz 407
Francisco Madero 423
La Revolución Constitucionalista 443
El Carrancismo 451

El Interinato de Adolfo de la Huerta 469
Alvaro Obregón 473
El Pelelismo 505
Plutarco Elías Calles 483
De la Presidencia de Rodríguez 511
El Cardenismo 517
El Cisma Permanente 529
La Dictadura Personal como Sistema 543
El Avilacamachismo 549
Peleamos por la Democracia 555
Los Partidos Políticos 563

NOTAS

NOTAS

NOTAS

NOTAS

NOTAS

NOTAS

ESTA IMPRESION DE 2,000 EJEMPLARES
SE TERMINO EN MARZO DE 1978, EN
LOS TALLERES DE LA CIA. EDITORIAL
CONTINENTAL, S. A. MEXICO

UNIVERSAL LIBRARY
104 179
UNIVERSAL LIBRARY